

Fernando Claudín

La crisis del movimiento comunista

2. El apogeo del estalinismo

Indice

1. Revolución y esferas de influencia	1
De la Komintern al Kominform	1
La revolución frustrada (Francia)	5
El pacto germanosoviético y el Partido Comunista francés.....	6
La renuncia a la alternativa socialista	8
La restauración de la "France éternelle"	12
La revolución frustrada (Italia)	19
El viraje de Salerno	20
De la unión nacional al monopolio democristiano.....	24
Revoluciones sin permiso. Crítica yugoslava del oportunismo francoitaliano.....	33
La revolución lograda (Yugoslavia) y la revolución estrangulada (Grecia).....	34
Crítica yugoslava del oportunismo francoitaliano	39
De la "gran alianza" a los "dos campos"	42
La gran mistificación	43
El reparto de las "esferas de influencia"	47
El naufragio del oportunismo estaliniano	62
Interrogantes y conjeturas	67
2. El Kominform	77
Las revoluciones del glacis	77
El Kominform y la nueva táctica	82
Retroceso general del movimiento comunista en Occidente	87
3. La brecha yugoslava.....	89
Instauración de la dictadura burocrático-policíaca en el glacis	89
La revolución herética.....	93
Los procesos.....	108
La campaña contra el titismo en los partidos comunistas de Occidente.....	119
4. El relevo oriental.....	125
Revolución china y "gran alianza".....	126
Guerra revolucionaria o "unión nacional"	129
El espectro de un "titismo chino"	132
La alianza chinosoviética.....	135
5. Nuevo equilibrio mundial	139
Los "combatientes de la paz"	139
Empate en la "guerra fría"	144
Balance del periodo kominformiano.....	146
Primer epílogo.....	150
Notas	158
Segunda parte.....	158
Capítulo 1.....	158
Capítulo 2.....	174
Capítulo 3.....	177
Capítulo 4.....	185
Capítulo 5.....	190
Primer epílogo.....	193

1. Revolución y esferas de influencia

¿Apoyar el movimiento de liberación de China? ¿No será arriesgado? ¿No nos enemistará con otros países? ¿No será mejor establecer nuestras "esferas de influencia" en China conjuntamente con otras potencias "avanzadas" y sacar algo de China en provecho propio? [...] ¿Apoyar el movimiento de liberación de Alemania? ¿Merece la pena arriesgarse? ¿No será mejor llegar a un acuerdo con la Entente acerca del Tratado de Versalles y sacar algo a título de compensación? ¿Mantener la amistad con Persia, Turquía y Afganistán? ¿No será mejor restablecer las "esferas de influencia" con alguna de las grandes potencias?

Tal es la "concepción" nacionalista de nuevo tipo que trata de suplantar a la política exterior de la Revolución de Octubre [...] Esa es la vía del nacionalismo y la degeneración, la vía que conduce a la liquidación total de la política internacionalista del proletariado, pues la gente atacada de esa enfermedad no ve en nuestro país una parte del todo que se llama movimiento revolucionario mundial, sino el principio y el fin de ese movimiento, considerando que los intereses de todos los demás países deben ser sacrificados a los intereses de nuestro país.

Stalin, 1925.

De la Komintern al Kominform

Los cuatro años que se extienden entre la disolución de la Komintern y la creación del Kominform(1) forman un periodo de auge espectacular del movimiento comunista, sobre todo en los principales teatros de la guerra: Europa y Asia. El mundo que emerge del gran drama cuenta a finales de 1945 con catorce millones de comunistas organizados fuera de las fronteras soviéticas, contra un millón escaso en vísperas de la guerra, y muchos menos – no es posible cifrar la reducción, pero fue drástica, particularmente en Europa – en el periodo del pacto germanosoviético(2). Dentro de esta progresión general, cuya excepción más significativa son los Estados Unidos, sobresalen netamente unos cuantos partidos que junto con el de la Unión Soviética (más los del Vietnam y Cuba en los últimos años) serán hasta hoy, por uno u otro concepto, los centros neurálgicos del movimiento comunista mundial: el Partido Comunista de China, los de las "democracias populares" europeas, y los partidos comunistas de Francia e Italia.

El partido chino pasa en el curso de la guerra antijaponesa de 40 000 miembros en 1937 a 1 200 000 en 1945, y se consolida como dirigente de la gran revolución asiática. A fines de 1947 cuenta ya con 2 700 000 miembros, y en el verano de ese mismo año, poco antes de que Stalin decida crear el Kominform, el ejército de liberación pasa a la ofensiva contra las tropas del Kuomintang. Se inicia el viraje decisivo en la marcha de la guerra civil y la victoria revolucionaria se perfila en el horizonte(3).

En vísperas de la guerra, todos los partidos comunistas de las futuras "democracias populares" estaban en la clandestinidad y, exceptuado el de Checoslovaquia, llevaban años de precaria existencia. Sus fuerzas organizadas quedaron reducidas a unos cuantos miles de militantes, y en Rumania y Hungría su influencia política era ínfima. El partido polaco había sido prácticamente destruido por las depuraciones y represiones estalinianas de final de los años treinta, que aunque en menor medida afectaron también a los de Yugoslavia, Hungría y Rumania (véase nota 17 del capítulo 3 de la primera parte). En 1947 esos partidos reunían en total más de siete millones de miembros y eran dueños del poder o estaban en vísperas de completar su conquista.

En Francia e Italia se forman los dos "grandes" del comunismo dentro del área capitalista desarrollada. El partido italiano salta de 5 000 miembros, a comienzos de 1943, a dos millones en 1946, y el francés, más modestamente, pasa de 300 000 en vísperas de la guerra (de los que sólo queda un reducido porcentaje en el periodo del pacto germanosoviético), a cerca de un millón en 1946. Ambos se convierten en el partido hegemónico dentro de la clase obrera; y extienden su influjo a otros sectores sociales, sobre todo a los medios intelectuales. Los dos participan en los gobiernos que se suceden desde la liberación hasta comienzos de 1947.

El crecimiento numérico y, más aún, el papel político de otros partidos comunistas, quedan muy por debajo de los niveles que acabamos de citar, pero es notable en una serie de casos. En siete pequeños países europeos del área capitalista desarrollada (Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Suiza, Austria y Finlandia), el conjunto de los efectivos comunistas pasa de menos de cien mil en vísperas de la guerra a unos 600 000 en 1946-1947. E incluso el siempre minúsculo Partido Comunista inglés, que contaba con unos 18 000 miembros en 1939, roza los 50 000 en 1944(4). Los partidos comunistas de Austria, Finlandia, Bélgica, Dinamarca y Noruega, participan en los gobiernos de la inmediata postguerra.

El Partido Comunista de Grecia (17 500 miembros en 1935; 72 000 en 1945) se convierte durante la guerra en el principal organizador y dirigente del Frente Nacional de Liberación (EAM) y del ejército popular (ELAS). Sólo la intervención *in extremis* del cuerpo expedicionario inglés en diciembre de 1944 (cubierta por el acuerdo secreto Stalin-Churchill de octubre del mismo año(5)) impide el triunfo de la revolución. En 1946 el Partido Comunista griego organiza la lucha armada, cuyo punto más alto se sitúa en los últimos meses de 1947, coincidiendo con la creación del Kominform. Al otro extremo del Mediterráneo el Partido Comunista de España reconstruye su organización bajo el terror fascista e impulsa un importante movimiento de guerrillas.

En Asia, el Partido Comunista de la India pasa de 16 000 miembros en 1943 a 90 000 en 1948. El partido japonés, que antes de la guerra se encontraba en la clandestinidad, duramente perseguido, y apenas contaba con un millar de miembros organizados, obtiene en 1946 dos millones de votos y cinco diputados, que en 1949 se convierten en tres millones y 35 diputados (no hay datos sobre los efectivos del partido). El fenómeno es general en casi todos los países asiáticos: crecen los pequeños núcleos comunistas que existían antes de 1939 y se crean partidos allí donde no los había. El Partido Comunista del Vietnam inicia su larga epopeya revolucionaria. Aunque en menor escala, progresa también la influencia comunista en algunos países del Cercano Oriente (Irán, Siria). Los comunistas del Irán participan en el gobierno durante un breve periodo (1946).

Entre todos los partidos comunistas de América latina sumaban 90 000 miembros en 1939. Hacia 1947 reúnen casi medio millón. Destacan los partidos comunistas del Brasil, Chile y Cuba, cuyos efectivos entre 1945 y 1947 se puede cifrar, de manera aproximada, en 200 000, 60 000 y 40 000 respectivamente. Los comunistas chilenos y cubanos participan durante un periodo en el gobierno, y el movimiento comunista internacional ponía grandes esperanzas en el partido brasileño: "Brasil puede ser pronto la Rusia de América", solía comentarse.

La excepción más significativa, como ya hemos dicho, de este auge general del movimiento comunista en los primeros años de la postguerra, son los Estados Unidos. La superpotencia del capitalismo mundial seguía siendo impermeable al marxismo, y el pequeño partido comunista sólo experimenta un efímero crecimiento en 1944, cuando a iniciativa de su secretario general, Earl Browder, decide a transformarse en una ambigua "Asociación política comunista" dispuesta a "colaborar para asegurar el funcionamiento eficaz del régimen capitalista en la época de la postguerra"(6). Sin embargo, también en los Estados Unidos pese a la crisis del partido comunista, se produce una cierta evolución hacia la izquierda en el movimiento obrero. Si la Federación Americana del Trabajo se niega a participar en la creación de la Federación Sindical Mundial [FSM], la otra gran organización sindical del proletariado americano, el Congreso de los Obreros Industriales, entra a formar parte de la FSM junto con los sindicatos soviéticos y otras centrales sindicales dirigidas por comunistas.

La reconstrucción de la unidad sindical se generaliza a escala nacional, y con la creación de la FSM en febrero de 1945 se realiza – por primera vez después de la revolución de Octubre – la unidad sindical a escala planetaria. La radicalización del movimiento obrero se expresa también en la progresión del ala izquierda dentro de los partidos socialdemócratas, y en tendencias favorables a la unidad de acción con los partidos comunistas.

En el centro de este despliegue mundial de las fuerzas del movimiento obrero, del rápido crecimiento de los partidos comunistas, se levantaban el Estado y la sociedad nacidos de la

revolución de Octubre, aureolados con un nuevo prestigio. Desmintiendo los pesimistas augurios de Trotski, el sistema soviético había salido airoso de la terrible prueba, y la opinión mundial reconocía la contribución decisiva de la Unión Soviética a la derrota del imperialismo hitleriano. El efecto producido en los obreros y pueblos de todos los continentes por las victorias militares soviéticas puede parangonarse con el eco que tuvo en sus primeros tiempos la revolución de Octubre. Con la diferencia de que ahora la Unión Soviética ya no aparecía sólo como la encarnación ejemplar de la revolución socialista. Ante grandes sectores sociales distantes del comunismo, la Unión Soviética pasaba a ser el adalid máximo de toda causa progresista, de la independencia de las naciones, de la paz entre los Estados. Los partidos comunistas capitalizaban esta renovación y ampliación del prestigio de la Unión Soviética. Fue uno de los principales factores de su crecimiento en aquel periodo, junto con el papel destacado que habían tenido en la lucha contra los ocupantes alemanes.

Los comunistas, y con ellos los sectores más radicalizados del movimiento obrero, veían entonces con eufórico optimismo las perspectivas revolucionarias en el mundo entero. La impresionante demostración del poderío militar soviético les infundía ilimitada confianza en el desenlace victorioso de la lucha por el socialismo, lo mismo allí donde tomaba la forma de combate armado (China, Grecia), que donde transcurría bajo la presencia protectora del ejército rojo liberador (los países del este europeo), o donde parecía que iba a abrirse camino por una vía inédita: la conquista del Estado aprovechando el mecanismo de la democracia burguesa (Francia, Italia). Los comunistas tenían la convicción de que toda acción revolucionaria, armada o pacífica, habría de encontrar la asistencia decisiva de la "fortaleza invencible" del socialismo. Ciertamente que la impunidad con se desarrollaba la intervención angloamericana contra la insurrección griega no era un buen síntoma. Pero esta nota discordante no bastaba a oscurecer el conjunto del cuadro. Era bien sabido que Yugoslavia ayudaba a los guerrilleros helenos. ¿Quién podía suponer que detrás de Yugoslavia no actuaba la gran potencia soviética? ¿No lo pregona la reacción internacional?

En resumen, después del reflujo sufrido entre las dos guerras, la revolución mundial parecía reemprender su marcha con empuje irresistible. Ciertamente que por el momento se detenía, una vez más, ante los países capitalistas desarrollados (si se exceptuaba la pequeña zona occidental de Checoslovaquia, y el este alemán); de nuevo seguía un itinerario que no era el previsto por Marx. Pero el crecimiento sensacional de los partidos comunistas en Francia e Italia, las tendencias de izquierda que se desarrollaban en la socialdemocracia y en el movimiento sindical, la rotunda victoria laborista en Inglaterra, ¿no anunciaban la próxima irrupción del socialismo en la cuna del capitalismo? "El mundo entero va hacia la izquierda", anotó en su diario Vanderberg, al enterarse de la derrota electoral de Churchill(7).

Los éxitos reales o aparentes del comunismo en aquellos años contribuían, naturalmente, a acreditar la imagen apologética de su trayectoria bajo la dirección de Stalin, puesta en circulación por los corifeos estalinianos en la década del treinta. La crítica de Trotski parecía derrumbarse. ¿Podía creerse en la degeneración burocrática del sistema soviético ante la vitalidad, el heroísmo y las cualidades combativas que el pueblo y los comunistas de la URSS habían revelado durante la guerra? La teoría del socialismo en un solo país y sus implicaciones estratégicas, la misión rectora universal del Partido Comunista soviético, el monolitismo como condición óptima de la eficacia combativa de todo partido comunista; estos y otros postulados acuñados en los tiempos de la IC, ¿no resultaban brillantemente confirmados por el "fallo de la historia"? El aplastamiento del trotskismo y del bujarismo, los procesos de Moscú, todas las represiones estalinianas, el pacto germanosoviético, la subordinación sistemática del movimiento revolucionario al interés supremo del Estado soviético, el holocausto de la Internacional en aras de la "gran alianza", ¿no habían sido otras tantas exigencias inexorables de la "necesidad histórica", sabiamente interpretada por el genio estaliniano? El nacionalismo de gran potencia que impregnaba toda la política mundial de Stalin quedaba suficientemente oculto bajo el real contenido liberador que tenían las victorias de las armas soviéticas.

Esta "comprobación" empirista de la justeza de las tesis y decisiones estalinianas tuvo inmenso impacto en el nuevo ejército comunista, constituido a partir de los núcleos formados por la IC. En los veteranos potenció los reflejos adquiridos en los tiempos del "partido mundial", les proporcionó nuevas y eficaces justificaciones ideológicas de su comportamiento anterior; en los novicios facilitó la pronta asimilación de los mismos reflejos y la aceptación axiomática de la herencia recibida. La mentalidad acrítica, dogmática – cultivada en el seno de la IC durante el periodo estaliniano – se transmitió así a las nuevas promociones del comunismo, que a partir de 1945. representaban – como se deduce de las cifras antes mencionadas – la mayoría aplastante de cada partido. El mundo entraba en la era del átomo, se iniciaba una nueva revolución técnica y científica, el desarrollo del capitalismo y la emancipación de las colonias plantearían muy pronto problemas inéditos, lo mismo que la "construcción del socialismo" en nuevos países, pero nunca fue tan pobre el pensamiento teórico dentro del movimiento comunista como en la década que siguió a la segunda guerra mundial. Es el periodo en que culmina la clericalización del movimiento. Stalin es divinizado y el famoso compendio de *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS* se convierte en la biblia de los comunistas. El buen comunista no necesita romperse la cabeza descifrando a Marx o Lenin: Stalin ha vertido la quintaesencia del marxismo, todo lo que realmente hace falta saber, en el pequeño manual redactado de manera a la par "asequible" y "profunda", a fin de que todos los humanos, lo mismo el sabio que el "hombre sencillo", puedan seguir sin extravíos la senda que conduce derechamente al comunismo. Desde 1945 se suceden las ediciones en todos los idiomas y en millones de ejemplares de este don del Padre de los pueblos.

La gran victoria soviética en la segunda guerra mundial proporcionó, por consiguiente, nuevos justificantes ideológicos y políticos al monolitismo y dogmatismo estalinianos, pero la guerra y la política misma de Stalin engendraron también factores y procesos de signo contrario. La guerra antifascista exaltó los sentimientos nacionales de los pueblos, sus aspiraciones a una vida nacional independiente: los sensibilizó contra todo menoscabo de sus derechos nacionales. Los partidos comunistas, dado el papel que desempeñaron en la lucha contra las potencias del Eje, no podían por menos de "contaminarse" de esa revigorización de los sentimientos y objetivos nacionales. Pero además la política de Stalin – velando por salvaguardar la "gran alianza" les indujo en la mayor parte de los casos a relegar a un segundo plano los objetivos sociales revolucionarios, cuando no a renunciar a plantearlos, de donde se derivaba que los ingredientes "nacionales" y "patrióticos" adquirirían extraordinario peso en el comportamiento de los partidos, en la formación de sus militantes (no olvidemos que rápidamente los nuevos ingresos constituyeron la gran mayoría de los efectivos en todos los partidos comunistas), revistiendo fácilmente tonalidades nacionalistas. Esta substantivación de "lo nacional" llevaba lógicamente en germen la contradicción con el chovinismo granruso que alentaba en la política de Stalin. Sin embargo, mientras ese nacionalismo de signo oportunista favorecía la conservación de la alianza entre la URSS y los Estados capitalistas antihitlerianos, la contradicción indicada permanecía soterrada. En cambio se manifestó desde el primer momento allí donde los partidos comunistas fundieron las aspiraciones nacionales con los objetivos revolucionarios – China, Yugoslavia, Grecia – porque esta política nacional *revolucionaria* perturbaba la alta estrategia estaliniana.

La "nacionalización" de los partidos comunistas, consagrada formalmente con la disolución de la IC, fue cobrando así perfiles inquietantes para el monolitismo estaliniano. Todos los partidos siguieron considerándose de hecho – en la mayor parte de los casos sinceramente, y en algunos otros "maquiavélicamente" – bajo la dirección de Moscú. No ponían en duda la función rectora suprema del partido soviético, ni la infalible sabiduría de Stalin, pero por la fuerza misma de las cosas tuvieron que comenzar a actuar por su cuenta, a desplegar mayor iniciativa, en función de las diversas realidades nacionales. Y comenzaron a manifestarse los primeros signos de indisciplina o "heterodoxia". Los comunistas chinos aparentan ceder a las presiones de Stalin para que lleguen a un arreglo con Chiang Kai-chek, pero prosiguen firmemente su guerra revolucionaria. A fines de 1946, los comunistas vietnamitas inician la guerra de liberación contra el colonialismo francés, en contradicción también con la política estaliniana del momento. Los partidos comunistas de Francia

e Italia hablan de una vía específica, no soviética, "francesa" e "italiana", hacia el socialismo. En los Estados Unidos, Earl Browder, seguido de una fracción importante del partido, pasa abiertamente al reformismo, y es excomulgado en 1946. Pero lo más inquietante para Stalin era lo que sucedía en su glaxis europeo. Y en particular la evolución yugoslava.

Por consiguiente, la situación interna del movimiento comunista en el periodo que va de la disolución de la Komintern a la creación del Kominform era compleja y contradictoria. Se fortalecían los fundamentos ideológicos y políticos del monolitismo estaliniano, tomaban proporciones avasalladoras el prestigio y la autoridad de Stalin, del Partido Comunista soviético, y al mismo tiempo se incubaban tendencias centrífugas y aparecían actitudes conflictivas que ponían en peligro la cohesión "monolítica" del movimiento. La rebelión yugoslava de 1948 abrió la primera gran brecha en el edificio mundial del monolitismo estaliniano y puso al descubierto el carácter radicalmente antagónico de la contradicción entre el nacionalismo granruso y los movimientos revolucionarios enraizados en la realidad nacional. Pero la rebelión yugoslava, con el aislamiento total en que quedó dentro del movimiento comunista, puso de relieve al mismo tiempo la fuerza inmensa que conservaban los resortes ideológicos y políticos del monolitismo en el conjunto del movimiento. La lucha contra la "herejía" yugoslava sirvió, además, para tensar esos resortes y dotarlos de mayor agresividad durante todo un periodo.

Ya antes del caso yugoslavo, en un terreno más trillado, familiar para los veteranos de la IC, había sido puesta a prueba con pleno éxito la cohesión monolítica del movimiento comunista salido de la guerra: nos referimos al gran "viraje" de 1947, determinado por la crisis de las alianzas antifascistas. De hecho, esta crisis ponía al descubierto todo lo que había habido de oportunista en la política estaliniana desde 1941, tanto a escala internacional, en el marco de la "gran alianza", como a escala nacional, en la política de la mayor parte de los partidos comunistas. Pero el "viraje" se realizó sin que en los partidos hubiera previamente una discusión fundamental sobre la política seguida hasta entonces – en la etapa crucial de la guerra y de la inmediata postguerra –, ni sobre la que habría de seguir en lo sucesivo. Fue decidido por Stalin y sus colaboradores inmediatos, e impuesto al conjunto del movimiento comunista, sin que se levantara una sola voz de protesta contra el procedimiento seguido, ni surgieran divergencias sobre las tesis y directivas soviéticas. Entre estas últimas figuraba la constitución del Kominform. El movimiento comunista se encontró de la noche a la mañana con un nuevo centro dirigente, sin haber tenido arte ni parte en su creación. Todo se resolvió en una reunión secreta – celebrada en Polonia, en septiembre de 1947 – de representantes de los nueve partidos que por voluntad de Stalin debían formar el nuevo organismo (los partidos de la Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Yugoslavia, Francia e Italia)(8). Ni siquiera los órganos centrales de estos partidos habían discutido previamente las cuestiones que se trataron en la reunión: la nueva situación internacional, la política a seguir en esa nueva situación por el movimiento comunista, la creación del Kominform, etc.

La problemática relativa a la nueva línea del movimiento comunista adoptada en la reunión constitutiva del Kominform será abordada en el capítulo siguiente, pero antes es preciso analizar el proceso que determina el viraje de 1947 – la evolución de la situación internacional desde el final de la guerra – comenzando por un problema que el conclave de Polonia se vio obligado a tratar, aunque lo hiciera en forma mutilada, escamoteando el elemento esencial – la política de Stalin – y sin reconocerlo explícitamente como lo que realmente era: *el problema de la frustración de la revolución en Francia e Italia*. Pero aunque fuera de esa manera espúrea, la reunión de Polonia tuvo que tratar tan espinoso problema porque dicha frustración fue un elemento capital del proceso político que habría de desembocar en la situación de 1947, cuando las grandes ilusiones sembradas por la "gran alianza" se vinieron abajo para dejar paso a la "guerra fría"; cuando las esperanzas en una vía pacífica, democrático-parlamentaria, hacia el socialismo en Europa, revelaron su inanidad.

La revolución frustrada (Francia)

Es evidente que en las condiciones de 1945, con el ejército rojo en el Elba, la confirmación de la *posibilidad revolucionaria* creada en Francia e Italia hubiera sido la victoria de la revolución en la

Europa continental, y la modificación radical del equilibrio mundial de fuerzas en contra del imperialismo americano, el único gran Estado capitalista que había salido fortalecido de la guerra. E inversamente, es difícil exagerar el efecto negativo que la frustración de, esa posibilidad ha tenido para el desarrollo ulterior del movimiento revolucionario mundial. Puede parangonarse, con pleno fundamento, a las consecuencias que tuvo la derrota de la revolución alemana en 1918-1919.

”¿Dónde estaría el mundo – comentaba Dimítrov en noviembre de 1937 – si después de la revolución socialista de Octubre, en el periodo de 1918 a 1920, el proletariado de Alemania, de Austria-Hungría y de Italia no se hubiera detenido a medio camino en su impulso revolucionario? ¿Dónde estaría el mundo si las revoluciones alemana y austriaca de 1918 hubiesen sido llevadas hasta el fin, y si a continuación de la victoria de la revolución la dictadura del proletariado se hubiese instaurado en el centro de Europa, en los países altamente desarrollados?”(9) Algo parecido podría decirse hoy respecto al auge revolucionario de 1944-1945 en Francia e Italia. Naturalmente, Dimítrov no deja de señalar que los responsables de que el proletariado de la Europa central y de Italia ”se hubiera detenido a medio camino en su impulso revolucionario” fueron los jefes socialdemócratas que ”hicieron bloque con su burguesía”. Y en 1944-1945, ¿quién detuvo a ”medio camino” el impulso revolucionario del proletariado francés e italiano? En aquellos años ese proletariado estaba, en su gran masa, bajo la dirección de los partidos comunistas Y no sólo el proletariado. Como diría más tarde Togliatti: ”La clase obrera en su *gran mayoría*, y *parte considerable* de la opinión pública no obrera, se agruparon en torno a los partidos obreros avanzados, inspirados por los marxistas, lo que distinguía la situación en nuestro país, como en Francia, de la situación en otros países de Europa occidental.”(10) En una palabra, *únicamente los partidos comunistas podían, en 1944-1945, frenar el impulso revolucionario del proletariado. Y efectivamente lo frenaron.* El verdadero interrogante, por consiguiente, no es: ¿quién frenó?, sino: ¿fue legítimo – desde el ángulo, claro está, de los intereses del proletariado, de la revolución – tal comportamiento de los partidos comunistas de Francia e Italia? Para responder a este interrogante es necesario analizar, aunque sea muy rápidamente, la política de ambos partidos en la Resistencia y la Liberación. Comenzaremos por el partido francés.

El pacto germanosoviético y el Partido Comunista francés

El francés es el único partido comunista importante de Europa que llega a la guerra en situación legal, con más de 300 000 militantes e influencia mayoritaria en la clase obrera. Y llega con las banderas del antifascismo desplegadas. La Alemania hitleriana: *voilà l'ennemi*. El partido denuncia la política capituladora de Daladier y de la derecha francesa en función, precisamente, de la lucha contra Hitler. Y los elementos más reaccionarios claman por la disolución del Partido Comunista porque lo ven como el obstáculo mayor a un compromiso con Alemania. En estas condiciones estalla la bomba del pacto germanosoviético, que sorprende totalmente a los dirigentes del partido. (Stalin, naturalmente, no había contado para nada con los jefes comunistas de otros países, ni siquiera con los del país más inmediatamente afectado.) En un primer momento la dirección del partido justifica el pacto como un intento supremo de salvar la paz, pero mantiene íntegramente su posición de defensa nacional contra la agresión hitleriana. El 1 de septiembre el grupo parlamentario comunista ”proclama unánimemente la resolución inquebrantable de todos los comunistas de ocupar la primera fila de la resistencia a la agresión del fascismo hitleriano”, y el 2 de septiembre los diputados comunistas votan los créditos de guerra(11).

El gobierno suspende la prensa comunista y, el 26 de septiembre, prohíbe el partido. Esta persecución de los comunistas, al mismo tiempo que los partidos burgueses son incapaces de organizar la defensa nacional, cuando no se orientan claramente a la capitulación, podría haberse traducido en un rápido incremento del prestigio del Partido Comunista francés si éste llega a mantenerse firmemente en la línea de lucha contra la agresión hitleriana, simultaneándola con el combate contra la impotencia o la traición de la burguesía; si hubiera trazado una neta diferencia entre su política y la política soviética. Pero rápidamente la posición del partido se alinea incondicionalmente con la de Moscú. Después de haber proclamado que Francia tenía razón en

sostener a Polonia, y de votar los créditos militares demandados por el gobierno para una eventual intervención en favor de los polacos, el partido declara que "la Polonia de los terratenientes no merecía ser sostenida", y ensalza la ocupación de su parte oriental por el ejército soviético. Justifica también la ocupación de los países bálticos por la URSS. Ambos hechos podía haberlos explicado como medidas militares de signo antialemán, pero la dirección del hace suya la versión mistificadora que da la diplomacia soviética. Cuando Mólotov presenta a Francia e Inglaterra como las potencias agresoras y a Alemania animada de intenciones pacíficas, el partido hace suya esta posición, que además de falsear burdamente la realidad, es suicida en las condiciones francesas. En una palabra, el partido comunista sirve en bandeja a la reacción los argumentos ideales para presentarlo como partido de la traición nacional. La burguesía francesa puede así matar dos pájaros de un tiro: acentuar el aislamiento de los comunistas, lo que facilita la represión, y disimular su propia política de capitulación. Consumados el desastre nacional y la ocupación, el partido persiste en la misma política; se dedica a atacar Vichy, pero no toma en sus manos la bandera de la liberación nacional, no organiza la guerra nacional revolucionaria y antifascista como hacen los comunistas yugoslavos y griegos. Deja la bandera de la liberación nacional en manos de representantes típicos del nacionalismo burgués, como de Gaulle. En definitiva, el ciego seguidismo que el Partido Comunista francés observa respecto a la política de Moscú, en el periodo del pacto germanosoviético, le causó tres graves perjuicios: en primer lugar, le impidió capitalizar desde el primer día la bancarrota del Estado francés, utilizar a fondo el resorte nacional en una perspectiva revolucionaria; en segundo lugar, hizo posible que la iniciativa de la lucha por la liberación nacional cayera en manos de los nacionalistas burgueses; en tercer lugar, y como consecuencia de lo anterior, la represión contra el partido se vio facilitada(12).

Es importante mencionar que en este periodo el partido plantea, como salida a la crisis sin precedentes de la Francia burguesa, la única solución que un partido revolucionario podía proponerse: la revolución socialista. En el documento programático titulado "Por la salvación del pueblo francés", difundido en marzo de 1941, se dice que a través de las luchas parciales se preparan "las grandes batallas sociales de las que saldrá la República popular, la Francia nueva, la Francia desembarazada de la explotación capitalista, la Francia socialista, en la que habrá para todos pan, libertad y paz". Pero hablar de revolución socialista, en la Francia ocupada por el ejército hitleriano, sin llamar a la guerra de liberación, no tenía sentido. Sin embargo el partido insinúa la posibilidad de un "gobierno del pueblo" salido de la sola lucha contra el Estado vichista. El documento, en efecto, sin decir palabra sobre la organización de la lucha armada contra el ocupante, llama a los obreros, campesinos, capas medias, intelectuales, etc., a "consagrar todas sus fuerzas" a "la organización metódica de un vasto frente de lucha para preparar la acción de cada día, los movimientos de masa que barrerán la camarilla capitalista de Vichy y dejarán plaza al pueblo, al gobierno del pueblo". La independencia nacional sería negociada después por este gobierno, como se deduce del punto 1 del programa incluido en el documento: "Liberación nacional y de los prisioneros de guerra. Para llevar a cabo esta tarea el gobierno del pueblo hará todo lo necesario para establecer relaciones pacíficas con todos los pueblos; se apoyará en la potencia que le conferirán la confianza del pueblo francés, la simpatía de otros pueblos y la amistad de la Unión Soviética". El punto 2 dice así: "Establecimiento de relaciones fraternales entre el pueblo francés y el pueblo alemán, recordando la acción realizada por los comunistas y el pueblo francés contra el tratado de Versalles, contra la ocupación de la cuenca del Ruhr, contra la opresión de un pueblo por otro pueblo". Y el documento no dice una palabra de que para establecer tales "relaciones fraternales" sea necesario el derrocamiento de la dictadura hitleriana. ¿Qué sentido podía tener esta política, salvo en la hipótesis de un arreglo global duradero entre la Alemania hitleriana, en ese momento dueña de Europa, y la Unión Soviética? ¿No estaba semejante posición del PCF en estrecha conexión con los intentos que el gobierno soviético hacía en ese periodo para consolidar su entendimiento con la Alemania de Hitler, como sostienen, según vimos, historiadores soviéticos? Conviene precisar que el documento había sido elaborado en la Unión Soviética por Maurice Thorez(13).

La lucha por una Francia socialista era, sin duda, el objetivo que debía proponerse el partido revolucionario del proletariado en aquella crisis histórica de la Francia burguesa, pero el planteamiento que hacía la dirección del PCF sólo era la cobertura "izquierdista" de una política que, para no entrar en contradicción con la del gobierno soviético, renunciaba a la única vía susceptible de conducir a la solución socialista de la crisis: la guerra nacional, antifascista y revolucionaria contra la ocupación hitleriana. El documento citado no sólo no llama a ella, sino que da a entender con suficiente claridad su oposición. El pueblo de Francia, se dice en él, "rechaza rotundamente los llamamientos de todos los belicistas", "no quiere tomar parte, de nuevo, en la guerra imperialista"(14).

La renuncia a la alternativa socialista

Desde el momento en que los soldados hitlerianos cruzan la frontera soviética, el PCF cruza también la impalpable frontera que le separaba de los "belicistas", se coloca resueltamente a la *pointe du combat* por la independencia nacional. Pero es evidente que el retraso con que lo hace, los efectos de su política anterior, no podían por menos de pesar negativamente en la balanza final. Ahora, después de "esperar" dos años, el partido critica la posición *attentiste* del Estado Mayor de de Gaulle, que aconseja abstenerse por el momento de las acciones armadas. El partido llama a la acción armada inmediata, y la organiza sin escatimar riesgos ni sacrificios. La iniciativa y el valor de los comunistas, su capacidad de organización, conquistan progresivamente para el partido la simpatía del pueblo. Vienen a sus filas los elementos más combativos entre los obreros, los estudiantes, los intelectuales. Pero en el plano político el partido incurre en el error opuesto al de la primera fase de la guerra. Si durante esta fase Inglaterra y los Estados Unidos eran calificados de enemigos del pueblo francés, a partir del 22 de junio la propaganda comunista renuncia a toda crítica de los que pasan a ser grandes Estados democráticos aliados. Hasta el 22 de junio de Gaulle es un simple agente de la City, y el gaullismo definido como un "movimiento de inspiración reaccionaria y colonialista, a la imagen del imperialismo británico", cuyo objetivo es "privar [a Francia] de toda libertad en caso de victoria inglesa"(15). A partir del 22 de junio de Gaulle pasa a ser, naturalmente, el aliado, y la crítica de la "esencia reaccionaria y colonialista" del golismo desaparece de los documentos del partido. Sin embargo, éste mantiene durante cierto tiempo una actitud reservada hacia el general. Pero en mayo de 1942 Mólotov se entrevista con de Gaulle en Londres y en contrapartida a que de Gaulle apoye cerca de los Aliados la demanda rusa de un segundo frente Mólotov se muestra de acuerdo con el general en que todos los franceses, así como los pueblos de las colonias francesas, deben agruparse bajo su dirección(16). En los meses que siguen, el PCF adhiere al Comité de Londres y designa a Grenier como su representante. En una carta dirigida al Comité Central del PCF, fechada el 10 de enero de 1943, de Gaulle registra la adhesión y deja sentado, sin equívoco, el principio de la subordinación del partido a la dirección golista:

"La llegada de Fernand Grenier – dice la carta –, la adhesión del Partido Comunista al Comité Nacional, que me ha aportado en vuestro nombre, la puesta *a mi disposición*, en tanto que comandante en jefe de las fuerzas francesas, de las valientes formaciones de *Francs Tireurs* que habéis constituido y animado, he aquí otras tantas manifestaciones de la unidad francesa [...] Estoy seguro que los representantes que *yo he designado* encontrarán en los responsables del PCF una voluntad de cooperación llevada hasta el espíritu de sacrificio, y *la misma disciplina leal que existe ya en el interior de vuestras organizaciones.*"

Y el 21 del mismo mes, Grenier escribe en *L'Humanité*: "Traducimos el sentimiento de los franceses proclamando nuestra confianza en el general de Gaulle, que levantó el primero el estandarte de la Resistencia"(17). En febrero son liberados los diputados comunistas que Vichy había encarcelado en la prisión de Argel (y que seguían allí pese a que desde el 11 de noviembre de 1942 Argelia estaba en manos de las tropas angloamericanas). Y en junio del mismo año – pocos días después, como por azar, de la disolución de la IC – el Comité Francés de Liberación Nacional [CFLN] que acaba de formarse, con sede en Argel, anula el decreto de septiembre de 1939, por el que Daladier había declarado ilegal el partido comunista. La composición del CFLN, presidido por los generales de Gaulle y Giraud, no puede ser más reaccionaria. Agrupa "los hombres enviados a

Argel por la gran burguesía para acreditarse en tanto que "resistentes" y velar a la salvaguardia de sus intereses", como se dice en la historia de la Resistencia escrita por una comisión presidida por Jacques Duclos. Lo que no impide a la dirección del PCF saludar la creación del CFLN con la siguiente declaración: "Todos los franceses esperan del Comité Francés de la Liberación Nacional que organice la participación activa de Francia en la guerra contra Hitler, movilizandolos todos los recursos, todas las energías, todas las voluntades francesas fuera de la metrópoli, y sosteniendo material y moralmente la acción de los patriotas que llevan a cabo en el suelo de la patria un combate difícil y glorioso"(18). El PCF hace cuestión fundamental de su política en este periodo la entrada en el CFLN poniendo como condición que éste acepte una plataforma cuyo punto más avanzado es el siguiente: "Desarrollo de una política democrática y social que galvanice todas las energías francesas y cree el entusiasmo por la participación de todos en la guerra liberadora". Aunque esta declaración general compromete a poco, y más bien podía ser útil a los representantes de la "gran burguesía para acreditarse en tanto que resistentes", de Gaulle no acepta condición alguna, sin duda para que el principio de su jefatura no sufra el más mínimo menoscabo –, ni acepta tampoco que los representantes del partido en el CFLN sean nombrados por el mismo partido. Tienen que ser designados por él. Finalmente, el partido entra a formar parte del CFLN sin que de Gaulle suscriba compromiso alguno(19).

El partido, ciertamente, despliega al mismo tiempo una actividad intensa para desarrollar sus propias fuerzas, el Frente Nacional (movimiento unitario bajo la dirección del partido, que adquiere relativa amplitud), y su brazo armado, los FTP. Y preconiza la coordinación de las diversas organizaciones y tendencias de la Resistencia interior. La primavera de 1943 es una etapa importante en este aspecto. Se agrupan en el MUR [Movimientos Unidos de la Resistencia] "Combat", "Franc-Tireur" y "Libération", se reunifica en la clandestinidad la CGT, y el 27 de mayo se constituye el Consejo Nacional de la Resistencia [CNR], donde están representadas todas las organizaciones y tendencias. En el curso de las transacciones que llevan a la constitución de este organismo se plantea un problema de particular interés. El único partido organizado que existe dentro de la Resistencia es el partido comunista. En un primer momento de Gaulle intenta que el PCF no esté representado como tal en el CNR. Pero ante la imposibilidad de lograrlo, dado el papel que el partido tiene ya en el conjunto del movimiento, busca otra solución, que en la obra más arriba citada de Duclos, se presenta así: "Para que el partido comunista no sea el único designado como partido resistente [de Gaulle propone] que otras formaciones políticas estén presentes en la organización prevista." La reconstitución de los antiguos partidos debe, a la vez, "reforzar la causa golista a los ojos de los Aliados" y constituir "la sola barrera capaz de poner un dique a la influencia comunista".

"Pero esta pretensión – se dice en la misma obra – choca con la oposición violenta de los movimientos de la Resistencia. Muchos hombres políticos se han desacreditado con el régimen de Vichy. Si, en todos los partidos, algunos individuos participan en las organizaciones de la Resistencia, ningún partido, aparte del comunista, se ha reconstruido clandestinamente [...] Los movimientos de la Resistencia se oponen enérgicamente a esta reaparición de los partidos".

"Si se considera normal y justo – escribe el periódico clandestino Défense de la France –, que los comunistas estén representados en el Comité de Liberación, porque participan vigorosamente en la lucha común, se acepta difícilmente la presencia de representantes de las antiguas tendencias". La cuestión, sin duda, era esencial. En el fondo se planteaba la salida que la lucha debía tener: o volver al sistema político tradicional que había llevado el país a la catástrofe nacional, o crear una nueva fuerza unitaria inspirada en el espíritu de la Resistencia, en la que se reconocía a los comunistas un papel preeminente. Al partido se le presentaba una oportunidad única de encabezar esta corriente renovadora y orientarla a la transformación profunda de la sociedad francesa. Pero el partido inclinó la balanza a favor del pasado, apoyando la solución golista. Duclos lo explica así:

"Es un hecho que en Francia la vida política se expresa tradicionalmente en grandes corrientes que son uno de los rasgos específicos de la democracia burguesa francesa; el apoliticismo y la condenación de los partidos han sido siempre en Francia armas en manos de la reacción. Teniendo en cuenta todo esto y la

necesidad de llegar rápidamente a una unión eficaz en el combate nacional, el partido comunista aceptó la constitución del CNR sobre las bases presentadas por Jean Moulin [representante de de Gaulle. FC.], que en un informe al Comité de Londres rindió homenaje a la voluntad de unión del partido comunista”(20).

Efectivamente, los ”rasgos específicos” citados constituían un ”hecho” indiscutible. Un segundo ”hecho” indiscutible era que la reacción había explotado, más de una vez, la impotencia de los partidos políticos socialdemócratas y pequeño burgueses radicales. Pero un tercer ”hecho” no menos indiscutible, del que se prescinde en la argumentación de Duclos, es que los partidos políticos tradicionales, la democracia burguesa francesa”, habían sufrido la mayor bancarrota de su historia, y ahora no era la reacción quien los repudiaba, sino las nuevas fuerzas revolucionarias que nacían en el fuego de la Resistencia; la reacción, por el contrario, se agarraba ahora, como un clavo ardiendo, a ”los rasgos específicos tradicionales de la democracia burguesa”. Y el cuarto ”hecho” indiscutible – como demostrarían los acontecimientos posteriores – es que el PCF, apoyando la solución golista, preparaba el camino a la restauración del capitalismo francés. El homenaje que se le rindió en el Comité de Londres estaba plenamente justificado. ¿La necesidad de llegar rápidamente a una unión eficaz en el combate nacional”? Todo dependía, naturalmente, de cómo se entendiera ese combate y a dónde debía llegar. Si debía llevar a la restauración de la tradicional democracia burguesa francesa, la ”unión” escogida por de Gaulle, con el apoyo del PCF era, sin duda, la más ”eficaz”. Con ese tipo de ”unión” – que Stalin trató de imponerles también – los comunistas yugoslavos habrían conducido su Resistencia a la restauración de la monarquía tradicional, y la única revolución socialista en Europa que no resultó del reparto de las ”esferas de influencia”, que triunfó pese a ese reparto, no hubiera tenido lugar.

En el curso de 1943, y sobre todo en los primeros meses de 1944, la red unitaria de la Resistencia adquiere gran desarrollo en toda Francia, y en esa red los comunistas ocupan posiciones clave, que en el plano de la organización les dan la posibilidad de tener una función dirigente. Pero la posibilidad de ejercer realmente esta función en las batallas decisivas que se aproximaban – de ejercerla en sentido revolucionario – y conseguir que la Liberación desembocara en una transformación radical de la sociedad francesa, no era cuestión únicamente de puestos en el aparato de la Resistencia, ni de capacidad en la organización de la lucha armada – el partido dio en este terreno excelentes pruebas de capacidad, como años antes el Partido Comunista de España –, ni tampoco de espíritu de sacrificio y coraje en la lucha, en lo que también fueron ejemplares los comunistas franceses. (El PCF se ganó merecidamente el título de ”partido de los fusilados”; desgraciadamente no puede decirse lo mismo en lo que se refiere al título de ”partido de la revolución”). Además de todo eso, y en primer lugar, era una cuestión de orientación política. Y de que existiera en la dirección del partido la voluntad de tal transformación revolucionaria.

La insurrección nacional que sigue al desembarco aliado en Normandía puso prácticamente al orden del día el problema del poder. La mayor parte de Francia, incluido París, es liberada por las fuerzas armadas de la Resistencia, con ayuda de las masas, sin intervención directa de los ejércitos aliados. Los comités de liberación se convierten, por doquier, en órganos de poder, y las milicias patrióticas adquieren carácter masivo(21). El Partido Comunista es la fuerza política predominante de este gran levantamiento popular. Su prestigio y su influencia no tienen rival en los sindicatos y en las empresas, en los comités de liberación y en las milicias patrióticas, entre los intelectuales y la juventud, sin hablar ya de las fuerzas armadas creadas durante la Resistencia(22). Este hecho, por sí solo, testimonia del carácter revolucionario de la situación. Porque el Partido Comunista, aunque los acontecimientos no iban a confirmarlo, era para las masas el partido de la revolución. Al hundirse el Estado vichista y el poder del ocupante, la mayoría del proletariado y amplios sectores de otras capas sociales trabajadoras ponen su esperanza en el partido que asocian a la idea de la revolución, a la Unión Soviética, cuyo prestigio – y es otro dato fundamental de la situación – alcanzó entonces en el pueblo francés una cota que no volvería a recuperar.

De Gaulle, como revelan sus *Memorias*, tenía perfecta conciencia de que ”la dirección de los elementos combatientes estaba en manos de los comunistas”. Pensaba que el PCF – y años después,

contra toda prueba, seguiría atribuyéndole tal intención – tenía el propósito de aprovechar la hora de la Liberación para dirigir a las fuerzas de la Resistencia hacia la toma del poder.

”Aprovechando el tumulto de la batalla, arrastrando al Consejo Nacional de la Resistencia, del que varios miembros, aparte de los que estaban bajo su disciplina, podrían ser accesibles a la tentación del poder; usando de la simpatía que las persecuciones de que eran objeto, las pérdidas que sufrían, el valor que desplegaban, les valían en muchos medios; explotando la angustia suscitada en la población por la ausencia de toda fuerza pública; jugando, enfin, con el equívoco, exhibiendo su adhesión al general de Gaulle, [los comunistas] proyectaban aparecer a la cabeza de la insurrección como una especie de Comuna, que proclamaría la República, respondería del orden, dispensaría la justicia, y, por añadidura, cuidaría de no cantar más que la Marsellesa, y no enarbolar más que la tricolor.”(23)

Este plan que de Gaulle atribuía a los comunistas no existía en realidad, pero hay que reconocer que era un excelente plan; de Gaulle percibe lúcidamente las magníficas cartas que el partido tiene en sus manos y el arte con que pueden ser utilizadas. La cuestión, en efecto, para un verdadero partido revolucionario en aquella situación, no era un planteamiento abstracto de la conquista del poder por el proletariado, sino la toma del poder por la Resistencia, por la Resistencia auténtica, no la de Londres o Argel; no era enfrentarse directamente con de Gaulle, sino obligar a de Gaulle a enfrentarse con la Resistencia. No era provocar el choque con los ejércitos ”liberadores” angloamericanos, sino colocar estos ejércitos ante la realidad del poder de la Resistencia, y movilizar contra todo atentado a estos sentimientos nacionales exaltados por la Liberación. En la Francia de 1944 tales podían ser los primeros pasos hacia la revolución socialista. De Gaulle lo percibía con clarividencia. Desgraciadamente de Gaulle no era el secretario general del Partido Comunista francés.

Consciente de la explosiva situación creada, de Gaulle maniobró hábilmente. Comenzó a instalar su dispositivo y a recortar, limitar, los poderes de los comités de liberación. Fue avanzando cada vez con más seguridad al comprobar que los comunistas cedían el terreno sin oponer gran resistencia. Hasta que hizo el sorprendente descubrimiento de que en el Partido Comunista tenía la gran fuerza ”patriótica” capaz de cooperar con más eficacia que ninguna otra a la restauración de la *France éternelle*. Este proceso fue rápido.

En los primeros meses que siguen a la instalación del gobierno de Gaulle, la dirección del PCF, bajo la presión del movimiento espontáneo de masas, y de las corrientes revolucionarias que alientan en su seno, aplica una línea ambigua, defendiendo a los comités de liberación y las milicias patrióticas, pero sin promover una acción de masas resuelta, sin plantear los problemas de fondo relativos a la transformación democrática-socialista de la sociedad francesa. El 27 de octubre de 1944, Duclos declara en una asamblea del partido: ”Las milicias patrióticas deben seguir siendo el guardián vigilante del orden republicano, al mismo tiempo que deben ocuparse activamente de la educación militar de las masas populares.” Agrega que en cada localidad la milicia debe englobar a millares de ”ciudadanos-soldados” y debe estar bajo la autoridad de los comités de liberación, con un encuadramiento permanente y un stock de armas y municiones. Al día siguiente de Gaulle responde firmando el decreto de disolución de las milicias. Los dos ministros comunistas protestan pero permanecen en el gobierno. La dirección del partido da instrucciones internas para mantener la organización de las milicias y no entregar las armas, organizar depósitos clandestinos, pero no moviliza al pueblo contra esa agresión directa a los poderes de la Resistencia, que perfila netamente los propósitos del general(24). Este da una cal y otra de arena. El 6 de noviembre aparece en el *Journal Officiel* un decreto amnistiando a Thorez. A este propósito de Gaulle escribe en sus memorias: ”El interesado me ha dirigido numerosas demandas. Si creo mi deber adoptar esta medida de clemencia es deliberadamente. Teniendo en cuenta las circunstancias de antaño, los acontecimientos sobrevenidos después, las necesidades de hoy, considero que el retorno de M. Thorez a la cabeza del PC puede comportar actualmente más ventajas que inconvenientes.” Las ”necesidades de hoy” como el mismo general escribe, consisten en ”recortar las garras a los comunistas”, ”retirarles los poderes que usurpan y las armas que exhiben”. Sus cálculos acerca de las ”ventajas” que puede tener el retorno de Thorez no fallan. El 27 de noviembre llega el secretario

general del partido. Su primera gran consigna es: "¡Un solo Estado, una sola policía, un solo ejército!". De Gaulle anota: "Desde el día siguiente de su regreso a Francia, Thorez ayuda a poner fin a las últimas secuelas de las "milicias patrióticas". Se opone a las tentativas usurpadoras de los comités de liberación y a los actos de violencia a los que pretenden librarse equipos de sobreexcitados."(25) En efecto, desde que llega Thorez las organizaciones del partido reciben instrucciones por vía interna de disolver las milicias y entregar las armas. Y en el informe que hace ante el Comité Central el 21 de enero de 1945 preconiza públicamente la disolución de las milicias y de todos los grupos armados "irregulares". Argumenta que estaban justificadas antes y durante la insurrección contra los hitlerianos y vichistas, pero ahora la seguridad pública debe estar garantizada por las fuerzas regulares de policía. En este mismo informe plantea (ya lo había dicho el 14 de diciembre de 1944 en el discurso del mitin organizado por el partido en el Velódromo de Invierno) que los comités de liberación locales y departamentales no deben sustituir en manera alguna a las administraciones oficiales(26).

El momento escogido por de Gaulle para amnistiar a Thorez no respondía únicamente, según toda probabilidad, a móviles de política interior. El general preparaba su viaje a Moscú y presentarse allí con el "asunto Thorez" pendiente resultaba, en verdad, *très fâcheux*. En cambio, la amnistía del prestigioso discípulo de Stalin era una excelente "tarjeta de visita". Y, en efecto, todo fue perfectamente coordinado: el 6 de noviembre se publica el decreto, el 27 del mismo mes llega Thorez a París, y el 2 de diciembre está de Gaulle en Moscú reunido con Stalin. El objetivo del general era reforzar sus posiciones frente a Inglaterra y los Estados Unidos mediante un pacto bilateral con la Unión Soviética, y tras un laborioso regateo lo consigue. Si la amnistía de Thorez facilita el entendimiento de Gaulle-Stalin, el pacto franco-soviético facilita el entendimiento de Gaulle-Thorez. Los tajantes alegatos del 21 de enero de 1945, ante el Comité Central, contra todo menoscabo a la autoridad del nuevo Estado francés, no son ajenos, sin duda, al feliz resultado de las negociaciones de Moscú(27).

La restauración de la "France éternelle"

Al mismo tiempo que coopera eficazmente a la liquidación de "las tendencias usurpadoras" de los comités de liberación, y de las "últimas secuelas de las milicias patrióticas", el partido pone enteramente las fuerzas armadas de la Resistencia controladas por él a disposición del alto mando golista y aliado, las funde en el "gran ejército" francés, cuya formación preconiza ardientemente Thorez desde que pisa el suelo de la patria. En una palabra, el partido liquida las fuerzas armadas populares forjadas durante la Resistencia, en todas sus formas. Simultáneamente a esta destrucción general de las bases políticas y militares de un nuevo poder popular, creadas en el curso de la Resistencia y la Liberación, el partido se lanza a otra gran batalla por la restauración de la *France éternelle*: la famosa – tristemente famosa "batalla de la producción". La cosa comienza inmediatamente después de la liberación de París. En un informe ante una reunión de militantes sindicales, el 10 de septiembre de 1944, Benoit Frachon, llama a los trabajadores a "reconstruir nuestra gran industria sobre bases *más racionales* y asegurar su *pleno rendimiento*". La reconstrucción, aclara, "no debe hacerse en beneficio de las oligarquías financieras e industriales", pero ese es un problema que se resolverá "cuando el pueblo sea consultado sobre el régimen que quiere darse"; entonces, dice, "nosotros daremos nuestra opinión sobre la desaparición de los trusts y los métodos propios a sustituir su dominación por una economía al servicio de la nación". Pero por lo pronto, sin esperar a que las urnas digan la última palabra sobre quién ha de beneficiarse de la "reconstrucción", los obreros deben trabajar duro. El secretario de la CGT y dirigente del Partido Comunista les sugiere constituir "comités patrióticos de producción". El 24 de marzo de 1945, informa ante el Comité Nacional de la CGT. Entretanto, a los obreros se les ha concedido un pequeño aumento de salario, inferior a la modesta demanda de un 50 % formulada por la CGT en la clandestinidad, y los precios han aumentado. "Durante este tiempo [de la Liberación a marzo de 1945] – dice Frachon, en su informe – en las filas de la clase obrera ha cundido un legítimo descontento. Si pese a ello las huelgas han sido casi inexistentes, se debe únicamente a la alta conciencia nacional de los trabajadores, así como a la autoridad de la CGT y de sus militantes."(28) En efecto, el partido, con

Thorez a la cabeza, no ha escatimado esfuerzos para inculcar a los obreros comunistas y cegetistas la "alta conciencia nacional". En una primera fase se invoca como principal justificación el "esfuerzo de guerra", porque aún no está consumada la derrota de Alemania. En realidad, la suerte de la guerra está ya decidida, como da a entender Stalin en su discurso del 6 de noviembre de 1944, y la producción de armamento francés bien poco puede influir. Lo que no está decidido, en cambio, es si la lucha y los sacrificios de los trabajadores franceses han de tener como resultado la consolidación del capitalismo francés "sobre bases más racionales", o "una economía al servicio de la nación". El "esfuerzo de guerra", situado en el contexto de toda la política del partido que venimos describiendo, no podía contribuir más que a paralizar y desmoralizar las fuerzas capaces de imponer la segunda alternativa, como en efecto ocurrió. La "batalla de la producción" no se interrumpe con la derrota de Alemania; al contrario, llega a su *climax*. Thorez encuentra otro argumento, que no se distinguía precisamente por su originalidad. Todos los partidos socialdemócratas, cada vez que habían participado en un gobierno burgués, como ahora participaba el PCF, lo habían utilizado: los obreros no deben presentar reivindicaciones excesivas, ni hacer huelgas, sino elevar la producción, porque el interés de la gran burguesía es crear dificultades económicas a un gobierno con ministros socialistas. En su informe ante el X Congreso del partido (junio de 1945), Thorez no desmerece en nada de sus precursores y coetáneos socialdemócratas, más bien los aventaja:

"¿Dónde está el peligro mortal para nuestro país? Está en el terreno de la producción [...]" "Si los trusts y sus agentes se oponen al esfuerzo de reconstrucción y de producción, es que el interés del pueblo, el interés de la clase obrera, es trabajar y producir, a pesar y en contra de los trusts".

Naturalmente, en lo que menos pensaban los "trusts y sus agentes" era en oponerse a que los obreros "trabajaran y produjeran". Y Thorez no puede exponer ante el congreso una sola prueba convincente de tal voluntad "trúststica". Lo que a los trusts ya no podía seducirles era la "democracia desembarazada de los trusts" que Thorez presenta como la perspectiva del partido. Pero tampoco podía inquietarlos sobremanera: era un objetivo al que debería llegarse por la vía de la legalidad parlamentaria, en condiciones de autoridad y de estabilidad. "La perspectiva más feliz para nuestro país – dice Thorez en el mismo informe – es el mantenimiento prolongado de un gobierno de amplia unidad nacional y democrática, con lo que se realizan las mejores condiciones de autoridad y de estabilidad [...]" Sólo así puede asegurarse la "grandeza de Francia", porque sólo así la producción puede ir viento en popa. Y como dice Thorez: "Hoy es la amplitud y la calidad de nuestra producción material, y nuestro lugar sobre el mercado mundial, los que miden la grandeza de Francia." El pueblo debe "ponerse en pie para la batalla de la producción como se puso en pie para la batalla de la liberación; se trata de rehacer la grandeza de Francia, se trata de asegurar de otra manera que con frases las condiciones materiales de la independencia francesa". La alusión va dirigida a todos los que dentro y fuera del partido critican con "frases revolucionarias" la línea que está siguiendo la dirección del PCF: "Tenemos que combatir las concepciones izquierdistas de algunos sectarios que piensan, sin formularlo siempre claramente, que "tal vez hemos abandonado la línea revolucionaria". Afortunadamente, el Comité Central, bajo la clarividente dirección de Thorez, ha desbaratado "el plan de la reacción, que tendía a empujar los elementos más avanzados de la democracia y de la clase obrera hacia las aventuras, a fin de dividir el pueblo." En todo este informe, Thorez no menciona el concepto de "revolución" o de "revolucionario" como no sea en sentido peyorativo. Ya en su discurso de enero ante el Comité Central había llegado al extremo de denigrar el uso del concepto, poniéndolo solapadamente en conexión con el de "revolución nacional" utilizado por los vichistas:

"Nosotros, que somos comunistas, no formulamos actualmente exigencias de carácter socialista o comunista. Decimos esto a riesgo de parecer tibios a los ojos de los que constantemente tienen en la boca la palabra revolución. Está un poco a la moda, pero cuatro años de "revolución nacional" bajo la égida de Hitler han precavido al pueblo contra el empleo abusivo y demagógico de ciertos términos desviados de su sentido".

Thorez pone en circulación el término de "hitlerotrotsquistas", y llama a la vigilancia para descubrir y expulsar del partido a "los elementos turbios, los provocadores, los agentes del enemigo, hitlerotrotsquistas, que se cubrirán lo más frecuentemente de frases 'izquierdistas'."(29)

La "batalla de la producción" alcanza su apogeo con la gira de Thorez por la zona minera del norte. Pese a la campaña del partido y de la CGT, los mineros han recurrido a la huelga en algunos casos, y Thorez amonesta a los comunistas que han participado:

"Aquí, queridos camaradas – dice en su discurso del 21 de julio de 1945, en Waziers, ante una asamblea de mineros comunistas –, os lo planteo con toda responsabilidad, en nombre del Comité Central, en nombre de las decisiones del Congreso del partido, os lo digo con toda franqueza: es imposible aprobar la menor huelga, sobre todo cuando estalla, como la semana última en las minas de Bethune, al margen del sindicato y contra el sindicato."

En la huelga se habían perdido 30 000 toneladas de carbón, y Thorez clama: "Es un escándalo, una vergüenza, una falta muy grave contra el sindicato y contra el interés de los mineros."(30) Al año del "llamamiento de Waziers", Thorez se congratula de los resultados obtenidos: "La producción carbonífera ha aumentado más de un 50 %. Con casi 160 000 toneladas diarias sobrepasamos en un 8 % el nivel de preguerra. ¡Éxito notable! Francia es el único país, a excepción de la Unión Soviética, que puede enorgullecerse de parecido resultado [...] Conviene felicitar a nuestros mineros que no han escatimado su sudor ni su fatiga."(31) (Leyendo los discursos de Thorez durante este periodo se tiene la impresión de que en Francia está construyéndose el socialismo, y que la tarea central de los trabajadores es poner en pie una economía que ha pasado a sus manos.) En diciembre el cártel de los trabajadores de los servicios públicos decide organizar una huelga de advertencia, y para prepararla tiene lugar un mitin monstruo en el Velódromo de Invierno. Los oradores preconizan la huelga general, incluidos los de la SFIO. El único que se opone es Henri Raynaud, dirigente comunista de la CGT: "En las circunstancias actuales – dice – una huelga general sería catastrófica; tendría por resultado, sobre todo con el paro ferroviario, provocar el hambre en el país." Diez días más tarde, Thorez afirma en el Consejo de ministros que no puede cederse a presiones intolerables, y que con algunas correcciones el proyecto del ministro de Hacienda debe ser aprobado(32). Refiriéndose a este año 1945, que con el lenguaje cubano de hoy el PCF podría haber bautizado de "año de la producción", de Gaulle escribe en sus *Memorias*: "En cuando a Thorez, aun esforzándose por hacer avanzar los asuntos del comunismo, va a rendir servicio en diversas ocasiones al interés público. No cesa de dar la consigna de trabajar tanto como sea posible y producir cueste lo que cueste. ¿Es simple táctica política? No voy a desentrañarlo. Me basta con que Francia sea servida." Bien pronto se pondría de manifiesto que los "asuntos del comunismo" no avanzaban mucho, pero desde luego "Francia", o, más exactamente, la burguesía francesa, era bien servida.

En junio de 1946, Thorez se ve obligado a declarar ante el Comité Central:

"La situación es muy seria. [Se refiere a que el resultado negativo del referéndum sobre el proyecto de Constitución apoyado por comunistas y socialistas, y las elecciones legislativas del 2 de junio, han revelado un neto desplazamiento del cuerpo electoral hacia la derecha. FC.] Era para llegar aquí, y si es posible para intentar hacernos retroceder más lejos aún, para lo que la gran burguesía francesa, fuerte de su vieja experiencia y dotada de gran capacidad maniobrera, ha usado hábilmente y alternativamente de todos sus medios y de todos sus hombres. A la hora de la Liberación no ha afrontado de frente el movimiento popular. Ha buscado flanquearlo, dislocarlo, desagregarlo. Ha impedido la unión de las fuerzas de la Resistencia y ha reducido poco a poco la influencia del Comité Nacional de la Resistencia, y de los comités locales y departamentales de liberación."(33)

Declaración sin desperdicio, porque de ella se desprendería, nada menos, lo siguiente:

a) A los dos años de la Liberación, a los dos años de participación de los comunistas en el gobierno, lo que había avanzado en Francia no era el movimiento popular salido de la Resistencia, sino la gran burguesía, que fortalecía sus posiciones económicas y recuperaba su influencia política. La original táctica thoreziana de lucha contra los trusts a base de que los obreros trabajasen más y mejor, apretándose el cinturón, había conducido al fortalecimiento de los trusts. La contención del

movimiento de masas, la renuncia a las acciones que atentasen al orden legal, a fin de no poder en peligro la "unión nacional", habían conducido a la reinstauración de la dictadura burguesa en la nación. La línea de poner sordina a las reivindicaciones proletarias para no asustar a las capas medias había dado por resultado que las capas medias oscilasen hacia la derecha, hacia los partidos de la burguesía – que iban revelando su mayor determinación en contraste con la pusilanimidad y debilidad del partido proletario –, como reconoce Thorez en el mismo informe. La vía de avance hacia la "nueva democracia", basada exclusivamente en la conquista de la mayoría parlamentaria, había conducido a la restauración de la más "vieja democracia", la democracia tradicional de la Francia burguesa. El cretinismo parlamentario comunista daba los mismos frutos que el cretinismo parlamentario socialdemócrata. En vano la dirección del PCF descargaba sobre la SFIO la responsabilidad de que no se formase un gobierno socialista-comunista, apoyado en la mayoría parlamentaria reunida por ambos partidos. Todo el mundo sabía que los dirigentes socialistas de derecha no irían nunca a semejante combinación más que bajo una presión irresistible de las masas, pero la dirección thoreziana había hecho todo lo necesario para yugular el movimiento de masas salido de la Liberación. En cuanto a los cuadros socialistas y sindicalistas de izquierda, susceptibles de apoyar sinceramente un gobierno socialista-comunista, abrigaban legítimas reservas sobre el porvenir que podía depararles tal solución. Ciertamente, Thorez habló en algunas ocasiones, durante esos años, de una posible vía francesa al socialismo, distinta de la seguida por los bolcheviques. Pero estos planteamientos ocasionales no iban acompañados de ninguna fundamentación teórica seria, se reducían, en realidad, a generalizar el caso de las democracias populares del Este europeo, olvidando el pequeño detalle del papel desempeñado allí por el ejército rojo y otros instrumentos del poder soviético. Por lo demás, la sujeción del PCF a la alta dirección estaliniana, a sus dogmas, era tan evidente, que los escarceos heterodoxos de Thorez difícilmente podían ser tomados por algo más que una maniobra táctica(34).

b) Al reconocer que "a la hora de la Liberación [la gran burguesía] no ha afrontado de frente el movimiento popular" y "ha buscado flanquearlo, dislocarlo, desagregarlo", Thorez estaba dando la razón a los que entonces preconizaban, dentro y fuera del partido, una política ofensiva, revolucionaria, orientada a desarrollar el potente movimiento obrero y popular que la insurrección nacional había puesto en pie. Si la "gran burguesía" no se atrevió a atacarlo de frente era, precisamente, porque percibía su potencialidad revolucionaria. Pero, ¿quién "había reducido poco a poco la influencia del Comité Nacional de la Resistencia, y de los comités de liberación locales y departamentales"? ¿La "gran burguesía" o la política preconizada e impuesta por Thorez desde que regresa de Moscú? En otro lugar del mismo informe Thorez se refiere de nuevo a la "táctica sinuosa [de las fuerzas burguesas], de la que hoy osan envanecerse, destinada a contener, a flanquear al pueblo, al que no podían atacar de frente en agosto de 1944"(35). ¿Qué más lógico que se envaneciesen? Lo que ya no era tan lógico es que el secretario general del Partido Comunista se envaneciera a su vez de la política que tan maravillosamente se había ajustado a la "táctica sinuosa" de la reacción burguesa. Sin embargo, Thorez defiende la línea seguida desde la Liberación como integralmente justa, perfecta. Si han existido algunos pequeños defectos se localizan en el trabajo de las federaciones y secciones. Con la mayor naturalidad, como si no tuviera ninguna responsabilidad en el asunto, Thorez censura "algunos camaradas que no están exentos de ilusiones parlamentarias". Pero esta censura no tiene más finalidad en el contexto del informe que equilibrar formalmente el verdadero ataque, dirigido contra la izquierda. El malestar ante los resultados de la línea seguida se había, en efecto, generalizado bastante en las filas del partido, y Thorez se ve obligado a reconocerlo, aunque sea minimizándolo. Cita casos concretos: la resolución de un célula del Yonne reprocha a la dirección "colaborar en el gobierno haciendo concesión tras concesión", y otra de Altos Pirineos "colaborar con la reacción y hacerse cómplice de las leyes antidemocráticas". Thorez invita al partido a combatir enérgicamente esas posiciones. Los que las sostienen "no han comprendido todavía que nos hemos convertido en un partido de gobierno, ponen en duda nuestra línea general". Y para convencer a estos recalcitrantes, Thorez saca a relucir – por primera vez, que sepamos, públicamente – el *gran argumento*, el argumento sin vuelta de hoja, que seguirá esgrimiéndose durante años y décadas, para justificar la política del PCF en la Liberación: los que

critican esa política, dice Thorez, "ni siquiera han sido instruidos por el artículo del periodista norteamericano Walter Lippman, el cual ha escrito en *Le Figaro* que las tropas angloamericanas estaban prestas a intervenir en el caso en que los comunistas accediesen al poder en Francia"(36). Sobre esta justificación suprema, y a primera vista tan "sólida", volveremos más adelante. Pero antes concluiremos con este somero bosquejo de la política del PCF hasta su exclusión del gobierno.

Ni la "seria situación" creada, ni el descontento en las filas del partido – que por lo demás es fácilmente yugulado por los métodos tradicionales de intimidación ideológica y medidas administrativas –, son suficientes para que la dirección del PCF introduzca cambios en su política. Poco después de la reunión del Comité Central que acabamos de citar, Thorez hace la declaración, más arriba reproducida, ensalzando el aumento de la producción de carbón logrado con el "sudor y la fatiga" de los mineros. Y el partido se resigna al bloqueo de los salarios decretado por el gobierno en el que figuran sus ministros. Pero lo más escandaloso – si es que pueden establecerse gradaciones – es la actitud del PCF ante la lucha de los pueblos oprimidos por el colonialismo francés. Desde que, en la entrevista de mayo de 1942, Mólotov se muestra de acuerdo con que todos los pueblos de las colonias francesas deben agruparse bajo la dirección de de Gaulle, la política del partido francés consistió en preconizar el mantenimiento dentro de la Unión francesa (con cierta autonomía, o una independencia formal) de las colonias. No hacía más que reanudar la política ya practicada en el periodo del Frente Popular. En su informe ante el X Congreso (junio de 1945) Thorez define así el programa del partido en este terreno: "Crear las condiciones de la unión libre, confiada y fraternal de los pueblos coloniales con el pueblo de Francia." El partido sostiene el principio de libre determinación, pero "el derecho al divorcio no significa la obligación de divorciar". La práctica de esta política colonial – que no hubieran vacilado en suscribir Van Kol y los otros líderes de la II Internacional propugnadores en el Congreso de Stuttgart de una política colonial "socialista" – se tradujo en que el partido se vio asociado a todas las represiones colonialistas ejercidas por los sucesivos gobiernos franceses, con ministros comunistas, desde la Liberación hasta 1947. Después de la salvaje represión de la insurrección de mayo de 1945, en el Constantinois argelino, saldada con miles de muertos(37), los ministros comunistas siguen en el gobierno, y en el X Congreso del partido, un mes después de la matanza argelina, Thorez dice lo siguiente:

"Hablando de democracia, no podemos olvidar que una de sus exigencias consiste en una actitud más comprensiva y más justa hacia los pueblos coloniales. Como en Arles, diremos que hay que reconocer las reivindicaciones legítimas de los pueblos coloniales, primero, en interés de esas desgraciadas poblaciones, y segundo, en interés de Francia. En Argelia, después de los dolorosos acontecimientos del pasado mes, nada más urgente que mejorar el abastecimiento, levantar el estado de sitio, destituir a los funcionarios vichistas y castigar a los traidores que provocaron los motines del hambre, después de haber abastecido al enemigo durante dos años; desmovilizar y devolver a sus hogares los soldados, suboficiales y oficiales argelinos que pertenecen a las clases no movilizadas en la metrópoli; enfin, aplicar la ordenanza del 7 de marzo de 1944 sobre la ampliación de las libertades democráticas en Argelia."

Es todo. Más esta conclusión: "La Francia democrática debe ayudar al desarrollo de la nación argelina en formación." El PCF no reconoce que exista aún la nación argelina. Entre tanto "se forma", los argelinos, como los marroquíes y tunecinos, deben permanecer, en opinión de Thorez, unidos a Francia: "Nosotros no hemos cesado jamás de mostrar que el interés de las poblaciones del Africa del Norte estaba en su unión con el pueblo de Francia." (El sentido queda aún más claro si se tiene en cuenta que este pasaje viene a continuación del antes citado, "el derecho al divorcio no significa la obligación de divorciar".) Thorez lamenta también la reciente represión contra los pueblos de Siria y del Líbano, que reclaman la independencia. El partido apoya su derecho a autodeterminarse, pero sin dejar de recordarles la máxima sobre el divorcio. Por eso – dice Thorez, refiriéndose a la represión allí ejercida – "lamentamos tanto más el golpe asestado al prestigio secular y a los intereses de nuestro país en el Cercano Oriente"(38).

A finales de 1946 llega el asunto del Vietnam. Después de que el ejército francés ha restablecido prácticamente el régimen colonial en el sur del país (sin que el PCF organizara ninguna acción de protesta), la flota bombardea Haiphong el 23 de noviembre de 1946 y comienza la guerra del imperialismo francés contra el pueblo vietnamita. El PCF persiste en su pasividad e incluso, según fuentes comunistas, la dirección del partido llega a considerar en un momento si no debe imputar la responsabilidad de la guerra a "provocadores vietnamitas". En todo caso, durante seis meses la guerra colonial contra el pueblo vietnamita, dirigido por los comunistas, es llevada a cabo por un gobierno en el que figuran cinco ministros comunistas, incluido el secretario general del partido, vicepresidente del gobierno. Y durante cuatro meses (desde enero de 1947), el ministro de la Defensa Nacional de ese gobierno es un comunista. Cuando, en marzo, la Asamblea Nacional vota los créditos militares para la guerra colonial, el grupo parlamentario comunista se abstiene, pero los ministros comunistas los votan, a fin de mantener la "solidaridad gubernamental", y ratifican las instrucciones al nuevo Alto Comisario nombrado por el gobierno para dirigir la guerra sobre el terreno(39). Duclos aporta un "argumento de peso" – dice J. Fauvet – en pro del mantenimiento de la "solidaridad ministerial": la conferencia de los Cuatro (Unión Soviética, Estados Unidos, Inglaterra y Francia) comienza en Moscú, y "nuestro ministro de Asuntos Exteriores defiende la causa de Francia"(40) La causa del Vietnam puede esperar. Mientras se celebra la conferencia de los Cuatro, las tropas francesas reprimen la insurrección de los malgaches con los mismos métodos que la del Constantinois argelino dos años atrás(41). El partido se limita a algunas protestas de cumplido, y a exigir el respeto de la inmunidad parlamentaria en el caso de los diputados malgaches encarcelados. Lo esencial es seguir salvaguardando la "solidaridad ministerial", porque para poder abogar en la conferencia de Moscú por la "causa de Francia", Bidault debe hablar en nombre de la nación unida. La causa de Madagascar puede esperar también, como la del Vietnam.

La "causa de Francia", tan cara para Thorez y Duclos, tiene en este caso un contenido muy preciso: las reivindicaciones de la Francia vencedora sobre la Alemania vencida. Toda la flexibilidad que el PCF muestra ante la burguesía francesa, es inflexibilidad cuando se trata del "problema alemán". La política thoreziana en esta cuestión parte de una posición de "principio": "El pueblo alemán porta la responsabilidad aplastante de haber seguido a Hitler en su guerra de exterminio contra los otros pueblos [...] Debe sufrir las consecuencias, debe reparar." (Las otras "responsabilidades aplastantes" quedan borradas de la historia: la responsabilidad de los pueblos de Francia e Inglaterra, tolerando el Tratado de Versalles y la política que llevó a Munich; la responsabilidad de las dos Internacionales en la política que hizo posible la subida de Hitler al poder; la responsabilidad de la política estaliniana que malogró la gran oportunidad del año 1936 para cambiar el curso de los acontecimientos europeos, y llevó a la derrota de la república española, etc.) Lo que ahora le preocupa a Thorez es que el Tratado de Versalles cometió el error de exigir las reparaciones alemanas en dinero, cuando es mucho más eficaz otra variante, "las reparaciones en especie y, en primer lugar, la utilización de la mano de obra alemana". El PCF exige la internacionalización del Ruhr y la integración del Sarre en el sistema económico francés. El carbón del Ruhr debe servir para la reconstrucción económica de Francia. Y todo esto bien asegurado mediante una "ocupación prolongada de Alemania". No hay que exagerar, sin embargo. El patriotismo de Thorez es realista: "No nos oponemos – precisa--al desarrollo de algunas industrias pesadas en Alemania. No somos niños. Sabemos que no se puede reducir Alemania al nivel de una tribu primitiva, pero queremos un control". Eso sí, Thorez es inflexible en lo referente a la utilización de la "mano de obra alemana"; ya en su gira por la zona minera del norte recomendó sacar más rendimiento de los prisioneros alemanes. Y en la entrevista que concede a la agencia Reuter, publicada en *The Daily Mail* del 15 de noviembre de 1946, amonesta a los ingleses por su blandura en este asunto: "Tenemos la impresión de que los británicos tienen *le coeur tendre* respecto a los alemanes, en lugar de obligarles a trabajar."(42)

Por primera vez en la historia del PCF desde que Thorez accede a la secretaría general, surge una divergencia pública con la política de Stalin. El sensacional acontecimiento no está relacionado con problema alguno de la lucha revolucionaria en Francia, no deriva de que a los dirigentes comunistas

franceses les hubiera incomodado la facon cavalière con que Stalin había decidido, con Roosevelt y Churchill el destino de cada pueblo europeo, resolviendo que a Francia le correspondía permanecer en el área capitalista. No, la divergencia surge por el Ruhr. En la citada interviú a la agencia Reuter, Thorez lo reconoce públicamente: "Nuestros amigos soviéticos dicen: "Control interaliado del Ruhr". Nosotros decimos: "Internacionalización del Ruhr". Debemos encontrar una fórmula de acuerdo." El conflicto había estallado unos meses antes, en otra de las conferencias de los Cuatro. Mólotov se había opuesto categóricamente al desmembramiento de Alemania, y a colocar el Sarre bajo autoridad francesa. El PCF mantuvo sus posiciones, mereciendo los plácemes envenenados de León Blum: "Nuestros camaradas comunistas han aprovechado, muy legítimamente, esta ocasión de demostrar, con hechos, que su nacionalismo es verdaderamente un nacionalismo francés, auténtico, sólido y de buen temple, de suficiente buen temple como para resistir esa ducha."(43) En realidad, la divergencia entre la "política exterior" del PCF y la soviética tenía escasa importancia: atañía a las formas de impedir el resurgimiento del imperialismo alemán, sin afectar al fondo. Y en el terreno mismo de las formas las dos posiciones tenían de común el no tener nada de común con un enfoque internacionalista y revolucionario del problema. Lo que no quita significación al hecho de que el primer gesto de independencia del hijo frente al padre se manifestara, precisamente, en el terreno del nacionalismo. Pero otros conflictos de mucho mayor peso iban a desvanecer rápidamente este ligerísimo amago de conflicto entre el incipiente nacionalismo "comunista" francés y el todopoderoso nacionalismo "comunista" granruso.

La "gran alianza", en efecto, dejaba prácticamente de existir. El imperialismo americano se había lanzado resueltamente a instaurar su dominación mundial. Ofrece a la burguesía europea el maná de los dólares a cambio de que se someta a su liderazgo. Le ofrece también protección militar – y tiene el monopolio de la bomba – contra el "peligro rojo". Y mientras Thorez y Duclos no escatiman concesiones – ya hemos visto de qué monta – para mantener la "solidaridad ministerial", a fin de que Bidault pueda defender en Moscú la "causa de Francia", respaldado por la "unidad nacional", el ministro de Negocios Extranjeros francés concluye en Moscú un acuerdo por separado, sobre el carbón del Ruhr, con Bevin y Marshall. A cambio del maná que se llamará Plan Marshall, la burguesía francesa abandona sus "reivindicaciones alemanas" y se orienta decididamente a integrarse en el bloque americano. Pero para soltar los dólares Wáshington exige que los partidos comunistas desaparezcan de los gobiernos burgueses de Europa. Y en efecto, la operación se lleva a cabo con prontitud y sin dificultades. En cada caso se recurre a un pretexto que disimule la orden del nuevo amo, pero el resultado es el mismo: el 19 de marzo Spak forma gobierno sin los comunistas belgas, el 5 de mayo Ramadier despide a los franceses, y el 30 del mismo mes de Gasperi reconstituye su gobierno sin los comunistas italianos.

En el caso francés el pretexto es la gran huelga de la Renault. A los cuatro años de "batalla de la producción" y de política (cegetista-comunista) "antihuelgas", en aras de la "unión nacional" y la "grandeza de Francia"; al cabo de esos cuatro años que han desembocado en el bloqueo de los salarios bajo un gobierno donde predominan los ministros comunistas y socialistas, en los obreros va cuajando la idea de dar su propia "batalla". La CGT ha intentado canalizar el descontento presentando en marzo de 1947 una serie de modestas reivindicaciones, pero sin emprender ninguna acción real. Y desaconseja que se emprenda. El 25 de abril los obreros de la Renault van a la huelga, iniciada, al parecer, por los trotskistas. y secundada inmediatamente por sindicalistas socialistas y cristianos. En los medios gubernamentales se acusa al PCF de ser el instigador, y Ramadier plantea la cuestión de confianza ante la Asamblea nacional sobre la política económico-social del gobierno. Ante decenas de miles de obreros en huelga y el profundo malestar que cunde en los que aún no lo están, el partido no puede aprobar de manera tan ostentosa la continuación del bloqueo de los salarios, so pena de desacreditarse gravemente ante los trabajadores y de que se acentúe su desbordamiento por la izquierda, iniciado en la Renault. Si Ramadier aprovecha la oportunidad de cumplir la orden americana bajo la apariencia de un imperativo de política interior, el PCF no deja escapar tampoco la ocasión de matar dos pájaros de un tiro: poner en crisis un gobierno que acaba de dar un peligroso paso hacia el alineamiento con los americanos (la dirección

del partido pensaba que su actitud determinaría la crisis ministerial), y revalidar sus títulos de partido defensor de los intereses proletarios. El primer tiro falla porque Ramadier se limita a reorganizar su gobierno sin los ministros comunistas (confirmando así que el problema de fondo no es el de política interior, sino el otro). Pero el voto contra la política economicosocial del gobierno no significa que el partido se proponga movilizar a las masas contra esa política. En el parlamento, Jacques Duclos tranquiliza a Ramadier, que teme la extensión de las huelgas: "Sólo los imbéciles hablan ahora de huelga general." (44) El partido se presenta, más que nunca, como "partido de gobierno". Piensa todavía que el acuerdo Bidault-BevinMarshall sobre el carbón del Ruhr es un episodio incidental, peligroso pero no irreparable. E incluso después del niet que Mólotov opone al proyecto de plan Marshall, en los últimos días de junio, la dirección thoreziana seguirá meciéndose en sus ilusiones sobre la continuidad de la "gran alianza", cuya influencia bienhechora le ha permitido ser "partido de gobierno", en acto, durante casi tres años. Y hasta la reunión del Kominform, a fines de septiembre, no comprenderá que ha llegado la hora del "viraje".

En el intervalo, Thorez no pierde ocasión de sacar a relucir las pruebas irrefutables que durante tres años ha dado el partido de ser un auténtico "partido de gobierno"; no cesa de lamentarse de que esos méritos sean desdeñados por los otros partidos de la República. He aquí un botón de muestra, fechado el 8 de junio de 1947:

"En 1944 el índice de la producción general era de 35 con relación a 100 antes de la guerra. A fines de 1946 era de 90. ¿Después de la otra guerra? En 1919, el índice de la producción era mucho menos bajo, se cifraba en 57. En 1920 era de 62; en 1921 de 55; en 1922 de 78; en 1923, llega a 88. Así, gracias a la clase obrera, el país se ha levantado en dos años, mientras que fueron necesarios más de cinco años para obtener el mismo resultado después de la guerra precedente, pese a que las dificultades eran menores.

Es el gran mérito de la clase obrera y de nuestro partido, porque hemos sido nosotros, comunistas, los que hemos ido a decir lo que hacía falta decir a la clase obrera, a los ferroviarios, a los mineros, sin demagogia. Mientras que cuando se hablaba de la unidad delante de un congreso socialista, el actual ministro del Trabajo respondía: '¿Unidad para producir carbón? ¡Bah! ¿Eso es socialismo?'

Sin embargo, después de la guerra de 1914-1918 el nivel de vida de la clase obrera se elevó. En 1921 el índice de los precios al por menor, con relación a antes de la guerra, era de 337, y el índice de los salarios de 472. Hubo, pues, una elevación del 40 % del poder adquisitivo de los salarios. La tendencia no se invirtió hasta después de la crisis financiera de 1925. ¿Qué pasa hoy? En octubre de 1944 los precios estaban a 291 y los salarios a 321. En abril de 1946 los precios habían subido a 491 y los salarios a 321. En octubre de 1946, los precios llegaron a 851 y los salarios a 417. Hay, pues, una reducción del 50 % del poder adquisitivo real de los salarios con relación a 1938." (45)

Es decir, la colaboración del partido comunista en el gobierno de 1944 a 1947 había tenido efectos más favorables para la restauración de la economía capitalista, y más desfavorables para las condiciones materiales de las masas, que el gobierno reaccionario de la *chambre bleu horizon* de 1919-1921 (46). Contraste sin misterio con sólo recordar que mientras en 1919-1921 la clase obrera luchó enérgicamente, recurriendo a la huelga, en defensa de sus condiciones de vida, en 1944-1946 acató disciplinadamente las consignas de no hacer huelgas y elevar la producción que le prodigó el PCF. Evidentemente, la burguesía era injusta con el partido comunista, y es comprensible que en el XI Congreso (junio de 1947) el viejo Cachin se preguntase, aludiendo a Thorez, "en virtud de qué aberración se ha prescindido de semejante hombre de Estado" (47). Hacía falta, en efecto, todo el desconocimiento de las realidades europeas que caracterizaba a los políticos americanos, y todo el servilismo hacia los políticos americanos que revelaban sus colegas franceses, para que tamaña "aberración" pudiera producirse.

La revolución frustrada (Italia)

La política del Partido Comunista italiano [PCI] durante la Resistencia, la Liberación y los primeros años de la postguerra, no difiere esencialmente, en cuanto a su orientación general, de la del partido francés. Es la versión italiana de la línea dictada a los partidos comunistas por la alta estrategia estaliniana, reflejada en la resolución testamentaria de la IC. Sin embargo, hubo ciertas diferencias

significativas en la manera de aplicar esa línea, determinadas en parte por la naturaleza de los problemas que objetivamente se planteaban en Italia, y en parte por las características peculiares del partido italiano y de su núcleo dirigente. La incondicionalidad del PCI en su inevitable subordinación a Moscú, no fue nunca tan incondicional como la del PCF en su periodo thoreziano. Había sido el partido de Gramsci y Bordiga, que aunque desde posiciones diferentes coincidieron en luchar por la autonomía y la especificidad del partido frente a la prepotencia del centro moscovita. Y pese a que Togliatti encuadró finalmente al PCI en el orden kominterniano, esa tradición – sobre todo la huella gramsciana – no se perdió del todo. La formación intelectual de Togliatti, su compleja personalidad, se ajustaban mal al módulo estaliniano. Con su especial capacidad para el compromiso y la maniobra política, y aprovechando su alto cargo en la IC, Togliatti logró mantener un difícil equilibrio entre la subordinación a la dirección soviética y las exigencias – según él las interpretaba – de la realidad italiana. En el periodo que estamos considerando la preservación del "equilibrio" se vio facilitada porque entre la alta estrategia estaliniana y la visión togliattiana de los problemas italianos existía una coincidencia fundamental. Las divergencias comenzaron a manifestarse más tarde, aunque ya en este periodo se registraron ciertos "desajustes".

El pacto germanosoviético y la alineación sobre las posiciones de la IC le costó al PCI la ruptura del acuerdo unitario con el Partido Socialista, pero no repercutió en su política y su situación en el país con la misma gravedad que en el caso francés. El PCI se había adaptado a la clandestinidad desde hacía muchos años, y, sobre todo, no se le planteó en aquel momento el problema de la agresión alemana. No hubo ruptura de continuidad en su política interior: su "Vichy" era el Estado fascista tradicional, y la acción del partido siguió siendo netamente antifascista. Cuando Italia entra en la guerra (junio de 1940), el partido acusa al gobierno mussoliniano de "vender el pueblo al imperialismo alemán". En mayo de 1941 otro documento del partido ataca violentamente al imperialismo alemán, y declara que Inglaterra y Francia no amenazan a Italia; exige la ruptura del pacto con Alemania y la partida de Italia de las tropas alemanas(48). Como se ve, la posición frente al "imperialismo alemán", por un lado, y respecto a los Aliados, por otro, era algo diferente de la que tomaban los documentos coetáneos del partido francés.

El viraje de Salerno

La entrada de la Unión Soviética en la guerra permite reconstruir rápidamente (octubre de 1941) el pacto de unidad con los socialistas, y ampliarlo al grupo antifascista "Justicia y Libertad" (que poco después toma el nombre de "Partido de Acción"). Durante 1942 la lucha antifascista se activa a lo largo de la península, sobre todo en el norte. En la primavera de 1943 los obreros de Turín toman la iniciativa de un potente movimiento huelguístico que se propaga a Milán y Génova, englobando a más de cien mil obreros. La derrota alemana en Stalingrado, el desembarco angloamericano en Sicilia y las huelgas obreras del norte, hacen comprender a los círculos dirigentes de la burguesía italiana que ha llegado la hora de desprenderse de Mussolini y ponerse a la sombra protectora de los aliados. Su objetivo principal, naturalmente, es prevenir una salida revolucionaria a la crisis del régimen, y el gobierno Badoglio muestra desde el primer momento su verdadera faz. En una circular gubernamental se dan las siguientes instrucciones:

"Todo movimiento debe ser aplastado inexorablemente en su origen [...] Las tropas actuarán en formación de combate, abriendo fuego a distancia, incluso con morteros y artillería, sin previo aviso, como si procedieran contra el enemigo. No se disparará al aire en ningún caso, sino al cuerpo, como en el combate, y si se cometiera algún acto de violencia, aunque fuese aislado, contra las fuerzas armadas, los culpables deben ser pasados inmediatamente por las armas."(49)

Pero la caída del dictador ha roto los diques que aún contenían el movimiento de masas. Salen a la legalidad los partidos antifascistas, los sindicatos oficiales pasan a manos de comisarios designados por los comités unitarios del antifascismo, que se constituyen por doquier. Se multiplican las huelgas exigiendo la liberación de los detenidos políticos. En las fábricas se constituyen, por elección, comisiones obreras (los primeros órganos electos que surgen en Italia después de la caída de Mussolini).

Entre tanto los alemanes, que ya tenían siete divisiones en Italia, envían diez y ocho más, ocupan de hecho el norte y centro del país, sin que el gobierno Badoglio tome ninguna medida defensiva. El rey y el mariscal, la gran burguesía italiana, acariciaban, al parecer, la ilusión de salir de la guerra y consagrarse a la patriótica tarea de combatir el enemigo interior, utilizando el aparato del Estado fascista; pensaban que alemanes y angloamericanos, movidos por la común preocupación de prevenir el peligro rojo, consentirían en la operación(50). Pero la reacción de los alemanes cierra esta perspectiva. La única salida que le queda al gobierno de su majestad es buscar refugio en el sur, al amparo de las tropas aliadas, dejando a los hitlerianos la tarea de reprimir el movimiento antifascista en el norte y centro del país. El 9 de septiembre, después de anunciar el armisticio concluido secretamente con los aliados, el rey y la familia real, el mariscal y un distinguido cortejo de generales y funcionarios, huyen de Roma, sin haber tomado la más mínima medida de defensa contra los invasores. Y pasará un mes más sin que Badoglio declare la guerra a Alemania. Al fin lo hará el 13 de octubre bajo la presión del alto mando aliado. Italia quedará dividida en dos zonas: la ocupada por los alemanes, que hasta la primavera de 1944 comprenderá el norte y centro de la península, y en el verano de ese año quedará reducida al norte; la zona ocupada por los aliados, que, inversamente, hasta la liberación de Roma en los primeros días de junio, comprende solamente el sur del país (el frente pasa un poco al norte de Nápoles), y a partir del verano incluye el sur y el centro.

Desde noviembre de 1943 el movimiento de masas y la acción armada comienzan a adquirir gran envergadura en la zona norte. Estallan importantes huelgas en Piamonte, Lombardía, Liguria y Toscana. A iniciativa de la dirección comunista del norte, y con apoyo del Comité de Liberación Nacional de la Alta Italia (que incluye los partidos comunista, socialista, de Acción, liberal y demócratacristiano), en marzo de 1944 se declara la huelga general en el territorio ocupado por los alemanes. El Partido Comunista y el Partido Socialista lanzan un llamamiento conjunto. Más de un millón de trabajadores participan en el movimiento – el más importante de este género, durante la segunda guerra mundial, en la Europa ocupada – afrontando todos los riesgos. En Turín la huelga dura ocho días. Simultáneamente a las acciones huelguísticas y otras formas de lucha de masas, el movimiento guerrillero se desarrolla con mucha rapidez. En el verano de 1944 hay ya unos 100 000 hombres en las unidades combatientes. Longo hace la siguiente descripción de la situación en la Italia septentrional:

”Debido a la gran envergadura del movimiento de masas, en muchas regiones había, de hecho, dualidad de poder; los órganos de las autoridades fascistas, que se desacreditaban cada vez más, y los órganos de poder antifascistas, que existían de manera ilegal, pero gozaban de gran popularidad entre la población. Y además de estas regiones en donde existía la dualidad de poder, durante todo el periodo de la ocupación nazi hubo otras zonas en el norte de Italia completamente liberadas de las autoridades fascistas, alemanas o italianas. Estaban dirigidas por organismos democráticos de poder, elegidos libremente bajo la protección de las fuerzas guerrilleras.”(51)

Comunistas y socialistas, con indudable predominio de los primeros, constituían el núcleo dirigente de este poderoso movimiento, cuya fuerza decisiva era la clase obrera de la Italia industrial, y cuyo espíritu revolucionario ha sido subrayado por numerosos protagonistas e historiadores no comunistas(52). Pero mientras en el norte industrial comenzaba a tomar cuerpo este poder popular, en el sur agrario se fraguaban las estructuras de un nuevo poder político de la burguesía italiana.

En el momento que sigue a la caída de Mussolini los líderes de la izquierda intentan llegar a ciertos arreglos con Badoglio para organizar la lucha contra la ocupación alemana, pero la complicidad tácita del rey y el mariscal con los hitlerianos, así como su política represiva antipopular, hacen imposible todo entendimiento. Después del abandono de Roma el problema de crear un gobierno representativo del antifascismo y dispuesto a conducir con firmeza la lucha contra los nazis, se pone en primer plano. Entre tanto, los ”tres grandes” han reconocido *de facto* al gobierno Badoglio, y en su ”Declaración sobre Italia”, publicada a finales de octubre de 1943, tras unas cuantas fórmulas generales sobre la futura democratización del régimen político italiano, se hace una recomendación expresa: la inclusión en el gobierno de ”representantes de aquellos sectores del pueblo que se han

opuesto siempre al fascismo”. El 12 de noviembre *Pravda* publica un artículo de Togliatti (el cual se encontraba aún en la Unión Soviética; emprende el viaje de regreso a Italia a fines de febrero de 1944 y desembarca en Nápoles el 27 de marzo). ”Las medidas que se indican en esta declaración [de las tres potencias] – escribe el jefe del PCI – corresponden exactamente a las aspiraciones e intereses del pueblo italiano. Constituyen el programa en torno al cual deben unirse todas las fuerzas antifascistas democráticas del país, a fin de lograr su pronta realización.”(53) Huelga decir que la esencia de ese ”programa”, firmado por los representantes de Churchill y Roosevelt, era la instauración de una democracia burguesa en Italia. Y para comenzar su construcción el ”programa” exigía el compromiso entre los partidos antifascistas y el gobierno Badoglio, al que esos partidos consideraban justamente como una supervivencia del fascismo.

La posición de Togliatti, exactamente alineada sobre la transacción a que habían llegado en la Conferencia de Moscú los ministros de Relaciones Exteriores de los ”tres grandes”, divergía netamente de la que en aquel momento tenía el PCI en el país. Un documento interno de la dirección del partido que actuaba en la Italia ocupada, fechado a fines de octubre de 1943, plantea lo siguiente:

”La misión y la función de la clase obrera en el momento actual es ponerse a la vanguardia de la lucha por la liberación nacional, y a través de esta lucha conquistar tal influencia en el pueblo italiano que la permita convertirse en la fuerza dirigente *por una efectiva democracia popular*. Esta debe ser la política del partido.”

El documento previene contra dos errores. Uno de ellos consistiría en identificar los objetivos de la Resistencia con la revolución proletaria, cayendo en un ”extremismo infantil”.

”Pero sería un error aún más grave, en sentido oportunista, subestimar la importancia del problema de la dirección política en el complejo de fuerzas dentro del cual actúa la clase obrera, y *por una mal entendida unidad acceder a las exigencias de las fuerzas reaccionarias, cuyos representantes son Badoglio y la monarquía*, a las cuales puede reconocérseles una función auxiliar pero no directiva en la lucha contra el fascismo y por la liberación nacional.”(54).

Es sintomático que este documento interno fuera publicado en la prensa ilegal del partido, bajo forma de artículo, en el mes de diciembre, después de que la radio de Moscú había dado a conocer la posición de Togliatti. La política del Partido Socialista en ese periodo no se situaba a la derecha del PCI, sino más bien al contrario. E incluso el Partido de Acción planteaba que los objetivos de la Resistencia no podían limitarse a la instauración de una democracia burguesa(55).

En el sur, el Partido Comunista, junto con el socialista y el de Acción, impulsan enérgicamente la campaña contra el rey y el mariscal. A finales de enero de 1944, se reúne en Bari un congreso conjunto de todos los partidos antifascistas, con asistencia de delegados del Comité de Liberación Nacional. (El CLN había sido constituido en Roma el 9 de septiembre de 1943, después de la huida del rey y del gobierno, y siguió teniendo allí su sede clandestina hasta la liberación de la capital en junio de 1944, pero su actividad práctica era muy limitada(56).) El Partido de Acción propone al congreso una serie de medidas que son apoyadas por comunistas y socialistas, así como por los delegados del CNL: exigir la abdicación inmediata del rey; constituirse en Asamblea representativa del país, hasta la elección de una Asamblea constituyente; designar una junta ejecutiva encargada de las relaciones con las Naciones Unidas. Los liberales, encabezados por Benedetto Croce, maniobran con habilidad. El filósofo reconoce que el rey es el ”superviviente representativo del fascismo”, pero argumenta que las propuestas del Partido de Acción sólo podrían realizarse mediante un *atto di forza*, el cual es imposible dada la presencia de los aliados. La única salida – dice – es presionar al rey para inducirle a abdicar. El congreso vacila. Nombra una junta ejecutiva, pero no se constituye en asamblea representativa, ni toma medidas para movilizar al pueblo. Sin embargo, los partidos de izquierda no renuncian a sus posiciones. En respuesta al discurso que Churchill pronuncia el 22 de febrero, donde ironiza sobre las resoluciones antimonárquicas y antibadoglianias del Congreso de Bari, los obreros de Nápoles anuncian la huelga, que ante la oposición de las autoridades militares aliadas es reemplazada por un gran comicio popular donde sólo intervienen los partidos de izquierda. Este acto tiene lugar el 12 de marzo. El 14, cuando la agitación contra el gobierno está en

su apogeo, Badoglio anuncia el reconocimiento de su gobierno por la Unión Soviética y el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre ambos países. (Los aliados aún no habían dado ese paso.)

Tal es, a grandes rasgos, la situación que Togliatti se encuentra cuando desembarca en Nápoles el 27 de marzo, dispuesto a aplicar el programa italiano de los "tres grandes". No es sorprendente que su juicio sobre la política de los partidos antifascistas de izquierda, y en especial sobre la de su partido, fuera bastante severo. Años después les contará a sus biógrafos que el PCI se había metido en una "vía peligrosa, sin perspectivas", llegando al extremo de "organizar mítines contra Churchill y estudiar con otros partidos antifascistas la posibilidad de hacer una consulta popular, no a iniciativa del gobierno sino de los partidos"(57). En un abrir y cerrar de ojos Togliatti sacará al PCI del atolladero en que se había deslizado y lo encarrilará por la vía pletórica de perspectivas de la unión nacional. El 29 de marzo se reúnen los dirigentes del partido en la zona sur, y Togliatti "coje el toro por los cuernos": propone "aplazar el problema de las instituciones hasta que pueda convocarse una Asamblea constituyente, poner en primer plano la unión de todas las corrientes políticas en la guerra contra Alemania e ir a la creación inmediata de un gobierno de unión nacional". Al comienzo – se dice en la misma biografía – "la mayor parte de los presentes quedaron estupefactos", pero Togliatti "expuso sus proposiciones de manera tan clara y convincente que nadie pudo hacer objeciones"(58). (Según otras informaciones algunos de los dirigentes veteranos del partido no se dejaron convencer tan fácilmente, pero Togliatti, aparte de su talento de polemista, tenía tras él todo el prestigio de la Internacional Comunista y de la Unión Soviética. Acababa de llegar de Moscú. ¿Quién mejor que Stalin podía saber lo que convenía al pueblo italiano? Si la Unión Soviética había reconocido al gobierno Badoglio era indudable que el interés de la causa lo exigía...(59).)

El viraje del Partido Comunista – la *svolta de Salerno*, como pasará a la historia del PCI – permitió vencer finalmente la resistencia de socialistas y "accionistas". El "sacrificio" de Víctor Manuel III que, cediendo a las presiones de Benedetto Croce y de Roosevelt, anunció su decisión de retirarse y nombrar lugarteniente del reino al príncipe Umberto, una vez que Roma hubiera sido liberada, allanó el camino al compromiso, no obstante lo cual el parto del gobierno de unión nacional fue bastante laborioso. A última hora los liberales y el Partido de Acción estuvieron a punto de echarlo todo a rodar, pero Togliatti "dirigió el contrataque con el apoyo de Badoglio, del socialista Lizzardi, y de los demócratas cristianos Rodinó y Jervolino; y para dar una salida a la situación tuvo que aceptar entrar él mismo en el gobierno". Jervolino comentaba después que de no ser por la cuestión religiosa podría hacerse comunista, y se congratulaba del espíritu de sacrificio demostrado por el líder comunista aceptando el cargo ministerial: "Si no hubieras aceptado – le manifestó a Togliatti – habrían dicho que lo considerabas un gobierno de imbéciles y por eso no querías participar en él."(60) No sabemos si el político democristiano aludía al poco lucido papel que los líderes antifascistas estaban representando: hasta la víspera habían denunciado al rey y a Badoglio como supervivencias del fascismo; habían denunciado su tácito sabotaje de la guerra contra Alemania; y ahora aceptaban ser ministros del rey, bajo la jefatura del mariscal, en nombre del "esfuerzo de guerra" contra el invasor y a fin de liquidar las supervivencias del fascismo. No era mucho pedir que el máximo paladín de la operación, en el que el proletariado veía su representante, y el representante de la Unión Soviética, avalara con su presencia la sinceridad de los ideales antifascistas y democráticos del flamante gobierno de unión nacional, presidido por Badoglio, que entraría en funciones una vez prestado juramento colectivo al monarca.

En los documentos del PCI, o en las versiones históricas influidas por el punto de vista del partido, se ha presentado la constitución del gobierno de unión nacional presidido por Badoglio como una operación esencialmente italiana, cuyo artífice principal fue Togliatti. En realidad, fue una operación de los "tres grandes", y según fuentes soviéticas el mérito de la iniciativa corresponde al gobierno de la URSS. La *Gran Enciclopedia soviética* lo dice con meridiana claridad: "Por iniciativa de la URSS, que el 11 de marzo había establecido relaciones directas con el gobierno italiano, el gabinete Badoglio fue reorganizado el 22 de abril de 1944, incluyendo en él

representantes de los seis partidos de la coalición antifascista.”(61) La ”iniciativa” se comprende fácilmente desde el punto de vista de los intereses soviéticos. Pese a que en la Comisión consultiva para Italia (creada en la Conferencia de Moscú de los tres ministros de Relaciones exteriores), con sede en Argel, había un representante de la URSS, en la práctica quien hacía y deshacía en territorio italiano era la Comisión militar aliada, donde no había representantes soviéticos. El reconocimiento diplomático de Badoglio le daba a Moscú la posibilidad de intervenir directamente sobre el terreno. Y la ”reorganización” del gobierno Badoglio, con entrada de los comunistas, la posibilidad de acrecentar esa intervención. El problema para Stalin no era que el PCI se diera una estrategia susceptible de facilitar una salida revolucionaria a la crisis del capitalismo italiano. Semejante cuestión quedaba descartada *a priori* en la óptica de Stalin desde el momento que Italia era ”liberada” por los ejércitos aliados. La cuestión era situar desde el primer momento en el tablero de la política italiana las piezas susceptibles de contrarrestar la influencia de los fraternales aliados. (En 1947, durante la reunión fundacional del Kominform los comunistas italianos serían duramente criticados por Zdanov, no porque no hubieran tenido una política orientada a dar una salida revolucionaria al gran movimiento proletario y popular que se había puesto en marcha desde la caída de Mussolini, sino porque no supieron impedir la inclusión de Italia en el bloque americano.) Como es lógico, la ”iniciativa” de Stalin de reorganizar el gobierno Badoglio no podía llevarse a cabo más que mediante un arreglo con los angloamericanos. Teniendo en cuenta que exactamente en ese mismo periodo, y a fin de dar satisfacción a Churchill y Roosevelt, Stalin ejercía toda la presión posible sobre Tito para que llegase a un *modus vivendi* con el rey Pedro, no es sorprendente que Churchill y Roosevelt hicieran pre-Sión sobre el rey Víctor Manuel para que llegara a un *modus vivendi* con Togliatti(62). *Tout se tient*, como dicen los franceses....

De la unión nacional al monopolio democristiano

La unión nacional se puso en marcha. El partido comunista, aureolado con el doble prestigio de ”partido de la revolución” y de ”partido de gobierno”, comenzó a crecer rápidamente. Y con ritmo no menos veloz, tal vez más, comenzaron a constituirse las *nuevas* fuerzas políticas de las viejas clases dirigentes, explotando a fondo la magnífica cobertura que les proporcionaban las fuerzas de izquierda, la posibilidad única que se les deparaba de amalgamar la ideología tradicional, el opio religioso, con las reverdecidas aspiraciones de libertad y democracia, y hasta con el socialismo – el socialismo cristiano, naturalmente –; comenzaron a engrosar rápidamente esas nuevas fuerzas políticas de las viejas clases dirigentes, asimilándose los residuos del fascismo, incorporándose la antigua y experimentada burocracia civil y la aún más antigua y más experimentada burocracia clerical, los instrumentos armados del viejo Estado. Desarrollo paralelo ejemplarmente equitativo, porque al fin y al cabo el sol de la unión nacional, del *secondo risorgimento*, debía brillar por igual para todos los italianos, independientemente de sus creencias religiosas y tendencias políticas (únicamente la fascista, en justo castigo de sus pecados, quedaba excluida de la comunidad política nacional, aunque le quedaba el recurso de mudarse de piel para reingresar en ella).

Después de la liberación de Roma, el gobierno de unión nacional acredita sus títulos antifascistas y democráticos mediante la sustitución de Badoglio por Bonomi, socialdemócrata reformista en su juventud, excluido del partido socialista en 1911 por su excesivo socialchovinismo, jefe, en 1921, de uno de los gobiernos que abrieron paso al fascismo. En la biografía de Togliatti, revisada por él mismo, se dice de Bonomi:

”Pese al mucho tiempo transcurrido desde entonces quedaban huellas en él de aquel periodo de su existencia en que había militado en el movimiento obrero, y había conocido sus problemas e impulsos. Y esto le llevaba, probablemente, a ver en la política de los comunistas una forma de su viejo posibilismo reformista. De ahí su simpatía por Togliatti y las excelentes relaciones que mantuvo con él, pero de ahí también el origen de frecuentes y graves desacuerdos. Lo que echaba todo a perder en él era su exagerada preocupación por la suerte del viejo aparato del Estado y por las formas exteriores del orden gubernamental.”(63)

Efectivamente, Bonomi veló celosamente por la suerte del viejo aparato del Estado, cuyas piezas esenciales iban siendo metódicamente integradas en el ”nuevo” aparato. En cambio, la suerte de las

masas trabajadoras no le quitaba el sueño. El deber de éstas era soportar estoicamente, con espíritu de unión nacional, el "esfuerzo de guerra", *Il rinnovamento sociale*, que todos los partidos – ¡no faltaba más! – tenían en su programa, sería realizado una vez vencido el enemigo exterior, cuando dejaran de actuar las armas y entraran en acción las urnas. Como había dicho sin ambigüedad Togliatti en su primer discurso público después de pisar el suelo patrio: "Hoy no se plantea ante los obreros italianos el problema de hacer lo que se hizo en Rusia." La cuestión, hoy, es vencer a la Alemania hitleriana, y para realizar esa tarea – la "más revolucionaria" de todas en este momento, precisa Togliatti – "nosotros debemos garantizar el orden y la disciplina en la retaguardia de los ejércitos aliados". Los problemas sociales de fondo se abordarán cuando se reúna la Asamblea constituyente. Para entonces el partido tiene su programa, que incluye una "profunda reforma agraria" y otras reformas economicosociales y políticas, cuya realización impedirá que en la "nueva democracia" "un pequeño grupo de hombres ávidos, egoistas y corrompidos, puedan, una vez más, concentrar en sus manos todas las riquezas del país y servirse de ellas para suprimir la libertad e imponer una política contraria a los intereses nacionales". A los que acusan al partido de "renunciar a la revolución", Togliatti les responde: "¡Dejadnos en paz! ¡No os preocupéis; ese es nuestro asunto y entendemos de él un poco más que vosotros!"(64) Y en verdad era un tanto pretencioso querer dar lecciones en este "asunto" al que había sido uno de los más eminentes dirigentes del "partido mundial de la revolución".

El partido, justo es subrayarlo, exigía que se tomaran medidas inmediatas para mejorar la situación de las masas, para yugular la desenfrenada especulación que enriquecía a una minoría a costa del hambre de los que luchaban y trabajaban. Pero los principales especuladores estaban bien protegidos.

"La fuerza del gran capitalismo – señalaba Togliatti – las grandes organizaciones de los industriales, de los agrarios y de los banqueros, están en su puesto, no han sufrido daño alguno del fascismo, tratan de conducir la vida política y económica del país en una dirección que no tiende a satisfacer los intereses de los trabajadores en un espíritu de solidaridad nacional [*sic*], sino a satisfacer los intereses de esta casta de poseyentes en perjuicio del pueblo y de la nación."(65)

Mejorar la situación de las masas, en la situación de ruina y caos económico en que se encontraba el país, no era posible más que atacando a fondo los intereses de esas clases carentes de "espíritu de solidaridad nacional". Pero esto era, justamente, lo que la política de unión nacional prohibía hacer. Los sindicatos se desarrollaban impetuosamente, surgía un potente movimiento campesino en el Mezzogiorno, el partido comunista, el socialista, y en general toda la izquierda antifascista se fortalecían día a día. Pero la política de unión nacional exigía que su acción no rebasara ciertos límites, más allá de los cuales se ponía en peligro la "solidaridad gubernamental" y la... solidaridad de clases. A finales de 1944 la desilusión de las masas respecto al gobierno Bonomi era palmaria.

En la *Storia della Resistenza italiana* de Battaglia y Garritano, que no pone en duda en ningún momento la justeza de la política de unión nacional del partido pero registra los hechos, señala que "uno de los argumentos de la propaganda neofascista dirigida a los guerrilleros y a las masas populares, para hacerles desistir de la oposición y la resistencia, era la desilusión que al sur de la Línea Gótica comenzaba a cundir hacia el gobierno democrático". (Se llamaba "línea gótica" al frente de los Apeninos, situado un poco al norte de Florencia, que permaneció estable desde septiembre de 1944 hasta abril de 1945; la propaganda neofascista a que se alude es la del régimen fantoche de Mussolini – la "república de Saló" – instaurada en la zona ocupada por los alemanes.)

"La desilusión – explican los mismos autores – era debida principalmente al hecho de que el gobierno no había correspondido a las esperanzas de renovación del pueblo italiano. El gobierno Bonomi debía ser el gobierno del CLN, de los partidos antifascistas, en lugar del gobierno Badoglio que era el gobierno de los generales enfeudados al rey. Pero los generales, aunque se encontraban bajo el efecto de la derrota, estaban dispuestos a contribuir al esfuerzo militar contra los alemanes: en Roma su influencia fue sustituida por la de la alta burocracia estatal y la de los residuos de la clase dirigente fascista, que comenzaron a minar la unidad del CLN y del mismo gobierno, paralizando la acción democrática."(66)

En realidad no era sólo la influencia de la alta burocracia estatal y de los "residuos" de la clase dirigente fascista lo que paralizaba la "acción democrática" del gobierno. Lo fundamental era que las clases dirigentes, reagrupadas tras la democracia cristiana, sostenidas por todo el aparato de la Iglesia y por los aliados, consideraban posible – y al mismo tiempo necesario, previendo la entrada en el juego político, a la hora de la liberación del norte, de las poderosas fuerzas populares organizadas en la Resistencia – reforzar su control político en toda la Italia meridional y central, constreñir aún más las masas populares a la pasividad. En noviembre, la dirección del partido demócrata cristiano lanza un virulento ataque contra el partido comunista, acusándolo de fomentar la "violencia", la "arbitrariedad" y la "anarquía"(67). Bonomi presenta la dimisión. Y tras una laboriosa crisis se forma el segundo gobierno Bonomi. El Partido Socialista y el Partido de Acción se niegan a participar en el nuevo gobierno que, evidentemente, va a continuar – empeorada – la política del anterior. Pero el PCI acepta entrar con liberales y demócratas cristianos. Togliatti es nombrado vicepresidente del gobierno, puesto, como consta en su biografía, "sobre todo honorífico y representativo", pero considera que esta solución de la crisis es una victoria de la política de unidad nacional. Para convencerse – dice – basta con tener en cuenta un solo hecho: la crisis tenía por objeto formar un gobierno sin los partidos del CLN, y en el nuevo gobierno sólo hay miembros de estos partidos.

"En la primera batalla que han intentado librar [las fuerzas antidemocráticas] han sido plenamente derrotadas, y nosotros hemos desempeñado en esta batalla un papel de primer orden [...] De haberse dejado excluir del gobierno, los partidos del CLN, y en particular los más avanzados, hubieran comprometido las contadas conquistas realizadas por ellos; hubieran abandonado de nuevo el aparato del Estado a las fuerzas conservadoras y reaccionarias. Procediendo así – sigue diciendo Togliatti – nos hemos atendido a la línea de guerra, de unión nacional y de acción democrática constructiva, a la cual está ligada la suerte de la clase obrera y la suerte misma de nuestro partido."(68)

Como reza el dicho popular, *no se consuela el que no quiere...*

Las fuerzas antidemocráticas, explica en ese mismo texto Togliatti, son "fuerzas oscuras que no osan mostrarse a la luz del día". Y en efecto, no se mostraban más que a través de los aliados, de la Iglesia, de los liberales, de la democracia cristiana, del aparato del Estado (burocracia civil, fuerzas armadas, policía). Su táctica, en ese periodo, no era excluir a los partidos obreros del gobierno; eran suficientemente inteligentes para comprender que la presencia "honorífica y representativa" de un Togliatti en el equipo gobernante les proporcionaba una excelente cobertura frente al pueblo, tras la cual podían seguir reforzando sus posiciones en todas las estructuras del Estado y de la sociedad. No les interesaba en absoluto que los partidos antifascistas "abandonasen" el aparato del Estado, por cuya integridad velaba tan celosamente un Bonomi (y los ministros de Bonomi – los de izquierda, se entiende, puesto que los democristianos y liberales, compartían el mismo sagrado respeto por el inamovible aparato estatal, independientemente de que lo "rejuvenecieran" con nuevos elementos que no alteraran su esencia – o se plegaban a esa cuidadosa conservación de la máquina estatal, o ponían en peligro la unidad gubernamental, pieza clave de la sacrosanta unidad nacional). Lo que les interesaba precisamente a las fuerzas conservadoras y reaccionarias era que el "nuevo" Estado, que seguía siendo su Estado, no fuera "abandonado" por los partidos obreros y populares hasta tanto se hubiese fortalecido suficientemente, hasta tanto el país no hubiera superado la peligrosa crisis política, económica y social en que se debatía. Ahora bien – y éste era el fondo real de la crisis del primer gobierno Bonomi – los partidos obreros, la izquierda antifascista, debían respetar escrupulosamente el contrato de solidaridad nacional concluido en Salerno. Cosa nada fácil porque la presión del descontento de las masas, las iniciativas espontáneas de éstas, tendían constantemente a romper el contrato. Hacía falta toda la capacidad de maniobra política de Togliatti, toda su dialéctica justificativa frente a los comunistas y las masas italianas, todo su *savoir faire* en las esferas de la alta política, y, muy especialmente, todo el prestigio revolucionario del Partido Comunista, toda su virginidad antirreformista, para poder mantener el equilibrio entre las exigencias de la solidaridad gubernamental (que incluía la sumisión a los aliados, muy en primer término) y la solidaridad con las masas trabajadoras. El virulento ataque lanzado por la dirección de la democracia cristiana contra el PCI era evidentemente una "enorme calumnia", como dice la

biografía de Togliatti. Acusar de fomentar la "violencia", la "arbitrariedad" y la "anarquía", al partido que venía predicando constantemente la necesidad de mantener el "orden y la disciplina", que fomentaba en el pueblo italiano la creencia en los fines liberadores, democráticos y pacifistas de los Aliados, que cultivaba en las masas proletarias la conciencia de su misión nacional, precisando bien que no había que entenderla como los proletarios rusos en 1917; lanzar semejante acusación contra este partido, no sólo era una "enorme calumnia" sino que aparenten-lente no tenía sentido. Pero la política es la política. La dirección de la democracia cristiana no quería ofender a su aliado; simplemente, quería obligarle a apretar un poco más el freno puesto a las masas populares. Los comités de liberación, por ejemplo, mostraban una enojosa propensión – a escala local, provincial, se entiende – a acentuar su poder, a tomar iniciativas independientes del gobierno, en una palabra, a crear una situación de doble poder. Y ése era el camino ruso, no el que se había convenido recorrer en Italia. Tendencias tanto más peligrosas cuanto que se acercaba la hora del norte, baluarte de los comités de liberación y de los partidos obreros, que disponían del ejército guerrillero. Poco antes de la crisis ministerial la dirección del Partido Comunista había precisado su posición en relación con los comités de liberación:

"Los comités de liberación nacional, en lugar de ser mantenidos al margen, como tienden a hacer ciertas autoridades, deben ver sus funciones reconocidas y ampliadas, *evitando ciertamente un desdoblamiento de poderes*, pero asegurando la participación activa de todas las fuerzas democráticas y antifascistas al esfuerzo organizado que el país debe realizar."(69)

El ataque de la democracia cristiana al PCI y la crisis ministerial tenían por objeto asegurar un curso político en el que las tendencias al "desdoblamiento de poderes" se cortaran más radicalmente, y la "participación activa" de las fuerzas democráticas y antifascistas se sujetara más estrictamente al marco determinado por el gobierno. En contradicción con el canto de victoria que entona inmediatamente de resolverse la crisis ministerial, Togliatti reconoce poco después que los "acontecimientos de la última crisis gubernamental significan, en varios aspectos, el refrenamiento del movimiento hacia la nueva democracia, determinado por la necesidad de llevar a cabo la guerra y asegurar la unidad nacional"(70).

Las concesiones políticas hechas por el partido para poder continuar en el gobierno no se limitan al sur de la Línea Gótica; de mayor alcance, sin duda, son las que hace al norte de la misma. Como ya hemos dicho repetidamente, lo que más inquietaba a las clases dirigentes italianas y a los aliados era la eventualidad de una explosión revolucionaria en el norte al consumarse la derrota alemana. La primera medida destinada a destruir el movimiento guerrillero fue la paralización del avance aliado, en el otoño de 1944, dejando libres a las tropas hitlerianas y mussolinianas de consagrarse durante todo el invierno a la lucha contra la Resistencia. El general Alexander, comandante en jefe de las fuerzas aliadas, ordenó a los guerrilleros cesar toda operación hasta la primavera, enterrar las armas y dedicarse a escuchar las emisiones de radio del cuartel general aliado. (Estas órdenes fueron dadas por radio, de modo que el mando alemán quedase perfectamente al corriente.)(71) El CLNAI y el Estado Mayor del ejército guerrillero no acataron las órdenes de Alexander, y decidieron proseguir la lucha. Pero el CLNAI actuaba también en la línea de unión nacional (la dirección del Partido Comunista para el norte de Italia se había plegado a la *svolta de Salerno*, y aunque los socialistas y el Partido de Acción trataron de oponerse en el CLNAI, prevaleció la posición de la mayoría comunista, liberal y demócrata cristiana(72)). Para llegar a un arreglo con el mando aliado y con el gobierno de Bonomi, el CLNAI desplazó a la capital una delegación que, el 7 de diciembre, firma el llamado "protocolo de Roma". Los guerrilleros se comprometían a acatar las instrucciones de los angloamericanos en el curso de la guerra, a nombrar como jefe militar del ejército guerrillero un "oficial secreto" de los aliados y a seguir sus directivas hasta la liberación del territorio.

"Parece que con este acuerdo – dice la *Storia della Resistenza italiana*, varias veces citada – el movimiento de liberación fue constreñido a hacer duras concesiones: en realidad, los Aliados obtenían simplemente la confirmación de que el movimiento guerrillero "no haría la revolución", que es lo que evidentemente les preocupaba."

”En realidad el éxito – dicen estos historiadores comunistas – no era de la parte aliada, sino de la parte italiana: el CLNAI era reconocido oficialmente como gobierno, no sólo de *facto* sino de *jure* en la Italia del norte”, y ”a consecuencia del reconocimiento aliado el gobierno Bonomi reconocía, a su vez, al CLNAI como su ”delegado” en el territorio ocupado: se establecía así el puente entre las dos Italias que las fuerzas hostiles a la Resistencia, ya reorganizadas en la Italia liberada, intentaban impedir hasta entonces.”(73)

Como se ve, las fuerzas democráticas y obreras, provistas del maravilloso talismán de la unión nacional, marchaban de éxito en éxito. Después de haber ”derrotado plenamente” a las fuerzas antidemocráticas que trataban de excluirlas del gobierno, ahora lograban – mediante la ”simple confirmación” de que no se proponían ”hacer la revolución” – ser reconocidas como ”gobierno legal” del norte. Los aliados y el gobierno Bonomi les concedían generosamente el derecho de ejercer ese ”gobierno legal” batiéndose con hitlerianos y mussolinianos (a los que a su vez los aliados daban todas las facilidades para aplastar al ”gobierno legal” y sus valerosas unidades guerrilleras).

Todos los interesados se esforzaron por cumplir fielmente el compromiso expreso o tácito que habían contraído. Las tropas alemanas, auxiliadas por los neofascistas, desencadenaron ofensiva tras ofensiva contra el ejército guerrillero, mientras los aliados observaban rigurosamente el descanso que se habían concedido hasta la primavera. El gobierno Bonomi y los partidos antifascistas al sur de la Línea Gótica no hicieron nada para movilizar al pueblo contra esta complicidad criminal de los aliados. El ejército guerrillero y la combativa clase obrera del norte arrostraron solos las ofensivas fascistas y el duro, interminable invierno de 1944-1945. Y en esta prueba demostraron que no eran sólo el ”gobierno legal” sino el poder real en la Italia industrial(74). A mediados de abril de 1945, cuando Alemania está ya prácticamente derrotada, los aliados inician la ofensiva en la Línea Gótica. El ejército guerrillero y la clase obrera se adelantan con la insurrección general. Combinando las acciones armadas con las huelgas insurreccionales, liberan todas las grandes ciudades y la mayor parte del territorio antes de que lleguen las tropas aliadas. Pero dejemos la palabra a Longo, que fue uno de los principales dirigentes de la Resistencia y de la insurrección en el norte de Italia:

”Más de 300 000 guerrilleros iniciaron a principios de abril de 1945 los combates activos en el norte de Italia y una tras otra liberaron Bolonia, Módena, Parma, Piacenza, Génova, Turín, Milán, Verona, Padua y toda la región de Venecia, antes de llegar las tropas aliadas. Los guerrilleros salvaron las empresas industriales y las comunicaciones que los alemanes se preparaban a destruir, hicieron decenas de miles de prisioneros y se apoderaron de considerable armamento. Los guerrilleros establecieron en todos los lugares el poder de los Comités de Liberación Nacional y ejecutaron a los principales cabecillas del fascismo italiano [...] Durante diez días, hasta la llegada de las tropas y las autoridades aliadas, los comités de liberación nacional dirigieron en el norte de Italia toda la vida política, social y económica. El servicio de policía corrió a cargo de las unidades guerrilleras no ocupadas en las operaciones militares de persecución y desarme de las unidades alemanas.”(75)

Así, pues, durante diez días la clase obrera y las masas populares del norte de Italia tuvieron en sus manos el poder, las principales empresas industriales del país, contaban con 300 000 combatientes organizados (que podían multiplicarse rápidamente) y disponían de considerable armamento tomado a los alemanes. En la frontera del este tenían el ejército revolucionario de Yugoslavia, dueño del poder. En la frontera austriaca, el ejército soviético. Pero había el ”protocolo de Roma”, la política de unión nacional, y... Yalta. Longo termina lacónicamente esta parte de su informe ante la reunión constituyente del Kominform:

”Cuando las autoridades aliadas llegaron al norte con sus tropas, comenzaron a separar de los puestos importantes a los hombres de la Resistencia nombrados por los comités de liberación nacional, sustituyéndolos por funcionarios del viejo aparato administrativo. Por lo que se refiere al gobierno de Roma, en cuanto los aliados le transmitieron la dirección de todo el país, se apresuró a sustituir a todas las personas colocadas por los comités de liberación en cargos de responsabilidades con supuestos ”especialistas”, es decir, con funcionarios del viejo aparato administrativo.”(76)

Un historiador soviético resume de manera más completa lo ocurrido:

”La administración militar angloamericana declaró el estado de guerra en el norte de Italia. Abolió todas las disposiciones democráticas de los comités de liberación nacional y destituyó del aparato dirigente a los que contaban con la confianza del pueblo, sustituyéndolos por funcionarios reaccionarios. Devolvió a los monopolistas y terratenientes la propiedad que se les había confiscado. Los ocupantes desarmaron a los destacamentos guerrilleros y disolvieron el comité de liberación nacional del norte de Italia.”(77)

El historiador soviético se olvida únicamente de que en el Consejo consultivo para Italia había un representante soviético, y que se sepa hasta hoy el gobierno de la URSS no protestó, ni en ese organismo, ni en ninguna otra instancia, contra el comportamiento de los ”ocupantes” en el norte de Italia. Se olvida también de que el PCI fue el primero en facilitar el desarme de los guerrilleros, como recordó Togliatti en el V Congreso del partido (diciembre de 1945):

”A todos nos une el acuerdo de no recurrir a la violencia en la lucha entre los partidos. Este acuerdo exige el desarme de todos, y nosotros fuimos los primeros en hacerlo tomando medidas para su realización por las unidades guerrilleras.”(78)

La insurrección de la Italia septentrional suscitó una ola de entusiasmo y esperanza en el pueblo. Como se decía entonces, contra el ”viento del sur” – la política reaccionaria, enmascarada de antifascismo, de las clases dirigentes tradicionales – se levantó el ”viento del norte”, la aspiración de millones de obreros, campesinos e intelectuales, a profundas transformaciones sociales y políticas. En el curso de 1945 todos los partidos antifascistas de izquierda se convirtieron en partidos de masas. El comunista pasó de 400 000 miembros en abril a 1 700 000 en diciembre. El socialista contaba en esta última fecha con unos 800 000. Y el Partido de Acción, que expresaba las tendencias de la pequeña burguesía radicalizada, y en particular de importantes núcleos de la intelectualidad, tenía alrededor de 250 000 miembros. Incluso en la democracia cristiana – que como decía Togliatti eran dos partidos en uno, albergaba ”dos almas opuestas” – las corrientes de izquierda, particularmente entre la juventud del partido, se incrementaron considerablemente. La Confederación General del Trabajo, que unificaba sindicalmente a todas las tendencias políticas de la clase obrera, llegó a reunir rápidamente más de cinco millones de afiliados. En el Mezzogiorno se desarrollaba un potente movimiento de braceros y campesinos. Los comités de gestión formados en todas las grandes fábricas del norte a favor de la insurrección seguían en pie, aunque no eran legalmente reconocidos; y, sobre todo, los obreros tenían conciencia de su fuerza, estaban dispuestos a la lucha(79). Pese a las medidas gubernamentales y de los aliados, encaminadas a depurar los comités de liberación y preparar su liquidación, estos órganos unitarios del antifascismo, en los que a escala local y provincial predominaban generalmente las tendencias de izquierda, defendían tenazmente su existencia. De la misma manera que, pese a todas las medidas de desarme, muchas armas habían sido escondidas y la posibilidad de crear en gran escala, sobre la base de los combatientes de la Resistencia, organizaciones paramilitares de autodefensa, no ofrecía duda alguna: dependía exclusivamente de que las fuerzas antifascistas de izquierda se lo propusiesen. Al mismo tiempo, la ruinoso situación económica del país exigía objetivamente – si la restauración económica había de efectuarse en interés de los trabajadores – la realización urgente de radicales reformas de estructura, el ataque a fondo contra la propiedad de los grandes industriales, banqueros y agrarios. Seguía presente, además, el factor nacional. El comportamiento colonialista de los nuevos ocupantes hería los sentimientos nacionales exaltados por la guerra contra el ocupante alemán. Se daban, por tanto, una serie de premisas políticas, económicas, sociales, así como de tipo organizacional, muy favorables para que la izquierda antifascista y obrera, rompiendo con la línea de compromisos y componendas frente a la derecha ”antifascista”, instrumento político de las clases dirigentes tradicionales, pudiera pasar a una estrategia ofensiva, movilizand o a millones de trabajadores manuales e intelectuales por una democracia avanzada, de contenido socialista. El ”viento del norte” significaba la posibilidad latente de organizar una enérgica lucha de masas por la defensa y vigorización de las múltiples formas incipientes de un nuevo poder democrático que habían ido surgiendo durante la guerra de liberación, y a favor de la insurrección de abril. La consigna lanzada por el Partido de Acción – llevar a término la ”revolución del CLN” – reflejaba la disposición de un amplio sector de la pequeña burguesía, y sobre todo de las capas intelectuales y profesionales, de ir junto con la clase obrera hacia una transformación democrática socialista.

En junio de 1945, bajo la presión del "viento del norte", se forma un nuevo gobierno de la coalición antifascista presidido por F. Parri – la personalidad más destacada del Partido de Acción, presidente del CLN de la Alta Italia –, pero incluso las posiciones vagamente socializantes de los accionistas eran consideradas por la dirección togliattiana como excesivamente izquierdistas. El PCI – sin cuya iniciativa y concurso era imposible el reagrupamiento de la izquierda y el paso a una estrategia ofensiva – seguía aferrado a la política de unión nacional iniciada con la svolta de Salerno. Los que en sus filas preconizaban un nuevo viraje, esta vez a la izquierda, eran tachados de "aventureros" o "izquierdistas": según el diagnóstico oficial habían contraído la "enfermedad infantil" y no comprendían la "relación de fuerzas". En ningún documento coetáneo – ni ulterior – del PCI puede encontrarse un verdadero análisis de esa "relación de fuerzas"; el supuesto de que no permitía una salida socialista a la crisis del capitalismo italiano era manejado por la dirección del PCI (igual que por la dirección del PCF, en relación con la crisis del capitalismo francés) como un principio metafísico, o un axioma matemático, a partir del cual toda la política del partido quedaba justificada, asentada en una consideración rigurosa de la "situación objetiva". Más adelante volveremos sobre esta famosa cuestión de la "relación de fuerzas" existente en el escenario italiano, así como en el francés, durante el bienio 1944-1945. De momento nos interesa únicamente registrar que para la dirección togliattiana dicha "relación" dictaba el sometimiento a dos imperativos, cuya inobservación podía acarrear las mayores desgracias a la clase obrera y al partido: mantener la coalición con el ala burguesa del antifascismo y evitar todo conflicto con los Aliados. (Cada uno de estos imperativos implicaba forzosamente el otro: no era posible conservar la coalición con la derecha del antifascismo si se entraba en conflicto con los Aliados, y recíprocamente.)

Desde el momento que se sujetaba a esas coordenadas, el partido dejaba la iniciativa en manos de la derecha, se condenaba a no ejercer más que una función de presión. Reclamaba, exigía, proponía, pero no hacía nada por desplegar en la acción el potencial revolucionario del formidable movimiento obrero y popular que hervía en el país. Italia vive una "revolución democrática", escribe Togliatti en el verano de 1945, después de la formación del gobierno Parri, y la clase obrera "exige" un papel dirigente:

"La clase obrera y la masa trabajadora *demandan* poner su impronta en la mutación democrática que está produciéndose, y, dada la bancarrota de las viejas castas dirigentes reaccionarias, exigen asumir un papel dirigente de primer orden en la solución de todas las cuestiones planteadas por la revolución democrática, y, en general, en la dirección del país. Lo que tiene como *consecuencia inevitable* que los problemas de la *emancipación económica y social* de los trabajadores, y todas las cuestiones conexas, tiendan a recibir un *comienzo de solución*, conforme a las aspiraciones del pueblo, *en el curso mismo de la revolución democrática.*"(80)

¿En virtud de qué mágico mecanismo el hecho de que la clase obrera "demande" que la revolución democrática adquiera su impronta, "exija" desempeñar un papel dirigente, ha de tener como "consecuencia inevitable" el inicio de la solución socialista ("la emancipación económica y social de los trabajadores")? Ni en éste, ni en ningún otro trabajo, Togliatti desentraña el misterio. Pero en diciembre de ese mismo año explica lo que sucedía en la práctica, qué suerte corrían las "exigencias" de la clase obrera, y de qué manera su emancipación económica y social comenzaba a resolverse.

"No es posible – dice en el informe ante el V Congreso del partido – avanzar con un régimen cuyo gobierno está paralizado en virtud de que, cuando es necesario tomar medidas eficaces en cualquier dominio, los partidos de izquierda que desarrollan una acción democrática consecuente tropiezan con un chantaje continuo, el cual les obliga a someterse a la inercia gubernamental, e incluso a aceptar medidas antidemocráticas, para evitar crisis que llevarían el país al caos."(81)

Como se desprende del texto, la "parálisis" afectaba a la "acción democrática consecuente"; las medidas antidemocráticas se aplicaban, mientras que las democráticas quedaban en las resoluciones de los partidos de izquierda o en los discursos de sus dirigentes. Ante el "chantaje" – amenaza de ruptura de la coalición gubernamental o de intervención de los Aliados – el PCI, y tras él los otros partidos de izquierda, se resignaban al curso reaccionario de la derecha, aceptaban compromisos

que sería difícil clasificar entre los que Lenin consideraba admisibles para un partido revolucionario. Y según una lógica bien comprobada en todas las crisis sociales, cuando no hay un partido revolucionario capaz de ponerse resueltamente a la cabeza de las masas, las capas intermedias, fluctuantes, comenzaron a evolucionar hacia la derecha.

En diciembre se produce la crisis del gobierno Parri. Mientras la clase obrera "exige" desempeñar un papel dirigente, la burguesía – viejas y nuevas "castas" – consolida sus posiciones en el Estado, pone a de Gásperi al frente del gobierno. Como registran las *Cronache di vita italiana* de los biógrafos de Togliatti: "El Viento del Norte sufrió un parón decisivo; todo el debate político se trasladó al problema de república o monarquía, y el embate social estimulado por la insurrección de abril quedó contenido. El Viento del Norte y el Viento del Sur llegaron a un compromiso."(82) En efecto, en lugar del inquietante tema: *capitalismo o socialismo*, que pugnaba por situarse en el centro de la lucha política desde abril, todos los partidos se pusieron tácitamente de acuerdo para colocar en primer plano la cuestión: *monarquía o república*, mucho menos peligrosa para las clases dirigentes, y especialmente apta para inflamar la imaginación meridional. Mientras tanto, el desmantelamiento de los comités de liberación, la liquidación de la Resistencia a todos los niveles, proseguía metódicamente su curso normal. Los centros efectivos del poder burgués y los Aliados no perdían el tiempo. La "depuración" no avanzaba un paso, pero el secretario general del Partido Comunista seguía regentando con ejemplar competencia el Ministerio de Justicia(83).

El 2 de junio de 1946, las urnas darán la mayoría a la opción republicana y al mismo tiempo consagrarán la hegemonía de la Democracia Cristiana [DC] en la política italiana. En los días de Salerno la DC era uno más – y desde luego no el más influyente – entre los partidos de la coalición antifascista que habían entrado en el gobierno Badoglio. A los dos años de "unión nacional" se había convertido en el primer partido político de Italia. Las elecciones a la Asamblea Constituyente (efectuadas al mismo tiempo que el referéndum sobre la forma del régimen). le dan 8 000 000 de votos (35,2 % de los sufragios emitidos), contra 4 300 000 (18,9 %) al PCI y 4 700 000 (20,8 %) al Partido Socialista. Esos ocho millones incluían la mayoría de la masa campesina y de la pequeña burguesía urbana, e incluso un porcentaje de obreros; masa social que votaba por el partido manejado por los grandes industriales y agrarios porque no veían diferencia substancial entre él y los partidos obreros en lo referente a los objetivos sociales, teniendo en cambio la ventaja de conciliarlos con la Iglesia y la religión. Los demócratas cristianos se presentaron a las elecciones para la Constituyente – señala uno de los dirigentes del PCI "con un programa social y de reformas de estructura que respondía a las aspiraciones de los trabajadores católicos y era *substancialmente idéntico al de los comunistas y socialistas*"(84). Togliatti subrayó este hecho inmediatamente después de las elecciones, reconociendo que comunistas y socialistas habían cometido un error al no diferenciarse netamente: a las declaraciones que hacían por doquier los demócratas cristianos de que "su programa económico y social no se diferenciaba en nada del programa de los socialistas ni del de los comunistas, los socialistas y comunistas se limitaban, por lo general – señala Togliatti –, a exigir de los demócratas cristianos que se pronunciasen claramente a favor de la república"(85). Pero esto no era nuevo. Desde la caída de Mussolini, durante la guerra de liberación nacional, a lo largo del año 1945, cuando el "viento del norte" agitaba al país, el PCI, preocupado ante todo de salvaguardar la "unión nacional", había facilitado la demagogia social del nuevo instrumento político de las clases dominantes. No sólo reduciendo su propio "programa social" a reformas compatibles con la democracia burguesa, sino renunciando incluso a promover una lucha efectiva, de masas, por la realización de dichas reformas; renunciando, sobre todo – y esto era lo decisivo –, a la lucha por afirmar y desarrollar el nuevo poder democrático que la Resistencia portaba en sí, a partir del cual hubiera sido posible un avance real hacia el socialismo. En una palabra, la política del PCI había facilitado que las masas no pusieran a prueba la sinceridad del "programa económico social" de la democracia cristiana.

Cierto, las elecciones a la Constituyente ponían de relieve la enorme fuerza que agrupaban los dos partidos obreros: ese 40 % del cuerpo electoral que se había pronunciado por ellos incluía a la gran mayoría del proletariado industrial y agrícola, a importantes sectores del campesinado y de las

capas medias urbanas, así como de la intelectualidad. Pero después de las elecciones esa fuerza siguió desempeñando, en la práctica, un papel de brillante segundón, y no de protagonista, en el proceso político. Maurice Vaussard, uno de los historiadores de la Democracia Cristiana europea, podrá escribir, con toda razón: "En el fondo, mientras duró el tripartismo, Togliatti y Nenni, aun refunfuñando de vez en cuando, cedieron siempre ante el jefe de la Democracia Cristiana."(86) Las "reformas de estructura" quedaron nuevamente aplazadas. Según el mismo historiador las direcciones de los partidos antifascistas habían convenido antes de las elecciones que las atribuciones de la Constituyente se limitarían a la elaboración y voto de la Constitución. Y agrega:

"Todo transcurre, en suma, como si desde el principio se hubiese realizado una *entente tacite* entre los dos grandes partidos de masas [el PCI y la DC]", a fin de que "de Gásperi pudiera vencer las dos mayores dificultades que debía afrontar después de la liberación: el voto del tratado de paz y el de la nueva Constitución, la cual iba, en particular, a ratificar o no los acuerdos de Letrán... Gásperi obtuvo de su propio partido y de los comunistas, que reunidos formaban la mayoría de la Constituyente, la ratificación del tratado de paz, mientras que la misma mayoría, contra la oposición de los socialistas, del Partido de Acción y de no pocos liberales, insertaba en la nueva Constitución la substancia del Concordato, inseparable de los acuerdos de Letrán, que proclama la religión católica religión de Estado, concede valor legal al matrimonio religioso, proscrib el divorcio, y asegura los emolumentos del clero."(87)

(La dureza del tratado de paz dictado por los "tres grandes" había provocado la repulsa general de la opinión pública italiana: de no mediar la estrecha subordinación de la dirección democristiana a los angloamericanos, y de la dirección comunista a los soviéticos, la ratificación del tratado por Italia hubiera tropezado con serias dificultades.) Todo fue sucediendo, en efecto, como si los compromisos expresos o tácitos a que alude Vaussard, existiesen en realidad. Es difícil creer que entre las concesiones del PCI a la consagración constitucional del tradicional papel de la Iglesia en la sociedad italiana, y las concesiones de la DC al "contenido social" de la Constitución no existiera una relación de toma y daca(88). Lo que no excluye el interés específico del PCI en las concesiones a la Iglesia – justificadas por él como concesiones a la religiosidad del pueblo – mediante las cuales pensaba adquirir ascendencia entre las masas católicas; ni excluye el interés específico de los demócratas cristianos en los principios y disposiciones "sociales" de la Constitución, los cuales proporcionaban una excelente fachada popular, y hasta socializante, a la restauración del capitalismo italiano(89).

"La revolución democrática que se está realizando en nuestro país deberá culminar, en su primera fase, en la Asamblea Constituyente [...]", había planteado Togliatti en su informe al V Congreso. En las fases sucesivas se iría avanzando hacia el socialismo por los cauces de una "república organizada sobre la base del sistema parlamentario representativo", en la que "toda reforma de contenido social se realice respetando el método democrático"(90). Pero lo que "culminaba" con la Asamblea Constituyente era la gran operación política de las clases dirigentes italianas iniciada con la eliminación de Mussolini. Refiriéndose a la situación creada a comienzos de 1947, las *Cronache di vita italiana* dicen: "Lo peor había pasado, la revolución y el viento del norte habían sido contenidos. Ahora hacía falta dar un golpe de timón decisivo, orientar resueltamente la nave del Estado en la "buena" dirección, lo que excluía cualquier participación en el poder de las fuerzas de izquierda."(91) En mayo de 1947, poco después de su viaje a Washington, de Gásperi licencia a los ministros comunistas. A los biógrafos de Togliatti esta decisión les parece injusta y errónea políticamente, dado que la presencia de los comunistas en el gobierno había demostrado ser "un elemento de seguridad y de estabilidad":

"Togliatti había sido el ministro de Justicia, y en lugar de las matanzas anunciadas por la reacción se dio una amnistía que contribuyó notablemente a la pacificación [...] Scoccimarro y Pesenti fueron ministros de Finanzas y del Tesoro, y la lira, lejos de hundirse, había resistido bien. Gullo fue ministro de Agricultura, y los únicos que podían quejarse eran los famosos barones del *Mezzogiorno*, en contra de los cuales se habían aplicado por primera vez algunas de las medidas relativas a la gran propiedad latifundista, reclamadas desde decenios, antes del fascismo, por los mismos elementos burgueses del meridionalismo italiano."(92)

Y Togliatti comentó el hecho en los siguientes términos:

”Un adversario inteligente y capaz no nos habría excluido del gobierno. Al contrario, cogiéndonos la palabra en cuanto a nuestras tomas de posición y nuestras declaraciones, nos hubiera podido poner, tal vez, en trance de permanecer, y hubiera trabajado para crear una situación en la que habríamos sido acorralados sin esperanza de encontrar salida, o habríamos tenido que salir quebrantados. Para comprender y hacer eso era necesario ser inteligente, y de Gásperi, por el contrario, es un mediocre, posiblemente menos que un mediocre.”(93)

Reconocimiento significativo en lo que se refiere a las posiciones y declaraciones del partido, y desahogo poco elegante en lo que se refiere a la inteligencia de de Gásperi. Tal vez, de no mediar la brutal intervención de Truman, hubiera podido sacar más jugo aún de la política de ”unión nacional” del PCI; pero es notoriamente injusto no reconocer que la aprovechó a fondo para llevar a buen término la difícil tarea que la burguesía italiana las había confiado. De Gásperi no defraudó la confianza y las esperanzas que en él habían puesto las viejas clases dirigentes italianas. ¿Podría decirse lo mismo en lo que concierne a la confianza y las esperanzas que el proletariado italiano puso en los que le representaban al producirse la mayor catástrofe nacional de la Italia moderna, la mayor crisis política, social y económica del capitalismo italiano? ¿Era la misión histórica del partido revolucionario contribuir a preparar las condiciones económicas y políticas del ”milagro italiano”?

Es cierto que los trabajadores italianos obtuvieron una serie de conquistas que no pueden ser menospreciadas. En lugar del fascismo, la democracia burguesa; en lugar de la anacrónica monarquía, la república democrática con una Constitución todo lo avanzada que puede serlo una Constitución burguesa; y una serie de mejoras sociales. En resumen, algo parecido a lo que el proletariado alemán obtuvo después de la primera guerra mundial, con su ”revolución democrática”, bajo la dirección de la socialdemocracia. Es inevitable que acuda a la mente el dicho campesino: ”Para ese viaje no se necesitan alforjas”. ¿A qué fin Livorno? Y en el caso francés: ¿Para qué Tours?

Revoluciones sin permiso. Crítica yugoslava del oportunismo francoitaliano

En la reunión constituyente del Kominform, la política de los partidos comunistas de Francia e Italia fue severamente condenada como oportunista por los representantes de los otros siete partidos. Duclos y Longo se encontraron ante un tribunal que les acusaba de gubernamentalismo, parlamentarismo, legalismo, y otros ”ismos” característicos del ”oportunismo de derecha”. A juzgar por el comportamiento de Duclos en la reunión, los dirigentes franceses fueron cogidos de improviso, pero Togliatti algo debía temerse porque hizo la siguiente recomendación a la delegación del PCI: ”Si nos reprochan no haber sabido tomar el poder o habernos dejado excluir del gobierno les diréis que no podíamos transformar Italia en una nueva Grecia; no solamente por nuestro interés sino por el de los mismos soviéticos.”(94) Y en efecto, ambos reproches cayeron sobre las cabezas de italianos y franceses. El primero, hecho por los yugoslavos, cuya crítica tenía motivaciones sinceramente revolucionarias; el segundo, hecho por los soviéticos, cuyo enojo no provenía de que la política de los partidos comunistas de Francia e Italia hubiera podido malograrse posibilidades revolucionarias, sino de que había sido incapaz de impedir la integración de ambos países en la nueva estrategia antisoviética del imperialismo americano. Stalin temía, incluso, que Thorez y Togliatti, habiéndole tomado excesivo gusto a la colaboración gubernamental, hicieran concesiones al curso proamericano de los otros partidos de la excoalición antifascista, a fin de reingresar en el gobierno. Y el temor tenía cierto fundamento, porque después de *la défenestration des ministres communistes* – según la feliz expresión de un historiador occidental – Thorez seguía presentando al PCF como *parti de gouvernement*, y Togliatti propugnaba un nuevo gobierno de los partidos de izquierda con la democracia cristiana(95), cuando lo que Stalin necesitaba era una lucha resuelta de ambos partidos contra el plan Marshall y demás aspectos de la integración de Francia e Italia en el bloque americano.

Los soviéticos no se encontraban en la mejor posición moral para actuar como jueces de los franceses e italianos porque, en realidad, Thorez y Togliatti no habían hecho otra cosa que aplicar

con escrupulosa fidelidad la línea general de Stalin en el periodo de la "gran alianza"; si habían pecado era más bien por exceso de celo. Pero probablemente no fue ésta la razón de que Zdanov y Málenkov encomendaran a los representantes yugoslavos el papel principal en la crítica del oportunismo francoitaliano. Según declaraciones posteriores de Kardelj y Djilas, los soviéticos estaban interesados en "abrir un foso profundo entre el partido yugoslavo y los partidos de Francia e Italia"(96). Los acontecimientos ulteriores parecen abonar esa versión, pero en todo caso existían otras dos razones poderosas para que los soviéticos utilizaran el procedimiento indicado. En primer lugar, todo les aconsejaba obrar con prudencia: no podían estar absolutamente seguros de cómo iban a reaccionar los jefes de los dos grandes del comunismo occidental, muy poseídos ya de su prestigio y su papel nacional; no les interesaba entrar en conflicto con los dos partidos comunistas más poderosos del mundo capitalista, de los que esperaban una contribución importante a la lucha contra los planes americanos. En segundo lugar, el partido yugoslavo era el candidato ideal para el papel de fiscal, dada la autoridad que le confería su ejemplar acción revolucionaria. Por otra parte, los dirigentes yugoslavos no necesitaban que se les empujase mucho para cumplir ese papel. Durante la guerra y en el periodo inmediatamente posterior habían insistido repetidas veces sobre los dirigentes del PCI a fin de que modificaran su política. La frustración de la revolución en Italia entrañaba un grave peligro para la revolución y esferas de influencia yugoslava, amenazada al mismo tiempo desde el sur por la intervención angloamericana en Grecia.

Pero antes de pasar a la crítica de que fueron objeto italianos y franceses en la reunión fundacional del Kominform, es conveniente hacer un paréntesis para exponer, siquiera sea muy esquemáticamente, los rasgos esenciales de la política del Partido Comunista yugoslavo [PCY] durante la guerra de liberación y al terminar ésta, así como la oposición que encontró en los dirigentes soviéticos. Ambos datos son necesarios, tanto para captar mejor el significado de la crítica yugoslava, como para apreciar el virtuosismo del juego de los dirigentes soviéticos, los cuales utilizaban las posiciones revolucionarias de los yugoslavos, que se habían abierto camino contra la voluntad de Stalin, para corregir las posiciones oportunistas de franceses e italianos, que habían sido emanación directa de la línea estaliniana. Para corregirlas, claro está, en aquello que interesaba concretamente a la nueva política internacional de Stalin, lo que significó – como veremos en su momento – pasar de un oportunismo a otro. Por otra parte, la experiencia yugoslava, así como la griega (a la que no podremos referirnos más que incidentalmente), hay que tenerlas en cuenta para completar el análisis de por qué la revolución fue frustrada en Italia y Francia.

La revolución lograda (Yugoslavia) y la revolución estrangulada (Grecia)

La dirección del PCY elaboró y aplicó desde el primer día de la ocupación hitleriana una política en la que se asociaban estrechamente la liberación nacional y la transformación revolucionaria del país(97). Considerando este último aspecto no como un objetivo para después de la victoria sobre el invasor, sino a realizar sobre la marcha misma de la guerra. A medida que se iba liberando el territorio se instauraba el poder del pueblo, basado en órganos creados con la participación directa de las masas y de los combatientes.

Lo más característico de esta orientación revolucionaria no era tanto lo avanzado del programa – de carácter más bien moderado, pero orientado a la transición al socialismo: su más inmediato objetivo era la revolución agraria, que se efectuaba sobre la marcha misma de la lucha –, como la construcción de ese nuevo poder popular. La unidad antifascista fue concebida, a diferencia de Francia e Italia, sobre esa base: agrupaba a todos los partidos, grupos, tendencias y personas que se pronunciaban claramente en pro de los objetivos, y del método para realizarlos, más arriba indicados; excluía no sólo a los cómplices del invasor, sino a los que preconizaban la restauración del régimen monárquico, e incluso a los que pretendían conservar el sistema capitalista en el marco de una democracia burguesa parlamentaria. De donde se derivaba inevitablemente que la guerra de liberación tomara, al mismo tiempo, un carácter de guerra civil contra la burguesía y los terratenientes. Una lucha de esta envergadura necesitaba darse medios a la medida de sus ambiciones revolucionarias. Los pequeños destacamentos guerrilleros, las acciones locales de acoso

y desgaste del enemigo, no eran suficientes para decidir la suerte de la revolución. Podían haber bastado, como fue el caso en Francia e Italia, para preparar el terreno y facilitar las operaciones de los ejércitos de las grandes potencias, pero no para que el pueblo decidiera por sí mismo de su destino. Por eso el PCY se planteó *desde el primer día* la creación de un ejército regular revolucionario, capaz no sólo de derrotar a los invasores sino de inspirar respeto a los "aliados". Esta orientación, llevada a cabo venciendo dificultades ingentes, fue uno de los factores clave de la victoria de la revolución yugoslava(98).

Considerada bajo la lógica unitaria thoreziana o toglattiana, esa política del PCY parecía puro aventurerismo, y en efecto así fue vista en las altas esferas de la Komintern, hasta su disolución, es decir, durante el periodo más difícil de la lucha yugoslava. En lugar de agrupar contra el invasor el máximo de aliados, ¿no echaba en sus brazos a parte de ellos? El coronel Draja Mijailovitch y sus tchetniks, brazo armado dentro del país del gobierno real exilado (en enero de 1942 Mijailovitch fue nombrado ministro de la defensa por el rey Pedro) reconocido por los "tres grandes", siguieron esa evolución. No porque el coronel yugoslavo fuera menos antihitleriano, ni menos patriota, que de Gaulle o Badoglio, sino porque la política del PCY proseguía desde el primer día objetivos revolucionarios a los que los partidos comunistas de Francia e Italia habían renunciado, también desde el primer día. Tito intentó en varias ocasiones llegar a una inteligencia con Mijailovitch para la acción común contra los invasores, pero sobre bases políticas que garantizaran las aspiraciones revolucionarias de las masas, a lo que el ministro de defensa del rey Pedro no accedió, naturalmente. Pero ese enfrentamiento con el poder popular naciente y con su ejército de liberación, por fuerzas que una política de unión nacional tipo Salerno hubiera podido conservar como aliadas de los comunistas (o más exactamente, a los comunistas como aliados de esas fuerzas), no aisló al Partido Comunista yugoslavo y al Frente Popular Liberador (así se llamaba el movimiento unitario antifascista); aisló a Mijailovitch y sus tchetniks, forzados a descubrir ante el pueblo los objetivos reaccionarios, la conservación del viejo régimen social explotador, que ofrecían como perspectiva a los sacrificios y el heroísmo de los combatientes. El crecimiento del ejército revolucionario, la instauración del nuevo poder en las zonas liberadas, empujaba cada vez más a Mijailovitch a una alianza tácita – y en ocasiones abierta – con los ocupantes, lo que contribuía a su desprestigio y aislamiento. De donde resultaba, al mismo tiempo, que el gobierno real exilado en Londres (en torno al cual se agrupaban los principales líderes burgueses liberales y socialdemócratas) perdía su base armada en el país. Y lo mismo le sucedía a Churchill.

Esta política del PCY fue desde el primer momento, como es lógico, un elemento perturbador de la "gran alianza", y por esa razón encontró la oposición decidida de Stalin. Los jefes aliados no podían sospechar que los comunistas yugoslavos llevaran a cabo tal política sin responder a directivas de Moscú, y presionaban constantemente al gobierno soviético para que obligara a Tito a entenderse con Mijailovitch. Stalin trató de darles satisfacción. Pese a que la dirección comunista yugoslava informaba regularmente a Moscú de la situación de guerra civil que existía entre el ejército de liberación y los tchetniks, la propaganda soviética atribuía a Mijailovitch el mando de todas las fuerzas de la Resistencia yugoslava, silenciando el papel de los comunistas y del Frente Popular Liberador, lo mismo que la aparición del nuevo poder revolucionario en las zonas liberadas. Cumpliendo instrucciones de Stalin, Dimítrov enviaba mensajes a Tito apremiándole a modificar su política. Citaremos, como botón de muestra, el que lleva fecha de 5 de marzo de 1942:

"A la vista de las informaciones que nos habéis enviado, parece que a los ingleses y al gobierno yugoslavo no les falta razón en sospechar que el movimiento guerrillero toma un carácter comunista y tiende a la soviétización de Yugoslavia. ¿Por qué habéis creado, por ejemplo, una brigada de choque proletaria? En el momento actual el deber esencial e inmediato es fusionar todas las corrientes antinazis, aplastar a los invasores y llevar a término la liberación nacional. ¿Cómo creer que los amigos de la Gran Bretaña forman unidades armadas para combatir a los destacamentos guerrilleros? ¿No existen verdaderamente, fuera de los comunistas y de los simpatizantes comunistas, otros patriotas yugoslavos, con los cuales podáis fusionaros en la lucha común contra el invasor? Es difícil admitir que el gobierno yugoslavo y el de Londres se alinean al lado de los invasores. Aquí debe haber una grave confusión. Francamente, os pedimos reflexionar bien sobre vuestra táctica y vuestros actos, aseguraos si habéis

hecho todo lo posible por crear un frente nacional único, agrupando a todos los enemigos de Hitler y de Mussolini, con un objetivo común: la expulsión de los invasores. Si aún puede hacerse algo en este sentido tomad las medidas necesarias y prevenidnos.”

En la misma carta se requería a Tito para que no considerara su lucha ”únicamente desde el punto de vista nacional, sino también desde el punto de vista internacional, de la coalición anglo-soviético-americana”(99).

En realidad no había ”confusión” alguna; había dos políticas radicalmente distintas. La de Moscú, según la cual la guerra contra la Alemania hitleriana debía tener como único objetivo la independencia nacional y, en todo caso, la democracia burguesa. La de los comunistas yugoslavos, que fundía la independencia nacional y la democracia con la revolución socialista. Lo que no hacía su política menos ”nacional”, sino al contrario, más profundamente nacional – y de ahí sus resultados – que la de los comunistas franceses o italianos. Y al mismo tiempo el PCY no dejaba de ver la lucha ”desde el punto de vista internacional, de la coalición anglosoviético-americana”. Solamente que este ”punto de vista” era distinto del de Stalin; era el de los comunistas yugoslavos. Como desmostrarían muy pronto, supieron maniobrar inteligentemente frente a las maniobras de los angloamericanos. Obtener su ayuda y al mismo tiempo imponerles la revolución yugoslava. En este sentido dieron una excelente lección de táctica revolucionaria al jefe genial. Pero sobre este documento tan esclarecedor, no sólo en relación con el problema yugoslavo, volveremos en otro momento.

Otra forma de presión utilizada por Moscú consistió en responder negativamente a las peticiones de armas y municiones que hacían los combatientes yugoslavos. Se aducían, naturalmente, dificultades técnicas, y éstas eran, sin duda, muy grandes, pero como se supo luego por los archivos del gobierno real, trasladados a Belgrado después de la guerra, en el mismo periodo que negaban la ayuda en armas y municiones al ejército de liberación, los jefes soviéticos ofrecían ayuda material a los tchetniks y el envío de una misión militar al cuartel general de Mijailovitch(100) Durante más de dos años el ejército de liberación luchó sin ayuda exterior alguna contra los ejércitos de alemanes e italianos, las tropas de Neditch y Pavelitch (los ”Quisling” de Serbia y Croacia) y los tchetniks de Mijailovitch, soportando seis ofensivas germanoitalianas.

En el otoño de 1942, cuando el ejército de liberación contaba ya con 150 000 combatientes, agrupados en dos cuerpos de ejército de nueve divisiones (en total 36 brigadas y 70 batallones), el Consejo Antifascista de Liberación Nacional de Yugoslavia [AVNOJ] decidió reunirse en Bihac, capital de Bosnia, recientemente liberada, y crear un gobierno provisional. Moscú se opuso rotundamente, y esa vez los yugoslavos cedieron, pero un año después decidieron pasar a vías de hecho. En octubre de 1943, teniendo en cuenta la Conferencia de los ministros de Relaciones Exteriores de la URSS, Inglaterra y los Estados Unidos, convocada para ese mes en Moscú, Tito envió un memorándum a los tres gobiernos informándoles que el AVNOJ no reconocía al rey ni al gobierno exilado en Londres; se consideraba único representante del pueblo yugoslavo, y se proponía instaurar una república democrática basada en los comités de liberación nacional. La Conferencia hizo caso omiso, y los ”tres grandes” siguieron reconociendo al gobierno del rey Pedro como único representante legal de Yugoslavia. La respuesta de los revolucionarios yugoslavos fue reunir una segunda asamblea nacional del AVNOJ y formalizar la creación del nuevo Estado. Mientras Stalin, Churchill y Roosevelt conferenciaban en Teherán y comenzaban el gran reparto de las ”esferas de influencia”, los delegados de los comités de liberación, llegados de todos los confines de Yugoslavia, se reunieron en Jatse, antigua capital de los reyes de Bosnia, y declararon depuesto al gobierno exilado en Londres. El rey Pedro y los miembros de la dinastía de los Karageorgevitch fueron condenados a ”exilio perpetuo” (la asamblea acordó prohibir su regreso a Yugoslavia bajo cualquier forma), pero la cuestión de monarquía o república fue dejada para después de la guerra (como se ve, los comunistas yugoslavos también sabían maniobrar frente a los aliados, pero a diferencia de los italianos comenzaban por asegurar el nuevo poder popular: la negociación vendría después). La asamblea decidió dar una estructura federal al nuevo Estado y eligió el gobierno provisional. Cuando estas decisiones fueron conocidas en Moscú, Stalin montó en

cólera. Manuilski envió un mensaje a Tito informándole que el "jefe" estaba "extremadamente descontento, y decía que era una puñalada por la espalda a la Unión Soviética y una maniobra contra la Conferencia de Teherán". La emisora "Yugoslavia libre", que transmitía desde territorio soviético, perdió *ipso facto* la libertad, y no pudo difundir la resolución de la asamblea de Jatse prohibiendo el retorno a Yugoslavia del rey Pedro; fueron censuradas las emisiones elaboradas por el representante del PCY en Moscú(101) Pero entre tanto Wáshington y Londres, que se habían informado sobre el terreno de la correlación real de fuerzas, del descrédito y la impotencia de Mijailovitch, y de la potencia del ejército de liberación, decidieron inclinarse ante el hecho consumado y orientarse a buscar un compromiso con Tito por otras vías. Sólo entonces el gobierno soviético reconoció las decisiones de Jatse. Mólotov hizo una declaración que dejaba constancia de ese "seguidismo":

"Los acontecimientos de Yugoslavia, ya aceptados por la Gran Bretaña y los Estados Unidos, son considerados por el gobierno soviético como susceptibles de contribuir al éxito de la lucha de los pueblos yugoslavos contra la Alemania hitleriana. Esos acontecimientos son un signo del modo notable como los nuevos jefes yugoslavos han sabido hacer la unión de todas las fuerzas del país."(102)

En efecto era un "modo notable" que no correspondía en absoluto al "modo" que Moscú había tratado de imponer durante dos años y medio. Al mismo tiempo el gobierno soviético decidió enviar una misión militar al cuartel general de Tito – cosa que ya habían hecho los aliados –, y en los primeros meses de 1944 los yugoslavos comenzaron a recibir, por fin, algún armamento soviético, incluidos unos cuantos aviones. Los aliados iniciaron el envío de armas a Tito desde finales de 1943. Pero la ayuda debía tener su contrapartida. Churchill, por un lado, y Stalin, por otro, intensificaron la presión política y diplomática para que los comunistas y el gobierno exilado llegaran a un compromiso. A fin de facilitar la cosa, Churchill hizo que al frente del gobierno del rey Pedro se pusiera a Subachitch, considerado como "más demócrata" que Bozidar Puritch. Mijailovitch dejó de ser ministro de defensa. El gobierno inglés declaró que cesaba toda ayuda a los tchetniks. Frente a esta presión combinada anglosoviética, la dirección del PCY maniobró. En agosto de 1944, Tito concluyó un acuerdo con Subachitch, por el cual se establecía una colaboración entre el gobierno exilado y el gobierno establecido en el país, con la perspectiva de llegar a un gobierno "mixto". Como diría más tarde Tito: "Aceptamos este acuerdo porque conocíamos nuestra fuerza, sabíamos que la enorme mayoría del pueblo estaba con nosotros [...] Y además teníamos un fuerte ejército, cuya importancia no podían sospechar nuestros rivales."(103) A fines de septiembre, Stalin se entrevista con Tito y le presiona de nuevo para que acepte la restauración del rey Pedro y haga concesiones a la burguesía serbia, pero no logra modificar la actitud del jefe yugoslavo. "¿Y qué haréis si los ingleses desembarcan en Yugoslavia?", interroga Stalin. "Resistir por todos los medios", responde Tito. Stalin acoge la tajante respuesta con un silencio glacial. Unos días después tiene lugar la famosa entrevista Churchill-Stalin, en la que se efectúa el cínico reparto de "influencias" en los Balcanes. Sin decir una palabra a Tito, Stalin conviene con el primer ministro de su majestad en repartirse por igual la "influencia" en Yugoslavia(104). En Yalta este "reparto" no sólo fue revalidado sino concretado. El 12 de febrero de 1945, las misiones militares rusa y británica en Belgrado informaron a los dirigentes yugoslavos que en la sesión del 10 de febrero los tres jefes de gobierno habían acordado hacer las siguientes "recomendaciones" al mariscal Tito:

- a) El acuerdo Tito-Subachitch debía entrar en vigor inmediatamente con la creación de un nuevo gobierno;
- b) Desde el momento de su formación este gobierno anunciaría: 1) que el AVNOJ admitiría en su seno miembros de la antigua Asamblea nacional yugoslava que no se hubieran comprometido colaborando con el enemigo, y que el cuerpo político así formado tomaría el nombre de Asamblea provisional; 2) que la legislación promulgada por el AVNOJ sería sometida a ratificación ulterior de la Asamblea Constituyente(105).

Esta decisión provocó la más viva indignación entre todas las tendencias de los combatientes, en particular la imposición de aceptar en la Asamblea provisional miembros de la Asamblea de 1938,

elegida bajo el régimen de Stoyadinovitch partidario del Eje. Pero una vez más los dirigentes revolucionarios yugoslavos maniobraron con habilidad. La necesidad de conjugar la firmeza con la prudencia, de no ceder en lo esencial y maniobrar en lo accesorio, a fin de ganar tiempo para consolidar la revolución y, sobre todo, fortalecer el ejército, fue particularmente clara para los dirigentes comunistas yugoslavos desde los últimos meses de 1944, cuando la pasividad total de Moscú ante las operaciones de guerra contra la Resistencia griega emprendidas por el cuerpo expedicionario inglés, dio toda su siniestra significación al silencio glacial con que Stalin había acogido la respuesta de Tito a la pregunta: "¿Qué haréis en caso de desembarco británico en Yugoslavia?" La dirección del PCY decidió, pues, "aplicar" las "recomendaciones" de Yalta de tal manera que las fuerzas populares no cedieran un ápice de su poder efectivo, pero Churchill y la burguesía yugoslava conservaran esperanzas en la restauración del viejo orden de cosas. Conviene tener en cuenta que un núcleo importante de los políticos burgueses yugoslavos (en el que no faltaba algún dirigente socialdemócrata) no aceptaba el compromiso Tito-Subachitch y reclamaban abiertamente desde Londres, apoyados por los círculos más reaccionarios del imperialismo inglés, el envío de un ejército angloamericano a restablecer el orden en Yugoslavia(106) La táctica adoptada por la dirección del PCY se reveló eficaz. En el curso de 1945 la revolución yugoslava se consolidó. Cuando comprendieron que el método del "caballo de Troya" había fracasado, Subachitch y otros representantes en el gobierno "mixto" de las viejas clases dirigentes... y del 50 % reservado a la "influencia" inglesa en el convenio Churchill-Stalin, dimitieron de sus puestos ministeriales. Pero ya era demasiado tarde para que los angloamericanos pudieran aplicar el remedio "griego" a la cuestión yugoslava.

Como antes hemos dicho, en el marco del presente estudio no podemos dedicar al caso griego la atención que por su importancia sería necesaria. Limitémonos a señalar lo que sigue. La Resistencia griega tuvo el mismo carácter revolucionario que la yugoslava y adquirió una potencia comparable a la de ésta. A finales de 1944 era prácticamente dueña del país. Pero la dirección del Partido Comunista griego no supo tener la misma firmeza que la dirección comunista yugoslava frente a las presiones de Moscú. Hizo concesiones graves a la política de "unión nacional" y aceptó compromisos con los aliados que facilitaron el éxito de la intervención armada inglesa contra la revolución griega. El acuerdo Churchill-Stalin de octubre de 1944, hizo el resto. El 7 de noviembre de 1944, Churchill enviaba las siguientes instrucciones a Eden:

"Dado el elevado precio que hemos pagado a Rusia por tener las manos libres en Grecia, no debemos vacilar en emplear las tropas británicas para sostener al gobierno real helénico de Papandreu [...] Preveo absolutamente el choque con el EAM, y no debemos rehuirlo a condición de elegir bien nuestro terreno."(107)

La batalla entre las tropas británicas y las fuerzas de la Resistencia duró desde los primeros días de diciembre de 1944 hasta el 12 de febrero de 1945, en cuya fecha se firmó un armisticio que desembocó en el acuerdo de Varkiza, considerado posteriormente por el Partido Comunista griego como un "compromiso inaceptable y, en el fondo, una capitulación ante los imperialistas ingleses y la reacción griega"(108). El 22 de diciembre Churchill, protegido por los tanques ingleses, pudo penetrar en Atenas, y en una entrevista con los jefes de la Resistencia – a fin de hacerles capitular – declaró que "los británicos habían llegado a Grecia con la aprobación del presidente Roosevelt y del mariscal Stalin". El jefe de la misión militar soviética (que mientras el pueblo de Atenas se batía con las tropas inglesas permaneció en el cuartel general británico, cercado por los guerrilleros) asistía a esta reunión y confirmó la declaración de Churchill. Dos días después, rotas las negociaciones entre la Resistencia y el gobierno monárquico, mientras los aviones ingleses ametrallaban a la población ateniense, el gobierno soviético nombraba un embajador ante el gobierno monárquico griego. Y en la Conferencia de Yalta, cuando apenas han terminado los combates entre los intervencionistas y las fuerzas de la Resistencia, Stalin declaraba: "Yo tengo confianza en la política del gobierno británico en Grecia."(109) El acuerdo de Varkiza fue utilizado por los imperialistas ingleses y la reacción griega para restablecer el poder monárquico y desencadenar una represión terrorista contra las fuerzas obreras y democráticas. A finales de 1946

el Partido Comunista griego y otros núcleos de la Resistencia decidieron emprender de nuevo la vía de la lucha armada, iniciándose la guerra civil. Sintiendo débil para hacer frente a la situación, el imperialismo inglés cedió el papel de gendarme al imperialismo americano y, el 12 de marzo de 1947, Truman anunció que los Estados Unidos asumían la "protección" de Grecia y Turquía, primera aplicación de la "doctrina Truman".

Crítica yugoslava del oportunismo francoitaliano

Como es natural, los dirigentes comunistas de Belgrado veían en la intervención armada del imperialismo yanqui en Grecia una amenaza directa a la revolución yugoslava. Y bajo la misma óptica consideraban la evolución reaccionaria de la situación política en Francia e Italia, acompañada de la implantación militar de los americanos en ambos países. En ese contexto tiene lugar la crítica de Kardelj y Djilas, en la conferencia constitutiva del Kominform, a la política de los comunistas franceses e italianos. Los términos exactos de dicha crítica permanecen secretos hasta hoy, pero es posible formarse una idea bastante aproximada a través de algunas revelaciones posteriores de los yugoslavos y, sobre todo, de las notas tomadas en el curso de la reunión por E. Reale (representante, junto con Longo, del PCI), las cuales fueron publicadas en 1957. Estos datos pueden contrastarse, además, con las referencias indirectas que se encuentran en los informes y documentos de la conferencia dados a la publicidad, particularmente en el informe de Kardelj sobre la actividad del PCY(110) A partir de estas fuentes hemos elaborado la síntesis que sigue.

Los yugoslavos consideraban que en el movimiento comunista internacional se había perfilado durante la guerra, y después de la victoria sobre el hitlerismo, una tendencia a la revisión del marxismo-leninismo, cuya expresión más neta era el "browderismo". Según esta tendencia, después de la guerra se abría un periodo de desarrollo pacífico, de apaciguamiento de la lucha de clases, tanto a escala internacional como nacional. La política de los partidos comunistas de Francia e Italia – dan a entender los yugoslavos – es una expresión particular de esa tendencia. Parte de la posibilidad de una vía pacífica, legal y parlamentaria hacía la toma del poder por la clase obrera. Se trata de una repetición, en cierta forma, de la vía socialdemócrata después de la primera guerra mundial. Los comunistas italianos y franceses han calificado los regímenes en cuyos gobiernos participaban como un comienzo de democracia popular, lo cual – decían los representantes del PCY – es profundamente erróneo. Mientras se hacían esas afirmaciones el complot para expulsar a los comunistas del gobierno estaba en marcha. La burguesía había tenido interés en colaborar con los comunistas mientras se sentía débil, y los comunistas italianos y franceses debían haber aprovechado esa situación para ocupar posiciones clave, pero no lo hicieron. En cambio, con su teoría de que los regímenes de colaboración con la burguesía significaban un comienzo de democracia popular, a partir del cual ésta se desarrollaría por la vía legal y parlamentaria, no han logrado más que desarmar a las masas, sembrar ilusiones en la democracia cristiana y en otros partidos burgueses, así como en la socialdemocracia. Los comunistas franceses e italianos debían haber comprendido que su cohabitación con la burguesía y con la socialdemocracia no podía durar largo tiempo. No podía ser más que una lucha en la que la victoria correspondería a quien tuviera más audacia, visión más clara, menos ilusiones en las coaliciones parlamentarias, y lograrse conquistar el apoyo de las masas para tomar el poder.

Con los camaradas italianos – afirmaron los yugoslavos – hemos tenido relaciones estrechas durante la guerra. Les hemos invitado a estudiar nuestra experiencia, la vía que nos había permitido liberar gran parte del territorio y crear un ejército. Pero ellos no quisieron seguir el camino de la insurrección. Decían que era preciso frenar la evolución revolucionaria del norte de Italia para evitar la ruptura con el sur. Togliatti consideraba que los comunistas no habrían podido tomar el poder más que en una parte de Italia, con lo que el país hubiera sido dividido, perdiendo su unidad y su independencia.

En lugar de constituir la unidad antifascista desde abajo, con órganos emanados de las masas, integrados por todas las tendencias dispuestas realmente a seguir el camino de la lucha armada y de la instauración de un poder auténticamente popular, los dirigentes comunistas franceses e italianos

cometieron el error de constituir el frente antifascista por arriba, a base de la representación paritaria de los diferentes partidos, obreros y burgueses, siendo así que el objetivo de algunos de esos partidos era frenar la lucha armada, o excluirla, e impedir la transformación real del país. En el texto que se dio a la publicidad del informe de Kardelj sobre la actividad del partido yugoslavo, hay el siguiente párrafo, transparentemente alusivo a los comunistas franceses e italianos:

”Algunos pretendían que la formación de los comités de liberación nacional y la realización de las reivindicaciones democráticas y revolucionarias de las masas populares, acabarían por alejar del frente antifascista a ciertas capas sociales y a ciertos grupos políticos. El Partido Comunista de Yugoslavia ha combatido resueltamente tales concepciones. Si el Frente Popular de Yugoslavia llega a adoptar esos puntos de vista no hubiera tenido a las masas con él, o más bien, las masas populares no hubieran estado dispuestas a combatir, con las armas en la mano, con la abnegación de que dieron prueba. Lucharon así porque sabían que lo hacían por sus aspiraciones democráticas y sociales al mismo tiempo que por la liberación nacional. La práctica ha demostrado que la estrecha asociación entre el movimiento de liberación nacional y el proceso de la revolución democrática del pueblo, lejos de debilitar la fuerza combativa del levantamiento nacional comunicaba a éste una atracción excepcional entre las masas populares.”(111)

Los yugoslavos reprocharon acerbamente al PCF que hubiese permitido, e incluso facilitado, el desarme y la disolución de las fuerzas de la Resistencia a últimos de 1944 y comienzos de 1945, y no admitieron como bueno el argumento de los dirigentes franceses: la guerra no había terminado y una acción decidida contra la política de de Gaulle hubiese significado enfrentarse con los aliados y perjudicar a las relaciones entre éstos y la Unión Soviética. Este argumento es erróneo, sostenían los yugoslavos, porque la ayuda más eficaz a la Unión Soviética consistía en reducir la influencia de los americanos entre el pueblo francés. Análogos reproches fueron dirigidos a los italianos por su política en los meses que siguieron a la insurrección en el norte de Italia. Kardelj y Djilas oponían el ejemplo de los griegos, que se habían enfrentado en lucha armada con los ingleses, sin que la guerra contra Alemania hubiese terminado, y el suyo propio, el combate del PCY contra el gobierno del rey Pedro y sus tchetniks, instrumentos de los Aliados. En general, los yugoslavos censuraron la actitud observada por los dirigentes comunistas franceses e italianos frente a los angloamericanos; su renuncia, de hecho, a criticar abiertamente la política de éstos, encaminada a restablecer las posiciones del imperialismo; sus ilusiones, y el fomento de estas ilusiones en las masas, acerca de la ”democracia” imperialista y de un ”mejoramiento” del imperialismo.

Los partidos comunistas de Francia e Italia se vieron acusados, también, de no sostener con acciones eficaces la lucha armada que desde finales de 1946 libraban los comunistas y otras fuerzas de izquierda en Grecia. Y no la sostenían, afirmaban los yugoslavos, porque las direcciones de ambos partidos creían que la guerra civil griega estaba perdida para las fuerzas populares, y sería liquidada muy pronto. El argumento de los dirigentes franceses e italianos – los imperialistas deseaban que en Francia e Italia se crease una situación a la griega, para mejor aplastar a las fuerzas obreras y democráticas de ambos países – es falso, decía Kardelj. Al contrario, los americanos temen que en Francia e Italia se produzca una lucha parecida porque ello amenazaría gravemente sus posiciones. Y los delegados del PCY propusieron (cosa que no se hizo) examinar en la reunión constitutiva del Kominform cómo organizar la ayuda eficaz a la lucha del pueblo griego.

Tal fue, en lo esencial, la crítica del Partido Comunista yugoslavo a la política seguida por los partidos comunistas de Francia e Italia en el periodo 1941-1947. A juzgar por las informaciones disponibles, Gomulka fue el único, entre los participantes en la conferencia del Kominform, que formuló un juicio aproximado al de los yugoslavos, en el sentido de que los comunistas franceses e italianos habían tenido, y desaprovechado, la oportunidad de impulsar un cambio radical en sus países durante el periodo de la Liberación. La fase en la que ”la administración del invasor era liquidada en el proceso mismo de la expulsión de aquél” – planteó el comunista polaco – fue un ”periodo decisivo” para la ”creación de un nuevo aparato del Estado”: si en los países liberados por el ejército soviético existieron ”condiciones más propicias que allí donde estaban los ejércitos anglosajones”, también en estos últimos países ”hubo serias posibilidades de proceder a cambios esenciales en la organización del nuevo Estado, sobre todo donde los partidos obreros habían

organizado una gran lucha de liberación nacional y disponían de destacamentos armados de guerrilleros”, es decir, en Francia e Italia(112). Zdanov y Málenkov, como ya dijimos, se mantuvieron discretamente en un segundo plano, concentrando sus críticas en el hecho de que después de ser excluidos del gobierno ambos partidos seguían adoptando una actitud gubernamentalista y parlamentarista, en lugar de movilizar a las masas contra la política proamericana de los respectivos gobiernos. Los otros participantes en la reunión se atuvieron, en lo esencial, a la pauta marcada por los soviéticos. Ninguno de ellos hizo objeción a la crítica realizada por los yugoslavos, pero tampoco abordó los problemas cruciales que implicaba. Los franceses e italianos comprendieron que estaban ante dos censuras de muy distinta intención, y la que había que tomar en serio, naturalmente, era la de los portavoces de Stalin. No se trataba de analizar a fondo las causas de que la revolución hubiese abortado en Francia e Italia, sino de aprobar el ”viraje” planteado por Zdanov. En cuanto Longo y Duclos cumplieron con el acto ritual de la autocritica, reconociendo en términos generales que sus partidos habían cometido algunos errores oportunistas, por no combinar suficientemente la acción gubernamental con la acción de masas; en cuanto reconocieron no haber comprendido a tiempo el alcance de la nueva política americana, ni que la exclusión de los comunistas del gobierno se debía precisamente a ese nuevo curso antisoviético de Wáshington; en cuanto prometieron llevar a cabo una lucha enérgica contra el plan Marshall y aplicar escrupulosamente la nueva política que Stalin exigía, Zdanov dio por zanjado el ”debate” y se pasó a otro asunto.

Una vez logrado ese resultado, los soviéticos no podían tener el menor interés en que se profundizase el análisis del oportunismo francoitaliano. Y los demás tampoco. Todos los presentes en la reunión eran suficientemente duchos en la materia para comprender que la crítica de los yugoslavos ponía implícitamente en entredicho la política dictada por Stalin al movimiento comunista en el periodo de la ”gran alianza”, y todos sabían muy bien que ese aspecto de la cuestión era tabú. Longo y Duclos hubieran podido utilizarlo para defenderse y acusar a los yugoslavos de tirar por elevación contra Stalin, pero como era evidente que Kardelj y Djilas actuaban de concierto con Zdanov y Málenkov, semejante ”defensa” habría agravado aún más su situación. En una entrevista a solas, Longo les explicó a Kardelj y Djilas que la política del partido italiano durante la guerra había sido dictada por Moscú, pero en las sesiones oficiales cada cual se atenía al papel que le tocaba desempeñar(113) El de chivos expiatorios, los unos; el de fiscales y jueces, los otros.

A medida que se había ido perfilando la ruptura de la ”gran alianza” parecían disiparse los motivos de fricción entre la política de Moscú y los intereses de la revolución yugoslava. Mientras duró la luna de miel de los ”tres grandes”, la intransigencia revolucionaria de los yugoslavos fue vista en Moscú como un factor ”negativo”; después que Londres y Wáshington iniciaron la nueva cruzada antisoviética, se convirtió en factor ”positivo”. La Yugoslavia de los guerrilleros, con su nada despreciable ejército, y su estratégica situación geográfica, pasó a ser un eslabón importante del glacis europeo que Stalin había comenzado a organizar. Y viceversa: frente a la amenaza que la ”doctrina Truman” hacía pesar sobre la revolución yugoslava, la protección soviética aparecía como más necesaria a Tito y sus colaboradores.

Pronto se revelaría que esta convergencia política no descansaba en bases sólidas. La intransigencia yugoslava era útil a los rusos siempre que se sometiera a la nueva política soviética. Pero los yugoslavos tenían sus propios objetivos en los Balcanes, que no coincidían con los de la diplomacia soviética. Por otra parte, los planes de Stalin respecto al glacis chocaban con la resolución yugoslava de conservar la independencia nacional. Sin embargo, en el momento de crearse el Kominform los yugoslavos no tenían ningún interés en chocar con los rusos: todo lo contrario. Lo que en su alegato contra el oportunismo francoitaliano había de crítica implícita de la política seguida anteriormente por Stalin no era probablemente premeditado (de haber existido tal premeditación los yugoslavos lo hubieran dicho después de la ruptura con Stalin): resultaba inevitablemente de que la política de los comunistas franceses e italianos había sido el eco fiel de la alta estrategia estaliniana.

Una de las debilidades de la crítica yugoslava a franceses e italianos radicaba, precisamente, en que se detenía ante esa cuestión clave, sin cuyo análisis era inútil pretender esclarecer las causas de la frustración de la oportunidad revolucionaria creada en Francia e Italia: la política de Stalin en el periodo de la "gran alianza". A ella nos hemos referido varias veces en el curso de nuestra exposición pero siempre de manera fragmentaria. En las páginas precedentes, al examinar la política de los partidos comunistas de Francia, Italia y Yugoslavia, así como en la breve referencia al caso griego, hemos ido registrando efectos concretos, localizados, de las orientaciones y directivas emanadas de Moscú. Al estudiar las causas de la disolución de la IC y en otros puntos de la primera parte de este libro, hicimos referencia a algunos de los rasgos generales de esa política estaliniana(114) Pero hasta ahora no hemos procedido a su análisis global, lo cual es absolutamente necesario para llegar a una inteligencia, también global, de por qué la revolución abortó en el Occidente europeo. A ese análisis está dedicado el apartado que sigue.

De la "gran alianza" a los "dos campos"

La política de Stalin durante la segunda guerra mundial está dominada por dos reglas estratégicas, a cuya génesis, fundamentación, y primeras aplicaciones prácticas en coyunturas internacionales que precedieron al gran conflicto planetario, nos hemos referido en capítulos anteriores(115) La primera, nacida a finales de los años veinte, después del reflujó del movimiento revolucionario iniciado con la revolución rusa, y derivada de la teoría del "socialismo en un solo país", consiste en la *subordinación de la acción revolucionaria en cualquier lugar del globo a los intereses del Estado soviético*. La segunda, nacida en el curso de los años treinta, después del aplastamiento del proletariado alemán por el nazismo, derivada de la pérdida de confianza en la capacidad revolucionaria del proletariado occidental, estriba en *dar prioridad al aprovechamiento de las contradicciones entre las potencias imperialistas*, en subordinar a ese aprovechamiento toda acción revolucionaria. Esta segunda norma no es otra cosa que la aplicación operativa de la primera, una vez supuesta la susodicha incapacidad revolucionaria del proletariado occidental: dado que el objetivo supremo es garantizar la seguridad del Estado soviético, y que la revolución fuera de la URSS parece aleatoria, el recurso que queda es aprovechar las rivalidades interimperialistas. Ejemplo característico de la aplicación de esa doble regla de oro fue la política de Stalin respecto a la revolución española y al Frente Popular francés. Pero su primera aplicación en gran escala, llevada a las últimas consecuencias – sin retroceder ante la monstruosidad de intentar un pacto de largo alcance con el fascismo y de frenar la lucha de los pueblos contra él, a fin de facilitar dicho pacto – se encuentra en la política de Stalin durante la primera fase de la segunda guerra mundial.(116) Y las mismas normas rigen integralmente la política de Stalin a partir de la invasión del territorio soviético por la Alemania nazi. La manera de concebir la coalición antihitleriana, las motivaciones políticas que presiden a la concertación de las operaciones militares, el contenido de los objetivos políticos que se fijan a la guerra, el papel que se asigna a los partidos comunistas; todos los aspectos esenciales de la política estaliniana en el contexto de la "gran alianza", se sujetan rigurosamente a las dos normas indicadas.

Por otra parte, en los diez años que median entre el pacto franco-soviético de 1935 y los acuerdos de Yalta, el objetivo supremo – la seguridad del Estado soviético – va adquiriendo una significación cada vez más alejada de la que tenía en tiempos de Lenin. En la segunda mitad de los años treinta quiere decir, esencialmente, mantener el *statu quo* europeo, es decir, el orden de Versalles. En el periodo del pacto germano-soviético comienza a incluir la expansión territorial, la revisión de fronteras, las anexiones, la conquista de "esferas de influencia". En la guerra contra las potencias del Eje ese nuevo contenido – cuya sustancia imperialista y colonialista no quedará plenamente desvelada hasta muchos años después, con la invasión y ocupación de Checoslovaquia – se impone por completo. El "objetivo supremo" toma una forma concreta en la política de Stalin: la búsqueda de un compromiso duradero con el imperialismo americano para asumir en comandita la dirección del mundo.

La guerra contra las potencias del Eje tuvo un contenido progresista, liberador, desde el momento que llevaba a la destrucción del régimen fascista, a la liquidación de una forma de opresión nacional: la que el imperialismo hitleriano o japonés habían implantado en una serie de países y trataban de instaurar en otros. Esta guerra tendía a transformarse en guerra revolucionaria, desde el momento que la lógica de la lucha antifascista llevaba al enfrentamiento con las clases dirigentes que se habían servido del fascismo para mantener su dominación; desde el momento, también, que la guerra ponía en pie de lucha las clases proletarias, que éstas tomaban las armas y adquirían confianza en su fuerza. Pero la política de Stalin, sin hablar de la de Roosevelt y Churchill, no era la expresión fiel de ese contenido. Si Roosevelt y Churchill, tras las grandes proclamaciones y promesas que evocaban las aspiraciones de libertad e independencia de los pueblos, perseguían objetivos esencialmente imperialistas (la posición más abierta y liberal del primero no afectaba a esa esencia imperialista de la política americana), Stalin, con análogas promesas y declaraciones, perseguía los objetivos de la capa burocrática que había sustituido al proletariado revolucionario de Octubre en la dirección del Estado soviético. El nuevo autócrata de todas las Rusias, la burocracia conservadora que él encarnaba, no podían llevar la revolución a otros pueblos después de haberla desnaturalizado en su propio país; no podían favorecer la libertad y la democracia en otras latitudes cuando la negaban a los trabajadores de la Unión Soviética. La política exterior del estalinismo no podía por menos de ser el reflejo de su política interior. Los ejércitos soviéticos – como los aliados – cumplían una función libertadora, en la medida que destruían los regímenes fascistas y aplastaban al imperialismo hitleriano. Y al mismo tiempo aportaban un nuevo tipo de opresión. Los angloamericanos llevaban consigo la conservación del sistema capitalista, la instauración, o la pretensión de instaurar, su dominación mundial, la perpetuación del colonialismo bajo unas u otras formas. Los ejércitos soviéticos llevaban consigo la instauración de un nuevo régimen social, según el modelo estaliniano, en el que la liquidación de la propiedad privada capitalista no significaba el paso a manos de los trabajadores de los medios de producción, sino su usufructo por un nuevo grupo social privilegiado, cuyo reinado burocrático se apoyaba en la mistificación ideológica, la privación de libertades políticas y el mecanismo policiaco más gigantesco de todos los tiempos. Los ejércitos soviéticos llevaban también en sus furgones los planes de expansión y dominación del nacionalismo granruso. Llegaba la hora en que los temores de Lenin a la reaparición del imperialismo ruso cubierto con la bandera de Octubre iban a tener plena confirmación.

La gran mistificación

Como es natural, si los objetivos antifascistas y liberadores de la guerra podían ser abiertamente proclamados, los "otros" objetivos de los capitalistas angloamericanos y de la burocracia estaliniana debían ser cuidadosamente disimulados. En este arte, viejo como la historia, de encubrir con los más nobles ideales los actos más retrógados, cada uno de los líderes de las tres grandes potencias tenía su propia experiencia, y la de Stalin no desmerecía en nada de la de sus eminentes colegas. Inmediatamente encontraron lo que se llama un "lenguaje común". Las inevitables divergencias que entre ellos surgieron no atañían para nada a los principios: los tres estuvieron siempre de acuerdo para exaltarlos en el acto mismo de conculcarlos. Las divergencias procedían de la muy natural inclinación a llevarse la mejor parte en la nueva distribución del atlas mundial. Eso sí, cuando alguno consideraba que sus intereses eran menoscabados ponía el grito en el cielo de los principios, y acusaba a los otros de transgredirlos. Pero cuando se llegaba a un acuerdo equitativo cada uno avalaba con su prestigio ante los sectores sociales afectos las nobles intenciones de sus colegas. En este sentido a Stalin le tocó desempeñar, con mucho, el papel más preeminente. Su inmenso crédito, como personificación de la revolución de Octubre, del socialismo, entre las masas trabajadoras del mundo entero, prestó un servicio inestimable a los representantes del imperialismo en la segunda gran crisis planetaria del sistema capitalista. Wilson, Clemenceau y Lloyd George no tuvieron tanta suerte en la primera. Las intervenciones públicas de Stalin durante la guerra, las versiones que la propaganda soviética daba de las relaciones y acuerdos entre las tres grandes potencias, contribuyeron poderosamente a fomentar en millones de seres, en las fuerzas avanzadas de la humanidad, la credulidad en las intenciones democráticas y liberadoras de los aliados capitalistas e

imperialistas de la URSS. La propaganda de los partidos comunistas, salvo raras excepciones, tuvo análogo efecto. Y lo mismo puede decirse de su política de alianzas. Este engaño de los pueblos era condición necesaria para que el gran reparto de las "esferas de influencia" entre el capitalismo angloamericano y la burocracia soviética, el toma y daca de intereses económicos, políticos y estratégicos, pudiera llevarse a cabo con la mayor docilidad posible de las víctimas.

Cuando en 1947, en su informe ante la reunión constituyente del Kominform, Zdanov anuncia que el mundo se ha dividido en dos campos, y califica de "rapaces imperialistas" a los aliados de ayer, se ve forzado a explicar de algún modo tan radical mutación. Tanto más cuanto que hasta la víspera, como quien dice, Stalin había seguido expresando su confianza en un arreglo planetario con la otra superpotencia. (En diciembre de 1946, declara que un acuerdo de largo alcance entre los Estados Unidos y la URSS es "*plenamente realizable*"(117).) La división del mundo en dos bloques, la metamorfosis de aliados que durante cinco años habían sido presentados por la propaganda soviética y comunista como coedificadores con el Estado socialista y los partidos comunistas de un mundo unido, justo, democrático y pacífico; la metamorfosis de esos aliados en rapaces imperialistas o agentes del imperialismo americano (si se trataba de la socialdemocracia y de los partidos burgueses europeos), no podía haberse producido por arte de magia en el verano de 1947. Tenía forzosamente su historia. Y los portavoces de Stalin tuvieron que dar una nueva versión del periodo de la "gran alianza". Versión mistifica-dora, también, pero en la que se sacaba a relucir algo de lo que antes había sido cuidadosamente ocultado. Ahora se ponía al descubierto cuales habían sido los objetivos reales de las potencias imperialistas aliadas de la URSS, pero se seguían mistificando los objetivos perseguidos por la dirección estaliniana. En la Declaración adoptada por los nueve partidos se dice, en efecto, que ya en el curso de la contienda "existía en el campo de la coalición antihitleriana una diferencia en la determinación de los objetivos de la guerra, así como en la fijación de las tareas relativas a la organización del mundo después de la guerra". Mientras la Unión Soviética se proponía asegurar a todos los pueblos la democracia, la independencia nacional y la paz, se guiaba por el más puro respeto al principio de autodeterminación de los pueblos, los objetivos de los Estados Unidos y de Inglaterra eran "la eliminación de sus competidores [Alemania y el Japón] en los mercados, y la instauración de su propia hegemonía". Ambas potencias se proponían "reforzar el imperialismo y estrangular la democracia"(118)

Esta versión 1947 era inconciliable con la versión vigente durante la guerra. Entonces Stalin había afirmado repetidamente que existía una coincidencia esencial entre los objetivos de las tres grandes potencias. En noviembre de 1944, cuando la derrota de Alemania está a la vista y se ponen en primer plano los problemas de la "organización del mundo" que sale de la guerra, Stalin formula la siguiente tesis, que sirve de pivote a toda la estrategia del gobierno soviético y de los partidos comunistas en esa fase crucial: "En la base de la alianza de la URSS, la Gran Bretaña y los Estados Unidos no hay motivos fortuitos y efímeros sino *intereses vitales y duraderos*."(119) Si los objetivos de las dos potencias occidentales durante la guerra eran los definidos por la declaración del Kominform – y en eso sí que no cabe duda alguna – la tesis de Stalin en 1944 no podía reflejar la realidad, a menos que por "intereses vitales y duraderos" de la URSS se entendiera en el Kremlin algo muy distinto de lo que públicamente se proclamó durante la guerra, y se repetía en 1947, en la declaración del Kominform. Fuera de esta hipótesis, la única posible sería que Stalin cometió un burdo error en 1941-1945, por incompreensión de cuales eran los intereses y objetivos reales de las potencias imperialistas. Pero el marxismo de Stalin no era tan rudimentario... Como veremos más adelante, cuando analicemos la situación concreta en que esa afirmación fue hecha, Stalin traducía una realidad: los arreglos secretos entre los tres grandes habían llegado muy lejos. El error del gran estratega fue creer que esos arreglos proporcionaban una base sólida a la alianza entre la burocracia dirigente de la URSS y el capitalismo angloamericano, sobre todo a la alianza con la superpotencia americana.

Una vez explicada la situación internacional de 1947 como un resultado de la contradicción entre las puras intenciones de Moscú y las malvadas intenciones de Londres y Wáshington, la reunión del Kominform hubiera tenido que explicar también por qué los malos habían podido, con tan

sorprendente rapidez, consolidar a las viejas fuerzas burguesas – las mismas que llevaron a la guerra y facilitaron, de una u otra forma, el fascismo – en el Occidente europeo; por qué los ministros comunistas pudieron ser licenciados con tanta facilidad de los gobiernos en París, Roma y Bruselas; por qué las potencias imperialistas podían emprender nuevas guerras coloniales. En una palabra, por qué las fuerzas mundiales del capitalismo, agrupadas bajo la égida del imperialismo americano, estaban en condiciones, a los dos años de la gran victoria antifascista, de tomar la iniciativa y pasar a la ofensiva contra las fuerzas obreras y democráticas. Según Zdanov, los resultados de la segunda guerra mundial equivalían a "un brusco cambio en la correlación de fuerzas entre los dos sistemas – el socialista y el capitalista – en favor del socialismo"; "el sistema mundial capitalista ha sufrido un nuevo y serio golpe"; "ha crecido incomparablemente el prestigio e influencia de la clase obrera en el pueblo"; "se ha producido un considerable fortalecimiento de los partidos comunistas"(120). Pero si las cosas eran así, ¿por qué en lugar de ser expulsados los ministros comunistas no lo habían sido los ministros burgueses? ¿Por qué en lugar de tomar la iniciativa las fuerzas mundiales del capitalismo no la habían tomado las fuerzas revolucionarias para profundizar y desarrollar los resultados de la victoria antifascista? Como ya vimos, en la parte secreta de la reunión del Kominform se salió del paso tomando como cabezas de turco a los dirigentes franceses e italianos, pero en los documentos públicos, salvo muy discretas alusiones de Longo y Duclos a que la presencia de los ejércitos aliados impedía a los partidos comunistas respectivos proponerse ir más lejos de lo que fueron, el problema de por qué el gran auge del movimiento obrero y democrático desembocó tan rápida y fácilmente en la contraofensiva de las fuerzas burguesas y del imperialismo, este problema crucial, fue prácticamente eludido. Sin embargo, en el informe de Zdanov y en la declaración adoptada por la reunión se señala un hecho de importancia capital. Zdanov dice que en el curso de la guerra los imperialistas anglonorteamericanos "no se atrevieron a intervenir con la visera levantada contra la Unión Soviética y las fuerzas democráticas, comprendiendo bien que las simpatías de las masas populares de todo el mundo estaban totalmente a su lado; pero en los últimos meses que precedieron a la terminación de la contienda, la situación comienza ya a modificarse". Y la declaración, refiriéndose al periodo que se inicia con la victoria, plantea que para lograr sus objetivos las fuerzas imperialistas se cubrieron con "una máscara liberal y pacifista, encaminada a engañar y hacer morder el anzuelo a los hombres sin experiencia política"(121). Registrando este dato – sin el cual, efectivamente, era inexplicable el curso seguido por los acontecimientos entre 1945 y 1947 – los documentos del Kominform eluden por completo la cuestión que acude inmediatamente al espíritu: ¿Qué hicieron los dirigentes soviéticos, asistidos "totalmente" de las "simpatías de las masas populares del mundo entero", y los partidos comunistas, "considerablemente fortalecidos", y la clase obrera, cuyo prestigio e influencia habían "crecido incomparablemente", para impedir a las fuerzas imperialistas preparar solapadamente su revancha con la "visera" bajada? ¿Qué hicieron para impedir que la reacción se cubriese con la "máscara" de la libertad, la democracia y la paz, y engañara a un porcentaje tan considerable de las masas populares como el que había que engañar para poder rehacerse y pasar a la ofensiva apenas consumada la derrota del fascismo? Es evidente que si hubiera sido posible citar algún juicio de Stalin, alguna directiva suya, correspondiente al periodo de la "gran alianza", destinado a poner en guardia a los pueblos contra los verdaderos objetivos de las potencias imperialistas aliadas; si en la política aplicada por el movimiento comunista, de acuerdo con la línea estaliniana, hubiera existido la más leve orientación táctica en ese sentido, tales datos habrían figurado con todo relieve en los documentos de la reunión constituyente del Kominform. Hubieran sido agitados entonces, y en los años que siguieron, como la prueba irrefutable de que Stalin y el movimiento comunista habían previsto el curso de los acontecimientos, y habían hecho lo posible por contrarrestar los planes del imperialismo. Pero era imposible encontrar tales referencias.

Es indudable que el papel de la "máscara" fue enorme. Presentándose como abanderadas de la democracia y el antifascismo, de la independencia de los pueblos y de una paz justa, las fuerzas burguesas e imperialistas lograron, en efecto, engañar a los "hombres sin experiencia política", y a muchos de los que creían tenerla. En la gran crisis mundial, bajo el impacto de los horrores de la guerra y de los crímenes del nazismo, millones de hombres "sin experiencia política" entraron en

acción, aspirando a instaurar un nuevo régimen social, sin guerras y sin opresión. En ellos tenían los partidos comunistas un potencial revolucionario sin precedentes en la historia. A condición de elevar su conciencia, en el curso mismo de la guerra, a la comprensión de la realidad social y política; de descubrirles a tiempo el juego de las fuerzas que solapadamente, disfrazadas con la susodicha "máscara", perseguían objetivos muy diferentes a las aspiraciones populares. Pero esto no tenía sentido, naturalmente, más que si desde el primer día de la guerra la estrategia del movimiento comunista se hubiera propuesto como objetivo central dar una salida revolucionaria a la segunda crisis global del sistema capitalista. En tal estrategia el factor decisivo no podía ser otro que la fuerza de las masas populares, su conciencia política, su organización. Toda la actividad de los partidos comunistas y del Estado soviético tendría que haberse orientado hacia la preparación de ese factor. La indispensable utilización de las contradicciones interimperialistas, o de las contradicciones dentro de cada país entre las fuerzas fascistas y la burguesía "democrática", se habría enfocado en función del desarrollo y la potenciación constante de las fuerzas proletarias y populares. Pero la estrategia estaliniana, la estrategia de la burocracia soviética, a la que se supeditó la política del movimiento comunista, fue diametralmente opuesta. Se basó, como ya dijimos, en dar prioridad absoluta a la explotación de las contradicciones interimperialistas, y en subordinar a las conveniencias de esa explotación la acción de las fuerzas populares. Durante el periodo de la alianza tácita con la Alemania hitleriana, dicha estrategia se tradujo en frenar la lucha antifascista y abandonar la bandera de la democracia, el antifascismo y la independencia nacional a los adversarios burgueses e imperialistas de Alemania. Durante el periodo de la alianza expresa con las potencias antihitlerianas, se tradujo en frenar la acción de las masas populares, a fin de contenerla dentro de los límites aceptables para dichas potencias, lo que implicaba forzosamente disimular ante las masas los objetivos verdaderos del imperialismo angloamericano, colaborar tácitamente con él en el engaño de los pueblos.

Pero la cosa fue más lejos, porque el objetivo fundamental de los jefes soviéticos – reparto de las "esferas de influencia" y consolidación del mismo mediante un compromiso duradero con el gobierno de Wáshington – exigía algo más que silenciar ante los pueblos los fines verdaderos que perseguían las potencias imperialistas; exigía acreditar sus fines aparentes, porque sólo así podían aparecer como verdaderos los fines aparentes de la URSS. O en otros términos: sólo así podía justificarse que los "intereses vitales y duraderos" de las tres grandes potencias coincidiesen. Como había que ocultar a toda costa, so pena de derrumbar el mito bajo el cual se amparaba la burocracia estaliniana, que la URSS comenzaba a utilizar métodos imperialistas, era necesario hacer creer que los Estados Unidos y la Gran Bretaña dejaban de recurrir a tales métodos. Las teorías de Earl Browder, enunciadas inmediatamente después de la conferencia de Teherán, no eran más que la formulación neta, la expresión extrema, de lo que bajo formas apenas más discretas decía en aquellos años la propaganda soviética y comunista. Entre la tesis del jefe del Partido Comunista norteamericano formulada en enero de 1944 – "el capitalismo y el comunismo han comenzado a marchar juntos hacia la colaboración pacífica de mañana" –, y la declaración de Yalta firmada por Stalin en febrero de 1945 – "nuestra reunión en Crimea ha reafirmado nuestra común determinación de mantener y fortalecer en la paz que ha de venir la unidad de propósito y de acción que ha hecho posible y segura la victoria de las Naciones Unidas en esta guerra" –, o la afirmación contenida en la resolución del V Congreso del Partido Comunista italiano, fechada en enero de 1946 – "a las grandes potencias democráticas les corresponde dirigir la reorganización del mundo entero de manera que asegure a todos paz y justicia" –, la comunión espiritual es evidente. Y es sintomático que las fórmulas extremas de Browder (sobre todo la liquidación del "instrumento", porque en realidad ese fue su pecado capital), no fueran excomulgadas por Stalin, sirviéndose de Duclos, hasta más de un año después de ser enunciadas. Y aún más sintomático resulta el que la excomunión se pronunciara poco después de que Roosevelt, unos días antes de morir, amenazara a Stalin con la deterioración de las relaciones entre ambas potencias, en caso de que el generalísimo no cediera en sus exigencias sobre el gobierno polaco(122).

El reparto de las "esferas de influencia"

Todavía hoy sigue debatiéndose si el reparto de las "esferas de influencia" se realizó en Yalta, o en negociaciones anteriores de los "tres grandes", o si resultó de una situación *de facto*, creada por las operaciones militares y cristalizada durante la "guerra fría". (El hecho mismo no es negado más que en las versiones oficiales soviéticas, pese a que una serie de documentos que Moscú se ha visto obligado a publicar, dada su publicación por los Occidentales – correspondencia entre Stalin, Churchill y Roosevelt, actas de las conferencias de Teherán, Yalta, etc. –, son más que suficientes para establecer la realidad del hecho.)(123) A nuestro juicio, la copiosa información existente sobre aquel periodo permite concluir que el famoso "reparto" fue operado a través de una serie de actos y decisiones, escalonados desde el comienzo de la guerra hasta la ruptura de 1947. Durante la "guerra fría" adquirió en Europa la estabilidad que dura hasta hoy. (Otra cosa fue en el "tercer mundo", donde los planes de los "tres" se derrumbaron en gran parte bajo los embates del movimiento nacional revolucionario.) El "reparto" fue una política, aplicada a través de las operaciones militares y de las negociaciones diplomáticas, de la acción de los partidos y de los servicios secretos. En lo que se refiere a la Unión Soviética, la iniciación de esa política puede fecharse exactamente: comienza con las cláusulas secretas que acompañaron al pacto germanosoviético. Después del ataque nazi contra la URSS, el problema de las "esferas de influencia" se puso sobre el tapete, desde el primer momento, en las negociaciones entre los "tres grandes", y desde el primer momento fue acompañado de la mistificación propagandística de los objetivos reales que los tres se proponían.

Inmediatamente que la Alemania hitleriana ataca a la Unión Soviética, y con ello se liquida el freno representado por el pacto germanosoviético para la entrada en acción de los partidos comunistas y de las masas populares, Roosevelt y Churchill comprenden la urgente necesidad política de entrar en competencia con Stalin, que en su discurso del 3 de julio había declarado: "Nuestra guerra en defensa de la patria se fundirá con la lucha de los pueblos de Europa y América por su independencia, por las libertades democráticas." (América quiere decir aquí los Estados Unidos. FC.) En la declaración de principios conocida por Carta del Atlántico, fechada el 14 de agosto de 1941, el jefe del mayor imperio colonial y el jefe de la mayor potencia capitalista, proclaman solemnemente que

"no buscan el engrandecimiento, territorial ni de ninguna otra índole;

no aprueban el que se realicen modificaciones territoriales que no estén de acuerdo con los deseos libremente expresados por los pueblos concernidos;

respetan el derecho de todos los pueblos a elegir el gobierno bajo el cual han de vivir, y desean que se restituyan los derechos soberanos y la independencia a los pueblos que han sido despojados de ellos por la fuerza;

se esforzarán, con el debido respeto a sus obligaciones existentes, por que todos los Estados, ya sean grandes o pequeños, victoriosos o vencidos, disfruten del acceso, en igualdad de condiciones, al comercio y a las materias primas del mundo, necesarias para su prosperidad económica;

y prometen una paz que "garantice a todos los hombres en todas partes del mundo una vida exenta de temor y privaciones".

"El rótulo democrático de la Carta del Atlántico – escribirá años después el muy estaliniano historiador soviético Deborin – tenía por finalidad ocultar los verdaderos objetivos imperialistas de los círculos gobernantes norteamericanos e ingleses."(124) Cosa clara, para Stalin y todos los Deborines, desde el 14 de agosto de 1941. Pero el 24 de septiembre el gobierno soviético hace pública una declaración adhiriéndose a la Carta del Atlántico. Admitiendo que el gesto fuese necesario para facilitar la obtención de la ayuda norteamericana, y que no fuera el momento oportuno para poner en entredicho el "rótulo", el gobierno soviético podría haber sugerido muy cordialmente a sus nuevos aliados, en función misma de la necesidad de acumular el máximo de fuerzas contra el enemigo común, la conveniencia de otorgar, o por lo menos prometer, la independencia nacional a las colonias. Tanto más cuanto que la política rooseveltiana se orientaba

precisamente en esa dirección, no por espíritu antimperialista, claro está, sino por espíritu neocolonialista: a fin de facilitar la penetración del capitalismo norteamericano en el mundo colonial acaparado por las potencias europeas. Pero el gobierno soviético no aprovechó esa oportunidad de poner a prueba ante los pueblos, siquiera fuese muy discretamente, el "rótulo democrático" de los imperialistas anglosajones. Las entrevistas Stalin-Eden, en diciembre de 1941, permiten comprender las razones.

Sin andarse con circunloquios – considerando, sin duda, que en tan distinguido representante del colonialismo británico tenía el interlocutor ideal en cuestiones de "reparto" –, Stalin expuso sus primeros proyectos acerca de cómo debía modificarse el mapa europeo. A Alemania había que quitarle la Prusia Oriental (para compensar a los polacos del territorio apropiado por los soviéticos), Renania, y tal vez Baviera. A Austria podía concedérsele la independencia, y los Sudetes devolvérselos a Checoslovaquia. La "esfera de influencia" conquistada por el fascismo italiano debería repartirse entre Yugoslavia, Grecia y Turquía (de la que Stalin pensaba obtener bases en los Estrechos), y en caso de que Francia no resucitara como gran potencia, Inglaterra podía muy bien conservar bases en Boulogne, Dunkerke, así como en Bélgica, los Países Bajos, Noruega y Dinamarca. A cambio de esta graciosa concesión al gobierno de Su Majestad, Stalin no pedía más que una cosa – de la que hacía condición *sine qua non* para firmar el tratado de alianza anglosoviético que Eden le proponía: Inglaterra debía reconocer inmediatamente las fronteras soviéticas establecidas como resultado del reparto de "esferas de influencia" realizado entre Stalin y Hitler, en virtud de las cláusulas secretas del pacto de 1939. El tratado de alianza anglosoviético, precisó Stalin, podía constar de dos partes públicas: una, referente a la alianza militar durante la guerra, y la otra, concerniente a la solución de los problemas europeos después de la victoria. Y a estos dos documentos públicos se agregaría un protocolo secreto, en el que constase el reconocimiento por Inglaterra de las fronteras soviéticas de 1941. Eden se opuso, invocando la Carta del Atlántico. "Yo creía – respondió Stalin – que la Carta del Atlántico estaba dirigida contra los que tratan de imponer su dominación al mundo, pero ahora parece estar dirigida contra la URSS." (125) Comentando esta edificante escena, André Fontaine escribe en su *Histoire de la guerre froide* que el inglés podía haber recordado al georgiano las primeras decisiones del poder soviético, repudiando la diplomacia secreta y publicando los tratados de ese género negociados por los zares. Naturalmente, Eden no cometió esa imprudencia. Sólo podía felicitarse de comprobar tan inequívocamente el retorno de la diplomacia soviética a los viejos y buenos métodos, en los que el zarismo, como más de una vez comentó Marx, había sido maestro: esa era la primera condición para entenderse. En cuanto a la interpretación que Stalin daba a la Carta del Atlántico, la coincidencia con los padres de la criatura era perfecta. Estaba dirigida únicamente contra los nuevos aspirantes a la dominación mundial, no contra la opresión de los pueblos por el colonialismo británico o el capitalismo americano, ni contra el sometimiento de los pueblos del eximperio zarista al nacionalismo granruso. La utilización que había hecho Eden no era más que un inoportuno recurso polémico y la severa llamada de atención de Stalin fue perfectamente encajada por el inglés, al cual, sobra decirlo, le tenía sin cuidado que los pueblos de la Carelia finlandesa, de los Estados bálticos, de los territorios polacos orientales, de la Besarabia y la Bukovina, no pudiesen decidir libremente de sus destinos. Lo que le preocupaba era que los intereses tradicionales del imperialismo inglés en el este europeo fuesen menoscabados.

Como puede verse, la negociación sobre el reparto de las "esferas de influencia" entre los tres grandes comenzó desde el primer día de su "gran alianza", y fue llevada a cabo en rigurosa sincronización con los actos públicos llamados a encubrirla y engañar a los pueblos. Poco después de las conversaciones Eden-Stalin aparecía la Declaración de las Naciones Unidas (1 de enero de 1942), ratificando la Carta del Atlántico, a cuyo pie las firmas de los Estados Unidos, de la Gran Bretaña y de la URSS, iban seguidas ya de otros países, cuyo solo nombre evocaba elocuentemente la fidelidad con que los dos primeros firmantes habían observado siempre los principios ahora proclamados: la India, Panamá, Haití, Cuba, Santo Domingo, etc. No vamos a seguir paso a paso todos los vericuetos y las visicitudes de la negociación secreta por un lado y de la mistificación

pública por otro, así como su rigurosa articulación con la política dictada por Moscú al movimiento comunista. Nos limitaremos a señalar algunos de los jalones más significativos.

En mayo de 1942, se firma el tratado de alianza anglo-soviético, por veinte años, sin incluir el reconocimiento inglés de las fronteras soviéticas de 1941, pero sin que los rusos hubieran renunciado a su exigencia. Simplemente, quedaba aplazada. La difícil situación militar explica, probablemente, esa momentánea y aparente concesión de Stalin. En realidad, su verdadera concesión se situaba en otro terreno, como muestra la política del Partido Comunista de la India. Gandhi y su Partido del Congreso habían adoptado, desde la iniciación misma de la guerra entre Inglaterra y Alemania, una posición que se condensa en la siguiente declaración: "La India no puede considerarse ligada a una guerra, llamada guerra por las libertades democráticas, al mismo tiempo que ella está privada de libertad." Y se mantuvo con firmeza a esta actitud incluso después de la entrada de la URSS en la guerra. Aprovechó la situación en que se encontraba el imperialismo inglés para intensificar la lucha por la independencia nacional. Pero mientras la burguesía nacional adoptaba esta táctica "leninista", el Partido Comunista de la India adoptaba la táctica socialdemócrata: se pronunciaba por el apoyo al imperialismo inglés contra su rival alemán. En el verano de 1942, las autoridades coloniales desencadenaron una bárbara represión contra el movimiento nacional, detuvieron a Gandhi y a todos los miembros del comité ejecutivo del Partido del Congreso, y prohibieron la actividad de éste. Al mismo tiempo... legalizan al Partido Comunista, que se encontraba en la clandestinidad desde 1934(126).

En ese mismo mes de mayo de 1942 tiene lugar la entrevista Mólotov-de Gaulle, a la que ya nos hemos referido en otro lugar(127). A cambio de que el general sostuviera cerca de los angloamericanos la demanda rusa de un segundo frente, el ministro soviético ofrece los buenos oficios de Moscú para que la Resistencia, lo mismo que las colonias francesas, reconozcan la jefatura del general. Poco después se inicia, en efecto, la política del PCF – analizada en páginas anteriores – de subordinación a de Gaulle y de defensa de la Unión Francesa (unión entre la metrópoli y las colonias).

A lo largo de todo este año el gobierno soviético apoya a los instrumentos yugoslavos del imperialismo inglés: el gobierno real exilado en Londres y los tchetniks de Mijailovitch. Presiona enérgicamente sobre las fuerzas guerrilleras de Tito para que abandonen su política revolucionaria y se sitúen, como los franceses e italianos, en el terreno de la "unión nacional".

En enero de 1943, después que la victoria de Stalingrado hubo mejorado sustancialmente la situación militar, Stalin vuelve a la carga sobre el reconocimiento de las fronteras soviéticas de 1941. Y en marzo ingleses y americanos se ponen de acuerdo para ceder en lo que se refiere a Carelia, Besarabia y Bukovina, pero mantienen su oposición en cuanto a los Estados bálticos y Polonia. En una entrevista con Eden, Roosevelt opina que tal vez habrá que ceder, en definitiva, pero a cambio de otras concesiones(128). Una de estas concesiones es formulada públicamente por la prensa y personalidades oficiales norteamericanas: Stalin debe ofrecer garantías más concretas y seguras de que renuncia realmente a "fomentar la revolución mundial". El muy oficioso *New York Times* reconoce el 20 de diciembre de 1942, que el jefe soviético ha hecho ya progresos sensibles en esa dirección: "Las consignas de Stalin [...] no son consignas marxistas que impulsen a los proletarios del mundo a unirse, sino consignas sobre el patriotismo, la libertad y la patria." Pero no es suficiente, y agitando el espantajo de una inversión de las alianzas, dice que la Alemania hitleriana podría convencer a muchos de la necesidad de marchar con ella en la cruzada de clase contra la URSS, de persistir "una Internacional Comunista inspirada por la ideología trotsquista de la revolución proletaria mundial." Y el 9 de marzo de 1943, el vicepresidente Wallace, considerado a justo título como uno de los más decididos partidarios de la cooperación con la Unión Soviética, declara – refiriéndose al futuro: "La guerra sería inevitable si Rusia abrazara de nuevo la idea trotsquista de fomentar la revolución mundial."(129) Como ya sabemos, estos requerimientos fueron escuchados. No vamos a volver de nuevo sobre el análisis de la disolución de la Internacional Comunista, que hemos hecho en los capítulos primero y último de la primera parte de este libro. Simbolizaba la renuncia, no a la idea "trotsquista" de la "revolución mundial" (esta

presentación del asunto era una pequeña astucia de los políticos americanos, a fin de facilitar la operación al destinatario del mensaje), sino a toda idea de dar una salida revolucionaria a la tremenda crisis que estaba viviendo el sistema capitalista; una salida revolucionaria, en función, naturalmente, de las posibilidades reales, allí donde las condiciones para ello se creasen. Pero esas posibilidades y condiciones no estaban fijadas por anticipado; dependían en gran medida – aunque no enteramente – de la orientación que tomaran las fuerzas avanzadas en el curso mismo de la guerra. Y la orientación que dejaba en testamento la IC significaba la limitación *a priori* de los objetivos del proletariado y de las masas populares: su ‘reducción a lo compatible con los ‘intereses vitales y duraderos’ de las tres grandes potencias. La definición concreta, práctica, de lo admisible, iría inscribiéndose en los acuerdos secretos de los ‘tres’, sin que los pueblos tuvieran la más mínima posibilidad de hacer oír su voz. O más exactamente: las clases burguesas de Inglaterra y los Estados Unidos (y a través de ellas las de algunos países europeos ocupados por el nazismo) contaban con posibilidades considerables de pesar en las decisiones de los dos líderes occidentales, pero las clases proletarias de Europa, sin hablar ya de los pueblos colonizados, no tenían posibilidad alguna de pesar en las decisiones del personaje que monopolizaba la representación suprema de sus intereses. La única posibilidad residía en que los partidos comunistas adoptasen una política independiente y revolucionaria, pero las direcciones de estos partidos se habían convertido desde hacía tiempo en apéndices incondicionales del Kremlin. La excepción titista confirmaba la regla. Y en consecuencia, las masas – incluidas las masas comunistas – pudieron ser condicionadas ideológica y políticamente a lo largo de la guerra, en el espíritu de la ‘gran alianza’ y de la ‘unión nacional’, de la colaboración de clases en los países capitalistas, y de la colaboración entre los pueblos oprimidos de las colonias y las metrópolis capitalistas.

Refiriéndose al pacto franco-soviético de 1935, y repitiendo ideas de Lenin, Trotski escribió en 1936:

‘Independientemente de la opinión que pueda tenerse sobre las ventajas y los inconvenientes del pacto franco-soviético, ningún político revolucionario serio pondrá en duda que el Estado soviético tiene derecho a buscar un apoyo suplementario en acuerdos transitorios con tal o cual imperialismo. Lo que importa solamente es indicar a las masas, con claridad y franqueza, el lugar de un acuerdo táctico, parcial, de ese género, en el sistema de conjunto de las fuerzas históricas. No hace falta, en particular, para aprovechar el antagonismo entre Francia e Italia, idealizar el aliado burgués o la combinación imperialista momentáneamente camuflada por la Sociedad de las Naciones. Pero la diplomacia soviética, secundada por la III Internacional, transforma sistemáticamente los aliados episódicos de Moscú en ‘amigos de la paz’, engaña a los obreros hablando de ‘seguridad colectiva’ y de ‘desarme’, y se convierte desde ese momento en una filial política de los imperialistas en el seno de las masas obreras.’(130)

De no haber sido asesinado, Trotski hubiera podido comprobar que la ‘idealización’ de los años treinta no fue más que un tímido ensayo, casi una mentira infantil, en comparación con la ‘idealización’ de los años cuarenta. Y la misma escala podría aplicarse al engaño de las masas. La ‘gran alianza’, la combinación imperialista camuflada bajo el rótulo de ‘naciones unidas’, la alianza con las burguesías europeas, se convirtieron en una panacea absoluta, no sólo para resolver el gran problema inmediato de abatir a las potencias del Eje, sino para asegurar la nueva paz, la democracia, la independencia de las naciones, la justicia social, conceptos que se agitaban – como corresponde a toda idealización – en su forma más abstracta, desprovistos de todo contenido de clase.

La gran prensa americana saludó con alborozo la disolución de la IC, viendo en el acontecimiento un ‘triunfo diplomático de más largo alcance que las victorias de Stalingrado y del cabo Bon’. ‘El mundo respira – decían sus editoriales –; ha sido abandonada la vieja locura de Trotski, se ha puesto fin al sueño de Marx.’ ‘Stalin – escribía el *Chicago Tribune* – ha enterrado los derviches de la fe marxista. Ha ejecutado a los bolcheviques cuyo reino era este mundo y querían la revolución universal.’ Y el *New York Times*, sirviendo de altavoz al gobierno americano, reclamaba que la gran decisión fuera seguida de medidas concretas: abandono por Moscú de la Unión de patriotas polacos, reconocimiento por los guerrilleros yugoslavos del gobierno emigrado en Londres, y participación

de los comunistas franceses en una "unificación real"(131). Lo primero era remachar en hierro frío, porque en la "cuestión polaca" Stalin no estaba dispuesto a ceder en nada esencial. La reclamación concerniente a Yugoslavia sólo fue satisfecha aparentemente, no por culpa de Stalin sino de Tito. En cuanto a la participación en la "unificación real" de los comunistas franceses (y de los italianos) colmó los más secretos deseos del gran rotativo americano y de sus mentores.

Una vez que el tren de la historia fue amputado de su locomotora (como Marx llamaba a la revolución) – en la medida, al menos, que tan ambiciosa operación estaba al alcance del "gran maquinista" – los "tres" pudieron proceder sosegadamente a traducir en decisiones concretas sus "intereses vitales y duraderos". El primer jalón importante de esta nueva etapa fue la conferencia de ministros de Asuntos exteriores de la URSS, Inglaterra y Estados Unidos (a la que se agregó, como comparsa, el representante de Chiang Kai-chek), celebrada en Moscú, en octubre de 1943. En el preámbulo de la declaración anglo-soviética-americana, salida de esta Conferencia, se ratifica que sólo mediante el mantenimiento de "la estrecha colaboración y cooperación" entre las tres potencias será posible – una vez terminadas las hostilidades – "conservar la paz y fomentar plenamente el bienestar político, económico y social de sus pueblos". Entre otras medidas, la conferencia estatuye sobre el nuevo régimen político que debe instaurarse en Italia después de la caída de Mussolini y de la declaración de guerra al Eje por el gobierno Badoglio. A los "tres grandes" se les ofrecía una excelente oportunidad de mostrar cómo entendían la aplicación de los principios enunciados en la Carta del Atlántico, suscritos por la URSS. Y en efecto, otorgan al pueblo italiano el derecho de "elegir *finalmente* su propia forma de gobierno", es decir, después que haya terminado la guerra. Hasta entonces el poder efectivo en todas las cuestiones, no sólo en las concernientes a la dirección de las operaciones militares, lo detentarán las autoridades militares aliadas. Durante ese tiempo – que los "tres" prevían sería largo, y efectivamente duró dos años – el pueblo italiano *conservaba* el derecho a elegir "finalmente" el gobierno de su agrado, mientras las autoridades aliadas *ejercían* el derecho a crear estructuras políticas que condicionasen adecuadamente al pueblo italiano, a fin de no tener sorpresas cuando a éste le llegase la hora de ejercer también su derecho. Y la primera medida concreta destinada a asegurar ese curso político fue el mantenimiento de Badoglio al frente del gobierno, contra la voluntad expresa de las principales fuerzas antifascistas. Ya hemos examinado en páginas anteriores de qué manera el prestigio y la habilidad política de Togliatti contribuyeron decisivamente a que los comunistas italianos y toda la izquierda se sometieran al plan de los "tres grandes", entrasen por la vía de la "unificación real", como reclamaba el *New York Times* (que si mencionaba únicamente a los comunistas franceses era porque su comentario fue escrito en vísperas de la caída de Mussolini).

La posición soviética en la "cuestión italiana", unida a la que había adoptado en la "cuestión francesa" (apoyo a de Gaulle y supeditación del Partido Comunista francés a la jefatura del general), confirmaban la opción de Stalin en el reparto de las "esferas de influencia", la cual se había perfilado ya en las conversaciones con Eden, y puede resumirse en dos palabras: ceder (diplomática y políticamente hablando) en el oeste, para asegurarse el este. Y en verdad, dentro de la estrategia fundada en el "reparto" no existía otra opción, puesto que su instrumento decisivo era el movimiento de los ejércitos y no la acción de las masas populares. Si la estrategia estaliniana hubiera contado con la lucha revolucionaria en Europa como un factor de primer orden, la situación creada en Italia a la caída del fascismo le deparaba una oportunidad excepcional. La ola de huelgas que durante la primavera de aquel año había sacudido al norte de Italia, y el formidable movimiento de masas del verano, mostraban claramente que la crisis de la sociedad italiana tendía a transformarse en crisis revolucionaria, como lo confirmarían en los meses siguientes el fulminante desarrollo del movimiento guerrillero bajo la influencia predominante de comunistas, socialistas y "accionistas", y la impresionante huelga general de un millón de trabajadores en la zona ocupada(132) El único punto de convergencia real entre los Aliados y la burguesía italiana, por un lado, y el pueblo trabajador italiano, por otro, era la lucha contra la Alemania hitleriana. Este objetivo podía contribuir a potenciar el contenido revolucionario de la crisis, como sucedía en Yugoslavia, o a diluirlo: dependía, fundamentalmente, de la orientación que tomasen las fuerzas

avanzadas de la sociedad italiana, pero la posición de la Unión Soviética podía ejercer una influencia considerable. Situándose estrictamente en el marco de la declaración de principios de las Naciones Unidas, e invocando la necesidad de desarrollar al máximo el esfuerzo de guerra contra Alemania, Stalin podía reclamar – no sólo en las negociaciones secretas sino a la luz del día – el reconocimiento inmediato de la plena soberanía a un pueblo que estaba dando tan magnífico ejemplo en la lucha contra el enemigo común de las tres grandes potencias; el reconocimiento de su derecho a darse inmediatamente en la zona liberada, y a medida que esta zona se ampliase, órganos de gobierno democráticamente elegidos, mediante el ejercicio sin cortapisas de las libertades políticas. "Sólo así, si el pueblo italiano se ve dueño de sus destinos – podría haber argumentado Stalin – su moral de combate, el despliegue de sus energías e iniciativas, podrán alcanzar el más alto nivel y contribuir en grado máximo a facilitar las operaciones de los ejércitos aliados. Este proceder con el pueblo italiano mostrará a los otros pueblos europeos la autenticidad de las intenciones proclamadas por las tres grandes potencias, y les estimulará a seguir el mismo camino. Al pueblo alemán podremos decirle que si hace con Hitler lo que el pueblo italiano con Mussolini, la independencia y la soberanía de la nueva Alemania democrática serán inmediatamente reconocidas por las tres grandes potencias." Una posición de este género hubiera valido a la Unión Soviética la simpatía y el apoyo de las fuerzas auténticamente demócratas y patriotas de Italia y, sobre todo, hubiera contribuido a desmistificar la política de Londres y Washington. Análogo efecto hubiera tenido en otros pueblos europeos. Pero Stalin hizo el juego de los aliados en la "cuestión italiana". Y el PCI hizo el juego de Stalin.

En este caso, como en el de la actitud hacia de Gaulle, como en el de la liquidación de la Komintern, la principal justificación de los dirigentes soviéticos, repetida con variantes diversas por la historiografía oficial, repetida como un eco por los jefes comunistas occidentales a fin de justificar también su propia política, se resume en que para asegurar la victoria sobre Alemania había que descartar a toda costa el peligro de una inversión de las alianzas. Como esta justificación cubre toda la política estaliniana hasta el fin de la guerra, no la analizaremos ahora: lo haremos cuando hayamos completado el *dossier* de las concesiones de gran alcance que Stalin hizo a los objetivos reaccionarios e imperialistas de sus dos grandes aliados.

Una vez que los ministros de Relaciones exteriores habían desbrozado el terreno, los "tres grandes" en persona pudieron celebrar su primer encuentro, a fines de noviembre de 1943, en Teherán. "Con nuestros consejeros diplomáticos – se decía en la declaración firmada por Roosevelt, Churchill y Stalin – hemos estudiado los problemas del futuro. Trataremos de obtener la cooperación y la participación activa de todas las naciones, grandes y pequeñas, cuyos pueblos están dedicados en cuerpo y alma, como lo están nuestros propios pueblos, a la supresión de la tiranía y la esclavitud, de la opresión y la intolerancia; y las recibiremos gustosos en el seno de una familia mundial de Naciones Democráticas, a medida que decidan ingresar en ella." Dado que al pie de esta solemne promesa – nada menos que la creación de una familia mundial pacífica y democrática, de la que serían desterradas definitivamente la tiranía y la esclavitud, la opresión y la intolerancia – figuraba la firma de Stalin, ¿por qué no habían de creer los trabajadores de Europa y del mundo en la sinceridad de Roosevelt y Churchill? La política de "unión nacional" en el marco de la "gran alianza", aplicada por los partidos comunistas de Francia e Italia, recibía un fundamento sólido: puesto que una vez derrotada Alemania todo se resolvería democrática y pacíficamente, lo decisivo era concentrar y unificar los esfuerzos de todos los que tenían interés – cualquiera que fuese la naturaleza de ese interés – en ganar la guerra. ¿Por qué oponerse en Italia a que esa concentración y unificación se hiciera bajo el mando supremo del Estado Mayor aliado? Una vez terminada la guerra, si el pueblo quería el socialismo no tenía más que votar democrática y pacíficamente por él. Los intereses opuestos se inclinarían ante esa voluntad popular. Así lo prometían los "tres grandes". ¿Y qué burgués recalcitrante podría resistir a su todopoderosa voluntad?

Al mismo tiempo que reafirmaban públicamente ante el mundo sus generosos objetivos, los "tres" prosiguieron en el secreto de la Conferencia de Teherán la ardua labor de darles forma práctica y concreta. Churchill y Roosevelt le hicieron a Stalin la concesión de aceptar la línea Curzon como

frontera entre la URSS y Polonia. A cambio, se le darían a Polonia los territorios alemanes hasta el Oder. Stalin accedió, pero hizo saber a sus interlocutores que le gustaría mucho quedarse con Königsberg y la zona adyacente. Churchill no vio inconveniente: los polacos podían contentarse con recibir las ricas regiones industriales de Silesia a cambio de los pantanos del Pripet. Churchill y Roosevelt reconocieron lo muy legítima y natural que era la aspiración rusa de tener acceso a los mares cálidos, y Roosevelt, en particular, dio a entender a Stalin que podría recuperar Port Arthur y Dairen, arrebatados por el Japón a los zares en la guerra de 1905, y arrebatados antes por los zares a China. En lo referente a los territorios finlandeses ocupados por la URSS, Stalin no dio su brazo a torcer. Y Churchill tuvo la impertinencia de recordarle que, en 1917, los Soviets se habrían pronunciado por una paz sin anexiones ni indemnizaciones, a lo que Stalin respondió amablemente: "Ya les he dicho a ustedes que me estoy haciendo conservador." (133) En cuanto a Alemania, los "tres" coincidían en la conveniencia de desmembrarla. La discusión giró sobre las modalidades concretas de la operación. Pero el problema principal tratado en Teherán fue el del segundo frente. A primera vista era una cuestión estrictamente militar. En realidad era un aspecto esencial del reparto de las "esferas de influencia".

Entre los americanos e ingleses habían surgido divergencias sobre la apertura del segundo frente. Los primeros eran partidarios de abrirlo en Francia porque – dice el historiador soviético Deborin – buscaban implantar la influencia de los Estados Unidos en Europa occidental, debilitando las posiciones inglesas. Los británicos propugnaban abrirlo en los Balcanes, porque – dice el mismo historiador – trataban de asegurar sus intereses en esa zona e impedir la "irrupción soviética" en ella. En la Conferencia de Teherán, Churchill insistió en su proyecto balcánico, "pero la delegación de la URSS mostró que dicho plan no tenía nada de común con la tarea de derrotar lo más rápidamente posible a Alemania y que perseguía objetivos completamente distintos" (134). En realidad, como se desprende de la explicación más detallada que da el propio Deborin, y confirman las actas conocidas de la Conferencia de Teherán, la delegación soviética no hizo referencia a los "objetivos completamente distintos" perseguidos por los ingleses: se limitó a razonar el problema en términos de eficacia militar. Y en análogos términos fundamentó su tesis de apertura del segundo frente en Francia, encontrando el apoyo de los americanos. En ambos casos Stalin hacía conscientemente una opción política fundamental, con la que pensaba matar dos pájaros de un tiro: asegurarse las manos libres en el este europeo y "contribuir" a atizar la contradicción que, a juicio suyo, habría de dividir profundamente a las potencias capitalistas, una vez puestos fuera de combate Alemania y el Japón: la contradicción entre los viejos Estados colonialistas europeos, debilitados al extremo por la guerra, y la superpotencia americana que aspiraba a reemplazarlas en la explotación del mundo.

Entre las concesiones mayores que Stalin hace en el oeste a sus dos aliados, a fin de tener las manos libres en el este, hay una particularmente siniestra: la referente a España. Durante la segunda guerra mundial, Churchill y Roosevelt continuaron consecuentemente, en el problema español, la política practicada por Londres y Washington de 1936 a 1939. La carta que el 8 de noviembre de 1942, en el momento del desembarco aliado en el norte de África, Roosevelt dirigió a Franco, presentándose como su "amigo sincero" y asegurándole que "no tenía nada que temer de los Estados Unidos", no era una simple maniobra táctica: era la expresión de esa política invariable. Lo mismo que la cínica declaración de Churchill en los Comunes, el 24 de mayo de 1944, diciendo que los asuntos interiores de España no concernían más que a los españoles. Y Stalin se hace cómplice, desde el primer día de la coalición antihitleriana, de la política española de Roosevelt y Churchill. La declaración soviética del 24 de septiembre de 1941, aprobando los principios de la Carta del Atlántico, no dice una palabra sobre España, y lo mismo sucede con todos los documentos oficiales soviéticos de tiempos de guerra, con las intervenciones públicas de Stalin, etc. Lo mismo sucede con las negociaciones entre los tres, desde la entrevista Stalin-Eden a finales de 1941 – cuando Stalin comienza a abordar la reforma del mapa político europeo – hasta Yalta, pasando por Teherán y las diferentes reuniones de los ministros de Relaciones exteriores: la dictadura fascista de Franco es intocable.

En pocos problemas europeos disponía Stalin, sin embargo, de tan sólidas razones políticas para tomar una posición clara y tajante, como en el problema del franquismo. No sólo porque el pueblo español había sido el primero en librar batalla, durante tres años, a las potencias del Eje; no sólo porque el régimen franquista era un producto de la intervención armada de esas potencias; sino por el simple hecho de que Franco era beligerante contra la Unión Soviética: la "división azul" formaba parte de los ejércitos invasores del territorio soviético. Y además, una declaración de guerra de la Unión Soviética a la España franquista, la exigencia de que el gobierno exilado de la República española fuera reconocido como único representante legal de España, al mismo título que otros gobiernos exilados de países europeos ocupados por Alemania, hubieran encontrado el apoyo de la gran mayoría de la opinión pública en el seno de la coalición antihitleriana, incluso en Inglaterra y los Estados Unidos. Pero Stalin no movió un dedo durante la guerra a favor de la República española; no tomó una sola iniciativa encaminada a asegurar que la victoria antifascista beneficiara a uno de los pueblos que más sangre había vertido por ella. La perpetuación de la dictadura fascista en España después de la segunda guerra mundial es uno de los resultados más evidentes de la política estaliniana de reparto de las "esferas de influencia". Y la irrisoria decisión adoptada en Potsdam, a iniciativa soviética, cerrando las puertas de las Naciones Unidas al régimen de Franco, no lava ante la historia las graves responsabilidades del Kremlin en el hecho de que ese régimen pudiera sobrevivir al naufragio del Eje.

Volvamos al problema del segundo frente. Desde junio de 1941 Stalin había reclamado insistentemente su apertura, presentándola como condición esencial de la victoria sobre Alemania. Hasta tal punto esencial que la finalidad práctica, inmediata, de la liquidación de la IC – según vimos en el capítulo dedicado a esta cuestión – era facilitar el acuerdo sobre el segundo frente. Y al mismo objetivo inmediato tendían las concesiones de Stalin a la política de los aliados respecto a Italia, Francia, España, etc., independientemente de que esas concesiones tuvieran la proyección de más largo alcance que hemos ido examinando. En su Orden del día del 1 de mayo de 1944, Stalin reafirma rotundamente que la derrota de Alemania no es posible sin la apertura del segundo frente en el oeste de Europa. Y después del desembarco en Normandía no regatea elogios a la "precisión sorprendente" con que habían sido aplicadas "las decisiones tomadas en la conferencia de Teherán": "La brillante realización de esas decisiones – dice Stalin – testimonia elocuentemente el afianzamiento de la coalición antihitleriana." (135) Siguiendo la pauta marcada por el Kremlin, los partidos comunistas impulsaron durante tres años una intensa campaña reclamando el segundo frente, y no es extraño, por tanto, que cuando al fin fue creado la prensa comunista lo acogiera como "la realización de lo que la humanidad entera venía pidiendo y esperando fervorosamente todos los días" (136).

A partir de 1947, una vez deshecha la "gran alianza", bajo la presión de las exigencias de la nueva política exterior soviética y de la evidencia de los hechos – que entre tanto habían puesto plenamente al descubierto las segundas intenciones del segundo frente – el Kremlin se ve forzado a destruir el mito creado por él mismo. La historiografía soviética recibió luz verde para desvelar esa faceta de la historia, a condición, claro está, de no adentrarse en las inquietantes interrogaciones que el desvelamiento suscitaba respecto a la política de Moscú en los años de la "gran alianza". La versión, vigente hasta hoy, de los historiadores soviéticos, puede resumirse en los siguientes puntos:

1) La idea directriz de la estrategia angloamericana en el escenario bélico europeo consistía en dejar que Alemania y la URSS se desangrasen y debilitaran lo más posible, y entretanto desarrollar al máximo el potencial militar aliado a fin de intervenir en el momento oportuno, con fuerzas frescas, e imponer el tipo de paz que interesaba al imperialismo. La ayuda en equipo militar y alimentos a la Unión Soviética era la estrictamente necesaria para impedir la victoria alemana y prolongar el duelo germanosoviético hasta ese "momento oportuno".

2) Ese cálculo se reveló erróneo en el curso de 1943. Después de la victoria de Stalingrado y de los nuevos golpes demoledores asestados por el ejército soviético al enemigo en la primavera y verano de 1943, el agotamiento de Alemania era visible, pero en cambio el potencial militar de la URSS crecía de día en día, tanto en cuanto a la fabricación de armamento como a los efectivos humanos movilizados y a la capacidad combativa de sus ejércitos. Al mismo tiempo, la envergadura que iba tomando la Resistencia

en los países ocupados alarmaba profundamente a los dirigentes angloamericanos. "En estas condiciones, todo nuevo retraso en la apertura del segundo frente en el norte de Francia implicaba el riesgo de debilitar en el más alto grado la posición de los Estados Unidos después de la guerra. Los dirigentes ingleses y americanos se vieron forzados a realizar un brusco viraje, que fue decidido en agosto de 1943, en la conferencia de Quebec."(137) En esta reunión, Churchill intentó que prevaleciera el interés británico por que el segundo frente fuera abierto en los Balcanes, pero los americanos impusieron la decisión que correspondía a los intereses americanos. Con esta decisión tomada Roosevelt y Churchill acudieron a Teherán, donde el inglés postuló de nuevo la variante balcánica, pero el americano y el ruso coincidieron plenamente en la variante francesa.

3) En los primeros meses de 1944 se "hizo evidente que la Unión Soviética estaba en condiciones, con sus solas fuerzas, de derrotar a la Alemania fascista y liberar a los países europeos, incluida Francia"(138). Por otra parte, "la lucha de liberación del pueblo francés, que tendía a transformarse en insurrección general armada contra los invasores alemanes, despertaba la alarma en el campo de la reacción mundial". Semejante perspectiva venció las últimas vacilaciones de Londres y Wáshington, y el desembarco aliado en las playas de Normandía se llevó a cabo finalmente con objeto de "frustrar la democratización de los países de Europa occidental y cerrar al ejército soviético el camino al oeste"(139).

Esta versión de la historiografía soviética está sólidamente fundamentada en el análisis de los documentos occidentales y ha sido corroborada por la política que practicaron los imperialistas americanos en Europa desde el momento que sus ejércitos pusieron pie en el continente. Los historiadores de la URSS han podido ponerse de acuerdo con la verdad en esta cuestión concreta – aparte las inevitables simplificaciones y elementos propagandísticos de una versión sometida al "criterio de partido" – porque Moscú no tenía necesidad, a partir de 1947, de seguir mistificando esa parcela de la historia. Al contrario, tenía necesidad de revelarla por las razones antes explicadas. Desde ese momento los historiadores soviéticos podían servirse en su análisis de un hilo conductor tan seguro como era el interés de clase que hubo de imperar forzosamente en las decisiones militares y políticas de Londres y Wáshington. Lo absurdo habría sido que la estrategia angloamericana se hubiese inspirado en la idea de favorecer el fortalecimiento de la URSS y el acceso al poder de los partidos obreros europeos. En cuanto a la tesis de que a partir de fines de 1943, comienzos de 1944, la URSS estaba en condiciones de derrotar a Alemania y liberar a toda Europa con sus solas fuerzas, conjugadas con la acción de las Resistencias nacionales, no es una tesis solamente soviética. En noviembre de 1943, Roosevelt opinaba que "en la primavera próxima, al paso que van las cosas en Rusia ahora, puede que ya no sea necesario el segundo frente"(140) Y en mayo de 1944 el almirante Leahy, jefe del Estado Mayor de Roosevelt, afirmaba en un informe sobre la relación de fuerzas existente en ese momento que, en la hipótesis de una ruptura de la "gran alianza" y la eventualidad de una guerra con la Unión Soviética, los Estados Unidos podrían, todo lo más, defender a Inglaterra, pero no batir a la Unión Soviética. "Con otras palabras, nos veríamos implicados en una guerra que no podríamos ganar."(141) Agregamos a esto que los Estados Unidos se encontraban comprometidos en lo más duro de la guerra contra el Japón, mientras que la Unión Soviética tenía asegurado su frente extremoriental mediante el pacto soviético-nipón de 1941.

Así, pues, el segundo frente no fue una condición necesaria-de la derrota de Alemania, como aseguraba Stalin, sino una condición necesaria de la prevención del peligro de revolución socialista que se perfilaba en el Occidente europeo; fue, simplemente, un aspecto – entre los más importantes – del reparto de "zonas de influencia" en Europa. Y la manera como Stalin abordó la cuestión del segundo frente, desde el momento que comienza a tomar cuerpo la "gran alianza", estaba inspirada por ese objetivo. En lugar, en efecto, de explicar a los pueblos europeos que su liberación debía ser, ante todo, el fruto de su lucha armada, y que esa era la única vía para llegar a disponer realmente de sus destinos; en lugar de valorizar prioritariamente ejemplos como los existentes desde comienzos de 1942 (la constitución en Yugoslavia del ejército de liberación y la instauración del poder popular en las zonas liberadas) e incitar a las Resistencias francesa, italiana, etc., a seguir ese camino, los planteamientos de Stalin y la propaganda soviética sobre el segundo frente – así como sus ecos, la política y la propaganda de los partidos comunistas – fomentaban las ilusiones en la supuesta misión liberadora y democrática de los ejércitos angloamericanos, y las tendencias a considerar los

movimientos de resistencia armada como fuerzas auxiliares y subordinadas. Con la particularidad que ese enfoque va acentuándose a medida que la situación militar se hace más favorable a las armas soviéticas. Las declaraciones más tajantes de Stalin sobre la necesidad del segundo frente no son de 1941 y 1942, cuando más difícil es la situación de los ejércitos soviéticos: se inician en la primavera de 1943, coincidiendo con la disolución de la IC, se acentúan a final del año, y la más rotunda de todas se encuentra en la ya mencionada Orden del día del 1 de mayo de 1944, donde Stalin, después de anunciar que el ejército soviético está a punto de arrojar al invasor más allá de las fronteras patrias, plantea que la tarea de liberar a los pueblos europeos no puede ser llevada a cabo más que "por los esfuerzos conjugados de la Unión Soviética, de Inglaterra y de los Estados Unidos, mediante golpes asestados en común por nuestras tropas al este y las de nuestros aliados al oeste". Y remacha: "No cabe duda alguna que sólo ese golpe combinado puede conducir al hundimiento total de la Alemania hitleriana."(142) Lo que equivalía a una recomendación – y viniendo de Stalin, a una orden – dirigida a los partidos comunistas occidentales, en vísperas del desembarco aliado: toda acción de las fuerzas de la Resistencia, todos los objetivos políticos nacionales, deben subordinarse a la acción y los objetivos de las fuerzas angloamericanas. Y en efecto, tal fue la norma estrictamente observada, como vimos en páginas anteriores, por los partidos comunistas de Francia e Italia, la que llevó al Partido Comunista de Grecia a la capitulación de Varkiza.

Paralelamente a la progresión en el planteamiento del segundo frente como ineludible necesidad militar de la derrota de Alemania y de la liberación de los pueblos ocupados, Stalin va acentuando la justificación ideológica de esa subordinación a los aliados que reclama de la izquierda europea. Afirma que la unidad de la "gran alianza" es cada día más firme, más amplia la comunidad de intereses y fines entre los "tres grandes". En consecuencia, los pueblos pueden otorgarles su confianza. A medida que en los hechos, en la práctica, se agravaban las contradicciones en el seno de la coalición – como reconocerá Zdanov en 1947, como luego demostrará la historiografía soviética y occidental, como no podía por menos de suceder desde el momento que se perfilaba netamente la derrota del imperialismo alemán, la lucha contra el cual era el único aglutinante relativamente sólido de la coalición –; a medida que ese inevitable proceso se ahondaba, Stalin aumentaba la dosis mistificadora.

El 9 de octubre de 1944, cuando los ejércitos soviéticos comienzan a desbordar las fronteras patrias y penetran en Rumania y Bulgaria, Stalin y Churchill se ponen de acuerdo sobre las respectivas "cuotas" de influencia en los Balcanes. En sustancia, Churchill se resigna a que Stalin disponga como bien le parezca de Rumania, Bulgaria y Hungría, con tal de que Stalin le deje las manos libres en Grecia y le conceda un 50 % de "influencia" en Yugoslavia, a lo que el Padre de los pueblos accede magnánimamente(143). El 6 de noviembre, en el discurso que pronuncia con motivo del aniversario de la revolución de Octubre, Stalin ensalza la unidad de los "tres grandes", augurándole larga vida. Aquí es donde enuncia más netamente su tesis de que en la base de la alianza entre la URSS y los dos grandes Estados capitalistas no hay motivos "fortuitos y efímeros", sino "intereses vitales y duraderos".

Naturalmente – dice Stalin – a veces surgen divergencias, pero "lo asombroso no es que existan divergencias sino que sean tan pocas, y de que, en principio, sean resueltas casi siempre en el sentido de la unidad y de la acción coordinada de las tres grandes potencias. Lo importante no son las divergencias sino el hecho de que esas divergencias no rebasan el marco de lo admisible para los intereses de la unidad de las tres grandes potencias, y finalmente son resueltas según los intereses de esa unidad".

Después de evocar, en apoyo de su aserto, las discusiones sobre el segundo frente, así como las más recientes acerca de las estructuras de la proyectada Organización de las Naciones Unidas, Stalin añade:

"La consolidación del frente de las Naciones Unidas queda atestiguada, aún más brillantemente, por las recientes conversaciones de Moscú con el jefe del gobierno de la Gran Bretaña, M. Churchill, y el ministro de Asuntos Exteriores de la Gran Bretaña, M. Eden, las cuales han transcurrido en una atmósfera de cordialidad y en un espíritu de total unanimidad."(144)

Así, pues, la negociación en la que se había efectuado secretamente, con insuperable cinismo, el reparto de las "zonas de influencia" en los Balcanes; la negociación en la que Stalin había dejado las "manos libres" a Churchill – según la expresión de éste en su telegrama a Eden del 7 de noviembre(145) – para lanzar la flota, los tanques y los aviones británicos contra el pueblo griego; este ejemplo típico de diplomacia secreta y de menosprecio del derecho de autodeterminación de los pueblos, era presentado por Stalin – en ocasión tan apropiada para el caso como el aniversario de la revolución de Octubre – como la prueba más brillante de la unidad de las tres grandes potencias.

La intervención armada de Churchill contra la Resistencia griega suscitó viva oposición en la opinión liberal y en los medios obreros de los Estados Unidos y de Inglaterra. Los principales órganos de prensa, incluido el Times londinense, expresaron su desaprobación. La operación fue condenada por las Trade Unions, por casi todos los diputados laboristas y parte de los liberales. La cuestión de confianza planteada por Churchill no obtuvo más que 272 votos entre los 615 miembros de los Comunes. Según testimonio de su hijo, Roosevelt estaba escandalizado por los "procedimientos" ingleses, y el secretario de Estado, Stettinius, hizo una declaración oficial recordando que los Estados Unidos sostenían el derecho de los pueblos a regir sus destinos y estaban contra toda intervención en los asuntos interiores de cualquier país(146) Quiere decirse que el momento político era extraordinariamente propicio a un gesto soviético en defensa de la democracia griega. En aquella fase final de la guerra antifascista actos tan descaradamente reaccionarios como el de Churchill no podían por menos de suscitar la repulsa general, y el prestigio de la URSS entre los pueblos de Occidente era inmenso. Por otra parte, la situación militar no podía ser más favorable. Los ejércitos soviéticos habían llegado en octubre a las fronteras de Grecia con Bulgaria y Yugoslavia, los restos de las tropas alemanas tuvieron que evacuar la península helena y ésta se encontraba totalmente en poder de la Resistencia. Las tropas inglesas desembarcadas en el Pireo sólo controlaban el terreno que pisaban. De no haber existido el acuerdo secreto Churchill-Stalin, nada podía impedir que unas cuantas unidades soviéticas descendiesen hasta Atenas para "enlazar" allí con el cuerpo expedicionario británico. Esta "presencia" militar, respaldando una declaración de Moscú análoga a la de Stettinius, hubiera desbaratado los planes de Churchill. Pero Stalin no sólo no hizo ningún gesto militar ni diplomático en defensa de la Resistencia griega; no sólo guardó un silencio cómplice durante los treinta y tantos días en que los tanques y aviones británicos ametrallaban a la población de Atenas; presionó, además, a los dirigentes comunistas griegos para que llegaran a la capitulación de Varkiza, la cual no estuvo impuesta, ni mucho menos, por la relación de fuerzas(147)

Mientras Churchill dedicaba no pocos tanques y aviones a su pequeña guerra contra la Resistencia griega, von Rundstedt rompía el frente aliado en las Ardenes y amenazaba a los ejércitos angloamericanos con un nuevo Dunkerque. (La ofensiva churchilliana en Atenas se inició el 5 de diciembre, y la hitleriana en Bélgica el 16 del mismo mes; ambas se prolongaron hasta mediados de enero(148).) El 6 de enero Churchill envió un mensaje a Stalin pidiéndole que se adelantara la ofensiva soviética (prevista para finales de enero) a fin de aliviar la grave situación en que se encontraban los ejércitos aliados en su frente principal. Stalin podía haber preguntado por qué los ejércitos aliados no atacaban en el frente de los Apeninos, por qué las divisiones blindadas y la aviación empleadas en Grecia contra el pueblo griego no eran trasladadas a ese frente, en el que una ofensiva aliada podía contar con el poderoso concurso del ejército guerrillero de la zona ocupada por los alemanes. Pero Stalin respondió inmediatamente a Churchill que pese a las desfavorables condiciones climatológicas imperantes en el frente este, las cuales hacían difícil el empleo de la aviación y la artillería, el ejército soviético adelantaría su ofensiva. "No le quepa duda alguna – decía el telegrama de Stalin – que haremos todo lo posible por acudir en ayuda de las gloriosas tropas aliadas."(149) Y, en efecto, cinco días más tarde el ejército soviético pasaba al ataque en un frente de 1 200 km. Lo que obligó al alto mando alemán, según testimonian las memorias del general Guderian, a "pasar a la defensiva en el frente occidental y trasladar al este las fuerzas que quedasen libres"(150) Como explica la historiografía soviética, Stalin sabía muy bien desde hacía tiempo – y los acontecimientos griegos estaban confirmándolo – que los ejércitos aliados habían

desembarcado en el continente para "llevar a la práctica sus planes imperialistas respecto a Alemania, salvar del aniquilamiento definitivo a las fuerzas de la reacción en Europa, frustrar la democratización de los países de Europa occidental y cerrar al ejército soviético el camino al oeste"(151) Stalin sabía que el 18 de diciembre, dos días después de iniciarse la gran contraofensiva de von Rundstedt, los ingleses habían trasladado tropas de Italia a Grecia, en lugar de proceder a la inversa: llevarlas de Grecia a Italia para atacar en los Apeninos y aliviar así la situación de los Aliados en las Ardennes(152). Stalin sabía, como dice la historiografía soviética, que el frente occidental aliado había dejado de ser necesario, desde los primeros meses de 1944, para la derrota de Alemania; que los ejércitos soviéticos, con el concurso de las resistencias europeas, estaban en condiciones de imponer la decisión final. Pero Stalin no vacila en aumentar considerablemente las bajas soviéticas – consecuencia inevitable de iniciar la ofensiva en condiciones climatológicas que dificultaban el empleo de la aviación y la artillería, y de atraer al frente oriental parte de las fuerzas alemanas empleadas en el frente occidental – a fin de ayudar a las "gloriosas tropas aliadas". No vacila en tomar una decisión que significaba concretamente, en aquella situación, facilitar el avance ulterior de los ejércitos angloamericanos hacia el interior de Alemania; que facilitaba las operaciones contra los resistentes griegos y la disponibilidad de las tropas aliadas en Francia e Italia frente a toda eventual acción de la Resistencia que pusiera en peligro la restauración del orden burgués en ambos países. Los historiadores soviéticos portavoces de la versión oficial justifican la decisión estaliniana del 7 de enero de 1945 diciendo que, al proceder así, el gobierno soviético "cumplía de modo desinteresado, consecuente y honesto los compromisos contraídos y prestaba la ayuda necesaria a sus aliados"(153) Si prescindimos del "desinterés" y la "honestidad", los términos de esta justificación apologética resultan perfectamente adecuados para definir el contenido real del acto. Stalin, en efecto, "cumplía de modo consecuente los compromisos contraídos" con sus aliados imperialistas. En la misma medida, exactamente, en que incumplía sus deberes para con la revolución europea.

Aparte expresiones vagas, como la más arriba citada, la historiografía soviética no da explicación alguna de las razones inmediatas que determinaron la decisión tomada por Stalin el 7 de enero de 1945. Si existían razones generales, que pueden entenderse perfectamente a la luz de la política global de Stalin – los "compromisos contraídos" – es indudable que hubo también razones ligadas al momento preciso en el que la resolución fue tomada. Los historiadores soviéticos no las descubren, pero las dejan transparentar al señalar que la ofensiva hitleriana en las Ardennes estaba concebida en función de un objetivo: hacer comprender a los Aliados, después de asestarles un rudo golpe, que su interés estribaba en concertar una paz por separado(154). Con su "magnánimo" gesto Stalin se proponía, muy probablemente, demostrar a los aliados que su conveniencia residía en conservar un *soiuznik* tan generosamente predispuesto a facilitar la realización de los planes angloamericanos en el continente. En una palabra, Stalin quería prevenir el riesgo de una paz por separado. Pero, según veremos, Stalin no temía correr tal riesgo cuando se trataba de cuestiones que ponían en entredicho las previstas "zonas de influencia" soviéticas. Estaba dispuesto a las concesiones, a fin de prevenirlo, siempre que recayeran sobre los intereses del movimiento revolucionario en las "zonas de influencia" reconocidas a los angloamericanos.

Cuando los "tres grandes" se reúnen en Yalta, a comienzos de febrero, el "reparto" de Europa estaba ya muy adelantado. Además de los aspectos a los que nos hemos referido en las páginas precedentes, en el curso de 1944 se había llegado a un acuerdo preliminar sobre la cuestión crucial de las zonas de ocupación de Alemania. El acuerdo fue ratificado en Yalta sin dificultad, tal vez porque cada uno de los "tres" lo consideraba provisional y compatible con sus ulteriores planes sobre Alemania. La línea del Elba no podía por menos de satisfacer las exigencias más ambiciosas de la seguridad del Estado soviético, tal como era entendida por Stalin y sus generales. (Con notable presciencia, Engels escribió en 1853 que el expansionismo ruso, invocando el mito paneslavista, no descansaría hasta darse sus "fronteras naturales", las cuales – decía Engels – corresponden aproximadamente a una línea que va desde Danzig o Stettin hasta Trieste(153)) Y, por otra parte, a los capitalistas angloamericanos no podía desagradarles quedarse con las zonas más industriales de

Alemania. En lo que se refiere al resto de Europa, aunque la delimitación de las "zonas de influencia" estaba prácticamente decidida, quedaba por resolver el problema que podríamos llamar de las "cuotas" de influencia de los occidentales dentro de la zona de hegemonía soviética. Lo mismo que dentro de la zona de hegemonía angloamericana Stalin disponía de unas determinadas "cuotas" de influencia a través de los partidos comunistas, con la participación de éstos en los gobiernos de Francia, Italia, etc., el reconocimiento por Roosevelt y Churchill de la hegemonía soviética en el este de Europa no significaba que renunciases a contar con ciertas posiciones políticas y económicas en los países correspondientes. El acuerdo secreto Churchill-Stalin sobre los Balcanes, por ejemplo, abarcaba ambos aspectos, "zonas" y "cuotas". Grecia quedaba como zona de absoluta hegemonía angloamericana, lo mismo que Bulgaria, Rumania y Hungría de absoluta hegemonía soviética, pero los comunistas griegos tenían derecho a un 10 % de influencia en los órganos del Estado monárquico, vasallo de los angloamericanos. Si se hubiesen conformado con ese modesto porcentaje, Churchill no se habría visto en la dolorosa necesidad de convencerles a fuerza de bombas. Una vez que estos argumentos surtieron su efecto – 13 000 muertos del ejército de liberación (ELAS) sólo en Atenas – y de que los dirigentes comunistas griegos aceptaron, por el acuerdo de Varkiza, el desarme del ELAS en todo el país, Churchill – honrando su compromiso con Stalin – no se opuso a que el Partido Comunista griego ocupase legalmente la modesta plaza que el susodicho compromiso le reservaba dentro del orden democrático encarnado en Jorge II y el general Plastiras. Y de la misma manera que Churchill respetaba tan escrupulosamente, en lo que se refiere a Grecia, los porcentajes convenidos con Stalin, éste debía hacer lo mismo en los países incluidos dentro de la zona de influencia soviética. En Yalta este problema fue abordado concretamente en los casos de Yugoslavia y Polonia. Sobre la cuestión yugoslava los "tres grandes" se limitaron a formular la recomendación expresa de que el acuerdo Tito-Subachitch fuese aplicado rápidamente(156) La manzana de la discordia en Yalta, como en anteriores negociaciones, fue Polonia.

Stalin veía Polonia como un eslabón capital del glacis que habría de proteger la seguridad del Estado soviético, y por tanto el nuevo Estado polaco tenía que ofrecer al Kremlin absolutas garantías en todos los órdenes. Pero las fuerzas políticas sinceramente prosoviéticas eran sumamente débiles en Polonia. Durante la vigencia del pacto germanosoviético, Stalin había tratado a la nación y a la población polacas como enemigos, recurriendo a procedimientos incalificables, lo que tuvo por lógico efecto exacerbar la tradicional rusofobia del nacionalismo polaco, sólo comparable a su germanofobia. Ni siquiera los reducidos grupos comunistas habían escapado a los golpes de Stalin(157). Nada tiene de extraño, por consiguiente, que las principales fuerzas de la Resistencia polaca se agrupasen en torno a los partidos burgueses y al socialdemócrata, los cuales habían constituido desde 1939 un gobierno exilado, con sede en Londres, reconocido por las potencias occidentales como único gobierno legal de Polonia. Quiere decirse que para darse el Estado polaco que necesitaba – incondicionalmente prosoviético, eslabón garantizado del glacis – Stalin no podía hacer la más mínima concesión a vía democrática alguna, fuese democrático-burguesa o democrático-proletaria. No podía confiar más que en la construcción, mediante medidas autoritarias, de un aparato estatal bien controlado – sobre todo en lo concerniente al ejército y a la policía – por los órganos de seguridad soviéticos. Para ello era necesario, entre otras medidas, destruir las fuerzas organizadas y armadas – muy considerables – de la Resistencia polaca controlada por los líderes burgueses y socialdemócratas. La miopía política de estos líderes, cegados por su nacionalismo antisoviético, que les llevó a la insurrección prematura de Varsovia, en agosto de 1944, facilitó la tarea de Stalin. Las tropas alemanas se encargaron de hacer con la Resistencia nacionalista burguesa polaca lo que las tropas británicas harían poco después con la Resistencia revolucionaria griega(156). De todas maneras el problema de fondo – la hostilidad de la gran mayoría del pueblo polaco a la inclusión de Polonia en la órbita rusa – seguía en pie. Roosevelt y Churchill estaban dispuestos a hacer amplias concesiones a las razones de "seguridad" invocadas por Stalin, pero exigían su "cuota" de influencia en la nueva Polonia, y reclamaban, además, que se guardasen las apariencias democráticas: ambos estaban bajo la fuerte presión de la opinión pública anglonorteamericana, muy sensibilizada desde el comienzo de la guerra por la causa polaca. En

Yalta consiguieron, por fin, que Stalin accediese a "ampliar" el gobierno provisional confeccionado en el Kremlin e instalado en Varsovia por el ejército soviético, incluyendo algunas personalidades patrocinadas por el gobierno exilado. Las autoridades definitivas habrían de salir de elecciones generales, organizadas por el nuevo gobierno provisional en el más breve plazo.

Apenas de regreso en sus respectivas capitales, los dos "grandes" occidentales comprendieron que el "grande" oriental no albergaba la menor intención de aplicar el compromiso contraído. Stalin exigía, en efecto, que todo miembro del nuevo gobierno "hubiera demostrado en la práctica su actitud amistosa hacia la Unión Soviética, y estuviera dispuesto, honesta y sinceramente, a colaborar con el Estado soviético"(159). ¿Quién más calificado que Stalin para decidir sobre las dosis de amistad, honestidad y sinceridad prosoviéticas, existentes en la conciencia de los candidatos al gobierno polaco? Stalin exigía, a justo título, que se le reconociera esa calificación, con lo que la "cuota" occidental corría grave peligro de quedar muy por debajo de la "cuota" de influencia soviética en Grecia. Los dos jefes aliados reaccionan enérgicamente. En uno de sus últimos mensajes a Stalin, Roosevelt formula en modo apenas velado la amenaza de ruptura de la "gran alianza" frente a "cualquier decisión que lleve a la persistencia, en forma enmascarada, del actual régimen varsoviano"(160) Churchill envía simultáneamente al generalísimo una comunicación análoga. Pero Stalin no cede un ápice, pese a que esta amenaza de ruptura cobra gran verosimilitud por coincidir con otro hecho harto significativo: el primero en el que la eventualidad de una paz por separado entre occidentales y alemanes cobra consistencia. A mediados de marzo, en efecto, representantes del alto mando aliado habían tenido conversaciones secretas, en Suiza, con representantes del alto mando alemán. Cuando ya se estaban celebrando – y en previsión, sin duda, de que los soviéticos las conocieran por otro conducto, como en realidad ocurrió – los aliados informaron a Moscú, justificándolas con una posible capitulación del ejército alemán que ocupaba el norte de Italia. El gobierno soviético exigió participar en las conversaciones y los aliados se negaron, lo que evidentemente no podía por menos de acrecentar las sospechas de Moscú. En un mensaje a Roosevelt fechado el 3 de abril (el de Roosevelt a Stalin sobre la cuestión polaca era del 1 de abril), el generalísimo da por sentado que en las conversaciones de Suiza los Aliados han llegado a "un acuerdo con los alemanes, en virtud del cual el mariscal Kesselring, comandante alemán en el frente occidental, convino en abrir el frente a las tropas anglonorteamericanas, para permitirles avanzar hacia el este, a cambio de la promesa anglonorteamericana de aliviar las condiciones de armisticio para los alemanes". Y así resulta, prosigue Stalin, "que en este preciso momento los alemanes han cesado, de hecho, la guerra contra Inglaterra y América en el frente occidental, mientras continúan la guerra contra Rusia"(161) Pese a estos signos alarmantes, agravados días después por la muerte de Roosevelt y la entrada en funciones de Truman – que en 1941 había declarado públicamente: "Si vemos que Alemania está en vías de ganar la guerra debemos ayudar a Rusia; si vemos que Rusia está en vías de ganar, debemos ayudar a Alemania"(162) – Stalin no hará la más mínima concesión en el asunto polaco. En un mensaje a Truman y Churchill, fechado el 24 de abril, formula con incomparable cinismo la doctrina de que cada uno de los "tres grandes" debe resolver – sin que los otros dos se mezclen en ello – qué gobierno han de tener los países que considere vitales para la seguridad de su Estado.

"Hay que tener en cuenta la circunstancia – dice el documento – que Polonia es fronteriza con la Unión Soviética, cosa que no puede decirse respecto a la Gran Bretaña y a los Estados Unidos [...] Al parecer ustedes no están de acuerdo en que la Unión Soviética tiene derecho a conseguir que en Polonia exista un gobierno amigo de la Unión Soviética, y gobierno soviético no puede aceptar la existencia sé si en Grecia de un gobierno que le sea hostil [...] Yo o no se ha creado un gobierno verdaderamente representativo y si en realidad es democrático el gobierno de Bélgica. La Unión Soviética no lo ha inquirido cuando se crearon allí esos gobiernos. El gobierno soviético no ha pretendido inmiscuirse en esos asuntos porque comprende la significación que Bélgica y Grecia tienen para la seguridad de la Gran Bretaña. Es incomprensible que al discutirse la cuestión de Polonia no se quieran tener en cuenta los intereses de la Unión Soviética desde el punto de vista de su seguridad."(163)

Al mismo tiempo que se batía en el frente diplomático por tener las "manos libres" en Polonia, como Churchill las tenía en Grecia, Stalin ordenaba al ejército y los servicios de seguridad

soviéticos proceder a la liquidación metódica de los cuadros de la Resistencia no comunista, sin vacilar en recurrir a procedimientos como el siguiente: sus principales jefes militares y políticos fueron invitados por las autoridades militares soviéticas a entablar conversaciones amistosas; se les proporcionó salvoconductos y se les garantizó su seguridad. Una vez llegados al lugar convenido para la entrevista, todos fueron detenidos y trasladados secretamente a una cárcel moscovita. Meses después comparecieron ante un tribunal militar soviético que les condenó a diez años de prisión acusándoles de tentativas de sabotaje contra el ejército soviético. Muchos dirigentes locales de la Resistencia fueron capturados por análogo procedimiento, y liquidados sin proceso(164).

Como se ve, Stalin no temía arrostrar la ruptura de la "gran alianza" si lo que se ponía en juego era el control de Moscú sobre los países designados por la historia para integrar el glacis ruso. Pero en ese mismo periodo, y aplicando las directivas estalinianas, Thorez desarmaba a la Resistencia y ponía al Partido Comunista a remolque de de Gaulle, invocando el peligro de una inversión de las alianzas. Bajo la misma invocación rendía sus armas a los Aliados la magnífica Resistencia del norte de Italia, y los comunistas griegos aceptaban el desarme del ELAS. Stalin consideraba legítimo correr el riesgo de un conflicto con los Aliados en nombre del glacis, y al mismo tiempo hacía que los comunistas de la "zona de influencia" angloamericana considerasen como un crimen la eventualidad de que una acción revolucionaria pudiese provocar semejante conflicto. Por tanto, si dicha acción revolucionaria determinaba la intervención armada de los ejércitos angloamericanos no había que contar con la intervención militar soviética (siempre que la intervención aliada no afectara al glacis): el caso griego tenía valor de advertencia.

La cuestión de las "zonas" o "cuotas" de influencia en Europa no se abordó *concretamente* en Yalta más que en los casos citados de Alemania, Polonia y Yugoslavia. (En relación con Alemania es importante precisar que no sólo se delimitaron las zonas de ocupación; se acordó en principio su desmembramiento, instituyéndose un comité de los "tres" encargado de estudiarlo(165)) Respecto a los demás países europeos, las tres potencias se concertaron sobre las normas a seguir para intervenir conjuntamente "cuando a discreción suya las circunstancias lo exigiesen". De hecho quedaron revalidados todos los compromisos precedentes relativos al reparto. Pero Yalta no se limitó a las cuestiones europeas. Un protocolo secreto establecía que la Unión Soviética entraría en guerra con el Japón poco después de finalizar las hostilidades en Europa, y una vez derrotados los japoneses serían restablecidos "los derechos anteriores de Rusia, violados por el pérfido ataque del Japón en 1904". La Unión Soviética recuperaría la parte sur de Sajalin y todas las islas adyacentes; China le arrendaría Port-Arthur como base naval, y Dairen sería internacionalizado; el ferrocarril del este chino y el ferrocarril del sur de Manchuria serían explotados conjuntamente por una sociedad mixta chinosoviética. En una palabra, la Unión Soviética recuperaría las bases y concesiones obtenidas por el zarismo en el Extremo Oriente en la época del reparto de las "zonas de influencia" en China por las potencias occidentales. Y una propina: las islas Kuriles pertenecientes al Japón. En Yalta hubo también conversaciones entre los ministros de Relaciones exteriores de las tres potencias a propósito del Irán – dividido, en ese momento, en "zonas de influencia" entre ingleses y soviéticos – y de la aspiración de Moscú a tener un control sobre los Dardanelos.

Yalta fue, por consiguiente, un jalón esencial en el reparto de las "zonas de influencia" a escala no sólo europea sino mundial. Y al mismo tiempo fue el pináculo de la gran mistificación que encubría dicho reparto y presentaba a los "tres grandes" como ángeles tutelares de la paz, la democracia y la independencia nacional de los pueblos. Cientos de millones de humanos – y entre ellos millones de comunistas – creyeron a pie juntillas la solemne declaración firmada por Churchill, Roosevelt y Stalin:

"En la reunión de Crimea hemos reafirmado nuestra común determinación de mantener y fortalecer en la paz que ha de venir la unidad de propósito y de acción que ha hecho posible y segura la victoria de las Naciones Unidas en esta guerra. Creemos que es una obligación sagrada de nuestros gobiernos para con sus pueblos y todos los pueblos del mundo. Sólo mediante la colaboración y comprensión continuas y crecientes entre nuestros tres países y entre todas las naciones amantes de la paz, podrá realizarse la más alta aspiración de la humanidad: una paz segura y perdurable que, de acuerdo con los términos de la Carta

del Atlántico, garantice a todos los hombres, en todas las partes del mundo, una vida exenta de temor y de privaciones.”

El naufragio del oportunismo estaliniano

Como ya hemos visto, el comportamiento de los ”tres grandes” en las semanas que siguen a Yalta ilustra elocuentemente su ”común determinación” de mantener la ”unidad de propósito y de acción”, la ”colaboración y comprensión continuas y crecientes”, a fin de instaurar una ”paz segura y perdurable”. Los occidentales acusan a Stalin de incumplir el acuerdo sobre Polonia. Stalin acusa a los occidentales de tratar separadamente con los alemanes. Y cada día trae nuevos motivos de tensión. Churchill se muestra particularmente agresivo. Intenta convencer a los jefes americanos de que la Rusia soviética, ensalzada hasta la víspera, por el propio Churchill, como heroico y leal aliado, es un ”peligro mortal para el mundo libre”. Cuatro días después de la capitulación del Reich escribe a Truman que sobre el frente soviético ha sido bajado un ”telón de hierro”, e ”ignoramos todo lo que sucede detrás”. Propone al sucesor de Roosevelt que los ejércitos norteamericanos no evacuen, sin arrancar nuevas concesiones a Stalin, los territorios alemanes al este del Elba que, según los acuerdos de Yalta, deben ser incluidos en la zona de ocupación soviética. (Los americanos habían ocupado estos territorios, adelantándose al avance ruso, gracias a que los alemanes les habían dejado vía libre.)(166)

El nerviosismo agresivo de que Churchill da muestras en este momento refleja la debilidad de la posición inglesa. Un ”peligro mortal” se cierne, en efecto, sobre los intereses del imperialismo británico en el Báltico y en el este europeo, en los Balcanes y en los Estrechos, en el Cercano Oriente; amenaza al postulado permanente de la política exterior británica: asegurar un equilibrio europeo que impida la hegemonía continental de cualquier potencia. Inglaterra sale profundamente quebrantada de la guerra. Financieramente, está a merced de los Estados Unidos. Militarmente, no puede medirse, ni de lejos, con los otros dos ”grandes”. Sin la protección norteamericana las ”cuotas” de influencia inglesa dentro de la zona de hegemonía soviética corren grave riesgo de esfumarse. Y Churchill teme que los dos ”supergrandes” puedan llegar a un arreglo planetario sin tener en cuenta los intereses imperiales, e incluso a costa de ellos. Porque si existen contradicciones soviéticoamericanas, también existen contradicciones angloamericanas, y Stalin cuenta con ellas. De ahí que la diplomacia churchilliana no pierda oportunidad de encizañar soviéticos y americanos.

Mientras que la aspiración máxima de Inglaterra, como de Francia, residía en conservar el imperio colonial, el objetivo del pujante capitalismo americano consistía en destruir las barreras que entorpeciesen su expansión mundial. No otro era el significado práctico del ”idealismo” rooseveltiano. Ante las dos cámaras del Congreso, reunidas conjuntamente unos meses antes de Yalta, Roosevelt había anunciado solemnemente que se pondría fin a la política de ”esferas de influencia, de alianzas, de equilibrio entre las potencias, o de cualquier otro arreglo como aquellos que en el desventurado pasado fueron utilizados por los pueblos para intentar preservar su seguridad y defender sus derechos”(167). Este mundo abierto, y además agotado por la guerra, era, en efecto, el mundo ideal para el supercapitalismo americano: el mercado óptimo para su gigantesco aparato industrial, cuya producción se había duplicado durante la guerra; la esfera de inversión a la medida de los enormes capitales acumulados. En lugar de un mundo dividido en zonas de influencia, una sola zona de influencia englobando al mundo: la americana. En esta perspectiva, el grupo rooseveltiano incluía la colaboración con la Unión Soviética: consideraba que la contribución de la industria americana a la reconstrucción de la URSS sería ventajosa a ambas partes y se traduciría en un condicionamiento político del régimen soviético. Bajo este benéfico influjo el ”socialismo en un solo país” podría llegar a integrarse armónicamente en el mundo rooseveltiano.

Las muestras de buena voluntad que Stalin había ido dando en el curso de la guerra – disolución de la IC, política de ”unión nacional” de los partidos comunistas, abandono de la lucha contra el imperialismo yanqui por los comunistas latinoamericanos, etc. – alentaban a Roosevelt y sus colaboradores respecto a la viabilidad de la *pax americana*. Pero otras facetas de la *realpolitik* estaliniana entraban en conflicto, evidentemente, con la concepción rooseveltiana. Ante todo la

doctrina formulada por Stalin en el documento del 24 de abril – más arriba citado – sobre la cuestión polaca, y aplicada en la práctica desde 1939 a los Estados bálticos, Besarabia, etc.; la doctrina de que cada uno de los "tres grandes" dispusiera a su albedrío de los países que considerase vitales para su seguridad. El idealismo rooseveltiano admitía excepciones a este respecto siempre que se tratase de Cuba, Puerto Rico, Filipinas, México, etc., cuando lo que estaba en juego era la seguridad de la "gran democracia americana", pero no podía admitirlas cuando se invocaba el pretexto de garantizar la seguridad del "totalitarismo comunista" o del "imperialismo británico". Sin embargo los dirigentes norteamericanos no consideraron de momento que este desagradable aspecto de la *realpolitik* estaliniana fuera razón suficiente para la ruptura, ni para renunciar a la búsqueda de un compromiso sustancial con el gobierno soviético. Tenían en cuenta otros factores fundamentales. En primer lugar, desde 1943 estaba claro para los jefes norteamericanos que tenían que habérselas con otra superpotencia. En retraso económico respecto a los Estados Unidos, pero con evidente superioridad militar en el continente europeo. A la altura de Yalta, los generales yanquis sabían que en caso de conflicto con la URSS los ejércitos soviéticos llegarían a las costas del Atlántico(168). Sabían que además de su superioridad militar en el escenario europeo, la URSS contaba con otra ventaja de primer orden: mientras que la derrota de Alemania dejaba disponible al grueso de la potencia militar soviética, gran parte de la potencia militar americana seguía comprometida en la guerra del Pacífico. A principios de 1945, en Wáshington se pensaba que sería necesario trasladar allí parte de las fuerzas empleadas en Europa, que la guerra con el Japón podría prolongarse bastante tiempo, y que la entrada en ella de la Unión Soviética era muy conveniente, si no indispensable. (Los jefes americanos temían que, llegado el momento, el ejército japonés empleado en China fuese trasladado a la metrópoli, haciendo más difícil y costoso el asalto final.) Y aún existía otro problema importante que inducía al gobierno americano a buscar la colaboración de Moscú en el Extremo Oriente: el problema chino. Uno de los objetivos esenciales de Wáshington en la guerra del Pacífico era consolidar el régimen de Chiang Kai-chek, mediante el cual el capitalismo americano podía asegurarse la penetración económica y la hegemonía política en China. La consecución de este objetivo podía verse extraordinariamente facilitada si los comunistas chinos proseguían su colaboración con la burguesía del Kuomintang en el mismo espíritu de lealtad y moderación con que los comunistas italianos y franceses estaban colaborando con las respectivas burguesías. A este fin Wáshington necesitaba los buenos servicios de Stalin. Existían, por consiguiente, motivos fundamentales para que en el primer semestre de 1945, antes de entrar en escena la bomba atómica y de capitular el Japón, el gobierno americano buscara el acuerdo con Moscú, pese a las tensiones derivadas del asunto polaco y de los otros problemas del este europeo. Las mismas razones que imponen en Wáshington la política de conciliación con Moscú, pese al anticomunismo visceral de Truman y su equipo, subrayan hasta qué punto en la primavera y verano de 1945 la relación global de fuerzas en Europa era propicia a una política revolucionaria audaz en los países donde las condiciones interiores eran también favorables. En caso de intervención armada angloamericana contra el movimiento revolucionario, la Unión Soviética se encontraba en condiciones estratégicas excepcionalmente favorables para prestarle una ayuda militar decisiva. Pero vistos bajo la óptica de la política estaliniana, ambos factores – la ventaja estratégico-militar y las posibilidades revolucionarias presentes en las áreas reconocidas por Moscú como zonas de influencia angloamericana – deben ser explotados para lograr que Wáshington reconozca el glacis europeo y demás reivindicaciones soviéticas (bases en los Dardanelos, zona de influencia en el norte del Irán, intereses en Turquía, etc.). El primer factor hace que el glacis sea un hecho consumado, militarmente invulnerable. Pero el objetivo de Stalin es que este hecho sea reconocido e integrado en un arreglo general, de alcance planetario, con los Estados Unidos, en el marco del cual los créditos y la industria americanos contribuyan a la reconstrucción de la URSS, de acuerdo con los proyectos del equipo rooseveltiano, pero en condiciones tales que descarten la supeditación política; en condiciones que aseguren la dirección bipartita del mundo y no la hegemonía americana. La renuncia a fomentar las posibilidades revolucionarias presentes en la Europa occidental y mediterránea, así como las que se perfilan en China; esa renuncia que en el momento de la disolución de la IC podía interpretarse como una maniobra, cobra ahora consistencia, se

presenta como una concesión práctica, efectiva – tanto más valiosa para los americanos cuanto más real es el peligro revolucionario – susceptible de compensar equitativamente el reconocimiento del glaciis y demás reivindicaciones soviéticas. Para llegar al reparto en firme del mundo con el imperialismo americano – tal es el contenido real de la "paz segura y duradera" de la Declaración de Yalta –, Stalin maneja todas estas cartas y una más, que no podía faltar en la gran estrategia estaliniana: las contradicciones interimperialistas. Stalin considera que una vez puestos fuera de juego el Japón y Alemania no podrán por menos de agravarse las contradicciones entre las necesidades de expansión mundial del capitalismo norteamericano y el propósito que anima a Inglaterra, Francia, Bélgica y Holanda de conservar sus respectivos dominios coloniales.

La conferencia de Potsdam, que se abre el 17 de julio, se sitúa aún en el contexto estratégico-militar ventajoso a la Unión Soviética, más arriba mencionado. Y sus resultados parecen un progreso en la dirección prevista por Stalin. Los americanos ceden, en lo esencial, sobre el problema polaco – aceptando pequeñas concesiones de Stalin – y se limitan a ligeras protestas por el desarrollo de los acontecimientos en otros países del glaciis. Pero en vísperas de la conferencia tiene lugar el acontecimiento – en el sentido más pleno del concepto – que modificará sustancialmente las premisas objetivas del esquema estaliniano, y todo el curso de la política mundial. El 16 de julio, en efecto, la bomba atómica americana ha sido ensayada con pleno éxito en Alamogordo. De golpe, los Estados Unidos no necesitan ya del concurso soviético para acabar con el Japón, como lo demuestran Hiroshima (6 de agosto) y Nagasaki (9 de agosto). Tokio capitula el 14 del mismo mes. Por el acuerdo secreto de Yalta la URSS debía entrar en la guerra con el Japón en el plazo máximo de tres meses después de la capitulación del Reich, es decir, el 8 de agosto lo más tarde. En esa fecha la URSS no había cumplido aún su compromiso, pero contaba con una buena justificación: el acuerdo de Yalta estipulaba que la "restitución" a la Unión Soviética de las bases y concesiones que el Japón se había apropiado en 1905 debían ser ratificadas por el gobierno nacional chino (Chiang Kai-chek), y éste se resistía. El 8 de agosto no había dado aún su aprobación. Lo cual venía de perlas a Stalin puesto que le permitía conservar en la negociación con los Estados Unidos una carta tan importante como era la actitud soviética en la guerra del Pacífico. Pero en Hiroshima queda comprobada la eficacia de la nueva arma. Stalin no espera más a la ratificación del acuerdo de Yalta por Chiang Kai-chek. El 9 de agosto declara la guerra al Japón. El 14 de agosto quedarán en poder de la Unión Soviética no sólo los territorios previstos en Yalta sino toda Manchuria y Corea hasta el 38 paralelo.

El monopolio de la bomba atómica incide decisivamente en la política de Wáshington. Truman no pierde instante en proclamar que los Estados Unidos se han convertido en "la nación más poderosa del mundo, la más poderosa, probablemente, de toda la historia"(169). El imperialismo americano pone rumbo decidido a la dominación mundial. Lo que no excluye la prudencia, porque los generales americanos comprenden perfectamente que si la bomba atómica puede reducir a Hiroshimas algunos centros soviéticos, difícilmente puede impedir al ejército rojo avanzar del Elba al Canal de la Mancha. En su respuesta al discurso de Churchill en Fulton, Stalin advierte que "una nueva campaña militar contra la Europa oriental" terminaría mal para los intervencionistas: "Se puede decir con seguridad que serían derrotados, lo mismo que fueron derrotados hace veintiséis años."(170) En Wáshington se toma en serio la advertencia y Truman no sigue los consejos de los que preconizan blandir la bomba para forzar a la URSS a replegarse sobre sus fronteras. Se opta por la política de "contención", teorizada por Kennan.

Stalin considera, sin embargo, que siguen existiendo premisas objetivas para llegar al deseado acuerdo con los Estados Unidos. "No creo en el peligro real de una nueva guerra", declara en septiembre de 1946. "No considero que la bomba atómica sea la fuerza imponente que algunos líderes políticos quieren acreditar. Las bombas atómicas están destinadas a asustar a los "débiles", pero no bastan para decidir la suerte de una guerra"; y además, "el monopolio [de la bomba] no puede durar mucho; estoy persuadido que la colaboración internacional, lejos de reducirse no puede más que extenderse". O sea: la bomba no cambia esencialmente la relación de fuerzas y además es una ventaja transitoria; la solución es entenderse. Un mes después responde con un "no" rotundo a

la pregunta de si la tensión entre la URSS y los Estados Unidos ha aumentado. En diciembre de 1946, a la pregunta que le hace el hijo de Roosevelt de si es posible la colaboración entre la URSS y los Estados Unidos, Stalin contesta: "Sí, naturalmente. No sólo es posible sino que es la cordura misma y plenamente realizable." La Unión Soviética – dice Stalin – está dispuesta a un acuerdo económico de largo alcance con los Estados Unidos que incluya un desarrollo sustancial del comercio y créditos norteamericanos. La Unión Soviética está dispuesta – y ésta es la principal contrapartida que Stalin ofrece explícitamente – a "proseguir una política común con los Estados Unidos en las cuestiones del Extremo Oriente"(171).

China es, en efecto, una de las principales cartas que Stalin cree tener todavía en sus manos. Después de la capitulación del Japón había presionado sobre los comunistas chinos para que lleguen a un *modus vivendi* con Chiang Kaichek(172), y en la conferencia de ministros de Relaciones exteriores de los "tres grandes", celebrada en diciembre de 1945, se llegó a un acuerdo "sobre la necesidad de una China unificada y democrática, bajo la dirección de un gobierno nacional, a base de una amplia integración de los elementos democráticos en todos los organismos del gobierno nacional, y el cese de los desórdenes civiles". (La expresión "elementos democráticos" aludía a los comunistas, por "organismos del gobierno nacional" se sobreentendía el Kuomintang y su ejército, en el cual debían "integrarse" las fuerzas armadas comunistas, y por "desórdenes civiles", la lucha entre el Kuomintang y los comunistas.) Se trataba, en el fondo, de una solución tipo "unión nacional", a estilo francés o italiano, que asegurara la dirección de la burguesía china y un desarrollo democrático burgués del país. Pero los comunistas chinos no se plegaron a esta solución, pese a las presiones de Stalin, y Chiang Kai-chek desencadenó en 1946 – con ayuda de aviones, técnicos y dinero americanos – una ofensiva de gran envergadura contra el ejército popular. A fines de 1946 las cosas iban mal para Chiang Kai-chek y sus protectores, y el ofrecimiento que hace Stalin en la entrevista con el hijo de Roosevelt – "proseguir una política común con los Estados Unidos en las cuestiones del Extremo Oriente" – tiene un sentido inequívoco: influir sobre los comunistas chinos para llegar a una solución de la guerra civil que satisfaga los intereses "comunes", americanos y soviéticos. Pero en Wáshington creen que están ante un doble juego de Stalin: no pueden concebir que los comunistas chinos sigan una política independiente. Sin embargo, así es. En un documento interno de abril de 1946, destinado al núcleo restringido de la dirección del PCC, Mao analiza la situación internacional y considera posible un compromiso URSS-Estados Unidos. Pero este compromiso, dice, "no exige de los pueblos de los diferentes países del mundo capitalista que concluyan, en consecuencia, compromisos en su propio país". El objetivo que persiguen las fuerzas reaccionarias, agrega, es "destruir resueltamente todas las fuerzas democráticas que puedan y prepararse a destruir más tarde las que no consigan destruir por el momento". Frente a esta situación, "las fuerzas democráticas populares deben aplicar el mismo principio respecto a las fuerzas reaccionarias". Como aclara una nota explicativa de la edición china, Mao sale al paso en este documento a las posiciones de "algunos camaradas" que vacilaban en responder con la guerra revolucionaria a la ofensiva desencadenada por el bloque Estados Unidos-Kuomintang(173). Es de suponer que los "camaradas" aludidos propugnaban la línea de Stalin, reflejada en el acuerdo de las tres potencias de diciembre de 1945.

En el bienio que va de Potsdam al anuncio del plan Marshall, la política de "contención", al amparo del "paraguas" atómico y sin escatimar dólares, va obteniendo sus primeros resultados. Grecia es teatro de una represión terrorista que obliga a los comunistas, en el transcurso de 1946, a tomar de nuevo el camino de la lucha armada. En Francia e Italia progresa aceleradamente la reconstrucción del aparato militar y civil del Estado capitalista, y el movimiento obrero – como vimos – va perdiendo posiciones. Moscú tiene que retirar sus tropas del norte del Irán y no puede obtener la base naval que reclama en las costas turcas, a proximidad de los Dardanelos. En el Extremo Oriente los soviéticos son excluidos de toda intervención en el Japón, transformado en protectorado americano. Pero es en Alemania donde los aliados asestan el golpe más sensible a los planes soviéticos. Moscú no logra imponer el control del Ruhr por las cuatro potencias, que le hubiera permitido hipotecar considerablemente el poder efectivo de los aliados en sus zonas de ocupación y

preparar la extensión ulterior de la "influencia" soviética al conjunto de Alemania. (A este respecto, Stalin había contado con la impotencia militar de Inglaterra y Francia y la evacuación en breve plazo de las tropas norteamericanas, como Roosevelt le había dado a entender en Yalta. Pero bajo la protección del "paraguas", Truman se encaminó desde Potsdam a la transformación de Alemania occidental en principal base europea del imperialismo americano.) En marzo de 1947 es proclamada la "doctrina Truman", que por lo pronto sirve de justificación a los americanos para instalarse en Grecia y Turquía, dominar el Cercano Oriente y el Mediterráneo oriental, relevando al gendarme inglés en esta zona estratégica. Con el plan Marshall, Wáshington pone las bases para la rápida reconstrucción del potencial económico alemán, y completa la subordinación de los gobiernos burgueses europeos occidentales, al mismo tiempo que abre un amplio mercado a la industria norteamericana. En París, Roma y Bruselas se cumplen apresuradamente las órdenes del gran benefactor, licenciando a los ministros comunistas y poniendo fin sin ceremonias al "avance hacia el socialismo dentro de la legalidad democrática y parlamentaria". Y Wáshington no descarta, incluso, la posibilidad de atraerse con el señuelo de los dólares a algunas de las democracias populares. La acogida favorable que en un primer momento dispensan los gobiernos de Praga y Varsovia al ofrecimiento de Marshall indica que esa presunción tenía cierto fundamento. Pero era conocer mal a Stalin imaginar que ahí podía ceder.

En el verano de 1947, Stalin se ve abocado a una situación mundial que el Estado soviético había tratado siempre de evitar – y lo había logrado – desde los tiempos de Lenin: la constitución de un bloque antisoviético de todos los Estados capitalistas. Con el agravante de que esta vez el bloque se constituía bajo la hegemonía de un Estado sin igual en la historia por su potencia global. Era, sin duda, el naufragio de la "paz" que Stalin había buscado, de la "paz" que consagrara el reparto de las "esferas de influencia" sobre la base de una concertación planetaria soviéticoamericana. Era el naufragio de la "paz" basada en la renuncia a la lucha revolucionaria y en la práctica de la colaboración de clases en el área mundial regida por el capitalismo, a fin de hacer posible la colaboración de los dos "supergrandes" y de asegurar la pacífica "construcción del comunismo en un solo país". (En septiembre de 1946, Stalin formula por primera vez la tesis de que "el comunismo en un solo país es perfectamente concebible, sobre todo en un país como la Unión Soviética"(174).)

Con su acostumbrado pragmatismo, Stalin había proyectado sobre la nueva realidad mundial que emergía de la guerra el papel desempeñado por las contradicciones interimperialistas en el periodo entre las dos guerras mundiales y en el curso de la segunda conflagración. La piedra angular de la estrategia de Stalin a lo largo de esas dos fases había sido, como hemos visto, la explotación de dichas contradicciones y la subordinación total al aprovechamiento de ese factor de la lucha revolucionaria en el interior de los Estados capitalistas y en las colonias. Desde el punto de vista de los intereses del Estado soviético, comprendidos en un espíritu nacionalista, esa estrategia reveló gran eficacia operacional. Pero la segunda gran crisis bélica del sistema imperialista, la derrota del fascismo, el aplastamiento del imperialismo alemán y del imperialismo japonés, se tradujeron – y no podían por menos de traducirse – en un nuevo auge revolucionario en las metrópolis capitalistas y en las colonias. Aunque frenado por la política estaliniana aplicada por la mayor parte de los partidos comunistas – la política condensada en el "testamento" de la IC – ese auge fue suficiente para provocar la alarma de todas las burguesías, por muy democráticas y antifascistas que fuesen, e impulsarlas a unirse, por encima de las contradicciones nacionales y coloniales, contra el peligro revolucionario. Por otra parte, el formidable fortalecimiento económico y militar de los Estados Unidos – la bomba atómica era la expresión, el producto, de su potencia económica y técnica – proporcionaba la base y el centro capaces de aglutinar todas las fuerzas del capitalismo, tanto en los países vencedores como en los vencidos, en un frente mundial contrarrevolucionario. En consecuencia se vino abajo la previsión estaliniana de que una vez puestos fuera de juego el Japón y Alemania – las potencias que habían tomado la iniciativa de la revisión del viejo *statu quo* colonial – se pondría en primer plano, con toda virulencia, la lucha entre los Estados Unidos y los Estados colonialistas europeos.

El freno que la política de Stalin puso al movimiento revolucionario fue insuficiente para impedir que el auge obrero y democrático de la Liberación asustara a la burguesía de uno y otro lado del Atlántico, pero fue suficiente para limitar ese auge de tal manera que incluso allí donde alcanzó la mayor envergadura dentro del capitalismo desarrollado (Francia, Italia) se reveló impotente, no ya para determinar un cambio político radical, sino hasta para impedir que dichos Estados se integrasen en el bloque antisoviético bajo la jefatura americana. Es decir, la supeditación de los partidos comunistas a la estrategia estaliniana acabó por tener efectos contrarios a las razones en que pretendía justificarse: se volvió contra la seguridad del Estado soviético.

Interrogantes y conjeturas

Los juicios de ciertos historiadores y políticos occidentales, abogados del "mundo libre", que se complacen en subrayar las "malas artes" empleadas por Stalin para asegurarse el glacis y otros objetivos de su estrategia mundial, mientras idealizan la política rooseveltiana, e incluso la churchilliana, no revelan sólo carencia de objetividad sino ingratitud. Si el "mundo libre" no perdió en la gran crisis algunos de sus más viejos y reputados florones, lo debe en gran medida a Stalin. Como es bien sabido, ninguna hipótesis sobre el curso que la historia podría haber seguido, en lugar del que siguió, es susceptible de demostración concluyente. Y no tendría fundamento afirmar que si el jefe soviético – y jefe supremo del ejército comunista mundial – llega a incluir la revolución europea entre los objetivos prioritarios de su política de guerra, la revolución europea hubiera triunfado indefectiblemente. Lo que sí puede afirmarse con todo fundamento, porque está inscrito en los hechos, en cada paso de la política estaliniana – como hemos tratado de poner de relieve en el análisis precedente –, es que Stalin, secundado por los líderes comunistas occidentales que aplicaron fielmente su política, aportó una contribución inestimable a la solución del difícil problema que se planteó ante los jefes del capitalismo angloamericano desde 1939: cómo derrotar a su temible rival alemán preservando al mismo tiempo del riesgo revolucionario a los centros vitales del capitalismo europeo.

Según vimos en la primera parte de este ensayo, Trotski tenía una visión excesivamente optimista de la coyuntura revolucionaria que se crearía en Europa a consecuencia de un nuevo conflicto mundial, optimismo derivado de su concepción sobre el estado del capitalismo (agotamiento de su capacidad histórica para desarrollar las fuerzas productivas, etc.). Pero la previsión de que la segunda guerra mundial podía tener un desenlace revolucionario a escala europea no era una elucubración extremista. Expresaba una posibilidad real, de la que la burguesía tuvo conciencia desde el primer día del conflicto. Esa posibilidad no provenía de que el sistema capitalista hubiera llegado a la situación límite supuesta por Trotski, reincidiendo en el error del análisis leniniano de los años de la primera guerra mundial, sino del método al que el capitalismo se veía obligado a recurrir para "reajustar" sus estructuras y pasar a una nueva fase de desarrollo.

La segunda guerra mundial fue la crisis más grave que el sistema capitalista e imperialista haya conocido en toda su historia. Y al mismo tiempo reveló de manera espectacular – ya en el curso mismo de la guerra y, sobre todo, en sus efectos ulteriores – la vitalidad que conservaba el sistema, globalmente considerado: el enorme potencial que encerraba su aparato industrial, técnico y científico; su capacidad para manipular a las masas y mantenerlas sometidas a los valores, ideologías y concepciones políticas necesarios a la supervivencia del sistema. Demostró la inteligencia política de las viejas clases dirigentes, su habilidad maniobrera, fruto de una experiencia secular. Lo mismo que la guerra del catorce y que la crisis económica de 1929, pero a escala mucho mayor, la segunda guerra mundial mostró que la agonía del "capitalismo agonizante" tiene larga vida. (La dilatada duración de esta agonía ha dado tiempo y oportunidad al marxismo oficial para introducir en ella una sabia periodización. Se comenzó por sentar la tesis de que con la guerra del catorce y la revolución rusa se había iniciado la "crisis general" del capitalismo. Después de la segunda guerra mundial, y en vista de que el enfermo no murió, se decidió que el periodo entre las dos guerras no era más que la "primera etapa" de la "crisis general". A la que siguió la

”segunda etapa” iniciada con la guerra de 1939-1945. En 1960 se decidió que la ”segunda etapa” había terminado y se iniciaba la ”tercera”. ¿Cuántas ”etapas” habrá que introducir todavía?)

Pero esa vitalidad global incluía estructuras anquilosadas que entraban en contradicción aguda con la dinámica del sistema, polarizada fundamentalmente en tres centros motores: el alemán, el japonés, y, sobre todo, el americano. El control del viejo y estancado capitalismo anglofrancés sobre extensas áreas de explotación colonial, así como sobre la Europa atrasada del este y del sur, representaba un grave obstáculo a la potencialidad expansiva de los citados centros, pero el capitalismo anglofrancés, amenazado en sus más caros intereses, no estaba dispuesto a ceder sin lucha. Para el capitalismo americano, que disponía de un área de expansión tan importante como América latina, que podía penetrar más fácilmente en los dominios coloniales anglofranceses, la cuestión no se planteaba en términos belicosos. Pero para el capitalismo alemán y japonés la única vía abierta era la muy tradicional de la guerra. Desde el punto de vista de las cinco principales potencias capitalistas, la segunda guerra mundial, como la primera, fue una guerra por los mercados, las colonias, las materias primas, y al mismo tiempo significó el paso del conjunto del sistema a una nueva fase: el capitalismo monopolista de Estado. Las tres potencias que iban a la avanzada de esta nueva fase del capitalismo, no ambicionaban solamente integrar el espacio anglofrancés (más los dominios coloniales belgas y holandeses); se proponían también integrar el espacio soviético. Que los Estados Unidos trataran de alcanzar ambos objetivos a través de la alianza con las víctimas, y sus dos peligrosos competidores mediante la conquista militar, daba gran ventaja política y militar a los primeros, pero no modificaba sustancialmente el carácter de sus objetivos.

Después de la experiencia de los años 1917-1920, la burguesía de todos los países era plenamente consciente de los riesgos implícitos en la terrible operación que la lógica infernal del sistema imponía una vez más. Máxime cuando ahora existía el Estado soviético con su ejército rojo, existía la Internacional Comunista. Ciertamente que en vísperas de la guerra los movimientos revolucionarios europeos habían sido derrotados y reducidos a la clandestinidad en casi todos los países del continente, pero, ¿cómo reaccionarían las masas bajo los efectos de la nueva mantaza? ¿No serían capaces los núcleos comunistas subsistentes de aprovechar la situación? En febrero de 1917 los bolcheviques tampoco eran más que un puñado de revolucionarios... Cada burguesía consideraba estas incógnitas con óptica distinta, según la situación interior del país. El capitalismo alemán se sentía seguro, una vez aplastado el movimiento obrero y el partido comunista. Consideraba que su victoria militar le permitiría liquidar con análogos procedimientos todo brote revolucionario en el resto de Europa. Parecida era la óptica del capitalismo japonés, que también había podido reducir a la impotencia su movimiento obrero. Sobre otras bases – la integración reformista del proletariado a un grado sin igual en el mundo capitalista –, los Estados Unidos se encontraban en condiciones más ventajosas que cualquier otra potencia para afrontar la prueba de la guerra. La burguesía inglesa no podía sentir la misma seguridad, como había puesto de relieve la gran huelga del año 1926, pero de todas maneras el laborismo representaba una garantía bastante sólida. Muy distinta se presentaba la situación de Francia. Era evidente que, en toda el área del capitalismo industrial, Francia constituía el eslabón más débil. Al anquilosamiento de sus estructuras económicas y políticas se juntaba la neta radicalización del proletariado francés, puesta de manifiesto en la explosión social del año 1936 y en la posición hegemónica adquirida por el Partido Comunista francés en el movimiento obrero, así como en la irradiación de la influencia comunista dentro de importantes núcleos de la intelectualidad y de otras capas sociales. La ejemplar moderación del Partido Comunista francés en el periodo del frente popular podía bastar para tranquilizar a la burguesía: ¿Se trataba de una táctica episódica o de una mutación profunda del partido? Italia, que bajo el fascismo había experimentado un desarrollo capitalista importante, constituía una incógnita desde el punto de vista de su solidez burguesa. Era claro que no ofrecía las garantías alemanas, pero tampoco contenía visiblemente un dato tan inquietante como el comunismo francés.

Fuera del área capitalista industrial abundaban las situaciones susceptibles de desembocar en crisis revolucionarias bajo el impacto de la guerra mundial: colonias asiáticas, repúblicas

latinoamericanas, Estados atrasados del este y sur de Europa. Pero la amenaza más grave, la más previsible, para el capitalismo mundial, a partir de la entrada en la guerra, era la posible convergencia de la derrota fascista y la victoria soviética con una revolución proletaria en Francia, abriendo un proceso que desembocase en la revolución a escala continental. La burguesía angloamericana tenía plena conciencia del riesgo, y toda su política, planes estratégicos, medidas operacionales, a lo largo de la contienda, estuvieron profundamente influidos por esa amenaza, particularmente en la fase final del conflicto, cuando la presencia de una Unión Soviética en trance de obtener la victoria, convertida en la primera potencia militar del continente, se afirma sin lugar a dudas; cuando la Resistencia francesa aparece como una fuerza considerable, orientada en gran parte por los comunistas; cuando, además, la eventualidad de un curso revolucionario se perfila netamente en Italia, y es un hecho en Yugoslavia y Grecia.

Americanos e ingleses coincidían plenamente en dos objetivos fundamentales: derrotar a sus rivales y salvar a la Europa capitalista industrial de la revolución proletaria. Subsidiariamente coincidían, como es natural, en prevenir y sofocar, llegado el caso, cualquiera amenaza revolucionaria en otros puntos del globo y particularmente en China. Podían discrepar en los métodos y vías para alcanzar dichos objetivos, pero existía identificación en lo esencial. Los intereses conflictivos se presentaban en la cuestión colonial, pero más bien como cuestión del mañana que como problema inmediato. La comunidad de intereses en relación con los objetivos prioritarios, sumada a la estrecha dependencia financiera y militar en que se encontraba el vetusto imperio inglés de la superpotencia americana, proporcionaba a la alianza angloamericana sólidos cimientos. El problema difícil que se planteaba residía en la contradicción existente entre sus dos objetivos prioritarios, dado que la derrota de Alemania era una de las condiciones esenciales de la revolución europea. Y que la misma lógica de la guerra antifascista y liberadora ponía a los pueblos del continente en la vía de la revolución. Análogo problema se le planteaba a la alianza angloamericana en la guerra del Pacífico, sobre todo en relación con China. Pero en el espíritu de los dirigentes de Wáshington y Londres el problema oriental no se presentaba en términos tan dramáticos como el problema europeo: en aquel entonces subestimaban las posibilidades de los comunistas chinos y de otros movimientos revolucionarios asiáticos.

El imperativo de prevenir la revolución europea debía lógicamente impulsar los gobernantes angloamericanos al compromiso con Alemania, y como es sabido hicieron todo lo posible en esa dirección hasta el estallido del conflicto. Pero ésa no era la lógica del imperialismo alemán, el cual consideraba que la victoria militar en el continente europeo y en las Islas Británicas le permitiría matar dos pájaros de un tiro: eliminar por tiempo indeterminado toda amenaza revolucionaria en Europa y asegurarse las bases económicas y políticas de su ulterior expansión. Este programa del imperialismo alemán representaba para los angloamericanos una amenaza no menor, y sobre todo más inmediata e insoslayable, que la eventual revolución europea. Colocada ante la inexorable necesidad de derrotar a Alemania para proteger sus intereses vitales, la alianza angloamericana tuvo que explorar otra vía susceptible de conciliar la derrota alemana con la salvaguardia del capitalismo europeo: la vía de un compromiso de largo alcance con el Estado soviético y el movimiento comunista. Su posibilidad se había esbozado en el periodo del frente popular, pero la primera comprobación relevante, y alentadora para el capitalismo, de hasta donde los jefes soviéticos estaban dispuestos a llegar en ese camino, fue el pacto germanosoviético, en aras del cual el Kremlin no había vacilado en imponer a los partidos comunistas el abandono de la táctica antifascista. No obstante, tampoco esta experiencia era concluyente, porque el gobierno soviético había ido al pacto con Alemania en posiciones de debilidad; no permitía prever cual sería su comportamiento en posiciones de fuerza, en el contexto de una derrota alemana. A los angloamericanos no les quedaba otra solución, de maneras, que intentar esa vía, combinándola, desde luego, con una astucia elemental procurar que la Unión Soviética se desgastara lo más posible en el duelo con Alemania. La experiencia demostró, como hemos visto, que el compromiso buscado por Londres y Wáshington era perfectamente posible. Gracias a él pudieron superar la contradicción

latente entre sus principales objetivos europeos: la derrota de Alemania y la prevención de la revolución continental. Tuvieron menos fortuna en Asia, pero no por culpa de Stalin.

Desde 1943, la posibilidad de una salida revolucionaria a la guerra antifascista en el escenario europeo se perfila netamente en cuatro países: Francia, Italia, Yugoslavia y Grecia. Y al mismo tiempo se perfila la derrota de Alemania y el papel decisivo que en ella han de tener los ejércitos soviéticos, cuya ofensiva general se despliega arrolladoramente en todos los frentes durante el verano de aquel año. Es americana, de los gritos de alarma de la gran prensa inglesa y el año en que los jefes de la coalición angloamericana reclaman la liquidación de la Internacional Comunista y la fijación clara por los partidos comunistas de una política que excluya la perspectiva revolucionaria. Y el año en que Stalin accede sin esfuerzo a esas exigencias, porque no afectan a sus objetivos estratégicos y políticos; pueden, por el contrario, servir de moneda de cambio en la gran negociación con los Aliados. Los comunistas yugoslavos resisten a las directivas de Moscú, los comunistas griegos vacilan, y en el curso de 1944 harán concesiones a la presión soviética que les serán fatales. Thorez y Togliatti acatan incondicionalmente la línea estaliniana, que concuerda con la evolución neorreformista de las concepciones políticas de ambos líderes, iniciada en el periodo del frente popular. Y el núcleo dirigente de los dos partidos, formado también en esas concepciones, no opone resistencia. Desde ese momento la posibilidad de un desarrollo revolucionario en Francia e Italia queda gravemente comprometida. Como hubiera quedado en la Rusia de 1917 si las tesis de abril de Lenin son derrotadas en el partido bolchevique. Se habría consolidado, bajo unas u otras formas políticas, la revolución burguesa, pero la posibilidad de revolución proletaria se hubiese frustrado. Los historiadores y los revolucionarios seguirían discutiendo hoy si aquella posibilidad existió, o si Lenin era un aventurero izquierdista. Como sucede, un cuarto de siglo después, con los casos de Francia e Italia(175)

El solo hecho de que el debate prosiga y esté lejos de cerrarse es signo elocuente de que la famosa posibilidad aparece con suficiente consistencia al análisis histórico. ¿No eran fantasmas lo que en aquellos años suscitaba la alarma de la burguesía francesa e italiana y de sus tutores anglo-americanos! La Italia burguesa salida del Risorgimento, no había conocido crisis nacional tan grave como la abierta en 1943. Y lo mismo puede decirse de Francia después de la Comuna. La catástrofe nacional de 1940 puso plenamente al descubierto la debilidad del capitalismo francés. El Estado se hundió, reemplazado por una caricatura de Estado al servicio del ocupante. Las calamidades de la guerra se entretrejieron con la humillación de la vergonzosa derrota y de la ocupación alemana. Y no cabía duda sobre las causas: estructuras socioeconómicas anquilosadas, parasitismo colonial y retraso técnico, parlamentarismo podrido e impotente. Las clases dirigentes, todas sus fracciones políticas, se cubrieron de ludibrio. Sobre ellas recaían íntegramente las responsabilidades de la catástrofe. Y lo más grave para la burguesía francesa era el neto desplazamiento hacia la izquierda que se opera en el proletariado y en otras capas sociales en el curso de la lucha contra el ocupante, reflejo de una toma de conciencia de las causas y responsabilidades de la crisis. Si pese a su descabellada política de 1939-1941, las masas se orientan rápidamente hacia el Partido Comunista francés y éste conquista posiciones hegemónicas en la Resistencia, es porque las capas más activas y avanzadas, expresando la tendencia aún confusa de las masas, buscaban una salida radical a la crisis del régimen burgués. Análogamente sucedía en Italia. La responsabilidad del régimen fascista en la catástrofe nacional llevaba aparejada indisolublemente la responsabilidad de los grandes industriales y agrarios, que en quince años de dictadura se habían revelado incapaces de superar la debilidad principal del capitalismo italiano, el subdesarrollo del Mezzogiorno; que habían lanzado el país a las aventuras coloniales y la guerra imperialista. Pero la dictadura fascista era, a su vez, el resultado y la prueba de la impotencia de la democracia burguesa italiana salida del Risorgimento. Las clases dirigentes de la península habían fracasado bajo ambas formas políticas. Y el formidable movimiento de masas que sigue a la caída de Mussolini, su neta orientación hacia la izquierda, la fulgurante progresión del Partido Comunista italiano, reflejaba, aún más netamente que en Francia, la tendencia hacia una salida radical, revolucionaria, de la crisis nacional.

Jamás, en la historia de ambos países, el movimiento real había puesto objetivamente en entredicho, de manera tan concluyente, el régimen burgués; jamás las masas trabajadoras, las capas intelectuales, la sociedad en su conjunto habían vivido experiencia tan aleccionadora, demostrativa de la necesidad de una nueva economía, un nuevo Estado, una nueva clase social dirigente. ¿Podía el partido comunista, sin perder su razón de ser, no plantear la alternativa socialista? ¿Podía dejar pasar semejante coyuntura, sin llevar la crítica que el movimiento real inscribía en los hechos al plano de la teoría y de la acción política? Aquí deben distinguirse dos aspectos del problema. Un primer aspecto, la utilización a fondo de la situación objetiva, de la experiencia viva, para elevar la conciencia política de las masas y crear una voluntad lúcida de transformación revolucionaria; la elaboración de una estrategia y una táctica encaminadas a organizar y preparar las fuerzas susceptibles de imponer tal transformación, teniendo como objetivo central la toma del poder, *no por el partido comunista sino por el conjunto de las fuerzas sociales y políticas que se situasen en el terreno de la alternativa socialista*. La obligación ineludible de todo partido revolucionario marxista, en una situación de profunda crisis nacional, como la creada en Francia e Italia en la primera mitad de los años cuarenta, era proceder de esa manera. Independientemente del otro aspecto que tenía el problema, el de si tal acción podría desembocar o no, en aquel periodo, en la victoria revolucionaria. Por la simple razón de que este interrogante no podía tener respuesta más que en el curso de la acción misma, en función de que bajo los efectos de esa acción y de otros factores se crease o no la coyuntura propicia concreta – la relación de fuerzas, para decirlo en el lenguaje habitual –, que permitiese dar el paso decisivo: la toma del poder. (En abril de 1917 nadie podía asegurar – y Lenin no lo afirmó en ningún momento – que se crearían indefectiblemente las condiciones suficientes para la toma del poder por los bolcheviques. La política de abril no determinó, por sí sola, que tales condiciones se dieran en octubre, pero no se hubiesen creado sin ella.) Los dirigentes máximos de los partidos comunistas de Francia e Italia, que desde la Unión Soviética, bajo el control inmediato de Stalin, determinaron la línea general de ambos partidos durante la segunda guerra mundial, "resolvieron" el interrogante desde el primer día, es decir, desde el día en que los Estados Unidos e Inglaterra se convirtieron en aliados de la URSS: en Francia e Italia no podía haber salida socialista. La meta tenía que ser la restauración de la democracia burguesa.

Dimisión de tal magnitud, que negaba en la práctica lo que los comunistas creían ser y seguían proclamando que eran, necesitaba justificaciones teóricas y políticas a su medida. Mientras duró la guerra, la justificación principal, en la que confluían todas las otras que se fueron aduciendo según las circunstancias, se reducía al siguiente esquema:

- a) la victoria de la Alemania hitleriana significaría la destrucción de la Unión Soviética y el aplastamiento por tiempo indeterminado del movimiento obrero europeo;
- b) por consiguiente, el objetivo número uno tiene que ser la derrota de Alemania;
- c) pero para asegurar la derrota de Alemania es condición *sine qua non* preservar la solidez de la coalición antihitleriana; d) plantear la perspectiva socialista, proponerse la toma del poder por el proletariado llevaría inevitablemente al enfrentamiento con los Aliados y pondría en peligro la victoria; e) por consiguiente, no es posible plantear en esta etapa la alternativa socialista. Este razonamiento se esgrimía como algo sin vuelta de hoja, perteneciente al dominio del sentido común. Sólo izquierdistas inveterados, trotsquistas y otros irresponsables, cuando no agentes solapados del enemigo – los "hitlerotrotsquistas", en el vocabulario de Thorez – podían poner en tela de juicio verdades tan evidentes. Ya nos hemos referido a los motivos por los cuales la generalidad de los cuadros comunistas, y en particular los franceses e italianos, estaban predispuestos a aceptar esa lógica de sentido común. Sus proposiciones de partida, a) y b), eran, desde luego, indiscutibles. Pero la proposición c), de la que derivaban la d) y e), incluía un supuesto que no era, ni mucho menos, indiscutible: el de que la cohesión de la coalición antihitleriana – entendida como alianza de los Estados Unidos e Inglaterra con la URSS, como alianza de las burguesías europeas rivales de Alemania con el movimiento obrero y antifascista – era la condición *sine qua non* de la victoria. Excluía la posibilidad de que en el curso de la guerra pudiera crearse

una nueva combinación de fuerzas, basada en la alianza de la Unión Soviética con el movimiento de liberación de los pueblos europeos, susceptible de asegurar la derrota de Alemania y frustrar también los planes de los imperialistas angloamericanos. Y la exclusión apriorística de esta posibilidad se traducía en la renuncia a la política que podía contribuir a crearla. Como reconoce, según vimos en el apartado anterior, la misma historiografía soviética, la aludida posibilidad se concretó, de manera tangible hacia finales de 1943 y comienzos de 1944, y el desembarco de los Aliados en el continente no era necesario para asegurar la derrota de Alemania. Su finalidad principal era salvar de la revolución al Occidente europeo. ¿Pero lo hubieran logrado de haber sido otra la política de los partidos comunistas de Italia y Francia? ¿De haberse asemejado a la de los comunistas yugoslavos?

En Yugoslavia se demostró prácticamente, desde 1941, la posibilidad de mantener la lucha en dos frentes: contra el enemigo número uno, el ocupante fascista y sus Quisling, y contra el aliado-enemigo, que trataba de crear en el curso mismo de la guerra las bases de la restauración del régimen burgués-terrateniente y del enfeudamiento del país al imperialismo angloamericano. Al mismo tiempo, esa táctica demostró ser no menos eficaz en el aspecto de la guerra antihitleriana que la justificada en la lógica del sentido común: la envergadura de las operaciones realizadas por el ejército de liberación yugoslavo contra los invasores superó, con mucho, a la acción de las Resistencias francesa e italiana. Paradójicamente, la táctica del sentido común se volvía contra su motivación aparente: lograr la máxima eficacia en la lucha contra el ocupante. Renunciando, en efecto, a dar un contenido revolucionario a la guerra de liberación nacional; rehuendo el enfrentamiento con la política de los Aliados y de la burguesía nacional, los partidos comunistas de Francia e Italia no sólo facilitaban a aquéllos y ésta la restauración del orden burgués. Renunciaban, también, a movilizar contra el invasor energías y fuerzas populares que sólo el fervor revolucionario, la conciencia de luchar por la emancipación social, por el poder de los trabajadores, podían poner en pie. La lógica del sentido común llevaba indefectiblemente a los partidos comunistas de Francia e Italia, como vimos de manera concreta en apartados anteriores, a supeditarlos ellos mismos, y supeditar el proletariado, todas las fuerzas de izquierda, a la dirección de los Aliados y del ala burguesa de la Resistencia, cuya política de guerra consistía en reducir al mínimo posible la participación de las fuerzas obreras y populares. La "unión nacional", ensalzada como más potente, por más amplia, resultaba en la práctica más estrecha y más débil que la unidad nacional revolucionaria creada en la lucha yugoslava.

Ni que decir tiene, el tipo de enfrentamiento, la manera de articularlo con la acción común, habían de variar con la evolución de la guerra en el plano europeo y mundial, y en el plano de cada país. Debían ser de orden político, rehuendo el choque armado en la medida de lo posible, y, sobre todo, en condiciones desventajosas para las fuerzas revolucionarias. Los yugoslavos dieron una lección de inteligencia política en la manera de entender la dialéctica del enfrentamiento y la acción común, combinando la lucha política abierta con las acciones conjuntas cuando ello era posible, los choques armados con los tchetniks y las negociaciones con el gobierno real y los Aliados. Al mismo tiempo que creaban su propio poder y forjaban un ejército revolucionario, fomentaban en el viejo zorro inglés la ilusión de que podría obtener "por las buenas" lo que no podía conseguir "por las malas". Y hasta consiguieron que los Aliados les proporcionaron armas antes que los soviéticos.

La cuestión para los comunistas italianos y franceses – en el supuesto de que hubieran querido tener una política revolucionaria – no era, desde luego, imitar la táctica yugoslava, sino elaborar su propia táctica de enfrentamiento y acción común. Pero el ejemplo yugoslavo ponía de manifiesto algunas de las condiciones esenciales de una táctica de ese tipo. En primer lugar, la constitución de las fuerzas obreras y antifascistas de izquierda como movimiento independiente, con su propio programa, y sus fuerzas armadas totalmente autónomas. En segundo lugar, la creación de un nuevo poder popular en el curso mismo de la guerra antihitleriana, propiciando, en la medida que las circunstancias lo fuesen permitiendo, la participación directa de las masas en el nuevo poder. Podrían señalarse otros aspectos importantes, pero ya lo hicimos en el apartado dedicado al análisis de la lucha yugoslava. ¿Acaso la situación francesa e italiana no permitía nada semejante?

Ya es significativo que frente a la crítica yugoslava en la reunión constituyente del Kominform, los dirigentes comunistas franceses e italianos no intentaron siquiera demostrar tal imposibilidad. Se salieron por la tangente aduciendo que en caso de intentar tomar el poder hubieran intervenido los ejércitos angloamericanos para impedirlo. Era salirse por la tangente, porque la crítica no iba dirigida contra el hecho de que no hubiesen intentado tomar el poder, sino contra el hecho de haber practicado desde 1941 una política que implicaba la renuncia *a priori* a tal perspectiva, que se proponía una meta contraria: la restauración de la democracia burguesa. Una política de subordinación a los aliados burgueses. El peligro de intervención de los ejércitos angloamericanos no se planteó en Francia hasta el verano de 1944. ¿Qué es lo que impidió al Partido Comunista francés en los tres años precedentes tener una política orientada a preparar ideológica, política y organizacionalmente a la clase obrera para la lucha por una salida socialista de la crisis sin precedentes de la Francia burguesa? ¿Por qué en lugar de contribuir a la subordinación de la Resistencia a la dirección gollista, y al viejo sistema de los desacreditados partidos burgueses, no apoyó y encabezó las corrientes opuestas que se manifestaban en el seno de la Resistencia? ¿Por qué no luchó desde el primer día por la creación de un nuevo poder nacido de la Resistencia interior, basado fundamentalmente en las masas trabajadoras, frente a la restauración del viejo poder, que representaba el gollismo? El hecho de que pese a la política archioportunista del PCF en esos tres años la Liberación tuviera las características que tuvo; que en una serie de regiones, como reconocen historiadores no comunistas, las fuerzas obreras y de izquierda tuviesen el poder al alcance de la mano; que las masas afluyesen al Partido Comunista francés y apoyaran las corrientes de izquierda en el partido socialista, en los sindicatos y otras organizaciones; éstos y otros rasgos de ese periodo, demostraron la profundidad del proceso revolucionario (las masas creían entonces que el Partido Comunista era el partido de la revolución), y ponían en evidencia retrospectivamente que con otra política en el periodo precedente el nivel de conciencia del movimiento, su espíritu combativo y su voluntad de imponer un cambio radical, hubiesen llegado mucho más lejos. Pero partiendo del nivel efectivo que el movimiento alcanzó en los meses que siguieron a la Liberación, ¿acaso no existía la posibilidad de impulsarlo en una perspectiva revolucionaria? Este es el interrogante que los responsables del PCF han eludido siempre. A las críticas de izquierda respondían, y siguen respondiendo, con el tópico de que no existían condiciones para la toma del poder (176). Pero la cuestión no está ahí. La cuestión reside en que el partido practicó una política encaminada a frustrar toda posibilidad de que se crearan las condiciones para la toma del poder (no por él solo sino por el conjunto del ala revolucionaria de la Resistencia). Practicó la política del cuerpo de bomberos ante un conato de incendio. En el periodo de casi un año que transcurrió desde la liberación de París hasta la capitulación de Alemania, nadie, salvo el partido comunista y los sindicatos por él controlados, podían impedir el desarrollo impetuoso del movimiento de masas. Frente a la política gollista de liquidación de los comités de liberación y de las milicias patrióticas, de los embriones de doble poder nacidos de la Resistencia, el PCF tenía la posibilidad de recurrir a las huelgas y ocupaciones de fábricas, a las manifestaciones masivas y otras formas de acción. Estaba en sus manos impulsar la transformación de los comités de liberación en órganos directos de las masas, apoyados por órganos de poder obrero en las empresas. El partido podía promover movimientos de este tipo y propiciar la unidad de toda la izquierda en torno a un programa de democracia socialista. La cuestión del poder no podía llegar a plantearse concretamente más que en el contexto de una política orientada a fortalecer el movimiento de masas, a disipar sus ilusiones en el gollismo y en los Aliados (fomentadas por el mismo partido en el periodo precedente), etc. Pero la política del PCF fue la que vimos: cooperar con de Gaulle en la liquidación de la Resistencia, decir a la clase obrera que debía apretarse el cinturón para restaurar la economía capitalista, frenar – cuando no algo peor – el movimiento de liberación de las colonias francesas, sembrar ilusiones en la vía parlamentaria y pacífica, seguir idealizando a los Aliados. Fue una nueva edición de la política tradicional, reformista y nacionalista del ala derecha de la socialdemocracia francesa.

La posibilidad de una política que combinara dialécticamente la guerra antihitleriana con la lucha por una salida socialista, se presentó concretamente en Italia después de la caída de Mussolini, cuando – diciéndolo con palabras de Togliattim – se derrumbaron los viejos fundamentos del

Estado burgués, incluida su organización militar, y comenzó la insurrección popular más grande de toda la historia de Italia; cuando al frente de este formidable despertar popular se encontraron principalmente comunistas, socialistas de izquierda, intelectuales avanzados. Al desembarcar Togliatti en Nápoles, en la primavera de 1944, comenzaba a plantearse el dilema entre dos políticas (reflejado confusamente, en el conflicto del antifascismo con el rey, Badoglio y los Aliados). La tendente a reagrupar los partidos obreros y la izquierda pequeño burguesa, en oposición a la monarquía, la derecha tradicional y los Aliados, y la que, por el contrario, tendía a diluir las contradicciones y agrupar más estrechamente izquierda y derecha, clase obrera y burguesía, bajo el mando único de las autoridades militares aliadas, con el lema: ante todo, ganar la guerra. La primera podía haber llevado a la constitución del nuevo bloque histórico teorizado por Gramsci. La segunda, la política de "unión nacional", habría de facilitar el juego político de las viejas clases dirigentes; llevaría, en definitiva, a la restauración del tradicional bloque industrial-agrario (aunque bajo otras formas políticas y distinta articulación interna), a la restauración y modernización del capitalismo italiano. No la "unión nacional" sino la "diferenciación nacional" podía desbaratar ese juego, evidente desde la caída de Mussolini; podía ilustrar a las masas respecto a quiénes eran los que en verdad luchaban por la renovación social y política de Italia, por su independencia nacional, y quiénes perseguían la restauración del poder de los grandes industriales y agrarios, el enfeudamiento de Italia a otro imperialismo. La "unión nacional" no daba a la clase obrera, en contra de lo que argüía Togliatti, el papel de protagonista: le daba sólo la ilusión de ese papel. La dirección efectiva estaba en otras manos. Para constituirse verdaderamente en clase hegemónica, hubiera sido necesario que sus partidos fundieran en la acción el problema de la liberación nacional con el de la revolución agraria en el sur y las islas, con la lucha por una democracia socialista. La estrategia togliattiana – reproducción de la aplicada por la IC en la guerra-revolución española – disoció esos objetivos en la precisa hora histórica en que el movimiento real, la crisis profunda de las estructuras sociales y políticas, el despertar de las masas, tendían a entrelazarlos en un proceso revolucionario único. Durante los dos años que transcurrieron entre el desembarco aliado en el sur de Italia y la insurrección del norte, el PCI no se propuso organizar la lucha de las masas campesinas por la tierra, y contrarrestó las tendencias a luchar por una salida socialista que se perfilaban en el gran movimiento proletario del norte. La política de "unión nacional" consistió, en la práctica, en frenar el movimiento de masas para evitar la ruptura de la coalición gubernamental y rehuir todo enfrentamiento con las autoridades militares angloamericanas. Pero sólo el movimiento de masas, su afirmación como poder autónomo a todos los niveles, con su propio programa, podía minar, y finalmente impedir, la restauración del poder tradicional que paso a paso iba realizándose. La presencia militar de los Aliados hubiera exigido, desde luego, métodos distintos a los yugoslavos, una forma de enfrentamiento esencialmente política. Pero precisamente esa presencia y el comportamiento de las autoridades militares angloamericanas, proporcionaban la experiencia viva para aleccionar al pueblo, para que la izquierda obrera y antifascista pudiera capitalizar la sensibilización de la conciencia nacional provocada por la guerra de liberación, exigiendo el pleno reconocimiento de la soberanía italiana, del derecho del pueblo a darse libremente los órganos de gobierno; exigiendo que las autoridades militares angloamericanas no se inmiscuyeran en los asuntos internos de Italia.

La imposibilidad de una táctica encaminada a impulsar enérgicamente la lucha por la tierra y por otras transformaciones revolucionarias, en el curso mismo de la guerra contra Alemania; encaminada a desarrollar las premisas de doble poder y al aislamiento político de los Aliados y de la derecha, a constituir un poderoso movimiento independiente de los partidos obreros y antifascistas de izquierda; la imposibilidad de una táctica de este género que hubiese permitido enlazar la gran insurrección proletaria del norte con el movimiento revolucionario del sur, no residía en las condiciones italianas. Residía en la supeditación de la dirección del PCI a la línea dictada por Moscú. Si los comunistas yugoslavos llegan a acatar las directivas de Stalin, contenidas en el mensaje de Dimítrov de marzo de 1942, análoga "imposibilidad" se hubiera presentado en Yugoslavia.

Togliatti y Thorez recurrieron más de una vez al caso griego para justificar su política. Pero la catástrofe de la Resistencia griega podría haberse evitado, pese al incalificable abandono de Stalin, si los dirigentes comunistas griegos resisten a las presiones soviéticas y no capitulan en el momento en que eran dueños de casi todo el país y contaban con un aguerrido ejército popular. Año y medio después, en condiciones incomparablemente más desfavorables, reanudaron la lucha armada y pudieron mantenerla durante más de tres años, pese a que la ayuda exterior era totalmente desproporcionada a la magnitud de la intervención americana, y cesó prácticamente desde 1948. Si en diciembre 1944-enero 1945, los jefes comunistas griegos no ceden a las presiones estalinianas, al cuerpo expedicionario inglés se le hubiera creado una situación nada envidiable.

En los primeros meses de 1945 Alemania estaba prácticamente derrotada. Los ejércitos soviéticos, incrementados con importantes contingentes de combatientes búlgaros, rumanos y polacos, organizados sobre la marcha, y por el ejército de liberación yugoslavo, tenían una superioridad militar decisiva en el continente sobre las fuerzas de los Aliados. Norteamérica estaba sumida aún, y no sabía por cuanto tiempo, en la guerra del Pacífico. En toda Europa era el momento de máximo entusiasmo popular por los ideales democráticos y renovadores de la Resistencia. ¿Qué hubiera sucedido si en esa situación los movimientos obreros de Francia e Italia pasan resueltamente a la ofensiva por un poder de los trabajadores y de toda la izquierda, con un programa de transformaciones democráticas socialistas? (No un poder comunista ni un programa "soviético".) ¿La intervención de los Aliados? ¿Podía Roosevelt – o Truman – arrostrar las consecuencias políticas de substituir a Hitler contra la izquierda europea? ¿Estaba siquiera en condiciones militares de hacerlo? (El peligro no podía descartarse, como en octubre de 1917 no podía descartarse la intervención de los ejércitos alemanes que estuvo a punto de aplastar la revolución rusa. Hasta ahora no se han conocido revoluciones garantizadas contra todo peligro. Con la notable diferencia de que en la situación de 1944-1945 el verdadero peligro para la revolución europea no era tanto la intervención de los ejércitos capitalistas como la no intervención de los ejércitos considerados portaestandartes de la revolución de Octubre. A semejanza de lo ocurrido en Grecia. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que el mismo caso griego puso de manifiesto la dificultad de tales operaciones en aquella situación.) Pero dejemos estos interrogantes y conjeturas a los que la historia ya no puede responder... La historia se había puesto a la hora de Yalta, a la hora del reparto de las zonas de influencia. Y Stalin dictaba la ley a los partidos comunistas, sin encontrar resistencia más que en algunos herejes potenciales de países subdesarrollados. En los centros del capitalismo el neorreformismo comunista latía al unísono de la "gran alianza".

Al iniciar el análisis de la estrategia estaliniana en la segunda guerra mundial hicimos alusión a uno de los factores que la condicionaron con más fuerza, sobre el que conviene insistir brevemente. La política exterior de la burocracia soviética – decíamos allí – no podía por menos de reflejar en cierto modo su política interior. Después de haber liquidado a la flor y nata de los revolucionarios de Octubre, de haber destruido la democracia proletaria y privado al pueblo, durante largos años, de toda vida política, de haber desacreditado el ideal socialista ante los trabajadores soviéticos – proclamando que aquel régimen de escasez, de dictadura policiaca, era la realización del socialismo –; de haber cegado, en suma, las fuentes susceptibles de mantener vivo el espíritu revolucionario y de formar una conciencia de clase, internacionalista, los jefes soviéticos no podían dar a la guerra contra la Alemania hitleriana un carácter revolucionario, socialista. Independientemente de todas las otras razones que hemos analizado – consideraciones estratégicas, interés en preservar la "gran alianza", etc. –, las cuales, por otra parte, estuvieron fuertemente condicionadas por el factor interior. De acuerdo con la trayectoria seguida y partiendo del tipo de conciencia social que sus mistificaciones ideológicas y su oportunismo político habían moldeado, los jefes estalinianos dieron a la guerra el único carácter que podían darle, el de *Guerra Patria*. El hitlerismo era, ante todo, el nuevo rostro del enemigo tradicional, el teutón que osaba atacar la *Belíkaia Rossía* – como cantaba el nuevo himno oficial –, no el sepulturero del movimiento obrero alemán y de la revolución española. "No luchan por nosotros – reconoció Stalin, en un minuto de sinceridad, ante el embajador Harriman –, luchan por la Madre Rusia."(178) En el espíritu de millones de mujiks y de

obreros-mujiks, el mito de Stalin se enlazaba con el de los grandes zares, se fundía con el patriotismo tradicional, las glorias del pasado, la religión reverdecida. Stalin y el partido se esforzaron hábilmente por amalgamar estos resortes patrióticos con el nuevo Estado, y Lenin era ritualmente invocado a cada paso para realzar la autoridad del nuevo Lenin. Desde el punto de vista de los objetivos internacionales de la guerra, los jefes soviéticos no añadieron una coma a los proclamados por las potencias capitalistas aliadas: liberación nacional de los pueblos europeos y democracia. O mejor dicho, sólo agregaron un ingrediente, que no era precisamente revolucionario, ni siquiera progresista: el paneslavismo, el llamamiento a la unión de los pueblos eslavos. Cuya transparente finalidad, aparte del efecto movilizador inmediato contra el enemigo tradicional, el pangermanismo, era preparar ideológicamente la futura construcción del glacis protector. Europa vivía su segunda catástrofe bélica a los veinte años de finalizar la primera. Era la prueba palpable de que las fronteras nacionales se habían convertido en un anacronismo que obstaculizaba el desarrollo de las fuerzas productivas; que hacía imposible una paz duradera y constituía una fuente permanente de rivalidades y conflictos. ¿No era el momento oportuno, obligado, de llamar al proletariado continental a luchar por la creación de los Estados Unidos socialistas de Europa, cuya idea había sido lanzada por el partido socialdemócrata ruso (incluyendo en ese momento a bolcheviques y mencheviques) al comienzo de la guerra del catorce, y recogida por la Internacional Comunista en 1923?(179) La idea eslava reemplazó a la idea socialista europea. Los eslavos debían unirse; los otros pueblos europeos seguir encerrados en su cascarón nacional.

No insistiremos más sobre estos aspectos de la política estaliniana que diversos autores, especialmente Deutscher, han examinado en detalle(180). El gran biógrafo de Trotski plantea otra cuestión de sumo interés: la victoria de la revolución socialista a escala europea hubiera significado el cese del aislamiento en que se había encontrado la revolución rusa, y Stalin temía los efectos de la interpenetración entre el sistema soviético y el socialismo en las zonas del capitalismo industrial. Consideraba – no sin razón – que pondría en peligro los fundamentos políticos e ideológicos del sistema burocrático y dictatorial construido a favor del aislamiento. Este, de condicionante objetivo del sistema, había pasado a ser condición imprescindible de su existencia, y por tanto de los privilegios de la capa dirigente. La evolución ulterior ha venido a corroborar esta tesis de Deutscher. Stalin y sus sucesores se han esforzado en mantener el aislamiento de la sociedad soviética no sólo del Occidente, sino incluso de los demás países del "campo socialista".

"El contacto directo entre Rusia y las "democracias populares" – libertad de comunicación e intercambio libre de ideas – podía constituir fácilmente una nueva fuente de fermentación en el interior de Rusia. Stalin tuvo, pues, que mantener dos "telones de hierro": el primero, separando a Rusia de su propia zona de influencia; el segundo, separando a esta zona del Occidente."(181)

Como vemos, la infortunada revolución proletaria europea tenía que vencer no pocos obstáculos para abrirse paso a través de la gran crisis de los años cuarenta. Para triunfar al final de la segunda década del siglo le faltó un partido socialista independiente de la burguesía. Para vencer al comienzo de la quinta década hubiese necesitado un partido independiente de la burguesía y de la "patria del socialismo".

Con la capitulación de Alemania en la primavera de 1945, la principal justificación de la política de "unión nacional" desaparece, pero la colaboración de los partidos comunistas en los gobiernos burgueses de Francia e Italia continúa (así como en otros países capitalistas europeos), y contribuye en la forma que vimos a la restauración de la economía capitalista y de sus superestructuras políticas. Se hace necesaria una nueva justificación que ya no puede ser sólo, o fundamentalmente, táctica. A ese fin se echa mano de la doctrina de la "nueva democracia" o "democracia popular", nacida en función de otra necesidad urgente: definir los regímenes que comienzan a implantarse en los países liberados por el ejército soviético. Mientras la revolución, en efecto, había sido esquivada con arte y pericia en Francia e Italia – allí donde "la clase obrera y sus aliados estaban mejor organizados que las fuerzas de la reacción, tenían superioridad evidente sobre los grupos dirigentes del capital monopolista y sus agentes políticos" (estamos citando a historiadores soviéticos)(182) – en los países del este la revolución se veía facilitada por la misma *raison d'Etat* que la había

bloqueado en el oeste. El glacis no podía construirse, evidentemente, sobre estructuras capitalistas. Pero tanto de esta revolución, como de la doctrina a que dio lugar, y de la utilización de esta doctrina como justificación del neorreformismo de los partidos comunistas de Europa occidental, nos ocuparemos en el siguiente capítulo.

La histórica derrota del fascismo, la revolución yugoslava, el proceso revolucionario iniciado en los otros países del este a favor de su liberación por el ejército soviético y de la construcción del glacis, la consagración de la Unión Soviética como gran potencia mundial, el fortalecimiento de los partidos comunistas occidentales, ocultaron ante los comunistas de aquellos años – que vivían y soñaban en el clima eufórico descrito al comienzo de este capítulo –, y en general ante los contemporáneos, el grave significado de la frustración de la revolución europea para el destino ulterior de la lucha por el socialismo. Poco después ejercería el mismo efecto la victoria de la revolución china y, más adelante, el derrumbamiento del viejo sistema colonial. Pero vistas las cosas con la perspectiva actual, aparece con claridad que aquella victoria de la burguesía internacional, aquella abdicación del comunismo europeo en su hora de máxima influencia – en la coyuntura más favorable del medio siglo que nos separa de la revolución de Octubre – ha tenido tremenda y nefasta influencia sobre el curso ulterior de los acontecimientos mundiales. Efecto último, el más grave, de la descomposición ideológica de la Internacional Comunista, es una de las causas objetivas fundamentales de la actual crisis del movimiento comunista.

2. El Kominform

Las revoluciones del glacis

A la hora de su liberación por los ejércitos soviéticos, los cinco países del este que serían integrados en el glacis presentaban características sumamente diversas. El desarrollo industrial de Checoslovaquia contrastaba con el carácter predominantemente agrario de los otros cuatro, entre los cuales, a su vez, existían diferencias sustanciales en la ecuación industria-agricultura. Polonia, Checoslovaquia y Bulgaria eran eslavos, pero mientras en el pueblo polaco imperaba la rusofobia, los checoslovacos y búlgaros se distinguían por su rusofilia. Rumania y Hungría apenas tenían lazos étnicos y culturales con Rusia. A la simpatía por la Unión Soviética, se sumaba en Checoslovaquia la presencia de un partido comunista tradicionalmente influyente, que durante la Resistencia se transformó en el primer partido político del país. Aunque en menor escala, los comunistas búlgaros contaban con sólidas tradiciones, habían organizado un movimiento guerrillero de cierta importancia y en el momento de la liberación representaban la fuerza política más activa y organizada. En cambio, los partidos comunistas de Polonia, Rumania y Hungría eran pequeñas organizaciones con reducidísima influencia de masas. Checoslovaquia tenía detrás veinte años de democracia parlamentaria, mientras los otros cuatro habían vivido todo a gran parte de ese interregno bajo regímenes reaccionarios y dictaduras semifascistas. Polonia y Checoslovaquia pertenecían al campo de los vencedores; Hungría, Rumania y Bulgaria, al de los vencidos. Y podrían señalarse otras significativas diferencias de toda índole.

El simple hecho de que en estos cinco países los partidos comunistas conquistaran el monopolio del poder casi al mismo tiempo (en el curso de 1947-1948), ajustando el régimen sociopolítico al mismo esquema, demuestra por sí solo que los factores determinantes de semejante desarrollo no fueron los nacionales. En Checoslovaquia la clase obrera podría haber tomado el poder coincidiendo con la liberación del país, e iniciar la revolución socialista sobre bases ampliamente democráticas, Según la feliz expresión de H. Ripka, lo *prefabricado* en Checoslovaquia no fue la revolución sino el *aplazamiento* de la revolución(1). Aunque en otro contexto, a realizar bajo otras formas, análoga posibilidad se presentó en Bulgaria. Pero Polonia no reunía evidentemente condiciones, dado el abanico de fuerzas políticas allí existentes, más que para una democracia burguesa, dentro de la cual el comunismo y el socialismo de izquierda laborasen por obtener el apoyo de las masas. Y lo mismo sucedía en Rumania y Hungría. La Unión Soviética podía proteger a los que luchasen por el socialismo en estos tres países, contra toda intervención de las potencias

imperialistas, facilitando así su acción, pero sólo esta acción era susceptible de llevar a un cambio revolucionario que fuese el fruto y la expresión de la voluntad popular. En los tres casos el ejército soviético se sustituyó a la voluntad de las masas. Fue él quien tomó el poder y puso sus resortes decisivos – el mando del ejército, la policía, la información, etc. – en manos de los comunistas, encubriendo este poder real, durante una primera fase, bajo formas "democrático-parlamentarias". Como reconoció Rakosi ulteriormente, el partido se aseguró desde el momento de la liberación "el control absoluto de la policía política, la AVO". "Es la sola institución cuya dirección nos reservamos totalmente, sin compartirla con los otros partidos de la coalición según la proporción de fuerzas respectivas."(2) El problema del ejército fue resuelto en este caso, según explica el mismo Rakosi, reduciendo al mínimo sus efectivos (12 000 hombres en lugar de los 70 000 a que Hungría tenía derecho de acuerdo con los términos del armisticio) y dispersándolos por todo el país. "La presencia del ejército rojo – prosigue Rakosi – disminuyó la importancia de la lucha que debíamos llevar para ganar a la influencia comunista la mayoría del ejército [...] El reforzamiento del ejército húngaro no comenzó hasta 1948, después que el partido comunista se apoderó del Ministerio de Defensa."(3) Lo que Rakosi no ha explicado nunca es cómo pudo el partido monopolizar la policía política y liquidar prácticamente el ejército, hasta que no tuvo el Ministerio de Defensa, siendo así que era extremadamente minoritario, como demostraron las elecciones de 1945 (15 % de votos al PC contra 85 % al resto de los partidos de la coalición, de los cuales 57 % al partido de los pequeños propietarios)(4). En Rumania y Polonia, el partido comunista se aseguró el control del ejército desde los primeros meses.

"¿Exportar la revolución? ¡Tontería! Cada país hace su revolución si quiere, y si no quiere no hay revolución" – respondió Stalin en 1935 a un periodista americano(5). Dos años y pico después, la "tontería" fue ensayada en los países bálticos, regiones orientales de Polonia, Besarabia y Bucovina, pero podía presentarse con otra significación. Desde 1945, Polonia, Hungría y Rumania pasaron a ser ejemplos clásicos de "revolución exportada", realizada desde arriba, por un poder emanado del liberador-ocupante. Lo que no quiere decir que este poder no llevase a cabo una obra progresista, y en ciertos aspectos revolucionaria, de transformación social (reformas agrarias, nacionalizaciones industriales, reconstrucción del país, etc.), que le valió durante un primer periodo el apoyo de las masas trabajadoras, así como de fracciones importantes de la intelectualidad y de otros grupos sociales. "La obra de reformas realizada en 1945-1947 – escribe F. Fejto en su *Histoire des démocraties populaires* – puede considerarse como una obra nacional, realizada con el apoyo más o menos activo, más o menos sincero, de todos los partidos democráticos."(6) Los progresos de la influencia y la organización comunistas – subraya este mismo autor, nada sospechoso de parcialidad por los comunistas – no se explican sólo por la intervención del ejército soviético, sino porque fueron los elementos más decididos y dinámicos en la realización de esa obra, sus principales inspiradores y definidores. Pero estos méritos eran ensombrecidos por lo que cada vez resultaba más evidente a los ojos del pueblo: el partido comunista dependía de una potencia extranjera, estaba sometido a la disciplina de Moscú. Las decisiones capitales, y con frecuencia las accesorias, se tomaban allí, y no en Varsovia o Budapest, Bucarest o Sofía. Ni siquiera en Praga, cuya autonomía era mayor.

La lucha contra el hitlerismo había sido llevada, ante todo, con la bandera nacional, y la liberación exaltó los sentimientos patrióticos. La misma divisa eslava era entendida en Praga y Sofía como unión de pueblos libres y soberanos. Incluso los espíritus más avanzados no podían resignarse fácilmente a que una nueva sujeción – ni siquiera con el marchamo "socialista" – reemplazara las anteriores. En el periodo 1945-1947 el peso de esta nueva dependencia se dejó sentir particularmente en Polonia, por las razones dichas, y en Hungría y Rumania, por pertenecer al campo de los vencidos. Aunque Bulgaria también estaba incluida en esta categoría, la actitud prorrusa de la población y la imposición del partido comunista le ganaron un trato más benévolo de Moscú. Pero sobre Rumania y Hungría, además del control militar-policíaco, recayeron abrumadores tributos económicos en forma de reparaciones, sostenimientos de las tropas soviéticas

instaladas en el país, y por otros conceptos. Los bienes alemanes, que incluían las principales empresas y depósitos bancarios de ambos países, pasaron a manos del Estado soviético(7).

Como no podían rivalizar en patriotismo con los otros grupos políticos cuando estaban de por medio los intereses soviéticos, los comunistas locales se esforzaban por mostrarse dignos patriotas si el asunto concernía a otras democracias populares. Obligados a justificar la pérdida de las regiones orientales, los comunistas polacos no sólo fueron los campeones del antigermanismo, sino los más intransigentes en el conflicto con los checoslovacos a propósito de la región de Teschen. Los comunistas checoslovacos, constreñidos a ceder Ruthenia a los soviéticos, se mostraron no menos intransigentes que los polacos en el conflicto por esa región fronteriza, y fueron irreductibles frente a Hungría en el problema de las minorías húngaras de Eslovaquia. (Hubo que "intercambiar" casi, medio millón de húngaros que habitaban en Eslovaquia contra una masa menor, pero también considerable, de eslovacos residentes en Hungría.) Los comunistas rumanos, obligados a defender la anexión de Besarabia y Bukovina por la URSS, a favor del pacto germanosoviético, hicieron gala de su patriotismo frente a los húngaros (que fueron los peor parados en la serie de reajustes territoriales) en el asunto de Transilvania. Los comunistas búlgaros pudieron mostrar el suyo frente a los rumanos en relación con Dobrudja, y frente a los serbios (después de la excomunión de Tito) en el problema macedónico. Moscú fue el árbitro de esos litigios, en los que si algo brillaba por su ausencia era el internacionalismo socialista(8).

El gran "regulador" de la transformación del este europeo, sobra decirlo, fue la política estaliniana, encaminada a articular todos los países de esa zona en un sistema político militar protector de las fronteras occidentales de la URSS, así como a ampliar el espacio económico de lo que en Moscú se entendía por construcción del socialismo. Lo que implicaba crear regímenes que ofreciesen suficientes garantías políticas al Kremlin. Durante la fase que estamos considerando, Stalin trató de conciliar la construcción de tales regímenes con el intento de llegar a un arreglo planetario, duradero, con los Estados Unidos. El poder efectivo debía estar en manos seguras para los intereses soviéticos, pero convenía, al mismo tiempo, observar lo más aparentemente posible los principios de democracia formal estipulados en la Declaración de Yalta y otros documentos (Carta de las Naciones Unidas, acuerdos de Potsdam, etc.). Convenía que las medidas contra los intereses capitalistas y terratenientes (indispensables no sólo para destruir las bases de las clases hostiles por naturaleza a la alianza preferencial con la URSS, y aún más a la integración en su esfera económica, sino para crear la base social adecuada al poder político prosoviético) no aparecieran como un ataque al sistema capitalista, a la empresa privada, en general. A estas consideraciones, derivadas de la política de "gran alianza", debe agregarse otra de primera magnitud, derivada de las características adquiridas por el régimen soviético. Este no podía tolerar que el proceso revolucionario abierto en los países vecinos desembocara en una democracia socialista, cuyos órganos de gestión económica y política emanaran verdaderamente del pueblo trabajador y estuvieran bajo su control. Un desarrollo de este género era el que podía, con más plenitud y rapidez, despertar y movilizar las energías e iniciativas de las masas, instruir las y apartarlas de la influencia ideológica de las viejas clases dirigentes, levantar una sólida barrera frente a la política del imperialismo, y constituir, por tanto, la mejor defensa de la URSS. Pero ni la burocracia soviética, ni los núcleos dirigentes de los partidos comunistas formados en la época estaliniana, eran compatibles con semejante evolución. La vía yugoslava, que hasta cierto punto representaba un paso en ese sentido, fue la excepción de la norma, y reflejaba, precisamente, la formación durante la guerra nacionalrevolucionaria de un núcleo dirigente con nuevas características(9).

Las consideraciones expuestas, tomadas en su conjunto, reglaron en gran medida las estructuras económicas y políticas de las llamadas democracias populares. Determinaron el "aplazamiento" de la revolución socialista en Checoslovaquia y su sustitución por la "revolución democrática y nacional", según la definición de Gottwald. Determinaron que en Bulgaria, cuando ya Dimítrov era jefe del gobierno y el poder estaba prácticamente en manos de los comunistas y otros grupos de izquierda, el partido considerara que la tarea no era iniciar la construcción del socialismo sino "consolidar el régimen democrático-parlamentario"(10). En virtud de esas consideraciones, la

”revolución democrática y nacional” fue exportada a Polonia, Rumania y Hungría, donde el control efectivo del poder por los comunistas, carentes de base política para ejercerlo, quedó disimulado tras un parlamentarismo ficticio. Los comunistas tuvieron que convertirse en amañadores de elecciones, como antes lo habían sido los partidos reaccionarios. Pero este método se reveló insuficiente para encauzar por la vía de la ”nueva democracia” a partidos como el de los pequeños propietarios en Hungría y el agrario, de Petkov, en Bulgaria, en los cuales se reagruparon las principales fuerzas burguesas, y hubo que recurrir – con la experta ayuda de los servicios secretos soviéticos – al montaje de complots que permitiesen justificar la represión contra ambos partidos. Bien pronto el sistema parlamentario habría de mutarse en farsa incluso en Checoslovaquia, el único país de los cinco donde tenía cierta autenticidad.

La vía iniciada en los países del este, a partir de su liberación por los ejércitos soviéticos, era totalmente nueva para los partidos comunistas. La experiencia más próxima -que en teorizaciones posteriores fue presentada como primer ejemplo de ”democracia popular” – era la república española de 1936-1939, pero aparte de que esta experiencia tuvo lugar en las condiciones excepcionales de guerra civil e intervención armada extranjera, faltaba en ella el factor que fue determinante en las democracias populares del este: la presencia en acto, o potencial, del ejército soviético. Las explicaciones doctrinales ”marxistas-leninistas” que se suministraron en aquellos años, acerca de la naturaleza y perspectivas de la ”democracia popular”, resultaban falseadas en su raíz porque el papel decisivo de ese factor no podía ser incluido y analizado sin perjudicar a la diplomacia soviética, sin ”dar argumentos” a la propaganda y la estrategia de las potencias capitalistas.

Reducida a su esencia, la teoría de la ”democracia popular” se fundaba en la siguiente hipótesis: una vez destruido en el curso de la Liberación el poder político de la oligarquía financiera y terrateniente, privada de su base económica mediante las expropiaciones y nacionalizaciones subsiguientes, sería posible la colaboración duradera entre la clase obrera, los pequeños campesinos propietarios y la burguesía media – Industrial, comercial, agraria – en una perspectiva de evolución gradual hacia el socialismo. El sector nacionalizado iría ampliándose y el capitalista privado reduciéndose; los pequeños campesinos pasarían poco a poco, voluntariamente, a formas cooperativas, hasta que toda la economía quedase estructurada sobre bases socialistas. La lucha de clases seguiría existiendo, pero tomando formas pacíficas y evolutivas dentro del sistema representativo democrático-parlamentario. Este tipo de desarrollo quedaba supuestamente garantizado desde el momento que la clase obrera (entiéndase: el partido comunista) asumía la dirección dentro de la coalición gobernante, y que la nueva relación mundial de fuerzas, salida de la guerra, permitía a la Unión Soviética proteger a los países que emprendieran esa vía contra toda intervención del imperialismo. Se trata – decían los teóricos soviéticos y los jefes comunistas de las democracias populares – de una vía de acceso al socialismo diferente de la soviética, la cual se ha hecho practicable gracias a las ”nuevas condiciones históricas” creadas por la construcción definitiva del socialismo en la URSS y por la victoria del Estado soviético en la segunda guerra mundial. Dimítrov fue más lejos que nadie, sentando la tesis de que si ”para el paso al socialismo era indispensable [en 1919] la dictadura del proletariado”, ahora, ”ante muchos países el problema de la realización del socialismo se plantea como un problema de colaboración de la clase obrera con los campesinos, los artesanos, los intelectuales y demás capas progresivas del pueblo”(11). (Las ”demás capas progresivas del pueblo”, claro está, eran las de la burguesía industrial, comercial y agraria, cuyos representantes políticos formaban parte del ”frente nacional” y del gobierno ”democrático-popular”, o ”gobierno del pueblo”, como solía llamársele.) Esta fue la concepción vigente en los años 1945 y 1946, mientras perduró la esperanza de un entendimiento global entre la URSS y los Estados Unidos. Después de iniciarse la ”guerra fría y derrumbarse todas las ilusiones – en la ”gran alianza” y en las ”pequeñas alianzas” –, el viejo Dimítrov tuvo que hacer autocrítica, declarar que la dictadura del proletariado seguía siendo tan necesaria en los años cuarenta como en los años veinte, y reconocer que aunque diferente del sistema soviético la ”democracia popular” cumplía también las funciones de la dictadura del proletariado(12). No es necesario precisar que

”las funciones de la dictadura del proletariado” se entendían al estilo soviético: liquidación de todo asomo de democracia proletaria, dictadura del partido comunista, o más exactamente, de su núcleo dirigente. La única diferencia que subsistió entre la ”democracia popular” y el sistema soviético, consistía en la conservación por la primera de una parodia de ”pluralismo” político en el marco de una caricatura del sistema parlamentario.

Esa concepción – en su primera forma, antes del viraje de 1947 – fue la adoptada por los partidos comunistas de Francia e Italia, como justificación doctrinal de su participación en los gobiernos burgueses después que la derrota de Alemania les había privado de la justificación táctica anterior. Los gobiernos de unión nacional debían verse como un primer paso hacia la democracia popular; las nacionalizaciones, como un primer golpe al capital monopolista. Una vez que el partido comunista y sus aliados fuesen elevados a la dirección del Estado por el sufragio universal, el sector nacionalizado comenzaría a adquirir carácter socialista e iría ampliándose. El Estado dejaría de estar al servicio de la oligarquía capitalista, transformándose en Estado de democracia popular. Naturalmente, este esquema iba asociado a la idea del nuevo equilibrio mundial de fuerzas, en virtud del cual acabaría por imponerse la colaboración de la URSS y los Estados Unidos en el espíritu de Yalta. Si el pueblo votaba mayoritariamente por el partido comunista y sus aliados, las potencias capitalistas tendrían que respetar la voluntad popular.

El modelo de desarrollo que parecía abrirse paso en el este era transferido al oeste haciendo abstracción de los factores decisivos que lo habían permitido. Se daba por cierto que los partidos comunistas habían conquistado, o estaban en vías de conquistar, la dirección del Estado por medios exclusivamente democráticosparlamentarios, y lo conservaban sobre esa base. Véase, por ejemplo, el informe de Thorez en la asamblea de la Federación del Sena del PCF, el 8 de junio de 1947, en el que se refiere extensamente a la concepción de la ”nueva democracia”. Aludiendo concretamente a Polonia y Hungría, es decir, a los dos casos en que los comunistas no podían, de toda evidencia, mantenerse un solo día como fuerza dirigente del Estado si ello dependía de elecciones libres, Thorez afirma que el ”gobierno del pueblo” mantiene allí el ”poder del pueblo”, a base de ”elecciones democráticas, con un parlamento elegido democráticamente, en las formas que se asemejan más o menos a las que nosotros conocemos”(13). Es difícil decir si los dirigentes comunistas occidentales engañaban sólo a la masa de militantes, o se engañaban ellos mismos. En todo caso no engañaban a los otros grupos políticos llamados a acompañarlos en la nueva vía hacia el socialismo. La impotencia del neorreformismo comunista provenía, ante todo, de la dialéctica de la lucha de clases, tanto a escala internacional como nacional, que no se sometía al nuevo esquema doctrinal, pero se veía agravado por la reacción que los acontecimientos del este provocaban en los otros grupos reformistas del movimiento obrero, sin hablar ya de la ”burguesía democrática”.

No abordaremos aquí la crítica teórica de estas concepciones. La ”guerra fría” se encargó de la crítica práctica, y hasta después del XX Congreso no renacieron, siendo objeto entonces de una mayor elaboración teórica. Cuando lleguemos a ese periodo volveremos sobre el tema. Aquí nos limitaremos a señalar que la doctrina de la ”democracia popular”, en su versión occidental, no se asentó en ningún análisis de la sociedad capitalista que permitiese llegar a nuevas conclusiones sobre la dinámica de sus estructuras y el comportamiento de las clases. La doctrina nació de la manera más pragmática que puede concebirse, sin sustentarse en otro dato objetivo que la nueva relación mundial de fuerzas, cuya valoración por los doctores de la iglesia quedó rápidamente desmentida por el curso real de los acontecimientos. Los poderosos partidos comunistas de Francia e Italia fueron eliminados, sin contemplaciones y sin que opusieran resistencia, de los gobiernos respectivos, y en lugar del avance hacia la ”democracia popular” se produjo el avance hacia un nuevo desarrollo capitalista. El capitalismo americano se instaló sólidamente en Europa occidental.

En el este, la exacerbación de la lucha de clases – las clases burguesas, alentadas por la superpotencia americana, intensificaron por todos los medios su acción contra todas las reformas que limitaban su base económica, así como contra el creciente monopolio del poder efectivo por los comunistas –, y la ofensiva económica del imperialismo americano con el señuelo del Plan Marshall, demostraron la futilidad del curso idílico concebido en el periodo de Yalta y de la

Liberación. Se puso de relieve, en particular, la fragilidad de las democracias populares en el terreno económico frente al capitalismo mundial. La economía de estos países era estrechamente dependiente del comercio con occidente, y la dependencia comenzó a acusarse de manera aguda en cuanto se inició la reconstrucción. En Checoslovaquia, por ejemplo, entre el tercer trimestre de 1946 y el primero de 1947, las importaciones de la URSS disminuyeron de la mitad, y las exportaciones hacia la URSS en un tercio. En el mismo periodo, las importaciones provenientes de los Estados Unidos se triplicaron y las exportaciones a los Estados Unidos aumentaron en un 50 %. En el primer trimestre de 1947, la URSS ocupaba el sexto lugar en el comercio exterior checoslovaco, tanto en las importaciones como en las exportaciones. Y la tendencia, como hemos visto, era a la agravación(14). Se comprende que ante esa realidad, y partiendo de las ilusiones subsistentes todavía en ese momento sobre las perspectivas del desarrollo internacional y nacional, el partido comunista y el gobierno checoslovacos se pronunciaron el 4 de julio de 1947 por acudir a la Conferencia de París, convocada para discutir del Plan Marshall. Análogas tendencias se manifestaban en otras democracias populares. En 1945 la URSS absorbía el 93 % de las exportaciones polacas y el 91 % de sus importaciones. En 1946 los porcentajes respectivos eran 50 % y 70 %(15). También los comunistas polacos eran favorables a discutir la propuesta de ayuda americana. Semejantes tendencias resultaban incompatibles, naturalmente, con la construcción del glacis tal como lo concebía Stalin. El 8 de julio de 1947, mientras el gobierno polaco deliberaba con la intención de acudir a la Conferencia de París, la radio de Moscú anunció que Polonia se negaba a asistir. El mismo día salía para Moscú una delegación checoslovaca, a la que Stalin planteó la cuestión en términos que tenían, por lo menos, la virtud de la claridad: el objetivo del Plan Marshall era aislar a la URSS, y por tanto no había nada que discutir.

Al mismo tiempo aparecían otras tendencias peligrosas para la integridad del glacis. Pese a su sometimiento indudable a la dirección soviética, y probablemente sin intención alguna de ponerla en entredicho, entre las democracias populares comenzaron a concertarse relaciones bilaterales, tratados de alianza, y, sobre todo, Yugoslavia se destacaba, cada vez más, como un segundo polo político de atracción. El proyecto yugoslavo de Federación balcánica, por ejemplo, la constitución de un Estado del Mar Negro al Adriático, dirigido por Tito, el cual había dado las pruebas de independencia que conocemos, era más que suficiente para despertar la enfermiza desconfianza de Stalin.(16)

Así, en el verano de 1947, tanto la evolución de la situación en el glacis, como en Europa Occidental, y el curso francamente antisoviético adoptado por Wáshington (sobre estos dos últimos aspectos nos remitimos a lo expuesto en el capítulo precedente), exigían del Kremlin la revisión drástica de la política seguida hasta entonces, lo mismo en lo que se refiere a la política exterior soviética que a la de los partidos comunistas en el este y en el oeste. En todos los frentes se imponía "apretar los tornillos". La creación del Kominform estuvo dictada por esa necesidad.

El Kominform y la nueva táctica

Ante la nueva situación mundial, Stalin reacciona con la lógica que le es propia. Situado en el pináculo de la gloria, poseído de su infabilidad, acostumbrado a los métodos autocráticos que desde hace dos décadas ha implantado en el Estado y el partido soviéticos, así como en el movimiento comunista internacional, Stalin no puede pensar un instante en someter a examen crítico del movimiento la política seguida y la nueva problemática creada. Vistas las cosas desde el Olimpo en que está situado, ya ni siquiera considera obligado recurrir al formalismo de una conferencia o congreso mundial que proporcione apariencias de sanción colectiva a decisiones previamente tomadas, como hicieron los últimos congresos de la IC. Ahora le basta con convocar secretamente a los representantes de los partidos que considera útiles a los fines concretos que se propone. Piensa que agregando al partido soviético los partidos de las democracias populares y los dos principales partidos del área capitalista, tiene a su disposición un órgano suficientemente representativo para asumir el papel que desempeñó hasta su disolución el Comité Ejecutivo de la IC: imponer al conjunto del movimiento comunista la línea decidida por la dirección soviética. La

composición del Kominform vino determinada, además, por dos razones precisas. En primer lugar, el eje magistral de la respuesta estaliniana a la ofensiva americana era constituir un bloque monolítico, bajo la égida soviética, con los países del . glacis. De ahí que los partidos de estos países sean invitados a la conferencia secreta de Polonia. En segundo lugar, el campo de batalla principal para Stalin, en la situación creada, era Europa, con dos objetivos estrechamente ligados: asegurar la invulnerabilidad del glacis e impedir que prosperara el plan americano de agrupar en un bloque, bajo la dirección de Wáshington, los Estados europeos occidentales, incluida la Alemania del oeste. De ahí la presencia en el conclave de Polonia de los dos principales partidos de esa zona. Ambos servirían, como vimos, de chivo expiatorio por los efectos negativos que había tenido su fidelidad a la política del Kremlin, y para reparar sus errores oportunistas recibirán un mandato de honor: hacer fracasar los planes americanos en Europa occidental. En cambio, a la conferencia fundacional del Kominform no es invitado ningún partido comunista del mundo colonial, ni siquiera el Partido Comunista de China. Tampoco lo es el Partido Comunista de Grecia, que en ese momento está empeñado en una lucha armada contra la intervención americana. Estas ausencias se explican por una razón simple: lo que Stalin busca, contrariamente a lo que creen en ese momento los políticos del "mundo libre", no es desencadenar la lucha revolucionaria, a escala mundial, contra el imperialismo americano. Su objetivo estratégico sigue siendo el mismo, lo que cambia es la táctica. Stalin se propone, recurriendo a la manera "dura", obligar a Wáshington a reconocer el reparto de zonas de influencia en el marco de un compra miso mundial que asegure la dirección bipartita del mundo por las dos superpotencias. Y las concesiones que Stalin está dispuesto a hacer para llegar a ese arreglo conciernen principalmente al mundo colonial, y en particular al Extremo Oriente. En cuanto a Grecia, ya la cedió a Churchill y no hace cuestión de gabinete que pase a manos americanas. Todos estos extremos se reflejan en el informe que Zdanov, en nombre de Stalin, hace en la conferencia de los nueve partidos. Informe que tiene especial relevancia para el curso del movimiento comunista hasta la muerte de Stalin. Así como la orientación estratégica y táctica de los partidos comunistas entre la disolución de la IC y la constitución del Kominform quedó definida en la resolución de 1943, en el quinquenio siguiente lo está por el informe de Zdanov y la Declaración de los nueve partidos, que se limita a sintetizar las ideas básicas del informe. A partir de 1953, el Kominform dejará de existir prácticamente (aunque su disolución oficial no tenga lugar hasta abril de 1956) y se iniciará un cambio en la línea general del movimiento comunista, determinado por el nuevo viraje de la política exterior soviética.

Sin preocuparse lo más mínimo de explicar por qué se habían revelado erróneos todos los pronósticos de Stalin acerca del mundo que saldría de la guerra – un mundo unido, regido por la colaboración confiante de los "grandes" –, la tesis angular del informe de Zdanov es que después de la guerra el mundo se ha dividido en dos "campos", "el campo imperialista y antidemocrático, de un lado, y el campo antimperialista y democrático, de otro"(17). En el imperialista, "la fuerza rectora fundamental son los Estados Unidos", y forman parte de él, "en calidad de satélites de los Estados Unidos", Inglaterra y Francia. Vienen luego los Estados que desempeñan un papel de "apoyo": "Apoyan al campo imperialista Estados coloniales como Bélgica y Holanda, países con regímenes reaccionarios antidemocráticos, como Turquía y Grecia, países que dependen política y económicamente de los Estados Unidos, como son los del Próximo Oriente, América del sur y China." Por último, el campo imperialista se "apoya" también "en las fuerzas reaccionarias y antidemocráticas de todos los países", y en "los adversarios militares de ayer" (Alemania y el Japón).

En el campo antimperialista "la base la constituyen la URSS y los países de la nueva democracia", se "adhieren" a él Indonesia y el Vietnam, y "simpatizan" la India, Egipto y Siria. "El campo antimperialista se apoya en el movimiento obrero y democrático de todos los países, en los partidos comunistas hermanos, en el movimiento de liberación nacional de todos los países coloniales y dependientes, en la ayuda de todas las fuerzas democráticas y progresistas que existen en cada país." En este campo "*el papel rector corresponde a la Unión Soviética y a su política exterior*".

Como se ve, el concepto de "campo" significa, ante todo, bloque de Estados. Las fuerzas sociales y políticas no organizadas en Estado desempeñan una función subalterna, de "apoyo". Cada "campo" está articulado en torno a su Estado "rector", tiene su "base", constituida por dicho Estado guía, más los Estados directamente subordinados, y cuenta con sus "apoyos" en otras fuerzas políticas y sociales. Los partidos comunistas exteriores a la "base" del campo antimperialista son fuerzas de "apoyo" a dicho campo. Y, en efecto, la función que cumplirán, en aplicación de la línea promulgada por el Kominform, se ajustará exactamente a ese concepto.

Los objetivos estratégicos de cada "campo" son los siguientes, según las formulaciones de Zdanov: el campo imperialista se propone "el fortalecimiento del imperialismo, la preparación de una nueva guerra imperialista, la lucha contra el socialismo y la democracia"; el antimperialista tiene como objetivo "la lucha contra la amenaza de nuevas guerras y contra la expansión imperialista, el fortalecimiento de la democracia y la extirpación de los restos del fascismo". La "tarea fundamental" del campo antimperialista es "segurar una paz democrática duradera". Ni en el informe de Zdanov, ni en la Declaración de los nueve, se dice una palabra sobre la lucha por el socialismo en los países del Capital, ni siquiera como una perspectiva lejana ligada a los objetivos inmediatos. Omisión que no puede considerarse casual, teniendo en cuenta que era la primera definición de la estrategia mundial del movimiento comunista, después de la disolución de la IC. Y resulta menos casual si se relaciona con otras omisiones de talla en ambos documentos. Las dos acciones revolucionarias de mayor envergadura que estaban en curso en el momento de crearse el Kominform, las que encerraban una promesa más inmediata de desembocar en revolución socialista – la guerra civil china y la insurrección griega – son totalmente silenciadas. Ni se analiza su significado, ni se presentan como ejemplo a otros pueblos, ni se requiere a los partidos comunistas y a las fuerzas democráticas mundiales a acudir en ayuda de los combatientes chinos y griegos. Silencio tanto más elocuente cuanto que son las dos batallas en las que las armas y los recursos americanos están directamente comprometidos. Zdanov no dedica más que cuatro líneas de su extenso informe a la intervención americana en China y Grecia, sin decir palabra sobre la respuesta revolucionaria de los respectivos partidos comunistas. En cambio consagra gran parte del informe a la denuncia del Plan Marshall, cuyos principales fines formula así: "Prestar ayuda en primer término no a los países vencedores empobrecidos sino a los capitalistas alemanes"; "restaurar el poder del imperialismo en los países de la nueva democracia y obligarles a renunciar a la colaboración estrecha, económica y militar, con la Unión Soviética"; "formar un bloque de Estados ligados por compromisos con los Estados Unidos y conceder créditos norteamericanos al precio de la renuncia de los Estados europeos a su independencia económica, y luego de su independencia política." En una palabra, el Plan Marshall significa que Wáshington niega a la Unión Soviética la ayuda económica de largo alcance solicitada por el Kremlin desde Yalta; significa que la política americana amenaza la integridad del glacis y se propone poner diques a la extensión de la influencia rusa en Europa, particularmente en Alemania. Están claras las razones por las que Stalin dirige la movilización del comunismo internacional y de sus aliados fundamentalmente contra el "plan de sojuzgamiento de Europa". Por eso el informe de Zdanov termina subrayando la "tarea particular" que incumbe a los partidos comunistas de Francia e Italia: "Deben tomar en sus manos la bandera de la defensa de la independencia nacional y de la soberanía de sus países." Si estos partidos son capaces de "ponerse a la cabeza de todas las fuerzas dispuestas a defender la causa del honor y de la independencia nacional, no podrá realizarse ningún plan de sojuzgamiento de Europa."

Aparte la resolución de 1943, por la que se disolvía la IC y se renunciaba a la lucha por una salida socialista de la catástrofe europea, hay pocos documentos en la historia del movimiento comunista que reflejen tan transparentemente la subordinación de la lucha revolucionaria mundial a las exigencias de la política exterior soviética como este informe de Zdanov. No se expresa sólo en la definición de los objetivos esenciales, de los "frentes" prioritarios; se trasluce también en el problema de las formas de lucha, en la actitud ante la lucha armada como forma de acción revolucionaria. El silencio respecto a las guerras civiles en Grecia y China (y a la guerra de liberación de los vietnamitas no se le dedican más de dos líneas) no se explica únicamente porque

Stalin estuviese dispuesto a hacer concesiones en esas áreas, mientras consideraba intangible el glacis, y primordial el "frente" europeo occidental. Se explica también en virtud de la definición de la "tarea fundamental del periodo de postguerra": conservar la paz. La URSS, dice Zdanov en su informe, "está interesada en crear las condiciones más favorables para la construcción de la sociedad comunista", y "una de estas condiciones es la paz exterior". Pero el gobierno soviético considera, como declara Vichinski en la ONU días antes del informe de Zdanov en el Kominform, que "en la situación actual toda nueva guerra se transforma *indefectiblemente* en guerra mundial"(18). Luego las guerras locales representaban un grave peligro para asegurar la "tarea fundamental" y la "construcción del comunismo en la URSS". Las guerras revolucionarias, como las de China y Grecia, no eran, por tanto, formas recomendables de lucha contra el imperialismo. Encerraban el riesgo de que la Unión Soviética se viese envuelta en una nueva conflagración. Por eso no figuran en el informe de Zdanov. Por eso los combatientes griegos no recibirán ayuda eficaz de la Unión Soviética y serán finalmente aplastados. Y si los chinos dan un día al movimiento comunista la sorpresa de su histórica victoria, será gracias a las fuerzas propias que han sabido poner en pie, desoyendo las recomendaciones estalinianas de llegar a un compromiso con Chiang y los americanos. Sin duda alguna la conservación de la paz era una aspiración profunda de los pueblos después de seis años de guerra, pero la dura realidad estaba demostrando que si la URSS necesitaba su paz para "construir el comunismo", los pueblos de una serie de regiones del globo necesitaban su guerra para liberarse de la esclavitud colonial: no les quedaba otro camino. Era su "tarea fundamental" pese a todos los sacrificios que implicaba. Por otra parte, el improvisado dogma de que toda guerra local se transformaría *indefectiblemente* en guerra mundial no tenía fundamento científico y los acontecimientos revelaron su inconsistencia. Ninguna de las dos superpotencias tenía la menor intención de desencadenar una nueva conflagración mundial: utilizaban su espantajo para obtener fines políticos y estratégicos localizados, pero nada más. El dogma fue útil, sin embargo, para justificar algunas capitulaciones y no pocos oportunismos.

Junto con la paz, las otras dos hojas del tríptico estratégico "antimperialista" que Stalin ofrendaba al movimiento comunista fueron la "independencia nacional" y la "democracia". Los comunistas debían agrupar "todas las fuerzas dispuestas a defender la causa del honor y de la independencia nacional". Al mismo tiempo que zahiere a los liberales burgueses y socialdemócratas europeos, que insensibles al "honor nacional" se ponen al servicio de los americanos, Zdanov se esfuerza en explicar a las burguesías europeas la amenaza que suponen para sus intereses los planes de Wáshington. Con el pretexto de defenderos contra una imaginaria amenaza comunista – les dice – los capitalistas americanos buscan, en realidad, apoderarse de los mercados europeos y desalojaros de las colonias. Existe, por tanto, la posibilidad – que los partidos comunistas deben explotar a fondo – de que una fracción de la burguesía, aquella que comprenda la conexión entre sus intereses crematísticos y los nobles ideales del honor nacional y la independencia, haga causa común con los comunistas contra los rapaces planes de Wáshington. Tal es el fondo del análisis de Zdanov. Pero para que esta posibilidad pueda materializarse, la tercera hoja del tríptico, la democracia, no debe pasar del rosa pálido. Colorearla en rojo, postular claramente la alternativa socialista al capitalismo, sería tanto como confirmar el "peligro comunista", justificación máxima de la política americana. De ahí que la perspectiva de la revolución socialista brille por su ausencia en la nueva línea de Stalin, lo mismo que en el periodo precedente había sido eliminada para no perjudicar a la "gran alianza".

Como puede verse, Stalin permanecía fiel a la que había sido, desde que se afirma en el poder, piedra angular de su estrategia. La que dicta en 1947 al movimiento comunista sigue dando la *prioridad* a la explotación de las contradicciones interimperialistas e intercapitalistas, sobre la contradicción burguesía-proletariado. Puesto que de momento las primeras han quedado soterradas en virtud del miedo de la burguesía europea al peligro revolucionario y del señuelo de los dólares, la tarea primordial de los partidos comunistas es propiciar su reactivación. Los métodos de acción deben ser más enérgicos – y a este fin sí conviene atizar la lucha de clases en el plano económico, a diferencia de lo que se hacía en el periodo precedente – para batir a los políticos centristas y

socialdemócratas que se pliegan a los americanos, pero el objetivo estratégico es rehacer la unión nacional con la fracción de la burguesía amenazada por la expansión americana, crear un "amplio frente" por la paz y la independencia nacional. Naturalmente, esa orientación no concierne a los partidos comunistas del glacis. Aquí, como veremos en el capítulo siguiente, la marcha hacia el "socialismo" debe acelerarse, incluso "quemando las etapas", forzando el proceso con medidas administrativas y represivas, asegurando direcciones comunistas absolutamente incondicionales de Moscú, a fin de que la "base" del "campo ant imperialista" adquiera consistencia monolítica.

Esta estrategia debía servir para contrarrestar la ofensiva americana, dando tiempo a que la Unión Soviética colmara su retraso en el armamento atómico, y su meta final era un nuevo equilibrio mundial de fuerzas que obligara a los Estados Unidos a aceptar el gran compromiso buscado por Stalin. Sin descartar que el solo planteamiento de la contraofensiva hiciera reflexionar a los dirigentes americanos, induciéndoles a modificar rápidamente su política. El informe de Zdanov está sabiamente dosificado y estructurado, de manera que en Wáshington pueda percibirse la mano tendida, disimulada bajo el puño cerrado.

En primer lugar, queda claro que el objetivo no es atacar contra las bases de la gran ciudadela capitalista; se trata, más modestamente, de contener su *expansión*, como de manera taxativa se dice en el informe. (De ahí que no se aborden los problemas de las revoluciones coloniales, ni de las revoluciones socialistas en el área capitalista desarrollada, ni de la lucha de clases en los Estados Unidos.) En segundo lugar, Zdanov señala, con suficiente inteligibilidad para los expertos, la zona en que tal expansión es intolerable para los intereses soviéticos – el glacis europeo – y aquella en la que debe llegarse a un arreglo que reconozca la preeminencia de dichos intereses – Alemania –. Respecto a las otras, el portavoz de Stalin se limita a registrar la dominación americana (Japón, América latina), o el propósito de establecerla (colonias inglesas, francesas, holandesas; China, Grecia, Turquía, etc.) sin aludir a ninguna pretensión soviética que las concierna, y desentendiéndose de la lucha revolucionaria en ellas. En relación con América latina, por ejemplo, el sentido profundo del informe de Zdanov queda plenamente descifrado con la declaración que hace Mólotov pocos meses después; respondiendo a la acusación norteamericana de que la tensión internacional es provocada por la política de la Unión Soviética en la Europa Oriental, Mólotov replica:

"Es sabido que *también* los Estados Unidos aplican una política de fortalecer [*sic*] sus relaciones con los países limítrofes, como Canadá, México y otros países de América, lo cual es *plenamente comprensible*."(19) O sea: respetemos cada uno las respectivas zonas de influencia y todo puede arreglarse. El silencio de Zdanov sobre la guerra revolucionaria en China y Grecia, equivale a subrayar diplomáticamente la buena disposición de Moscú respecto a los intereses americanos en el Extremo Oriente y en el Cercano Oriente. Da a entender, en particular, que sigue en pie el ofrecimiento de "seguir una política común con los Estados Unidos en las cuestiones del Extremo Oriente", reiterada por Stalin en diciembre de 1946(20). Sigue en pie, a reserva, bien entendido, de que los Estados Unidos renuncien a sus pretensiones hegemónicas en Europa. Zdanov insiste en "la posibilidad de colaboración entre la URSS y los países con otros sistemas, a condición de que se observe el principio de reciprocidad y de cumplimiento de los compromisos contraídos". "Es sabido – añade – que la URSS ha sido siempre fiel, y sigue siéndolo, a las obligaciones contraídas. La Unión Soviética ha demostrado su voluntad y deseo de colaborar." Con otras palabras: sobre la base de los acuerdos de Yalta, Potsdam, etc., sigue siendo posible la colaboración URSS-Estados Unidos. Zdanov añade una precisión importante: "El gobierno soviético no se ha opuesto nunca a la utilización de créditos extranjeros, y en particular de créditos norteamericanos, como medio capaz de acelerar el proceso del restablecimiento económico." La única condición que pone es que dichos créditos "no deben tener carácter oneroso y no deben conducir a la exclavización económica y política del Estado deudor por el Estado acreedor". Quedaba abierta la puerta, por tanto, a un Plan Marshall revisado, que no subtendiera a la creación de bloques hostiles a la URSS, ni a minar el glacis.

Los círculos liberales norteamericanos de la época, agrupados en torno a Henry Wallace (vicepresidente de los Estados Unidos con Roosevelt), comprendieron perfectamente el mensaje cifrado contenido en el informe de Zdanov, e intentaron convencer a la opinión pública de aceptar la mano tendida por Stalin, pero fracasaron rotundamente(21). Las clases dirigentes norteamericanas se consideraban suficientemente fuertes para imponer al mundo la *Pax Americana* o lo que es lo mismo, para modificar a su favor el reparto de las esferas de influencia salido de la guerra.

Retroceso general del movimiento comunista en Occidente

En los medios burgueses, el informe de Zdanov y la creación del Kominform – resurrección, a primera vista, del Lázaro rojo enterrado en 1943 – fueron acogidos como un desafío a los "pueblos libres", cuya defensa habían asumido tan desinteresadamente los Estados Unidos, según proclamaba la "doctrina Truman"; como el anuncio de una especie de ofensiva revolucionaria mundial. Desde el momento que rechazaban la negociación global, sobre las bases reiteradamente propuestas por Stalin, los dirigentes del imperialismo tenían interés en acreditar esa versión: la agitación del "peligro comunista" constituía un excelente recurso ideológico para agrupar bajo la égida americana todas las fuerzas conservadoras del orbe. En realidad, la nueva política estaliniana tenía un carácter esencialmente defensivo. Su objetivo central era consolidar las posiciones adquiridas en el este y centro de Europa, así como en el Extremo Oriente, e impedir que cuajasen los proyectos de bloques antisoviéticos. La tarea de los partidos comunistas del mundo capitalista, cumpliendo con su función de "apoyo" de la "base" del "campo antimperialista" debía consistir en "encabezar la resistencia a los planes imperialistas de expansión y agresión", tal como se definía en el informe Zdanov. Al final de esta nueva "resistencia" no había otra meta estratégica que la muy utópica de una democracia burguesa celosa de su honor nacional, de su independencia, frente a las pretensiones "rectoras" de Washington. Lo que dio cierta tonalidad "ofensiva" a esta nueva política fue, de un lado, la violencia verbal – recubriendo, por lo general, la pobreza de ideas en la denuncia de la política americana y de sus "lacayos" socialdemócratas, violencia que en este último aspecto reverdecía los laureles del "tercer periodo" de la IC, los tiempos del "socialfascismo"; y de otro lado, la utilización de formas de lucha casi olvidadas en los años de colaboración gubernamental la huelga, la manifestación, y hasta el enfrentamiento con las fuerzas del orden público. Pero el contenido ofensivo o defensivo de una política no se define únicamente por los métodos de acción, y la violencia verbal puede servir – lo más frecuentemente, deservir – cualquier política.

La curva ascendente del movimiento huelguístico en Europa occidental, desde el otoño de 1947 hasta finales de 1949 (luego hubo un acusado descenso, salvo en Italia donde, por el contrario, el mayor desarrollo correspondió a los años 1950-1955), expresó la acción defensiva de la clase obrera frente a la ofensiva de la patronal y el Estado, el intento de salvaguardar sus intereses elementales frente a las medidas de racionalización que contribuyeron a preparar el auge de la economía capitalista europea iniciado a comienzos de los años cincuenta(22). Situados en la oposición, e interesados en movilizar a las masas contra los gobiernos de la "tercera fuerza" puestos al servicio de la política americana, los partidos comunistas procuraron encabezar las luchas obreras, en lugar de frenarlas como habían hecho en el periodo 1945- 1947. Se esforzaron – con muy poco éxito – por conectar estas luchas económicas con las consignas de defensa de la paz y la independencia nacional, de oposición al plan Marshall y al Pacto Atlántico, de prohibición de la bomba atómica, etc.

En el otoño de 1947 se extendió por Francia una ola huelguística que englobó a más de dos millones de trabajadores. Como el movimiento se inicia apenas conocidas las resoluciones del Kominform, el gobierno cree encontrarse ante un "complot comunista" y pone al país en estado de sitio, moviliza 80 000 reservistas, disuelve unidades de las fuerzas de orden público consideradas poco seguras y adopta una serie de disposiciones antiobreras. En diversas localidades tienen lugar choques entre los obreros y las fuerzas de represión que dan un balance de cuatro trabajadores muertos, cientos de heridos y miles de detenciones. No hay, claro está, "complot comunista"; hay el miedo de la burguesía, que vive aún con la impresión de haber estado tres años atrás al borde de la

revolución; y hay que la dirección del PCF está bajo los efectos de la crítica que se ha hecho en la reunión del Kominform a sus pecados oportunistas. Quiere aprovechar la ocasión para mostrar a Moscú que también sabe apretar fuerte cuando lo exige la política soviética, aunque la situación francesa no sea propicia. Y trata de dar a la huelga un carácter político, imponiendo que la dirección de la CGT – contra la posición de su fracción socialista –, incluya entre los objetivos del movimiento la lucha “contra el plan de dominación económica que constituye el plan Marshall [...] contra los nuevos fautores de guerra que encuentran cómplices en nuestro país”(23). Consignas que apenas encuentran eco en la masa de huelguistas, sin hablar, ya del resto de la población. ¿Cómo creer que los calificados hasta la víspera, por el propio Partido Comunista francés, de grandes aliados de Francia, - artífices con la Unión Soviética de la paz y la independencia de los pueblos, se habían convertido de la noche a la mañana en tenebrosos fautores de una nueva guerra mundial y esclavizadores de Francia? ¿Por qué los dólares del gran aliado no podían contribuir a restaurar la maltrecha economía francesa? ¿No era el propio Partido Comunista francés el . que hasta la víspera había presentada la restauración económica del capitalismo francés como la tarea número uno de la clase obrera? El PCF no logró politizar la huelga, pero proporcionó magníficos argumentos a León Blum para mostrar la subordinación mecánica del partido comunista a la política soviética, y para preconizar, sobre esa base, la escisión sindical(24). Unos meses después se constituye *Force Ouvrière* en central sindical de obediencia socialista, llevándose medio millón de afiliados cegetistas. El 9 de diciembre la dirección de la CGT da la orden de vuelta al trabajo sin haber logrado ninguna de las principales reivindicaciones económicas. Un año más tarde los mineros van de nuevo a la huelga y el gobierno responde con análogos procedimientos: ocupa las cuencas carboníferas con el ejército, ametralla y encarcela en masa. Lo mismo que en el otoño de 1947, el gobierno, por boca esta vez del socialista Jules Moch, ministro del interior, acusa al partido comunista de cumplir las órdenes del Kominform y proponerse la toma del poder(25). Acusación absurda – aunque útil propagandísticamente – en lo que se refiere al propósito. Lo que la dirección thoreziana busca es crear las mayores dificultades posibles al gobierno e inquietar a los americanos en el momento en que el conflicto provocado por el bloqueo soviético de Berlín está en pleno desarrollo y no se sabe a donde puede llegar. La huelga minera, determinada por razones económicas, le ofrece una excelente oportunidad y por eso trata de prolongarla y endurecerla, incluso cuando parte considerable de los huelguistas se inclina por la reanudación del trabajo(26). En 1944-1945, los núcleos avanzados de la clase obrera eran seguidos por la gran masa de la población trabajadora, en plena efervescencia política; el proletariado estaba en posición de fuerza. Entonces Thorez llamó a los mineros y a los demás sectores obreros a no hacer uso de su fuerza, a no hacer huelgas, a colaborar con la burguesía en la reconstrucción económica. En 1948, cuando la pasividad política había ganado de nuevo a las masas, defraudadas en sus esperanzas de renovación social, Thorez se dirige a los mineros citando palabras de Zdanov, el cual había dicho en la reunión del Kominform: “El peligro principal para la clase obrera consiste ahora en la subestimación de sus propias fuerzas y en la sobrestimación de las del adversario.”(27) Zdanov dice esto en 1947, cuando ya la situación se había invertido en Europa occidental. Thorez lo repite en 1948, cuando la regresión política se ha acentuado aún más, como lo demuestra el aislamiento en que se desenvuelve la huelga minera. De 1947 a 1951 el porcentaje correspondiente a los beneficios de las grandes sociedades capitalistas en la renta nacional de Francia pasó del 36 % al 48 %, mientras que el de los salarios descendió del 47 % al 33 %. La ofensiva patronal y estatal logró plenamente sus objetivos y la causa profunda residía en que la clase obrera subestimara sus fuerzas en ese periodo, sino en que el partido comunista, aplicando incondicionalmente la política estaliniana, las subestimó en 1944-1945.

Partido Comunista italiano se sometió también a la nueva política de Stalin, promulgada por Zdanov, pero no tan mecánicamente como el partido francés. Se esfuerza por fomentar las luchas obreras y campesinas, pero sin tratar de forzar las situaciones, sin perder de vista que la evolución política giraba hacia la derecha, como pusieron de relieve las elecciones legislativas de abril de 1948, en las cuales la democracia cristiana logró el 48,5 % de los votos y la mayoría absoluta de los escaños. El PCI tuvo a su favor, además, la posición unitaria de la mayoría del partido socialista,

aunque la minoría partidaria de distanciarse de los comunistas comenzó a ganar terreno. Al atentado de julio de 1948 contra Togliatti, ocho millones de trabajadores respondieron fulminantemente con una impresionante huelga general que paralizó al país durante dos días. Algunos grupos del partido preconizaban darle un giro insurreccional, pero la dirección – aconsejada por el mismo Togliatti antes de perder conocimiento – estimó que en la situación existente sería ir a la aventura. Y probablemente tenía razón, bien que la explosión de julio puso de relieve retrospectivamente la magnitud del potencial revolucionario que la dirección togliattiana se había negado a desarrollar en la coyuntura única de 1943-1945. El PCI, aun consagrando, como el francés, la atención que el Kominform demandaba a las campañas generales por la paz y la prohibición de la bomba atómica, contra el Pacto Atlántico y el Plan Marshall, etc., supo plantear con cierta profundidad los problemas específicos de la sociedad italiana, si bien conservando la óptica reformista del periodo precedente. En un primer momento – antes de la condena de Tito – parece, incluso, como si Togliatti hubiera querido marcar distancias respecto al Kominform. El informe que pronuncia ante el VI Congreso del partido (enero de 1948), apenas se refiere al nuevo órgano creado, y cuando lo hace es para subrayar que el Kominform no es la IC, y que "las vías de desarrollo del movimiento democrático en los diferentes países de Europa no pueden ser idénticas". Plantea también que "nuestra colaboración voluntaria y fraternal [en el Kominform] tiene por ahora carácter consultivo".

Los dos grandes del comunismo occidental pudieron resistir, mal que bien, los embates de la "guerra fría" y los efectos nefastos de su subordinación a la política soviética, pero otros partidos más débiles sufrieron profundo quebranto. El relativo auge experimentado después de la Liberación, según vimos(28), por los partidos comunistas de los países escandinavos, Bélgica y Holanda, Austria y Suiza, etc., se tornó en rápido declive. El Partido Comunista de España fue duramente golpeado por la dictadura franquista, que gozando abiertamente de la protección americana intensificó brutalmente la represión contra toda la oposición obrera y democrática. Falto de solidaridad internacional, y en particular de ayuda soviética – mientras los americanos no escatimaban la suya al gobierno monárquico –, los comunistas griegos se vieron obligados a abandonar la lucha armada en agosto de 1949. También fue considerable el golpe sufrido por los partidos comunistas de América latina, así como de algunos países asiáticos. Pero sobre este retroceso general del movimiento comunista en el mundo capitalista, durante los años de la "guerra fría" volveremos en otro capítulo. Antes de hacer el balance general de ese periodo – en el que contrastando con el indicado retroceso se alza la gran victoria de la revolución china y el preludeo de la victoria vietnamita – trataremos por separado tres temas que engloban acontecimientos, tendencias y fenómenos de significación primordial para el curso seguido por el movimiento comunista durante esos años y ulteriormente. En primer lugar, la ruptura soviéticoyugoslava, sus repercusiones en los otros partidos comunistas, y la evolución del glacis. En segundo lugar, la victoria de la revolución china. Y por último, la llamada "lucha por la paz", convertida en tarea central del movimiento comunista durante el periodo de la "guerra fría".

3. La brecha yugoslava

Como todos los que se encuentran fuera de la obediencia y de la devoción de la Santa Iglesia Católica, obstinados en sus errores y herejías, se esfuerzan en apartar de nuestra Santa Fe los fieles y devotos cristianos, nos ha parecido que el verdadero remedio consiste en evitar todo contacto con los herejes y sospechosos, castigando y extirpando sus errores a fin de impedir que una ofensa tan grande sea hecha a la Santa Fe y a la Religión Católica en esta parte del mundo.

El Inquisidor Apostólico General de nuestros reinos y dominios, con el acuerdo de los miembros del Consejo de la Inquisición General y después de haber consultado con Nos, decide crear en estas nuevas provincias el Santo Oficio de la Inquisición. Felipe II, 25 de enero de 1569.

Instauración de la dictadura burocrático-policiaca en el glacis

La tarea asignada por Stalin a los partidos comunistas de las democracias populares – completar la conquista del poder, eliminar de la escena política todos los grupos hostiles a la integración total en

la órbita soviética, ligados a las potencias occidentales, o simplemente vacilantes entre los dos "campos" – fue cumplida de manera expeditiva en los últimos meses de 1947 y a lo largo de 1948. El problema, no ofrecía, en verdad, grandes dificultades, porque los resortes decisivos del Estado se encontraban ya en manos del partido, y el ejército soviético estaba presente o próximo. En Polonia y Hungría, Rumania y Bulgaria, así como en Eslovaquia, los grandes partidos agrarios fueron puestos fuera de combate en el curso de 1947. Estos partidos, que contaban con amplia base social entre los campesinos y la pequeña burguesía urbana, habían sido tradicionalmente los principales instrumentos políticos de la burguesía liberal, pero desde 1945 sirvieron de refugio a los restos de las viejas oligarquías derrocadas. Y estaban ligados a las potencias occidentales. No era posible liquidarlos a través del juego parlamentario democrático, y como los partidos comunistas tampoco querían promover un nuevo tipo de democracia revolucionaria directa, tuvieron que recurrir al método de los "complots". Disponiendo del Ministerio del Interior y de la eficaz asistencia de los servicios secretos soviéticos, era fácil aprovechar las ligazones que los dirigentes de esos partidos mantenían con los representantes de las potencias occidentales para acusarlos de conspiración contra el régimen. Así fueron detenidas, condenadas a largas penas de prisión o ajusticiadas, las principales personalidades políticas de los partidos mencionados. Otras pudieron exilarse a tiempo(1).

En la veloz marcha hacia el monopolio del poder emprendida por los partidos comunistas de las democracias populares después de la constitución del Kominform, el acontecimiento más espectacular fue el llamado "golpe de Praga". Paradójicamente, en Checoslovaquia, donde el partido comunista contaba con el apoyo de la aplastante mayoría de la clase obrera, y ésta – en virtud del nivel industrial del país – constituía la fuerza social determinante, los partidos burgueses habían conservado su identidad e integridad en grado mucho mayor que en las otras democracias populares. Ya nos hemos referido a la razón de tal paradoja: en los demás países del glacis no era posible compaginar la jefatura comunista – y a través de ella la jefatura soviética – con el funcionamiento real del mecanismo democrático-parlamentario; en Checoslovaquia resultó posible – gracias, precisamente, a la influencia comunista y al peso de la clase obrera – mientras no hubo ruptura rusoamericana y la revolución interior era artificialmente contenida en límites compatibles con los intereses de la burguesía liberal. Desde el momento que la primera premisa, y por consecuencia la segunda, desaparecían, la crisis de régimen se hacía ineluctable. Los partidos burgueses creyeron ilusoriamente en la posibilidad de resolverla a su favor aprovechando las elecciones parlamentarias previstas para mayo de 1948. Los sondeos efectuados por los propios comunistas dejaban entrever, en efecto, la eventualidad de su retroceso electoral(2). Pero el Partido Comunista checoslovaco tomó medidas para descartar semejante riesgo: intensificó la acción política entre las masas y reforzó el control sobre el aparato policiaco del Estado (el Ministerio del Interior, como en las otras democracias populares, estaba en manos del partido desde 1945). El 20 de febrero de 1948, los doce ministros de los partidos socialista nacional (Benes), populista checo y demócrata eslovaco, presentan la dimisión en protesta por la designación de ocho comisarios comunistas para la policía de Praga. Cuentan con que los ministros socialdemócratas seguirán su ejemplo y el presidente Benes podrá utilizar la crisis ministerial para obligar a los comunistas a retroceder en el asunto de la policía. Pero bajo la presión de los trabajadores, movilizadas por el partido comunista y los sindicatos, la dirección centrista del partido socialista se plegó al ala izquierda y mantuvo sus representantes en el gobierno. El partido comunista responde a la maniobra de los partidos burgueses apelando a las masas.

Las llama a movilizarse, a crear comités de acción en empresas, barrios y pueblos, a formar milicias obreras que son inmediatamente armadas por la policía. Organiza por doquier mítines y manifestaciones exigiendo de Benes la formación de un gobierno Gottwald "sin reaccionarios". Procede a la detención en todo el país de los elementos más caracterizados por su anticomunismo y antisoviétismo. Amplía el Frente Nacional, dando entrada en él a los sindicatos, organizaciones cooperativas y juveniles, y otras organizaciones de masas o profesionales, controladas por los comunistas. Con esta "ampliación" – a la que los partidos burgueses, así como el socialdemócrata,

se habían opuesto tenazmente – el partido comunista se asegura el pleno control del Comité Ejecutivo del Frente Nacional, el cual adopta una plataforma que incluye la depuración de los partidos políticos y el estrechamiento de la alianza con la URSS. El ejército, cuyos principales mandos son comunistas (el ministro de la Defensa, Svoboda, simpatiza con el partido comunista), observa benévola el desarrollo de los acontecimientos. La dirección socialdemócrata – cuya sede es ocupada por socialistas de izquierda apoyados por los comunistas – da un paso más, accediendo a colaborar en la solución preconizada por el partido comunista. El 25 de febrero, Benes capitula y encarga a Gottwald la formación del nuevo gobierno, en el que los representantes de los partidos burgueses ya no son más que elementos decorativos.

El mecanismo interno de los acontecimientos resalta con evidencia: no es el libre juego del sistema democrático parlamentario el que permite a los comunistas conquistar la totalidad del poder, sino la utilización a fondo de su fuerza extraparlamentaria: las masas, la policía, el ejército. Y el buen desarrollo de la operación está protegido, contra toda intervención exterior, por los ejércitos soviéticos situados en las fronteras del norte, el este y el sur. (Para que la "presencia" soviética no deje lugar a dudas, en vísperas de la crisis llega a Praga el viceministro de Relaciones exteriores de la URSS.) Pero en lugar de explicar las cosas como son, de invocar simplemente el derecho de los trabajadores a llevar a cabo la revolución, "diferida" en 1945 – partiendo de la concepción oficial, según la cual el partido comunista es el representante consciente de la clase obrera – Gottwald declara en el parlamento, al presentar el nuevo equipo, que "el reajuste y la reconstitución del gobierno se han realizado de manera *estrictamente constitucional, democrática y parlamentaria*"(3). La ficción es revalidada en las urnas. El 30 de mayo se celebran las elecciones previstas, con sólo una "ligera" modificación: no hay más lista de candidatos que la del Frente Nacional, confeccionada, claro está, por su Comité Ejecutivo, en el cual, como hemos visto, el partido comunista se ha asegurado el control absoluto. La lista única recoge 89,92 % de los sufragios. Benes dimite el 6 de junio y, el 14 del mismo mes, Gottwald es: -elevado a la presidencia de la república. (Más adelante, partir del XX Congreso del PCUS, la ficción checoslovaca será utilizada como ejemplo concluyente de la posibilidad de la yevolución socialista por la vía pacífica y parlamentaria, "Los comunistas [checoslovacos] – dirá Micoyan en la tribuna del . XX Congreso – llegaron al poder concluyendo una alianza no sólo con los otros partidos obreros sino también con los partidos burgueses que sostenían el frente nacional único. El pueblo de Checoslovaquia venció por la vía del desarrollo pacífico de la revolución."(4).)

El coronamiento de la toma del poder por los partidos comunistas significaba, según las tesis oficiales, que los regímenes de democracia popular pasaban a ejercer las funciones de la dictadura del proletariado. Pero la concepción dogmática de la dictadura del proletariado vigente en la época estaliniana exigía que su dirección fuera ejercida por un único partido obrero, el partido marxista leninista. El "desarrollo creador" del marxismo en el periodo del Kominform se limitó a admitir la presencia en los "frentes nacionales" de partidos pequeño burgueses y agrarios, adecuadamente depurados y maniatados, sin poder alguno, que supuestamente facilitarían la irradiación de la influencia del partido comunista en las capas pequeño burguesas. (La práctica demostró rápidamente que este maquiavelismo barato no engañaba, en todo caso, más que a sus autores.) El dogma no permitió proceder análogamente con los partidos socialdemócratas. Ni siquiera con sus fracciones de izquierda. La solución fue obligarles a fusionarse con los partidos comunistas, una vez llevada a cabo, naturalmente, la correspondiente depuración. Poco antes de la reunión del Kominform, Gomulka escribió un artículo sobre la unificación socialista-comunista en el que se pronunciaba contra todo enfoque mecánico o burocrático del problema:

"¿Ninguna unidad mecánica sería capaz de reemplazar la unidad ideológica. La unidad mecánica significaría que los partidos PSP y POP, se fusionasen sin tener en cuenta las divergencias ideológicas existentes entre ellos, sin analizar las causas sociales de estas divergencias, sin definir los fines perseguidos, y los medios para conseguirlos [...] Sabemos perfectamente que la creación de un solo partido obrero es un proceso ideológico de larga duración."(5)

Dimítrov y otros líderes comunistas del este pensaban de modo parecido en aquel momento. Y, en efecto, la situación interna de los partidos socialistas en las democracias populares no permitía esperar que el "proceso ideológico", susceptible de llevar a la unificación con los partidos comunistas, pudiera recorrerse en breve plazo. A finales de 1947, las posiciones del ala izquierda se habían debilitado, como demostraron los congresos de los partidos socialistas de Checoslovaquia y Hungría. Y la misma izquierda, aun estando en principio por la unificación, divergía de los comunistas en cuestiones fundamentales, relativas a los métodos de construcción del socialismo, el régimen interno del partido, etc. No aceptaba, en particular, la sumisión al partido soviético. Pero a partir de enero de 1948, como tocados por una varita mágica, todos los partidos socialistas de las democracias populares fueron pronunciándose por la fusión con los partidos comunistas. En enero, los rumanos; en abril, los checoslovacos; en junio, los húngaros; en diciembre, los polacos y búlgaros. Se dieron fenómenos tan curiosos como éste: a fines de 1947 el 35 Congreso del Partido Socialista húngaro rechaza por sustancial mayoría la unificación con los comunistas; seis meses después, el 36 Congreso aprueba por *unanimidad* la unificación. En la reunión del Kominform celebrada en noviembre de 1949, Togliatti hizo un informe sobre los problemas de la "unidad obrera". La resolución adoptada sobre la base de ese informe registraba "los éxitos históricos logrados en los países de democracia popular en el terreno de la unidad obrera", la creación de "partidos únicos, sindicatos únicos, cooperativas únicas, organizaciones únicas de jóvenes, mujeres y otras". Y en su informe Togliatti explica que esos "éxitos históricos" "no han podido ser obtenidos más que luchando enérgica y abiertamente contra los socialdemócratas de derecha, desenmascarándolos, aislándolos, apartándolos de los puestos dirigentes, arrojándolos de las filas de los partidos socialistas; tarea que ha sido realizada con éxito, aunque lenta y débilmente a veces, por los socialistas de izquierda con la ayuda activa de los comunistas"(6). Togliatti no da más precisiones, y es inútil buscar en los textos comunistas de la época la crónica documentada de esa lucha "enérgica", de los procedimientos que sirvieron para apartar de los puestos dirigentes y excluir de los respectivos partidos a los "socialdemócratas de derecha". Si se hubiera tratado, efectivamente, de una lucha abierta de ideas, de decisiones tomadas libremente por los propios militantes socialistas, convencidos de la necesidad de la unificación, es evidente que Togliatti no se hubiera privado de analizar minuciosamente tan importante experiencia. Pero la historia de la "ayuda activa" de los comunistas a la "lentitud y debilidad" de los socialistas de izquierda está por escribir. Sus fuentes se encuentran en los archivos policíacos de los respectivos países, porque la varita mágica no fue otra – huelga aclararlo – que la depuración previa de los partidos socialistas de todos aquellos que se oponían a la unificación. Depuración llevada a cabo por la represión y la intimidación, de la que sólo han trascendido los casos más notorios de personalidades socialistas encarceladas u obligadas a exilarse(7). Entre los líderes del ala izquierda socialista que cooperaron a la operación, algunos se amoldaron al estalinismo; los más conocerían bien pronto la cárcel o el ostracismo político.

En un primer momento, la liquidación de las fuerzas políticas burguesas y el anuncio de que comenzaba la "construcción del socialismo" encontró el apoyo y despertó las esperanzas de las masas proletarias, o al menos de amplios sectores, así como de núcleos relativamente importantes de la intelectualidad. Pero la ilusión se desvaneció rápidamente, dejando paso al descontento larvado, al temor, y, sobre todo, a la apatía política. Bajo su forma "democrática popular", la dictadura del proletariado se reveló tan escasamente democrática y bastante menos popular que bajo su forma "soviética". Menos popular, entre otras razones, porque a diferencia de la URSS en las democracias populares encarnaba la dependencia de un poder extranjero. El mecanismo burocrático y policíaco que se decía representante del proletariado, al mismo tiempo que lo privaba de toda intervención efectiva en la dirección del país, era controlado, a su vez, por un mecanismo más oculto, encargado de velar por la unidad monolítica del conjunto del glacis. Una vez que los no creyentes habían sido puestos fuera de combate, la herejía pasó a ser el peligro principal en las nuevas provincias del imperio. Y Beria, el Gran Inquisidor de esos años, entró en acción con todas las consecuencias. Los depuradores empezaron a ser depurados.

La revolución herética

El 28 de junio de 1948 se hizo pública en las democracias populares la resolución del Kominform condenando a la dirección del Partido Comunista de Yugoslavia. La noticia, como decía *Le Monde* al día siguiente, produjo en todas partes "el efecto de una verdadera bomba". En los meses precedentes la prensa occidental se había hecho eco de rumores sobre dificultades entre Moscú y Belgrado (*Le Figaro* de París, por ejemplo, informó en febrero de que el Partido Comunista rumano había ordenado retirar los retratos del mariscal Tito de todos los escaparates en donde figuraba al lado de Stalin, Dimítrov y Groza(8)), pero nadie sospechaba que el conflicto pudiera alcanzar tales proporciones. Y menos que nadie los principales interesados: para los comunistas esos rumores eran *indiscutiblemente* calumnias de la prensa burguesa. Stalin no informó del conflicto – mejor dicho, de su versión del conflicto – más que a los máximos órganos dirigentes de los otros siete partidos que junto con el soviético y el yugoslavo formaban el Kominform. El resto del movimiento comunista mundial se enteró del asunto al mismo tiempo que los demás mortales.

Antes de analizar la resolución del Kominform reseñaremos sucintamente los principales antecedentes de la crisis, basándonos en las informaciones disponibles hasta hoy, todavía incompletas, porque lo mismo que en todos los problemas de este género los archivos soviéticos permanecen cerrados a la investigación histórica(9). Al conflicto surgido durante la guerra mundial entre la política de los comunistas yugoslavos y la estrategia estaliniana, siguió – como vimos en otro lugar(10) – una aproximación entre ambas políticas, en especial a partir de 1946, cuando la deterioración de las relaciones entre Washington y Moscú fue agravándose. Pero las agudas divergencias del periodo de guerra deben situarse entre las premisas de la crisis del año cuarenta y ocho, aunque sólo sea porque mostraron la existencia en la dirección comunista yugoslava de una voluntad de autonomía difícilmente compatible con las concepciones existentes en Moscú, y en el conjunto del movimiento comunista, de las relaciones entre el "partido guía" y los "guiados". De haber existido una actitud internacionalista en Moscú, el aspecto nacionalista que indudablemente iba adherido a la voluntad de autonomía yugoslava hubiera podido ir cediendo y extinguiéndose. Pero en el choque con la prepotencia del nacionalismo granruso se exacerbó cada vez más. Entre la liberación de Yugoslavia y el comienzo de la crisis que llevó a la ruptura de 1948, el conflicto latente entre ambos nacionalismos se reflejó en una serie de incidentes y problemas significativos, la mayor parte de los cuales no trascendieron de los círculos dirigentes, saliendo a la superficie en la fase aguda de la crisis, o después de la ruptura. No

limitaremos a reseñar los que tuvieron mayor alcance.

A finales de 1944, después de la liberación de Belgrado, se registraron numerosos casos de violencias y abusos contra la población civil cometidos por soldados soviéticos. Como es lógico, los elementos reaccionarios explotaban estos incidentes contra el nuevo régimen. Las masas revolucionarias, comunistas incluidos, que se habían forjado una imagen idealizada del Ejército rojo, no podían comprender el fenómeno, y menos aún que no fuesen castigados los culpables con toda energía. La cuestión se convirtió en problema político importante, y el mismo Tito, junto con los principales dirigentes yugoslavos, tuvo que plantearlo al general Korneiev, jefe de la misión soviética. La reacción inmediata del general fue calificar la gestión de ofensa al Ejército rojo. En el curso de la discusión uno de los dirigentes yugoslavos explicó que el asunto tomaba un significado político más grave por el hecho de que los miembros de la misión militar británica no cometían parecidos excesos y la población comentaba el contraste. La indignación del general Korneiev llegó al colmo: para él la constatación de ese hecho equivalía a comparar el Ejército rojo a los ejércitos de los países capitalistas, lo cual era, decía, una injuria intolerable(11) En los años siguientes Stalin sacó a relucir más de una vez este episodio en sus entrevistas con los jefes yugoslavos, y en 1948 se convirtió en una de las "pruebas" del antisovietismo de éstos(12). Casos semejantes en el comportamiento de una parte de las tropas soviéticas – contrastando con la conducta correcta de la mayoría – se habían dado también en otros países, sobre todo en Hungría, sin hablar ya de Alemania, donde la "ley del vencedor" se aplicó en gran escala. Pero en ninguno de esos países los dirigentes comunistas osaron plantear el problema a las autoridades militares soviéticas.

En mayo de 1945 se produjo otro incidente significativo, esta vez en la esfera de la política exterior. Yugoslavia había firmado en abril un pacto de ayuda mutua con la URSS. Poco después las tropas angloamericanas entraban en Trieste, donde se encontraban ya las del ejército de liberación yugoslavo. Wáshington y Londres presentaron un ultimátum a Tito, exigiéndole la evacuación de Trieste. El jefe yugoslavo solicitó en vano el apoyo soviético. A fines de mayo pronunció un discurso en Liubliana, capital de Eslovenia. Refiriéndose a afirmaciones de la prensa occidental, según las cuales Yugoslavia reclamaba Trieste no tanto para ella como para la Unión Soviética, Tito declaró con énfasis: "No queremos depender de nadie, pese a todo lo que se diga o escriba [...] No queremos ser moneda de cambio, no queremos que se nos mezcle a no se qué política de esferas de intereses." Cumpliendo indicaciones del Kremlin, el embajador soviético en Belgrado hizo saber inmediatamente a los dirigentes yugoslavos que su gobierno consideraba esa declaración como "un acto de hostilidad a la Unión Soviética" y todo nuevo acto semejante sería denunciado públicamente por Moscú(13)

Desde 1945 el contencioso Moscú-Belgrado se extendió también a la esfera económica. En la dirección del Partido Comunista yugoslavo se enfrentaron dos tendencias. La minoritaria, representada por los ministros de Finanzas y de Industria (Juyovitch y Hebrang, este segundo presidente también de la Comisión del Plan), que reflejaba el punto de vista soviético. Y la mayoritaria, encabezada por Tito, Kardelj, etc. La primera preconizaba un desarrollo económico lento, teniendo en cuenta la falta de créditos, de obreros calificados y de técnicos, así como "los intereses superiores de la URSS". La segunda preconizaba la industrialización a ritmos forzados, sobre la base de la movilización entusiasta de los trabajadores y la obtención de créditos y ayuda técnica soviéticos(14). Pero al mismo tiempo los dirigentes yugoslavos se oponían a ciertas formas de "ayuda económica" propuestas por Moscú, en particular las "sociedades mixtas". Sobre este último punto Stalin cedió aparentemente, reconociendo en una entrevista con los dirigentes yugoslavos que "las sociedades mixtas eran una forma de colaboración con países dependientes y no con los independientes y amigos". Pero la tensión persistió en relación con otros aspectos (condiciones de los créditos soviéticos, precios fijados para el comercio entre ambos países, etc.) que los dirigentes yugoslavos consideraban lesivos para el desarrollo económico nacional(15)

Otro problema que tuvo peso considerable en la crisis soviéticoyugoslava fue el de la Federación balcánica y danubiana. En contraste con las actitudes nacionalistas aludidas en el capítulo anterior (véase p. 418), los dirigentes yugoslavos y búlgaros, Tito y Dimítrov, comenzaron desde finales de 1944 a proyectar la constitución de una Federación balcánica. Pero surgieron divergencias sobre la estructura de la Federación, y por otra parte los angloamericanos hicieron saber su oposición al proyecto. Stalin, que en principio había dado su visto bueno a la idea – aunque en realidad, como se pondría de manifiesto ulteriormente, estaba lejos simpatizar con ella – aprovechó la oportunidad para pedir a yugoslavos y búlgaros que aplazasen toda negociación. Esta se reanudó en 1947. La conferencia de Bled, celebrada a finales de julio, entre los dirigentes de ambas repúblicas, llegó a una serie de acuerdos – entre otros el proyecto de unión aduanera – que equivalían a la preparación práctica de la Federación(16). Sin embargo, subsistían divergencias sobre un punto esencial: si la Federación debía componerse de ocho repúblicas en pie de igualdad (las siete que ya componían el Estado yugoslavo, más la república búlgara), que era la tesis yugoslava, o si debía asentarse en dos Estados (búlgaro y yugoslavo), como propugnaban los búlgaros, lo cual implicaba colocar a las repúblicas componentes de la Federación yugoslava en pie de inferioridad respecto a la república búlgara. En enero de 1948, Dimítrov hace una declaración sensacional exponiendo un proyecto mucho más ambicioso: el de una Federación o Confederación balcánica y danubiana que englobase todos los países de democracia popular y Grecia. (En diciembre de 1947, se había formado en las montañas del norte de Grecia el gobierno revolucionario de Markos, y la inclusión de Grecia en el proyecto de Dimítrov se fundaba, naturalmente, en la perspectiva de la victoria de la insurrección.) Dimítrov aclaraba que la cuestión "no ha sido discutida aún en nuestras conferencias":

"Cuando esté madura, *lo que llegará inevitablemente*, nuestros pueblos, los países de democracia popular, Rumania, Bulgaria, Yugoslavia, Albania, Checoslovaquia, Polonia, Hungría y Grecia – yo digo bien: ¡y

Grecia! – la resolverán. Decidirán, tanto de la forma que conviene dar al proyecto – federación o confederación – como del momento en que deberá realizarse. Lo que puedo decir es que nuestros pueblos *han comenzado ya a preparar soluciones para esos problemas.*”(17)

La declaración es insertada en *Pravda* de Moscú, pero para publicar días después (29 de enero) una nota oficiosa manifestando la oposición rotunda de la dirección soviética: ”*Pravda* – decía la nota – no podía por menos de publicar la declaración del camarada Dimítrov, aparecida en los periódicos de otros países, pero esto no significa en modo alguno que los directores de *Pravda* estén de acuerdo con el camarada Dimítrov sobre la cuestión de una federación o unión aduanera entre los países enunciados. Al contrario, los directores de *Pravda* estiman que esos países no tienen necesidad de ninguna especie, más o menos dudosa y fabricada, de federación, confederación, o unión aduanera.” Al mismo tiempo que hacía esta amonestación pública a la personalidad más prestigiosa del movimiento comunista mundial, después de la suya, Stalin convocó inmediatamente a los dirigentes búlgaros y yugoslavos. La reunión tiene lugar el 10 de febrero. Dimítrov y Kardelj intentan defender sus opiniones. Stalin no admite discusión: ordena. A Dimítrov lo apostrofa groseramente: ”Hablas a tontas y a locas sobre no importa qué. Quieres asombrar al mundo como si fueras todavía secretario de la Komintern.” Frente al proyecto de federación balcánica y danubiana exige que se lleve a cabo inmediatamente la federación yugoslava-pingara, *sobre la base del primitivo plan búlgaro*. Exige que una vez realizada proceda a la *anexión* de Albania. Al día siguiente Mólotov convoca a Kardelj y le presenta a la firma un documento por el cual Yugoslavia se obliga a consultar con el gobierno soviético toda iniciativa de política exterior(18). Inmediatamente después de esta reunión comienza por vía interna la ofensiva contra los yugoslavos, cuyo primer signo exterior fue el revelado por *Le Figaro*: la repentina desaparición de los retratos de Tito en los escaparates de Bucarest.

No es necesario extenderse en consideraciones sobre los motivos que determinaban la tajante oposición de Stalin al proyecto de Dimítrov-Tito. La idea de una asociación independiente de las democracias populares estaba en contradicción radical con todos los planes y concepciones estalinianas, y el problema interesante aquí es cómo pudo ser concebida, y sobre todo expuesta públicamente, por Dimítrov. No se dispone hasta hoy de datos que permitan esclarecerlo, pero en todo caso la posición del viejo jefe comunista, unida a la de Tito y la de Gomulka – que al parecer también era favorable a la idea de la asociación federativa de las democracias populares(19) – es signo elocuente de que en los medios dirigentes de los países del este pugnaba por abrirse paso la tendencia autonómica respecto al gran protector. La idea de la federación o confederación estaba ligada, indudablemente, a la de seguir vías originales en el desarrollo hacia el socialismo, distintas de la soviética; idea que había sido formulada en el periodo precedente, y cuyo principal teórico – en la escasa medida que puede hablarse de elaboración teórica – era Dimítrov.

En la reunión soviético-búlgaro-yugoslava de Moscú el problema de la federación balcánica y danubiana apareció ligado a la cuestión griega. Los yugoslavos y albaneses apoyaban decididamente, en la medida de sus posibilidades, la lucha armada de los comunistas griegos. Poco antes de la reunión de Moscú, el gobierno albanés había solicitado del yugoslavo el envío de dos divisiones a la frontera greco-albanesa. Belgrado dio una respuesta favorable, pero Mólotov comunicó a los yugoslavos que el gobierno soviético se oponía resueltamente, amenazando con hacer pública su actitud si los gobiernos de Tirana y Belgrado no anulaban las medidas previstas. En la reunión del 10 de febrero, Stalin planteó enérgicamente que la lucha armada en Grecia no tenía el menor porvenir y los yugoslavos debían interrumpir la ayuda a los comunistas griegos. Evidentemente, dados los medios militares que el imperialismo americano estaba empleando en Grecia, las fuerzas revolucionarias no podían vencer sin una asistencia militar soviética adecuada, y Stalin no quería comprometerse en ese terreno. (El informe de Zdanov en la reunión del Kominform es suficientemente significativo al respecto.) En cambio, la inclusión de Grecia en el proyecto de federación balcánica equivalía a proclamar públicamente que el movimiento comunista estaba dispuesto a intensificar la ayuda a los combatientes helenos. Era un desafío a Wáshington inconciliable con la estrategia estaliniana.

En todo el periodo que estamos considerando – desde la liberación de Yugoslavia hasta la ruptura de 1948 – otro conflicto de máxima importancia estuvo latente entre Moscú y Belgrado. Permaneció más soterrado y secreto que los otros – como correspondía a su naturaleza –, pero en él se jugaba decisivamente la cuestión que en realidad estaba sobre el tapete: si Yugoslavia había de ser un país independiente o una colonia "socialista". Nos referimos a la guerra subterránea que se libraron los servicios secretos soviéticos y yugoslavos desde 1945. Los primeros, montando su red, reclutando sus agentes en todos los medios, y muy principalmente en las esferas dirigentes del Partido Comunista yugoslavo y del Estado, en el ejército y la policía, en los organismos económicos y el cuerpo diplomático. Los segundos, esforzándose por impedir ese reclutamiento, tratando de descubrir y vigilar la red soviética. Historia nada nueva si no fuese porque por primera vez se desarrollaba entre dos Estados que se decían socialistas, entre dos partidos que se decían comunistas. Para vencer los escrúpulos de los comunistas yugoslavos solicitados – cogidos entre la fidelidad a su pueblo y su partido, con los que estaban ligados no sólo por la ideología y el sentimiento nacional sino por los cuatro años de sangre y sacrificios de la guerra de liberación, y la fidelidad a la Unión Soviética, expresión suprema para todo comunista de la causa revolucionaria – los agentes soviéticos recurrían a argumentos de este género: "El enemigo puede encontrarse incluso entre los dirigentes más responsables (y recordaban los casos de Trotski, Bujarin, etc.); nunca podemos estar completamente seguros, y en ese caso es preferible encomendarse a una organización superior y más experimentada como es la Unión Soviética." Los hombres de Beria solían referirse favorablemente a Tito, pero daban a entender que en el círculo próximo al mariscal habían "elementos sospechosos", a los que convenía "vigilar"(20). Lo mismo sucedía en todas las otras democracias populares, con la diferencia de que en ellas no hubo resistencia de los respectivos partidos comunistas. La resistencia de los dirigentes yugoslavos a la instalación de ese mecanismo ultraoculto, encargado – como dijimos en páginas anteriores – de asegurar la unidad monolítica del glacis en torno a la ideología y la política de Moscú, fue sin duda una de las causas principales de la ruptura entre el Kremlin y el Partido Comunista yugoslavo.

De todo lo expuesto se deduce con evidencia que el problema de cómo someter a los yugoslavos estuvo permanentemente planteado ante Stalin en los primeros años de la postguerra. Según la situación política trató de resolverlo con métodos diversos, combinando las amonestaciones y exigencias imperativas con los compromisos y concesiones. En 1946 Stalin intenta explotar la vanidad -real o supuesta del comunista-mariscal, elogiando en privado sus méritos mientras denigra a Dimítrov, Thorez, Togliatti, Pasionaria(21) Ya hemos visto la utilización que hizo Zdanov del prestigio de partido revolucionario conquistado por el PCY para corregir el oportunismo de franceses e italianos y ponerlos en la nueva línea antiamericana. En el momento de crearse el Kominform, el Partido Comunista yugoslavo parecía ser el más compenetrado con el viraje político decretado por Stalin. Pero precisamente ese viraje llevó el conflicto soterrado a su fase abierta y a la ruptura. La estrategia antiamericana de Stalin se proponía batir la ofensiva de Wáshington en aquellas zonas y cuestiones consideradas como vitales para los intereses soviéticos, pero incluía la perspectiva de un arreglo general que reconociese la primacía de los intereses americanos en otras zonas y problemas. Una de esas zonas era precisamente el sur de los Balcanes. Stalin no ponía en discusión el *statu quo* establecido en la península, que implicaba la dominación americana en Grecia y el rechazo de las reivindicaciones yugoslavas sobre Trieste y la Carintia eslovena, así como de las aspiraciones macedónicas a la reunificación nacional. En cambio, la política exterior yugoslava estaba centrada en la lucha contra ese *statu quo* y encerraba el peligro de un conflicto mayor con Wáshington en el que se viese envuelta la Unión Soviética. Para la nueva estrategia estaliniana, el "aventurerismo" yugoslavo pasaba a ser un peligro más grave que el oportunismo gubernamental y parlamentario de los comunistas franceses e italianos. De todas maneras, no parece que este problema haya sido la causa esencial de la ruptura. A juzgar por las informaciones existentes, los dirigentes yugoslavos se hubieran plegado probablemente a las necesidades de la política exterior estaliniana. El punto de ruptura, sin duda, se situó en el problema del glacis. La actitud independentista yugoslava era incompatible con el plan integracionista de Stalin. Se convertía en un peligro para el conjunto del plan, no sólo para su realización en el marco yugoslavo.

Y después de la reunión del Kominform los dirigentes yugoslavos no habían cedido un ápice en esa actitud(22). La bomba del proyecto de federación balcánica y danubiana lanzada por Dimítrov puso de manifiesto hasta qué punto el peligro de contagio existía en otras democracias populares(23). Las cosas habían llegado suficientemente lejos como para agotar la paciencia de Stalin y provocar la explosión de su enfermiza desconfianza. Era urgente matar el virus en su foco, antes de que se propagase excesivamente. Sin duda, en la determinación de Stalin influyó también la creencia en su infalibilidad, en su poder omnipotente. Como revelaría Jrushev en el "informe secreto" ante el XX Congreso, Stalin creía que le bastaba con mover su dedo meñique para acabar con Tito. Confiaba en que los comunistas yugoslavos, puestos en el dilema de escoger entre la Unión Soviética y Yugoslavia, entre Stalin y Tito, no vacilarían. Y probablemente sus servicios secretos, informando de acuerdo con los deseos del jefe, contribuyeron no poco a robustecer tal creencia.

El primer movimiento del dedo meñique estaliniano consistió en comunicar a los yugoslavos, en los últimos días de febrero, que no debían enviar a Moscú la delegación comercial prevista para el mes de abril, a fin de renovar el acuerdo comercial existente entre ambos países. Significaba, en la práctica, la ruptura de las relaciones comerciales, y ponía a Yugoslavia en situación extremadamente difícil porque todo su intercambio estaba orientado hacia la Unión Soviética y las democracias populares. La URSS absorbía el 50 % de las exportaciones yugoslavas y abastecía a la república de materias primas vitales como el petróleo. El 1 de marzo se reúne el Comité Central del Partido Comunista yugoslavo. Tito y Kardelj (que acaba de regresar de la entrevista con Stalin en Moscú) plantean claramente la situación creada. El Comité Central decide resistir a la presión soviética en todos los terrenos. Según se supo más tarde, algunos de los miembros del Comité Central y del gobierno figuraban entre los agentes reclutados por los servicios secretos soviéticos e informaron inmediatamente de las decisiones adoptadas. A partir de este momento los movimientos del dedo meñique se hacen más amenazadores. El 18 de marzo, la embajada soviética en Belgrado comunica a Tito que Moscú ha decidido retirar los consejeros e instructores militares enviados para ayudar a la modernización del ejército yugoslavo. Al día siguiente comunica la retirada de los especialistas civiles (ingenieros, técnicos, economistas, etc.). Moscú justifica la primera medida con el argumento de que los consejeros e instructores militares son tratados inamistosamente. Y la segunda porque no se permitía a los especialistas civiles obtener de cualquier ciudadano yugoslavo las "informaciones económicas" que deseasen, habiéndose ordenado que para obtener tales informaciones los especialistas soviéticos debían dirigirse a la dirección del Partido Comunista yugoslavo o al ministerio correspondiente(24). Tito escribe inmediatamente a Mólotov expresando el asombro de la dirección yugoslava ante las justificaciones de Moscú. "Nuestras relaciones con los consejeros soviéticos – dice la carta – no son sólo buenas sino fraternales", y en cuanto a las "informaciones económicas" aclara que la decisión tomada se explica "porque los funcionarios de nuestros ministerios se habían habituado a transmitir informaciones a no importa quién, a consecuencia de lo cual se han divulgado secretos de Estado que han podido caer, y a veces han caído, en manos de nuestros enemigos comunes." Y precisa: "No existe ninguna disposición oficial, contrariamente a lo que se pretende en vuestro telegrama, a propósito del derecho de nuestros funcionarios a transmitir informaciones de carácter económico a los servicios soviéticos sin autorización de nuestro gobierno o del Comité Central." La carta concluye así:

"Para nosotros está claro que las razones invocadas no son las verdaderas. Nos gustaría que vuestro gobierno dijera francamente lo que no marcha e impide que las relaciones entre nuestros dos países sean tan cordiales como antes. Os ponemos en guardia contra informaciones que podáis obtener de fuentes no oficiales. No son forzosamente imparciales, precisas o bien intencionadas."

Con esta carta se inicia la escalada epistolar que desembocará en la reunión del Kominform (segunda quincena de junio) y la publicación (28 de junio) de la resolución allí adoptada condenando la herejía yugoslava.

Stalin responde el 27 de marzo. Comienza calificando de "embusteras", y por tanto "absolutamente insatisfactorias", las explicaciones de Tito. Insiste en el "derecho" de los especialistas soviéticos a obtener "informaciones" de quien bien les plazca. Y acumula nuevos cargos contra los yugoslavos.

En primer lugar, uno que le parece particularmente intolerable al jefe del Estado soviético, en el cual, como es notorio, todo comunista extranjero pudo siempre circular libremente, sin sufrir la menor vigilancia, y obtener las informaciones que le viniera en gana. "Los representantes soviéticos – dice la carta – son sometidos al control y la vigilancia de los órganos de seguridad yugoslavos. No son tratados así más que en los países burgueses, y no en todos." Otro cargo es el siguiente: "En los medios dirigentes del PCY circulan declaraciones antisoviéticas, como por ejemplo: el PC (bolchevique) degenera; en la URSS reina el chovinismo de gran potencia; la URSS aspira a subyugar económicamente a Yugoslavia; el Kominform es un instrumento del PC (b) para avasallar a otros partidos comunistas." "Estas declaraciones antisoviéticas – agrega Stalin – se disimulan, por lo general, tras frases izquierdistas, como que "el socialismo en la URSS ha cesado de ser revolucionario". "Declaraciones" tan alejadas de la verdad indignan a Stalin, sobre todo porque se hacen *sotto voce*, a escondidas, cuando no hay ningún inconveniente para que las críticas sean francas y públicas. Stalin nunca ha puesto cortapisas a las críticas de los otros partidos.

"Nosotros – dice en su carta – reconocemos incondicionalmente al Partido Comunista yugoslavo, lo mismo que a todo partido comunista, el derecho de criticar al PC (b), como el PC (b) tiene igualmente derecho de criticar cualquier otro partido comunista. Pero el marxismo exige que la crítica sea franca y honesta, no disimulada y calumniosa, privando al criticado de la posibilidad de responder."

Stalin nunca ha privado a nadie de la posibilidad de responder. En cambio los críticos yugoslavos le ponen a Stalin en esa triste situación.

"De ahí que semejante crítica sea calumniosa, una tentativa de desacreditar al PC (b) y de destronar al sistema soviético."

Pero el "sistema soviético" sabe defenderse.

"No es inútil recordar – sigue diciendo Stalin – que cuando Trotski decidió declarar la guerra al PC (b) comenzó igualmente por acusarle de degeneración, de estrechez nacionalista, de chovinismo. Bien entendido, disimulaba esas acusaciones bajo frases izquierdistas sobre la revolución mundial. Se sabe que Trotski era un renegado y que más tarde, desenmascarado, pasó abiertamente al campo de los enemigos jurados del PC (b) y de la Unión Soviética. Pensamos que la carrera política de Trotski es bastante instructiva."

Después de tratar otros problemas, la carta terminaba con el mismo estribillo: "Estimamos que la carrera política de Trotski comporta una lección suficiente."

Una vez que ha emplazado a los dirigentes yugoslavos, en términos tan estimulantes, a ejercer su derecho de crítica al PC (b), Stalin pasa a ejercer el derecho de crítica del PC (b) al partido yugoslavo en cuestiones relativas a la vida interna de éste y a su política. Stalin manifiesta honda preocupación porque en el PCY no existe democracia interna, la mayoría del Comité Central no ha sido elegida sino "coptada", no se practica la crítica y autocrítica, y, sobre todo, los cuadros del partido se encuentran bajo la vigilancia de Rankovitch, ministro del Interior. En el partido bolchevique nunca ha ocurrido nada parecido, y por eso – dice Stalin – "es comprensible que no podamos considerar tal organización de partido comunista como marxista leninista, como bolchevique". En lo que se refiere a la política del PCY, a Stalin le inquietan, fundamentalmente, dos aspectos. El primero, que el PCY no lucha con suficiente energía contra los kulaks, cayendo en el bujarinismo. Y el segundo, que en lugar de ejercer su papel dirigente abiertamente lo hace a través del Frente Popular. (El FP en Yugoslavia, a diferencia de los frentes populares de otros países, no era una coalición de partidos, sino un movimiento de masas con un programa revolucionario, forjado en el curso de la guerra de liberación.)

En esta carta Stalin concentra el ataque, citándolos nominalmente y calificándolos de "marxistas dudosos", contra Djilas, Vukmanovitch, Kidritch y Rankovitch, que regentaban, respectivamente, los ministerios de Prensa y Propaganda, Ejército, Economía e Interior, es decir, los ministerios en los que el NKVD tenía mayor interés en infiltrarse. Si Tito liquidaba esos "marxistas dudosos", que "hablaban mal de la Unión Soviética", las cosas podían arreglarse. Los afectados ofrecieron a Tito su dimisión, pero el jefe yugoslavo tenía suficiente experiencia kominterniana como para saber a

donde llegaría si empezaba a hacer concesiones de ese género. El 12 de abril se reunió el Comité Central del PCY para examinar la carta de Stalin. Con la excepción de dos miembros, que resultaron ser agentes del NKVD, el Comité Central rechazó de plano las acusaciones y pretensiones de Stalin y aprobó una firme respuesta, en la que entre otras cosas se decía: "Pese a todo el amor que cada uno de nosotros profesa por la patria del socialismo, por la Rusia soviética, no podría, en manera alguna, cesar de amar en la misma medida a su propio país, que también marcha por la vía del socialismo, y por cuya república federativa popular han caído cientos de miles de sus mejores hijos." En relación con el problema de los especialistas soviéticos, militares y civiles, la carta recordaba que en 1946 el gobierno yugoslavo había informado a Moscú de las dificultades con que tropezaba para pagarles los sueldos excesivamente elevados – comparativamente a los existentes en el país – fijados por el gobierno soviético. Un especialista soviético con el grado de coronel o teniente coronel, por ejemplo – se dice en el documento – percibe emolumentos cuatro veces superiores a los de un general yugoslavo con rango de jefe de cuerpo de ejército, y tres veces superiores a los de un ministro del gobierno federal. Y la carta del Comité Central concluye sobre este punto: "Nosotros vemos la cuestión no sólo como un problema financiero sino como un error político, porque nuestro pueblo no puede comprenderlo." El asunto en el que el Comité Central yugoslavo se muestra más firme es el referente a las actividades del NKVD:

"Nosotros consideramos inadmisibles que los servicios de información soviéticos recluten a nuestros ciudadanos para llevar a cabo actividades en nuestro propio país. Es una acción que nos parece contraria a nuestro interés nacional. Y se desarrolla pese a las protestas de nuestros servicios de seguridad, que han precisado su carácter intolerable [...] Tenemos pruebas de que los servicios soviéticos de información siembran la duda sobre nuestros jefes, destruyen su crédito, presentándolos como incompetentes y sospechosos [...] No se puede invocar que se trata de la lucha contra un país capitalista, y nos vemos forzados a la conclusión de que se amenaza nuestra unidad interior, se sabotea la confianza en nuestros dirigentes y se quebranta la moral de nuestro pueblo. El servicio de información soviético no es leal y bienintencionado para con nuestro país, que sin embargo está en la vía del socialismo y es el más fiel aliado de la Unión Soviética. No podemos aceptar que el servicio de información soviético extienda su red en Yugoslavia. Contamos con nuestro propio servicio de seguridad y de información para la lucha contra ciertos elementos capitalistas extranjeros y contra nuestros enemigos de clase internos: si las organizaciones soviéticas necesitan informaciones o ayuda en este dominio no tienen más que dirigirse a nosotros, como recíprocamente hemos hecho siempre en lo que nos concierne."(25)

La reunión del Comité Central yugoslavo del 12 de abril de 1948 fue la primera derrota histórica de Stalin. Por primera vez se encontraba con que la mayoría aplastante del Comité Central de uno de los principales partidos comunistas desafiaba sus recriminaciones y sus órdenes. Por primera vez, no sólo la dirección de un partido comunista, sino una revolución y un Estado revolucionario dirigidos por comunistas, resistían a su *dicktat* y osaban enfrentarse con la temible NKVD.

Uniéndolo, en efecto, la acción a la palabra, los servicios de Rankovitch comenzaron a detener los funcionarios del partido y del Estado que se sabía en manos de los servicios soviéticos. Al mismo tiempo la dirección del partido informaba por vía interna de lo que ocurría a los militantes más caracterizados. La historia de Trotski había sido más instructiva de lo que Stalin se figuraba para los comunistas veteranos yugoslavos. Pero la batalla no hacía más que comenzar.

Stalin pone en marcha el mecanismo del Kominform. Para eso, muy principalmente, lo había creado. Envía a los dirigentes de los partidos miembros copia de su carta del 27 de marzo al PCY, y sin adjuntar las cartas de éste les exige que tomen inmediatamente posición. No necesitan conocer las razones yugoslavas. Les basta con saber lo que piensa Stalin. Los documentos donde fijen su posición – advierten desde Moscú – no deben ser enviados directamente a los yugoslavos sino sólo a Stalin. El PC (b) se encargará de remitirlos al PCY. No se conocen los textos de las respuestas. Según las referencias de los yugoslavos estaban cortadas por el mismo patrón, apoyando incondicionalmente las posiciones de Stalin, emulando en las calificaciones injuriosas y exigiendo a la dirección del PCY entonar su *mea culpa*. La respuesta de Rakosi indignó particularmente a los yugoslavos, que tenían frescas en la memoria las tropelías de las tropas fascistas húngaras durante la

guerra. Rakosi, además, se había quejado varias veces, en plan confidencial, a los dirigentes comunistas yugoslavos, del comportamiento del ejército ruso en Hungría, acusándolo de saquear el país y de manifestar tendencias antisemitas. La respuesta búlgara no difería en lo esencial, pese a que Dimítrov había estimulado a los yugoslavos, según versión de éstos, a mantenerse firmes(26). Bajo el peso de su formación ideológica, y tal vez también por consideraciones tácticas, el viejo león de Leipzig retrocedió mansamente cada vez que sus conflictos con Stalin le pusieron al borde del Rubicón.

La nueva carta de Stalin (respuesta a la yugoslava del 13 de abril) fechada el 4 de mayo, marca un nuevo grado en la escalada. Afirma que "el embajador americano en Belgrado se comporta como el amo del país", que "los ministerios y los organismos del partido estaban llenos de amigos y primos del general Neditch" (el *Quisling* yugoslavo). Pero, sobre todo, esta carta hiere en lo vivo a los yugoslavos porque trata de rebajar el papel de los comunistas y del ejército revolucionario yugoslavos en la liberación del país y en la victoria de la revolución, atribuyendo el mérito decisivo a los ejércitos soviéticos. Refiriéndose a mayo de 1944, después del ataque alemán contra el cuartel general de Tito, la carta de Stalin dice, en efecto:

"El movimiento de liberación nacional en Yugoslavia sufrió una aguda crisis, que no fue superada hasta que el ejército soviético derrotó a las tropas alemanas de ocupación, liberó Belgrado y creó así las condiciones indispensables para el advenimiento del partido comunista."

Con su reconocida pericia en la manipulación de la historia, Stalin la deformaba esta vez – contradiciendo la versión que cuatro años atrás habían dado los propios soviéticos de los acontecimientos yugoslavos en el verano de 1944(27) – a fin de denigrar al PCY, y de enzizañar contra él a los otros partidos del Kominform. El párrafo citado terminaba, en efecto, diciendo: "Los méritos de los partidos comunistas de Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria y Albania no son menores que los del Partido Comunista yugoslavo." Y en cuanto a los de Francia e Italia, su única "desgracia" fue que "el ejército soviético no pudo ayudarlos como al PCY". Sin embargo – prosigue Stalin – "los jefes de esos partidos son modestos y no alardean de sus éxitos, mientras que los jefes yugoslavos atruenan los oídos de todo el mundo con su fanfarronería". Después de resumir sus acusaciones y agregar otras nuevas, como que el viceministro de Relaciones Exteriores era un agente inglés, lo mismo que el embajador yugoslavo en Londres y algunos funcionarios más – todo esto sin aducir prueba alguna – Stalin escribe:

"Los dirigentes yugoslavos deben tener en cuenta que permaneciendo sobre tales posiciones se privan del derecho a pedir ayuda material o de otro género a la Unión Soviética, porque la Unión Soviética no puede ayudar más que a los amigos."

En esta carta Stalin rechaza la propuesta que le habían hecho los yugoslavos, en la última suya, de que una delegación del PC (b) se trasladara a Yugoslavia para comprobar sobre el terreno que la situación no era tal como se pintaba en Moscú. Propone, en cambio, que el asunto sea llevado ante el Kominform. El Comité Central yugoslavo se reúne el 9 de mayo y rechaza ese procedimiento en los siguientes términos: "No rehuimos la crítica en cuestiones de principio, pero nos sentimos en tal situación de inferioridad que nos es imposible aceptar, por el momento, que el asunto sea debatido ante el Kominform. Sin que nosotros hayamos sido consultados, nueve partidos están en posesión de vuestra primera carta y han tomado ya posición en resoluciones." La reunión del Comité Central examinó los casos de los dos dirigentes del partido y miembros del gobierno (Juyovitch y Hebrang) que se habían descubierto como agentes de Stalin, acordando instruirles proceso. De Moscú llegó un telegrama amenazador, y el NKVD preparó un plan para rescatar a Juyovitch y llevárselo a la Unión Soviética en avión. Cuando trató de realizarlo era tarde: Juyovitch estaba en la cárcel. El 19 de mayo llegó a Belgrado un mensajero del Kremlin renovando la invitación a la reunión del Kominform. El Comité Central volvió a debatir el asunto y ratificó la negativa. Según posteriores revelaciones yugoslavas, además de las razones expuestas más arriba se estimó que no había garantías de que la delegación regresara sana y salva. El espectro del año 1937 estuvo presente. (Numerosos comunistas yugoslavos fueron ejecutados aquel año en Moscú, y Tito no olvidaba tampoco el precedente de lo ocurrido entonces con el Buró Político del Partido Comunista de

Ucrania, el cual había adoptado posiciones críticas respecto a la política nacionalista granrusa de Stalin. Para hacerle entrar en razón, Stalin envió Mólotov a Kiev. No habiendo logrado modificar la actitud del Buró Político, Mólotov reunió el pleno del Comité Central ucraniano, pero éste respaldó por mayoría la posición del Buró Político. En vista de ello Stalin invitó a los miembros del Buró Político a trasladarse a Moscú para discutir el asunto. Al entrar en el Kremlin fueron detenidos por el NKVD y fusilados poco después. En cierto modo, Tito era un superviviente de las terribles purgas estalinianas de los últimos años de la década del treinta, lo que explica, en no poca medida, sus clarividentes reacciones de 1948(28.)

Stalin recurrió a nuevas presiones para conseguir que el PCY compareciera ante el tribunal del Kominform. En su última carta (22 de mayo) acusa a los yugoslavos de romper con el "frente socialista unido de las democracias populares y con la Unión Soviética", y por primera vez habla de traición. Pero la dirección yugoslava se mantiene firme. El 25 de mayo anuncia públicamente la decisión de convocar el congreso del partido para que todos los militantes puedan pronunciarse con conocimiento de causa sobre el conflicto. Comienzan a celebrarse asambleas generales de las organizaciones locales en las que son leídas las cartas cruzadas entre Stalin y Tito. Los delegados al congreso son elegidos democráticamente, uno por cada doscientos afiliados. El corresponsal de la Tass es invitado a la asamblea de la organización de Belgrado. Finalmente, desvanecidas todas las esperanzas de conseguir la asistencia de los yugoslavos, el Kominform se reúne sin ellos y adopta la resolución propuesta por los soviéticos, que agrupa y resume los elementos esenciales de las cartas de Stalin. En nota aparte reproducimos sus pasajes principales(29). Según informaciones yugoslavas, la delegación soviética, integrada por Zdanov, Málenkov y Suslov, encontró cierta resistencia en algunas de las otras delegaciones, que estimaban excesivamente duro el texto presentado. Para disipar toda duda, Zdanov declaró: *sabemos positivamente que Tito es un espía imperialista*(30). De momento, esta acusación *definitiva* no fue inscrita en la resolución del Kominform. Había que preparar el terreno en el movimiento comunista y suministrar las "pruebas". La campaña de terrorismo ideológico desencadenada sobre la base de la resolución del Kominform serviría para preparar el terreno. Y el proceso de Rajk, un año después, para suministrar las "pruebas" de análoga manera a como los procesos de Moscú de 1937-1938 suministraron las "pruebas" de que Trotski era un espía de la burguesía mundial desde su más tierna infancia.

A la cabeza de la resolución figura el verdadero motivo de la condena: la resistencia de los jefes yugoslavos a la dominación soviética. El delito, claro está, es presentado de la manera que mejor puede provocar la indignación de todo buen comunista: "Difamación contra los especialistas militares soviéticos y descrédito del Ejército rojo", persecución de los especialistas civiles soviéticos, constreñidos a "un régimen especial en virtud del cual han estado sometidos a la vigilancia de los órganos de seguridad del Estado yugoslavo y han sido seguidos por sus agentes", "propaganda calumniosa sobre la "degeneración" del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS, sobre la "degeneración" de la URSS, etc., tomada del arsenal del trotsquismo contrarrevolucionario". El resto de la resolución está dedicado en su mayor parte a la "crítica" de los supuestos errores políticos del PCY (la actitud "antisoviética", se entiende, es algo más que un error: es un crimen) y tiene como principal finalidad demostrar que el "antisovietismo" va indefectiblemente acompañado de graves desviaciones políticas y teóricas del marxismo-leninismo. En la reunión constituyente del Kominform los dirigentes yugoslavos, igual que los representantes de los demás partidos integrantes del nuevo organismo, habían informado detalladamente sobre todos los aspectos de su política, y ni los delegados soviéticos, ni ningún otro de los asistentes, les hizo la menor crítica. Al contrario, el PCY fue considerado como ejemplo de partido consecuentemente revolucionario, y a título de tal desempeñó como vimos, el papel de fiscal del oportunismo francoitaliano. En septiembre de 1947, por tanto, el Kominform consideraba la política del PCY perfectamente marxista-leninista; en junio de 1948 decidió que esa misma política no tenía nada de marxista-leninista. La calificó de nacionalista, bujarinista, menchevique, trotsquista, antisoviética.

El PCY había sido el único, entre los componentes del Kominform, en fundir la guerra antifascista con la revolución anticapitalista. Ahora se veía acusado de abandonar la "teoría marxista de las clases y de la lucha de clases" por los mismos que habían seguido una línea de colaboración de clases a escala internacional y nacional. La resolución del Kominform incluía en la teoría marxista el dogma estaliniano según el cual la lucha de clases se "agudiza" indefectiblemente en la fase de transición del capitalismo al socialismo, y condenaba a los yugoslavos por no tenerlo en cuenta. Según el documento, el PCY no luchaba consecuentemente contra los kulaks. La acusación figuraba ya en la carta de Stalin del 27 de marzo, y los dirigentes yugoslavos, impresionados al parecer por esta crítica del depositario de la ortodoxia, cometieron el error de anunciar inmediatamente la pronta liquidación no sólo de los kulaks sino del pequeño comercio y la pequeña industria privada. En vista de ello la resolución del Kominform les acusaba también de irresponsabilidad y aventurerismo.

En segundo lugar, el Kominform denunciaba a la dirección yugoslava por revisionista en relación con la doctrina marxista-leninista sobre la función dirigente del partido. El PCY había sido el único en Europa (junto con el griego) en no concebir la unidad de la Resistencia como una coalición por arriba con los partidos burgueses, sino como un movimiento de masas, revolucionario, con una perspectiva socialista. El Frente Popular, expresión política organizada de ese movimiento, adquirió influencia y prestigio, y los dirigentes comunistas consideraron oportuno que en una serie de casos fuera el Frente Popular y no el PC el que presentara ante el país iniciativas y medidas que en realidad habían nacido en la dirección del PC. En la práctica, los comunistas tenían plenamente en sus manos la dirección del Estado, no sólo por la influencia decisiva que habían conquistado en el curso del proceso revolucionario sino porque controlaban todos los puestos clave, y en primer lugar el ejército y la policía. No había riesgo alguno de que les escapase la dirección de la revolución, pero Stalin aprovechó el hecho que acabamos de indicar para acusar a Tito y sus colaboradores de "tendencias liquidadoras respecto al PCY". En tercer lugar, el Kominform acusaba a los dirigentes del PCY de haber creado en el seno del partido un "régimen burocrático", a consecuencia del cual en el partido no existía "ni democracia interior, ni elegibilidad de los órganos dirigentes, ni crítica y autocrítica". Lo que era el régimen común a todos los partidos comunistas – la elección de los órganos dirigentes, allí donde aparentemente se realizaba, consistía en "elegir" los candidatos previamente seleccionados por la dirección existente –, el Kominform lo endosaba exclusivamente al PCY, cargando además las tintas, calificándolo de "régimen vergonzoso, puramente turco [*sic*] y terrorista". Es decir, se atribuía al PCY el régimen que Stalin había instaurado hacía tiempo en el partido soviético, como el XX Congreso pondría al descubierto unos años después. En una de sus cartas, Stalin acusaba los dirigentes del PCY de no haber convocado aún, terminada la guerra, el congreso del partido. Este cargo no figura en la resolución del Kominform, posiblemente porque entre tanto los yugoslavos habían decidido celebrar inmediatamente el congreso, pero tal vez también porque alguien haría notar discretamente a Stalin que el partido soviético llevaba diez años sin convocar el suyo y aún no se sabía cuando tendría lugar. (El XIX Congreso del partido soviético no se celebró hasta fines de 1952, es decir, catorce años después del XVIII.)

El PCY no era, desde luego, un dechado de democracia, pero en aquella ocasión sus dirigentes comprendieron – y eso les salvó, a ellos y a la revolución – que no podían resistir a la embestida estaliniana más que recurriendo a la base del partido y a las masas trabajadoras. Cosa que estaban en condiciones de hacer gracias a la profundidad y autenticidad de la revolución yugoslava. Como ya sabemos, a diferencia de lo ocurrido en los otros países del este, donde el factor decisivo de la liberación fue el ejército soviético, en Yugoslavia lo fue la lucha armada del pueblo, organizado y dirigido por el partido comunista. Los máximos dirigentes comunistas de las otras democracias populares llegaron a sus países en los furgones del ejército soviético, y aquellos que como Gomulka, Rajk y algunos más, lucharon sobre el terreno, quedaron inmediatamente flanqueados, después de la liberación, por los venidos de Moscú, cuando no pasaron a desempeñar papeles subalternos. Tito y sus camaradas habían compartido con los combatientes riesgos y penalidades. De ahí que entre ellos y las masas existiera confianza y compenetración recíprocas. Guerra y

revolución habían remodelado a dirigentes y dirigidos, fundiéndolos en un mismo espíritu nacional-revolucionario. Ciertamente, la masa de comunistas yugoslavos padecía la misma alienación ideológica que los comunistas de otros países: su conciencia estaba obnubilada por el fetichismo de las mercancías ideológicas avaladas por la legendaria etiqueta del Octubre soviético. Esta era la principal baza en el juego de Stalin. La dirección del PCY se dio cuenta desde el primer momento que para conseguir la desalienación del conjunto del partido el único revulsivo eficaz era la verdad. Poner a su disposición todos los elementos del problema: cartas de Stalin, resolución del Kominform, respuestas yugoslavas, actividades de los servicios secretos, corte unilateral de las relaciones comerciales, etc. Que cada uno pudiera contrastar los hechos y las palabras.

La resolución del Kominform terminaba con un llamamiento a los comunistas y al pueblo yugoslavos para que derrocaran a la dirección titista. Stalin y sus asociados estaban convencidos de que la primera medida de Tito sería ocultar al país el documento, impedir su difusión. En el mismo texto se decía que los dirigentes del PCY "han tomado el camino de la mentira flagrante respecto a su partido y su pueblo, ocultan al Partido Comunista de Yugoslavia la crítica de la política errónea de su Comité Central". Cuando esto se escribía hacía semanas que las cartas de Stalin se estaban leyendo en las asambleas de las organizaciones locales del PCY. Inmediatamente de aparecer la resolución del Kominform, *Borba*, órgano central del PCY, hizo una tirada de medio millón de ejemplares reproduciendo el texto íntegro del documento, acompañado de la respuesta yugoslava. Este número de *Borba* salió a la calle el 30 de junio. El 5 de julio Duclos escribía en *L'Humanité*: "El hecho de que los dirigentes yugoslavos no han publicado la resolución del Buró de Información demuestra que no están seguros de sus argumentos y temen hacer la luz ante el pueblo." El embajador yugoslavo en París requirió en vano al director de *L'Humanité* para que rectificase. Ninguno de los partidos del Kominform, que acababan de acusar al PCY de falta de "democracia interna", publicaron la respuesta del Comité Central del PCY a la resolución del Kominform. Ni tampoco la proporcionaron a sus militantes por vía interior.

Muchos comunistas yugoslavos creyeron que Stalin había sido engañado. Para hombres que profesaban la religión estaliniana no era fácil, aún disponiendo de todos los elementos de juicio conocidos en aquel momento, situarse de golpe en el terreno del marxismo laico. Máxime teniendo en cuenta que el papa del Kremlin se encontraba entonces en el apogeo de su gloria. En una reunión de comunistas de Belgrado se acordó enviarle un telegrama diciéndole: "Creemos sinceramente en usted. Creemos que hará lo posible para hacer callar esta injusta acusación contra nuestro partido y nuestro Comité Central."(31) Los jefes del PCY no se enfrentaron durante un tiempo con esta corriente. Comprendían que la liquidación del mito Stalin requería la intervención de la experiencia práctica de cada militante. Y por otra parte, no perdieron la esperanza de que ante la firme y casi unánime reacción del partido y del pueblo en Yugoslavia los jefes soviéticos diesen marcha atrás y pudiera llegarse a un arreglo. El V Congreso del PCY, celebrado el 21 de julio, transcurrió bajo esta ilusión. Al mismo tiempo que reafirmó enérgicamente las posiciones del partido y rechazó las acusaciones del Kominform, Tito declaró: "Esperamos que los camaradas dirigentes del Partido Comunista bolchevique de la URSS nos darán la posibilidad de probar aquí, sobre el terreno, todo lo que la resolución [del Kominform] comporta de injusto."(32) Y, la resolución aprobada por el congreso, al mismo tiempo que rechazaba categóricamente la requisitoria del Komintern, autorizaba el reingreso en él del PCY una vez resuelto el conflicto con el partido soviético. Después de elegir la nueva dirección por escrutinio secreto – era la primera vez que tal cosa se hacía en un partido comunista – el congreso clausuró sus sesiones con vivas a Stalin y a la Unión Soviética, alternados con los vivas a Tito.

La respuesta inmediata de Stalin fue organizar un golpe de Estado contra Tito. El NKVD contaba con tres generales yugoslavos, entre ellos el jefe del Estado Mayor, que gozaban de prestigio por su papel en la guerra de liberación. Pero habiendo fracasado en el intento de arrastrar a otros oficiales, los tres generales trataron de escapar a la Unión Soviética, sin lograrlo. El jefe del Estado Mayor fue muerto por un guardia frontera yugoslavo y los otros dos detenidos poco después. Este episodio puso de manifiesto que pese a la adhesión aplastantemente mayoritaria del partido y el pueblo a la

política de Tito, Stalin podía contar con auxiliares entre los comunistas yugoslavos. Unos porque se habían comprado con los servicios secretos soviéticos y otros porque su formación ideológica estalinista era más fuerte que cualquier otra consideración. Frente a este peligro la dirección del PCY recurrió a métodos análogos a los de Stalin: los servicios secretos, la policía, todos los resortes coactivos del Estado. Ya en el congreso, Tito había planteado la necesidad de ser "implacables contra todas las tentativas de dislocar" la unidad del partido y de los pueblos yugoslavos. Y en las resoluciones aprobadas por el congreso se llamaba a intensificar la vigilancia y depurar el partido. Pero simultáneamente la dirección del PCY persistió en el método de permitir al pueblo contrastar las palabras con los hechos. No se interceptaron las emisiones soviéticas, que desencadenaron una formidable campaña de denigramiento contra los dirigentes yugoslavos. Fueron masivamente difundidas las cartas de Stalin. En la prensa se polemizaba abiertamente con los "argumentos" del adversario. Poco a poco el mito de Stalin fue desvaneciéndose en el espíritu de los comunistas yugoslavos, reemplazado por la evocación de los zares que en otros tiempos encubrieron sus proyectos de expansión balcánica con la divisa de liberar del yugo turco a los eslavos del sur. Las torpes alusiones de la propaganda soviética a la amistad eterna de Rusia con Serbia contribuían a esclarecer la continuidad histórica de la política moscovita. Y en el mismo sentido influían los repetidos incidentes en las fronteras de Yugoslavia con Hungría, Rumania y Bulgaria, así como los inquietantes movimientos de las tropas soviéticas estacionadas en esos países. En una palabra, los comunistas y el pueblo yugoslavos adquirieron la convicción de que la avalancha de acusaciones ideológicas ocultaba, en realidad, la amenaza a la independencia nacional tan duramente conquistada.

Todavía hoy se desconocen las razones concretas de que Stalin no recurriese en definitiva al procedimiento expeditivo que perfilaban esos síntomas alarmantes. Puede suponerse que la tensión internacional existente en aquel momento pesó de manera considerable. No podía descartarse que una intervención militar soviética en Yugoslavia fuera seguida de otra americana, prolongación de la que ya tenía lugar en Grecia, con todos los riesgos de generalización del conflicto que tal eventualidad implicaba. Por otra parte, el ejército popular yugoslavo, su experiencia de la lucha guerrillera, no eran datos despreciables. La prudencia de Stalin facilitó indudablemente el éxito de la resistencia yugoslava. Puede suponerse, también, que pese al fracaso inicial de la intimidación ideológica y al aborto del golpe de Estado, Stalin confiara en el derrumbamiento a breve plazo del Estado hereje, cuya situación no podía ser más angustiosa. La ofensiva estaliniana coincidía, en efecto, con una serie de provocaciones de las potencias occidentales. Durante los tres primeros meses de 1948 los aviones americanos violaron 21 veces el espacio aéreo yugoslavo. Y en el curso de la campaña electoral italiana las fuerzas reaccionarias, ligadas a los americanos, acusaron a Yugoslavia de haber instalado rampas de lanzamiento de V-1 y V-2 en la proximidad de la frontera italiana, así como de concentrar tropas para atacar Trieste. Los Estados Unidos, Inglaterra y Francia aprovecharon el momento para revisar determinadas cláusulas del tratado de paz con Italia y cederle Trieste. Pero la situación era dramática sobre todo en el aspecto económico. El corte de las relaciones comerciales con la Unión Soviética y su rápida deterioración con las democracias populares, la suspensión de la ayuda técnica soviética, etc., colocaban a Yugoslavia frente a la alternativa de buscar un compromiso con las potencias occidentales o perecer. En su informe ante el V Congreso, consagrado a los problemas de política exterior, Kardelj había proclamado la decisión del PCY de mantenerse en la línea de frente único con la Unión Soviética y las democracias populares, al mismo tiempo que las emplazaba: "¿Abandonaréis nuestro país a la presión del imperialismo?" En la Conferencia internacional sobre el Danubio, celebrada poco después de publicarse la resolución del Kominform, los representantes yugoslavos hicieron causa común con los soviéticos frente a los diplomáticos occidentales. Pero muy rápidamente las cosas estuvieron claras: o Yugoslavia se sometía o Stalin la dejaba, en efecto, a merced de la presión imperialista. Al mismo tiempo, la feroz campaña antiyugoslava orquestada por el Kremlin anunciaba que Tito se preparaba a pactar con el imperialismo. De esta manera, o sucumbía o proporcionaba la "prueba" de que Stalin tenía razón, que Tito era un agente del imperialismo.

Hacia los primeros meses de 1949 las democracias populares siguiendo el ejemplo soviético, habían cesado prácticamente todo comercio con Yugoslavia. A la revolución yugoslava no le quedó más camino que el seguido por la revolución de Octubre cuando se encontró aislada y cercada por el mundo capitalista: comerciar con éste, buscar préstamos y ayuda técnica. Para explicar que este curso político no significaba renunciar al socialismo, Tito empleó argumentos semejantes a los que antaño habían utilizado los bolcheviques. "Cuando vendemos nuestro cobre para comprar máquinas – declaró en su discurso de Pula, el 10 de julio de 1949 – no vendemos nuestra conciencia sino solamente nuestro cobre." "Con las máquinas que recibamos de Occidente continuaremos la edificación del socialismo." Los Estados capitalistas, como es natural, se apresuraron a responder favorablemente a las solicitudes yugoslavas. No necesitaban que este pequeño país atrasado renunciase a su pretensión de construir el socialismo. Lo importante para el imperialismo americano y sus vasallos era que Yugoslavia pudiese afirmar su resistencia al imperialismo ruso. En plena "guerra fría", Stalin les servía en bandeja un aliado "objetivo". Algunos comentaristas y políticos occidentales expresaron su inquietud de que el "titismo" revalorizara los ideales comunistas, mostrando la posibilidad de un comunismo "antiestaliniano", pero los elementos más inteligentes del capitalismo comprendieron que todo intento de restauración del viejo régimen no sólo tropezaría con la resistencia encarnizada de los comunistas y las masas revolucionarias yugoslavas, sino que haría el juego de Stalin. La campaña antititista lo mostraba diariamente. Cada acuerdo comercial de Yugoslavia con países occidentales, cada préstamo que obtenía, era acogido por Moscú y los partidos del Kominform como una prueba más de que Tito se vendía al capitalismo. ¿No había anunciado la resolución del Kominform que la política "antisoviética" de Tito conducía indefectiblemente "a la pérdida de la independencia de Yugoslavia y a su transformación en colonia de los países imperialistas"? Seis años después, al regreso de su viaje de penitencia a Belgrado, Jruschev declararía:

"Hemos visitado numerosas regiones del país, nos hemos entrevistado con los trabajadores, y hemos comprobado que pese a las dificultades que Yugoslavia ha conocido como consecuencia de la deterioración [*sic*] de sus relaciones con nosotros, Yugoslavia no ha abdicado su soberanía, ha conservado enteramente su independencia nacional frente al campo imperialista."(33)

En el verano y otoño de 1949 la "deterioración" de las relaciones soviético-yugoslavas llegó a un punto crítico, perfilándose netamente la amenaza de una intervención militar de Moscú. Sirvió de pretexto el caso de los rusos blancos residentes en Yugoslavia y reclutados por los servicios secretos soviéticos. (Después de la revolución de Octubre se instalaron en Yugoslavia varios miles de rusos blancos. Al triunfar el nuevo régimen gran parte de ellos se declaró inmediatamente a favor de la URSS y el gobierno de Moscú concedió la ciudadanía soviética a unos 6 000, entre los cuales los servicios de Beria reclutaron numerosos agentes.) En 1949 la policía de Rankovitch detuvo algunos y Moscú tomó su defensa, enviando a Belgrado notas amenazadoras. La última, con fecha 18 de agosto, invocaba el derecho de los "ciudadanos soviéticos" residentes en Yugoslavia a expresar libremente sus "opiniones democráticas" y calificaba de fascista al régimen por no permitirlo.

"En ningún país – dice la nota –, a excepción de los países de régimen fascista, se considera como un crimen la libre expresión de las opiniones democráticas. En la Yugoslavia actual eso sirve de base para detenciones ilegales y para castigos crueles a personas que critican el régimen fascista existente en Yugoslavia... En Europa sólo existen dos gobiernos, el griego y el español, el de Tsaldaris y el de Franco, que consideran la resolución del Buró de Información de los partidos comunistas como un documento criminal. Estos dos gobiernos son fascistas. De ello se deduce que el gobierno yugoslavo es el tercer gobierno que considera la resolución del Buró de Información como un documento criminal, estimando su difusión e incluso el hecho de conocerlo como base suficiente para encarcelar a las gentes por millares."

(Como vimos, el PCY había reproducido y difundido la resolución del Kominform, al día siguiente de aparecer, en medio millón de ejemplares, y desde entonces su texto, como las cartas de Stalin, podían adquirirse en cualquier librería de Belgrado, pero este *hecho* no existía para el gobierno soviético.) La nota negaba que la resolución del Buró de Información propugnara el derrocamiento

de la dirección titista; lo único que pedía es que los comunistas yugoslavos se reunieran en congreso y cambiaran su dirección, cosa completamente legítima, porque -dice el documento - "los congresos de los partidos marxistas no se reúnen para glorificar a los jefes sino para analizar, desde el punto de vista crítico, la actividad de la dirección existente, y si es necesario renovaría o sustituirla por una nueva dirección. En todos los partidos marxistas donde existe democracia interna este método de cambio de la dirección es natural y completamente normal". No había más que seguir el ejemplo del Partido Comunista de la URSS. En cuanto a los malos tratos sufridos por los "ciudadanos soviéticos" detenidos, la nota cita tres casos (es de suponer que entre los más extremos). En el primero, el detenido fue "golpeado durante varios días", "obligado a permanecer de pie, sin movimiento, durante varias horas "privado de dormir, de alimentos y de agua durante dos días"; en el segundo, el detenido "no recibió alimento alguno durante seis días", y en "el curso de los interrogatorios fue golpeado en las piernas con un bastón"; en el tercer caso, el detenido, "fue sometido durante 22 días consecutivos a interrogatorios nocturnos", "se le exigió que respondiese a la pregunta relativa a su actitud con respecto a la resolución del Buró de Información", "fue molestado varias veces en el curso de los interrogatorios y llevado seis veces a un calabozo donde sólo podía estar de pie". Métodos tan incalificables, desconocidos en la Unión Soviética, no podían por menos de suscitar la indignación de la conciencia humanista de Stalin: "¿Se puede calificar de régimen democrático popular a un régimen que practica esos horrores y aplica trato tan brutal a las personas? - clama la nota del gobierno de la URSS -. ¿No sería más exacto decir que un régimen donde se tolera que las personas sean maltratadas a tal extremo es un régimen fascista, de la Gestapo?" Y la nota terminaba declarando que si el gobierno yugoslavo no accedía a las reclamaciones soviéticas, el gobierno de la URSS "se verá obligado a recurrir a *otros medios más eficaces* para defender los derechos y los intereses de los ciudadanos soviéticos en Yugoslavia, y para llamar al orden a los agentes de la violencia fascista desencadenada"(34). ¿A qué "otros medios más eficaces" aludía el gobierno soviético? El bloqueo económico de Yugoslavia por la URSS y las democracias populares era total en ese momento. La campaña difamatoria parecía llegar al límite de sus recursos. Aparentemente sólo quedaba la intervención militar. La prensa occidental se llenó de noticias alarmistas sobre movimientos de tropas soviéticas en las democracias populares limítrofes con Yugoslavia, y de advertencias oficiosas sobre la decisión de los Estados Unidos y de los Estados europeos de intervenir en caso necesario. Tito proclamó una vez más la voluntad yugoslava de hacer frente a toda eventualidad. Y en lugar de intervención militar soviética hubo el proceso de Rajk y la segunda resolución del Kominform contra Yugoslavia. Pero antes se puso en circulación una nueva "prueba" de la "traición" de Tito.

Según vimos, a comienzos de 1948 Stalin exigió a los comunistas yugoslavos que cesaran en la ayuda a la lucha armada de los comunistas griegos. El PCY no cedió a esta exigencia, pero su condena por el Kominform le colocó en situación extremadamente precaria - como es fácil comprender después de todo lo expuesto - para continuar prestando su asistencia a los combatientes griegos en la medida que éstos necesitaban. A partir de la resolución del Kominform, Yugoslavia tuvo que mantener prácticamente sus fuerzas militares en estado de alerta, listas para entrar en acción si Stalin se decidía por la intervención militar. Por otra parte, la resolución del Kominform tuvo efectos catastróficos en el Partido Comunista griego y en el ejército guerrillero. Muchos de sus cuadros, en efecto, incluido el general Markos, jefe del gobierno revolucionario instalado en las montañas del norte, no aceptaron la condena del PCY y fueron víctimas de una vasta depuración, organizada por Zachariades, secretario general del partido, y otros elementos partidarios del Kominform, que lograron imponerse en la dirección del PCG. A finales de 1948, Zachariades acumuló la secretaría general del partido con el mando supremo de las fuerzas armadas. Como reconoció después la prensa griega, hacia el otoño de 1948 la situación de las tropas gubernamentales, pese a los técnicos y el armamento americanos, era alarmante. El ejército revolucionario había tenido en el curso del año una serie de éxitos espectaculares. Desde finales de 1948, después de la eliminación de Markos y de la depuración antiyugoslava, la marcha de la guerra civil sufrió un cambio radical a favor de los gubernamentales, que la prensa griega atribuyó al talento estratégico del general Papagos. Todavía hoy está por esclarecer si este nuevo curso de la

guerra civil, que llevaría directamente a la derrota final de las fuerzas revolucionarias en agosto de 1949, estuvo determinado fundamentalmente por la intensificación de la intervención militar americana (en el primer semestre de 1949 fueron enviados a Grecia, según informaciones de la prensa americana, 152 aviones, 7 000 bombas de aviación, 10 000 camiones militares, 3 840 cañones y morteros, 280 millones de cartuchos y otro material bélico(35)) mientras la ayuda soviética siguió brillando por su ausencia; o si el factor decisivo fue la descomposición interna de las fuerzas revolucionarias a consecuencia de los hechos indicados; o si Zachariades, aplicando directivas concretas de Stalin, puso rumbo conscientemente a la liquidación de la lucha. Probablemente todo se conjugó – con la excepción, tal vez, del "talento" de Papagos – para llevar al trágico epílogo de la revolución griega. Lo que sí se sabe a ciencia cierta, es que la dirección del Partido Comunista griego, encabezada por Zachariades, no teniendo bastante, por lo visto, con hacer la guerra a la monarquía griega y a los americanos, se lanzó a una guerra larvada y a una propaganda abierta contra el Partido Comunista de Yugoslavia. Obedecía, sin duda, a instrucciones del Kominform, interesado en aprovechar el prestigio de los combatientes griegos dentro del movimiento comunista para reforzar la campaña difamatoria contra los yugoslavos(36). En el verano de 1949, la derrota del ejército popular estaba prácticamente consumada y las tropas monárquicas llegaban a las fronteras de Yugoslavia y Albania. A mediados de julio el gobierno de Belgrado anunció su intención de cerrar la frontera, explicando la decisión por las repetidas incursiones de las tropas monárquicas griegas en territorio yugoslavo. Inmediatamente la radio "Grecia Libre", controlada por Zachariades acusa a Tito de haber ayudado a la ofensiva gubernamental en la zona fronteriza. La campaña antititista exultó: ¡Tito se había vendido a los americanos y a los monárquicos fascistas griegos, había apuñalado por la espalda al ejército democrático! El 28 de agosto, la radio de Moscú difundió un comunicado del Ministerio de la Defensa albanés anunciando también el cierre de la frontera y precisando que "a fin de salvaguardar la paz, todas las personas armadas procedentes de Grecia, sean monárquico fascistas o democráticas, serán desarmadas". Pero esta medida, como procedía de un gobierno controlado por Moscú, no era una "puñalada por la espalda"; era sólo una medida para "salvaguardar la paz". Hasta la muerte de Stalin la versión vigente en el movimiento comunista puede resumirse en este juicio de una revista comunista francesa: "El gobierno de Truman hubiera perdido en Grecia, como ha perdido en China, si la traición de Tito no hubiese permitido, in extremis, a los imperialistas anglosajones ganar la partida en el plano militar."(37) Después de la muerte de Stalin la "traición" de Tito desapareció como por encanto de las explicaciones oficiales de la derrota griega, cuyas causas fueron reducidas a dos: la intervención americana y los errores de la dirección del PCG encabezada por Zachariades. Las responsabilidades de Stalin y del Kominform están aún por investigar.

Parece muy probable que el cierre de la frontera no estuvo motivado únicamente por la razón oficial dada en Belgrado. Perseguía otros dos objetivos: impedir la irrupción en territorio yugoslavo de fuerzas armadas obedientes al Kominform (análogamente a como en el caso albanés se trataba de impedir la entrada de elementos armados proyugoslavos(38)) y hacer un gesto que facilitase las relaciones con Wáshington en el momento en que la amenaza de intervención militar soviética parecía concretarse, según vimos más arriba, en forma alarmante. En éste, como en otros actos ulteriores de su política exterior (por ejemplo, el pacto balcánico con Grecia y Turquía), si Tito no vendió su conciencia lo mismo que el cobre por lo menos tuvo que dotarla de gran elasticidad. ¿Le dejaba Stalin otra alternativa? En cierto aspecto, la situación de la revolución yugoslava era más dramática que la de la revolución de Octubre. Frente al cerco capitalista, la revolución de Octubre contó, al menos, con la asistencia activa del proletariado revolucionario internacional. Pero frente al cerco del imperialismo ruso, camuflado bajo la etiqueta socialista, y del movimiento comunista, totalmente alienado todavía por los mitos "soviéticos", el único recurso defensivo de la revolución yugoslava en el plano exterior fue aprovechar la "guerra fría" entre el imperialismo capitalista y el nuevo género de imperialismo que entraba en escena. Todo el problema era si la alianza *tácita* con los Estados Unidos y sus vasallos, así como con el ala reformista del movimiento obrero, sería compatible con el desarrollo de la revolución socialista en el plano interior. O explorar esta vía

tortuosa o inmolarsse ante el colonialismo estaliniano: tal fue el dilema inexorable en que se encontró la revolución yugoslava.

Los procesos

Según la propaganda del Kominform, desarrollada a partir de la resolución de 1948 y enriquecida con las nuevas "pruebas" que los acontecimientos iban suministrando, la herejía yugoslava había seguido hasta el verano de 1949 el siguiente itinerario: en una primera fase, Tito y compañía pasaron del marxismo-leninismo al nacionalismo; colocados en la pendiente nacionalista, se deslizaron en una segunda fase al antisovietismo, enfrentándose con la Unión Soviética y el partido bolchevique, lo cual marcaba su abandono total del internacionalismo (porque, como es bien sabido, la actitud hacia la URSS es la piedra de toque del internacionalismo); y finalmente rodaron al campo imperialista, comenzando, incluso, a convertirse en fascistas. El pecado original, pues, era el nacionalismo. Pero este esquema tenía el inconveniente de acreditar, en cierta forma, a los dirigentes yugoslavos como patriotas, héroes de la independencia nacional. Su función denigratoria era eficaz ante los comunistas "maduros"; pero podía ser contraproducente entre la población no comunista de las democracias populares, cuyos sentimientos nacionales se rebelaban contra la dominación rusa, e incluso entre una parte de la masa comunista recién llegada al partido en esos países. El proceso de Rajk tuvo por finalidad aportar la "prueba documental, indiscutible", de que Tito y sus colaboradores no sólo no habían sido nunca marxistas, comunistas, sino tampoco patriotas: no habían sido – ya desde la guerra contra los hitlerianos – más que despreciables agentes a sueldo de los servicios secretos hitlerianos o angloamericanos, a los cuales habían vendido la soberanía y la independencia nacional de Yugoslavia. El verdadero patriotismo, tanto en Yugoslavia como en las otras democracias populares – "demostraba" el proceso de Rajk – estaba indisolublemente ligado a la fidelidad a la URSS, garantía suprema de la independencia nacional de esos países. (La "prueba" suministrada por los procesos de Moscú de que Trotski, Bujarin, etc., eran agentes de Alemania y el Japón, tuvo también como objeto – aspecto que no suele destacarse – desacreditarlos ante el patriotismo de las masas soviéticas, enfilado en aquellos años contra el peligro de agresión alemana y japonesa.)

Laszlo Rajk era miembro del Partido Comunista húngaro desde comienzos de los años treinta, cuando estudiaba en la Universidad. Combatió en España en las Brigadas Internacionales. Después de la derrota de la república española fue internado en los campos franceses. Dirigió en la clandestinidad el Partido Comunista húngaro durante la Resistencia. Fue ministro del Interior de la democracia popular húngara desde su formación hasta poco después de publicarse la resolución del Kominform contra Tito, en que pasó al puesto de ministro de Relaciones exteriores. El 15 de junio de 1949 se dio a la publicidad un comunicado del Comité Central del partido comunista húngaro (llamado Partido de los Trabajadores húngaros) en el que se anunciaba la expulsión del partido de Rajk y Szonyi – otro dirigente del partido – por ser "espías de las potencias imperialistas y agentes trotskistas". El 10 de septiembre el gobierno húngaro hizo pública el acta de acusación contra Rajk y otros personalidades del partido y del Estado. El 17 del mismo mes se abrió el proceso en una gran sala de Budapest. Las sesiones eran públicas y como el espacio resultaba insuficiente se distribuyeron invitaciones. Asistieron sesenta periodistas extranjeros. *Pravda* envió al novelista Boris Polevoi. También podían asistir los representantes diplomáticos. El gran espectáculo, reproducción exacta de los procesos de Moscú, se desarrolló de manera impecable. Todos los acusados confesaron los delitos que se les imputaban y algunos más. Rajk fue condenado a muerte y ahorcado junto con tres de sus coacusados. A dos jefes del ejército se les concedió la gracia, en honor al uniforme, de ser fusilados. Los restantes procesados fueron condenados a largos años de cárcel. En 1956, después del XX Congreso, las autoridades húngaras reconocieron que todo había sido una farsa. Rajk fue "rehabilitado". Trescientos mil trabajadores, estudiantes e intelectuales desfilaron por las calles de Budapest rindiéndole honores nacionales y exigiendo la liquidación del sistema político que hacía posible la fabricación de semejantes farsas criminales por los mismos que se decían representantes del proletariado y del socialismo. Poco después entrarían en acción los tanques soviéticos para salvar in extremis a ese sistema. Les sirvió de alibí que las fuerzas

reaccionarias húngaras y los agentes verdaderos del imperialismo trataron de aprovechar, como era lógico, la sublevación obrera y popular, para llevar el agua a su molino. Pero uno de los principales motivos de la intervención armada soviética, lo mismo que de la realizada doce años después en Checoslovaquia – donde por no contar con el alibí utilizado en Hungría tuvieron que inventarlo – fue impedir que se hiciera toda la luz sobre los crímenes políticos en las democracias populares. De ahí que aspectos esenciales de su montaje interno, sobre todo los que conciernen a la intervención de los principales organizadores, los dirigentes soviéticos y sus servicios secretos, sigan siendo desconocidos hasta hoy, pese a las revelaciones de algunas de las víctimas supervivientes(39). Pero su significación y móviles políticos están suficientemente claros. En el caso del proceso de Rajk el mismo fiscal los definió con meridiana claridad:

”Este proceso no es, propiamente hablando, el proceso de Laszlo Rajk y de sus cómplices: son Tito y sus acólitos los que están en el banco de los acusados [...] Está claro que condenando a Laszlo Rajk y su banda de conspiradores, el tribunal del pueblo húngaro condena igualmente, en el sentido político y moral, a los traidores de Yugoslavia, la banda criminal de Tito, Rankovitch, Kardelj y Djilas. En esto consiste precisamente la importancia internacional del proceso.”

Como dice con exactitud Fejto, en su *Historia de las democracias populares*, ”el proceso de Rajk no fue más que un ersatz del proceso de Belgrado que no pudo tener lugar; más que acusado, Rajk era un testigo, el principal testigo a cargo contra Tito”(40). En sus ”confesiones” Rajk comenzaba por autorretratarse como un ser abyecto, vil, vendido desde 1931 – apenas ingresado en el partido – a la policía de Horthy. Si marchó a España (donde fue herido tres veces), no lo hizo para combatir al fascismo sino para servir a la Gestapo. Como agente de la Gestapo actuó en los campos de concentración franceses, donde fueron internados los combatientes de las Brigadas Internacionales, lo mismo que en la Resistencia húngara, al frente del partido comunista clandestino. De análoga manera se autorretrataron los otros acusados. Y una vez que habían dejado bien sentada su condición de polizontes y espías – con lo que, al parecer, su testimonio quedaba revestido ante el tribunal estaliniano de la máxima credibilidad y dignidad –, los acusados pasaron a actuar como acusadores de los dirigentes yugoslavos, explicando que en tal y tal fecha, y en tales y tales circunstancias, todos ellos habían sido reclutados por la Gestapo, o el Segundo Buró francés, o el espionaje angloamericano. De creer estas explicaciones, las Brigadas Internacionales eran un vivero de policías y espías, los cuales fueron expedidos, desde los campos de concentración franceses, a los países del este. Allí, situados al frente de los partidos comunistas clandestinos y de las respectivas Resistencias, siguieron reclutando policías y espías entre los comunistas. Resultaba que la guerra revolucionaria yugoslava, muy particularmente, estuvo organizada y dirigida por agentes de la Gestapo. Lo mismo la Resistencia húngara. Agentes polivalentes, porque al mismo tiempo lo eran de los angloamericanos y de otras policías. Una vez derrotados los alemanes, esa cohorte de espías fue acaparada, naturalmente, por los servicios de Allan Dulles, jefe del espionaje americano en Europa. Sobre las otras democracias populares, el proceso de Budapest no aportaba precisiones: se limitaba a dejar sentado implícitamente que el ”complot monstruoso de los imperialistas” no podía por menos de tener en ellas sus ramificaciones. Y apuntaba algunas de las pistas para descubrirlas: miembros de las Brigadas Internacionales, comunistas exilados en Occidente antes de la guerra, militantes de las Resistencias interiores, etc. Sobre todo, claro está, aquellos que hubiesen mantenido contactos con los dirigentes comunistas yugoslavos, los cuales pasaban a ser espías por antonomasia. ¿Y qué dirigente comunista de las democracias populares no había tenido alguna vez relaciones con los yugoslavos?

Lo mismo podía decirse de los líderes comunistas occidentales. Si la metodología del proceso de Rajk se hubiera aplicado consecuentemente, debería haberse llegado a la conclusión de que los órganos directores de los partidos comunistas de Francia, Italia, España, etc., estaban probablemente infestados de policías en no menor medida que los de las democracias populares. Y no hablemos ya de las altas esferas del Partido Comunista soviético, que al fin y al cabo eran las que más ”contactos” habían tenido con los espías descubiertos o potenciales de todos los restantes partidos comunistas, empezando por el de Yugoslavia. A partir de esa plausible hipótesis, y

remontándose hacia el pasado de una serie de personalidades comunistas occidentales y orientales – como se hacía con Rajk, Tito, etc. – se podía llegar fácilmente a la conclusión de que la Internacional Comunista fue creada, en realidad, por el espionaje alemán – ¡aquél sospechoso viaje de Lenin en el vagón precintado a través de la Alemania del Kaiser! –, lo que hubiese permitido dilucidar el punto que hasta hoy permanece oscuro en la historiografía estaliniana: por qué la IC fue dirigida en sus primeros años por expertos agentes de la Gestapo como Zinoviev, Trotski, Bujarin, etc. Luego, en la época del frente popular, la IC habría pasado al servicio del espionaje anglo-franco-americano. A conclusiones semejantes se podía llegar, como es lógico, en relación con el Estado soviético. Afortunadamente, la metodología del proceso de Budapest recubría otra mucho más rigurosa y científica: las listas de espías o candidatos a espías, se confeccionaban previamente en las oficinas de Beria, siguiendo las instrucciones del Infalible. No había riesgo, por tanto, de que la aplicación de una lógica formal llevara a conclusiones erróneas. Sólo después de designados los espías, se coleccionaban los datos ilustrativos de su condición: contactos, reuniones, encarcelamientos (contacto evidente con la policía), relaciones con liberales, socialdemócratas, etc. (superabundantes en la época de las alianzas antifascistas y pruebas evidentes de contactos con la burguesía), tratos con las misiones militares o diplomáticas angloamericanas (¿qué dirigente comunista de cierta categoría no había tenido alguna relación directa o indirecta con ellas en la época de la "gran alianza"?), prueba suprema de la conexión con el imperialismo y sus servicios secretos, etc. Una vez que el Infalible, asesorado por sus servicios, decidía que tal comunista era un espía, la acumulación de los datos ilustrativos, de las "pruebas irrefutables" – como decía el acta de acusación de Budapest – era cosa sencilla. No había más dificultad que la de la selección. Aquí es donde a veces fallaban los servicios, debido a la rutina burocrática, imperante en este dominio como en todos los demás. Por ejemplo, entre los voluntarios de las Brigadas Internacionales que, según el relato de Rajk, fueron enviados por la Gestapo a Yugoslavia, desde los campos de concentración franceses, había bastantes que nunca habían estado en dichos campos, y uno de ellos – Vukmanovitch – que ni siquiera había estado en España. Pero aparte estos ligeros errores burocráticos, el método indicado – la designación previa de los espías o candidatos a espías – permitía poner límites en el tiempo y en el espacio al encadenamiento lógico, y dejar localizada la epidemia a la zona y el periodo convenientes, según los problemas políticos e ideológicos que se trataba de resolver. En aquellos años, el Infalible decidió que la epidemia de espías en el movimiento comunista se localizaba preferentemente en los países del glacy y, sobre todo, en el que había rechazado el honor de ingresar en él.

Dos meses y medio después de Hungría, le llegó el turno a Bulgaria. El fiscal general de esta república dio a la publicidad, el 30 de noviembre, el acta de acusación contra "el grupo de conspiradores y criminales encabezado por Traicho Kostov". A Kostov se le conocía en el movimiento comunista como viejo revolucionario, fundador con Dimítrov, del Partido Comunista búlgaro, colaborador durante algún tiempo de los órganos dirigentes de la Komintern, templado en treinta años de actividad clandestina, luchas de masas, insurrecciones armadas y, finalmente, de labor dirigente en la democracia popular. Pero según el acta de acusación Kostov era otra cosa. En primer lugar tenía – como Rajk y casi todos los convertidos en espías – un pasado trotsquista. "Sus principales rasgos biográficos – decía el acta- son la doblez, la traición y la conspiración criminal contra los más sagrados intereses de la clase obrera y del pueblo búlgaro." (41) Se revelaba que Kostov recomendó a la dirección de la Komintern la utilización de Tito en puestos responsables del partido yugoslavo. (Esta era la única verdad contenida en el acta de acusación y, naturalmente, uno de los cargos más graves.) Kostov no era un agente policiaco tan precoz como Rajk: no se vendió hasta 1942. Poco después pasó al servicio del espionaje inglés, el cual le encomendó ponerse en relación con Tito. Kostov se puso de acuerdo con Tito para derribar el poder popular en Bulgaria mediante el apoyo militar yugoslavo. (Rajk había revelado también su complot con Tito para derribar el poder popular en Hungría, con ayuda de fuerzas militares yugoslavas, las cuales habrían de intervenir disfrazadas de magiares, y en cooperación con unidades del ejército y la expolicía de Horthy, concentradas en las zonas inglesa y americana de Austria.) En el plan de la conspiración

se incluía la detención y el asesinato de Dimítrov. Tales eran – entre otros no menos graves – los ”hechos” citados por el fiscal.

La gran ceremonia inquisitorial de Sofía se abrió al público el 7 de noviembre – bajo la advocación de la revolución de Octubre – en la sala de Casa Central del Ejército Popular. Allí estaban los periodistas extranjeros, representantes diplomáticos, y las inevitables ”delegaciones obreras”. Era la repetición exacta del espectáculo representado en Budapest. Pero de repente, ante la sorpresa general, se produjo lo imprevisto. Kostov se retractó de las confesiones que había hecho en el curso de la ”instrucción”. Negó tajantemente todos los cargos que se le imputaban. El presidente del Tribunal, desconcertado, ordenó inmediatamente la suspensión de la sesión a fin de que el acusado pudiera releer su deposición. Como si se tratase de un fallo de memoria. Pero al reanudarse la audiencia Kostov mantuvo con firmeza su retractación. Los periódicos búlgaros no informaron de tan intolerable infracción al ritual. La agencia Tass la mencionaba en un despacho de Sofía, calificando de *insolente* el comportamiento de Kostov(42). El viejo revolucionario, que por lo visto había encontrado fuerzas – a diferencia de los acusados de Budapest – para sobreponerse a las torturas morales y físicas, no cedió en su ”insolencia” durante el resto del proceso. Cuando le llegó el momento de hacer su última declaración ratificó enérgicamente su retractación, pero esta vez los directores del espectáculo estaban ya prevenidos, e inmediatamente que Kostov comenzó a hablar se levantó una tempestad de silbidos y gritos en el público. El sistema de traducción simultánea en cuatro idiomas, con auriculares, destinado a los periodistas extranjeros, dejó de funcionar en el acto. Pese a sus protestas de inocencia, Kostov fue condenado a muerte y ejecutado, lo que dejaba planear un embarazoso interrogante sobre la justicia democrático-popular búlgara. Pero a los pocos días toda duda quedó disipada: la prensa publicó el texto de una carta escrita por Kostov antes de morir, retractándose de su retractación y reconociéndose plenamente culpable. Cuando en 1956 Kostov fue rehabilitado se reveló que esa carta era falsa, lo mismo que todas las acusaciones y confesiones presentadas en el proceso.

La caza y el castigo de herejes había comenzado en las democracias populares desde el momento mismo en que Stalin inicia la ofensiva contra la revolución yugoslava. En Albania, Dodje, secretario de organización del partido y ministro del Interior, muy ligado a los yugoslavos, fue apartado de sus cargos antes de publicarse la resolución del Kominform. Juzgado y condenado en el mayor secreto, junto con otros conocidos dirigentes del partido, en noviembre de 1948, fue ejecutado en junio de 1949. En Rumania, Patrascanu, que había sido secretario general del partido hasta 1945, y después siguió perteneciendo a la máxima dirección al mismo tiempo que regentaba el Ministerio de Justicia, fue detenido en el verano de 1948, junto con otros militantes destacados. Gomulka fue destituido de su cargo de secretario general del partido polaco en el verano de 1948, acusado, entre otros delitos, de nacionalismo, resistencia a la colectivización intensiva de la agricultura, falta de vigilancia, tolerancia para con los intelectuales, y, sobre todo, ”incomprensión del papel dirigente de Partido Comunista (bolchevique) de la URSS”(43). En enero de 1949, Gomulka, el general Spichalski y otros dirigentes fueron excluidos del partido. En Checoslovaquia, la depuración de titistas” y otros ”desviacionistas de derecha”, comenzó inmediatamente después del ”golpe de Praga” – que coincidió con la apertura de la ofensiva de Stalin contra los yugoslavos – y se desarrolló en todo el periodo siguiente, dirigida por Slanski, secretario general del partido. Por tanto, en el año transcurrido desde la resolución del Kominform contra Tito hasta el proceso de Rajk, la purga de los partidos comunistas e instituciones estatales de las democracias populares había cobrado ya proporciones importantes, porque los casos indicados, concernientes a los grupos dirigentes, engloban únicamente los que fueron dados a la publicidad por tratarse de personalidades. Sobre los miles de cuadros medios, militantes de base, revocados de sus cargos o expulsados del partido, no hubo información pública, ni probablemente interna. Supieron de ello, únicamente, los miembros del partido directamente relacionados con cada caso. Pero la *gran depuración* comenzó con el proceso de Rajk. Este sirvió para concretar la plataforma política e ideológica en que debía basarse la operación en todas las democracias populares, y sobre la que debía, al mismo tiempo,

intensificarse la campaña contra la que, por decreto de Stalin, había dejado de serlo. Ambos aspectos iban estrechamente ligados.

En la segunda quincena de noviembre de 1949 tuvo lugar la tercera, y última, reunión del Kominform. En su orden del día figuraron tres puntos: "La defensa de la paz y la lucha contra los promotores de guerra"; "La unidad de la clase obrera y las tareas de los partidos comunistas y obreros" y "El Partido Comunista yugoslavo en poder de los asesinos y de los espías". A los dos primeros puntos, cuyos informantes fueron Suslov y Togliatti, nos referiremos en otro capítulo. Sobre el tercero informó Georghiu-Dej, secretario general del Partido Comunista rumano(44). El informe comenzaba diciendo que los acontecimientos acaecidos desde la resolución del Kominform, y en particular el proceso de Budapest, habían "confirmado enteramente la justeza de la resolución y destacado el valor excepcional, que desde el punto de vista teórico y práctico reviste ese documento para el movimiento revolucionario mundial", su "fuerza genial de previsión", su "perspicacia científica", por lo cual dicha resolución marcaba "un viraje histórico en la orientación y en la actividad de todo el movimiento revolucionario mundial". Gracias a ella, los partidos comunistas se habían hecho más conscientes de que la adhesión a la patria del socialismo, a la Unión Soviética, es la piedra de toque y el criterio del internacionalismo". "El camarada Stalin – agrega Georghiu-Dej – ha prestado una ayuda inmensa al movimiento comunista internacional. Con perspicacia genial, nos ha puesto en guardia contra una serie de desviaciones ideológicas, contra la confusión, y nos ha ayudado a combatir las con éxito. Esa ayuda del camarada Stalin ha salvado a numerosos partidos marxistas."

El valor teórico de la resolución de junio de 1948, su calidad científica, el viraje histórico en la orientación y actividad de todo el movimiento revolucionario mundial, quedaban fundamentados, confirmados, en las confesiones de un supuesto grupo de polizontes y espías. Basándose en ellas – y exclusivamente en ellas – Georghiu-Dej no vacila en hacer afirmaciones tan grotescas como que los jefes comunistas yugoslavos eran al mismo tiempo, durante la guerra, agentes de la Gestapo y del espionaje angloamericano. (Afirmaciones creídas ciegamente por millones de comunistas, lo que por sí sólo revela a qué nivel había descendido el "marxismo" oficial en ese periodo.)

"Ante la publicación de la resolución del Buró de Información – dice el informe – los monstruos fascistas de Belgrado comenzaron a quejarse de ser víctimas de una injusticia. Pero no tenían más que una idea: ocultar el mayor tiempo posible su pasado sombrío y sus lazos con el imperialismo angloamericano. El proceso de Budapest cayó como un rayo sobre la pandilla de Tito.

Los hechos [*sic*] han demostrado que no se trataba de cualquier clase de faltas, sino de una política deliberadamente contrarrevolucionaria, antisoviética y anticomunista, llevada a cabo por una banda de espías, de confidentes y agentes provocadores profesionales, que desde hacía mucho tiempo formaban parte de la policía y de los servicios de espionaje burgueses. *La mayor parte de los actuales dirigentes yugoslavos fueron enviados a su país por la Gestapo, desde los campos de concentración de Francia a partir de 1941*

[...] Churchill envió a Yugoslavia [durante la guerra] a su propio hijo, Randolf, encargado de una misión especial cerca de Tito. Más tarde el viejo reaccionario, enemigo jurado de la URSS, tuvo una entrevista personal con Tito. Desde entonces, Tito y su pandilla han gozado de una atención y confianza especiales por parte de los imperialistas.

Por otra parte, en sus reveladoras declaraciones, el general yugoslavo Popivoda ha puesto bajo su verdadera luz la posición conciliadora de Tito, Rankovitch y otros para con los invasores hitlerianos y la Gestapo, así como la manera infame como traicionaron a los guerrilleros yugoslavos en los momentos más duros de la guerra

[...] Los hechos [*sic*] revelados en el proceso de Budapest, en la república popular búlgara, en la república popular rumana y en los demás países de democracia popular, han demostrado hasta la saciedad que Tito, Rankovitch, Kardelj, Djilas, Pjate, Gochniak, Maslaritch, Bebler, Mrazovitch, Vukamovitch, Kotche, Popovitch, Kidritch, Nechkovitch, Zlatitch, Velebit, y otros, como Rajk, Brankov, Kostov, Patrascanu, y sus partidarios, *son agentes de los servicios de espionaje de los imperialistas angloamericanos. Durante la segunda guerra mundial, esos despreciables espías y traidores ayudaban ya a los imperialistas angloamericanos a preparar los puntos de apoyo para la realización de su plan de dominación mundial.*

Semejante banda de espías y traidores ha sido introducida como caballo de Troya en las filas de los partidos comunistas y obreros. Por orden de sus amos, tenían como objetivo criminal apoderarse de la dirección del partido y del Estado en los países donde la clase obrera ha tomado el poder, de aplastar el movimiento revolucionario y asegurar la restauración de la dominación de la burguesía.”

(Stalin, que se había repartido secretamente Yugoslavia con Churchill, acusaba ahora a Tito de tratos secretos con el ”viejo reaccionario, enemigo jurado de la URSS”. No perdonaba a los comunistas yugoslavos haber desacatado sus directivas durante la guerra, haber realizado una política revolucionaria, en lugar de someterse – como Stalin exigía – a las fuerzas burguesas.)

El informe dejaba establecido que el régimen yugoslavo se había convertido en un régimen fascista, cuartel general del espionaje americano en el sudeste de Europa, destacamento avanzado de la preparación de una guerra contra la URSS y las democracias populares, etc. Y terminaba así:

”¡Alcemos cada vez más alta la bandera victoriosa del internacionalismo proletario, *cultivando el amor* hacia la Unión Soviética, primer país del socialismo, base del movimiento revolucionario mundial, principal baluarte de la lucha por la paz y la libertad de los pueblos; *cultivando el amor* al gran Partido Bolchevique, fuerza dirigente del movimiento revolucionario mundial; *cultivando el amor* al camarada Stalin, educador genial de la humanidad trabajadora y guía de los pueblos en su lucha por la paz y el socialismo!”

Las tenebrosas y rocambolescas historias urdidas por los servicios del Kremlin y recitadas en el proceso de Budapest – una vez bien aprendidas por los recitadores gracias al ancestral y pedagógico método de la tortura –, se transmutaban así en material educativo, marxista-leninista, para ”elevar el nivel político e ideológico” de los comunistas y de las masas trabajadoras, porque sin elevar ese nivel – decía el informe de Georghiu-Dej – ”los partidos de la clase obrera no pueden descubrir y combatir en todas partes al enemigo, cualquiera que sea la máscara bajo la cual se oculte”. El educador genial ya había suministrado un material análogo doce años atrás, sirviéndose del mismo procedimiento de los procesos, pero el nuevo material enriquecía extraordinariamente al marxismo. Los espías trotskistas y bujarinistas de los años treinta no lograron más que crear algunos grupos fraccionales, rápidamente descubiertos y aniquilados. La historia no había mostrado aún todo lo que podía dar de sí la labor de zapa del imperialismo y de sus servicios de espionaje. Con lo de Yugoslavia y las democracias populares, esos servicios revelaban plenamente sus diabólicos recursos. Habían sido capaces, nada menos, que de organizar y dirigir ellos mismos la guerra antifascista y la revolución proletaria en todo un país, creando luego un Estado de democracia popular, a fin de poderlo utilizar, llegado el momento, para derrocar los regímenes de democracia popular – los verdaderos, los instalados por el ejército soviético – y preparar así las condiciones para una guerra contra la Unión Soviética y la instauración de la dominación mundial del imperialismo. La genialidad del Enemigo sólo tenía parangón en la genialidad del Guía de los Pueblos.

La nueva resolución adoptada en esta reunión del Kominform, sobre la base del informe de Georghiu-Dej, planteaba a los partidos comunistas dos tareas fundamentales formuladas como sigue: 1) ”El Buró de Información de los partidos comunistas y obreros considera que la lucha contra la camarilla de Tito, camarilla de espías y asesinos a sueldo, es un deber internacional de todos los partidos comunistas y obreros”; 2) ”El Buró de Información considera que una de las tareas principales de los partidos comunistas y obreros es la de reforzar por todos los medios la vigilancia revolucionaria en sus filas, denunciar y extirpar a los elementos nacionalistas burgueses y a los agentes del imperialismo, cualquiera que sea la bandera con que se cubran.” Georghiu-Dej hacía una serie de recomendaciones prácticas para llevar a cabo con éxito esta ”vigilancia revolucionaria”. La primera, ”hacer reinar el orden bolchevique en nuestra propia casa, en el partido”, para lograr lo cual ”el medio principal es el control de los miembros del partido”. Había que revisar uno por uno. Y en esta revisión debía tenerse en cuenta que el enemigo ”se esforzará por utilizar hombres de la calaña de Rajk, por aprovechar las más pequeñas debilidades y las más minúsculas lagunas en las filas de los partidos y del aparato estatal, los elementos descontentos, nacionalistas y gentes de pasado dudoso”. Era necesario ”elevar la vigilancia ideológica”, dando

pruebas de "verdadera intransigencia bolchevique" frente a todas las desviaciones. "En ciencia, literatura, pintura, música y arte cinematográfico – subrayaba Georghiu-Dej es preciso ser extremadamente vigilantes y mantener una actitud intransigente hacia toda tendencia extraña a la clase obrera y hacia toda propaganda del cosmopolitismo." Pero los buenos comunistas no podían llevar a cabo con eficacia esa vigilancia, a todos los niveles, de los malos comunistas, de los que se encubrían con una u otra "bandera", si ellos mismos no se educaban política e ideológicamente: "El reforzamiento de la vigilancia – decía el informe – debe basarse en un trabajo de educación cada vez más intenso." La quintaesencia de esta labor educacional residía en el *cultivo* de los *tres amores* enunciados por Georghiu-Dej al final del informe.

Después de la reunión del Kominform, sobre la base de las orientaciones y métodos allí preconizados, la depuración se intensificó febrilmente en todos los partidos comunistas de las democracias populares, afectando a centenares de dirigentes conocidos y a una enorme masa de militantes y cuadros medios. La historia de esta gran operación no se conoce aún más que muy fragmentariamente, pero los datos que han trascendido son reveladores. En primer lugar, sobre el volumen de la purga(45). El Partido Comunista checoslovaco, que en el momento del "golpe de Praga" contaba con 1 300 000 miembros, creció vertiginosamente en los meses siguientes, rebasando a fines de año los dos millones. En 1954, no contaba más que con 1 400 000. El de Polonia tenía a fines de 1948 1 400 000; en 1952, 1 100 000. En Rumania pasó de 1 000 000 en 1948 a 700 000 en 1951. El de Hungría, de 1 200 000 en junio de 1948 a 850 000 en febrero de 1951. El Partido Comunista búlgaro tenía 500 000 miembros en diciembre de 1948; en 1951 no llegaba a 300 000. Estas cifras no reflejan exactamente la magnitud de la depuración, por que el reclutamiento continuó en el mismo periodo. Según estimaciones de Fejto, la cifra total de "depurados" en el conjunto de esos partidos, entre 1948 y 1952, gira alrededor de *dos millones y medio*. De los cuales fueron detenidos entre 125 000 y 250 000. Se desconoce cuantos fueron suprimidos físicamente. Entre las víctimas figuran numerosos dirigentes y altos funcionarios: tres secretarios generales (Kostov, Gomulka, Slansky), un presidente de la República (Szakasits, en Hungría), varios vicepresidentes del gobierno (Albania, Bulgaria, Polonia, Rumania), decenas de ministros y miembros de la máxima dirección de los partidos, un centenar de generales, etc(46) En Hungría, durante los dos años que siguieron al proceso de Rajk, fueron encarcelados Janos Kadar (el actual secretario general del partido), sucesor de Rajk en el Ministerio del Interior; Gyula Kallai, sucesor de Rajk en el Ministerio de Asuntos exteriores; Losonczy, secretario de Estado en la presidencia del gobierno después de la Liberación, y otros cuadros conocidos. Sandor Zold, que reemplazó a Kadar en el Ministerio del Interior cuando éste fue detenido, se suicidó en 1951 para evitar la detención. Los veteranos dirigentes comunistas rumanos Vasili Luca (ministro de Finanzas) y Teohari Gheorghescu (ministro del Interior) – el cargo de ministro del Interior fue el más peligroso de todos durante ese periodo, se podía tener la casi seguridad de ser justiciador y justiciable fueron detenidos en 1952. Luca fue condenado a muerte pero indultado. En el mismo año se eliminó de la dirección del partido y del gobierno – sin detenerla – a Ana Pauker, ministro de Relaciones exteriores y personalidad muy conocida del movimiento comunista desde los tiempos de la Internacional. En Polonia, Gomulka – que como dijimos fue destituido de la secretaría general del partido en 1948 – quedó eliminado del gobierno en enero de 1949. En noviembre del mismo año se le excluyó del partido junto con Kliszko, otro viejo líder comunista, el general Spichalski y algunos más. En agosto de 1951 se vio el proceso de un nutrido grupo de generales y oficiales, acusados de espionaje y alta traición. Según las "revelaciones" de los procesados, Gomulka y Spichalski se proponían instaurar en Polonia un régimen de tipo titista, y reintegrar a Alemania los territorios occidentales. Pero Gomulka no fue procesado. Lo que no le evitó ser encarcelado desde finales de 1950 hasta el verano de 1956. El Partido Comunista checoslovaco sufrió una primera ola depuradora en el curso de 1948, organizada por Slanski, secretario general del partido. Después de la reunión del Kominform, se inició una nueva ola. "Esta vez será mucho más severa que en 1948", anunció Slanski en julio de 1950. Y, en efecto, comenzó por barrer al núcleo dirigente del partido eslovaco (Clementis, ministro de Relaciones exteriores del gobierno central, Hussak – el actual depurador, presidente entonces del Consejo de comisarios eslovaco –, Novomeski, comisario de

Educación, y otros), y terminó por barrer al propio Slanski y otros destacados dirigentes del partido checoslovaco, acusados de alta traición, sabotaje espionaje y complicidades con el sionismo. Su proceso se vio en diciembre de 1952. Slanski y diez acusados más, todos ellos veteranos comunistas, fueron ahorcados(47).

En su demoledor panfleto sobre la degeneración del marxismo en ideología cínicamente justificativa con ribetes religiosos, Kostas Papaioannu desempolva la confesión de un demonio exorcizado sobre las reliquias de los santos Marcelino y Pedro, que reza así: "Yo soy satélite y discípulo de Satán. Durante largo tiempo fui portero del Infierno pero desde hace algunos años, con once de mis compañeros, me dedico a devastar el reino de los Francos. Así como nos fue ordenado, nosotros somos los que hemos destruido el trigo, el vino y todos los otros frutos que nacen de la tierra para el uso del hombre." "¿Quién no reconoce – comenta KP – la confesión de un "monstruo trotsquista" o de un "judeotitista"? Todo está: el oscuro origen (las puertas del infierno, los bajos fondos de la reacción), la brusca pro moción al rango de saboteador calificado, la abyecta sumisión a las directivas de un centro satánico, trotsquista, titista u otro."(48) En efecto, las confesiones que los comunistas luciferinos recitaban antes de subir al patíbulo o descender al infierno carcelario, recuerdan extrañamente los exorcismos medievales, en su doble función de explicación y conjura de las calamidades naturales y los males sociales. Todas las dificultades que surgían en las nuevas "construcciones del socialismo", todos los males que minaban el glacis, aparecían explicados, justificados, por la secreta actividad de las bandas demoniacas de los Rajk, Kostov, Gomulka, Patrascanu, Slanski, etc., servidores del Judas-Tito, a su vez servidor del Satán-Truman. De análoga manera a como en 1936 1938 las distorsiones económicas y las tensiones políticas de la sociedad soviética habían sido explicadas por la no menos demoniaca acción de las bandas trotsquistas-bujarinistas. Escuchemos al fiscal del proceso de Slanski.

"Ciudadanos jueces:

[...] Hemos podido observar en toda su monstruosidad la fisionomía moral de estos criminales. Nos hemos dado cuenta del peligro que nos amenazaba a todos. *Los crímenes desvelados nos han permitido conocer las causas reales de los graves defectos que se habían revelado en numerosos sectores de la actividad del partido, el Estado, la economía,*

[...] Como pulpos de mil tentáculos, se habían incrustado en el cuerpo de nuestra república para chuparle la sangre y el tuétano [...] Durante cierto tiempo han podido falsear la justa política de nuestro partido, falsificar los informes, las cifras, los expedientes de los cuadros; engañar a la dirección gottwaldiana del partido, e incluso engañar con insolencia [*sic*] al mismo presidente."(49)

Después de poner al descubierto, gracias a los delitos imaginarios de criminales imaginarios, las causas reales de todos los graves defectos habidos y por haber; después de reclamar castigo ejemplar para los "monstruos de rostro humano", las requisitorias de los procuradores, y frecuentemente las mismas confesiones de los "monstruos" – dotados no sólo de rostro humano sino de lenguaje "marxista-leninista" – terminaban llamando a fortalecer la unidad monolítica en torno a la dirección estaliniana, a proteger la pureza del marxismo-leninismo y redoblar la vigilancia revolucionaria, practicar la autocrítica y – muy especialmente – cumplir y sobrepasar las normas de producción.

"Los conspiradores han causado a nuestro país – terminaba diciendo el procurador que acabamos de citar – inmensas pérdidas, cifradas en miles de millones, pero nosotros realizaremos victoriosamente las tareas del plan quinquenal y edificaremos una vida nueva, una vida radiante, tanto para nosotros como para las generaciones que nos sigan. El esfuerzo infatigable de las masas de millones de trabajadores hace frente a un puñado de conspiradores. Estos últimos días han llegado al tribunal millares de cartas, rebosantes de indignación, expresando la firme decisión de nuestros trabajadores de reparar, en un mínimo de tiempo, todos los prejuicios que nos han causado esos vendidos al imperialismo

[...] Siempre más vigilante, siempre más firme y apiñado en torno a sus dirigentes, a Klement Gottwald, nuestro partido comunista conduce al pueblo hacia un porvenir radiante."(50)

Una vez ahuyentados los espíritus malignos y quemados los posesos, el camino hacia la Tierra de promisión quedó despejado ante el disciplinado rebaño del Señor.

”¿Por qué no ver [en los procesos] – sugiere Papaioannuuna especie de ”autocrítica” indirecta, ”mágica”, del régimen mismo, una venganza de la historia sobre la ideología que tan obstinadamente la había negado?”(51) ¿Por qué no, en efecto? Cuando en los años treinta el movimiento real de la sociedad soviética, sus contradicciones y conflictos -reflejados en los estrangulamientos económicos, las tensiones sociales, la sorda oposición dentro y fuera del partido – llegaron a un punto en que no podían ser silenciados, ni tampoco justificados por defectos ordinarios en la ejecución de la siempre justa política del partido, el régimen hubo de echar mano de explicaciones ”mágicas”. No podía recurrir al método marxista – el de Marx – porque este método implica la crítica sin cortapisas, la discusión absolutamente libre, la investigación sin tabús, y el régimen era la negación misma de esas condiciones. Para autoenjuciarse de manera marxista tenía que comenzar por autoliquidarse. Tampoco podía recurrir a su ideología, el ”marxismo” oficial, porque la función de esta ideología consistía precisamente en encubrir las contradicciones, no en desvelarlas; en hacer la apología del sistema, no su crítica; en mistificar el movimiento real, no en reflejarlo y explicarlo racionalmente. Los males del sistema, de los que era forzoso dar cuenta, tenían que se presentados como ajenos a su naturaleza, a sus estructuras y superestructuras; como importados por agentes extraños a la sociedad soviética. Algo semejante ocurrió diez años después con las democracias populares. Ni el régimen ”soviético” ni los regímenes de ”democracia popular” podían soportar el análisis marxista del conflicto con Yugoslavia, ni de las relaciones instauradas entre Moscú y los países del glacis, ni de la naturaleza verdadera de los sistemas políticos establecidos en ellos, ni de los efectos económicos, sociales, etc., de esos factores. Tampoco podían echar mano del ”marxismo” oficial, cuya función, más si cabe que en los años treinta, era puramente apologética y justificativa. Hubo que recurrir de nuevo a las explicaciones ”mágicas”. La historia, el movimiento real, se vengó solapadamente, una vez más, de los burócratas y de su cínica ideología. Pocos años después, con cierto ”informe secreto”. y otros acontecimientos, la venganza comenzaría a tomar dimensiones homéricas.

El poder sugestivo de la ”magia” estaliniana, como de la antigua magia, dependía de la ocultación de sus procedimientos y manipulaciones. Una vez que éstos fueron desvelados – siquiera fuese muy parcialmente – el encantamiento se derrumbó, dejando paso a la náusea y la crisis de conciencia de los que habían tomado por el mejor de los mundos marxistas el mundo de la mentira y la policía. Muchos, no obstante, se aferraron desesperadamente a los pobres residuos de su maltrecha fe, y nuevos creyentes ingenuos colmaron los claros dejados por los que se decidieron a intentar redescubrir el marxismo, o por los que perdieron definitivamente toda esperanza. Pero esta historia la abordaremos más adelante. Aquí nos vamos a referir solamente al problema de los mecanismos internos de la ”magia” estaliniana. *L’Aveu* de Arthur London proporciona a este respecto un material de excepcional interés, aunque no extraiga de él todas las conclusiones que lógicamente se desprenden. Además de confirmar e ilustrar lo ya conocido y en parte confesado – sólo en parte – por las autoridades oficiales correspondientes (que no hubo crímenes ni criminales, lo único criminal eran los procesos mismos), el testimonio de London pone en evidencia que los procesos tenían como finalidad política la expuesta en las páginas precedentes. Pero lo más importante, a nuestro juicio, de *L’Aveu* es que desmonta el mecanismo de los procesos, muestra cómo eran concebidos y realizados.

El punto de partida era un esquema general elaborado en función de los objetivos políticos buscados. Algo así como el primer esbozo del guión de una película. A continuación se estudiaba qué actores reunían las características adecuadas para desempeñar los principales papeles. Por ejemplo, en el proceso de Budapest, lo esencial era que el primer actor hubiera tenido abundantes relaciones con los dirigentes comunistas yugoslavos, además de haber trabajado en la clandestinidad, haber sido detenido alguna vez, ser de origen pequeño burgués, etc. Como los servicios encargados del asunto podían disponer de los archivos del partido relativos a los cuadros, con las biografías detalladas que cada uno había hecho en su momento, la selección no ofrecía gran dificultad. Una vez escogidas las personas idóneas, se procedía a enseñarles su papel, combinando el secular y probado método de la tortura física y moral con la utilización de la experiencia y

formación de partido de los seleccionados. En el curso de esta fase se comprobaba si el candidato reunía en efecto las condiciones supuestas, si aprendía bien su papel, o si por el contrario oponía inesperada resistencia a los convincentes argumentos de los instructores. Así se iba precisando la selección de los actores, al mismo tiempo que se concretaba el guión, enriqueciéndolo con circunstancias, detalles, datos, no previstos en el esbozo inicial, porque una vez cogidos en el engranaje y rota toda resistencia moral, los llamados a desempeñar, en "bien del partido", el papel de espías, agentes provocadores, pequeño burgueses degenerados, judíos-sionistas, etc., se convertían en eficaces colaboradores de la farsa. El trabajo se hacía colectivo. Los comunistas-torturadores-instructores y los comunistas-criminales se emulaban en llevar a la perfección la trama de la historia inventada y la formulación de las confesiones, de manera que no se escaparan frases confusas (por ejemplo: en tal fecha y lugar me entrevisté con el yugoslavo fulano de tal, en lugar de la fórmula exacta: en tal fecha y lugar me entrevisté con el espía titista fulano de tal). Una vez redactada la confesión con las estructuras, los datos y las formulaciones que se ajustaban exactamente a lo que "el partido necesitaba", no restaba más que aprendérsela de memoria sin fallo alguno, sin olvidar los momentos en que el presidente del tribunal interrumpiría para hacer determinada pregunta (cuya formulación el acusado debía aprenderse, lo mismo que el presidente del tribunal), ni la respuesta prevista. Finalmente llegaba la representación de la pieza – la vista del proceso – en la que todo estaba minuciosamente previsto, ordenado, cronometrado. Rara vez se producían sorpresas desagradables, como la provocada por Kostov en el proceso de Sofía, o años atrás por Krestinski en uno de los procesos de Moscú. Los detalles de todo este mecanismo, del que no hacemos más que una descripción ultraesquemática, pueden verse en el libro de London. Lo que en su relato tiene importancia excepcional es el papel desempeñado por la llamada – en la terminología "marxista-leninista" – *formación de partido*.

A la altura en que nos encontramos del presente ensayo, sobran largas explicaciones sobre los rasgos característicos de esa "formación". En cada comunista la convicción de ser un revolucionario marxista se entretrejía con concepciones y comportamientos totalmente extraños al marxismo. Si la divisa de Marx, reflejada en toda su obra, era *De omnibus dubitandum*(52), la de sus epígonos, al cabo de un siglo, se resumía en la fe del carbonero: "El partido tiene siempre razón", y si alguna vez se equivoca "es preferible equivocarse con el partido que tener razón contra él"; Stalin es infalible; la Unión Soviética, cosa sagrada. La fidelidad a Stalin, al partido bolchevique (identificado a Stalin), a la Unión Soviética (identificada al partido bolchevique y a Stalin), era considerada como la característica esencial de todo buen militante. Durante más de veinte años las sucesivas promociones comunistas se habían formado en este marxismo borreguil, exorcizado de sus demonios marxianos. Conjugada con la fe ciega en Stalin y en todo lo que provenía de la URSS, la vida interna de los partidos comunistas, el hábito de no discutir ni examinar críticamente la política y las directivas llegadas de lo alto; la norma invariable de estar unánimemente, monolíticamente, de acuerdo, habían moldeado de tal manera la mentalidad de los comunistas, y creado en ellos tales reflejos condicionados, que resultaban presa fácil de cualquier mistificación envuelta en fórmulas "marxistas-leninistas" y avalada con la etiqueta soviética. En relación con la técnica de los procesos, además de esos ingredientes intervino otro de particular importancia constitutivo también de la "formación de partido" el método de la "autocrítica". Lo mismo que la crítica y la discusión habían sido vaciadas de su contenido originario, convertidas en glosas aprobatorias y aburridas de las orientaciones y directivas superiores, la "autocrítica" que solía practicarse en los partidos comunistas apenas guardaba relación con el significado comúnmente admitido del concepto. El militante u organismo afectado cargaba, por lo general, con las culpas colectivas, y sobre todo con las de las instancias superiores. Hacía de chivo expiatorio. Y esto a todos los niveles. Después de la catástrofe del año 1933, la dirección del Partido Comunista alemán hizo de chivo expiatorio de los errores de Stalin y del Comité Ejecutivo de la IC. En 1947, en la reunión fundacional del Kominform, les tocó a los dirigentes comunistas franceses e italianos servir de chivos expiatorios del oportunismo de la política estaliniana en el periodo de la "gran alianza". Entre las confesiones de los procesos y esas "autocríticas" a que estaban habituados los militantes y los partidos, existía estrecha conexión. En ambos casos se trataba de que determinados individuos o instancias

asumieran las responsabilidades colectivas, al mismo tiempo que se ocultaban o mistificaban los problemas reales, y se exaltaban las instancias superiores. La diferencia consistía en la naturaleza de los "delitos", y en que para llegar a las "autocríticas" de los procesos se requería la intervención de la tortura, en acto

o como amenaza. La "formación de partido" era condición necesaria, pero no suficiente, para que los comunistas llegasen a aceptar el papel de espías, provocadores, etc., en nombre del "interés superior" del partido. La tortura hacía de partera en ese sacrificio supremo, digno de los dioses aztecas. En resumen, la "formación de partido" había hecho aptos a los comunistas tanto para asumir el papel de "espías" como para creer en las confesiones de los "espías", cuyo lenguaje, estructura y estilo eran tan sorprendentemente parecidos a los de las "autocríticas" habituales. Del Destino dependía que fuesen llamados a desempeñar uno u otro papel. El libro de A. London es una escalofriante ilustración de esa ligadura íntima entre la "formación de partido", la fabricación de las "confesiones" y la credulidad de los comunistas en ellas.

Lo mismo *L'Aveu* que otros documentos aparecidos durante la efímera "primavera" checoslovaca confirman lo que desde el XX Congreso resultaba evidente, aunque no hubiese prueba documental: los procesos de las democracias populares fueron directamente organizados por los especialistas soviéticos. En ocasiones con la intervención personal, sobre el terreno, de los máximos dirigentes del Kremlin(53). El monstruoso aparato policiaco, encabezado por Stalin y Beria, en cuyas manos se encontraba el Partido Comunista y el Estado soviéticos – como Jrushev reconoció en su "informe secreto" – era el mismo que controlaba, auxiliándose de las policías indígenas, todo el glaxis. El punto de ruptura con Yugoslavia fue precisamente, como vimos, la resistencia de Tito y sus colaboradores a permitir la instalación de ese aparato. Y una de las finalidades de los procesos en las democracias populares fue romper toda resistencia a su implantación aún más profunda y ramificada en dichos países. El silencio que el "informe secreto" observa a este respecto habla elocuentemente de las proporciones que debió revestir el hecho. Su revelación hubiera representado asestar un golpe mortal al mantenimiento ulterior del control soviético sobre el glaxis.

En julio de 1953, cuando aún no había terminado la fantástica caza de espías proseguida durante cinco años en las democracias populares en nombre de la vigilancia revolucionaria y bajo la calificada dirección de los especialistas soviéticos en la materia, recién fallecido el especialista número 1, el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética anunció que el especialista número 2 había sido desenmascarado como agente de los servicios secretos imperialistas. Según información confidencial de los jefes soviéticos a los jefes de los partidos del Kominform, la prueba decisiva de que Beria era también espía consistía en que al detenerle se le encontró una carta dirigida a Rankovitch, pidiéndole que le pusiera en contacto con Tito(54)

La Gran Depuración de "espías" y de auxiliares directos o indirectos de "espías", dirigida por el "espía" Beria, bajo la superdirección del Gran Vigilante, fue uno de los componentes esenciales – efecto y causa al mismo tiempo – del curso político que secó en los partidos comunistas de las democracias populares la savia revolucionaria aún viva en los años precedentes; que iba a configurar los regímenes respectivos según el modelo policiaco del régimen soviético estaliniano, llevando al extremo su burocratización, liquidando toda forma de libertad, haciendo de la mentira ley y de la ley una farsa, frenando el desarrollo técnico y científico, falseando los análisis económicos – y cualquier análisis –, aprisionando la cultura en las estulticias del *zdanovismo*, fomentando el nacionalismo que pretendía combatir, alimentando la rusofobia que pretendía extirpar, desacreditando los ideales socialistas. Ese curso político trasladó a las democracias populares los dramas del régimen soviético, con el agravante del drama que representaba el menoscabo de la soberanía nacional. La desatinada campaña de difamación contra Yugoslavia, y la imposición de los diktats soviéticos a las otras democracias populares, puso en entredicho la hipótesis marxista de que la revolución proletaria habría de crear relaciones fraternales entre los pueblos, basadas en la igualdad y la libertad.

Ese curso político estuvo estrechamente determinado por el que siguió internamente el régimen soviético en los años comprendidos entre la victoria antihitleriana y la muerte de Stalin. Las profundas contradicciones del sistema estaliniano se agravaron en ese periodo, y la burocracia gobernante intentó superarlas con los métodos – ya tradicionales – de represión ideológica y policiaca, al mismo tiempo que el culto de Stalin tomaba las proporciones que son bien conocidas. Bajo el efecto de las contradicciones internas y de la previsible desaparición del siniestro anciano, se exacerbó la lucha de camarillas por el poder. Pero el análisis de esta evolución del régimen soviético y de la crisis que abrió en él la muerte de Stalin lo abordaremos en la tercera parte de nuestro estudio, lo mismo que el de la crisis de las democracias populares, concienzudamente preparada por los aprendices de brujo estalinianos. Estas crisis revelaron que en la Unión Soviética el "sistema" contaba aún con sólidas bases en una población anestesiada por treinta años de mitos y de regimentación política, paralizada por la red omnipresente de la policía secreta; en una población ansiosa, ante todo, después de tantas privaciones y sacrificios, de un poco de bienestar material; mientras que en las democracias populares sus bases eran sumamente frágiles. Aquí la crisis puso en movimiento a considerables grupos sociales, particularmente entre la intelectualidad, la juventud estudiantil y la clase obrera. Se reveló la debilidad política de las burocracias dirigentes, cuya formación no había sido producto de un largo proceso orgánico, a diferencia de lo que sucedía en el caso soviético, y se encontraban sometidas a la triple y contradictoria presión de las fuerzas progresistas internas, de los restos de las antiguas clases dominantes, y de las imperiosas exigencias soviéticas.

La campaña contra el titismo en los partidos comunistas de Occidente

Los partidos comunistas del mundo capitalista hicieron suya, unánimemente, la gran operación policiaco-ideológica-política montada por el Kremlin. Inmediatamente de aparecer la primera resolución del Kominform contra el PCY, el comité director del Partido Comunista italiano publicó un breve comunicado en el que declaraba: "Después de haber escuchado el informe de los camaradas Togliatti y Secchia sobre la reciente reunión de la Oficina de Información de los partidos comunistas, el Comité Director ha aprobado por unanimidad y *sin reserva alguna* las decisiones adoptadas por la Oficina de Información." El Buró Político del Partido Comunista francés hizo simultáneamente una declaración parecida. Siguiendo los métodos tradicionales, ambos organismos dirigentes adoptaban decisión tan grave sin contar para nada con los militantes de base y los cuadros intermedios. Pero al menos podían aparentar que daban ese paso con conocimiento de causa, después de que sus representantes en la reunión del Kominform les habían informado. En cambio, los organismos directores de los restantes partidos del mundo capitalista no habían tenido la más mínima intervención en el asunto, como no la tuvieron en la fundación del Kominform ni en la "discusión" de la política adoptada por éste. Se enteraron de la condena de los yugoslavos por la prensa. Pero todos adoptaron inmediatamente – sin pedir más explicaciones ni esperar a que se las dieran – sus correspondientes resoluciones, aprobando también "sin reserva alguna" la condena de los que hasta la víspera pasaban por modelos de revolucionarios. De análogo modo procedieron ante la segunda resolución del Kominform, en la que se afirmaba que el PCY estaba en manos de "asesinos y espías" y que la revolución yugoslava se había transmutado en fascismo. Y todos los partidos comunistas del mundo capitalista aprobaron con la misma incondicionalidad la gran purga de las democracias populares, los veredictos de los sucesivos procesos, la ejecución, el encarcelamiento y la liquidación política de centenares de comunistas conocidos por su larga actividad revolucionaria; admitieron como la cosa más natural del mundo la metamorfosis de esos hombres en "espías", "perros de presa" del imperialismo, "monstruos fascistas", etc.

Durante más de cinco años, la campaña pública e interna en torno a la herejía yugoslava y a la caza de herejes en las democracias populares alcanzó tales proporciones en los partidos comunistas de los países capitalistas que dejó pequeña a la campaña desarrollada en los años treinta contra el trotsquismo, al mismo tiempo que reverdecía esta última. Un papel particularmente vergonzoso nos tocó desempeñar a los dirigentes del Partido Comunista de España. El prestigio que el PCE había conquistado en el movimiento comunista internacional por su combate de los años 1936-1939 sirvió

para acreditar las infames acusaciones lanzadas contra los hombres que arriesgaron su vida en tierras de España, luchando codo con codo con los comunistas y antifascistas españoles. "Fingiéndose amigos, camuflándose entre los combatientes venidos de todos los países a defender la causa de la libertad en España, los espías titistas ayudaban al verdugo Franco, apuñalando por la espalda al pueblo español – declaraban los portavoces oficiales del PCE. Más tarde, los espías titistas, continuando su vil actividad de provocación en los campos de concentración de Francia, causaron la muerte de miles de republicanos españoles. Los hitlerianos pudieron localizar y asesinar a muchos de los más heroicos combatientes españoles sirviéndose de los miserables espías titistas [...]"(55) Cada partido comunista dio su contribución "original" a la operación montada por el Kremlin. Incluso los líderes comunistas chinos, cuya experiencia podía permitirles comprender mejor que nadie el fondo verdadero del conflicto soviéticoyugoslavo, no faltaron a la cita de Stalin. La resistencia de Mao a la jefatura soviética había precedido en bastantes años, según vimos en la primera parte de este estudio, a la de Tito. Y análogamente a lo sucedido con la revolución yugoslava, la revolución china pudo alcanzar la victoria gracias a que sus dirigentes desacataron las directivas de Stalin – el cual trató de imponerles, como a los yugoslavos, una política de unión nacional subordinada a las fuerzas burguesas y a los imperativos del compromiso duradero que Stalin buscaba con el imperialismo americano. Pero en 1949 esos mismos dirigentes calificaban de "traidores" y "renegados" a los comunistas yugoslavos, declaraban que de haber seguido el camino titista "no hubiera sido posible alcanzar la liberación nacional de China" y ésta se habría convertido en "colonia del imperialismo", como Yugoslavia(56). Sin embargo, la actitud del Partido Comunista chino en este asunto fue más moderada y discreta que la de otros partidos, en particular los europeos. Y dentro de éstos también hubo diferencias. La palma de la campaña antititista fuera del "campo socialista" se la llevó, sin duda, el Partido Comunista francés. Haciendo balance de la labor afectuada en este terreno y llamando a intensificarla, uno de los dirigentes del PCF escribía en junio de 1950: "No pasa día sin que nuestra prensa inserte informaciones o artículos sobre la situación en Yugoslavia. Pero este trabajo tiene frecuentemente un carácter formal, improvisado, poco metódico [...] Hay que mejorar considerablemente la calidad de los textos y no sólo su número. Nuestra prensa debe considerar la acentuación de la campaña contra Tito como un objetivo de primera importancia."(57) La campaña de prensa fue completada con la edición masiva de hojas y folletos, como el titulado *La Yougoslavie sous la terreur de Tito*. El PCF no se limitó a la propaganda. Organizó "la lucha de masas" contra el envío de material "militar" a Tito:

"Lo que se ha hecho en Figeac, contra la fabricación de hélices para Tito, y en Niza, a propósito de la rampa de lanzamiento de V 2 que se creía destinada a Tito, no es más que un comienzo [...] Hay que extenderla a todo el país, y en particular a regiones como Grenoble donde se fabrican importantes pedidos de material eléctrico para Tito."(58)

El PCF organizó también una campaña contra las visitas a Yugoslavia lanzando la consigna: "¡Ni un solo joven obrero honrado, ni un solo estudiante sinceramente progresista, ni un solo joven demócrata de Francia debe ir a Yugoslavia durante las vacaciones!" Y contra las manifestaciones artísticas yugoslavas en Francia:

"No solamente la Exposición del arte medieval yugoslavo en París, sino las representaciones cinematográficas yugoslavas, hubieran debido ser ocasión para los comunistas y los partidarios de la paz de demostrar, en formas apropiadas, qué política se camufla tras esa propaganda artística, en apariencia neutra y desinteresada, que se dirige a los medios intelectuales pequeño burgueses, especulando con su mentalidad vacilante, inestable y crédula."

(El PCF exigía a los "partidarios de la paz" que tomaran posición contra Tito, fautor de guerra.) Con la autoridad de quien sólo reconoce, como buen marxista, los hechos científicamente demostrados y los delitos jurídicamente probados – tales como la conversión del socialismo yugoslavo en fascismo, los crímenes de los espías Rajk, Kostov, etc. –, el autor del texto que venimos citando se escandaliza de la credulidad e ingenuidad de los intelectuales franceses, incapaces de percibir las perversas intenciones antisoviéticas e imperialistas que persigue la Exposición del arte medieval yugoslavo: "Hay como para sonrojarse, exclama, de la ingenuidad de

algunos intelectuales franceses, que han tolerado y soportado tan grotescas supercherías, bajo el pretexto de que eran arte puro.”(59) Hasta el deporte yugoslavo representaba un peligroso propagador de la herejía titista. Afortunadamente, la prensa comunista había dado pruebas en este terreno deportivo de firmeza doctrinal y la dirección del partido subraya el caso, presentándolo como ejemplo a seguir en el dominio cultural: ”La firme actitud de la prensa de nuestro partido con ocasión de las manifestaciones deportivas yugoslavas puede servir de modelo de lo que debe hacerse también en el dominio cultural.”(60)

En junio de 1951, Etienne Fajon presentó en la revista política del PCF el balance de la evolución seguida por Yugoslavia desde la ruptura de 1948, y las lecciones que se desprendían de los procesos en las democracias populares. El artículo llevaba por título: ”La clarividencia del partido bolchevique y los crímenes de la camarilla fascista de Tito”. He aquí algunos pasajes:

”En lo que se refiere a la situación interior, la camarilla titista ha liquidado completamente el régimen de democracia popular [...] Para facilitar la restauración completa del capitalismo, el gobierno ha ”descentralizado” el año último el sector económico del Estado (que por otra parte había cesado de ser el bien del pueblo, puesto que el poder se encontraba en manos de los enemigos del pueblo). La dirección de las empresas ha sido confiada a pretendidos ”consejos obreros”, que recurren ampliamente al capital privado, en virtud de la situación catastrófica de la economía yugoslava [...] La explotación de la clase obrera yugoslava es atroz [...] Ciertas empresas cuentan un 70 % de obreros tuberculosos [...] Reina por doquier una represión sangrienta y salvaje, en particular contra los comunistas fieles al internacionalismo proletario y a la independencia de su patria. Decenas de miles son encarcelados, torturados a muerte, asesinados cobardemente [...] El gobierno de Belgrado ha liquidado completamente la independencia de la república yugoslava, reducida actualmente al papel de colonia y de base al servicio de los multimillonarios americanos [...] Desde 1949, el proceso de Rajk en Hungría y el de Kostov en Bulgaria permitieron desvelar el verdadero pasado de la camarilla dirigente yugoslava. Quedó demostrado que se trataba de vulgares espías, ligados desde hacía mucho tiempo a los servicios de información de Wáshington y de Londres. Una de las principales tareas asignadas a estos miserables, en la preparación de la tercera guerra mundial, consistía en organizar complots contra el nuevo régimen en los países de democracia popular, y preparar, en combinación con los traidores locales, los golpes de Estado contrarrevolucionarios indispensables para transformar esos países en bases de agresión contra la URSS. La extensión de este plan, que la resolución del Buró de Información contribuyó a aplastar en el huevo, ha sido ilustrada recientemente con el descubrimiento de la actividad criminal de Clementis y consortes en Checoslovaquia.”(61)

Este breve muestrario de la acción del Partido Comunista francés contra la ”camarilla fascista de Tito” y en apoyo de los procesos, da idea de lo que fue análoga acción en los demás partidos comunistas del Occidente. Pero no en todos – según hemos señalado más arriba – tuvo la virulencia francesa. La campaña contra el titismo del Partido Comunista italiano, por ejemplo, fue de intensidad notablemente menor que la del PCF. Y de tono menos agresivo. Considerada retrospectivamente, parece como si en la acción de los comunistas italianos contra el titismo hubiese faltado el celo y la incondicionalidad prosoviéticos que resaltaban en la de los comunistas franceses. Las actas del VII Congreso del PCI, celebrado en abril de 1951, apenas contienen referencias al problema. La más explícita es de Togliatti, pero en la casi totalidad de las restantes intervenciones la cuestión titista brilla por su ausencia(62). Ello reflejaba, indudablemente, ciertos rasgos diferenciales del PCI respecto al otro ”grande” del comunismo occidental – rasgos que se acentuarían ulteriormente –, así como la gravitación de importantes consideraciones de política interior, en particular la preocupación de preservar las relaciones unitarias con los socialistas. El PCF no tenía nada que perder a este respecto porque su aislamiento no podía ser mayor. Y algo parecido sucedía con la mayor parte de los partidos comunistas, sobre todo en Europa y América. Al mostrarse como instrumentos incondicionales de la política del Kremlin, incluso en lo que ésta tenía de más oscurantista y policiaco, los partidos comunistas de Occidente agravaron su aislamiento. En aquellos años de ”guerra fría” y *maccartismo* su complicidad con el ”maccartismo estaliniano” privaba a los comunistas de autoridad moral y política ante grandes sectores obreros, democráticos y progresistas. El problema mismo de la lucha contra el peligro de guerra quedaba falseado desde el momento que se incluía a Yugoslavia entre las principales bases del imperialismo

americano, y se disimulaba bajo esta mistificación la situación explosiva que la política estaliniana había creado en las fronteras de Yugoslavia con el "campo socialista".

Incluso en el seno de los partidos comunistas, pese a la apariencia monolítica que ofrecían, pese a la credulidad de sus miembros en la "traición" de los Tito, Rajk, Kostov, Gomulka, etc., pese a los efectos, más arriba analizados, de la "formación de partido", la duda comenzó a instalarse en la conciencia de muchos comunistas. De manera indirecta, deformada, este fenómeno se reflejaba en las intervenciones de los jefes.

"Los militantes, las organizaciones del partido, están lejos de oponer siempre una barrera infranqueable a las tentativas de penetración policiaca – planteaba Thorez en su informe ante el XII Congreso del PCF – . Con su rectitud nativa, los trabajadores no pueden concebir a qué innobles procedimientos de delación y provocación recurren sus enemigos de clase. No pocos camaradas dan prueba de una ingenuidad que los provocadores aprovechan para la ejecución de su vil faena. Los procesos de los traidores Rajk y Kostov han mostrado, sin embargo, que esos espías y su jefe Tito, estaban desde hace mucho tiempo a sueldo de los servicios de información angloamericanos [...] ¿Podemos creer que los actuales gobiernos y sus patronos americanos no intentan introducir sus agentes en el movimiento obrero y democrático? ¿No vemos la utilización que hacen de su agencia titista y de los grupitos trotsquistas?"(63)

Partiendo de esas consideraciones del secretario general, Etienne Fajon precisaba la manera de proceder: "Hay que golpear sin vacilación, públicamente y con una amplia explicación política, cada vez que pueda descubrirse en el partido un agente titista o todo otro agente policiaco. Y guardémonos de prestar oído a las posibles retractaciones: obedecen únicamente a la regla del doble juego que desde tiempo inmemorial es enseñada a los agentes del enemigo."(64) Los casos de Tito, Rajk, Kostov, Gomulka, etc., se convertían en modelo para discernir la penetración policiaca en el seno del partido. La necesaria lucha contra este riesgo – comprensible para todo militante revolucionario – era explotada para aplastar en germen cualquier duda o divergencia, y en particular cualquier duda sobre la política estaliniana. Como decía la revista intelectual del PCF, lo ocurrido con Tito y demás "espías", demuestra "la fatalidad de una traición que comienza desde el momento mismo que un comunista pone en duda la fidelidad incondicional a la URSS"(65).

En esta atmósfera de terrorismo ideológico, de espionitis y provocación política, los comunistas que tenían dudas sobre lo que estaba ocurriendo en el "campo socialista" optaron generalmente por callárselas, antes que correr el riesgo de ingresar en la categoría de espías y agentes provocadores. Pero incluso los conflictos internos que surgían, o habían surgido en el periodo precedente, sin relación con el asunto titista, eran ligados al "gran complot" del espionaje imperialista descubierto gracias a la clarividente vigilancia de Stalin. En el Partido Comunista de España, por ejemplo, una serie de casos sucedidos en el periodo comprendido entre la derrota de la república y 1949 fueron englobados en la siguiente versión:

"El caso de la banda fascista de Tito en Yugoslavia el proceso de Rajk y sus cómplices en Hungría; la acusación contra Kostov en Bulgaria, ahora, muestran que los servicios de información angloamericanos realizaron durante la guerra enormes esfuerzos para incrustar sus agentes dentro de los partidos comunistas; muestran que dichos servicios heredaron los agentes que la Gestapo había reclutado entre los cobardes y renegados, traidores al partido, caídos en sus manos. En España ha sucedido algo semejante. El partido conoce la experiencia de Monzón, Trilla y algunos otros, que se transformaron en agentes del enemigo. Aprovechando las circunstancias excepcionales en que se desarrollaron durante algún tiempo, el enemigo les había rodeado de una aureola de "resistentes", de "héroes". Les orientaba a penetrar en el Comité Central y en el Buró Político del partido. De hecho durante un periodo consiguieron encaramarse en la dirección de las organizaciones del partido en Francia, Africa del norte e incluso España. Si el partido y su dirección hubieran sido débiles frente a esos traidores, si no hubieran tomado medidas políticas enérgicas para barrerlos de la circulación, ¿hasta dónde habrían podido llegar? Ellos hubieran sido los Tito, los Rajk y los Kostov españoles [...] Exactamente igual ha sucedido antes con el grupo provocador de Hernández y Castro, y antes aún, en el PSU de Cataluña, con los del Barrio, Serra Pamies, Víctor Colomer, Ferrer y compañía. El partido y su dirección no han vacilado en barrer esa escoria, conscientes de que depurándose el partido se fortalece. Si se hubiera permitido la continuación de tales elementos degenerados y corrompidos en el partido, se hubiera transigido con ellos [...] ¿Qué nos dirigiría

hoy, nuestros principios revolucionarios marxistas-leninistas-estalinistas, nuestra identificación con el frente de los partidos comunistas y obreros, con la URSS, con el partido bolchevique y el gran Stalin, o los gánsters y aventureros de los servicios de información franquistas y anglosajones? [...] La respuesta es obvia: el partido, al depurarse de los émulos de Rajk y Kostov, de los agentes del enemigo, se ha hecho más fuerte, más sólido. Ultimamente, la expulsión del traidor Comorera de las filas del PSUC es otro paso en esa dirección. Al seguir esa conducta nuestro partido es fiel a las enseñanzas y al ejemplo del partido bolchevique.”(66)

(En toda esa lista de ”casos” – como luego hubo de recononocerse, aunque no se dijo públicamente – no había ningún caso de traición, si bien alguno de los citados (concretamente Enrique Castro) pasó años después a las filas franquistas. Se trataba de divergencias políticas, o de luchas intestinas por la dirección, o de problemas de corrupción personal, pero no de espionaje ni de provocación policiaca, por lo menos hasta prueba de lo contrario. La aureola de resistentes que algunos tuvieron – por ejemplo Monzón, y otros que no se mencionan, como Quiñones – no la fabricó el enemigo sino el papel que en realidad habían desempeñado, con aciertos y errores.)

Pocos fueron los partidos comunistas que no descubrieron la existencia en sus filas de agentes titistas, antisoviéticos, nacionalistas, policiacos, y aunque no podían emular en la organización de procesos contra ellos con los partidos en el poder, llegaron lo más lejos posible dentro de las condiciones capitalistas. El caso más resonante fue el de André Marty y Charles Tillon, que estalló en el PCF en los últimos meses de 1952. Los dos, miembros del Buró Político del partido; los dos, aureolados con su participación en la sublevación de los marinos franceses del Mar Negro, en defensa de la joven república soviética, y con su participación en la guerra civil española. El segundo, uno de los principales organizadores de las fuerzas armadas de la Resistencia francesa. Ambos fueron acusados de una serie de ”graves delitos” que se resumían en ”haber puesto en entredicho la dirección política estaliniana del secretario general del partido, del camarada Maurice Thorez”; en haber conspirado fraccionalmente contra el jefe que garantizaba, entre otras virtudes del partido, su ”adhesión incondicional e indefectible a la Unión Soviética”(67). Los dos acusados – según los acusadores – habían dado signos alarmantes de nacionalismo antisoviético, lo que naturalmente les lanzó por la ”misma pendiente que a Tito: ”Sus concepciones – se afirmó – tienen estrecha analogía con las de Tito.” Entre los síntomas de la ”inadmisibile desconfianza de Marty” hacia la Unión Soviética se mencionó que durante un viaje a Moscú, en 1949, ”manifestó desconfianza, como mínimo, en relación con los organismos de seguridad del Estado socialista”(68). Como el viejo Marty se resistió a entonar el *mea culpa*, el Buró Político decidió, para simplificar, que era un ”polizonte”. En concepto de tal fue excluido del partido. A Tillon se le dejó en la base, condenado al ostracismo político. Además de este caso espectacular, en el PCF hubo otros muchos de menor monta, como el del profesor Marcel Prenant, acusado de antisovietismo por poner en duda las teorías biológicas de Lisenko. En la *Historia del PCF* escrita por un grupo de militantes (entre ellos Prenant y otros conocidos combatientes de la Resistencia) que en aquellos años comenzaron a enfrentarse con los métodos estalinistas, se describe así la situación creada en el partido:

”El temor a acusaciones infamantes reducía al silencio a los militantes. Las destituciones, procesos, exclusiones arbitrarias, despertaban dudas entre muchos camaradas. Para el que dudaba comenzaba un largo martirio moral. Se le acusaba por todos lados. Hiciera lo que hiciera estaba perdido. Si entraba en la autocritica a ultranza que se le exigía, proporcionaba la base de su condena. Si rehusaba acusarse de errores o crímenes que no había cometido, su ”resistencia a la autocritica” era tomada como prueba de su calidad de agente consciente del anticomunismo. Mientras que las ”comisiones investigadoras” de las democracias populares y de la URSS llevaban la ”instrucción” de los asuntos hasta la tortura y la condena a muerte, [en Francia] la comisión central de control del partido calumniaba, suscitaba ”testimonios” y provocaba al militante incriminado hasta la exclusión infamante.”(69)

En Francia, como en otros países, numerosos militantes abandonaron silenciosamente el partido, otros permanecieron en él ahogando sus dudas, que pronto habrían de tener dramática confirmación, Pero, por lo general, sólo algunos intelectuales se decidieron a expresar públicamente su reprobación, acompañada de la baja en el partido(70).

Entre los intelectuales de izquierda no comunistas la repulsa contra el curso que tomaban los partidos comunistas y la URSS fue casi general. Durante la guerra y en los primeros años de la postguerra los partidos comunistas europeos habían extendido considerablemente su influencia en los medios intelectuales. La reaparición de la Inquisición estaliniana produjo un reflujo brutal. Al *zdanovismo*, los procesos, la campaña de mentiras sobre Yugoslavia, vinieron a sumarse las primeras informaciones sobre la existencia de campos de concentración en la URSS. El conjunto era más que suficiente para que todo espíritu libre, no protegido por las anteojeras del partido, tuviera que interrogarse sobre la naturaleza del régimen y del partido político que producía y albergaba semejantes fenómenos. Dato sintomático: de la edición francesa de *El Cero y el Infinito* de Koestler, aparecida en 1947, se vendieron más de 400 000 ejemplares(71).

Como para completar este aspecto de Iglesia medieval que el movimiento comunista presentaba en aquellos años, el culto de Stalin – iniciado en la década del treinta, intensificado durante la guerra y postguerra – adquirió a partir de 1948 tonalidades casi místicas, amorosas, que el final del informe de Georghiu-Dej sobre "El partido comunista yugoslavo en poder de los asesinos y espías", traducía elocuentemente (véase p. 477). La reunión del Kominform donde fue presentado ese informe se efectuó en vísperas del setenta aniversario de Stalin (diciembre de 1949). El anatema paroxístico fulminado contra el Enemigo se conjugó con la glorificación no menos paroxística del Salvador. (Recordemos un pasaje del informe: "Con su perspicacia genial [...] el camarada Stalin ha *salvado* a numerosos partidos marxistas.") De todos los rincones del planeta llegaron al Kremlin caravanas de ofrendas. Los artículos de Mólotov y Málenkov dedicados al fausto acontecimiento, después de describir el itinerario terrenal del Guía, sus actos y obras inmortales, terminaban así:

"Por eso es tan iliminada la confianza de los trabajadores de nuestro país en la sabia dirección estalinista, tan recia su fe en el genio de Stalin, tan inmenso el amor del pueblo soviético y de los trabajadores de todo el mundo por el camarada Stalin [...] Con el sentimiento de una gratitud inmensa los pueblos de la Unión Soviética, cientos de millones de todos los pueblos del mundo, dirigen sus miradas hacia el camarada Stalin. La humanidad progresiva ve en el camarada Stalin su guía y maestro amado, confía y sabe que la causa de Lenin y Stalin es invencible."(72)

"¿Puede ser comunista el que no lleve en su corazón una afección sin límites por Stalin, el Jefe, el amigo, cuyo 70 aniversario hemos celebrado con fervor?" – clamaba Thorez, bajo una tempestad de aplausos en el XII Congreso del PCF(73). Entre los innumerables panegíricos de esos años, tal vez ninguno resume mejor la beatería reinante en el movimiento comunista que la dolorida crítica de *Les Lettres Françaises* al retrato de Stalin hecho por Picasso:

"¿Dónde están expresados en este dibujo la bondad, el amor de los hombres, que se encuentran en cada fotografía de Stalin? [...] Este dibujo no refleja en manera alguna el carácter de Stalin, luminoso de inteligencia y fraternidad [...] No expresa lo que representa para nosotros el camarada amado, el padre de todos, el hombre que más amamos, en cuya muerte no podemos creer [...] La nobleza, la bondad, que caracterizan en el más alto grado el rostro inmortal de Stalin están más que ausentes [...] ¿Qué se ha hecho de la irradiación, la sonrisa, la inteligencia, la humanidad en fin, tan visibles sin embargo en los retratos de nuestro querido Stalin? [...] Picasso corre el riesgo de sembrar la incompreensión y la confusión entre los comunistas y los amigos de nuestro partido."(74)

En efecto, hasta ese momento todo estaba claro para los buenos comunistas, y era lástima que la irrespetuosa genialidad del gran artista sembrara la confusión. A los pocos días una noticia – increíble para todo buen comunista – apartó la atención del rostro anodino salido del lápiz picassiano. Un comunicado del Ministerio del Interior de la URSS, fechado al 4 de abril, anunciaba la rehabilitación y puesta en libertad de las eminencias médicas detenidas meses atrás, acusadas de complot contra el poder soviético. El asunto se había hecho público el 13 de enero. Según *Pravda*, esas celebridades de la medicina soviética, condecoradas varias de ellas con la Orden de Lenin, habían confesado que en lugar de hacer lo posible por curar a Zdanov y otros dirigentes del partido, procedieron metódicamente a su asesinato, sirviéndose del propio tratamiento médico, y luego se pusieron a preparar el asesinato de Stalin y algunos militares. Judíos la mayor parte, confesaron también – ¡no faltaba más! – que actuaban por cuenta del sionismo, del espionaje americano y del

Intelligence Service(75). Pero resultaba que todo era mentira, y las confesiones, revelaba el comunicado del 4 de abril, habían sido arrancadas con la tortura, "violando la legalidad". Salvo excepciones – sobre todo entre médicos comunistas, los cuales difícilmente podían hacerse a la imagen del médico-asesino en el ejercicio mismo de la profesión – los comunistas habían creído, una vez más, en la realidad del complot. Lo decía *Pravda*, es decir, el portavoz por antonomasia de la Verdad; lo decía la justicia soviética, es decir, la Justicia; y por otra parte, al cabo de cinco años de complots en serie la cosa había entrado en las costumbres. Si tantos eminentes comunistas de brillante historial revolucionario resultaron ser "monstruos de rostro humano", no era raro que existieran "monstruos de rostro humano y bata blanca". Lo increíble para los comunistas fue el comunicado del 4 de abril, infinitamente más susceptible de sembrar la confusión que el retrato picassiano. Por primera vez en la historia del régimen soviético se reconocía oficialmente que un complot, gemelo de tantos otros, era una farsa. Por primera vez se reconocía la utilización de la tortura. Por primera vez se reconocía que altos jefes de la seguridad soviética montaban falsos complots y arrancaban confesiones sirviéndose de la tortura. De golpe, todo comenzaba a estar oscuro.

Para restablecer la claridad, sobre todo en previsión de los muchos complots y procesos que tal vez sería preciso "anular", los herederos del difunto necesitaban fabricar un chivo expiatorio de alto nivel. Nadie más indicado, por lo pronto, que el jefe máximo de la policía secreta. Una vez "desenmascarado" el nuevo Azew(76) todo volvió a ser diáfano y luminoso, como venía a decir el comunicado del Buró Político del partido-piloto entre los partidos comunistas de Occidente:

"El Buró Político del Partido Comunista francés – declaraba el comunicado – es plenamente solidario del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, que al desenmascarar al agente del imperialismo internacional, Beria, y al impedirle proseguir su criminal faena, ha prestado un nuevo y gran servicio a la causa del movimiento obrero internacional. El Partido Comunista francés aprueba y felicita al Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética: a) por haber hecho fracasar los planes de Beria, dirigidos a apoderarse de la dirección de partido y del Estado, con objeto, en fin de cuentas, de restaurar el capitalismo; b) por haber impedido a ese criminal sabotear el reforzamiento y el desarrollo de la agricultura soviética y minar los kolj oses con el fin de crear dificultades al abastecimiento de la Unión Soviética; c) por haber puesto a ese agente de los imperialistas en la imposibilidad de perjudicar a la amistad de los pueblos de la URSS, base fundamental del Estado socialista multinacional. Las esperanzas de los imperialistas en su agente Beria se han revelado vanas, y nadie puede impedir que, más unido y fuerte que nunca, el glorioso Partido Comunista de la Unión Soviética, modelo para todos los partidos comunistas y obreros, conduzca a la Unión Soviética en su marcha adelante por la vía de la edificación del comunismo."(77)

Pero el *De omnibus dubitandum* de Marx hizo su primer nido en la conciencia de miles de comunistas. Y la brecha abierta por la revolución yugoslava en el monolitismo estaliniano comenzó a ensancharse.

4. El relevo oriental

Si los comunistas, que son parte del gran pueblo chino, carne de su carne, aplican el marxismo sin tener en cuenta las particularidades de China, resultará un marxismo abstracto, vacío de todo contenido. La tarea que el partido debe comprender y resolver urgentemente es aplicar el marxismo a las condiciones concretas de China. Hay que acabar con las fórmulas hechas del extranjero [...] Hay que arrinconar el dogmatismo y adquirir la manera y el estilo chinos [...] Separar el contenido internacional de la forma nacional es lo propio de gentes que no comprenden absolutamente nada del internacionalismo. Mao, 1938.

En diciembre de 1947 – cuando en las dos Europas los partidos comunistas entraban en la tenebrosa etapa kominformiana, mientras el capitalismo cobraba nuevo impulso en todo el Occidente – Mao Tse-tung planteaba ante el Comité Central del Partido Comunista chino:

"Se ha producido un viraje en la guerra revolucionaria del pueblo chino. El ejército popular de liberación ha rechazado la ofensiva de varios millones de soldados de las tropas reaccionarias de Chiang Kai-chek,

lacayo de los Estados Unidos, y ha pasado él mismo a la ofensiva [...] Es un viraje histórico [...] La dominación del imperialismo en China, prolongada durante más de un siglo, pasa de la expansión a la liquidación. Es un gran acontecimiento. Grande, porque tiene lugar en un país de 475 millones de habitantes, y llevará sin duda a la victoria en la totalidad del país. Grande, además, porque se produce en este Oriente donde más de mil millones de seres humanos – la mitad de la humanidad – sufren la opresión imperialista.”(1)

En efecto, el giro que experimentó la guerra civil china en la segunda mitad de 1947 fue histórico. La ofensiva del ejército revolucionario se prosiguió desde entonces, ininterrumpida y arrolladoramente, hasta la victoria de la revolución en la totalidad del país. El 1 de octubre de 1949 nacía oficialmente la República Popular de China. Mientras el movimiento obrero de Occidente, malograda la excepcional oportunidad que le había deparado la segunda gran crisis del sistema capitalista, se empantanaba en la vía reformista, un ejército de campesinos, con jefes comunistas salidos en su gran mayoría de la intelectualidad, irrumpía en Pekín y Changhai, Nankín y Cantón. Las cabezas de puente del capitalismo europeo y americano en el borde oriental del continente asiático caían en manos de la más grande revolución agraria y antimperialista de la historia. Que además se proponía – o más exactamente, se lo proponía el partido que iba a su cabeza y tomaba el poder en octubre de 1949 – convertirse en revolución socialista.

Hasta 1917 todos los marxistas, incluido Lenin, consideraban que las sociedades asiáticas habrían de pasar inevitablemente por la etapa de desarrollo capitalista. En el II Congreso de la IC, Lenin revisó ese punto de vista y formuló la hipótesis de que “con la ayuda del proletariado de los países avanzados” las revoluciones del Oriente podrían quemar la etapa capitalista. El Partido Comunista chino se dispuso a realizar el primer ensayo histórico de ese tipo(2). Ciertamente que no podía hacerse muchas ilusiones sobre la ayuda del proletariado de los países avanzados, el cual no sólo no había tomado el poder en ninguno de ellos sino que no había movido un dedo contra la intervención americana en apoyo de Chiang Kai-shek. En cambio, ahí estaban la Unión Soviética y las democracias populares. La victoria de la Unión Soviética sobre la Alemania hitleriana había sido ya uno de los factores decisivos en la creación de las condiciones internacionales que hicieron posible la victoria de la revolución china. No sólo por el peso que tuvo en la derrota del Japón, sino porque el poderío militar de la Unión Soviética al terminar la guerra constituyó, por sí solo, un freno considerable a la intervención americana en China(3). Sin embargo, la posibilidad de contar con la asistencia soviética en la etapa que se iniciaba no podía por menos de presentarse ante los dirigentes del PCC hipotecada por graves interrogantes. La “guerra fría” desencadenada por Stalin contra la revolución que había osado preservar su autonomía y originalidad, y los métodos que utilizaba para uniformizar y controlar las otras democracias populares, mostraban dramáticamente a la nueva China la alternativa en que podía colocarla el Kremlin: o vasallo o enemigo.

¿Fueron conscientes Mao y sus más próximos colaboradores de esa alternativa? Se carece de información para responder categóricamente. En todo caso, el grupo de Mao poseía una experiencia de las relaciones con Moscú (análoga, en ciertos aspectos, a la adquirida por Tito y sus colaboradores durante la guerra de liberación, y más amplia que la de los yugoslavos en otros aspectos) que no podía por menos de facilitarle la comprensión del conflicto soviético-yugoslavo. En el mismo sentido influían determinados rasgos de la formación ideológica y la práctica política del núcleo dirigente del PCC, rasgos derivados de las características objetivas de la revolución china y conscientemente cultivados desde que Mao asumió la jefatura del partido. Sin volver sobre lo ya dicho en el capítulo consagrado a la primera etapa de la revolución china, nos referiremos ahora muy esquemáticamente, a algunos momentos del periodo posterior que tienen relación directa con este problema.

Revolución china y “gran alianza”

Al final del citado capítulo reproducimos la declaración de Mao, en 1943, según la cual después de su VII Congreso la IC no se inmiscuyó más en los problemas internos del partido chino. El hecho podía explicarse – decíamos – por la coincidencia que existió, a partir de 1935, entre la política de

frente único antijaponés del PCC, la política de frente popular de la IC y la política exterior soviética de aquel tiempo. Pero esa coincidencia no excluía divergencias de importancia. Mientras la política de frente popular de la IC se ajustó estrechamente a las exigencias de la política exterior soviética, no sucedió lo mismo con la política de frente único antijaponés del PCC. Para la dirección maoísta esta táctica incluía la lucha permanente por asegurar la hegemonía de las fuerzas revolucionarias dentro de la alianza temporal con el Kuomintang. La óptica de Moscú era distinta. Habiendo firmado en 1937 un pacto con el gobierno del Kuomintang, que incluía ayuda en material de guerra y especialistas militares(4), el gobierno soviético estaba interesado, ante todo, en que Chiang Kai-chek consagrara su ejército a la guerra contra el Japón, en lugar de dedicar buena parte de él a bloquear y hostigar las bases comunistas. Pero para Chiang el enemigo principal era el comunismo. Como diría en una ocasión: "Los japoneses son una enfermedad de la piel, los comunistas una enfermedad del corazón."(5) La guerra civil larvada entre el PCC y el Kuomintang no podía liquidarse más que si Mao hacía concesiones fundamentales, si se sometía a la jefatura del Kuomintang, si disolvía sus fuerzas armadas dentro del ejército de Chiang. En este sentido le presionaba el Kremlin sirviéndose de algunos viejos cuadros del PCC, como Wang Ming, que secundaban incondicionalmente la política estaliniana(6). La presión pasó a ser más directa en la fase que sigue a la invasión de la URSS por Alemania.

En abril de 1941 Moscú, abandonando su anterior política de alianza con la China oficial, concertó el pacto de no agresión con el Japón, al que ya nos hemos referido en otro lugar. El PCC guardó elocuente silencio ante este acto que lo ponía en situación análoga a la que el pacto germano-soviético creó a los partidos comunistas europeos. El pacto de abril facilitaba al Japón la consolidación y ampliación de las posiciones conquistadas en China, y en particular dejaba disponibles fuerzas japonesas en el norte del país que podían ser lanzadas contra las principales bases comunistas(7).

Stalin, sobra decirlo, no consultó con los dirigentes comunistas chinos cuando decidió concluir el pacto con el Japón, y por lo que se sabe hasta hoy no les había proporcionado ayuda militar en el periodo precedente (1937-1940), mientras se la concedía al Kuomintang(8). Pero cuando Alemania atacó a la URSS, y surgió el peligro de que el Japón, pese al pacto, hiciera lo mismo, Stalin se acordó de que existían comunistas chinos. Y les pidió que emplearan a fondo sus fuerzas militares contra las muy superiores del Japón; les pidió que hicieran esfuerzos (es decir, concesiones) para estrechar la unidad con el Kuomintang (a fin de que éste concentrara también sus fuerzas militares contra el ocupante). El hecho ha sido revelado recientemente por el *Kommunist*, la revista oficial del partido soviético.

"Mao y sus sectarios, dice el *Kommunist*, sabotearon abiertamente las proposiciones de nuestro partido: paralizar las fuerzas japonesas por una acción común (PCC-Kuomintang) e impedir que atacaran a la URSS en la época en que el ejército hitleriano alcanzaba éxitos temporales sobre el frente germanosoviético." "La pasividad de Mao en la guerra contra el Japón, mientras los intereses del proletariado internacional exigían la aceleración máxima de las operaciones antifascistas – agrega la revista – es atestiguada por numerosos hechos. Basta constatar que a partir de 1941-1942 los efectivos de las fuerzas del ejército popular enviadas contra los japoneses no cesó de disminuir. El corresponsal soviético en Yenán comunicaba en enero de 1943 que todas las tropas tenían orden de no llevar a cabo operaciones contra el Japón y de replegarse en caso de que las operaciones fuesen entabladas. Debían, en la medida de lo posible, llegar a una tregua con los adversarios."(9)

De manera deformada, e incluso ridículamente calumniosa (¡la pasividad de Mao en la guerra contra el Japón!), esta versión del *Kommunist* refleja el conflicto que efectivamente existió entre la estrategia de Mao y la de Stalin.

Teniendo en cuenta la aplastante superioridad japonesa en armamento y organización militar regular, Mao rehuyó sistemáticamente comprometer al ejército popular en batallas de tipo convencional. Aplicó en gran escala la táctica guerrillera, experimentada y teorizada desde el periodo de Chiangsi.

”Las fuerzas comunistas – escribe uno de los mejores conocedores occidentales del problema – tuvieron que desarrollar sus operaciones de manera extremadamente fragmentaria, por un lado en razón de sus objetivos políticos que les llevaban a diluirse en las más vastas zonas posibles, a fin de buscar el contacto con las poblaciones, y por otro lado en razón de su extrema inferioridad material frente a los japoneses. Practicaron así una guerra de guerrillas más alejada aún del tipo regular que las campañas del Chiangsi, y nunca fue rebasado el escalón de las pequeñas unidades, alcanzando como máximo el regimiento.”(10)

Esta táctica de combate se articulaba íntimamente con la implantación del nuevo poder revolucionario en grandes zonas agrarias dentro de las provincias ocupadas por los japoneses. Mao aplicaba, en una palabra, la estrategia de la ”guerra prolongada” formulada en 1938. No excluía el paso a la guerra de maniobra en una fase posterior: ”La guerra será larga y encarnizada – decía Mao –, y en su curso las tropas guerrilleras, logrado el necesario adiestramiento, se transformarán poco a poco en tropas regulares, su manera de combatir se hará poco a poco más regular, y la guerra de guerrillas se convertirá en guerra de maniobra.”(11) La repetida capitulación del Japón, después de Hiroshima, excluyó tal fase en la guerra antijaponesa, pero la estrategia de Mao no estaba concebida únicamente en función de esa guerra. Tenía como perspectiva la inevitable continuación de la lucha armada contra las fuerzas reaccionarias del Kuomintang (lucha que, en la práctica, apenas cesó durante la guerra antijaponesa). Se proponía acumular fuerzas, y no quemarlas prematuramente, con vistas a la guerra civil. En una palabra, el objetivo final de la estrategia maoísta no se limitaba a la liberación nacional: incluía la revolución social. La íntima articulación de estos dos aspectos constituyó, como es bien sabido, la clave de la victoria comunista en China.

La estrategia politicomilitar de Mao entraba en conflicto con la de Stalin a varios niveles. En tanto existió el riesgo de un ataque japonés contra el Extremo Oriente soviético, aproximadamente hasta 1943 – el conflicto se presentó sobre todo a nivel de la táctica militar, como ahora reconoce el *Kommunist*. Mientras Mao reservaba y preparaba fuerzas en función de los intereses estratégicos de la revolución china, a Stalin le convenía que tanto Mao como Chiang volcaran inmediatamente sus contingentes militares contra los japoneses. Análogo interés tenían los americanos, a fin de ver aligerado su esfuerzo de guerra en el Pacífico. Por su parte, Chiang reservaba el ejército kuomintaniano para el inevitable arreglo de cuentas con los comunistas. A comienzos de la guerra Chiang había concebido el plan de que los japoneses le ayudaran a destruir los comunistas. Aprovechando que entonces el ejército popular se encontraba formalmente bajo la autoridad del gobierno nacional, le ordenó atacar las principales fuerzas del invasor(12). Mao no cayó en esta trampa. Desobedeció a Chiang lo mismo que más tarde desobedeció a Stalin. De haber cedido a las exigencias de este último en el periodo 1941-1943 el ejército revolucionario se hubiera quebrantado profundamente y a la hora de la capitulación del Japón los comunistas chinos se habrían encontrado a merced del Kuomintang y de los americanos. Hay que tener presente, porque es un dato fundamental, que el PCC no recibió ayuda militar de los soviéticos durante toda la guerra contra el Japón. Stalin exigía a los comunistas chinos intensificar las operaciones militares contra el ejército nipón, pero no hacía nada por compensar su trágica inferioridad en armamento(13)

A un nivel político más general, la estrategia de Mao entraba en conflicto también con los objetivos de largo alcance del Kremlin. El proyecto revolucionario del PCC – la victoria comunista en China – era difícilmente conciliable con el gran proyecto de Stalin: llegar a un arreglo duradero con los Estados Unidos, en Asia como en Europa, sobre la base del reparto de las zonas de influencia. En Asia semejante arreglo sólo era compatible, en el mejor de los casos, con un régimen chino en el que los comunistas se encontraran sometidos a la burguesía nacional, a la jefatura de Chiang Kai-chek. De ahí que Stalin no cesara en sus presiones por lograr que la dirección del PCC llegara a un compromiso de ese género con el Kuomintang, al mismo tiempo que apoyaba la política americana dirigida a lograr que Chiang Kai-chek renunciara a su anticomunismo visceral e hiciera determinadas concesiones al PCC para facilitar la integración de éste en el régimen kuomintaniano.

En el otoño de 1944, Roosevelt envía al general Hurley como embajador ante Chiang. Hurley pasa antes por Moscú donde examina la situación de China con Mólotov. Basándose en esta entrevista ”convence” al dictador chino de que: ”1º) Rusia no sostiene al Partido Comunista de China; 2º)

Rusia no quiere en China disensiones ni guerra civil; 3º) Rusia desea tener con China las más armoniosas relaciones.”(14) En conversaciones con Hurley (15 de abril de 1945) y con Hopkins (28 de mayo), Stalin ratifica que el objetivo soviético es la reunificación de China bajo la jefatura de Chiang. Hopkins informa a Truman que Stalin se ha comprometido a ”hacer todo lo que esté en su poder por realizar la unidad de China bajo la autoridad de Chiang Kai-chek”, y le ha declarado que ”ningún jefe comunista [chino] era suficientemente fuerte como para realizarla por sí mismo”(15) (En junio de 1944, Stalin había dicho a Harriman: ”¿Comunistas, los comunistas chinos? Son respecto al comunismo lo que la margarina respecto a la mantequilla.”(16)) Estas declaraciones que los políticos americanos atribuyen a Stalin y sus colaboradores podrían tomarse como astucias diplomáticas de aquél si no tuvieran su perfecta correspondencia en otros actos y en toda la orientación general de la política estaliniana de ”gran alianza”. El 14 de agosto de 1945 Moscú concluye con Chiang Kai-chek el ”Tratado de amistad y alianza chino-soviético”, en virtud del cual, y en conformidad con el acuerdo secreto de Yalta, la URSS recupera las bases y concesiones arrancadas por la Rusia zarista a China y perdidas en la guerra ruso-japonesa de 1905. El gobierno de Chiang resistió tenazmente a esas pretensiones de Moscú – era el momento en que las potencias occidentales renunciaban, una tras otra, a sus antiguas concesiones en China y a ésta se le reconocía el rango de gran potencia, miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU – y sólo cedió después de que Stalin se comprometió – según versión de algunos historiadores – a no sostener los comunistas chinos(17). Los acontecimientos que siguieron a la capitulación del Japón abonan en cierto modo esta versión, pero sólo en cierto modo. El ejército soviético liberador de Manchuria no dio a los comunistas chinos, en efecto, la asistencia decisiva que hubiera podido prestarles. En lugar de entregarles las instalaciones industriales de esa región – las más importantes de China – las desmontó y envió a la Unión Soviética como botín de guerra; en lugar de permitirles que tomaran el poder en Mukden (principal nudo ferroviario y centro industrial de Manchuria) así como en otras ciudades, las autoridades soviéticas llegaron a un arreglo con Chiang para entregárselas a sus tropas; habiendo podido transportar a Pekín y otros centros del norte de China las unidades del ejército popular, antes de que llegaran los nacionalistas, no lo hicieron, y los nacionalistas pudieron instalarse allí, transportados por aviones y barcos americanos. Pero en cambio las autoridades militares soviéticas no se opusieron a que el ejército popular y las organizaciones de los comunistas chinos se extendieran por las zonas agrarias de Manchuria e incluso se apoderaran de algunas ciudades como Harbin y Changchun. Y sobre todo – éste fue el gran regalo de Stalin a los comunistas chinos – el mando soviético entregó a las tropas de Mao parte del armamento del ejército japonés de Manchuria(18). (Bien es verdad que proceder de otra manera – rehusar a los comunistas una parte de las armas japonesas, mientras el grueso de ellas iba a parar al Kuomintang – hubiese sido excesivamente escandaloso por parte del jefe del comunismo internacional.) En resumidas cuentas, Stalin tendió una mano a Chiang y otra a Mao, al mismo tiempo que les empujaba a entenderse. Ratificó su reconocimiento del primero como jefe del Estado chino, le dio algunas facilidades para instaurar su autoridad en el norte del país, pero le exigió que diera participación en el gobierno a los comunistas (poco después de la firma del tratado china-soviético, y bajo la presión conjunta de Moscú y Wáshington, Chiang Kai-chek invitó a Mao a discutir la cuestión de la entrada del PCC en el gobierno). Al segundo le permitió paliar un tanto su acentuada inferioridad en armamento, pero le exigió hacer importantes concesiones al Kuomintang.

Guerra revolucionaria o ”unión nacional”

En relación con las presiones de Stalin sobre Mao existe un testimonio de primer orden, que a nuestro conocimiento nunca ha sido desmentido por Moscú. Ya hemos aludido a él en otro lugar y lo reproduciremos ahora con mayor detalle. Según la referencia dada por Kardelj, en febrero de 1948 Stalin reveló ante él y Dimítrov lo siguiente:

”Después de la guerra hemos invitado a los camaradas chinos a venir aquí a discutir la situación de su país. Les dijimos brutalmente que, a nuestro juicio, la insurrección en China no tenía porvenir, y debían buscar un *modus vivendi* con Chiang Kai-chek, entrar en el gobierno de Chiang Kai-chek y disolver su ejército. Los camaradas chinos dijeron que aprobaban el punto de vista de los camaradas soviéticos, pero

una vez de regreso en China hicieron todo lo contrario. Reagruparon sus fuerzas, organizaron su ejército, y como todo el mundo puede ver hoy están en camino de batir a Chiang Kai-chek. En el caso de China nos hemos equivocado y lo reconocemos.”(19)

(En la nota 19 explicamos los posibles móviles de esta curiosa ”autocrítica” del Infalible, pero lo que aquí nos interesa es el reconocimiento de la presión ejercida sobre el PCC.)

Las negociaciones entabladas en septiembre de 1945 entre Mao y Chiang no llevaron a ningún resultado práctico. Mientras se negociaba, Chiang ordenaba a sus tropas atacar las zonas controladas por los comunistas, y Mao ordenaba a las suyas resistir y aniquilar a los atacantes(20). En el otoño de 1945 la guerra civil era un hecho. Se acentuó la presión soviéticoamericana encaminada a imponer una solución de ”unión nacional” a los dos poderes armados que se afrontaban en China. En la conferencia de ministros de Relaciones exteriores, celebrada en diciembre de 1945, los ”tres grandes” convinieron en ”la necesidad de una China unificada y democrática, bajo la dirección de un gobierno de unión nacional, a base de una amplia integración de los elementos democráticos en todos los organismos del gobierno nacional y el cese de los desórdenes civiles”(21). Las negociaciones entre el Kuomintang y el PCC se reactivaron. En enero de 1946 se reunió una Conferencia consultativa política y se acordó una tregua en las operaciones militares. La Conferencia consultativa adoptó una serie de resoluciones que aparentemente daban satisfacción al acuerdo de los ”tres grandes”, pero en realidad encubrían los preparativos de Chiang para reanudar la ofensiva contra las fuerzas revolucionarias y los preparativos comunistas para responder adecuadamente a las fuerzas contrarrevolucionarias. Entretanto ganan terreno en Washington los partidarios de prestar al dictador chino toda la ayuda necesaria para imponer una solución militar del conflicto. Desde el verano de 1946, la guerra civil se generaliza a todo el país y pese a nuevos intentos esporádicos de negociación no cesará de crecer en intensidad y amplitud hasta el hundimiento total del Kuomintang.

Chiang Kai-chek emprende la ofensiva en julio de 1946. Su ejército cuenta en ese momento con gran superioridad en efectivos regulares y en armamento (dispone de 500 aviones, en gran parte pilotados por americanos, mientras que el ejército popular no tuvo aviación hasta después de la victoria), es asistido por miles de oficiales y técnicos yanquis, y generosamente subvencionado por Washington. Durante un año (hasta el verano de 1947) los nacionalistas parecen marchar de victoria en victoria; en realidad ocupan ciudades que el ejército popular no defiende, obedeciendo a una táctica bien experimentada; alargan sus comunicaciones y dispersan sus fuerzas en espacios hostiles, minados por la agitación revolucionaria. El ejército popular no presenta combate en regla más que allí donde cuenta con superioridad decisiva. Extiende y afianza el nuevo poder en zonas rurales cada vez más vastas, donde la revolución agraria se convierte *ipso facto* en realidad tangible; cerca las ciudades, corta las vías de comunicación, aísla las divisiones nacionalistas. Paralelamente intensifica la acción clandestina en los mismos centros urbanos del enemigo, atrae a los elementos vacilantes, aprovecha las disensiones dentro del corrompido aparato político y militar del Kuomintang. La correlación de fuerzas va cambiando rápidamente a favor de los comunistas. Entre el verano de 1947 y el verano de 1948 el ejército popular pasa progresivamente a la ofensiva en Manchuria, China del norte y China central. Se inicia la fase que había previsto Mao en su teoría de la ”guerra prolongada”: el paso de la guerra de guerrillas a la guerra de maniobra. En el otoño de 1948 se suceden las victorias espectaculares. El ejército popular libera toda Manchuria, hace cientos de miles de prisioneros, se apodera de grandes cantidades de material bélico. La superioridad en armamento (pese a la carencia de aviación) y en efectivos regulares pasa decisivamente a las fuerzas revolucionarias. En enero de 1949 el ejército popular entra en Pekín. En la primavera cruza el Yangtsé y entra en Nankín y Changhai. En el otoño llega a Cantón. A fin de año toda la China continental, menos algunas regiones periféricas que serán liberadas poco después, está bajo el control del nuevo poder revolucionario.

El giro que la guerra civil toma a partir del verano de 1947, la fulgurante y espectacular ofensiva del ejército revolucionario a partir del otoño de 1948, que en un año le lleva de Manchuria a Cantón, no se explican sólo por la maestría que los comunistas habían alcanzado en su táctica política y militar,

fruto – esa maestría – de veinticinco años de experimentación y teorización de la guerra revolucionaria; ni por el alto nivel de combatividad revolucionaria, de disciplina y espíritu de sacrificio, de eficacia operacional, logrados por la organización militar y política de los comunistas. Sin estos elementos la victoria hubiera sido imposible, pero ellos solos no la explican, y sobre todo no explican su rapidez. Todos los que han estudiado este periodo de la revolución china señalan entre las causas decisivas del hundimiento del régimen kuomintaniano su propia podredumbre interna, su incapacidad y corrupción. Aparte de los jefes comunistas chinos, uno de los primeros en comprender esa realidad fue Marshall. Su misión en China, antes de hacerse cargo del Departamento de Estado, en febrero de 1947, le permitió conocer por dentro el régimen de Chiang. Y en junio de 1947, ante una reunión interministerial, profetizó su hundimiento. En febrero de 1948 declaró ante el Consejo de Seguridad americano que "dado el estado de desorden, corrupción, incuria e impotencia del gobierno central los problemas chinos eran prácticamente insolubles"(22). Pero la impotencia y descomposición del régimen de Chiang no eran más que el reflejo, el efecto, de una realidad más profunda: el grado avanzado de revolucionarización de la sociedad china. La revolución organizada, programada, encarnada en el ejército popular y el PCC, engranaba en su avance con la revolución difusa, espontánea, omnipresente, que al cabo de treinta años de guerras civiles, insurrecciones campesinas y obreras, guerrillas revolucionarias, invasión japonesa, guerra de liberación nacional, etc., había acabado por instalarse en las conciencias y desarticular profundamente las estructuras seculares. La invasión japonesa fue la prueba decisiva para todas las fuerzas políticas que pretendían resolver los problemas de esta China en mutación. Después de haberse revelado en 1925-1927 como el enemigo de la revolución agraria, el Kuomintang reveló en 1937-1945 su incapacidad para organizar la resistencia nacional. E incluso se comprometió colaborando directa o indirectamente con el enemigo en no pocas ocasiones. En cambio el PCC, que en el curso de la primera y segunda guerra civil se había acreditado como el partido de la revolución, en el curso de la guerra antijaponesa se acreditó, además, como el partido de la independencia nacional. Capas sociales y políticas que oscilaban entre él y el Kuomintang pasaron a su lado ó exigieron una alianza sincera con él. Al capitular el Japón el gobierno de Chiang Kai-chek no hubiera podido instalar su poder en la mayor parte del país si no se hubiese dado un conjunto *de factores* extraños a la realidad profunda del país: el acuerdo americanonipón para que las fuerzas japonesas sólo se rindiesen a las tropas de Chiang; el traslado de estas tropas (confinadas en el sudoeste del país) al centro y norte de China por la aviación y la flota americanas; el estatuto internacional del gobierno de Chiang (reconocido por los "tres grandes" como único gobierno legal de China) y el tratado chinosoviético de agosto de 1945 que lo fortalecía políticamente ante las fuerzas revolucionarias; el comportamiento del ejército soviético en el norte y en Manchuria en cumplimiento de ese tratado; y, finalmente, la ayuda activa, en todos los órdenes, que el gobierno americano comenzó a prestar inmediatamente al de Chiang.

En realidad, el régimen del Kuomintang fue artificialmente restaurado sobre un país que reclamaba lo que ese régimen venía precisamente a impedir la paz civil, transformaciones sociales radicales, independencia nacional efectiva. El Kuomintang apareció desde el primer día que siguió a la liberación del yugo japonés como el partido de la guerra civil, el enemigo de todo cambio social, y el instrumento de una nueva dominación extranjera: la americana. Para consolidar su poder durante un periodo más o menos largo no le quedaban más que dos posibilidades: o bien aplastar militarmente a los comunistas, o bien que éstos capitularan políticamente, se "integraran" en el régimen, disolvieran sus fuerzas militares, se sometieran a la jefatura de Chiang Kai-chek, abandonando prácticamente su programa revolucionario. Desde el punto de vista del Kuomintang, las negociaciones más arriba mencionadas eran una maniobra táctica para ganar tiempo y preparar las fuerzas militares con vistas a la primera solución, y al mismo tiempo para tantear la segunda. Si la dirección del PCC cede a las exigencias de Stalin esta segunda posibilidad hubiera podido imponerse. Los comunistas se hubiesen encontrado de nuevo, como en 1925-1927, prisioneros del Kuomintang, y la tragedia de entonces podría haberse repetido en uno u otro momento. Si en Europa occidental la "unión nacional" de tipo oportunista desembocó en la exclusión de los ministros comunistas y el aislamiento de los partidos, en las condiciones de China, análogo tipo de

”unión nacional” habría desembocado, muy probablemente, en otra matanza de comunistas. Uno de los méritos históricos de Mao y sus camaradas es la total lucidez que revelan a este respecto, como prueban los documentos de la época. Tanto en el periodo que precede inmediatamente a la capitulación del Japón como en el que le sigue, Mao no se hace ninguna ilusión: considera ineluctable la guerra civil y prepara al partido para afrontarla. En su informe ante el VII Congreso del PCC, dos meses antes de la capitulación del Japón, plantea:

”Hasta hoy, el núcleo principal de la camarilla que reina en el Kuomintang ha aplicado obstinadamente la línea reaccionaria encaminada a conservar el régimen de dictadura y a desencadenar la guerra civil. Existen numerosos signos de que esta camarilla se ha preparado desde hace tiempo, y se prepara más que nunca, a desencadenar la guerra civil en cuanto una parte de la China continental sea liberada de los invasores nipones por las tropas de una de las potencias aliadas. Al mismo tiempo, esa camarilla espera que los generales de ciertas potencias aliadas desempeñen en China el mismo papel que el general inglés Scobie en Grecia.”(23)

Más adelante recuerda la experiencia de 1927:

”En 1944, el gobierno del Kuomintang ha expresado su ’deseo’ de que los comunistas ’disuelvan en un plazo determinado’ los cuatro quintos de sus fuerzas armadas en las regiones liberadas. Y en 1945, en el curso de las últimas conversaciones, ha exigido, incluso, que los comunistas le entreguen la totalidad de las tropas de las regiones liberadas, prometiendo que inmediatamente después el partido comunista sería ’legalizado’.

Esas gentes dicen a los comunistas: ’Entregadnos vuestras tropas y os concedemos la libertad.’ Se deduce de esta teoría que los partidos y grupos privados de tropas deberían gozar de libertad. Pero en 1924-1927 el partido comunista no tenía más que un puñado, y en cuanto el gobierno kuomintaniano comenzó a aplicar su política de ’depuración del partido’ y de represión sangrienta, no quedó la menor huella de libertad.”(24)

Y Mao termina su intervención de clausura del Congreso con estas palabras:

”Dos congresos se desarrollan actualmente en China: el VI Congreso del Kuomintang y el VII Congreso del Partido Comunista chino. Los objetivos de estos dos congresos son absolutamente diferentes: uno aspira a aniquilar el partido comunista y las fuerzas democráticas de China, a precipitar China en las tinieblas; el otro aspira a aplastar el imperialismo nipón y sus cómplices, las fuerzas feudales de China; a edificar la China de la nueva democracia.”(25)

Inmediatamente después de las negociaciones de septiembre, Mao plantea en una reunión de cuadros del partido:

”Es seguro que fracasarán las negociaciones entre el Kuomintang y el partido comunista, es seguro que habrá ruptura, que nos batiremos”, pero, agrega, las negociaciones son necesarias para ”demoler las mentiras del Kuomintang, según las cuales el partido comunista no quiere la paz ni la unión.”(26)

El espectro de un ”titismo chino”

Los maoístas no han revelado todavía la historia de la lucha interna en el partido durante esos años. A través de los textos actualmente conocidos, como el documento de abril de 1946 que hemos citado en otro lugar(27), se trasluce que algunos cuadros importantes del PCC sostenían la solución preconizada por Stalin: llegar a toda costa a un *modus vivendi* con Chiang Kai-chek. La guerra revolucionaria les parecía condenada al fracaso desde el momento en que el Kremlin se orientaba a un compromiso con los Estados Unidos. Parece probable que la presión de Stalin sobre la dirección del PCC en el sentido indicado persistió, por lo menos, hasta finales de 1946 o comienzos de 1947. En diciembre de 1946, Stalin declaraba al hijo de Roosevelt que el gobierno soviético estaba dispuesto a ”proseguir una política común con los Estados Unidos en las cuestiones del Extremo Oriente”(28). Durante 1945 y 1946 la prensa soviética y la de los partidos comunistas occidentales apenas publicaban informaciones sobre el ejército popular chino, las transformaciones revolucionarias en las regiones liberadas, etc. Se limitaban, por lo general, a denunciar el apoyo de ”los círculos reaccionarios” norteamericanos a ”los círculos reaccionarios del Kuomintang”, presentando ese apoyo como el principal obstáculo a una solución de ”unión nacional”. Y como ya

vimos, el informe de Zdanov en la reunión fundacional del Kominform no se refiere a China más que desde el ángulo de esa intervención. Se silencia el contenido revolucionario de la guerra civil, no se plantea el problema de la solidaridad del proletariado internacional con los revolucionarios chinos. El PCC no es invitado a formar parte del Kominform. Evidentemente la política de Mao, como la de Tito durante la guerra de liberación, no estaba sobre la misma longitud de onda que la de Stalin. Y el espectacular triunfo de la línea de Mao en 1949 no podía por menos de suscitar la inquietud de Stalin. Sobre todo después de lo ocurrido con Tito.

La inquietud de Stalin debía ser tanto mayor cuanto que no se trataba sólo de que los acontecimientos hubieran dado la razón a la estrategia maoísta. Se trataba de que por primera vez llegaba al poder en un gran país un partido comunista cuya mentalidad, formación ideológica, evolución interna, ofrecían rasgos diferenciales muy acusados respecto a los del partido soviético. Un partido consciente de su originalidad y de su importancia mundial. Un partido, cuya dirección venía cultivando sistemáticamente esos rasgos desde hacía más de diez años, en conflicto latente con la ortodoxia de Moscú, pese a las invocaciones rituales de Stalin y de las concepciones estalinianas que acompañaban a la "chinización" del marxismo. En el ensayo del *Kommunist* citado páginas atrás se revela que el llamado "movimiento por la rectificación del estilo" organizado en Yenan de 1941 a 1945 (en varias etapas) fue visto en Moscú bajo ese ángulo. Este "movimiento" consistió en el estudio y el debate de una serie de problemas ideológicos, políticos y organizacionales, con la finalidad de que el partido aprendiera a servirse del método marxista y a rechazar los enfoques dogmáticos, el subjetivismo y el formalismo, a unir la teoría marxista a la práctica de la revolución china. En la época del "movimiento del 4 de mayo", decía Mao, fue "indispensable y revolucionario" llevar la lucha contra "los viejos clichés, el viejo dogmatismo" (del pensamiento chino tradicional), "ahora haremos obra necesaria y revolucionaria desenmascarando los nuevos clichés, los nuevos dogmatismos, a partir de posiciones marxistas"(29). Miles de cuadros pasaron por esa escuela, que sirvió para difundir las concepciones maoístas en el partido y cohesionar sus filas bajo la jefatura de Mao. Las teorizaciones de éste sobre la guerra revolucionaria, la "nueva democracia", la manera de resolver las contradicciones en el seno del partido, etc., quedaron consagradas como la verdad china del marxismo. Comenzó a hablarse de "marxismo chino" o de "chinización del marxismo". Se criticó a Wang Ming y otros – revela ahora el *Kommunist* – por "su actitud dogmática hacia el marxismo ruso".

Este movimiento ideológico – que puede considerarse también, pese a sus intenciones antidogmáticas, como la iniciación del culto a Mao – culminó en el VII Congreso del PCC. En el informe de Liu Chao-chi "sobre el partido" se plantea:

"El programa puesto a la cabeza de los estatutos de nuestro partido estipula que el Pensamiento de Mao Tsetung debe guiar todo el trabajo de nuestro partido. El texto de los propios estatutos establece que cada miembro del partido tiene el deber de esforzarse en asimilar los elementos del marxismo-leninismo y el Pensamiento de Mao Tse-tung. Esta es una de las grandes particularidades históricas de los estatutos de nuestro partido, tal como han sido revisados esta vez."(30)

(En efecto, tal "particularidad" era inconcebible entonces en los estatutos de cualquier otro partido comunista.) El informe continúa:

"Desde hace más de un siglo, el pueblo y la nación china han sufrido profundos males, han sostenido una lucha sangrienta por su emancipación, acumulando experiencias de incalculable valor. Esas luchas prácticas y la experiencia así adquirida debían conducir inevitablemente a la formación de su propia gran teoría, haciendo de la nación china no sólo una nación capaz de guerrear sino una nación dotada de teoría revolucionaria y científica [...] Esta teoría es precisamente el Pensamiento de Mao Tse-tung la teoría y la política de Mao Tse-tung en lo que concierne a la historia china, la sociedad china y la revolución china. El Pensamiento de Mao Tse-tung es el pensamiento que funde la teoría marxista-leninista con la práctica de la revolución china; es el comunismo chino, el marxismo chino."

El mérito y la originalidad de esta nueva aventura teórica son vigorosamente subrayados:

"En virtud de las condiciones diferentes, de las particularidades muy acentuadas que caracterizan el desarrollo social e histórico de China, del hecho que la ciencia en China no está aún muy desarrollada,

etc., la chinización sistemática del marxismo, la transformación del marxismo de su forma europea en su forma china, o dicho de otra manera, la utilización del enfoque y el método marxistas para resolver los diversos problemas de la revolución china en nuestra época, representa una empresa difícil y excepcional. Muchos de los problemas que encuentra no han sido planteados jamás ni resueltos anteriormente por los marxistas del mundo [...] Esta empresa no puede ser llevada a bien, en manera alguna, pese a lo que algunos piensan, limitándose a dominar los textos marxistas, recitándolos de memoria, y extrayendo de ellos citas [...] Mao Tse-tung, y ningún otro, es el que en forma notable y lograda ha llevado a cabo esa empresa difícil y excepcional de chinización del marxismo. Es una de las más grandes hazañas en la historia del movimiento marxista mundial [...]"

No analizaremos ahora estos textos, en los que la toma de conciencia de una realidad indiscutible – que la revolución china, como toda gran revolución, estaba produciendo su propia teoría – se entrelaza con los primeros elementos de un culto que llevaría a la dogmatización de las nuevas ideas, como había ocurrido con el leninismo. Lo que nos interesa señalar aquí es que esos postulados del VII Congreso del PCC, lo mismo que la estrategia político-militar de Mao, eran difícilmente digeribles para Stalin. La revolución china representaba el primer gran desafío teórico a la ortodoxia estaliniana, como su curso práctico era un desafío a la política de "gran alianza". Y el desafío tenía un alcance mundial, porque, como declaraba el citado informe, la nueva teoría significaba "el desarrollo del marxismo acerca de la revolución nacional democrática de la época actual en los países coloniales, semicoloniales y semifeudales [...] una contribución de gran importancia y utilidad a la liberación de los pueblos de todos los países, y sobre todo a la causa de la liberación de todas las naciones del Oriente". Desde 1945, el PCC comenzaba a reivindicar sus concepciones y experiencia como modelo para la revolución en los países atrasados. Se presentaba como el relevo del partido soviético.

A medida que se perfila netamente la victoria de 1949, particularmente en el curso de ese año, aparecen en las publicaciones doctrinales soviéticas una serie de artículos que ponen discretamente los puntos sobre las íes. Se mencionan pasajes de los trabajos de Mao en los que éste rinde tributo al papel y al ejemplo de la Unión Soviética, a Lenin y Stalin, silenciando al mismo tiempo todo lo relativo a la "chinización" del marxismo, y criticando indirectamente las tesis maoístas acerca del desarrollo original de la revolución en los países coloniales y semicoloniales.

"Las leyes generales del desarrollo social de los países orientales y de los países occidentales – se dice en uno de esos trabajos – son idénticas. Sólo puede hablarse de diferencias en el ritmo y en las formas concretas de dicho desarrollo. En este sentido, la democracia popular en Oriente no difiere en sus rasgos fundamentales de la democracia popular en Occidente. Todo el curso de la lucha nacional-colonial las inmensas victorias logradas por las fuerzas democráticas del Asia oriental, son una espléndida confirmación de la justeza de la doctrina leniniano-estaliniana sobre la cuestión nacional-colonial, la demostración del triunfo de las ideas victoriosas de Marx-Engels-Lenin-Stalin."(31)

Las ideas de Mao no existen para este teórico soviético. En otro de los artículos se declara:

"En la elaboración de una justa política marxista-leninista por el Partido Comunista chino, los trabajos del camarada Stalin, y en especial sus trabajos sobre la cuestión china, han revestido enorme significación. Sobre la base de un análisis teórico profundo de la situación en China, el camarada Stalin ha definido en esos trabajos las particularidades de la revolución china, ha previsto genialmente el curso de esta revolución, ha indicado en qué condiciones podría triunfar [...]"(32)

Poco después de la proclamación de la República popular china la Federación Sindical Mundial celebró una reunión en Pekín (noviembre de 1949). La intervención del representante chino (Liu Chao-chi) mantiene firmemente las tesis maoístas:

"La vía seguida por el pueblo chino para vencer al imperialismo y a sus perros falderos, y para fundar la República popular china, es la vía que debe ser seguida por los pueblos de muchos países coloniales y semicoloniales en su lucha por la independencia nacional y por la democracia popular [...] Es la vía de Mao Tsetung."(33)

Las declaraciones de algunos comunistas asiáticos afirmando su voluntad de seguir el ejemplo chino no fueron incluidas en el resumen de los debates de esa reunión publicado por el órgano de la Federación Sindical Mundial.

Evidentemente, la revolución de la enorme China, como la revolución de la pequeña Yugoslavia, estaba preñada de peligros heréticos. La proclamación de la República popular china el 1 de octubre de 1949 – en vísperas de que el Kominform anunciara que la República popular yugoslava estaba en manos de "asesinos y espías" –, no representaba sólo el más rudo golpe asestado al sistema imperialista después de la revolución de Octubre; significaba también que ante el Kremlin se levantaba el espectro de un titismo asiático, incomparablemente más peligroso que el titismo balcánico. Algunos observadores occidentales apuntaron la posibilidad, aunque no la consideraban inmediata, de que el espectro tomara cuerpo". Y los partidos del Kominform juzgaron necesario salir al paso de semejantes "especulaciones". La revista del PCF, por ejemplo, escribió en marzo de 1950 que "el internacionalismo proletario se encuentra profundamente anclado en el Partido Comunista chino, y puede afirmarse que las esperanzas acariciadas por los imperialistas en un "titismo chino" están condenadas a la más miserable decepción"(35)

La alianza chinosoviética

Durante algunos años, en efecto, el fantasma fue ahuyentado. La situación internacional empujaba con fuerza, tanto a Mao como a Stalin, a entenderse. La guerra fría estaba en su apogeo. Mao no podía saber hasta donde llegaría el apoyo de los Estados Unidos al derrotado Chiang Kai-shek refugiado en Formosa. En todo caso, el imperialismo americano era la principal amenaza que se cernía sobre la nueva China. Stalin, por su parte, necesitaba fortalecer su dispositivo internacional. En abril de 1949 se había firmado el Pacto Atlántico. En mayo el gobierno soviético tuvo que renunciar al bloqueo de Berlín oeste. Japón se convertía en una base militar americana frente al Extremo Oriente soviético. Y aunque en julio de ese año hizo explosión la primera bomba atómica soviética, la ventaja americana en este orden era evidente, si bien la superioridad soviética en fuerzas militares convencionales no era menos evidente. Las negociaciones Mao-Stalin iniciadas en Moscú en diciembre de 1949 terminaron en febrero de 1950 con la conclusión del tratado chinosoviético de "amistad, alianza y ayuda mutua", por treinta años. En junio de 1950 estallaba la guerra de Corea que habría de soldar fuertemente durante tres años la nueva alianza. Aparte de este imperioso condicionante internacional ínter- vinieron, sin duda, otros factores. Las relaciones entre ambos partidos no se habían puesto a prueba aún en el plano estatal (tampoco en el caso yugoslavo las divergencias surgidas durante la guerra condujeron por sí mismas a la ruptura; las relaciones se hicieron antagónicas cuando entró en escena el nuevo Estado yugoslavo y se reveló prácticamente la incompatibilidad entre su soberanía y la política y métodos del Kremlin). Posiblemente Mao pensó que con un país como China, de 500 millones de habitantes y un ejército de varios millones cuyas altas cualidades combativas acaban de ponerse de manifiesto, Stalin se guardaría de proceder como con los pequeños Estados del este europeo. Por otra parte, la situación económica del país, al cabo de veinticinco años de guerras casi continuas, era francamente desastrosa. Los comunistas chinos pensaban que la URSS les proporcionaría la urgente ayuda que necesitaban. Ante ellos se presentaban problemas económicos y técnicos ingentes para los que no estaban preparados. La teoría maoísta de la "nueva democracia" proporcionaba una orientación general sobre las relaciones y el papel de las diferentes clases, el carácter del nuevo régimen, pero para construir éste hacía falta algo más. El PCC creyó encontrar la solución en el modelo y la experiencia de la construcción soviética. En vísperas de la victoria Mao planteó así el problema:

"Ante nosotros se presenta la enorme tarea de la edificación económica. Muy pronto algunas de las cosas que conocemos bien quedarán atrás y tendremos que ocuparnos de otras que conocemos mal. Ahí está la dificultad. Los imperialistas cuentan con que seremos absolutamente incapaces de administrar nuestra economía [...]

Al principio, algunos comunistas soviéticos tampoco dominaban la gestión de los asuntos económicos y los imperialistas descontaban su fracaso. Pero el Partido Comunista de la Unión Soviética ha triunfado, y

bajo la dirección de Lenin y Stalin no sólo supo hacer la revolución sino edificar un grande y magnífico Estado socialista. El Partido Comunista de la Unión Soviética es nuestro mejor profesor y debemos ponernos a su escuela.”(36)

¿Convicción o declaración diplomática con vistas a la nueva etapa? Mao siempre había maniobrado con suma habilidad a fin de evitar enfrentamientos directos con Moscú. Combatiendo los hombres y las tendencias que dentro del partido chino representaban la sumisión incondicional a las directivas y concepciones moscovitas relativas a la revolución china, reconocía y proclamaba al mismo tiempo el papel rector de la URSS y Stalin en el movimiento comunista internacional(37). Y no existen indicios de que tuviera el más leve punto de vista crítico sobre los problemas internos de la URSS, ni sobre la política de Stalin en el movimiento comunista occidental. (A juzgar por lo que se conoce de su biografía, Mao debía desconocer estos problemas en no menor medida que otros líderes comunistas desconocían los problemas chinos.) Entre el marxismo chinizado de Mao, tal como se presentaba a la altura de 1949, y el marxismo rusificado de Stalin, existía una franja común mucho más amplia y consistente de lo que suelen decir algunos apasionados de la originalidad maoísta. Las zonas divergentes concernían particularmente a los problemas de la guerra revolucionaria, de la estrategia, formas y métodos de la revolución china en su fase destructiva, y perdían naturalmente relevancia al ponerse en primer plano los problemas de la fase constructiva. En cambio adquirieron mayor significación internacional a medida que se desarrolló la lucha de liberación en el “tercer mundo”. Pero durante un tiempo la guerra de Corea y los problemas internos chinos remitieron a un segundo plano las divergencias entre la ortodoxia estaliniana y las teorías maoístas en lo que concierne a las vías de la revolución en los países oprimidos por el imperialismo. Y en el terreno de la edificación interior los comunistas chinos, como preconizaba Mao, se pusieron a la escuela del partido soviético. Hasta que la experiencia práctica – análogamente a lo sucedido de 1921 a 1927 en el dominio de la táctica revolucionaria – les enseñó a los discípulos que el profesor tampoco les servía para la edificación del nuevo régimen.

Si por parte de Mao existían en 1949 los imperativos que acabamos de indicar para esforzarse en llegar a una inteligencia lo más estrecha posible con Stalin, en este último pesaba, además del peligro americano, el conflicto con Yugoslavia. Es fundado suponer que Stalin tenía el máximo interés en no crearse un problema análogo con el partido chino, cuya gran victoria lo aureolaba de inmenso prestigio ante el movimiento comunista internacional y ante todos los pueblos oprimidos. Su interés, por el contrario, residía en capitalizar ese prestigio. Toda la propaganda del Kominform, de los partidos comunistas, presentó el triunfo de la revolución china como el fruto de la dirección genial de Stalin, de sus concepciones y estrategia, de sus consejos y directivas. He aquí un botón de muestra:

”En todas las etapas de la revolución nacional liberadora china, Stalin ha estado presente para plantear los problemas, ayudar a rectificar los errores, indicar los escollos a evitar, la vía justa a seguir, sobre la base de la hegemonía del proletariado.”

(En 1949 el proletariado industrial de China no llegaba al 1 % de la población, y después de la terrible represión de 1927 apenas pudo intervenir en la lucha revolucionaria. El porcentaje de obreros en el PCC – también en 1949 – era escasamente del 3 %, y la aplastante mayoría de los cuadros dirigentes eran de procedencia intelectual(38). Pero según las versiones del Kominform el proletariado había sido la fuerza hegemónica de la revolución china. Stalin hacía milagros.) El artículo continúa:

”El análisis estaliniano de las particularidades de China es el que ha proporcionado al PCC la base para elaborar su programa, su estrategia y su táctica de combate [...] Stalin previó científicamente la traición del Kuomintang [en 1927] [...] Stalin profundizó, para China, la teoría leninistaestaliniana concerniente a los países coloniales y semi-coloniales [...] El restablecimiento de la influencia del PCC en la clase obrera se debió también a los consejos de Stalin [...] Stalin ha protegido la revolución china contra el trotsquismo [...] Sólo el estudio y la asimiliación de las proposiciones teóricas de Stalin permitió al Partido Comunista chino ver claro, corregir los errores, conducir la revolución y la guerra revolucionaria a la victoria.”(39)

Puede suponerse el efecto que semejantes versiones producirían en los dirigentes comunistas chinos, pero de momento no dieron signos de inmutarse. Otras culebras más gordas hubieron de tragar en aquellos años, y lo hicieron con la misma impasibilidad. Sin entrar ahora en detalles sobre las relaciones chinosoviéticas hasta la muerte de Stalin, nos limitaremos a señalar que en virtud de los acuerdos anexos al tratado de 1950 la restitución al gobierno chino del ferrocarril manchuriano fue aplazada hasta 1952, salvo que antes se firmase el tratado de paz entre la URSS y el Japón. El mismo aplazamiento sufrió la retirada de las tropas soviéticas de la base naval de Port-Arthur. Y el problema del puerto de Dairen quedó en suspenso para ser examinado de nuevo después de la conclusión de dicho tratado de paz. El gobierno chino tuvo que reconocer la "independencia" de la Mongolia exterior, es decir, su permanencia bajo el absoluto control soviético(40). En relación con Sinkiang los chinos tuvieron que aceptar la creación de dos sociedades mixtas del tipo que los yugoslavos habían rechazado. En 1954 Mao exigió la transferencia integral e inmediata a China de la parte soviética en estas sociedades(41). En el terreno de los créditos económicos los dirigentes chinos habían cifrado las necesidades del país entre dos mil y tres mil millones de dólares. En Moscú obtuvieron un crédito de 60 millones de dólares por año, durante cinco años. En total, 300 millones de dólares, suma inferior a la que poco antes el gobierno soviético había prestado a Polonia(42). Con los especialistas soviéticos enviados a China se presentó el mismo problema que provocó las dificultades que vimos en Yugoslavia: sus emolumentos eran muy superiores a los de sus colegas chinos. Dado el nivel económico del pueblo y los hábitos de austeridad en que se habían educado los comunistas chinos, es fácil imaginar el efecto moral y político que tal situación tenía que provocar inevitablemente. Y sin duda hubo otros muchos aspectos de las relaciones entre los dos Estados y partidos que no abonaban

precisamente la rosada imagen oficial de la "amistad chino-soviética". Sin embargo, hasta después de los acontecimientos húngaros y polacos del otoño de 1956 no habrá declaraciones chinas poniendo en entredicho esa imagen panglosiana. En diciembre de aquel año, Mao declarará que

"en la solución de ciertas cuestiones concretas, Stalin manifestaba tendencia al chovinismo de gran potencia y no se inspiraba suficientemente en la igualdad de derechos; no educaba a los cuadros en un espíritu de modestia y a veces se inmiscuía injustamente en los asuntos internos de países y partidos hermanos, lo cual tuvo muchas y graves consecuencias"(43)

Pero ni entonces ni después los maoístas han hecho un análisis histórico objetivo y documentado de la intervención de Stalin (de la burocracia dirigente soviética) en las diferentes fases de la revolución china, y en particular en el periodo 1949-1953. Lo que puede explicarse porque semejante análisis implicaría abordar críticamente determinados aspectos de la propia actuación de Mao, cosa difícil mientras persista el culto a su pensamiento y su personalidad. En todo caso, mientras no hagan ese análisis los comunistas chinos no podrán dar una explicación histórica concluyente de su actual conflicto con el partido soviético(44).

La empresa de unificar políticamente el país y de crear una economía planificada en las condiciones de China tenía que engendrar forzosamente – en escala aún mayor que en la Rusia de 1917 – un proceso de burocratización, pero es indudable que la importación del modelo y los métodos soviéticos no podía por menos de estimular y acelerar dicho proceso en todas las esferas: partido y Estado, economía e ideología. La extrema complejidad de la problemática china, del intento de ir hacia el socialismo en un país de tales características, exigía objetivamente la apertura de un debate permanente, el desarrollo de una investigación sin cortapisas, con amplia participación de las masas y de los cuadros intelectuales. Incluyendo la crítica de la experiencia soviética. En lugar de ello el modelo soviético fue adoptado dogmáticamente como la única vía posible.

Otro efecto de la subordinación del PCC a Stalin, en aquella etapa, fue que la gran experiencia acumulada por la revolución china hasta la toma del poder, sus enseñanzas teóricas y prácticas, no pudieron convertirse en patrimonio del movimiento comunista internacional, y en particular de los comunistas de los países coloniales y semicoloniales, salvo en contados casos (comunistas vietnamitas y algunos núcleos comunistas del sudeste asiático, tradicionalmente ligados a los chinos). Como regla, la revolución china fue conocida por los comunistas del mundo entero a través

de las versiones soviéticas, cuyo enfoque general queda reflejado en el artículo más arriba citado (p. 519). Stalin había sido el demiurgo; los comunistas chinos se habrían limitado a aplicar sus concepciones y directivas; en las obras de Stalin se encontraba todo: el análisis marxista de la realidad china, la trayectoria de la revolución, la estrategia y la táctica que la habían llevado a la victoria, etc. De hecho, la experiencia china no sirvió en aquellos años para enriquecer la teoría marxista de la revolución sino para reafirmar la dogmática estaliniana y glorificar a su creador. La victoria del PCC sirvió también de consolación a los sinsabores del movimiento comunista occidental, disimuló por un tiempo las consecuencias de la frustración de la revolución europea, de la crónica impotencia del comunismo norteamericano, etc. Por otra parte, la exhibición de la "amistad chinosoviética", el ensalzamiento de la ayuda que la URSS prestaba a China, venían como anillo al dedo para abonar la representación fabricada por el Kominform del conflicto soviéticoyugoslavo. Con Mao – se daba a entender – no había problema porque era un internacionalista, de probada fidelidad a la Unión Soviética – piedra de toque del internacionalismo – a diferencia del Judas Tito. Prueba de que la culpa no era de Stalin. Los comunistas podían tener buena conciencia...

Pese a todo lo expuesto, el sometimiento del PCC a Moscú en el periodo del Kominform fue bastante menos absoluto que el de los partidos comunistas de las democracias populares europeas. Stalin procedió con cierta prudencia y Mao tenía tras de sí una fuerza con la que no contaban los jefes comunistas europeos instalados en el poder por el ejército soviético. Al año de la proclamación de la República popular la intervención de los "voluntarios" chinos en la guerra de Corea mostró espectacularmente, tanto al Kremlin como a los gobiernos occidentales, que el comunismo chino figuraba entre las primeras potencias mundiales. Inmediatamente de muerto Stalin, sus herederos comprendieron la necesidad de hacer ciertas concesiones a hecho tan insoslayable como la potencia y prestigio de la revolución china, al mismo tiempo que procuraban capitalizarlo políticamente para apuntalar sus propias posiciones – tanto en el plano internacional como en el interno – en el contexto de la delicada situación creada con la muerte del gran autócrata. Ampliaron considerablemente la ayuda económica y técnica a China, realizaron la jerarquía del PCC en el movimiento comunista, y por primera vez concedieron a Mao el título de "gran teórico del marxismo y del leninismo"⁴⁵. Pero los acontecimientos no tardarían en mostrar que Moscú sólo reconocía a Pekín el estatuto de brillante segundo en el comunismo mundial a condición de que Pekín fuera el eco fiel de Moscú en la política internacional y no pusiera en duda, en ningún terreno, la ortodoxia soviética. Los epígonos repitieron en cierta forma la maniobra que el maestro había intentado con Tito entre 1945 y 1947, y los resultados fueron del mismo signo, pero a escala china. La persistencia del nacionalismo granruso provocó la exacerbación del nacionalismo granchino, como antes había provocado la exacerbación del nacionalismo yugoslavo. El espectro del "titismo chino" tomó cuerpo y dimensiones colosales. Pero este tema lo abordaremos más adelante.

La revolución china fue el segundo gran acto del proceso revolucionario mundial iniciado en 1917. La primera derrota significativa del imperialismo, ante todo del imperialismo americano, después de la segunda guerra mundial. Dio el impulso que sabemos a la lucha de liberación nacional y social de los pueblos coloniales y semicoloniales. Esta lucha, bajo el signo de la revolución china, asumió el relevo – durante una época aún no cancelada – del proletariado del área capitalista desarrollada, en el plano de la acción revolucionaria. Pero la tesis de que el curso de la revolución mundial, a partir de la revolución china, consistirá en el cerco de la "ciudad mundial" (el área capitalista desarrollada) por el "campo mundial" (los continentes subdesarrollados) no es más que una generalización abusiva del itinerario real seguido por la revolución china, y la proyección futurible del hecho no menos real y actual que acabamos de mencionar: el relevo del "Occidente" por el "Oriente" en el terreno de la acción revolucionaria. Nada permite prever que éste sea el último relevo. Al contrario, ya aparecen algunos signos premonitorios, tanto a nivel de la teoría como de la acción, de que el proletariado occidental – un tipo de proletariado, manual e intelectual, muy diferente del que conocieron Marx y Lenin – puede ocupar de nuevo el proscenio del escenario histórico. Sin hablar ya de que el proletariado (también de ese "nuevo tipo") de los países llamados

socialistas habrá de decir su palabra. El itinerario de la revolución mundial nos reserva numerosas sorpresas y no pocos "relevos".

5. Nuevo equilibrio mundial

Los "combatientes de la paz"

Como puso de manifiesto el análisis del informe Zdanov (p. 424-431), la nueva "línea general" que Stalin dictó en 1947 a los partidos comunistas de Occidente no significaba la corrección del oportunismo anterior sino su prolongación con otras modalidades. Representaba la adaptación de la política de esos partidos a la respuesta que el Kremlin entendía dar al curso expansionista de Wáshington. Una vez más los objetivos socialistas fueron dejados para las calendas griegas. Antes habían sido postergados en aras de la gran coalición antihitleriana; ahora lo eran en aras del gran frente antiamericano que el Kremlin intentaba constituir a fin de imponer a la Casa Blanca un arreglo mundial, basado en el reparto de las zonas de influencia, que fuese satisfactorio para los intereses soviéticos. La idea táctica esencial de la nueva línea consistía en explotar a fondo las contradicciones entre la expansión americana y las burguesías nacionales europeas o de otras latitudes; en agrupar – como decía Zdanov – "todas las fuerzas dispuestas a defender la causa del honor y de la independencia nacional", y movilizar a todos los "partidarios de la paz" contra el peligro de una tercera guerra mundial. Se trataba, en definitiva, de movilizar todo lo movilizable para hacer entrar en razón a los jefes americanos y obligarles a reemprender el camino de Yalta. Lo que permitiría a los partidos comunistas de Occidente reemprender el camino de la unión nacional seguido hasta 1947, la vía parlamentaria y pacífica hacia el socialismo.

Por las razones que ya hemos expuesto (p. 395), el intento de explotar las contradicciones interimperialistas tuvo escasos resultados, al menos hasta la muerte de Stalin. Las apelaciones a "defender la causa del honor y la independencia nacional" no encontraron eco fuera de las filas comunistas salvo en algunos reducidos círculos intelectuales. El único aspecto de la nueva línea que tomó cuerpo en cierta medida, aunque en un plano casi exclusivamente propagandístico, fue la "lucha por la paz". La crisis de Berlín (junio de 1948-mayo de 1949), la conclusión del Pacto Atlántico (abril de 1949), la aprobación por el Congreso americano (septiembre de 1949) del suministro de armas a los miembros del pacto por valor de 1 500 millones de dólares, el comunicado de Tass (25 de septiembre de 1949) confirmando la explosión de una bomba atómica soviética en abril de aquel año – la primera noticia fue dada por Truman unos días antes – y revelando que la URSS poseía la bomba desde 1947, la guerra de Corea iniciada en junio de 1950; estos y otros jalones de la "guerra fría" fueron agravando la tensión internacional y dieron aparente consistencia al peligro de una nueva conflagración mundial. En la reunión del Kominform, celebrada en noviembre de 1949, la "lucha por la paz" contra la amenaza de una "agresión directa" del imperialismo contra la Unión Soviética, fue definida como la *tarea central* del movimiento comunista, a la cual debían subordinarse todas sus otras tareas y objetivos. En el orden de prioridades, a la "lucha por la paz" le seguía inmediatamente en importancia la "guerra fría" contra el titismo. Ambas se entrelazaban estrechamente, puesto que el titismo, según vimos, era considerado por el "campo socialista" y los partidos comunistas como una de las principales bases del imperialismo americano en la preparación de la agresión contra la Unión Soviética.

La organización del llamado "Movimiento por la paz" comenzó en 1948. En agosto de ese año, se celebró en Polonia el congreso mundial de intelectuales por la paz, en noviembre el congreso nacional de los "combatientes de la paz" franceses, y en los meses siguientes tuvieron lugar diversas asambleas de análogo carácter en otros países europeos. Del 20 al 25 de abril de 1949 se reunió en París y Praga(1) el primer Congreso mundial de "combatientes de la paz", estando representados 72 países. Según los documentos del congreso, para esas fechas había ya 600 millones de "combatientes de la paz" *organizados*. Pero no sobra aclarar que en esta imponente cifra figuraban todos los "combatientes de la paz" de la URSS, China y demás democracias populares, donde el simple hecho de pertenecer al género humano era condición suficiente para quedar inscrito en el

flamante ejército pacifista. En el resto del mundo los "combatientes de la paz" se reducían, con ligeras variantes, a los efectivos de los partidos comunistas y de las organizaciones de masas que controlaban (sindicales, femeninas, juveniles, culturales, etc.). La participación de algunas personalidades no comunistas del mundo científico y artístico, junto con la inflación publicitaria de cifras cuya exactitud era imposible controlar, podía producir a los no advertidos la impresión de que el movimiento desbordaba el campo político y social habitualmente influido por los comunistas. En realidad no era así, y en los medios dirigentes de los partidos comunistas se tenía conciencia de ello. Los "comités por la paz" creados en ciudades, barrios, empresas, etc., estaban constituidos – salvo raras excepciones – por comunistas y simpatizantes.

La principal actividad de los "combatientes de la paz" consistió en recoger firmas al pie de innumerables documentos dirigidos a la opinión pública y a los gobiernos, parlamentos, Organización de las Naciones Unidas, etc., reclamando la prohibición del arma atómica y el desarme general, protestando contra el Pacto Atlántico y el rearme alemán, apoyando las sucesivas iniciativas de la diplomacia soviética (la sincronización a este respecto no dejaba lugar a dudas sobre la identidad del director de orquesta), etc. La "firma" era el arma por excelencia del "combatiente de la paz". En marzo de 1950 el Comité permanente del Congreso mundial, reunido en Estocolmo, decidió lanzar un llamamiento por la prohibición del arma atómica y organizar la correspondiente recogida de firmas. Se colectaron 500 millones en 79 países. Figuraban las firmas de "toda la población adulta de la URSS, toda la población adulta de las democracias populares, y de 223 millones de chinos"(2). Total, 400 millones de firmas en los 11 países donde los ciudadanos firmaban con el mismo impresionante automatismo y unanimidad que votaban en las elecciones por las listas únicas. Cien millones de firmas en los 69 países restantes. De los cuales 31 millones correspondían a Francia e Italia (14 y 17 respectivamente). En el resto de los Estados capitalistas la cifra caía desoladoramente: 2 millones en los Estados Unidos, 2 millones en Alemania occidental, 1 millón en Inglaterra, etc.(3) Aun admitiendo que todas esas firmas fuesen auténticas – supuesto excesivamente candoroso – el resultado, de toda evidencia, no era muy halagüeño. (Obsérvese que la cifra oficial de firmas era inferior en 100 millones a la de "combatientes por la paz" que según el primer Congreso no sólo existían sino estaban organizados.) Sin embargo, la operación fue calificada por sus promotores de "auténtico referéndum universal de los pueblos"(4).

Mientras los "combatientes de la paz" recogían afanosamente firmas al pie del *Llamamiento de Estocolmo*, se iniciaba la guerra de Corea. En noviembre (1950), se reunió en Varsovia el segundo Congreso mundial de la paz, adoptando un nuevo llamamiento a los pueblos. A las consignas acostumbradas de prohibición del arma atómica, desarme general, etc., se agregaba la de poner fin a la guerra de Corea. Como es sabido, desde los primeros días del conflicto coreano la intervención americana fue cubierta con la bandera de la ONU – que se encontraba entonces bajo el absoluto control de los Estados Unidos – y complementada con el envío de fuerzas armadas de otros Estados miembros. Sin embargo, el segundo Congreso de los "combatientes de la paz" no tuvo inconveniente en dirigirse a la ONU pidiéndole que "asumiera la alta misión de asegurar una paz sólida y duradera, de acuerdo con los intereses vitales de todos los pueblos"(5). En ese momento los "voluntarios" chinos habían pasado ya a la ofensiva y hacia finales de diciembre las tropas americanas y demás fuerzas del cuerpo expedicionario de la ONU se encontraban al borde del desastre. Pero, cediendo al chantaje atómico, el objetivo de Stalin – al que en esa ocasión se plegaron chinos y coreanos – no era la victoria revolucionaria en Corea sino el cese de las hostilidades sobre la base del *statu quo* anterior, es decir, la división del país. El movimiento comunista, a través del movimiento de la paz y directamente, no hizo otra cosa que presionar a favor de esa solución. El armisticio en Corea debía facilitar el arreglo mundial buscado por Stalin. A este objetivo apuntaba la decisión tomada por el Consejo mundial de la paz (creado en el segundo Congreso) en febrero de 1951: lanzar un llamamiento en pro de la conclusión de un pacto de paz entre los "cinco grandes", y organizar la correspondiente recogida de firmas en apoyo a esa sugestión (que poco después fue hecha suya por el gobierno soviético). A base de aumentar la

contribución de la "población adulta" de la Unión Soviética, China y democracias populares, se llegó en esta ocasión a 600 millones de firmas.

Durante cinco años (1948-1952), los congresos (nacionales y mundiales) por la paz; las conferencias, asambleas, mítines, festivales, por la paz; los llamamientos, peticiones, resoluciones, por la paz; los cientos de millones de firmas por la paz (siempre las mismas), se sucedieron ininterrumpidamente, bajo el combativo lema, adoptado por el segundo Congreso: "¡La paz no se espera, se conquista!". Se conquista por la firma. El gran ejército mundial de colectores de firmas marchó de victoria en victoria, guiado por el infalible timonel de la paz, cuyo papel histórico en esta noble cruzada quedó inmortalizado plásticamente por el pintor Bielopolski: sobre un fondo de muchedumbres se ergía la figura de Stalin, en una mano la Pluma y en la otra el Llamamiento de Estocolmo, mostrando a la humanidad el camino de la paz sólida y duradera: la firma(6).

"El actual movimiento por la paz – planteó Stalin – se propone movilizar a las masas populares en la lucha por la conservación de la paz, por conjurar una nueva guerra mundial. Por consiguiente, no tiende a derrocar el capitalismo y a instaurar el socialismo: se limita a fines democráticos de lucha por el mantenimiento de la paz. El actual movimiento por la conservación de la paz se distingue del que existió en el periodo de la primera guerra mundial, el cual, orientado a transformar la guerra imperialista en guerra civil, iba más lejos y perseguía objetivos socialistas."(7) Acatando la línea estaliniana, a fin de secundar incondicionalmente a la diplomacia soviética, los partidos comunistas se habían embarcado, en efecto en una acción típicamente pacifista, que excluía no sólo los objetivos socialistas sino incluso los antimperialistas. Los dirigentes de los principales partidos comunistas de América latina, por ejemplo, se opusieron a que el problema de la independencia nacional fuese planteado netamente en el seno del movimiento por la paz(8). Aplicaban la directiva dada por Suslov (que después de la muerte de Zdanov había sido responsabilizado en el Buró Político del Partido Comunista soviético de la dirección operativa del movimiento comunista internacional) en la reunión del Kominform de noviembre de 1949: "Toda la actividad de los partidos comunistas debe *subordinarse a esta tarea central*: asegurar una paz sólida y duradera."(9) En el PCF esa "subordinación" se tradujo, por ejemplo, 1 en el "programa de salvación nacional" adoptado por el XII Congreso del partido (abril de 1950). No sólo la cuestión de la alternativa socialista estaba ausente, incluso como perspectiva lejana: se abandonaba también el programa de nacionalizaciones y otras reformas democráticas aireadas hasta 1947. El PCF llamaba a constituir un "frente unido de la paz" en el que pudieran participar "los patriotas de todas las opiniones políticas"(10). En el VII Congreso del Partido Comunista italiano, Togliatti planteó que "el problema de la paz [...] se ha convertido en el más importante de todos, y de él depende la solución de todos los demás", y por esta razón "el partido comunista, el más fuerte partido de oposición al actual gobierno de la burguesía italiana, *está dispuesto a renunciar a la oposición, tanto en el parlamento como en la calle*, ante otro gobierno que modifique radicalmente la política exterior de Italia, substrayendo el país a las obligaciones que lo arrastran inevitablemente a la guerra". Togliatti subrayó los efectos benéficos que tal solución tendría en el orden interno, porque llevaría a "la distensión de las relaciones entre los diversos grupos políticos y sociales", y permitiría reemprender la política de unión nacional. "Los elementos fundamentales de la política que propusimos al país al terminar la guerra – declaró el jefe del PCI – siguen vigentes, aunque las condiciones políticas hayan cambiado." A diferencia de Thorez, Togliatti no eludió la referencia a la perspectiva socialista, pero fue para asegurar que la vía a la que propone volver "llevará gradualmente a la transformación profunda de la estructura económica", y por eso los objetivos socialistas del PCI "no son inconciliables con la propuesta de renunciar a la oposición ante un gobierno que practique una política de paz".

"Para ser más preciso y concreto – agregó Togliatti – afirmo que existe ya una plataforma política para un movimiento de defensa de la paz y de transformación de las estructuras económicas y sociales, como el que nosotros concebimos y del que depende, a nuestro juicio, el bienestar de Italia. Esta plataforma es la Constitución de la República italiana."(11)

En resumen, los dos "grandes" del comunismo occidental ofrecían al movimiento obrero por toda alternativa la vuelta al camino de 1944-1945, el mismo que había desembocado en la recuperación del capitalismo europeo, su sometimiento a los monopolios americanos, y el aislamiento de los partidos comunistas.

Esta estrategia pacifista y reformista de los partidos comunistas europeos era, por otra parte, singularmente irrealista. Habida cuenta del grado de dependencia económica, política y militar en que las burguesías respectivas se encontraban entonces de su protector americano, resultaba ilusorio suponer que cualquier fracción de las mismas podía prestar oídos a los cantos de sirena thorezianos y togliattianos. Y, en efecto, cayeron en el vacío. La raíz de ese irrealismo residía en la errónea apreciación estaliniana del estado de las contradicciones interimperialistas e intercapitalistas en aquella fase. En realidad, toda posibilidad de desarrollo del capitalismo europeo – y, por consiguiente, de una política reformista – pasaba entonces inexorablemente por la dependencia de los Estados Unidos. Y toda lucha *efectiva* contra la dominación americana tenía que ser – objetivamente no podía no ser – anticapitalista, revolucionaria, antipacifista. La idea de un capitalismo nacional, antiamericano, en el área europea, era entonces – como hoy – totalmente utópica. (El secreto del fracaso gollista reside en ese utopismo.) Pero dada la necesidad en que se encontraba la diplomacia soviética de fomentar por doquier la oposición a la política americana, y dado que el objetivo de esa diplomacia – reconocimiento recíproco de las zonas de influencia – era incompatible con el desarrollo de una política revolucionaria en las zonas de influencia americana, la única política posible de los partidos comunistas europeos era la que efectivamente aplicaron. Su irrealismo se tradujo en la combinación de un oportunismo derechista – en lo que respecta al contenido –, con un oportunismo sectario, y por momentos aventurero – en lo que concierne a las formas y métodos. El movimiento por la paz, ya lo hemos dicho, no era más que una presentación camaleónica del propio movimiento comunista y sus filiales. En el movimiento de la paz no podían tener participación efectiva otras fuerzas por la sencilla razón de que debía ser rigurosamente subordinado a todas las peripecias de la política exterior soviética. En él no se podían plantear objetivos socialistas – como si la alternativa socialista no fuera la condición misma de una paz "sólida y duradera" porque estaban en contradicción con los objetivos que en esa etapa se proponía la diplomacia soviética, pero en cambio la condición de "combatiente por la paz" era incompatible con la simpatía, o la simple neutralidad, hacia el titismo. Para luchar por la paz había que luchar contra el titismo. Y entre las principales "pruebas" que se esgrimieron de la existencia de un complot imperialista para agredir a la URSS estaban los procesos de las democracias populares. Un verdadero "combatiente de la paz" había de creer en esos procesos igual que los comunistas. La socialdemocracia fue "desenmascarada" – a causa de su colaboración con la política americana, no por su colaboración con la burguesía nacional – en términos que recordaban los tiempos del "socialfascismo". Se intentó politizar y forzar las huelgas económicas, no en función de una estrategia global socialista, fundada en las condiciones nacionales, sino en torno a la campaña por el desarme general, la prohibición de la bomba, etc. La ineficacia de las campañas de firmas, el vacío en que caía la política pacifista, llevó en ocasiones – muy contadas, ciertamente – a pasar al extremo opuesto, e intentar acciones violentas de calle para las que no existía el mínimo de condiciones políticas. Un ejemplo típico fue la manifestación organizada por el PCF contra la presencia en París del general americano Ridgway, cuyo único efecto fue poner de manifiesto el aislamiento del partido, el nulo eco que su abstracta cruzada antiamericana encontraba entre las masas(12). En cambio el PCF no intentó ninguna acción de masas de envergadura contra la guerra colonialista del gobierno francés en el Vietnam.

La principal justificación aducida por los dirigentes soviéticos de la política que en ese periodo dictaron al movimiento comunista era la existencia de un grave peligro de agresión contra la Unión Soviética. (De ahí derivaba el riesgo de una tercera guerra mundial, sólo concebible si las dos superpotencias se enfrentaban directamente.) En su informe ante la reunión del Kominform de noviembre de 1949, Suslov planteó tajantemente: "El bloque del Pacto Atlántico se propone la *agresión directa* contra los Estados democráticos de Europa oriental y, ante todo, contra la Unión

Soviética.”(13) Y el tono general del discurso inducía a pensar que se trataba de un peligro inmediato. Los gobiernos de Wáshington y Londres, aseguraba Suslov, ”preparan frenéticamente la nueva guerra En los meses siguientes la propaganda de los partidos comunistas acentuó la nota alarmista. ”La paz pende de un hilo” declaró Thorez en abril de 1950, ante el XII Congreso del PCF. Sin embargo, el análisis de la relación de fuerzas en la arena internacional hecho por Suslov en ese mismo informe no abonaba precisamente tan dramáticos pronósticos. De creer a Suslov, la situación del ”campo imperialista” no podía ser más desastrosa: ”La crisis económica se desarrolla irremisiblemente, tanto en América como en Europa”; ”hasta los propios partidarios y los turiferarios más ardientes del plan Marshall se ven obligados a reconocer su fracaso”; la economía de Europa occidental ”se encuentra en pleno desbarajuste” el anuncio oficial de que la URSS poseía la bomba atómica desde 1947 ”ha provocado el desconcierto y la confusión en las filas del campo imperialista y de los promotores de guerra, ha debilitado ese campo”; ”se profundizan las contradicciones entre los países capitalistas y, en premier lugar, las contradicciones entre los Estados Unidos e Inglaterra”; la ”política aventurera” de los imperialistas ”sufre derrota tras derrota”; ”la quiebra de la diplomacia atómica, el fracaso del plan Marshall, el fracaso de los planes de zapa de los imperialistas en la Europa central y sudoriental, la bancarrota de la política americana en China, todo esto no es más que una parte de los fracasos sufridos por la política exterior de los imperialistas.” En cambio, el ”campo de la paz, la democracia y el socialismo” marchaba viento en popa: ”La economía de la Unión Soviética se desarrolla de año en año, de mes en mes, siguiendo una línea ascendente ininterrumpida” y ”su agricultura avanza con paso seguro”; las democracias populares alcanzan ”grandes éxitos” en su desarrollo económico y político, ”consolidan sus relaciones con la URSS”; el movimiento de liberación nacional de los países coloniales y dependientes alcanza ”inmensos triunfos” (la referencia que aquí hace Suslov a la significación de la victoria china es uno de los pocos datos objetivos de su informe). ”Un importantísimo triunfo del campo de la paz y la democracia, una nueva derrota del campo imperialista, es la formación de la República democrática alemana”; otra ”prueba magnífica” del fortalecimiento del campo del Bien y del debilitamiento del campo del *Mal* es ”el impulso del movimiento obrero dirigido por los partidos comunistas que se observa en todas partes”, el ”crecimiento de la influencia del partido comunista entre las masas”, y, por último, la existencia de ”seiscientos millones de combatientes por la paz, organizados”. Conclusión: ”La relación de fuerzas en la arena internacional ha cambiado *radicalmente* y continúa modificándose en favor del campo de la paz, la democracia y el socialismo.”

Suslov no hace la menor alusión a otro dato de la relación de fuerzas que sin embargo tenía bastante más peso inmediato, y mucha más realidad, que algunos de los datos expuestos: la notoria superioridad militar de la Unión Soviética en el escenario europeo. No hacía falta ser especialista en asuntos militares para comprender que en caso de guerra los soldados de Stalin no encontrarían obstáculos en su ruta hacia el oeste. Y a fin de que no cupiesen dudas al respecto, Thorez se encargó de responder en febrero de 1949 (semanas antes de la firma del Pacto Atlántico) a la oportuna pregunta de ”un camarada”: ”¿Qué haría el partido si el ejército soviético ocupa París?” Los trabajadores de Francia, respondió, en síntesis, Thorez, lo recibirían con los brazos abiertos. Días después análoga pregunta, referida a Italia, le fue hecha a Togliatti, encontrando parecida respuesta(14). Evidentemente, el interés de este curioso episodio no estaba tanto en las respuestas como en el anuncio que la pregunta llevaba implícito de lo que con toda probabilidad ocurriría en caso de guerra. (En 1951-1952 trascendieron a la prensa occidental informaciones sobre los planes del Estado Mayor del Pacto Atlántico en caso de ”ataque de la URSS”. Todos ellos preveían la rápida pérdida de Francia(15). En 1955, Jrushev revelarí a unos periodistas americanos que en 1950 la URSS tenía superioridad militar sobre el Occidente(16).)

Suslov guardó discreto silencio sobre este aspecto fundamental de la situación, pero aun sin él su análisis de la relación de fuerzas no podía por menos de suscitar serias dudas sobre la probabilidad de que los Estados Unidos y sus asociados se lanzasen a una ”agresión directa” contra la Unión Soviética y las democracias populares. A fin de disiparlas, Suslov sienta la siguiente tesis:

”El hecho de que el campo antidemocrático, imperialista, se debilite, no debe conducir a la conclusión de que la amenaza de guerra disminuye. Esta conclusión sería profundamente errónea y nefasta. La experiencia histórica muestra que cuanto más desesperada es la situación de la reacción imperialista y cuanto más se desencadena, más de temer son las aventuras guerreras de su parte. Los cambios ocurridos en la relación de fuerzas, a escala mundial, en favor del campo de la paz y la democracia, provocan nuevos accesos de furor en el campo del imperialismo y de los promotores de guerra.”(17)

Aunque la ”experiencia histórica” tiene anchas espaldas, su instrumentalización en el presente caso era excesivamente burda: las dos agresiones directas sufridas por la URSS no hablan a favor de la improvisada afirmación de Suslov sino todo lo contrario: en 1918 los imperialistas de la Entente no se encontraban precisamente en situación desesperada, y los imperialistas hitlerianos atacaron en 1941 después de haber ocupado toda Europa, creyéndose invencibles. Los jefes del capitalismo mundial han heredado suficiente ”experiencia histórica” como para que los ”accesos de furor” no sean determinantes de su estrategia. Pero de alguna manera había que fundamentar la existencia de un grave peligro de ”agresión directa” a la URSS por parte de un ”campo imperialista” que se debatía, según los teóricos del Kremlin, en irremisible crisis económica, y cuya política iba de derrota en derrota; que por añadidura – y esto sí era exacto – había perdido el monopolio atómico y tenía notable inferioridad en fuerzas militares convencionales, sin hablar ya de que las opiniones públicas estaban escasamente dispuestas – es lo menos que puede decirse – a una nueva matanza mundial cuando apenas había pasado un lustro de la última.

Empate en la ”guerra fría”

El verdadero plan del imperialismo americano en aquellos años no era lanzarse a una aventura contra la impresionante potencia militar del bloque soviético, sino extender su dominación a todo el ”mundo libre”, consolidar el capitalismo en Europa occidental y particularmente en Alemania, colocándolo al mismo tiempo bajo su dependencia económica, política y militar; realizar análoga operación en la cuenca mediterránea, intensificar la explotación de América latina, penetrar en las esferas coloniales de sus aliados, reprimir el movimiento revolucionario fuera de las fronteras del bloque soviético, asumir, en una palabra, el papel de explotador y gendarme mundial. En definitiva, el objetivo principal de la política americana era consolidar el ”campo imperialista” definido por Zdanov, sin desaprovechar ninguna posibilidad, claro está, de minar subterráneamente el ”campo” adversario. (En este segundo aspecto, forzoso es reconocerlo, el mejor auxiliar de los servicios de Allen Dulles fue la política estaliniana en el glacis.) Pero la estrategia planetaria de Wáshington incluía también, como la de Moscú, la búsqueda de un compromiso entre las dos superpotencias. El problema consistía, en última instancia, en que semejante compromiso no era posible mientras ambas partes no llegasen a una apreciación realista, y por tanto similar, de la relación de fuerzas. Cosa que en los primeros años de la postguerra resultaba difícil dada la revolución operada en la técnica y doctrinas militares por la aparición del arma atómica, así como la situación de extrema inestabilidad política creada en numerosas regiones del globo. La ”guerra fría” fue una especie de exploración, de tanteo, para llegar a un conocimiento más exacto de las fuerzas y disposiciones del adversario. En los Estados Unidos no faltaban generales y políticos aventureros que preconizasen el lanzamiento sin más de la bomba sobre los centros neurálgicos soviéticos, pero esa no era la política oficial. Para los que elaboraban y aplicaban esta política, con conciencia de la enorme potencia militar representada por el bloque de la Unión Soviética, China y las democracias populares europeas, la bomba era un instrumento de ”disuasión”. No sólo, y no tanto, para disuadir a los jefes soviéticos de una iniciativa directa contra las posiciones occidentales (eventualidad hartamente improbable para cualquiera que conociese medianamente los fundamentos, la doctrina y la práctica de la política exterior soviética), como para disuadirles de orientar el movimiento comunista – dado que ellos eran sus verdaderos orientadores – en una dirección revolucionaria; para disuadirlos de alentar y proporcionar ayuda práctica a las luchas revolucionarias allí donde surgiesen. Grecia fue el caso más ilustrativo, más escandaloso, pero no el único, de la eficacia que en este último aspecto tuvo la ”disuasión” atómica. En un plano más general, toda la política de ”lucha por la paz”, de subordinación completa de la actividad de los partidos comunistas a la *tarea central* de

conservación de la paz, estuvo dominada por el chantaje atómico. De análoga manera como toda la política americana estuvo dominada por la consideración de evitar a toda costa un conflicto armado directo con el poderío militar del bloque soviético.

Los dos "tanteos" más serios en el curso de la "guerra fría", los que dieron al mundo la impresión de estar al borde de un conflicto mayor, fueron la crisis de Berlín y la guerra de Corea. En realidad, ambos pusieron de manifiesto la firme determinación de ambas superpotencias, tanto de conservar las posiciones conquistadas en la segunda guerra mundial como de no intentar modificarlas recurriendo al conflicto armado entre ellas. A las medidas americanas para integrar Alemania occidental en el bloque politicomilitar constituido con el Pacto Atlántico, Stalin respondió con el bloqueo de la zona oeste de Berlín. El general Clay propuso forzar el paso con un convoy armado pero en Wáshington decidieron evitar toda medida que pudiera provocar un conflicto bélico y se limitaron a organizar el abastecimiento de "su" Berlín con el famoso puente aéreo. Las autoridades soviéticas no tomaron ninguna medida militar para impedirlo. En un primer momento consideraron que el abastecimiento de la zona adversa no podría ser asegurado por ese procedimiento. Cuando al cabo de unos meses comprobaron el éxito del intento prefirieron negociar. El bloqueo fue suprimido en mayo de 1949(18). El "tanteo" de la relación de fuerzas en el "frente europeo" terminó en empate.

El segundo conflicto mayor – el más grave – de la "guerra fría", fue el de Corea. Todavía no es posible saber con plena seguridad quién tomó la iniciativa de las hostilidades(19). Las fuerzas militares soviéticas y americanas se habían retirado del país hacía más de un año, quedando sólo equipos de consejeros e instructores, pero es evidente que Wáshington controlaba el régimen reaccionario de Syngman Rhee, al sur del 38 paralelo, mientras Moscú tenía la última palabra en las decisiones del régimen revolucionario instaurado en el norte. De ser cierto – parece lo más probable a juzgar por todos los datos disponibles – que los nordistas tomaron la iniciativa, la decisión estaba perfectamente justificada desde un punto de vista revolucionario y nacional. Y el fulminante avance del ejército popular hasta la punta sur de la península puso de manifiesto la debilidad del gobierno tutelado por los americanos. Aun suponiendo que la primera "provocación" en la línea divisoria fuera de los sudistas, la respuesta fulminante y masiva de los nordistas, todo el desarrollo de su ofensiva, evidenció que la decisión de liberar el sur por las armas había sido tomada con bastante antelación y la operación cuidadosamente preparada. Lo que no hubiera sido posible sin el acuerdo y la colaboración de Moscú. Mientras pruebas documentales no demuestren otra cosa la hipótesis que parece más plausible es la de que Stalin decidió explorar las fuerzas y disposiciones americanas en el área del Extremo Oriente soviético, sirviéndose de la legítima aspiración de las fuerzas revolucionarias coreanas a unificar el país. Posiblemente se propuso poner a prueba declaraciones oficiales americanas, según las cuales el sur de Corea no estaba incluido en el "perímetro defensivo" de los Estados Unidos(20) Pero en cuanto Wáshington decidió intervenir, e impuso además la intervención de las Naciones Unidas a favor de las fuerzas sudistas, la posición del Kremlin se hizo extremadamente prudente. Ni siquiera proporcionó apoyo aéreo a las fuerzas nordistas, que fueron derrotadas gracias sobre todo a la aviación y la flota americanas. De acuerdo, indudablemente, con Moscú, el gobierno de Mao hizo saber que sólo intervendría en el caso de que las tropas de MacArthur rebasaran el 38 paralelo, lo cual equivalía a proponer la solución del conflicto sobre la base de la vuelta al *statu quo* anterior. Pero entonces fue Wáshington quien se propuso tantear las fuerzas y disposiciones soviéticas, y arrancó de la ONU la decisión de proseguir el avance hacia la frontera chinocoreana. La intervención de los "voluntarios" chinos llevó de nuevo las operaciones al sur del 38 paralelo y puso al borde del desastre al ejército del fanfarrón MacArthur. Este propuso lanzar bombas atómicas sobre Manchuria, y Moscú hizo saber que si se bombardeaba Manchuria entrarían en acción las fuerzas soviéticas. Wáshington destituyó a MacArthur pese a su aureola ante la opinión pública norteamericana de héroe de la campaña del Pacífico. Y Moscú no proporcionó a la infantería china el apoyo aéreo que hubiese permitido arrojar al mar a las tropas del imperialismo. Estas pudieron rehacerse y llegar de nuevo al 38 paralelo. El 10 de julio de 1951 se iniciaban las conversaciones para llegar a un armisticio. Transcurrieron aún

dos años hasta concluir un acuerdo, durante los cuales prosiguió esta extraña guerra sin que ninguno de los contendientes se propusiera ganarla. Resumiendo, el tanteo de la relación de fuerzas entre los dos bloques en el "frente asiático" terminó también con un empate, como en el "frente europeo". Su precio fue de casi dos millones y medio de muertos y heridos, de los cuales cerca de un millón de chinos y un millón de coreanos.

En la segunda mitad de 1951 y a lo largo de 1952 las dos superpotencias comenzaron a hacerse una idea clara de las fuerzas y disposiciones respectivas, del nuevo equilibrio mundial que se había creado. Equilibrio militar, en primer lugar. Los americanos veían acrecentado su poder de "disuasión" con la fabricación de la bomba de hidrógeno, pero ya no tenían el monopolio atómico y era evidente que los soviéticos no tardarían en disponer también de la bomba H. Por otra parte, la entrada en escena de la República popular china aumentaba considerablemente la superioridad del bloque soviético en fuerzas militares convencionales. Equilibrio político, en segundo lugar. Las zonas de influencia consideradas vitales por cada una de las dos superpotencias estaban políticamente aseguradas. Dos Europas, dos Alemanias. Ningún peligro revolucionario inmediato para el capitalismo europeo occidental, que iniciaba un nuevo desarrollo con ayuda del "fracasado" plan Marshall. Y en el glació toda oposición a la hegemonía soviética parecía yugulada. La "guerra fría" contra la herejía yugoslava había fracasado totalmente y a Moscú no le quedaba otra solución que adaptarse al hecho consumado. Quedaba el mundo colonial, en plena efervescencia, pero allí los intereses de ambas superpotencias no se afrontaban aún directamente. Era la hora de la negociación. En abril de 1952 Stalin declaró que el peligro de guerra había disminuido y podría ser útil un encuentro de los jefes de las grandes potencias(21). En septiembre planteó que las contradicciones entre los países capitalistas eran "prácticamente" más fuertes que las contradicciones entre el campo del socialismo y el del capitalismo; la perspectiva de guerras entre los países capitalistas más probable que la de una guerra de los países capitalistas contra los socialistas(22). En diciembre se mostró favorable a la idea de una negociación con la nueva administración americana (Eisenhower acababa de ser elegido presidente)(23). De la "guerra fría" se estaba pasando a la "coexistencia pacífica". La muerte de Stalin y el relevo en la presidencia americana aceleraron este proceso pero no fueron la causa esencial. Aunque es indudable que los serios problemas internos creados a los jefes soviéticos por la muerte de Stalin pesaron considerablemente en el giro tomado por la política exterior del Kremlin a partir de 1953, el cual – siguiendo la tradición – determinó un nuevo viraje en la línea general del movimiento comunista.

Balance del periodo kominformiano

Después del XX Congreso la actividad del Kominform comenzó a ser objeto de críticas en el movimiento comunista. Siguiendo la norma tradicional no hubo discusión alguna sobre el problema, pero en documentos de los partidos, declaraciones de los dirigentes, trabajos de historia, se formularon apreciaciones reprobatorias, que pueden resumirse en la siguiente, tomada de fuente soviética autorizada:

"En la actividad del Kominform se manifestaron muy rápidamente tendencias negativas. Bajo la influencia de los planteamientos dogmáticos de Stalin sobre el carácter de nuestra época, sobre los problemas de la paz, la guerra y la revolución, sobre las relaciones entre comunistas y socialdemócratas, sobre el papel de la burguesía nacional, etc, diversos partidos estereotiparon su táctica, cometiendo en ocasiones serios errores en la dirección de la construcción socialista en los países de democracia popular, o en la dirección del movimiento obrero y del movimiento de liberación nacional. La política de *diktat* y arbitrariedad, propia del culto de la personalidad, atentó a los principios marxistas-leninistas de las relaciones entre los partidos comunistas, ocasionó serios perjuicios a todo el movimiento comunista, frenó la elaboración creadora de los problemas actuales del movimiento obrero internacional y del movimiento de liberación nacional, aisló a los partidos comunistas de las masas trabajadoras."(24)

Los supuestos teóricos y políticos implícitos en esta crítica tienen poco que ver con los de nuestro análisis(25). Pero el solo hecho de haber sido formulada públicamente es reveladora de las proporciones que tuvo la regresión de la gran mayoría de los partidos comunistas en el periodo del Kominform.

El auge general del movimiento, reseñado en el capítulo 1 de esta segunda parte, se trocó a partir de 1947 en retroceso general con raras excepciones. La principal, como ya sabemos, de dimensión histórica: el triunfo de la revolución china. Otra excepción: la guerra nacional revolucionaria de los comunistas vietnamitas, sin más apoyo directo que el de los comunistas chinos. Dentro del capitalismo occidental sólo el Partido Comunista italiano logró conservar sus efectivos e influencia. Quitando estos tres casos, es difícil encontrar un partido comunista que no declinara en aquel periodo. El otro "grande" del comunismo occidental perdió cerca de la mitad de sus afiliados. Los partidos comunistas detentadores del poder en los países del glació salieron profundamente quebrantados, como pusieron de relieve las crisis de 1956. El fenómeno afectó también a la Unión Soviética, donde las esperanzas latentes de renovación nacidas al finalizar la guerra quedaron defraudadas, dejando paso a una apatía política sin precedentes. Incluso en China, la evolución del partido en los años que siguen a la victoria tuvo un marcado carácter regresivo en relación con su trayectoria anterior. Pero mientras en el mundo capitalista la deterioración del movimiento comunista se manifestó visiblemente, en los países "socialistas" quedó encubierta hasta el XX Congreso tras la fachada del Estado dictatorial burocrático y la mistificación propagandística del desarrollo real. Los progresos efectivos de la reconstrucción económica y de la industrialización permitían disimular las contradicciones y estrangulamientos que se acumulaban. Se trató, pues, de una regresión general, mundial, del movimiento comunista, que vista desde la perspectiva actual aparece en su verdadera significación: no fue un fenómeno coyuntural sino el comienzo del declive histórico irreversible del partido comunista de tipo estaliniano. Las causas profundas residían en toda la historia de este partido, pero en aquella fase – como en cada una de las fases precedentes y en las ulteriores – revistieron una forma concreta, peculiar.

A nivel político general la causa primera del retroceso, fuera de las fronteras del "campo socialista", parecía ser la ofensiva de las fuerzas reaccionarias, encabezadas por el nuevo aspirante a gendarme mundial. En realidad esta ofensiva – su posibilidad misma, sus éxitos mayores o menores según los países – se explica fundamentalmente por la política de claudicaciones ante la coalición angloamericana y las burguesías "antifascistas" seguida en el periodo precedente, política que quebrantó el impulso adquirido por el movimiento de masas en el cuadro de la victoria antifascista, y minó interiormente la capacidad de acción revolucionaria que aun se albergaba en los partidos comunistas. La vía del electoralismo, del cretinismo parlamentario, de las ilusiones en la perennidad de la "gran alianza"; la vía – en una palabra – de la colaboración de clases a escala nacional e internacional, desarmó al movimiento, desmoralizó a las nuevas promociones de luchadores llegados a sus filas en los años de la Resistencia y la Liberación. Por eso la ofensiva del imperialismo americano y de las burguesías nacionales – soterrada desde 1944-1945, abierta desde 1947 – no encontró prácticamente oposición, como no fuese en el terreno de las reivindicaciones económicas cotidianas. Los dos únicos partidos comunistas del capitalismo industrial que estaban en condiciones de desempeñar el principal papel en este terreno, mejor que la socialdemocracia, eran los de Francia e Italia. Por eso lograron conservar en mayor o menor grado su influencia en la clase obrera, aunque el primero – como hemos dicho – perdió gran parte de sus efectivos organizados. Habían demostrado no ser el partido de la revolución, pero probaban, en cambio, que eran útiles a la clase obrera en la lucha por sus intereses cotidianos. En todos los demás países "avanzados" los partidos comunistas se convirtieron de nuevo en pequeños grupos marginales, impotentes frente a los grandes partidos socialdemócratas y las centrales sindicales reformistas. Incluida Alemania occidental, donde el reconstruido partido comunista no fue más que la sombra de un lejano pasado(26). Sobre el Partido Comunista norteamericano, reducido a su mínima expresión después de la expulsión de Browder (una fracción considerable de militantes abandonó entonces el partido), se abatió la represión maccarthysta en medio de la indiferencia de las masas obreras. Los comunistas españoles tuvieron que interrumpir la lucha guerrillera, que no encontraba eco ni apoyo suficiente en una población desmoralizada por la tremenda derrota de 1939, el terror posterior y la nueva "traición de las democracias". Al drama de los comunistas helenos nos hemos referido suficientemente.

En 1947, los Estados Unidos concertaron con las oligarquías latinoamericanas el pacto de Río de Janeiro, punto de partida de una ofensiva anticomunista general en América latina. La mayoría de los partidos comunistas – que bajo la influencia de la política de "gran alianza", acentuada en algunos de ellos por la corriente browderista, habían abandonado prácticamente en los años anteriores la lucha antimperialista – fueron lanzados a la ilegalidad, sin que pudieran organizar ninguna resistencia eficaz. Casi todos sufrieron crisis internas que acentuaron su impotencia política(27). En Indonesia, Birmania, Malasia y Filipinas, los partidos comunistas – influidos por la experiencia china, pero no habiéndola asimilado – pasaron a la lucha armada sin preparación suficiente, con el agravante de que la política oportunista, a remolque de la burguesía nacional, practicada en el periodo precedente, los había colocado en situación desfavorable.

Los movimientos armados fueron aplastados o tuvieron que replegarse a zonas aisladas, iniciando una lucha guerrillera de larga duración. El Partido Comunista de la India fue quebrantado en ese periodo por enconadas luchas internas entre la tendencia oportunista de derecha que había predominado en la fase anterior, convirtiendo al partido en apéndice de la burguesía nacional, y tendencias izquierdistas sectarias que no hacían distinción alguna dentro de esa burguesía ni comprendían la lección china sobre el potencial revolucionario de las masas campesinas(28). También fue debilitado por luchas internas el Partido Comunista del Japón, víctima además de las medidas represivas adoptadas durante la guerra de Corea por los ocupantes americanos.

En el plano del régimen interno de los partidos comunistas, el periodo kominformiano se tradujo en la acentuación del centralismo burocrático y de la monolitización ideológica. Fue una especie de segunda "bolchevización" de los partidos, realizada bajo el signo de la lucha contra el titismo, como la primera lo había sido bajo el signo de la lucha contra el trotsquismo. La depuración se puso al orden del día. Pocos fueron los partidos que no sufrieron crisis en sus organismos dirigentes, sin hablar ya de los escalones inferiores. La vida política interna se hizo más rutinaria que nunca, apagándose el soplo de aire fresco que había penetrado en los años de la Resistencia y la Liberación. El principio supremo que presidió esta segunda "bolchevización" fue el mismo que en la primera: asegurar la cohesión monolítica del movimiento bajo la jefatura y el "marxismo" moscovitas. Cohesión amenazada en esta coyuntura – como • evidenció la herejía yugoslava – por las corrientes nacionales, y nacionalistas, que la guerra y la disolución de la Komintern habían avivado. El Kominform constituyó un instrumento político y organizacional en la lucha contra esas tendencias. Otro, de tipo específicamente ideológico, fue el culto a Stalin. Las dimensiones adquiridas por este fenómeno expresaban, sin duda, el extremo a que había llegado el abandono del marxismo y su sustitución por una especie de fideísmo, doblado de pragmatismo y practicismo, pero se explican también por la función utilitaria que el "culto" llenaba en la tarea de contrarrestar dichas tendencias centrífugas. El florecimiento paralelo de los cultos a los jefes comunistas nacionales era un fenómeno más complejo: cumplía la función de asegurar la cohesión monolítica de cada partido en torno al jefe fiel a Stalin, pero al mismo tiempo expresaba oscuramente – de manera inconsciente en unos casos y no tan inconsciente en otros – la respuesta nacional o nacionalista al culto de la hegemonía soviética. (El culto a Stalin personalizaba este otro, más profundo, a la jefatura de Moscú, el cual siguió en pie al condenarse el primero, y tuvo su nueva personalización en el pintoresco Nikita.)

En el juicio crítico oficial sobre la actividad del Kominform, citado páginas atrás, se reconoce que "la política de diktat y arbitrariedad [...] frenó la elaboración creadora de los problemas del movimiento obrero internacional y del movimiento de liberación nacional". El verbo "frenar" sirve aquí de eufemismo para designar la total esterilidad en el dominio de la "elaboración creadora" que caracterizó al periodo del Kominform. En este terreno no puede decirse que hubiera cambios en peor: se prolongó simplemente la situación anterior. Pero sus consecuencias eran cada vez más graves, porque entre tanto el mundo, profundamente transformado por la guerra, seguía marchando y planteando problemas de creciente complejidad. Ante la problemática de las nuevas revoluciones proletarias y la rebelión de los pueblos oprimidos por el colonialismo, de la generalización del capitalismo monopolista de Estado y de la lucha obrera en las condiciones de esta nueva fase

capitalista, el movimiento comunista continuó agitando rutinariamente las fórmulas y los tópicos de antaño. Ninguna investigación, ningún debate auténtico, ninguna idea fresca. En todo caso, resurrección de las viejas ideas reformistas y pacifistas ligeramente maquilladas. El régimen interno de los partidos no permitía que nadie emitiera la más leve proposición innovadora. Y si por azar surgía alguna – cosa difícil dado el anquilosamiento de los cerebros comunistas producido por más de dos décadas de monolitismo ideológico – era aplastada en gérmen. Sólo al cerebro del Gran Teórico le era reconocida la capacidad – y el derecho – de emitir ideas nuevas (algunos economistas, historiadores y filósofos soviéticos pagaron caro sus tímidas infracciones a la regla). En 1950, el Gran Teórico sentó cátedra en el dominio de la lingüística, "enriqueciendo" de paso la teoría marxista de la base y la superestructura. En 1952 abordó los "problemas económicos del socialismo", diagnosticando de paso el estado del capitalismo y sus perspectivas. La vacuidad teórica de estas últimas aportaciones estalinianas es suficientemente conocida como para detenerse en ellas. Nos limitaremos a indicar que Stalin traspone a la nueva situación su esquema de la revolución socialista mundial derivado de la doctrina del "socialismo en un solo país". Dando por construido el socialismo integral en la URSS, Stalin sienta la tesis de que también es perfectamente posible construir el comunismo en el espacio soviético aunque en el resto del mundo (fuera del "campo socialista") subsista el capitalismo y el imperialismo(29). Y con la ayuda de la URSS es posible la construcción del socialismo integral en las democracias populares europeas y asiáticas. El "ritmo del desarrollo industrial en estos países" es tal – dice Stalin – "que muy pronto no tendrán necesidad de importar mercancías de los países capitalistas"(30). Les bastará el comercio con la Unión Soviética. Por otra parte, el capitalismo marcha rápidamente hacia su tumba. Los principales países capitalistas "se afanan por remediar sus dificultades mediante el plan Marshall, la guerra de Corea, la carrera de armamentos, la militarización de la industria, pero esto se parece mucho al ahogado que se aferra a una brizna de paja". A esta conclusión llega Stalin basándose en que "el resultado económico de la existencia de dos campos opuestos ha sido la desagregación del mercado único, universal, la creación de dos mercados mundiales paralelos que se oponen entre sí". Mientras el "mercado mundial socialista" se desarrollará continuamente sin límites intrínsecos, el mercado mundial capitalista irá contrayéndose, a consecuencia de lo cual "el volumen de la producción irá disminuyendo [en los principales países capitalistas]". Ello provocará la exacerbación de las contradicciones entre dichos países y hará inevitables las guerras entre ellos, mientras que cada vez será más difícil una guerra del bloque capitalista contra el bloque socialista. Al fin de este desarrollo triunfal del socialismo y el comunismo en el interior del "campo" regido por la URSS, y de la regresión continua del capitalismo dentro del "campo" regido por los Estados Unidos, se sitúa de manera natural e inevitable la victoria mundial del socialismo. De ahí que el problema esencial a resolver, para asegurar ese curso irresistible de la historia, consistiese en impedir que las potencias capitalistas – cediendo, como decía Suslov, a un "acceso de furor" provocado por su continuo debilitamiento – agrediesen al "campo socialista", perturbando su marcha triunfal hacia el comunismo. Garantizar la paz "sólida y duradera" – inconcebible sin un compromiso "sólido y duradero" entre las dos superpotencias – tenía que ser el objetivo número uno de los partidos comunistas. Y en virtud de ello la lucha por la revolución socialista en los países capitalistas quedaba naturalmente relegada a un plano secundario, y sobre todo subordinada a la consideración suprema de no poner en peligro la paz mundial. Lo importante era que los partidos comunistas agruparan en cada país a los partidarios de la paz – a fin de oponer un dique a toda veleidad belicosa antisoviética de la superpotencia americana – y a todos los partidarios de la independencia nacional – a fin de contribuir a la profundización de las contradicciones entre las potencias capitalistas. Ambas tareas no debían ser dificultadas con el planteamiento de objetivos políticos internos incompatibles con los sectores patriotas, democráticos y pacifistas de las respectivas burguesías. De ahí que en sus últimas recomendaciones a los partidos comunistas (en el discurso que pronuncia ante el XIX Congreso del Partido Comunista soviético, en octubre de 1952), Stalin no haga referencia alguna a la lucha por objetivos socialistas dentro de los países capitalistas. "Si queréis ser patriotas y convertir os en la fuerza dirigente de la nación" – les dice a los jefes comunistas de Occidente presentes en el Congreso – debéis levantar en alto la bandera de la independencia

nacional y la soberanía nacional, de las libertades democráticas burguesas y de la paz(31). La bandera del socialismo debe seguir prudentemente enrollada.

Primer epílogo

En la historia universal las acciones de los hombres dan por resultado algo distinto de lo que han proyectado y logrado, de lo que saben y quieren inmediatamente. Los hombres realizan sus intereses, pero al mismo tiempo se produce otra cosa que está escondida, de la que no se da cuenta su conciencia y no entraba en sus previsiones. *Hegel.*

Con la muerte de Stalin el movimiento comunista entra en su ocaso histórico, en la etapa de su crisis general, cuyo estudio abordaremos en las dos partes que restan de este ensayo: la tercera, dedicada al periodo comprendido entre el XX Congreso del PCUS y la ruptura chinosoviética, y la cuarta, consagrada a la fase actual. El estudio de esa etapa lo iniciaremos con un análisis global de las contradicciones internas del régimen soviético bajo Stalin, cuya dialéctica – llevada a un punto crítico por la desaparición del gran jefe carismático – provoca la primera conmoción profunda en el epicentro del movimiento comunista. Las ondas de esta conmoción rompen diques ideológicos, políticos y organizacionales en los regímenes del "campo socialista" y en los partidos comunistas exteriores al "campo", en las relaciones interestados e interpartidos. Se exageran los conflictos latentes y las tendencias centrífugas. Se derrumban mitos y dogmas. La duda, cuando no la angustia, se instala en las conciencias. Las crisis parciales y periféricas se funden con la del centro soviético en una crisis única, general, de todo el movimiento comunista.

En las dos primeras partes de nuestro ensayo no hemos considerado imprescindible el análisis global de la evolución del régimen soviético bajo Stalin, teniendo en cuenta que la crisis del movimiento comunista se inicia históricamente por su periferia. Se manifiesta primero, según vimos, en el fracaso de la IC, tanto en el mundo capitalista como el colonial; después, en la impotencia del movimiento comunista europeo para dar una salida revolucionaria al catastrófico seísmo del capitalismo continental en los años cuarenta; más tarde, en la ruptura yugoslava y en la degradación de las democracias populares (reflejada en el abracadabrante espejo de los procesos). Entre tanto, el régimen estaliniano se afirma y fortalece dentro de las fronteras soviéticas, destruyendo implacablemente todo lo que se cruza en su camino, lo mismo la oposición reaccionaria del kulak que la revolucionaria de la vieja guardia bolchevique. Se constituye y desarrolla como sistema social totalmente inédito, no sólo en la historia sino en las previsiones teóricas marxistas: ni capitalista ni socialista, se funda en el usufructo de los principales medios de producción por un nuevo tipo de clase social, que comienza a formarse con

los elementos capaces de asumir la función más útil y urgente en un enorme país arruinado y hambriento: organizar y dirigir la economía. Creyendo subjetivamente – al menos durante un tiempo – construir el socialismo, encarnar la dictadura del proletariado, realizar el marxismo, esa nueva clase dirigente se convierte prácticamente en usufructuaria de los medios de producción, fuera de toda intervención y control de las masas trabajadoras, y adquiere progresivamente las características subjetivas de clase dominante. Nacido de la liquidación de la democracia soviética del año diez y siete, este régimen revela su capacidad para desarrollar las fuerzas productivas, sacar al país del atraso económico y cultural e industrializarlo a ritmos sin precedentes en la historia de la humanidad. Al finalizar los años cuarenta – como reconocería de hecho el XX Congreso – las estructuras sociopolíticas habían entrado ya en contradicción con el nivel alcanzado por las fuerzas productivas, con las exigencias de su ulterior desarrollo. Si la lucha de camarillas por la sucesión – única manera de resolver el problema sucesorio en un sistema político privado de todo cauce democrático, donde el dictador no es hereditario y las condiciones para la revolución aún no están presentes – revistió la implacabilidad que es sabida, la cosa no se explica fundamentalmente por ambiciones personales sino porque en la base de esa lucha estaba la contradicción antedicha, llegada a un grado de peligrosidad y entrelazada con otros conflictos y tensiones, tanto dentro del Estado soviético como en el conjunto del "campo socialista" y del movimiento comunista. La dialéctica misma de la lucha por el poder en tales condiciones produjo el "informe secreto" de

Jrushev, revelación brutal – pese a las mistificaciones que deliberadamente incluía – de la naturaleza profunda del sistema. Lo que hasta ese momento había sido considerado por los comunistas como calumnias de la burguesía o de los "renegados" quedaba oficialmente confirmado por el nuevo secretario general. Resultaba que en la "patria del socialismo" el poder no estaba, desde hacía largo tiempo, en manos de los trabajadores, ni siquiera en las del partido que decía representarlos, sino en las de un dictador todopoderoso, servido por una policía omnipresente, cuyos principales métodos de gobierno eran el crimen político y la manipulación ideológica de las masas. Resultaba que la campaña contra la revolución yugoslava había sido una infame provocación urdida por Stalin y su policía, lo mismo que los procesos montados en las democracias populares, de donde se deducía que en éstas el poder tampoco lo detentaban los trabajadores, ni siquiera los partidos que decían representarlos, ni incluso un dictador nacional, sino el nuevo autócrata ruso y su policía secreta. Resultaba que la política general del movimiento comunista no sólo no había sido decidida por los partidos miembros sino tampoco por el "partido guía", puesto que las altas instancias de este último (congreso, comité central) eran manipuladas a su arbitrio por el amo del Kremlin y la camarilla de turno, controlada a su vez por la inevitable policía secreta. Y así sucesivamente. El "informe secreto" reconocía, o de él se deducía como dos y dos son cuatro, este hecho clave, decisivo: en todas las esferas del mundo estaliniano – Estados, partidos, ideología, política, economía, cultura – la última palabra la tenía la policía secreta. Stalin era el jefe máximo, al mismo tiempo que el juguete, de un gigantesco mecanismo policíaco.

Hasta ese momento el régimen soviético había irradiado sobre el movimiento comunista constituido en torno a él no tanto por lo que era sino por lo que decía y podía aparentar ser. Si puede imponer sus dogmas y modelos, subordinarlo a su política de Estado, es porque aparece ante las fuerzas revolucionarias mundiales como la primera encarnación del socialismo y la cumbre del pensamiento marxista. Y si puede aparecer así es porque la liquidación de unas formas históricas de opresión y explotación – las capitalistas y feudales – más los éxitos cuantitativos de la industrialización y culturización, tienen un contenido liberador efectivo en relación con el viejo mundo capitalista y colonial. Tras este real contenido liberador podían ocultarse durante un tiempo – con ayuda de la ideología mistificadora secretada por el mismo régimen, adaptándose a ese efecto el "marxismo"-- las nuevas formas de alienación, de opresión y explotación del hombre, que en ciertos aspectos significaban un retroceso respecto a las conocidas en el capitalismo "avanzado". Sucede, en una palabra, algo parecido a lo que ocurrió en la primera época de la revolución burguesa. El movimiento de la historia se revela, una vez más, bastante más complejo y contradictorio de lo que habían supuesto las más lúcidas previsiones teóricas.

En el precedente análisis de las primeras manifestaciones históricas de la crisis del movimiento comunista ha estado subyacente, en todo momento, esa concepción de lo que ha sido la evolución del régimen soviético, de su realidad y su apariencia, y hemos tratado de explicitar, según las necesidades del análisis, los momentos que más decisivamente contribuían a gestar los factores de crisis del movimiento, sus fracasos y derrotas: la creencia en el contenido socialista del régimen soviético y su adopción como modelo de Estado socialista y de partido revolucionario; la consagración de su ideología como verdad definitiva del marxismo, fundamento de la estrategia y la táctica de todo partido comunista, de su programa y política; la subordinación de la estrategia mundial de la IC, primero, y del movimiento comunista, después, a la política internacional del Estado soviético, etc. Pero a partir de los acontecimientos de 1953-1956 (denuncia de Beria y primeras revelaciones de los métodos de la policía secreta, levantamiento de los obreros berlineses, "rehabilitación" de Yugoslavia, "informe secreto", octubre polaco y octubre húngaro, primera intervención armada del imperialismo estaliniano contra un pueblo insurrecto); a partir de esos acontecimientos, el régimen soviético comienza a gravitar, cada vez más, en el conjunto del movimiento comunista no por lo que hasta entonces parecía ser sino por lo que realmente era. Ciertamente que las nuevas justificaciones ideológicas (utilización de Stalin como gran chivo expiatorio, explicación de su absolutismo por el "culto" y del "culto" por su absolutismo, afirmación de que la terrorífica realidad descrita en el "informe secreto" no había afectado para, nada a la esencia

socialista del régimen, ni a la esencia científica de su "marxismo"), pese a su burda estulticia, satisficieron a una gran masa de comunistas – revelándose una vez más hasta qué punto su formación ideológica había perdido todo contacto con el marxismo vivo – mientras que otros las consideraron como una primera autocrítica imperfecta que podría abrir camino a la regeneración del movimiento. Pero una nueva realidad había irrumpido irremisiblemente, y su formidable potencia desmistificadora, destructora de dogmas y mitos, iría abriéndose paso contra todas las resistencias subjetivas. Hasta entonces los fracasos, las derrotas, la impotencia de los partidos comunistas, eran explicados siempre – en aquello que no se atribuía a los "factores objetivos" – como debido a sus imperfecciones respecto al modelo soviético: insuficiente "bolchevización", retraso teórico en comparación con el nivel teórico óptimo que era el del partido soviético, etc. A partir de entonces comenzó a abrirse paso la idea de que los males de los partidos comunistas y del conjunto del movimiento tenían por origen la razón inversa: su semejanza con el modelo soviético. La crisis del partido soviético se convirtió así en el espejo de la crisis de cada partido comunista y del movimiento comunista internacional. De ahí la necesidad del análisis global a que antes nos hemos referido, que nos llevará el XX Congreso, heraldo histórico de la crisis general del movimiento comunista.

Cerraremos ahora las dos primeras partes de nuestro ensayo con algunas consideraciones generales, que no tienen significado de conclusión ni pretenden tampoco sintetizar las grandes líneas del proceso examinado. Su finalidad es precisar ciertos aspectos y complementar otros.

1. La Internacional Comunista entra en la escena mundial como abanderada del marxismo vivo, revolucionario, tanto frente al revisionismo reformista como frente al "marxismo ortodoxo" de la II Internacional. No se propone sólo desempolvar tesis olvidadas, o restaurar otras en su pureza, sino fecundar la teoría de Marx y Engels en consonancia con la nueva situación histórica. Pero este intento de restaurar el marxismo vivo se convierte rápidamente, apenas iniciado, en una nueva ortodoxia, que al cabo de pocos años deja en mantillas a la precedente en cuanto al grado de dogmatización y perversión del marxismo.

Entre las razones que determinan esta regresión se encuentra una – situada en el punto de partida teórico de la renovación intentada por la IC – que sólo muy indirectamente hemos tocado en nuestro análisis: el "marxismo ortodoxo" de la II Internacional no había sido objeto, antes de la crisis revolucionaria abierta por la primera guerra mundial, de una contestación teórica-revolucionaria global. En la práctica, ese "marxismo ortodoxo" representó el abandono de la teoría de la revolución proletaria, y por tanto – pese a todas sus apariencias de fidelidad – el abandono del *marxismo*. Porque la teoría de Marx y Engels, considerada en su totalidad – es decir, considerada como *marxismo*, no como economía política marxista, o como filosofía marxista, o como sociología marxista, etc. – es eso: la teoría de la revolución socialista. Cualquiera de sus partes, tomada separadamente y aislada de la práctica revolucionaria, no tiene de por sí un significado revolucionario y puede ser utilizada a fines muy diversos. Pero el marxismo así entendido no era, al desaparecer sus creadores, más que un esbozo de la teoría de la revolución socialista, una anticipación genial. No podía ser otra cosa teniendo en cuenta los materiales disponibles: el capitalismo del siglo XIX y las intervenciones proletarias en las revoluciones burguesas, más la Comuna. El proletariado, sujeto presunto de la revolución socialista, se desarrolla como gran fuerza histórica, se organiza sindical y políticamente a escala europeoamericana, en una fase posterior, no revolucionaria. Debido a ello, la fracción del movimiento obrero que adopta el marxismo como su teoría – no hay que olvidar que importantes fracciones de ese movimiento, en Europa y América, quedan al margen del marxismo – no lo integra verdaderamente en su práctica, y en consecuencia no lo desarrolla teóricamente. El revisionismo bernsteiniano procede a la conocida operación de liquidar el marxismo – renunciar abiertamente a toda teoría de la revolución – para poner la ideología del movimiento en conformidad con su práctica reformista. Los teóricos ortodoxos se preocupan de profundizar en la teoría económica marxista, la sociología, la historia, etc.: en todas las "ramas" del marxismo, menos en el marxismo mismo: en la teoría de la revolución. En ese periodo, llamado después por algunos autores edad de oro del pensamiento marxista, este

pensamiento se divorcia del objeto mismo del marxismo vivo: la revolución. Con las raras excepciones sabidas: los teóricos bolcheviques, Rosa Luxemburgo, y algunos otros, muy pocos, teóricos europeos de talla menor. Pero salvo los bolcheviques ninguno de ellos, pese a valiosas aportaciones parciales, elabora una teoría global de la revolución que desarrolle las premisas marxianas en consonancia con las nuevas realidades. Y Lenin lo hace en función de las realidades rusas – vistas en conexión con el sistema imperialista mundial –, no en función de la sociedad propiamente capitalista. Tal es el punto de partida teórico de la IC. En él no existe una teoría de la revolución socialista en el capitalismo, que represente un progreso real en relación con el esbozo dejado por Marx y Engels. Este vacío es ocupado por la teoría leniniana de la revolución.

La derrota del amago de revolución proletaria en la Europa capitalista, contrastando con la espectacular victoria de la revolución obrerocampesina en Rusia, confieren a la teoría bolchevique inmenso prestigio ante las fracciones revolucionarias del movimiento obrero occidental. La Internacional Comunista proclama su universalidad: el régimen soviético pasa a ser la concreción ejemplar de la dictadura del proletariado, sólo perfilada en la Comuna de París; el partido bolchevique debe servir de modelo de partido revolucionario; la estrategia y la táctica que han hecho posible la conquista del poder por los bolcheviques devienen la estrategia y la táctica de todos los partidos comunistas, a los que corresponde únicamente adaptarlas a las condiciones nacionales. Pero incluso esta adaptación no está más que parcialmente en sus manos: en última instancia decide el Comité Ejecutivo de la IC, es decir, el centro bolchevique. Las estructuras orgánicas y el régimen político interno de la IC, derivadas de la teoría leniniana de la revolución, de la idea que esa teoría se hace del curso de la revolución mundial, se convierten desde el primer momento en poderoso instrumento de preservación de la concepción teórica que los ha engendrado, aunque durante una breve fase esa concepción se imponga sobre todo por lo que en ella hay de realmente nuevo y valioso, y por la autoridad que le confiere la victoriosa epopeya de los revolucionarios rusos. Las clarividentes reflexiones críticas de Rosa Luxemburgo sobre la revolución rusa, sus ideas sobre la estrategia y la táctica en las condiciones alemanas – y, en general, en las condiciones del capitalismo occidental –, son rechazadas de plano, o relegadas, lo mismo que las teorizaciones gramscianas del *Ordine Nuovo*. Si bien se mira, al convertirse en teoría universal de la revolución socialista, la teoría leniniana de la revolución rusa engarza con la ortodoxia de la II Internacional – con la concepción germinal de la revolución socialista proveniente de Marx y conservada fuera de la historia –, incorporándole la revolución antimperialista de los pueblos coloniales y dependientes, mientras que rechaza negativamente todas las corrientes del pensamiento revolucionario – luxemburguismo, gramscismo, anarcosindicalismo- surgidas en el capitalismo occidental. No las supera dialécticamente. Entre la vieja ortodoxia, que degenera francamente en reformismo abandonando incluso las fórmulas sagradas, y la nueva ortodoxia naciente, se agranda y profundiza el vacío inicial: la carencia de una teoría de la revolución socialista basada en las estructuras específicamente capitalistas, en un conocimiento científico del capitalismo del siglo XX, de los cambios producidos en el proletariado y en la dialéctica burguesía-proletariado, de la situación y el papel verdaderos de las otras clases y capas sociales. A este nivel teórico es donde aparece la primera premisa fundamental de la crisis de la Internacional Comunista, de su impotencia para penetrar en los centros fundamentales del Capital: Estados Unidos, Inglaterra; para conquistar posiciones decisivas en un país como Alemania, minado por la derrota y la sacudida revolucionaria del diez y ocho; para conservar las posiciones mayoritarias que inicialmente adquiere en el movimiento socialista francés.

Cuando la marcha real del mundo capitalista no confirma las previsiones teóricas de Lenin, y el reformismo vuelve a imperar abrumadoramente en el movimiento obrero occidental, se intenta resolver el problema con reajustes tácticos y medidas organizacionales, no con un replanteamiento de los problemas teóricos esenciales. La teoría se divorcia cada vez más del movimiento real. Pero este divorcio no era irremediable. Las apasionadas discusiones y divergencias que marcan los primeros congresos de la IC, son signo de vida, de búsqueda. El problema se agrava y degenera a consecuencia de la evolución interna del régimen soviético. Los primeros atentados a la democracia

proletaria, en los soviets y en el partido, comienzan en vida de Lenin, pero no se ocultan. Son abiertamente explicados, tanto a nivel teórico como político, en tanto que medidas transitorias, dictadas por circunstancias excepcionales. A partir de la muerte de Lenin – "accidente" histórico que facilita decisivamente la derrota de las resistencias a la burocratización – pasa progresivamente al encubrimiento de la realidad. El "marxismo-leninismo" va convirtiéndose en ideología mistificadora. Lo que expresa, en el plano ideológico, la formación gradual de la nueva clase burocrática, gestora de la economía y del Estado, cuyos intereses comienzan a separarse de los intereses de las masas, y a identificarse con la conservación y acentuación del curso antidemocrático tomado por el nuevo régimen. El aplastamiento de las diversas oposiciones internas afianza ese curso, lo hace irreversible. Pero la nueva clase usufructuaria de los medios de producción no puede prescindir del ideal socialista, ni de su expresión teórica. No sólo porque es la suprema justificación política y moral de su función (y de esta función dependen los intereses diferenciados que va adquiriendo) ante las masas trabajadoras soviéticas y ante el proletariado mundial, cuya solidaridad necesita; sino porque subjetivamente sus componentes creen efectivamente construir el socialismo de la única manera posible en las condiciones históricas dadas. No puede prescindir del marxismo, bautizado marxismo-leninismo, pero tiene que adaptarlo a sus necesidades, a su política interior y exterior. En el plano interior puede hacerlo asegurándose el monopolio de todos los medios de información y propaganda, estableciendo la censura permanente, llevando hasta sus últimas consecuencias la liquidación de la democracia en los soviets y en el partido (pero conservando el ritual, salvando las apariencias). En el plano exterior, transformando el mecanismo central de la Internacional Comunista en organismo burocrático, depurado de todo pensamiento crítico, compenetrado con la nueva ortodoxia, dócil a sus sucesivas interpretaciones determinadas por los intereses del Estado soviético. Transformación que no se produce automáticamente, sino a través del aplastamiento de todas las tendencias, ideas y personalidades conflictivas, análogamente a como sucede en el interior de la URSS. La nueva dogmatización y perversión del marxismo no es, por tanto, el resultado de un proceso interno al campo teórico – aunque la debilidad teórica del marxismo revolucionario en Occidente y la trasplatación del marxismo ruso a una realidad social distinta constituyan premisas indudables –, sino el efecto de su subordinación a la nueva clase dirigente soviética, en la medida que los intereses de ésta dejan de identificarse con los de la revolución, y por tanto con la sustancia misma del marxismo.

La dogmatización del marxismo bajo el membrete leninista va acompañada del relegamiento o deformación de tesis e ideas leninianas – análogamente a como la ortodoxia de la II Internacional fue acompañada de análogos fenómenos en relación con el pensamiento de Marx –, y de la introducción de nuevas tesis, producción específica de la nueva clase. La principal de ellas es la que afirma la posibilidad de la construcción integral del socialismo en el espacio del eximperio ruso. Esta tesis sirve de justificación teórica a toda la política estaliniana, interior y exterior; justifica la subordinación incondicional de la IC al Estado soviético, desde el momento que convierte a la construcción del socialismo en la URSS en factor decisivo de la revolución mundial, reemplazando a la tesis marxiana y leniniana de que este factor decisivo es la revolución en el capitalismo maduro. Enlazada con la tesis típica de la ortodoxia de la II Internacional – conservada en la teoría leninista de la revolución –, según la cual la dialéctica interna del capitalismo le conduce con lógica implacable a un callejón sin salida, a la incapacidad de desarrollar nuevas fuerzas productivas, la "teoría" del socialismo en un solo país imprime a la nueva ortodoxia un carácter mucho más determinista, antidialéctico, que el de la ortodoxia kautskiana. No es casual que a nivel filosófico el marxismo estaliniano se caracterizase por la regresión al materialismo cientista, por el abandono de la dialéctica.

Mientras la transformación de la vieja Rusia en gran potencia industrial y militar se apoya fundamentalmente, a escala internacional – además de en la simpatía del proletariado mundial y el sostén activo de sus fracciones más avanzadas –, en la alianza tácita con la Alemania vencida y los movimientos de emancipación nacional burgueses (China, Turquía, etc.), teniendo como enemigo

principal los Estados capitalistas coloniales y la gran potencia americana, la teoría leninista de la revolución mundial – revisada y dogmatizada sobre la base de la concepción rusocentrista estaliniana – fue abiertamente proclamada y agitada. (Su formulación más completa y coherente es el programa adoptado en el VI Congreso de la IC.) La "construcción del socialismo en la URSS" se presenta, sin miramientos, agresivamente, como el motor de la revolución mundial, y la IC, abiertamente sostenida y dirigida por Moscú, como su gran instrumento internacional. La práctica en que esa teoría se traduce dentro del mundo capitalista y colonial se revela totalmente inoperante y conduce a la catástrofe alemana, pero al menos mantiene el fuego sagrado. Son los años heroicos del comunismo estaliniano. Cuando la Alemania hitleriana pasa a ser el enemigo principal, y los Estados Unidos, más los capitalismo europeos coloniales, se convierten en aliados potenciales, la teoría de la revolución mundial queda transformada en relicario, lo mismo que en los tiempos de la II Internacional. Se relega al olvido el programa del VI Congreso, reemplazado por un programa universal de antifascismo, democracia y paz. La "construcción del socialismo en la URSS" pasa a ser la garantía suprema de la paz, el motor de la democracia mundial. (La democracia deja de adjetivarse en los textos programáticos.) Cerrado el breve paréntesis del pacto germanosoviético, esa uidad teórica se afirma definitivamente en los años de la "gran alianza". La "guerra fría" no lleva a desmenuar los viejos textos revolucionarios, ni siquiera a fines demagógicos como se hizo durante el bienio 1939 (septiembre)-1941 (junio). Convertida en superpotencia mundial, reconocida y respetada como realidad irreversible por los Estados capitalistas, la URSS se instala decididamente en el nuevo *statu quo*, y el eje magistral de su política internacional pasa invariablemente por la búsqueda de la concertación planetaria con la otra superpotencia. A ese eje queda supeditada la orientación que imprime al movimiento comunista. La perspectiva socialista queda relegada en la teoría – si aún puede hablarse de teoría del movimiento comunista – a un horizonte lejano y brumoso, al que tal vez se llegará algún día gracias a la emulación económica entre los dos sistemas, coronada por la indefectible victoria del "comunismo" en la URSS. Lo esencial ya no es la revolución – que pasa a ser una eventualidad perturbadora, casi indeseable – sino la conservación de la paz mundial (basada en un *statu quo* aceptable para las dos superpotencias).

Así, al final del reinado de Stalin, el abandono del marxismo, de la teoría de la revolución, llega en la ortodoxia "marxista-leninista" a un grado mucho más avanzado que en la ortodoxia de la vieja socialdemocracia, y parece hacer eco a la exigencia de Bernstein: "Es necesario que la socialdemocracia tenga el coraje de emanciparse de la fraseología del pasado y la voluntad de aparecer lo que actualmente es en realidad: un partido de reformas democráticas y socialistas." Por otra parte, si la vieja socialdemocracia embalsamó la teoría marxiana de la revolución, al menos desarrolló la investigación en las ciencias sociales. Bajo Stalin, en un periodo de vertiginosa mutación mundial, la esterilidad es total en este terreno. Es difícil citar una sola obra del marxismo-leninismo-estalinismo que aporte algo al conocimiento del capitalismo o del régimen social que se edificaba en la URSS.

2. La política de la IC descansó invariablemente en la concepción teórica del capitalismo como régimen agonizante, llegado históricamente al límite de su capacidad para desarrollar nuevas fuerzas productivas, impotente por tanto para integrar todo mejoramiento sensible de las condiciones de vida de las masas trabajadoras. De ahí que la lucha por las reivindicaciones económicas "elementales" tuviera a los ojos de la IC una significación estratégica fundamental: no era sólo un medio de educar y organizar a las masas políticamente atrasadas, sino el resorte permanente para acelerar la crisis final del sistema, dinamizar la lucha de clases y llevarla al punto que permitiese el paso a las "formas superiores" de lucha: la huelga general política y la insurrección armada. (Este "paso" estuvo siempre presente en la política de la IC hasta el viraje del VII Congreso. Después se eclipsó.) La IC, naturalmente, era enemiga por principio de la concepción economista de la lucha de clases, y la acción en el frente económico debía enlazarse con la acción específicamente política. A este nivel la IC efectuó los numerosos virajes tácticos que vimos, pero a través de todos ellos la lucha por las reivindicaciones económicas "elementales" fue vista siempre

como el medio más eficaz, no sólo acelerar el *krack* final del aparato productivo capitalista, sino de socavar la influencia del reformismo y poner a las masas bajo la dirección del partido revolucionario. (Si los capitalistas no podían acceder a ninguna mejora económica sustancial, los dirigentes reformistas, agentes por antonomasia de la burguesía, no podían propiciar ninguna lucha efectiva por reivindicaciones económicas.) En la práctica, la gran beneficiaria de la lucha económica hasta 1929 fue la socialdemocracia, e incluso en los años de la gran crisis mundial los partidos comunistas de los países capitalistas vieron disminuir sus efectivos aproximadamente en un 50 %, según datos oficiales de la IC(1). Sólo el partido francés a partir del frente popular, el checoslovaco durante un breve periodo, y el italiano a partir de 1945, pudieron competir ventajosamente en ese terreno con la socialdemocracia y los sindicatos reformistas. Lo que no significa, desde luego, que la lucha por las reivindicaciones económicas "elementales" sea una dimensión sin importancia de la acción revolucionaria en el capitalismo maduro. Todo depende de en qué estrategia global se inscribe.

La concepción de la IC, más arriba expuesta, llevó además a la subestimación de otras contradicciones y problemas, unos antiguos y otros nuevos, que iban adquiriendo relevancia en la existencia de las masas a medida que la cuestión del "pedazo de pan" perdía su anterior dramatismo. Uno de los más importantes era el problema de la democracia social y política. La democracia burguesa – considerada por las masas obreras, a justo título, como conquista propia desde el momento que incluyó la existencia legal de las organizaciones sindicales y políticas obreras, la legalidad de la huelga económica, etc. – era (y sigue siendo) una de las bases fundamentales del reformismo, tanto a nivel de la ideología y la política como de la propia lucha reivindicativa cotidiana. La IC se estrelló contra esta realidad. Hasta el viraje del VII Congreso su planteamiento del problema fue esencialmente negativo. Programáticamente oponía a la democracia burguesa la democracia soviética, a realizar en la sociedad socialista una vez tomado el poder. Pero el modelo concreto que presentaba difícilmente podía seducir a las masas obreras educadas en los sindicatos reformistas (o anarcosindicalistas) y en los partidos socialdemócratas, e informadas por sus propias organizaciones – y no con espíritu benévolo, precisamente – de la realidad de la democracia soviética: privación de las libertades sindicales y políticas elementales, no compensada siquiera por un nivel material comparable al de los países capitalistas occidentales. Tácticamente, hasta el viraje del VII Congreso, la IC preconizaba la formación de "soviets" cada vez que creía llegada una situación revolucionaria en determinado país, pero esta consigna, manejada abstractamente, sin conexión real con las formas concretas que el movimiento de masas tomaba bajo el peso de la experiencia tradicional, no tuvo efectos prácticos ni una sola vez en los países capitalistas. Para conseguirlos hubiera sido necesaria otra estrategia política, que incluyera la acción permanente por desarrollar formas de democracia proletaria en todos los aspectos de la lucha de masas, y particularmente en las empresas y sindicatos; hubiera sido necesario que los partidos comunistas fuesen los portadores – por su misma manera de relacionarse con las masas, de elaborar su política, de regirse internamente – de la nueva democracia. Dados sus fundamentos teóricos, sus características orgánicas, su rechazo negativo de las corrientes y experiencias europeas que hubieran podido servir de precedente teórico y práctico, la IC no podía concebir siquiera una estrategia de ese tipo. Después del VII Congreso, bajo los imperativos de la defensa de la URSS y de la lucha contra el fascismo, la IC y sus secciones se situaron en el terreno de la democracia, pero de la democracia burguesa. Y sobre esta base los partidos comunistas lograron estrechar sus conexiones con las masas trabajadoras, y en algunos casos, muy pocos, convertirse en partidos hegemónicos dentro de la clase obrera. Pero con ello iniciaban la evolución neorreformista que habría de afianzarse y desarrollarse en el contexto de la "gran alianza".

Esta trayectoria política no se explica sólo, como sabemos, a partir de las concepciones teóricas y organizacionales de la IC, sino de manera muy fundamental – casi decisiva a partir de los años treinta – por su subordinación a la política exterior soviética (subordinación justificada, a su vez, en la revisión teórica rusocentrista, y asegurada por la creciente centralización burocrática de la organización). Pero sobre este aspecto no creemos necesario insistir porque es el que resalta con

más evidencia a lo largo de nuestro análisis. La catástrofe del partido alemán en 1933 y del partido chino en 1927, la derrota de la revolución española y la frustración de las posibilidades revolucionarias que encerraba el 36 francés, lo mismo que el desaprovechamiento de la gran oportunidad revolucionaria a escala europea creada por la derrota del fascismo en la segunda guerra mundial, se explican en grado superlativo por esa subordinación, conjugada, sin duda, con las otras facetas de la estrategia política de la IC, así como con su régimen interno. Los dos únicos partidos comunistas – el chino y el yugoslavo – que supieron llevar la revolución a la victoria, tuvieron que enfrentarse con esa subordinación, elaborar una estrategia conflictiva con la del Kremlin, y modificar en uno u otro grado su constitución interna.

3. Para Marx, las formas sucesivas que podía tomar el partido político revolucionario no eran más que "episodios en la historia del partido que nace espontáneamente por doquier del suelo de la sociedad contemporánea", del "partido en el gran sentido histórico del concepto"(2), el cual incluía todas las formas en que se manifestaba la "auto-actividad" del proletariado, su "autoemancipación". El partido político revolucionario, en el sentido ordinario, sólo podía ser la expresión más consciente, sujeta por esencia a constante transformación y adaptación, del partido en el sentido histórico. Con esta concepción enlaza, sin duda, la idea gramsciana del partido como "intelectual colectivo", que aprende del mundo exterior no menos de lo que puede enseñarle; que se considera una expresión relativa, transitoria, de la conciencia avanzada del movimiento histórico de las masas trabajadoras, de los productores de bienes materiales y culturales. Este tipo de partido puede tener una política revolucionaria científica – es decir, ajustada al movimiento real y al mismo tiempo no seguidista, capaz de influir sobre el movimiento en el sentido de la transformación social revolucionaria – porque está abierto a toda la riqueza de la vida social y la somete a permanente investigación, análisis y síntesis, fundando sobre esas bases la acción práctica del partido.

La evolución de los partidos comunistas, primero como "partido mundial" y luego como partidos nacionales, es la historia de un proceso que marcha en dirección diametralmente opuesta a la concepción marxiana. Representa la constitución progresiva de un organismo cerrado, que se cree dueño definitivo de la verdad presente y futura, poseído de olímpico desprecio a la duda metódica y a las resistencias que le opone el movimiento real. Un organismo que llega a ver en su propio pensamiento un peligro mayor aún que el que ve en el pensamiento ajeno. El centralismo burocrático es una de las dimensiones mayores del tipo estaliniano de partido, pero por sí solo no define su naturaleza. (El centralismo burocrático lo encontramos también en los partidos políticos burgueses y socialdemócratas.) En su composición interviene el centralismo burocrático, más el dogma "marxista-leninista", más la fe en el mito soviético, más un estilo de conducta, más una moral política sui generis – capaz de conciliar los actos más nobles con los más abyectos al servicio del "interés superior" del partido. Todos estos elementos se entrelazan y potencian entre sí en el partido estaliniano, y ninguno por separado basta a definir su esencia. No se dan uniformemente en todo el cuerpo del partido. Adquieren particular consistencia en sus estructuras centrales, en el llamado aparato – caricatura burocrático-clerical del cuerpo de "revolucionarios profesionales" concebido por Lenin – mientras que son menos acusados en la periferia de la organización, en la "base". Este tipo de partido transforma en su contrario cualidades necesarias a. todo partido revolucionario: la disciplina voluntaria y consciente, en obediencia incondicional a las instancias superiores; la centralización democrática, en dictadura del jefe; la unidad en la acción, en monolitismo esterilizador de la acción.

Hacia tal esquema tendió la evolución de los partidos comunistas en la época estaliniana, sin que ninguno de ellos pueda tomarse como su realización perfecta. El que más se aproximó (y se aproxima) fue el partido modelo y promotor de dicha evolución, aunque sea en él, seguramente, donde menos se daba, al final de esa época, uno de los elementos descritos: la fe en el mito soviético. Los partidos comunistas fueron acercándose a ese esquema, sin identificarse con él, porque semejante evolución tropezaba permanentemente con la resistencia inconsciente de la subjetividad revolucionaria de los comunistas (cuando se hacía consciente llevaba al abandono del partido o a la exclusión). Tropezaba también con la significación objetiva del partido a los ojos de

las masas revolucionarias, de las sucesivas promociones que acudían a sus filas viéndolo como el partido de la revolución de Octubre. (En la etapa posterior, que hemos definido como la de la crisis general del movimiento comunista, esos factores contrarrestantes irán perdiendo consistencia.) Sin tal contradicción permanente en cada partido comunista entre su ser revolucionario y su ser burocrático-dogmático-clerical, no se explicaría que algunos de ellos, con ayuda de la revolución en acto, pudieran convertirse en auténticos dirigentes de la revolución; ni que muchos otros dieran magníficos ejemplos de combatividad revolucionaria, aunque no fuesen capaces de elaborar una estrategia autónoma y eficaz.

Pero en todos los casos, incluso allí donde el "ser revolucionario" pudo imponerse, el "ser burocrático-dogmático-clerical" hizo estragos, y llevaba (lleva) en sí la condena histórica, la muerte ineluctable del tipo estaliniano de partido. El aspecto más sintomático de esa ineluctabilidad es la renuncia sistemática por la IC postleniniana, y por los partidos comunistas en ella formados, a revisar de manera verdaderamente autocrítica, marxista, su actividad y su propia constitución. Renuncia cada vez más sistemática, cada vez más afirmada (la IC desaparece así de la escena histórica, el Kominform aparece y desaparece de la misma manera, ningún partido comunista ha aplicado al examen de su pasado el método marxista). Renuncia que no expresa sólo, de la manera más radical, el abandono del marxismo: revela la incapacidad orgánica del partido estaliniano para renovarse, autotransformarse.

"No hay nada más perjudicial para la revolución que las ilusiones, ni nada que le sea más útil que la verdad clara y desnuda", declaraba Rosa Luxemburgo en su informe sobre el programa ante el congreso constituyente del Partido Comunista alemán. Y Lenin en el II Congreso de la Internacional Comunista: "El proletariado no debe temer la verdad sino mirarla de cara y extraer las conclusiones que se desprenden." "Sólo la verdad es revolucionaria", afirmaba Gramsci. La trayectoria histórica del partido estaliniano representa el alejamiento, cada vez mayor, de éstos postulados, en los que late la esencia crítico-revolucionaria del marxismo, su incompatibilidad con toda mistificación. Los *procesos* no fueron más que la forma extrema, bárbara, criminal, de la progresiva instalación de la desinformación y la mentira en la ideología y la práctica del movimiento comunista. Y ese cáncer destruyó al organismo en tanto que instrumento revolucionario.

Notas

Segunda parte

Capítulo 1

1. Denominación abreviada, en ruso, de la Oficina de Información de los Partidos Comunistas, creada en septiembre de 1947.
2. Para estas y otras cifras, que damos a continuación, de los efectivos de los partidos comunistas, nos basamos, salvo indicación contraria, en la obra, ya utilizada en capítulos anteriores, de B. Lazitch: *Les partis communistes d'Europe*, cuyos datos están extraídos de documentos oficiales del movimiento comunista, y en la obra de un equipo de autores soviéticos sobre la historia del movimiento obrero internacional y la del movimiento de liberación nacional, que sirve de libro de texto en la Escuela Superior del PCUS: *Istoria miezhdunarodnovo rabochevo i natsionalno-osvoboditelnovo dvizhenia*, Misl, Moscú. La obra tiene tres tomos, y aquí utilizamos el tercero, que comprende el periodo 1939-1955, publicado en 1966. Para abreviar, nos referiremos en adelante a esta obra con la denominación: *Historia del movimiento revolucionario (Misl)*.
3. Ju Chau-mu: *Treinta años del PCC*, páginas 76, 88 (para las cifras de 1937 y 1945); Mao Tse-tung: (*Œuvres choisies*, Pekín, 1962, t. IV, p. 171).
4. La progresión de los efectivos por países es la siguiente:

Austria	16 000	(1935)	150 000	(1948)
Dinamarca	9 000	(1939)	75 000	(1945)
Noruega	5 272	(1933)	45 000	(1946)
Suecia	19 000	(1939)	48 000	(1946)
Finlandia	1 200	(1944)	150 000	(1946)
Holanda	10 000	(1938)	33 000	(1946)
Inglaterra	17 756	(1939)	47 513	(1944)

Del partido belga no se conocen exactamente los efectivos antes de la guerra, pero eran muy reducidos; en noviembre de 1945 rebasaba los 100 000 militantes.

5. Véase nota 143 del presente capítulo.

6. Del informe de Browder ante el Comité Central del Partido Comunista norteamericano reunido el 4 de enero de 1944. Citado en el artículo de Jacques Duclos: "En torno a la disolución del PC americano" (*Nuestra Bandera*, revista del PC de España, n.º 3, 1945, Toulouse, p. 27-28). En el informe de Browder ante la nueva Asociación Política Comunista (22 de mayo de 1944) se hace, entre otros semejantes, el siguiente planteamiento: "Debemos aprender cómo elevarnos sobre las viejas divisiones y prejuicios, debemos llevar a cabo la fraternización entre viejos enemigos, debemos cruzar las viejas fronteras entre los partidos, debemos superar los antagonismos de clase, debemos resolver la antigua enemistad entre los partidarios del Nuevo Trato y los del Viejo, debemos soldar una unidad más firme entre los patriotas americanos que la que ha existido durante generaciones." (*Nuestra Bandera*, 1944, n.º 7, México, p. 33.) Con esta línea ultrarreformista la Asociación Política Comunista logró engrosar sus efectivos – según datos que nos han proporcionado comunistas norteamericanos llegó cerca de los 100 000 miembros – y alcanzar cierta influencia en algunos sindicatos importantes. En abril de 1945, la línea *browderista* fue condenada por Moscú – más adelante examinaremos las razones – y se reconstruyó el partido comunista en los meses siguientes, pero gran cantidad de militantes no volvieron al partido, que rápidamente perdió sus posiciones sindicales.

7. *The Private Papers of Senator Vanderberg*, Boston, 1952, p. 219. Era la primera vez que los laboristas conquistaban la mayoría absoluta en el parlamento británico.

8. Por "secreta" entiéndase aquí que la reunión no fue anunciada, sus debates transcurrieron en el mayor secreto, y parte de ellos no fue nunca revelada más que por informaciones de algunos de los participantes que entraron posteriormente en conflicto con Stalin o con el partido correspondiente (los yugoslavos y el italiano E. Reale). En los primeros días de octubre se dio un breve comunicado a la prensa sobre su celebración, y posteriormente se publicaron los textos de algunos de los informes e intervenciones habidas, convenientemente revisados.

9. Dimítrov: *Œuvres choisies*, p. 195.

10. *VII Congresso del Partito Comunista Italiano (resoconto)*, Cultura Sociale, 1951, p. 22.

11. *Histoire du PCF (Unir)* (acerca de este libro véase nota 117 del capítulo 4, parte primera), t. I, p. 238. En una carta que Cachin dirige a todos sus "colegas" senadores, con fecha 6 de septiembre, se dice: "Nosotros repetimos que los comunistas franceses están y estarán en primera fila para aplastar al autor del atentado criminal contra la paz [Hitler]. Los diputados comunistas movilizables, Maurice Thorez el primero, se han incorporado ya a sus unidades." (*Ibid.*, p. 237.)

En esta obra se describe el desconcierto creado dentro del partido y entre sus más próximos aliados, por el pacto germano-soviético. Pierre Cot afirma en la prensa: Stalin "se ha convertido en aliado de Hitler". "Incluso trabajadores reprochaban a sus camaradas comunistas la traición soviética." (*Ibid.*, p. 231.)

12. La represión es facilitada también por dos factores; la im-preparación del partido para la acción clandestina, al cabo de veinte años de actividad legal, parlamentaria, municipal; etc., y más tarde, después de la derrota, las ilusiones de que como consecuencia del pacto germanosoviético las

autoridades de ocupación podrían observar cierta benevolencia hacia las actividades del partido. En mayo de 1941, fue difundida una tarjeta postal editada por el partido, para ser expedida a "Son Excellence, Monsieur l'Ambassadeur Otto Abetz", representante oficial de Hitler cerca del gobierno de Vichy, con el siguiente texto:

"Señor Embajador: Por haberse opuesto a la guerra y haber demandado, desde octubre de 1939, que ninguna proposición de paz fuera rechazada sin que fuera sometida al parlamento, los diputados comunistas han sido condenados a centenares de años de prisión y tratados como agentes de Alemania. Entre ellos están encerrados en Maison-Carrée (Argel) y amenazados de deportación en el bled sahariano: [sigue una lista de diputados]." Viene luego la lista de "los que deben vivir ilegalmente para seguir cumpliendo el mandato que el pueblo les confió" [Thorez, etc.] y de los que están en la prisión de La Santé. El texto sigue diciendo: "Los diputados comunistas se sienten honrados de haber estado contra la guerra, después de haber luchado veinte años contra el odioso Tratado de Versalles, de haberse opuesto a la ocupación de Rhenania y a la del Ruhr, lo cual han pagado con la prisión. Es un escándalo y una injusticia. Su liberación se impone. Usted debe, Señor Embajador, poner todo su empeño en obtenerla rápidamente. Si no el pueblo se levantará para darles la libertad."

El texto no necesita comentarios, pero lo más extraordinario es que a los militantes y simpatizantes del partido – explican los autores de la citada Historia del PCF – se les aconsejaba enviar estas tarjetas postales ¡poniendo su dirección! Firmantes de esta tarjeta pagaron con su libertad, e incluso con su vida, el haber seguido ese consejo. (*Ibid.*, t. II, p. 50.)

Otro botón de muestra de las ilusiones en una actitud benevolente de las autoridades alemanas de ocupación, es el intento de legalización de *L'Humanité*, relatado con lujo de detalles en la historia del PCF que venimos citando (véase p. 24-28 del t. II). La dirección del PCF ha tratado de ocultar este hecho durante muchos años, hasta la reciente historia del PCF en la Resistencia, escrita por una comisión presidida por Duclos, donde por fin se reconoce. Los autores de la Histoire del PCF (Unir) interpretan las gestiones para obtener de la Kommandantur la legalización de *L'Humanité*, junto con otros pasos del mismo carácter que la dirección del partido dio en ese periodo, como prueba de "el Ejecutivo de la IC, mal inspirado por Stalin, esperaba que los partidos comunistas fueran autorizados a actuar legalmente en los países ocupados por el ejército hitleriano" (*Ibid.*, t. II, p. 23).

13. *Histoire du PCF (Unir)*, t. II, p. 59-61. La historia oficial del PCF en la Resistencia, mencionada en la nota precedente (*Le Parti Communiste Français dans la Résistance*, Editions sociales, 1967), silencia totalmente este documento, como otros muchos documentos y hechos mencionados en la *Histoire du PCF (Unir)*.

14. *Ibid.*

15. *Histoire du PCF (Unir)*, t. II, p. 60.

16. André Fontaine: *Histoire de la guerre froide*, t. I. p. 225.

17. *Histoire du PCF (Unir)*, t. II, p. 134, 135-136. En *Le PCF dans la Résistance* (p. 231), se dice que los contactos entre el partido y representantes de de Gaulle se establecieron desde el verano de 1942, es decir, muy poco después de la entrevista Mólotov-de Gaulle, que tuvo lugar en mayo de ese año. Pero en esta obra se silencia el papel desempeñado por esa entrevista. Se publica la carta de de Gaulle a la dirección del partido, pero suprimiendo el párrafo en el cual el general expresa su "seguridad" de que el partido observará hacia él "la misma disciplina leal" que existe en su seno. Tampoco se menciona el artículo de Grenier en *L'Humanité*.

18. *Le PCF dans la Résistance*, p. 234.

19. Véase la *Histoire du PCF*, de Jacques Fauvet, ya citada en capítulos anteriores, t. II, p. 127-128. Según esta versión el partido acabó por ingresar en el gobierno sin que hubiera compromiso formal alguno entre él y de Gaulle, y *Le PCF dans la Résistance* confirma implícitamente tal versión al no

decir que el compromiso existiera, cosa que no hubiera dejado de hacer en caso contrario (véase p. 237-238).

20. *Le PCF dans la Résistance*, p. 241-242.

21. En *Le PCF dans la Résistance* se hace un relato detallado del desarrollo de la insurrección nacional (p. 286-328) que demuestra el hecho capital de que gran parte del territorio francés fue liberado por la acción de "las masas populares, armadas y no armadas" (p. 329). Eisenhower equiparó a quince divisiones la contribución de los resistentes franceses a las fuerzas aliadas desembarcadas en Normandía. Pero esta equivalencia militar tiene en cuenta únicamente las acciones armadas de la Resistencia, en sincronización con la ofensiva aliada; no traduce el efecto acumulativo, sobre la moral y el dispositivo del ocupante, de cuatro años de acción guerrillera y política, en progresión geométrica; no traduce tampoco el efecto del levantamiento político masivo que sigue al desembarco.

22. Refiriéndose a lo que era el partido en vísperas de la Liberación, Jacques Fauvet lo caracteriza como "el movimiento de la Resistencia metropolitana más poderoso, más tenaz, y el único que se extiende sobre todo el territorio" (*Histoire du PCF*, t. II, p. 59). Y refiriéndose a la Liberación, André Fontaine dice que "en diversas regiones del país tenía [el poder] al alcance de la mano" (*Histoire de la guerre froide*, t. I, p. 227).

23. De Gaulle: *Mémoires de guerre*, Plon, t. II, p. 291-292.

24. La referencia a la intervención de Duclos se encuentra en *Histoire du PCF (Unir)*, t. II, p. 246. Del relato que se hace en esta obra, escrita por militantes del partido que ocupaban en aquellos meses puestos responsables, y están muy lejos de todo "gauchisme", se desprende sin lugar a dudas la fuerte presión que la masa del partido, y la masa popular, en general, ejercía sobre la dirección para que imprimiera a su política un espíritu ofensivo. En los comités de liberación se desarrollaba la tendencia a afirmarse como órganos de poder. En octubre de 1944, los delegados de los comités de liberación de cuarenta departamentos del sur de Francia se reunieron en Avignon, acordando invitar a los comités locales a "convocar en las ciudades y pueblos asambleas patrióticas donde sería expuesto el programa de acción del Consejo Nacional de la Resistencia, y donde este programa será precisado según las condiciones locales, y sometidos a la ratificación popular la composición y la acción de los comités locales". Los días 9 y 10 de diciembre, los comités locales de liberación de la región del Sena, reunidos en el Hotel de Ville de París, se inspiraron en ese movimiento del sur para proponer que las asambleas patrióticas populares prepararan vastos Estados Generales de representantes de todas las capas de la población. La reunión de Estados Generales tuvo lugar más tarde en París, pero el movimiento estaba muerto a consecuencia de la línea de la dirección del partido que, como explicamos a continuación, preconizó la subordinación rigurosa de los comités de liberación al gobierno central.

25. *Histoire du PCF (Unir)*, p. 247, 251. Según los autores de esta obra, Thorez no ha refutado nunca estas y otras alegaciones de las memorias de de Gaulle.

26. M. Thorez: *Œuvres*, t. 20, p. 181-182, 187-188.

27. De Gaulle explica así el viaje: "A fin de obtener del partido comunista el año de respiro que yo necesitaba para tomar en las manos la situación, tuve que ir a Moscú y firmar acuerdos." (Citado por J. Fauvet: *Histoire du PCF*, p. 148.) Como dice justamente J. Fauvet, ésta no podía ser la única explicación del viaje. Pero indudablemente era uno de sus objetivos esenciales. Ahora bien, no nos parece fundada la interpretación de Fauvet, según la cual después de su llegada Thorez postulaba el reforza-Miento del poder de los comités de liberación, el mantenimiento las milicias, etc., y el "viraje" se produjo en la reunión del mité Central de finales de enero, a consecuencia del acuerdo Notas de Gaulle-Stalin. En realidad, desde que pisa suelo francés – y ya antes, en sus alocuciones por Radio Moscú – la orientación de Thorez es liquidar el poder autónomo surgido de la Resistencia y la Liberación, en aras de la reconstrucción del viejo Estado democrático-burgués. Su fórmula "un solo Estado, una sola policía, un solo ejército", lanzada inmediatamente de su llegada (*Histoire du*

PCF (Unir), t. II, p. 247) lo revela elocuentemente. Pero dado el estado de ánimo existente en el partido y en el país, había que proceder con cautela. Thorez comienza por ensalzar el papel de los comités de liberación, pero al mismo tiempo exigir su subordinación a los órganos del nuevo Estado. Tal es su planteamiento en el acto del Velódromo de Invierno, del 14 de diciembre de 1944. El acuerdo de Gaulle-Stalin es utilizado para acentuar esta línea hasta darle la forma acabada, tajante y pública que toma en el Comité Central de enero. Es significativo que en la reciente edición de *Obras escogidas* de Thorez, en tres tomos (Ed. Sociales, 1966), no se ha incluido ninguno de los discursos y artículos del periodo entre la llegada a París y la reunión del Comité Central de finales de enero. No figura el informe a este Comité Central, donde se plantea la disolución de las milicias, etc.

28. Tomamos la referencia a los informes de Benoit Franchon, de la *Histoire du PCF (Unir)*, t. II, p. 262-264.

29. Véase t. 21 de las *Œuvres de Thorez*, p. 128-129, 100, 57, 129, 118, 127, y t. 20, p. 183.

30. Thorez: *Œuvres choisies*, 1966, t. II, p. 399.

31. Thorez: *Œuvres*, t. 22, p. 141.

32. Reproducimos la versión que da J. Fauvet: *Histoire du PCF*, t. II, p. 172.

33. Thorez: *Œuvres*, t. 22, p. 105.

34. Los autores de *Histoire du PCF (Unir)* dan la siguiente versión de las negociaciones entre el PCF y la SFIO sobre el problema de la unidad entre ambos partidos:

En noviembre de 1944, la SFIO hizo pública una resolución con la siguiente propuesta: "El Partido Socialista renueva solemnemente al Partido Comunista francés el ofrecimiento de unidad, hecho ya en la lucha clandestina." Poco después se formó un *Comité d'Entente*, cuya tarea esencial era elaborar un memorándum destinado a preparar la unidad orgánica socialista-comunista.

Las proposiciones de los delegados del PCF en este comité revelaban una intransigencia formal, que contrastaba con las concesiones de principio consentidas para permanecer en buenos términos con el general de Gaulle o participar en el gobierno. Se iba hasta exigir que en una *Charte d'Unité* con los socialistas se incluyera un párrafo de aprobación incondicional a las posiciones de la URSS, y de reconocimiento de la superioridad absoluta del PC (bolchevique). En definitiva, se exigía de los socialistas que se hicieran comunistas, fieles al PC soviético y a Stalin. (*Op. cit.*, t. II, p. 254-255.)

35. Thorez: *Œuvres*, t. 22, p. 207.

36. *Ibid.*, p. 132.

37. 40 000 víctimas, dice la *Historia del movimiento revolucionario (Misl)* [véase notan de este capítulo], p. 369. Los autores de esta obra se refieren a la represión de la insurrección argelina por los imperialistas franceses, sin mencionar en absoluto la presencia de ministros comunistas en el gobierno.

38. Thorez: (*Œuvres choisies*, t. II, p. 351-352. ("Arles": alusión al IX Congreso del PCF, celebrado en esa localidad, antes de la guerra.)

39. J. Fauvet: *Histoire du PCF*, t. II, p. 194-195. El propósito de imputar la responsabilidad de la guerra a "provocadores vietnamitas", se señala en la *Histoire du PCF (Unir)*, t. III, p. 31. Como es sabido, la independencia del Vietnam y la instauración de la república democrática en todo el territorio, fue el resultado de la insurrección victoriosa del pueblo, dirigido por el partido comunista, en agosto de 1945. La agresión colonialista francesa comenzó, prácticamente, en el otoño de ese año. Las tropas francesas, desembarcadas con el pretexto de desarmar a los japoneses, reocupan Saigón y obligan a las autoridades de la república a refugiarse en las zonas agrarias. Durante todo 1946 se suceden las provocaciones y las medidas dirigidas a reinstalar el régimen colonial. El bombardeo de Haiphong, que causa 6 000 muertos, marca el paso a la guerra abierta.

40. Véase J. Fauvet: *Histoire du PCF*, t. II, p. 195.
41. El 29 de marzo de 1947, a fin de aplastar el movimiento de liberación nacional en Madagascar, las autoridades francesas provocaron choques sangrientos. El pueblo respondió levantándose en varios puntos de la isla. La insurrección fue reprimida implacablemente y varios dirigentes del movimiento de liberación, entre ellos cuatro diputados al parlamento francés, condenados a muerte.
42. Thorez: *Œuvres*, t. 21, p. 63-64 (Informe al X Congreso, junio de 1945); (*Œuvres choisies*, t. II, p. 452; *Œuvres*, t. 23, p. 115, 10.
43. Thorez: *Œuvres*, t. 23, p. 9. La cita de Blum está tomada de J. Fauvet: *Histoire du PCF*, t. II, p. 185. En la misma página de la *Histoire* de J. Fauvet se alude a un artículo de *Cahiers du Communisme*, revista del PCF, número del 17 de julio de 1946, en el que se critica a los socialistas por abordar el problema alemán poniendo en primer término las exigencias del "internacionalismo" o del "socialismo", mientras que "en el periodo actual los problemas deben ser resueltos, ante todo, desde el punto de vista nacional francés".
44. Citado por J. Fauvet en *Histoire du PCF*, t. II, p. 198.
45. Thorez: *Œuvres*, t. 23, p. 122 (Discurso en la asamblea de la Federación del Sena del PCF).
46. Se llamó así al parlamento salido de las elecciones de 1919, con aplastante mayoría conservadora y nacionalista (433 diputados de 613). A fines de 1919 y en el curso de 1920 las huelgas se multiplicaron.
47. Citado por J. Fauvet en *Histoire du PCF*, t. II, p. 199.
48. Togliatti: *Le parti communiste italien*, Maspero, París, 1961, p.109-110.
49. R. Battaglia: *Storia della Resistenza italiana*, Einaudi, 1955, 83.
50. Véase la Breve *Storia della Resistenza italiana*, de R. y G. Battaglia Garritano, Editori Riuniti, 1965, p. 36.
51. Informe de Luigi Longo en la Conferencia constitutiva del Kominform, incluido en *Conferencia de información de los representantes de algunos partidos comunistas*, Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú, 1948, p. 227-228. (En lo sucesivo citaremos este folleto: *Conferencia Kominform 1947*.)
52. Véase, por ejemplo, *Les mouvements clandestins en Europe*, de Henri Michel, PUF, 1965, p. 47-48. En su discurso con motivo del 35 aniversario de la fundación del PCI Togliatti se refiere a ese periodo en los siguientes términos: "En 1943, en el mes de marzo, los obreros de Turín declararon la huelga para defenderse contra la odiosa explotación y para combatir la política fascista de guerra. El movimiento, hay que recordarlo, fue preparado, organizado en todas sus fases, y dirigido, por comunistas, por los camaradas que constituían el centro interior de nuestro partido, dirigidos por el camarada Massola. Esa huelga fue uno de los golpes de gracia al régimen fascista. Cuando después este régimen se hundió, el 25 de julio, y cuando se derrumbaron todos los viejos fundamentos del Estado burgués, e incluso su organización militar, comenzó la insurrección popular más grande de toda la historia de Italia. El pueblo tomó la iniciativa, cogió en sus manos la suerte del país, se organizó, se dio un ejército y jefes, y luchó por salvar la patria de la destrucción y de la catástrofe. Y bien, éramos nosotros los que entonces estábamos a la cabeza, nosotros, viejos y nuevos combatientes." (Togliatti: *35 années de lutte pour la liberté et le socialisme*, Cahiers du Parti Communiste italien, Section pour l'étranger, 1956, p. 14-15.)
53. Togliatti: "Italia en guerra contra Alemania", *Pravda*, 12 de noviembre de 1943. Tomamos el texto de las Obras escogidas de Togliatti, editadas en ruso por la Editora de literatura política de Moscú, 1965. El párrafo citado se encuentra en el t. I, p. 274. Togliatti silencia en este artículo que la declaración sobre Italia de las tres potencias contenía una disposición según la cual mientras durase la guerra todo el poder efectivo quedaba en manos de las autoridades militares aliadas. El

derecho del pueblo italiano a elegir democráticamente su gobierno quedaba aplazado hasta después de la victoria.

54. Citado por Pietro Secchia en el ensayo "Movimiento operaio e lotta di classe alla Fiat nel periodo della Resistenza", publicado en la *Revista Storica del Socialismo*, número 22, 1964.

55. En un artículo escrito en 1965, Lelio Basso se refiere a una reunión celebrada en Milán, poco tiempo antes de la caída de Mussolini, en la que participaban representantes de los partidos comunista, socialista, de acción, y demócrata cristiano. "Recuerdo – escribe L.B. – el embarazo del compañero Marchesi [representante del PCI] al dar lectura de un texto enteramente dirigido a ofrecer garantías y seguridades a la burguesía contra la perturbación del orden social (se preocupaba, incluso, de tranquilizar a los industriales, diciéndoles que el gobierno antifascista les resarciría por daños de guerra), y recuerdo la ingenua observación del representante demócrata cristiano después de escuchar aquella lectura: "Ahora nosotros, demócratas cristianos, estamos más a la izquierda que los comunistas." (L. Basso: "Il rapporto tra rivoluzione democratica e rivoluzione socialista nella Resistenza", *Critica marxista*, julio-agosto de 1965.)

56. A partir de la ocupación del norte y centro de Italia por los alemanes, existían tres Comités de Liberación con categoría nacional: el del Norte de Italia, el que tenía su sede en Roma y teóricamente era el órgano supremo, pero en la práctica no dirigía el movimiento ni siquiera en la zona central, y el instalado en Nápoles.

57. Marcella y Maurizio Ferrara: *Palmiro Togliatti*, Editions sociales, 1954, p. 339. Esta obra ha sido revisada y corregida por Togliatti mismo, y está elaborada sobre la base de conversaciones con él y documentos del partido italiano. Lo que en ella se dice puede considerarse, por tanto, como la versión y la opinión de Togliatti en relación con los acontecimientos a que se refiere.

58. *Ibid.*, p. 340.

59. La versión de que algunos dirigentes veteranos del PCI opusieron cierta resistencia a las tesis de Togliatti, la tenemos de funcionarios de la sección extranjera del Comité Central del PCUS, cuando estaba reciente la formación del Kominform y la crítica hecha entonces a la política seguida por el PCI.

60. M. y M. Ferrara: *Palmiro Togliatti*, p. 350.

61. *Gran Enciclopedia soviética* [en ruso], t. 19, p. 86. En la obra de historia contemporánea que sirve de texto en la Escuela Superior del PCUS, se dice, aún con más precisión: "Por exigencia del gobierno soviético, el Consejo consultivo para Italia [formado por representantes de la URSS, Estados Unidos, Inglaterra, Francia] adoptó una decisión especial sobre la formación inmediata por el mariscal Badoglio de un gobierno con participación de todos los partidos antifascistas." (*Noveishaia istoriia* [*Historia contemporánea*], parte II, Moscú, 1959, p. 582.)

62. En las páginas 339-345 encontrará el lector un breve análisis de las presiones de Stalin sobre Tito.

63. M. y M. Ferrara: *Palmiro Togliatti*, p. 362.

64. Togliatti: "La politica di unità nazionale dei comunisti" (Discurso del 11 de abril de 1944), *Critica marxista*, julio-octubre de 1964, p. 24, 34, 42, 34.

65. Togliatti: "Avanti, verso la democrazia!" (Discurso del 24 de septiembre de 1944), *Ibid.*, p. 74.

66. Battaglia y Garritano: *Op. cit.*, p. 192.

67. M. y M. Ferrara: *Palmiro Togliatti*, p. 369.

68. *Ibid.*, p. 369, 371-372.

69. *Ibid.*, p. 369. (El subrayado es nuestro. FC.)

70. Togliatti: *Obras escogidas* en ruso (véase nuestra nota 53), t. I, p. 379.

71. Véase Battaglia y Garritano: *Op. cit.*, p. 189.
72. *Ibid.*, p. 91.
73. *Ibid.*, p. 202-203.
74. Aprovechando la crudeza del invierno, el enemigo, desplegando importantes fuerzas, intentó aislar a las unidades guerrilleras en las zonas altas de las montañas y cortarlas de sus bases de aprovisionamiento. Los guerrilleros decidieron filtrarse a través de las unidades enemigas y descender a la llanura. Esta táctica de *pianurizzazione* [llanurización] como se la llamó, dio magníficos resultados, gracias al apoyo masivo de la población. Al mismo tiempo se reforzó el dispositivo de la lucha armada en los centros industriales, en las grandes fábricas.
75. Informe de Longo en la reunión constitutiva del Kominform. *Conferencia Kominform 1947*, p. 228-229.
76. *Ibid.*, p. 230.
77. *Noveishaia istoria*, p. 583.
78. Togliatti: "Rinnovare l'Italia" (Rapporto al V Congreso dei PCI). *Critica marxista*, julio-octubre de 1964, p. 96.
79. Los "comités de gestión" se formaron por un decreto del Comité de Liberación Nacional del norte de Italia en vísperas de la insurrección. Eran organismos en los que estaban representados los obreros, empleados y técnicos, cuya función era dirigir las empresas junto con comisarios del gobierno y patronos (véase informe de Longo citado, en nota 75, p. 229).
80. *Rinascita*, número 5-6, mayo-junio de 1945. (El subrayado es nuestro. FC.)
81. Togliatti: "Rinovare l'Italia" (Rapporto al V Congreso dei PCI). *Critica marxista*, julio-octubre de 1964, p. 99.
82. Marcella y Maurizio Ferrara: *Cronache di vita italiana, 1944-1948*, Editore Riuniti, 1960. Tomamos la cita de la versión francesa de los capítulos VII y VIII, incluidos en *Recherches Internationales*, número 44-45, 1964, p. 205.
83. Togliatti desempeñó la cartera de justicia desde la liberación hasta las elecciones del 2 de junio de 1946. El principal problema concerniente a este ministerio era la depuración y el castigo de los cuadros del fascismo. La orientación del partido, indudablemente correcta, era concentrar la operación en los verdaderos responsables, en los cuadros superiores. Pero no se hizo más que en contados casos. Las fuerzas burguesas y los Aliados lo sabotearon por todos los medios. Y el partido no luchó enérgicamente por impedir ese sabotaje. Incluso un historiador de la democracia cristiana europea, como Maurice Vaussard, lo señala "Si la depuración fue frustrada -y lo fue radicalmente, sobre todo en el sur- se debió en parte, sin duda, a la presencia y la influencia de los ejércitos aliados, a la oposición de los medios liberales de derecha, pero también a la extraordinaria indulgencia que testimoniaron los encargados de esa depuración, y en primer lugar los mismos Togliatti y Nenni, que se sucedieron en el cargo. Sin duda se dieron cuenta que Italia no hubiera podido, aunque lo quisiera, reemplazar ventajosamente a los cuadros administrativos que habrían quedado vacantes. Las sucesivas amnistías hicieron el resto y permitieron levantar la cabeza a los peores adversarios de la democracia, como el príncipe Valerio Borghese o el diplomático Anfuso, uno de los jefes europeos del neonazismo." (*Histoire de la démocratie chrétienne*, Seuil, 1956, p. 275-276.)
84. Emilio Sereni: *Il Mezzogiorno all'opposizione*, p. 60. El subrayado es del propio Sereni.
85. *Obras escogidas* de Togliatti en ruso, t. I, p. 463.
86. *Op. cit.* (nota 83), p. 275. Por "tripartismo" entiende el autor los gobiernos basados fundamentalmente en los demócratas cristianos, comunistas y socialistas.

87. *Ibid.*, p. 276, 274.

88. Los biógrafos de Togliatti señalan que el "contenido social introducido en la Constitución" lo fue "gracias a un acuerdo con parte de los mismos demócratas cristianos" (*Palmiro Togliatti*, p. 389).

89. Los principios sociales más "avanzados" incluidos en la Constitución italiana son los siguientes: "Italia es una República democrática fundada sobre el trabajo" (art. 1); "Corresponde a la República apartar los obstáculos de orden económico y social que, limitando de hecho la libertad y la igualdad de los ciudadanos, impiden el completo desenvolvimiento de la personalidad humana y la participación efectiva de todos los trabajadores en la organización política, económica y social del país" (art. 3); "El trabajador tiene derecho a una retribución proporcional a la cantidad y calidad de su trabajo; esta retribución debe ser suficiente, en todo caso, para asegurarle a él y a su familia, una existencia libre y digna" (art. 36). Según Togliatti estos "principios fundamentales" inscritos en la Constitución "imponen una transformación del viejo sistema económico y político italiano e indican una vía de desarrollo orientada hacia el socialismo" (Togliatti: *Le parti communiste italien*, p. 128).

Conviene precisar que esta "vía de desarrollo orientada hacia el socialismo" fue aprobada por el partido que principalmente representaba a la gran burguesía italiana y al Vaticano, medio año después de haber excluido a los comunistas del gobierno. Como quedó muy claro en la discusión de los diferentes artículos, y en particular del primero, todo ese "contenido social" está fundado -como sucedió con la predecesora más directa de la Constitución italiana del 48, la Constitución española del 31-en el equívoco de que los conceptos "trabajo" y "trabajador" sirven para designar indistintamente al obrero y al capitalista, al campesino trabajador y al gran propietario agrario, y a sus respectivos "trabajos". Ello queda perfectamente claro, por ejemplo, en la recopilación de ensayos sobre la Constitución italiana publicada por los *Cahiers de la Fondation Nationale des sciences politiques*, Armand Colin, París, 1950.

90. Togliatti: "Rinnovare l'Italia" (Rapporto al V Congreso dei PCI), *Critica marxista*, julio-octubre de 1946, p. 117, 115.

91. *Recherches Internationales*, número 44-45, París, 1964, p. 228.

92. *Ibid.*, p. 227.

93. Citado por M. y M. Ferrara: *Palmiro Togliatti*, p. 388-389.

94. E. Reale: *Avec Jacques Duclos au banc des accusés a la réunion constitutive du Kominform*, Plon, París, 1959, p. 4.

95. *Ibid.*, p. 135.

96. V. Dedijer: *Tito parle...* Gallimard, París, 1953, p. 307.

97. Para el rápido análisis que hacemos a continuación de la política del PCY y de la intervención de Stalin, nos apoyamos fundamentalmente en el informe de Kardelj sobre la actividad del PCY, hecho en la reunión constitutiva del Kominform (*Conferencia Kominform 1947*, p. 41-69), en la obra citada de Dedijer: *Tito parle...*, y en la *Histoire des démocraties populaires* de François Fejto (Seuil, París, 1969, t. I, p. 66-89). Hemos tenido en cuenta, asimismo, la versión soviética, tomándola del libro de texto utilizado en la Escuela Superior de cuadros del PCUS (véase nota 2 de este capítulo). No hace falta advertir que en esta versión soviética se silencia totalmente la intervención de Stalin dirigida a modificar la orientación revolucionaria de la política del PCY en ese periodo, al mismo tiempo que se reconoce implícitamente que dicha política fue justa.

Es interesante señalar que en el número de *Recherches Internationales* (44-45, 1964) consagrado al periodo desde la Liberación hasta el comienzo de la "guerra fría", hay ensayos sobre Francia, Italia, Alemania, Hungría, Bulgaria, Checoslovaquia, etc., y ni una palabra sobre Yugoslavia. El PCF prefiere no recordar el ejemplo de la lucha revolucionaria del pueblo yugoslavo en el periodo de la Liberación. El contraste con la política seguida por el PCF es demasiado brutal..

98. En el informe de Kardelj (véase nota precedente) se explica que desde finales de 1941 y comienzos de 1942, el Estado Mayor central de los destacamentos guerrilleros comenzó a seleccionar las mejores unidades y los mejores combatientes, para formar con ellos brigadas de maniobra, no ligadas a un territorio determinado, susceptibles de ser utilizadas con arreglo a un plan operativo único. De estas brigadas se formaron posteriormente divisiones y cuerpos de ejército. Por su disciplina, sus conocimientos militares, su potencia combativa y sus métodos de hacer la guerra, este ejército revolucionario regular se distinguía esencialmente de las guerrillas, las cuales seguían cumpliendo, sin embargo, un papel importantísimo. La combinación de ambas formas de lucha fue una de las principales características de la guerra revolucionaria en Yugoslavia.

El enemigo con el que se enfrentó el pueblo yugoslavo no era más débil que el existente en Italia o Francia. Los alemanes emplearon en todo momento importantes contingentes, a los que se sumaban tropas italianas, búlgaras, etc., y las fuerzas armadas de los diversos fantoches del ocupante, más los tchetniks de Mijailovitch.

99. Dedijer: *Tito parle...*, p. 189.

100. *Ibid.*, p. 189-190.

101. *Ibid.*, p. 217.

102. *Ibid.*, p. 218.

103. Fejto: *Histoire des démocraties populaires*, p. 79. Dedijer: *Tito parle...*, p. 231-232.

104. La referencia a la entrevista Stalin-Tito se encuentra en *Tito parle...*, p. 243-244. Sobre el reparto de las "cuotas de influencia" en los Balcanes, véase la nota 143 del presente capítulo.

105. Dedijer: *Tito parle...*, p. 246.

106. Fejto: *Op. cit.*, p. 83.

107. Citado por Basile Darivas, en el ensayo "De la résistance a la guerre civile en Grèce", incluido en *Recherches Internationales*, número 44-45, 1964. El telegrama de Churchill se encuentra en la p. 268 de la revista. Es interesante notar que esta publicación del PCF cita el testimonio de Churchill acerca de que Stalin le dejó "las manos libres en Grecia", sin hacer ninguna objeción a su veracidad.

108. Concretamente, el VIII Congreso del Partido Comunista griego hizo la siguiente enumeración de los errores cometidos durante 1944 y comienzos de 1945:

"Primero: El *acuerdo del Líbano*, en mayo de 1944, por el cual hicimos concesiones inadmisibles que, fundamentalmente, facilitaron los esfuerzos constantes de los imperialistas ingleses y de la oligarquía plutocrática griega, para restaurar el antiguo régimen e impedir al pueblo griego decidir su destino.

Segundo: el *acuerdo de Caserta*, que colocaba las fuerzas armadas griegas bajo el mando del general inglés Scobie.

Tercero: la ausencia de preparación política, ideológica, organizacional y militar de la dirección del partido para la *batalla de diciembre*, batalla que nos ha sido impuesta por los imperialistas ingleses y sus servidores.

Cuarto: el *acuerdo de Varkiza*, que fue un compromiso inaceptable, y de hecho una capitulación ante los imperialistas ingleses y la reacción griega." (*VIII Congreso del PCG* [en griego], Ediciones políticas y literarias, 1961, p. 99.)

109. Citado por André Kedros, en su libro *La résistance grecque*, Laffont, París, 1967.

110. Véase la nota 97 de este capítulo, donde damos las referencias del libro de E. Reale y del informe de Kardelj, así como del de Dedijer sobre Tito. Sin citar nominalmente a los partidos comunistas de Francia e Italia, el informe de Kardelj presenta la política del PCY en forma polémica con la de aquéllos. Entre los términos de esta crítica indirecta y la versión de la crítica directa dada por las notas de Reale hay coincidencia en lo esencial.

111. Informe de Kardelj. *Conferencia del Kominform 1947*, p. 52.

112. Informe de Gomulka sobre la actividad del partido polaco. *Conferencia del Kominform 1947*, p. 79.
113. Dedijer describe de la siguiente manera las reacciones de Duclos y Longo a la crítica yugoslava, "apoyada" por Zdanov de la manera que acabamos de indicar "Duclos y Longo reaccionaron de forma muy diferente a la crítica de la delegación yugoslava. Duclos estaba furioso y muy molesto, rehusaba dirigir a nadie la palabra. Después de la reunión se retiró al parque y permaneció solo, sentado en un banco, balanceando nerviosamente sus pequeñas piernas, que no llegaban a tocar el suelo. Longo, por el contrario, pidió a nuestros delegados una entrevista para hacerse una idea más detallada de sus críticas. Les dijo que la línea política del Partido Comunista italiano durante la guerra había sido dictada por Moscú." (*Op. cit.*, p. 308.)
114. Véanse páginas 8-18, 251, 294, 300, 317, 320-321, 340-347.
115. Véanse páginas 44, 51-52, 56-57, 139-142, 144-152, 165, 179-183, 190-197, 222-243.
116. Véanse páginas 243-250.
117. *Notes et études documentaires* (Documentation française), 5 de mayo de 1951, p. 6. (Interview du Maréchal Staline par Elliot Roosevelt, 21 décembre 1946, publiée dans le *Daily Mail* du 22 janvier 1947.)
118. Declaración de los 1947, p. 6.
119. Stalin: *Discours et ordres du jour (1941-1945)*, Editions France-URSS, 1945, p. 106
120. Informe de Zdanov en la reunión constitutiva del Kominform. *Conferencia del Kominform 1947*, p. 12-14.
121. *Conferencia del Kominform 1947*, p. 22, 7.
122. *Correspondencia entre el presidente del consejo de ministros de la URSS y el presidente de los Estados Unidos, y el primer ministro de la Gran Bretaña, durante la gran guerra patria (1941-1945)* [en ruso], Ediciones políticas del Estado, Moscú, 1957, p. 200-202, (Mensaje personal y rigurosamente secreto de Roosevelt a Stalin, recibido por éste el 1 de abril de 1945.) En su *Histoire de la guerre froide*, André Fontaine se refiere a esta amenaza de Roosevelt (t. I, p. 275).
123. Con motivo de una reiteración por de Gaulle de su conocida tesis, según la cual el reparto de las "esferas de influencia" proviene de Yalta, el Departamento de Estado dio un comunicado, fechado el 23 de agosto de 1968, declarando que en la Conferencia de Crimea "no se ha tratado en modo alguno, directo o indirecto, cuestiones de esferas de influencia". *Le Monde* del 25-26 de agosto de 1968 trató de apuntalar esta tesis del Departamento de Estado publicando el texto integral de los acuerdos de Yalta, que naturalmente, como todos los acuerdos públicos de las tres potencias tienen, aparte de otros objetivos, el de ocultar a los pueblos el hecho del "reparto", tanto mediante una formulación que lo disimule, cuando el texto se refiere concretamente a aspectos de dicho "reparto", como mediante el silenciamiento de los acuerdos secretos intervenidos en el curso de la conferencia. En lo que se refiere al primer método, el texto oficial de los acuerdos de Yalta se refiere, por ejemplo, al caso yugoslavo, diciendo que las tres potencias han convenido en recomendar a Tito y a Subasitch que pongan inmediatamente en aplicación el acuerdo convenido entre ellos (al que nos hemos referido en páginas anteriores), pero no dice que ese acuerdo fue impuesto a ambos mediante las presiones secretas de Stalin, por un lado, y Roosevelt-Churchill por otro, en función del reparto secreto de las esferas de influencia en Yugoslavia, convenido entre Stalin y Churchill en octubre de 1944. Algo parecido podría decirse del punto referente a Polonia, y a otros casos. Lo extraño es que comunistas lean de la misma manera que el Departamento de Estado los textos oficiales de Yalta o de otras conferencias de los "tres". Así proceden, por ejemplo, Sergio Segre en su ensayo "De la derrota del nazismo a la lógica de los bloques militares" publicada en *Critica marxista*, número 4-5, 1968, y E. Ragonieri, en su prefacio al libro publicado por Editore Reuniti, 1965, con las actas de las reuniones de los "tres grandes", de Teherán a Yalta.

124. Deborin: *La segunda guerra mundial*, edición española, Moscú, 1961, p. 214.
125. Citado por André Fontaine, que lo toma de las Memorias de Churchill, en *Histoire de la guerre froide*, t. I, p. 208. La versión del curso de la entrevista está en las páginas 206-208.
126. *Historia del movimiento obrero internacional* de texto en la Escuela Superior de cuadros del PCUS (véase referencia en la nota 2 de este capítulo), p. 43-44.
127. Véase p. 294.
128. André Fontaine: *Histoire de la guerre froide*, t. I, p. 211.
129. Citado por Pierre Broué en *Le parti bolchevique*, Editions de Minuit, París, 1963, p. 433 y 434.
130. Trotsky: *La révolution trahie*, IV Internationale, p. 167168.
131. Citado por Pierre Broué en *Le parti bolchevique*, p. 434-435.
132. Véase en la nota 52 del presente capítulo, la caracterización que hace Togliatti del movimiento de masas y el movimiento guerrillero, así como de la crisis del Estado italiano, en ese periodo.
133. Véase André Fontaine: *Histoire de la guerre froide*, p. 216218. La humorada de Stalin es citada por Churchill en sus *Memorias*, t. V, vol. II, p. 72 de la edición inglesa. El Padre de los pueblos no sabía hasta qué punto estaba diciendo la verdad.
134. Deborin: *La segunda guerra mundial*, p. 371, 399. Deborin se apoya en las *Memorias* de Cordell Hull, secretario de Estado en ese periodo, donde se relata que Churchill argumentó en la Conferencia de Quebec la conveniencia de abrir el segundo frente en los Balcanes, basándose en que la "irrupción soviética" en dicha zona lesionaría importantes "intereses ingleses y norteamericanos". (Cordell Hull: *The Memoirs*, vol. II, p. 1231.)
135. Stalin: *Discours et ordres du jour, 1941-1945, France-URSS*, 1945, p. 95-96, 101, 105.
136. Editorial de *Nuestra Bandera*, revista del Partido Comunista de España, 30 de junio de 1944.
137. I. Maiski: "Le problème du second front", *Recherches Internationales*, número 9-10, París, 1958, p. 239.
138. *Gran Enciclopedia soviética* (en ruso), t. 7, p. 181.
139. Deborin: *La segunda guerra mundial*, p. 425.
140. Este juicio fue expresado por Roosevelt, según testimonio de su hijo, en la Conferencia del Cairo entre el presidente americano y el primer ministro inglés (22-26 de noviembre de 1943). (Elliot Roosevelt: *Así lo veía mi padre*, edición española, p. 196.)
141. *The Conferences of Malta and Yalta*, Department of State USA, 1959, p. 523 y s.
142. Stalin: *Discours et ordres du jour*, p. 95-96.
143. Naturalmente, el reparto de las "esferas de influencia" en Europa se hizo guardando, en general, las formas diplomáticas que convenían a las características de la segunda guerra mundial, es decir, justificándolas con el respeto a la independencia de las naciones, al derecho de los pueblos a decidir por sí mismos de sus destinos, etc. Lo que no impide que en algunos casos se recurriese a un lenguaje más directo. He aquí un botón de muestra. En sus *Memorias*, Churchill hace el siguiente relato de su entrevista con Stalin el 9 de octubre de 1944:

"El momento era favorable para actuar. Por eso declaré: arreglemos nuestros asuntos en los Balcanes. Vuestros ejércitos se encuentran en Rumania y en Bulgaria. Nosotros tenemos intereses, misiones y agentes en esos países. Evitemos chocar por cuestiones que no vale la pena. En lo que concierne a la Gran Bretaña y Rusia, ¿qué diría usted de un predominio del 90 % en Grecia para nosotros, y de una paridad del 50/50 en Yugoslavia? Mientras le traducían mis palabras escribí en una hoja de papel:

	<i>Rumania</i>	<i>Yugoslavia</i>	<i>Hungría</i>	<i>Bulgaria</i>
Rusia	90 %	50/50	50/50	75 %

Los otros 10 %

25 %

Grecia: Gran Bretaña (de acuerdo con los Estados Unidos), 90 %; Rusia, 10 %.

Coloqué el papel ante Stalin, al que ya había sido hecha la traducción. Hubo una pausa. Después, cogió su lapiz azul, hizo un grueso trazo en signo de aprobación, y me lo devolvió. Todo se arregló en menos tiempo del que tardo en escribirlo [...] A continuación se hizo un largo silencio. El papel, con el trazo azul, reposaba en el centro de la mesa. Finalmente dije: ¿ No parecerá un poco cínico que tengamos el aire de haber arreglado estos problemas, de los que depende el destino de millones de seres, de manera tan desenvuelta? Quememos el papel. No, guárdelo, dijo Stalin.”

Al día siguiente – continúa Churchill – entre Eden y Mólotov entabló una verdadera discusión de mercaderes sobre el cálculo exacto de los porcentajes. Mólotov propuso sucesivamente las siguientes combinaciones:

<i>Hungría</i>	<i>Rumania</i>	<i>Bulgaria</i>	<i>Yugoslavia</i>
75	90	90	75
75	90	75	75
75	90	90	50
75	90	90	60
80	90	80	60

Finalmente, dice Churchill, se acordó la última combinación. (Las cifras indican el "porcentaje" ruso.) Citado por André Fontaine en *Histoire de la guerre froide*, p. 244-245.

La discusión sobre el segundo frente recubrió también, en la práctica, el problema del "reparto". Los ingleses insistieron durante toda la guerra en abrir el segundo frente en los Balcanes, por razones fáciles de comprender. Los soviéticos se opusieron con la misma tenacidad, por razones no menos comprensibles, si se tiene en cuenta toda la tradición de la diplomacia rusa. Pero unos y otros argumentaron con razones de eficacia militar. En realidad se trataba de determinar qué zonas, eventualmente, quedarían bajo el control de unos u otros.

Conviene subrayar que los soviéticos no han desmentido esta versión churchilliana. Y como hace notar André Fontaine (p. 288), la edición rusa de la correspondencia secreta entre los "tres grandes" ha omitido un mensaje de Churchill a Stalin, de junio de 1945, en el que se hace alusión de manera brutal al reparto de las "zonas de influencia" en los Balcanes en octubre de 1944. Dicha edición conserva, sin embargo, un mensaje de Churchill a Stalin, de fecha 28 de abril de 1945, en el que se lee: "Debo decir, también, que el curso de los acontecimientos en Yugoslavia es tal que no corresponde a la relación de intereses de nuestros países en la proporción 50 % - 50 %." En la respuesta de Stalin no hay objeción alguna a este recordatorio de Churchill.

144. Stalin: *Discours et ordres du jour*, p. 105-106.

145. Véase p. 145.

146. Véase André Fontaine: *Histoire de la guerre froide*, t, I, p. 258. La oposición laborista tenía interés, naturalmente, en aprovechar los acontecimientos griegos con vistas a las próximas elecciones. Después de desbancar a Churchill, los laboristas continuaron la misma política en Grecia. En cuanto a los dirigentes americanos, se preparaban ya a desalojar a los ingleses de Grecia para instalarse ellos.

147. En vísperas de la liberación el EAM [Frente de liberación nacional] tenía organizados en sus filas a más de 1 500 000 hombres y mujeres. Refiriéndose a los combates de Atenas, André Fontaine dice: "El ELAS estuvo a punto de ganar la partida"; "En Navidades, Churchill desembarca en Atenas ignorando él mismo que iba a asegurar el fracaso de la insurrección del ELAS. Este había proyectado, en efecto, hacer saltar ese día el hotel Gran Bretaña, centro del Estado Mayor inglés y sede del "gobierno" Papandreu, cuya autoridad no se extendía más allá de unos centenares de metros cuadrados. A la confusión creada por la explosión debía seguir una ofensiva general, pero el

ELAS renunció a su proyecto debido a la presencia de Churchill que había aceptado celebrar una entrevista con los emisarios del ELAS.” (*Histoire de la guerre froide*, t. I, p. 249-250.) En efecto, lo que perdió al EAM fue que los dirigentes del Partido Comunista griego buscaron a toda costa un compromiso con Churchill, adaptándose a la política de Stalin.

148. El plan de los alemanes, según la historiografía soviética, era tomar el puerto de Amberes, base fundamental del abastecimiento de los ejércitos aliados, aislar y destruir el núcleo de estos ejércitos en Bélgica y Holanda, e imposibilitar así la ofensiva proyectada por los Aliados.

149. *Correspondencia entre el presidente del consejo de ministros de la URSS y el presidente de los Estados Unidos, y el primer ministro de la Gran Bretaña*, ed. cit., t. I, p. 299.

150. Citado por Deborin, en *La segunda guerra mundial*, p. 485.

151. *Ibid.*, p. 425. La historiografía soviética utiliza, como es lógico, los documentos secretos y las *Memorias* de los principales protagonistas ingleses y americanos, cuyos datos confirman que tales eran los objetivos de los Aliados, pero los utiliza como tal comprobación. La fundamentación esencial del análisis que hace dicha historiografía se basa en los hechos y datos conocidos de Stalin y de los dirigentes soviéticos durante la guerra misma, en la interpretación que entonces hacían de tales hechos y datos a la luz de los intereses de clase que representaban los jefes angloamericanos. Tomemos, como ejemplo, una de las obras más representativas de la interpretación oficial, la tantas veces citada de Deborin, que está escrita en colaboración con el general mayor I. Zubkov. (Citamos las páginas por la edición española que venimos utilizando.):

En la p. 337 y s. se analizan los proyectos operacionales de los Aliados en 1942, relativos al norte de Africa, Italia y los Balcanes, y se muestra que a través del simple examen de la prensa norteamericana de aquel año era posible discernir tras dichos planes los intereses de los grupos monopolistas de ambos países. En la p. 344 se señala ”el apoyo de los Estados Unidos a los representantes de la reacción francesa, lacayos de la Alemania fascista” en el norte de Africa, después del desembarco. En la p. 350 se alude a los artículos de Walter Lippmann en 1943, donde se lanza la idea de una ”Comunidad Atlántica” como instrumento de la hegemonía mundial de los Estados Unidos. En la p. 354 se señala la política de abierta protección a Franco que practicaban los gobiernos de Wáshington y Londres, basándose en los datos que entonces eran públicos. En la p. 395 se califica de sistema colonial el poder establecido por las autoridades militares aliadas en la zona liberada del sur de Italia. En la p. 399 se explica que la delegación soviética en la conferencia de Teherán se opuso a los planes británicos de desembarco en los Balcanes porque su verdadero fin era el que Deborin explica en la p. 337 y s.: ”Imponer a esos pueblos el régimen colonial del imperialismo británico y restablecer el *cordón sanitario* antisoviético.” En la p. 425 se encuentra el párrafo citado en nuestro texto sobre los fines de los Aliados al desembarcar en Normandía. En la p. 474 y s. se caracteriza en los más duros términos la intervención inglesa en Grecia y se dice que ”la ocupación de Grecia por las tropas inglesas indignó profundamente a la opinión democrática del mundo entero”. (Subrayemos, de paso, el siguiente detalle significativo: Deborin no cita un solo testimonio – cosa que no hubiera dejado de hacer, caso de tenerlo- de cómo esa indignación de la opinión se reflejó en la prensa o documentos oficiales soviéticos.)

152. Stalin no podía ignorar ese hecho – el traslado de tropas aliadas de Italia en Grecia – porque en Atenas había una misión militar soviética, cerca del cuartel general del cuerpo expedicionario inglés.

153. Deborin: *La segunda guerra mundial*, p. 485.

154. *Ibid.*, p. 481.

155. Engels: *La cuestión que está realmente en juego en Turquía*. Obras de Marx y Engels en ruso, 2a ed., t. 9, p. 15.

156. Véase p. 344-345.

157. Véase F. Fejto: *Histoire des démocraties populaires*, t. I, p. 57. Se dan los siguientes datos de la "sovietización rápida y brutal" de la Polonia oriental, inmediatamente de su ocupación por las tropas soviéticas en 1939: supresión de todos los partidos políticos polacos, ucranianos, bielorusos y judíos; detención de miles de socialistas y miembros del partido agrario; deportación de unos 1200 000 ciudadanos polacos, aparte de los 250 000 soldados del ejército polaco hechos prisioneros e internados. Los polacos deportados fueron liberados después del ataque de Alemania a la URSS, pero unos 200 000 habían desaparecido. Algunos de los dirigentes políticos liberados en 1941 fueron detenidos de nuevo, entre ellos dos de los principales dirigentes del partido socialista judío, el *Bund*, Henryk Erlich y Víctor Adler. Estas dos personalidades habían buscado refugio en la Polonia oriental ante la ocupación del oeste por los nazis. En 1941 aceptaron, a invitación del gobierno soviético, formar un comité mundial judío antifascista, cuyos estatutos enviaron a Stalin. Después de la evacuación de Moscú, en octubre de 1941, fueron enviados a Kuibitchev para esperar la respuesta de Stalin. El 3 de diciembre fueron detenidos y ejecutados.

158. Sobre la importancia de la Resistencia polaca subordinada al gobierno exilado, véase la obra que acabamos de citar, p. 5657. Siguiendo instrucciones del gobierno exilado, el 1 de agosto de 1944 la Resistencia desencadenó la insurrección en Varsovia, con la evidente intención de liberar la capital e instaurar su propio poder antes de que llegaran las tropas soviéticas, las cuales se encontraban muy próximas. En el curso de la insurrección llegaron al otro lado del Vístula, a los arrabales de Varsovia. Desde allí se limitaron a bombardear a los alemanes, pero no lanzaron ningún ataque que, combinándose con la insurrección de la Resistencia, pudiera dar cuenta de los alemanes. Al cabo de dos meses de combates los varsovianos tuvieron que capitular sobre las ruinas de su capital. Los soviéticos han explicado su pasividad por razones técnicas.

159. *Correspondencia Stalin-Churchill-Roosevelt*, t. II, p. 224.

160. *Ibid.*, p. 201.

161. *Ibid.*, p. 204.

162. Citado por André Fontaine: *Histoire de la guerre froide*, t. I, p. 280.

163. *Correspondencia Stalin-Churchill-Roosevelt*, p. 217-218. En Bélgica, la Resistencia también había sido duramente reprimida en el invierno de 1944-1945.

164. Véase K.S. Karol: *Visa pour la Pologne*, Gallimard, París, 1958, p. 97-98.

165. Figura en el punto III del protocolo. Este plan fue abandonado posteriormente.

166. Véase André Fontaine: *Histoire de la guerre froide*, t. I, p. 285-286.

167. Citado en el libro de Robert Murphy: *Diplomate parmi les guerriers*, París, Robert Laffont, 1965, p. 232.

168. Véase p. 375-376. En su mensaje del 12 de mayo a Truman, Churchill opina que "los rusos podrían avanzar, si quisieran hasta las costas del mar del Norte y del Atlántico". (Citado por A. Fontaine, en *Histoire de la guerre froide*, t. II, p. 285.)

169. *Le Monde*, 11 de agosto de 1945.

170. Declaración de Stalin a un corresponsal de *Pravda*. Tomamos el texto de la versión española publicada en *Nuestra Bandera*, revista del PCE, número 5 de 1946.

171. *Les interviews du maréchal Staline (1945-1951)*, *La Documentation française*, 5 de mayo de 1951, p. 3, 4, 6, 7.

172. Dedijer: *Tito parle...*, p. 334 y Djilas: *Conversations avec Staline*, Gallimard, París, 1962, p. 200.

173. Mao Tse-tung: (*Œuvres choisies*, edición de Pekín, t. IV, 1962, p. 87-88.

174. *Les interviews du maréchal Staline (1945-1951)*, p. 4.

175. Con motivo de la rebelión de mayo en Francia, la cuestión fue suscitada de nuevo. *L'Humanité* tuvo que responder, bajo la firma de Marcel Veyrier, a la carta de un comunista, en la cual se sostenía la tesis de la posibilidad de revolución en 1944-1945. El partido habría retrocedido por oposición de Stalin y el miedo a la eventualidad de una intervención americana. (Véase *L'Humanité* del 24 de enero de 1968.) Sartre evocó el problema en su interviú a *Der Spiegel*, publicada por las Ediciones Didier (París, 1968), bajo el título *Les communistes ont peur de la révolution*. En su opinión, el partido retrocedió en 1944-1945 simplemente porque "su objetivo no era hacer la revolución". (p. 14.)

En Italia, el problema fue abordado también, aunque demasiado marginalmente, en el debate sobre la política de frente popular y nacional que tuvo lugar en las páginas de *Critica marxista*, en el curso de 1965. Un hombre nada extremista, como Lelio Basso, admitiendo que los acuerdos de Yalta hacían difícil la salida socialista, plantea: "Pero entre el socialismo y la "restauración" post-1945 había una gama infinita de soluciones, entre las cuales me obstino en creer que el movimiento obrero habría podido avanzar bastante profundamente si no hubiese aceptado, durante y después de la Resistencia, en aras de la unidad antifascista, una serie de compromisos que facilitaron la restauración." (*Critica marxista*, julio-agosto de 1965, p. 17.)

176. El documento del PCF que aborda más a fondo esta cuestión es el adoptado por el Buró Político el 3 de octubre de 1952, sobre los casos de André Marty y Charles Tillon (texto en *Cahiers du Communisme*, n.º 10, 1952). El conflicto con estos dos dirigentes del partido tenía como fondo divergencias a propósito de la política seguida durante la Resistencia y en el periodo que sigue a la Liberación. En esencia, Marty y Tillon -este último había tenido puestos de máxima responsabilidad en la organización militar de la Resistencia- consideraban que el partido había realizado una política oportunista y desaprovechado la ocasión. La dirección del PCF ahogó esta discusión, por los métodos habituales, recurriendo a innobles calumnias contra Marty, que fue expulsado del partido. Tillon permaneció en él, quedando anulado. En el documento mencionado se dice: "Charles Tillon ha declarado recientemente, en un mitin en Drancy, que era ridículo acusarnos de querer tomar el poder el 28 de mayo último cuando hubiéramos podido tomarlo en 1944, pero no lo tomamos para ser fieles a nuestros compromisos. Charles Tillon deja entender así que el partido hubiera adquirido no se sabe qué compromisos a espaldas de la clase obrera y del pueblo, en lugar de explicar la realidad, es decir, que en 1944 no se daban las condiciones para que la clase obrera pudiera tomar el poder." Y el Buró Político da la siguiente explicación: "En agosto de 1944 la guerra no estaba aún terminada. Una inversión de las alianzas, que realizase el frente de las potencias capitalistas contra la Unión Soviética era posible. Si se les hubiera dado un pretexto, los americanos, venidos a Francia como combatientes de la onceava hora, por el temor de ver el ejército soviético avanzar demasiado en dirección del oeste, no hubieran dudado en aliarse con Hitler en Europa y con el Japón en Asia para levantar todas las fuerzas del capitalismo internacional contra el país del socialismo. En Francia misma, pese a los progresos considerables de su influencia, el partido hubiera sido aislado rápidamente si se hubiera lanzado en otra vía que no fuera la continuación de la guerra contra Hitler y ello no hubiera podido llevar más que a un sangriento fracaso. Se le hubiera proporcionado el pretexto a de Gaulle para recurrir a los ejércitos angloamericanos con el fin de aplastar a la clase obrera, entenderse con Petain y proseguir la siniestra faena de la Gestapo. La sabia y clarividente política del partido no ha permitido eso. Los comunistas son revolucionarios, no aventureros." Y más lejos se escribe: "La actitud hacia la Unión Soviética es la piedra de toque de los partidos comunistas, tanto en el plano del internacionalismo proletario, como en el plano de la política consecuente de independencia nacional."

La respuesta a esta argumentación la damos a lo largo de nuestro análisis y no vamos a volver aquí sobre ello. Señalemos únicamente los trucos polémicos de que se vale el Buró Político:

a) Plantea la cuestión como si se tratara de tomar el poder en agosto de 1944. Pero nadie se hubiera enfadado si lo toma en abril de 1945, cuando ya no había peligro ninguno de inversión de alianzas y el intento podía coincidir con la gran insurrección del norte de Italia. A partir de agosto de 1944 lo que sí podía haber hecho el partido era tomar una vía de profundización y desarrollo del formidable

movimiento de masas nacido de la Liberación: preparar las condiciones para la toma del poder en la coyuntura propicia.

b) Plantea la cuestión como si el dilema fuera o tomar el poder o continuar la guerra contra Alemania. Pero en el supuesto de que la toma del poder hubiera sido posible, ¿ por qué iba a significar cesar la guerra contra Alemania y no su transformación en una guerra popular, revolucionaria, en defensa del nuevo poder y por la derrota final del hitlerismo? Y sobre todo: ¿ es que no había otra vía de continuar la guerra contra Alemania que la que emprendió la dirección del partido, sometiéndose al mando de de Gaulle y de los americanos, liquidando las fuerzas armadas de la Resistencia, reduciendo los Comités de Liberación a órganos decorativos, etc.?

c) Plantea la cuestión de la inversión de las alianzas como si la alianza de Roosevelt con Hitler, y con el Mikado, fuera una operación simple y fácil en la situación de 1944-1945, lo mismo que la alianza de de Gaulle y Petain. Sólo ve el peligro del aislamiento del partido, no el peligro del aislamiento de los americanos y de de Gaulle.

Pero la clave de la posición adoptada la revela, sin querer, el propio documento: "La actitud hacia la Unión Soviética es la piedra de toque de los partidos comunistas [...]" Y no la "Unión Soviética", pero sí Stalin, prohibía a Thorez plantearse siquiera la exploración de las posibilidades revolucionarias abiertas por la Liberación...

177. Véase la nota 52 de este mismo capítulo.

178. Citado por el historiador americano Joseph R. Starobin, en el ensayo "Origins of the cold war: the communist dimension", publicado en la revista *Foreign Affairs*, julio de 1969, p. 685.

179. Véase *L'Internationale Communiste après Lénine* de Trotski, PUF, París, 1969, p. 94.

180. Véase Stalin, capítulo XII. En su último ensayo, La revolución inconclusa, Deutscher hace la siguiente apreciación sintética: "Una guerra civil internacional, con tremendas potencialidades sociales revolucionarias, se desarrolló dentro de la guerra mundial. Sin embargo, el estalinismo continuó aferrándose a la seguridad convencional, a la *raison d'Etat* y al sagrado egoísmo nacional. Libró la guerra como una "Guerra Patria", otro 1812, y no como una guerra civil europea. No enfrentó al nazismo la idea del socialismo y la revolución internacional. Stalin no creía que esa idea pudiera impulsar a sus ejércitos a la lucha, ni que pudiera contagiar y desintegrar a los ejércitos del enemigo, como lo había hecho durante las guerras de intervención. Es más, instó a los diversos movimientos de resistencia dirigidos por los comunistas en Europa a que lucharan únicamente por la liberación nacional, no por el socialismo." (*Op. cit.*, versión española, ERA, 1967, p. 85.)

181. Deutscher: *Stalin*, p. 438-439.

182. N. Pavlenko, V. Kniajinski: *Las relaciones internacionales después de la segunda guerra mundial*. Instituto de Economía Mundial y de Relaciones Internacionales de la Academia de Ciencias de la URSS, 1962 (en ruso). El párrafo citado pertenece al capítulo XIII, publicado en *Recherches Internationales*, n.º 44- 45, 1964, p. 56.

Capítulo 2

1. H. Ripka: *Le coup de Prague*, París, Plon, 1949, p. 33 y s. En las elecciones de mayo de 1946, que fueron consideradas por todos los partidos políticos del país y por los gobiernos occidentales como plenamente libres y regulares, el PC obtuvo en el conjunto de Checoslovaquia el 38 % de los votos. En Bohemia-Moravia más del 40 %. De 300 diputados, 115 eran comunistas, 55 socialistas-nacionales (Benés), 47 del partido populista y 36 socialdemócratas. El resto pertenecía a diversos grupos. En julio de 1946 se formó un nuevo gobierno presidido por Gottwald.

La representación parlamentaria no daba más que una idea parcial e indirecta de la relación de fuerzas. En el curso de la liberación se habían creado nuevos órganos de dirección del Estado en escala local, distrital y regional, llamados Comités Nacionales, con representación de los diversos partidos políticos, pero también de los sindicatos y otras organizaciones, que fueron legalizados por

el gobierno Benes, incluso antes de instalarse en Praga. En 1946-1947, los tres presidentes regionales de los Comités nacionales eran comunistas. De 163 Comités nacionales de distrito, 128 tenían presidentes comunistas, lo mismo que 6 350 Comités nacionales locales, de un total de 11512. Si a esto se añade que el partido controlaba el Ministerio del Interior, las milicias obreras, la mayor parte del ejército, y desde luego sus altos mandos; que dirigía los sindicatos y otras organizaciones de masas, etc., se comprende que la opinión de Ripka corresponde bastante a la realidad. (Los datos referentes a las elecciones y a los Comités nacionales están tomados del informe Slanski, secretario general del partido comunista de Checoslovaquia, a la reunión fundacional del Kominform, en septiembre de 1947.)

2. Citado por F. Fejto en su *Histoire des démocraties populaires*, Seuil, 2a edición, 1969, p. 107. Fejto lo toma de un estudio de Rakosi, correspondiente al año 1952, publicado en la revista teórica del partido húngaro.

3. *Ibid.*, p. 108.

4. *Ibid.*, p. 107. Según Fejto, "las autoridades soviéticas se mostraron, desde el punto de vista político, tanto más tolerantes y liberales en Hungría, como duras en el aspecto económico. Todo sucedía como si entonces considerasen a Hungría situada más allá de su zona de seguridad, y quisieran probar su voluntad de respetar las disposiciones de Yalta, cosa que no podían hacer en Rumania y Bulgaria". (*Ibid.*, p. 106.) Las cosas cambiaron rápidamente después de las elecciones mencionadas, y a medida que fueron deteriorándose las relaciones entre el gobierno soviético y los Estados Unidos. En diciembre de 1946 se acusó a los dirigentes del partido de los pequeños propietarios de conspiración contra el régimen. Como el grupo parlamentario de este partido, que contaba con el 57 % de los electores, se negó a levantar la inmunidad parlamentaria de su secretario general, Bela Kovaks, las autoridades militares soviéticas intervinieron directamente, procediendo a su detención en febrero de 1947, bajo la acusación de "complot contra la seguridad del Ejército rojo". (Véase *Op. cit.*, p. 194.)

5. Stalin *Conversación con el presidente de la "Scripps-Howard Newspapers", Mr. Roy Howard*, Partisdat, Moscú, 1937, p. 10 (en ruso).

6. F. Fejto: *Op. cit.*, p. 127.

7. Según ciertas estimaciones, citadas por F. Fejto, hacia septiembre de 1946, Rumania había pagado a la Unión Soviética, a título de reparaciones, mil millones de dólares y le quedaban por pagar 950 millones. En Hungría, el 65 % de la producción total del país estaba destinada en 1946 a los pagos por reparaciones. Véanse más detalles sobre este problema, y sobre la constitución de las sociedades mixtas, en las páginas 136-137, 154-157, de la *Histoire des démocraties populaires*. Un estudio más detallado y especializado se encuentra en la obra de Jan Marzewski: *Planification et croissance économique des démocraties populaires*, PUF, París, 1956, t. I, p. 218-232.

8. A propósito del conflicto checopolaco por Teschen, véase la obra citada de Fejto, p. 114; sobre las cuestiones de las minorías húngaras en Eslovaquia, de Transilvania, etc., en la misma obra, p. 116-117, 127-128.

9. Tito era un cuadro poco conocido al iniciarse la guerra. El hecho de que dirigiera el partido y la lucha de liberación sobre el terreno, sin más contacto con Moscú que la ligazón por radio, explica bastante, sin duda, su comportamiento. Al que le predisponía, por otra parte, sus experiencias anteriores, los conflictos vividos en el seno de la IC, su conocimiento de la realidad soviética, etc. A este respecto es muy esclarecedora, independientemente de los aspectos de "culto" que por desgracia tiene, la biografía de Tito escrita por Vladimir Dedijer.

10. "Nuestra tarea inmediata – declaró Dimítrov al asumir, la jefatura del gobierno en 1946 – no es la realización del socialismo, ni la introducción de un sistema soviético, sino la consolidación del régimen democrático y parlamentario." (Citado por Fejto, p. 126.)

11. Citado por Chervenkov, dirigente del PC búlgaro, en su ‘informe ante la reunión fundacional del Kominform. Incluido en la recopilación de los documentos de esta reunión publicada en Moscú, en las Ediciones en lenguas extranjeras, 1948. Versión española, p. 185.
 12. Dimítrov: Informe ante el V Congreso del partido, 19 de diciembre de 1948, publicado bajo el título *La Bulgaria de hoy* por las Ediciones Nuestro Pueblo, del PC de España. Véase la p. 52.
 13. Thorez: *Œuvres*, t. 23, p. 133.
 14. F. Fejto: *Op. cit.*, p. 180.
 15. *Ibid.*, p. 179.
 16. Véase el capítulo IV de la obra citada de Fejto (t. I).
 17. Nos basamos en el texto oficial del informe de Zdanov, publicado junto con la Declaración de los nueve partidos y los informes de sus representantes por las Ediciones en lenguas extranjeras de Moscú, el año 1948. La recopilación lleva el título ‘‘Conferencia de Información de los representantes de algunos partidos comunistas, celebrada en Polonia a fines de septiembre de 1947’’. Todas las citas y referencias que siguen están tomadas de ese texto. Los subrayados son nuestros.
 18. Utilizamos la referencia del discurso de Vichinski publicada en *Mundo Obrero*, órgano del PC de España, editado en Francia, número del 25 de septiembre de 1946. El subrayado es nuestro.
 19. De la declaración de Mólotov del 9 de mayo de 1948. Tomamos el párrafo del texto publicado en *Mundo Obrero* del 13 de mayo.
 20. Véase p. 392.
 21. El 13 de mayo de 1948, la prensa soviética publicó una carta abierta de H. Wallace a Stalin en la que se enumeraban las cuestiones sobre las que considera indispensable llegar a un acuerdo. Stalin responde con una declaración firmada el 17 de mayo, valorando altamente la carta de Wallace, a la que califica de ‘‘el documento más importante’’ de los últimos tiempos, entre los encaminados a ‘‘fortalecer la paz, normalizar la colaboración internacional y garantizar la democracia’’. Declara que el programa propuesta por Wallace puede servir de base a un acuerdo. Previamente a esta iniciativa de Wallace, el Departamento de Estado había hecho una exploración de las intenciones soviéticas, lo que dio lugar a un intercambio de notas entre el 4 de mayo y el 19 de mayo, en las que los gobiernos de Moscú y Wáshington se acusaban recíprocamente de ser responsables de la tensión internacional, y se ponía de relieve la importancia de las divergencias.
- La declaración de Stalin y las notas soviéticas reflejan el vivo deseo de Moscú de entablar negociaciones para llegar a un compromiso global.
- (Nos basamos en los textos publicados en los números de *Mundo Obrero* del 13, 20 y 27 de mayo de 1948.)
22. Véase la Historia del movimiento obrero internacional, de un equipo de historiadores soviéticos, a la que hemos hecho referencia en capítulos anteriores (nota 2, capítulo I, segunda parte), p. 421.
 23. Resolución del Comité confederal nacional de la CGT del 14 de noviembre de 1947.
 24. Véase *Le Populaire*, órgano de la SFIO, del 24 de diciembre de 1947.
 25. Véase J. Fauvet: *Histoire du Parti Communiste Français*, t. II, p. 212.
 26. En la *Histoire du Parti Communiste Français* avalada por la dirección del partido (Editions sociales, 1964), se reconoce implícitamente esa orientación del partido y sus efectos perjudiciales: ‘‘Una parte de los huelguistas desea el fin del movimiento. La huelga se transforma poco a poco en una huelga de minorías que *conduce a errores sectarios*. La operación de división tiene éxito. *La obstinación en proseguir el movimiento* conduce al aislamiento de los mineros pertenecientes a la

CGT, que reanudan el trabajo después de ocho semanas de lucha.” (p. 519.) (El subrayado es nuestro.)

27. Citado por J. Fauvet: *Op. cit.*, p. 212.

Capítulo 3

1. Véase Fejto: *Histoire des démocraties populaires*, t. I, p. 194.

2. *Ibid.*, p. 209. También, el artículo de Amber Bousoglou: ”Cómo Checoslovaquia pasó del régimen parlamentario a la democracia popular”, publicado en *Le Monde* de fecha 23 de febrero de 1968.

3. Discurso de Gottwald, pronunciado en la Asamblea Nacional Constituyente el 10 de marzo de 1948. Utilizamos la versión española publicada en *Nuestra Bandera*, número 25, 1948. La cita se encuentra en la página 247 de la revista. El subrayado es nuestro.

4. *XX Congrès du PC de l'Union Soviétique* (Colección de documentos editados por *Les Cahiers du Communisme*, París, 1956, p. 260).

5. Nos basamos en la versión española del artículo, publicada en la revista del PCE, *Nuestra Bandera*, número 19, 1947. Los párrafos que reproducimos se encuentran en las páginas 608 y 614.

6. *Informes y resoluciones del Buró de Información de los Partidos Comunistas y Obreros*, 2a quincena de noviembre de 1949, Edición del PCE, p. 41.

7. Véase Fejto: *Op. cit.*, p. 202-203.

8. *Le Figaro*, 12-2-1948. Groza era entonces el jefe del gobierno rumano.

9. Nos basamos, principalmente, en las cartas cruzadas entre Stalin y Tito, de marzo a mayo de 1948, difundidas posteriormente por los yugoslavos. Versión francesa, 1950, editada por el Livre yougoslave, con una introducción que aporta algunas precisiones sobre el proceso que condujo a la ruptura. Utilizamos también la biografía de Tito escrita por Dedijer, y la *Histoire des démocraties populaires* de Fejto, que resume lo esencial del problema.

10. Véase p. 351.

11. Djilas: *Conversations avec Staline*, p. 97-100.

12. En su carta del 27-3-1948, después de acusar a los yugoslavos -como veremos más adelante- de una serie de actos hostiles a los especialistas militares y civiles que se encontraban en Yugoslavia, Stalin escribe: ”A la luz de estos hechos la famosa declaración de Djilas, tan ofensiva para el Ejército rojo, hecha en el curso de una reunión del Comité Central del PCY – diciendo que los oficiales soviéticos, desde el punto de vista moral, son inferiores a los del ejército inglés – resulta perfectamente comprensible. Se sabe que esta declaración antisoviética de Djilas no ha encontrado oposición entre los miembros del Comité Central del PCY.”

13. Véase Fejto: *Histoire des démocraties populaires*, p. 85-86.

14. *Ibid.*, p. 165-170.

15. Véase Jan Marczewski: *Planification et croissance économique des démocraties populaires*, t. I, p. 227-229.

16. Nos basamos en la versión española del comunicado publicado al terminar la Conferencia, aparecido en *Mundo Obrero*, semanario del PCE, número del 7-8-1947.

17. Citado por Dedijer en *Tito parle...*, p. 326-327. El subrayado es nuestro.

18. La descripción de esta reunión sovieticoyugoslava se encuentra en *Tito parle...*, p. 328-337. Según los yugoslavos, Stalin exigía la creación urgente de la federación bulgaroyugoslava, a base del plan búlgaro, como un medio de romper la unidad recién realizada, sobre bases federales, de los

pueblos yugoslavos (*Ibid.*, p. 336). Stalin invitó a los yugoslavos a "tragarse" Albania. Al mismo tiempo los servicios secretos soviéticos incitaban a los albaneses contra los yugoslavos.

19. En la reunión con búlgaros y yugoslavos, el mismo Stalin reveló que a los dirigentes polacos les parecía excelente el proyecto Dimítrov-Tito. (Véase *Tito parle...*, p. 329.)

20. En 1951 se publicó el *Libro blanco* yugoslavo, con una serie de testimonios sobre las actividades de los servicios secretos soviéticos, de donde tomamos el párrafo citado.

21. En una cena organizada por Stalin con los dirigentes yugoslavos, Stalin caracterizó a Togliatti como un teórico, capaz de escribir un buen artículo, pero incapaz de conducir al pueblo. En Thorez veía un gran defecto: "Un perro que no muerde por lo menos enseña los dientes. Thorez no es capaz ni de eso." A Pasionaria la considera incapaz de dominarse y de dirigir al partido en condiciones difíciles. Después declaró: "Tito debe cuidarse para que no le suceda nada, porque yo no duraré mucho pero él quedará para Europa." Durante esta estancia de la delegación yugoslava en Moscú se produjo la defunción de Kalinin. El día del entierro, Tito y los demás yugoslavos, como todos los invitados extranjeros, fueron colocados a la izquierda del estrado principal ocupado por Stalin y los miembros del Buró Político soviético. De repente, en el momento de ir a comenzar la ceremonia, Stalin hizo llamar a Tito para que subiera al estrado donde se encontraba el Buró Político soviético. Fue el único entre las personalidades comunistas presentes que mereció tal honor. (Véase *Tito parle...*, p. 286-287, 289.)

22. Véase Fejto: *Histoire des démocraties populaires*, t. I, p. 225-226.

23. Al mismo tiempo que *Pravda* publicaba la nota oficiosa criticando la declaración de Dimítrov, Stalin convoca urgentemente a los dirigentes yugoslavos y búlgaros. Con esta reunión se inicia la fase aguda de la crisis soviético-yugoslava. El comportamiento de Stalin trasluce su inquietud por que las iniciativas de Tito y Dimítrov puedan encontrar eco en las otras democracias populares. Como ya hemos indicado (nota 18), la reseña de esta reunión se encuentra en *Tito parle...*, p. 328-337. El biógrafo de Tito se apoya en las informaciones de Kardelj y Djilas.

24. Todos estos datos, como los que siguen, están tomados de la correspondencia cruzada entre Stalin y Tito, publicada por los yugoslavos (véase nota 9 de este capítulo).

25. En esta reunión del Comité Central, Rankovitch informó sobre las actividades de los servicios secretos soviéticos. Gran parte de los agentes reclutados por éstos pertenecían a la emigración rusa instalada en Yugoslavia después de la revolución de Octubre, es decir, eran rusos blancos, al menos por sus antecedentes.

26. El 19 de abril Dimítrov pasó por Belgrado, en viaje a Praga, a la cabeza de una delegación búlgara. Djilas fue a saludarle a la estación y Dimítrov aprovechó un momento en que se encontraban a solas para decirle: ¡Manteneós firmes! Se convino que al regreso tendría una entrevista con los dirigentes yugoslavos. Pero entretanto llegó la respuesta del Partido Comunista búlgaro apoyando a los soviéticos. La entrevista con Dimítrov no tuvo lugar. (Véase *Tito parle...*, p. 363.)

27. En mayo de 1944, los alemanes montaron una operación de gran envergadura con objeto de apoderarse del cuartel general de Tito. El jefe yugoslavo estuvo a punto de caer en manos de un destacamento de paracaidistas, pero pudo escapar. La operación fracasó. El cuartel general del ejército guerrillero logró salvar sus archivos y estaciones emisoras. El ataque alemán no era producto de una situación de crisis del movimiento de liberación nacional y de su ejército sino todo lo contrario. Fue un intento desesperado del ocupante por modificar la situación. En un artículo de *Pravda*, con fecha 4 de junio, se decía: "El fracaso de la tentativa de captura del Estado Mayor del mariscal Tito no es un secreto para nadie. El ataque hitleriano fue desbaratado por la heroica resistencia del ejército yugoslavo [...] En Italia, Kesselring tiene necesidad de refuerzos [...] Los alemanes desearían liberar algunas de las divisiones empleadas en Yugoslavia, pero el mariscal Tito

ha impedido sus planes. El frente yugoslavo absorbe importantes fuerzas alemanas y hace imposible toda ayuda a Kesserling.”

28. Véase *Tito parle...*, p. 369.

29. *Resolución del Buró de Información de los Partidos Comunistas sobre la situación en el Partido Comunista de Yugoslavia* (versión española, publicada en *Nuestra Bandera*, número 28 de 1948).

La resolución consta de ocho puntos:

”1. El Buró de Información considera que la dirección del Partido Comunista de Yugoslavia sigue en estos últimos tiempos, en las cuestiones fundamentales de la política exterior e interior, una línea falsa que representa una desviación de la doctrina marxista-leninista. En consecuencia, el Buró de Información aprueba la acción del Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS, que ha tomado la iniciativa de desenmascarar la política errónea del Comité Central del Partido Comunista de Yugoslavia y, en primer lugar, a de los camaradas Tito, Kardelj, Djilas y Rankovitch.

”2. El Buró de Información comprueba que la dirección del Partido Comunista de Yugoslavia aplica una política de enemistad con respecto a la Unión Soviética y al Partido Comunista (bolchevique) de la URSS. Ha permitido que se desarrolle en Yugoslavia una política indigna de difamación contra los especialistas militares soviéticos y de descrédito del ejército soviético. En cuanto a los especialistas civiles soviéticos en Yugoslavia, se ha creado para ellos un régimen especial en virtud del cual han estado sometidos a la vigilancia de los órganos de seguridad del Estado de Yugoslavia y han sido seguidos por sus agentes. El representante del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS en el Buró de Información, camarada Yudin, y numerosos representantes oficiales de la URSS en Yugoslavia, han sido sometidos a la misma vigilancia por parte de los órganos de seguridad del Estado en Yugoslavia.

Todos estos hechos y otros semejantes atestiguan que los dirigentes del Partido Comunista de Yugoslavia han adoptado una posición indigna de comunistas; los dirigentes yugoslavos han comenzado a identificar la política exterior de la URSS con la de las potencias imperialistas, y se conducen respecto a la URSS como respecto a los Estados burgueses. En virtud de esta actitud antisoviética se ha difundido en el Comité Central del Partido Comunista de Yugoslavia una propaganda calumniosa sobre la ”degeneración” del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS, sobre la ”degeneración” de la URSS, etc., tomada del arsenal del trotsquismo contrarrevolucionario.

El Buró de Información condena esta orientación antisoviética de los dirigentes del Partido Comunista de Yugoslavia, incompatible con el marxismo-leninismo y propia solamente de nacionalistas.

”3. Los dirigentes del Partido Comunista de Yugoslavia, en su política interior, se apartan de las posiciones de la clase obrera y rompen con la teoría marxista de las clases y de la lucha de clases. Niegan el hecho del crecimiento de los elementos capitalistas en su país y la agudización de la lucha de clases en el campo yugoslavo, que de él se deriva. Esta negativa tiene su origen en la tesis oportunista según la cual, en el periodo de transición del capitalismo al socialismo, la lucha de clases no se agudiza, como enseña el marxismo-leninismo, sino que se extingue, como lo afirmaban los oportunistas del tipo Bujarin, que propagaban la teoría de la integración pacífica del capitalismo al socialismo [...]

”4. El Buró de Información considera que la dirección del Partido Comunista de Yugoslavia revisa la doctrina marxista-leninista sobre el partido. Según la teoría marxista-leninista, el partido es la fuerza dirigente y orientadora fundamental en el país, con programa propio y sin diluirse en la masa de los sin partido [...] Pero en Yugoslavia es el Frente Popular y no el Partido Comunista el que está considerado como la fuerza dirigente en el país. Los dirigentes yugoslavos rebajan el papel del Partido Comunista, lo diluyen, de hecho, en el Frente Popular sin partido [...] Los dirigentes del

Partido Comunista de Yugoslavia repiten los errores de los mencheviques rusos respecto a la dilución del partido marxista en la organización de las masas de los sin partido. Todo esto demuestra la existencia de tendencias liquidadoras respecto al Partido Comunista de Yugoslavia [...]

”5. El Buró de Información considera que el régimen burocrático creado por los dirigentes yugoslavos en el seno del partido es nefasto para la vida y el desarrollo del Partido Comunista de Yugoslavia. En el partido no existe ni democracia interior ni elegibilidad de los órganos dirigentes, ni crítica y autocritica [...] Es totalmente intolerable que en el Partido Comunista de Yugoslavia sean pisoteados los derechos más elementales de los miembros del partido, ya que la menor crítica de las normas erróneas en el partido provoca severas represalias [...] El Buró de Información considera que no puede tolerarse en un partido comunista un régimen tan vergonzoso, puramente turco y terrorista [...]

”6. [...] En lugar de aceptar honradamente la crítica y colocarse en el terreno de la corrección bolchevique de los errores cometidos, los dirigentes del Partido Comunista de Yugoslavia, poseídos de una ambición sin límites, de arrogancia y presunción, han acogido la crítica con animosidad, han manifestado hostilidad hacia ella y se han lanzado por una vía antipartido, negando completamente sus errores, violando las enseñanzas del marxismo-leninismo sobre la actitud del partido político respecto a sus errores y agravando así sus errores contra el partido. Los dirigentes yugoslavos, que se han mostrado faltos de argumentos ante la crítica del Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS y de los Comités Centrales de otros partidos hermanos, han tomado el camino de la mentira flagrante con respecto a su partido y su pueblo, ocultando al Partido Comunista de Yugoslavia la crítica de la política errónea del Comité Central del Partido Comunista de Yugoslavia, ocultando también al partido y al pueblo las causas reales de la represión infligida a los camaradas Juyovitch y Hebrang.

En los últimos tiempos, después de la crítica hecha por el Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS y de los partidos hermanos, de los errores cometidos por los dirigentes yugoslavos, éstos han intentado promulgar una serie de nuevas disposiciones izquierdistas. [Se refiere a disposiciones para liquidar el pequeño comercio e industria, liquidar a los kulaks, etc. FC.] [...] El Buró de Información considera que los decretos y las declaraciones izquierdistas de los dirigentes yugoslavos, por ser demagógicos e irrealizables en el momento actual, sólo pueden comprometer la causa de la construcción socialista en Yugoslavia. Por lo tanto el Buró de Información juzga dicha táctica aventurera como una maniobra indigna y como un juego político intolerable [...]

”7. [Condena la negativa del PCY a asistir a la reunión del Buró de Información. FC.]

”8. Teniendo en cuenta lo que precede, el Buró de Información se solidariza con la apreciación de la situación en el Partido Comunista yugoslavo y con la crítica de los errores cometidos por el Comité Central de ese partido, así como con el análisis político de esos errores, expuestos en las cartas del Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS, enviadas al Comité Central del Partido Comunista de Yugoslavia, desde marzo a mayo de 1948.

El Buró de Información llega a la conclusión unánime de que los dirigentes del Partido Comunista de Yugoslavia – por su orientación antisoviética y antipartido incompatible con el marxismo-leninismo, por toda su conducta y su negativa a participar en la reunión del Buró de Información – se han colocado en la oposición con respecto a los partidos comunistas adheridos al Buró de Información; se han lanzado por la vía de la separación del frente unido socialista contra el imperialismo, por la vía de la traición a la causa de la solidaridad internacional de los trabajadores, pasando a las posiciones del nacionalismo.

El Buró de Información condena esta política y la actitud antipartido del Comité Central del Partido Comunista de Yugoslavia. El Buró de Información comprueba que por todo lo expuesto el Comité Central del Partido Comunista de Yugoslavia se coloca y coloca al Partido Comunista de

Yugoslavia fuera de la familia de los partidos comunistas hermanos, fuera del frente comunista único y, por consiguiente, fuera de las filas del Buró de Información [...]

Los dirigentes yugoslavos por lo visto no comprenden, o quizá hacen como que no comprenden, que semejante posición nacionalista sólo puede conducir a la degeneración de Yugoslavia en una república burguesa ordinaria, a la pérdida de la independencia de Yugoslavia y a su transformación en colonia de los países imperialistas [...]

Incumbe a las fuerzas sanas del Partido Comunista de Yugoslavia la tarea de obligar a sus dirigentes a reconocer abierta y honradamente sus errores y a corregirlos, a romper con el nacionalismo, a volver al internacionalismo y a fortalecer por todos los medios el frente socialista único contra el imperialismo; o, si los dirigentes actuales del Partido Comunista de Yugoslavia se muestran incapaces de ello, cambiarlos y promover una nueva dirección internacionalista del Partido Comunista de Yugoslavia.”

30. Véase *Tito parle...*, p. 373. Los soviéticos no han desmentido nunca esta información, que alguno de los asistentes a la reunión proporcionó a los yugoslavos. Por lo demás, el giro que tomó posteriormente la campaña contra Tito constituye una confirmación indirecta.

31. Citado en *Tito parle...*, p. 375.

32. Citado por Fejto en *Histoire des démocraties populaires*, t. I, p. 232.

33. Discurso de Jrushev en Sofía, el 3 de junio de 1955, según el texto publicado en *Pravda* del 4-7-1955.

34. Utilizamos la versión española integral de la nota soviética, publicada en *Mundo Obrero* del 25 de agosto de 1949. Hemos reproducido, sin omitir detalle, la descripción que se hace en la nota del tratamiento sufrido por los "ciudadanos soviéticos" detenidos en Belgrado. Es de suponer que si de algo peca esa descripción es de recargar las tintas. Sólo queda – para medir el increíble cinismo de este documento del gobierno soviético – comparar ese tratamiento con los testimonios de Artur London, Solyenitsin, Guinsburg, etc., sobre los métodos de la policía de Beria.

35. Datos tomados de *The New York Star*, citados por Zisis Zografos en el artículo "Algunas enseñanzas de la guerra civil en Grecia", publicado en la *Revue Internationale* (la revista del Movimiento comunista editada en Praga), número 11, 1964.

36. J.M. Domenach publicó un artículo en la revista *Esprit* (número 2, 1950), donde relata sus conversaciones con guerrilleros griegos, refugiados en la parte yugoslava de Macedonia, entre el 15 y el 20 de agosto de 1949. Según las informaciones de estos guerrilleros, la eliminación de Markos, en octubre de 1948, se hizo sin contar con los combatientes. No fueron advertidos más que los jefes de grandes unidades. Sólo dos meses después (diciembre de 1948) se reunió una Conferencia del Partido Comunista griego. A los combatientes se les dijo más tarde que Markos estaba enfermo. Poco a poco circuló la noticia de que había sido eliminado por "oportunismo". La sustitución de Markos por Zachariades tuvo efectos desmoralizadores en el ejército popular. Se creó la impresión de que Zachariades tenía la misión de liquidar la guerra.

La lucha contra los "titistas" tomó grandes proporciones. Los griegos de origen macedónico que combatían en el ejército guerrillero (unos 18 000) fueron separados de todos los mandos importantes, sospechosos de simpatizar con la idea de una gran Macedonia reagrupada en torno a la República popular de Macedonia de la Federación yugoslava. Zachariades dio orden de cortar toda comunicación entre la zona del territorio griego ocupada por los guerrilleros y Yugoslavia. Un jefe de guardias frontera le afirmó a J.M. Domenach haber recibido en abril de 1949 un telegrama del Estado Mayor de Zachariades ordenando disparar sobre los que intentaran cruzar la frontera yugoslava. Zachariades habría ordenado el cierre de esta frontera desde la primavera de 1949.

Las conclusiones de J.M. Domenach se resumen en que los jefes soviéticos temían la formación en Grecia de un segundo titismo, además de considerar la guerra civil griega peligrosa e inoportuna. Por esas razones dieron órdenes a los jefes comunistas griegos prosoviéticos de rechazar toda ayuda

yugoslava y de liquidar la guerra civil. Así realizaban una doble operación: testimoniar buena voluntad a las cancillerías occidentales y denunciar ante los otros partidos comunistas y ante la opinión mundial la "infamia" de Tito.

37. Pierre Albouy: "La Grèce et la démocratie", *La Pensée*, número 29, 1950, p. 61.

38. En Yugoslavia se refugiaron unos 25 000 combatientes griegos. Una cantidad importante – no disponemos de cifras exactas – se refugió en Albania. Los sospechosos de titismo fueron internados en campos. Es de suponer que los yugoslavos tomarían sus medidas también con los partidarios del Kominform.

39. Más adelante volvemos sobre esta cuestión. Los datos existentes, que no descubren más que aspectos parciales, se encuentran fundamentalmente en *L'Aveu* de Artur London (Gallimard, 1968), *Procès à Prague* de Eugen Lobl (Stok, 1969), y algunas informaciones publicadas en la prensa checoslovaca durante su efímero periodo de libertad. Sobre el proceso de Rajk puede consultarse el libro de Savarius Vincent (Bela Szasz): *Volontaires pour l'échafaud* (Julliard, 1963).

La versión oficial del proceso de Rajk se encuentra en el *Livre bleu (Laszlo Rajk et ses complices devant le tribunal du peuple)*, Editeurs Réunis, París, 1959.

La del proceso de Kostov, en *Le procès de Traïtcho Kostov et de son groupe*, Sofía, 1949.

La del proceso de Slanski, en el libro *Procès des dirigeants du centre de conspiration contre l'Etat, dirigé par Rudolf Slanski*, Orbis, Praga, 1953.

40. Fejto: *Histoire des démocraties populaires*, t. I, p. 254.

41. De la versión española del acta de acusación publicada en *Mundo Obrero* del 8-12-49.

42. Véase Fejto: *Op. cit.*, p. 262.

43. Resolución del Comité Central del Partido Obrero Polaco. Versión española integral, publicada en *Mundo Obrero* del 9 de septiembre de 1948.

44. Utilizamos la versión integral española del informe publicada en el folleto editado por el Partido Comunista de España: *Informes y resoluciones del Buró de Información de los partidos comunistas y obreros*, segunda quincena de noviembre de 1949. Todas las citas que hacemos a continuación están tomadas de esta edición. Los subrayados son nuestros.

45. Damos cifras redondeadas. Nos basamos en los datos que da Fejto en su *Histoire des démocraties populaires*, y Lazitch en su libro sobre los partidos comunistas de Europa, citado en la primera parte de nuestro ensayo. Ambos historiadores utilizan fuentes oficiales de los partidos comunistas.

46. Fejto: *Op. cit.*, p. 246-247. *Literarni Listi* dio la cifra de 30000 presos en lo que respecta a Checoslovaquia (*Le Monde*, 31 de marzo de 1968).

47. Una versión global detallada de los procesos y depuraciones puede verse en el libro citado de Fejto, t. I, parte IV, capítulos III, IV, V, VI.

48. Kostas Papaioannu: *L'idéologie froide*, Jean-Jacques Pauvert, París, 1967, p. 141.

49. Artur London: *L'Aveu*, p. 304, 312.

50. *Ibid.*, p. 313.

51. *L'idéologie froide*, p. 140.

52. *Hay que dudar de todo*. Figura en las respuestas de Marx, el año 1865, a un cuestionario de preguntas preparado por sus hijas. Lo tomamos de *Recuerdos sobre Marx y Engels* (en ruso), Ediciones de literatura política, Moscú, 1956.

53. Como ya hemos dicho en la nota 39, pese a la confirmación y los datos contenidos en *L'Aveu* y otros testimonios, aspectos fundamentales de la intervención de los servicios secretos soviéticos y

de los dirigentes del PCUS, no son conocidos aún. London pudo comprobar, a través de los interrogatorios sufridos y de referencias que le comunicaron otras víctimas, que la instrucción estaba dirigida por funcionarios soviéticos. Cita, por ejemplo, las revelaciones que le hizo después de su rehabilitación, en 1956, Alois Samec, antiguo voluntario de las Brigadas Internacionales, que había colaborado durante un periodo con los "consejeros soviéticos": "Llegaron a Checoslovaquia en el otoño de 1949, después del proceso Rajk. Decían que entre nosotros debía existir también una conspiración contra el Estado. Que los enemigos, con el propósito de derrocar el régimen socialista, estaban infiltrados en todos los eslabones del partido y del aparato gubernamental. Cumpliendo las instrucciones que nos daban se procedía a la detención de las personas que "podían" realizar actividades contra el Estado por sus funciones y relaciones. Las pruebas sólo se buscaban después [...] Yo recibí orden del consejero soviético Borisov, de entregarle personalmente, al fin de cada interrogatorio, una copia del acta establecida con el acusado. Le hice notar que el secretario general del partido recibía ya una copia de cada acta. Me mandó a paseo sin contemplaciones, ordenándome no discutir sus instrucciones. Tuve contacto también con otros consejeros soviéticos, en particular Lijatchev y Smirnov. Coleccionaban informaciones comprometedoras sobre todo el mundo, en particular sobre gentes que ocupaban altas funciones, incluidos Slanski y Gottwald [...]" (p. 82-83). A veces los policías checos que llevaban directamente los interrogatorios cometían indiscreciones reveladoras de la personalidad que los dirigía. Por ejemplo: "Un hombre como Radek resistió tres meses. Después acabó por confesar todo. Tú resistes desde hace cuatro meses. ¿ Crees que este juego va a durar mucho?" London dedujo, con razón, que solamente un soviético había podido comunicarle al checo un dato como los meses de "interrogatorio" aguantados por Radek (p. 153). Véanse otras referencias sobre la misma cuestión en las páginas 44, 71-72, 120-121, 159, 227, 235-236, 256, 259, 261, 263, 267, 291, 295, 322, 329, 357, 274, 377, 444. Durante la "primavera" checoslovaca la prensa de Praga reveló que el mismo Mikoyan había intervenido directamente en determinadas fases del proceso Slanski.

En el caso de Polonia la intervención soviética tomó formas particularmente descaradas. Al mismo tiempo que Gomulka, el general Spichalski y otros dirigentes comunistas polacos eran excluidos del partido (noviembre de 1949), el gobierno polaco, acatando órdenes de Moscú, nombraba ministro de defensa de Polonia al mariscal *soviético* Rokosovski (de origen polaco, pero formado en Rusia, hablando polaco con fuerte acento ruso), el cual se rodeó de especialistas soviéticos e inició la depuración en el ejército polaco que culminó en el proceso de generales y oficiales de agosto de 1951. En vísperas de este proceso Mólotov se presentó en Varsovia, acompañado del mariscal Zhukov, y pronunció un discurso exigiendo la intensificación de la lucha contra "los nacionalistas de derecha y los titistas de toda especie". (Véase Fejto: Op, cit., t. I, p. 226.)

54. Véase el libro de Giulio Seniga, exfuncionario del Partido Comunista italiano, *Togliatti e Stalin*, Sugar, Milán. 1961. Da cuenta de una reunión secreta, celebrada en Moscú del 12 al 14 de julio de 1953, en la que el PCI estuvo representado por Pietro Secchia. Los soviéticos informaron que Beria había intentado ir demasiado lejos en la vía de las concesiones a Occidente, proponía el abandono de la construcción del socialismo en la República Democrática alemana y su transformación en Estado burgués. Y como prueba decisiva de su condición de agente de los servicios secretos imperialistas, informaron sobre la carta descubierta en el momento de arrestarle. Como se ve, las "pruebas" de la traición de Beria eran rutinariamente idénticas a las que Beria había utilizado para enviar al patíbulo o la cárcel a miles de comunistas de las democracias populares.

55. Ignacio Gallego: "La lucha contra el titismo es un deber revolucionario de los comunistas", *Nuestra Bandera*, número 4, 1950, p. 176. (*Las citas que hacemos en este punto de textos de unos u otros dirigentes comunistas españoles, franceses, chinos, etc., no quiere decir que se distinguieran particularmente en la campaña antititista. Las responsabilidades en esta cuestión son generales, y nuestra selección de textos está inspirada únicamente por su representatividad.*)

56. Liu Chao-tchi: "Internacionalismo y nacionalismo", *Por una paz duradera, por una democracia popular*, 1 de junio de 1949.

(*Por una paz duradera, por una democracia popular*, era la revista oficial – semanario – del Kominform. El inventor del titulito, al parecer, fue el mismo Stalin.)

57. Georges Cogniot: "Redoublons de vigilance dans la lutte contre la dique de Tito", *Cahiers du Communisme*, número 6, 1950, p. 47.

58. *Ibid.*, p. 48. El bulo de que los yugoslavos instalaban rampas de lanzamiento de V2 fue lanzado por la prensa burguesa italiana en 1948. Luego le hizo eco la prensa comunista europea.

59. *Ibid.*, p. 49.

60. *Ibid.*, p. 50.

61. *Cahiers du Communisme*, número 6, 1951, p. 657-659.

62. *VII Congresso del Partito Comunista italiano (Resoconto)*, Edizione di cultura sociale, 1954. Contiene cerca, de 50 intervenciones en el congreso.

63. *Cahiers du Communisme*, número 5, 1950, p. 29.

64. *Cahiers du Communisme*, número 6, 1951, p. 66.

65. *Nouvelle Critique*, número 25, 1951, p. 19.

66. *Mundo Obrero*, 8-12-1949. A Monzón, que dirigió la organización del partido en Francia y España durante la segunda guerra mundial, siendo detenido al final de la guerra por la policía franquista (estuvo varios años en prisión), Dolores Ibárruri le escribió después del XX Congreso una carta personal reconociendo que las acusaciones vertidas contra él eran falsas. Pero no fue rehabilitado públicamente. Sobre Comorera, secretario general del PSU de Cataluña, sus amigos han editado recientemente un folleto reivindicando su memoria (*Aportació a la historia política, social i nacional de la classe obrera de Catalunya*, Publicacions Treball Modern, París, 1969).

67. Documento del Buró Político del PCF del 3 de octubre de 1952, incluido en *Cahiers du Communisme*, número 10, 1952, p. 953.

André Marty escribió un libro en el que demostraba la falsedad de las acusaciones infamantes lanzadas sobre él por el Buró Político, y exponía sus posiciones políticas (*L’Affaire Marty*, Deux Rives, París, 1955).

68. *Histoire du Parti Communiste Français (Unir)*, t. III, p. 98, 99-100.

69. *Ibid.*, p. 63-64.

70. Véase David Cauter: *Le Communisme et les intellectuels français*, Gallimard, 1967. En las páginas 208-220 de esta obra se exponen las reacciones de los intelectuales comunistas franceses y de la izquierda intelectual no comunista, en el periodo del titismo y los procesos.

71. Dato citado por Cauter en la obra indicada, p. 219.

72. *Pravda*, 21-12-1949.

73. *Cahiers du Communisme*, mayo de 1950, p. 24.

74. *Les Lettres Françaises*, 24 de marzo de 1953.

75. En el comunicado del 13 de enero se citaban los nombres de nueve personalidades médicas. Entre ellas estaba Vinogradov, que había actuado como experto médico en el proceso de Bujarin, a propósito de los "asesinatos" de Gorki, Pechkov, Kuibichev y otros. Cinco confesaron actuar a cuenta del espionaje americano por intermediario de la organización judía Joint. Tres se declararon agentes del Intelligence Service. Días después fue condecorada la doctora Lidia Timachuk, por haber ayudado a descubrir los médicos-espías-asesinos. La prensa soviética la presentó como un héroe nacional. El comunicado del 4 de abril mencionaba trece nombres, de los cuales seis no figuraban en la lista del 13 de enero. No se sabe la suerte corrida por los dos nombres de ésta última

que, por consiguiente, no constaban en la lista del 4 de abril. Puede suponerse que perecieron en las torturas o eran agentes de Beria, como la doctora Timachuk.

Según diversos kremlinólogos que han estudiado este tenebroso asunto (Schapiro, H. Salisbury, W. Leonhard), en sus últimos meses Stalin preparaba una gran purga. La mujer de Mólotov fue detenida y deportada en ligazón con el asunto de los médicos. También dos hijos de Mikoyan. Todos los principales dirigentes se sentían amenazados y Stalin amenazado por todos. El episodio de los médicos habría sido un primer eslabón de esa lucha feroz en las altas esferas del "partido guía", a la que el fallecimiento de Stalin (cuyas circunstancias siguen siendo oscuras hoy día) dio un giro inesperado. Krishna Menon, personalidad gubernamental de la India que se entrevistó con Stalin poco antes de morir éste, contó que el dictador garrapateó unas figuras de lobos en una hoja de papel y le dijo a su visitante que el campesino ruso conocía bien a los lobos, sus viejos enemigos, y sabía bien como abatirlos, pero los lobos también lo sabían. (Véase *Le parti bolchevique* de Pierre Broué, p. 460-462, donde se resume lo conocido sobre esta cuestión.)

76. Mayer Azew fue un agente provocador de la policía zarista que logró convertirse durante cuatro años (1904-1907) en jefe de los terroristas rusos. La policía impedía en el último momento la mayor parte de los atentados, y dejaba realizar algunos para justificar ante la opinión pública la represión contra los revolucionarios. En enero de 1953, un escritor comunista francés recurrió en *La Pensée* (número 46, 1953) a este precedente histórico, entre otros, para argumentar que no había nada sorprendente en los procesos de las democracias populares.

77. *Cahiers du Communisme*, número 8-9, 1953, p. 925.

Capítulo 4

1. Mao Tse-tung: *Œuvres choisies*, edición china, t. IV, p. 161-162.

2. La "nueva democracia", que el programa del PCC definía como etapa intermedia entre el régimen del Kuomintang y la construcción socialista, no puede considerarse como una etapa de desarrollo capitalista, aunque dentro de ella existiera un sector privado capitalista (burguesía nacional). Como se diría en el informe del Comité Central al VIII Congreso del PCC septiembre de 1956), "la fundación de la República popular de China marcó el fin, en lo esencial, de la etapa democrática-burguesa de la revolución, y el comienzo de la revolución socialista proletaria; marcó el comienzo del periodo de transición de nuestra sociedad del capitalismo al socialismo". (VIII Congrès National du Parti Communiste Chinois, Recueil de documents, Pekín, 1956., p. 17.)

3. La declaración de guerra al Japón y la ofensiva contra su ejército de Manchuria, inmediatamente después de que los Estados Unidos lanzasen sus primeras bombas atómicas, influyó, sin duda, en la misma dirección. Pero la influencia en la revolución china de las victorias soviéticas en la segunda guerra mundial fue contradictoria, como iremos viendo. Mientras que, por un lado, constituían un freno a la intervención del imperialismo americano, por otro lado Stalin – apoyándose en la fuerza y el prestigio que le proporcionaba esas victorias – intentó forzar la política del PCC en un sentido de capitulación ante el Kuomintang, a fin de facilitar el arreglo de largo alcance que buscaba con los Estados Unidos.

4. Según Guillermaz (*Histoire du PCC*, t. I, p. 297), los soviéticos enviaron unos 300 oficiales y técnicos, con el general Cherbachev a la cabeza, incluyendo pilotos que utilizaban aparatos soviéticos (EL 5 y EL 6).

5. Citado por André Fontaine: *Histoire de la guerre froide*, t. I, p. 433.

6. Wang Ming había sido, de hecho, el dirigente máximo en el periodo precedente a la ascensión de Mao a la jefatura del partido. Era hombre de confianza de la Komintern. Después de su destitución regresó a Moscú y de allí volvió a Yenan a comienzos de 1938. Junto con otros cuadros del partido se enfrentó con la política de Mao, propugnando que se hicieran mayores concesiones al Kuomintang, que las unidades militares del partido se integraran completamente en el ejército del Kuomintang y acataran la disciplina de éste, etc. Consideraba que sólo el Kuomintang podía ser el

dirigente de la guerra de resistencia contra el Japón. En una palabra, sus posiciones políticas, que reflejaban el punto de vista de Moscú, se asemejaban a las que los partidos comunistas europeos, con la excepción de los yugoslavos, aplicaron durante la resistencia antihitleriana: "Unión nacional" bajo la hegemonía de la burguesía antifascista. (Véase Ju Chiao-mu: *Treinta años del Partido Comunista de China*, Pekín, 1957, p. 72-73, y Guillermaz, *Histoire du PCC*, t. I, p. 358-359.) En el fuego de la actual polémica chinosoviética, el *Kommunist*, revista central del PCUS, ha confirmado que Wang Ming y otros fueron atacados en aquel periodo por defender los puntos de vista de la Komintern y del partido soviético. (Véase el número de junio de 1968: "Acerca de algunos problemas de la historia del PCC".)

7. "En el curso de estos años – explicó Mao, refiriéndose a ese periodo, en su informe ante el VII Congreso del PCC – no hubo, de hecho, operaciones militares serias sobre el frente del Kuomintang. Las operaciones militares de los invasores japoneses *fueron dirigidas esencialmente contra las regiones liberadas.*" (Tomo IV de las *Obras escogidas*, edición francesa, p. 309. El subrayado es nuestro.)

8. En todos los documentos conocidos del PCC no hay la menor referencia a ayuda militar soviética en ese periodo – como tampoco en el periodo ulterior de la guerra contra el Japón –. Lo mismo sucede con los materiales soviéticos. Es indudable que de haber existido dicha ayuda los soviéticos no hubieran dejado de sacarla a relucir en el curso de la actual polémica, por ejemplo, en el artículo del *Kommunist* citado en la nota 6.

9. *Kommunist*, junio de 1968, p. 93-108.

10. Esta apreciación de Guillermaz (*Histoire du PCC*, t. I, p. 323), respaldada por una meticulosa documentación, coincide con las versiones oficiales del PCC.

11. *Obras escogidas*, edición china (en francés), t. II, p. 423. La organización militar puesta en pie por el PCC en el curso de la guerra contra el Japón constituía un sistema muy complejo y diversificado, que englobaba el 8º Ejército y el Nuevo 4º Ejército, organizados sobre la base de divisiones, regimientos, compañías (que gozaban de gran autonomía operatoria) no adscritos a un territorio determinado; unidades territoriales que operaban exclusivamente dentro de un espacio delimitado, en el interior de las provincias ocupadas por los japoneses; milicias populares, forma masiva de organización armada, de carácter local, con armamento muy rudimentario, por lo general, etc. Hacia el VII Congreso (primavera de 1945), el ejército popular, propiamente dicho, contaba con 910 000 hombres, y las milicias populares, más de 2 200 000. En este momento, las regiones liberadas incluían una población de 95 millones de habitantes. La región fronteriza de Chensí-Kansú-Ningsia, donde estaba instalado el cuartel general de Mao (Yenan), situada fuera del territorio ocupado por los japoneses, no constituía más que una pequeña fracción de esas zonas liberadas. El grueso se encontraba en las provincias teóricamente sometidas al invasor, y en las que estaban bajo el régimen del Kuomintang.

12. Véase *Treinta años del PCC*, p. 68-69.

13. Complementado lo dicho en la nota 8, conviene señalar que Mao ha insistido repetidas veces, en sus discursos y escritos, sobre la falta total de ayuda exterior. Véase, por ejemplo, el tomo IV de sus *Obras escogidas* (edición francesa), p. 310 y 314, y en particular su discurso en una reunión de cuadros del partido, celebrada en Yenan el 13 de agosto de 1945. "En el curso de los ocho últimos años – dice en este discurso – el pueblo y el ejército de nuestras regiones liberadas, sin ayuda exterior alguna, contando únicamente con sus propias fuerzas, han liberado vastos territorios del país, han contenido y atacado la mayor parte de las fuerzas invasoras japonesas, así como la casi totalidad de las tropas fantoches." (El subrayado es nuestro. Por "fuerzas fantoches" se designa a las de los colaboracionistas chinos.)

14. Véase el Libro Blanco americano: *United States Relations with China*, p. 73.

15. Citado por André Fontaine en *Histoire de la guerre froide*, t. I, p. 439. (Hopkins fue el principal consejero de Roosevelt en los asuntos internacionales.)

16. Citado en el libro de Herbert Feis: *The Chine Tangle*, Princeton University Press, Princeton, 1953, p. 140.

17. Véase André Fontaine: *Histoire de la guerre froide*, t. I, p. 440.

18. El 10 de agosto de 1945 Chu Teh, comandante en jefe del ejército popular, invitó a las tropas japonesas y a los ejércitos chinos de los regímenes projaponeses a deponer sus armas. La casi totalidad de las fuerzas japonesas ignoró este llamamiento y obedeció a las órdenes del "Mando Supremo Aliado" (SCAP) – es decir, del Alto Mando combinado angloamericano – que les prescribió no efectuar su rendición más que ante las tropas gubernamentales (de Chiang Kai-chek), y las hacía responsables de mantener el orden en el interregno. Como consecuencia de ello, la mayor parte del material de guerra japonés irá a parar a las tropas de Chiang Kai-chek, añadiéndose al enviado por los americanos para equipar treinta y nueve divisiones modernas. Jamás – dice Guillermaz, del que tomamos estos datos (*Histoire du PCC*, t. I, p. 370) – ningún gobierno chino dispuso de armas más modernas, potentes y numerosas. Una estimación aproximada fija en 200 las divisiones con que contaba Chiang Kai-chek a finales de 1945. Y un cuerpo aéreo con 500 aparatos. Los comunistas no contaron con aviación operacional durante toda la guerra civil.

El equipo industrial que los soviéticos se llevaron de Manchuria fue valorado – dice Guillermaz (*Ibid.*, p. 371) – en 2 000 millones de dólares (precio de reemplazamiento), o 858 millones de dólares (valor absoluto). Este gesto – agrega el historiador francés – permite pensar que los rusos proyectaban imponer su cooperación económica a los futuros ocupantes de esta región, tan importante para la economía siberiana."

En relación con las ciudades que los soviéticos podían haber entregado al ejército popular o facilitado a éste su ocupación, Guillermaz hace la siguiente consideración: "La posesión de las grandes ciudades de estas regiones (China del norte y Manchuria): Pekín, Tientsín, Tsinán, Tsingtáo, Taiyuán, Kagán, por no hablar más que de la China del norte, les habría dado evidentemente [a los comunistas] importantes bazas frente al gobierno, y hubiera tenido gran repercusión mundial." (*Ibid.*, p. 368.) Pero el tratado chinosoviético "reconocía explícitamente, en un intercambio de notas anexas, la soberanía del gobierno de Nankín sobre Manchuria" (*Ibid.*, p. 371). "Los rusos – agrega (p. 372) – habían proyectado retirar sus tropas de Manchuria en octubre y noviembre [de 1945], por etapas, dejando el campo libre a los comunistas chinos. A la demanda del gobierno central [Chiang Kai-chek], cuyos preparativos de reocupación total aún no estaban terminados, consintieron en retrasar su partida hasta abril de 1946." Es decir, el ejército soviético protegió las ciudades manchurianas frente al peligro de que cayeran en manos de los comunistas chinos, hasta el momento en que llegaron las tropas de Chiang Kai-chek transportadas por la flota y los aviones americanos.

19. Citado por Dedijer en *Tito parle...*, p. 334. En esta reunión con los dirigentes comunistas yugoslavos y búlgaros, Stalin quería obligar a los primeros a suspender su ayuda a la insurrección griega, argumentando que estaba condenado a la derrota. "Yo no tengo inconveniente en reconocer mi error en el caso de China, y por tanto vosotros no debéis tener inconveniente en reconocer vuestro error en el caso de Grecia", venía a decir Stalin.

No puede descartarse, por otro lado, que Stalin tuviera interés en que trascendiese, llegando a oídos de los americanos, que no tenía responsabilidad alguna en la política de los comunistas chinos.

20. Véase el tomo IV, p. 51 y 69 de la edición china (en francés) de las Obras escogidas de Mao.

21. Tomamos la referencia de *Mundo Obrero* de enero de 1946, que a su vez reproduce la versión de la prensa soviética. La misión Marshall en China debe verse, evidentemente, en el marco de este objetivo común de los "tres grandes". La política soviética y la americana en relación con China perseguían, desde luego, objetivos diferentes dentro de esa coincidencia en la solución "unión

nacional”. Se trataba de desarrollar la lucha de influencias en el marco de esta solución y prevenir las complicaciones internacionales que podía entrañar la guerra civil.

22. Citado por André Fontaine: *Histoire de la guerre froide*, t. I, p. 447-448.

23. Mao Tse-tung: *Œuvres choisies*, edición francesa, t. IV, p. 318. (El general Scobie mandaba el cuerpo expedicionario inglés contra la Resistencia griega en 1944.)

24. *Ibid.*, p. 344.

25. *Ibid.*, p. 278-279.

26. Mao Tse-tung: *Œuvres choisies*, edición china en francés, t. IV, p. 53-54. La política del PCC en el periodo que precede inmediatamente a la capitulación japonesa está expuesta en el informe de Mao al VII Congreso del partido. La línea de frente nacional único antijaponés se concreta en el objetivo de formar un gobierno de coalición que agrupe todas las fuerzas y corrientes políticas susceptibles de apoyar el programa de "nueva democracia" elaborado por el partido, en el que las medidas de contenido democrático burgués (reforma agraria sobre la base del principio "la tierra a quien la trabaja", etc.) se conjugaban con otras que contenían "elementos de socialismo" -según la expresión de Mao-: creación en la economía de un sector de Estado (a base, fundamentalmente de la nacionalización del capital extranjero y el de la burguesía "compradora") y de un sector cooperativo. El carácter socialista de estas medidas derivaba de que el Estado se encontraría bajo la "hegemonía del proletariado". Lo que en la práctica quería decir, bajo la dirección del PCC. Naturalmente, tal gobierno de coalición y tal programa eran totalmente incompatibles con el Kuomintang, aunque dentro de éste pudiera haber elementos progresistas susceptibles de apoyarlo.

En el curso de las negociaciones iniciadas después de la capitulación del Japón, Mao hizo una serie de concesiones, la más importante de las cuales era la formación de un gobierno de coalición en el que aunque teniendo el PCC una fuerte representación estaría en minoría frente al Kuomintang. Pero esta concesión era más aparente que real porque Mao no cedió un ápice en lo referente al control del partido sobre sus fuerzas armadas y a la integridad del poder revolucionario en las regiones liberadas. Lo que la dirección del Kuomintang no podía, naturalmente, aceptar. De ahí que la ruptura fuera inevitable.

27. Véanse p. 393 y nota 173 del capítulo 2 de la segunda parte de este libro. En el curso de la revolución cultural se han hecho una serie de alusiones a las posiciones capituladoras de algunos dirigentes del partido en ese periodo, pero silenciando la intervención de Stalin en el asunto.

28. Véase nota 171 del capítulo 1 de esta segunda parte. El subrayado es nuestro.

29. Mao Tse-tung: *Œuvres choisies*, edición francesa, t. IV, p. 58. El 4 de mayo de 1919 tuvo lugar en Pekín una manifestación de estudiantes para protestar contra la decisión de la Conferencia de la Paz reunida en París, por la cual se transferían al Japón los derechos de Alemania sobre la provincia china de Chandung. Este acontecimiento dio nombre a un movimiento político intelectual dirigido contra el viejo régimen y las viejas ideas, que venía desarrollándose desde años antes y adquirió un carácter más radical y masivo después de ese acontecimiento.

30. Véase la versión del informe de Liu Chao-chi incluida en *Le marxisme et l'Asie*, de H.C. d'Encausse y S. Schram, p. 361-365. Las citas que siguen están tomadas del mismo texto.

31. De un artículo de E. Zhukov, "Algunos problemas de la lucha nacional y colonial después de la segunda guerra mundial", publicado en la revista soviética *Cuestiones de economía*, n.º 9, 1949. Tomamos la cita del texto reproducido en *Le marxisme et l'Asie*, p. 371-375.

32. G.V. Astafiev: "De colonia a democracia popular", incluido en una recopilación de trabajos sobre "La lucha de liberación nacional de los pueblos del Asia oriental", publicada por la Academia de Ciencias de la URSS en 1949, reproducido en *Le marxisme et l'Asie*, p. 375-378.

33. Véase *Le marxisme et l'Asie*, p. 381-382. En la página 98 de esta misma obra se informa de que en el resumen de los debates de esta reunión, publicado por la FSM, no se incluyen las intervenciones de algunos delegados asiáticos que aprobaban las tesis chinas.
34. Véanse, por ejemplo, los artículos de Robert Guillain en *Le Monde* del 20 y 28 diciembre de 1949, bajo el título general de: "La Chine sous le drapeau rouge".
35. Marius Magnien: *Cahiers du Communisme*, marzo de 1950, p. 57.
36. "De la dictadura del proletariado", 30 de junio de 1949. Incluido en el tomo IV de las Obras escogidas en francés, edición china. Véase p. 442.
37. Esta habilidad táctica de Mao fue favorecida, sin duda, porque durante la guerra antijaponesa y la segunda guerra mundial las contradicciones entre la política maoísta y la estaliniana no afectaban de manera grave a los intereses soviéticos. Hubieran podido tomar un giro antagonista en el periodo que sigue a la capitulación del Japón si entre Washington y Moscú llega a perdurar el espíritu de Yalta. Pero la rápida deterioración de las relaciones entre las dos superpotencias hizo perder relevancia a las divergencias entre Mao y Stalin.
38. Tomamos el dato del libro de texto, repetidas veces citado, que se utiliza en la Escuela Superior del PCUS: Historia del movimiento obrero y nacional-liberador internacional, t. III, p. 250.
39. Artículo citado en la precedente nota 35, cuyo título es "La victoire de la politique stalinienne en Chine".
40. *La politique étrangère soviétique*, textes officiels (1917-1967), Moscú, 1967, p. 131-134. El reconocimiento de la "independencia" de Mongolia exterior quedó registrado en un intercambio de notas entre Vichinski y Chu En-lai.
41. En su libro *Chine-URSS, la fin d'une hégémonie* (Plon, París, 1964), François Fejto (tomándolo del ensayo de Severyn Bialer, "I chose Truth", publicado en East Europa, julio de 1956), da la siguiente información: "En el curso de una importante reunión del Comité Central del Partido Comunista soviético, celebrada en julio de 1955, cuando Mólotov se oponía al acercamiento a Yugoslavia, Mikoyan lanzó una requisitoria contra las concepciones del viejo jefe de la diplomacia de Stalin. Citó, con este motivo, palabras de Mao Tse-tung, que en el curso de las conversaciones de Pekín de 1954 [entre Jrushev y Mikoyan, de un lado, y los dirigentes chinos, de otro. FC], criticó vivamente las sociedades mixtas, considerándolas como "una forma de interferencia rusa en la vida económica de China", y evocó la vergüenza que él, Mikoyan, había sentido al oír hablar del comportamiento arrogante de los especialistas soviéticos en el extranjero." (p. 93.)
42. *La politique étrangère soviétique...* (véase nota 40), p. 135-136. La comparación con el crédito concedido a Polonia la tomamos del citado libro de Fejto, p. 73.
43. Nuevas consideraciones sobre la experiencia histórica de la dictadura del proletariado, publicado en Jenminjipao (Diario del pueblo) del 29-XII-1956. Citamos por la versión francesa editada en folleto por el PCF en 1957, p. 10.
44. En el informe de Lin Piao en el IX Congreso del PCC (abril de 1969), así como en otros textos de la revolución cultural, Liu Chao-tchi sirve de chivo expiatorio de los pecados de Stalin, tanto en el periodo de la guerra antijaponesa, como en el de la tercera guerra civil revolucionaria (1946-1949), y en la fase posterior a la toma del poder hasta la muerte de Stalin. Independientemente de lo que pueda haber de cierto en las posiciones políticas que se atribuyen a Liu (y no es posible aceptarlas como verdaderas, por lo menos mientras Liu no tenga la posibilidad de defenderse públicamente), lo cierto es que dichas posiciones coinciden exactamente con la línea que Stalin intentó imponer al PCC en esas sucesivas etapas. Aprovecharemos esta nota para señalar también que la acusación lanzada contra el expresidente de la República popular china (en el citado informe) – ser agente del enemigo, traidor a la clase obrera y lacayo del imperialismo desde la época de la primera guerra civil revolucionaria (1925-1927) – se parece como un huevo a otro huevo a las acusaciones lanzadas por Stalin contra Trotski, Bujarin, Zinoviev, etc.

45. Véase Fejto: *Op. cit.* (nota 41), p. 88-89.

Capítulo 5

1. El Congreso se reunió en dos partes – los delegados de la URSS y de las democracias populares en Praga, y los restantes en París – porque las autoridades francesas negaron el visado a los primeros.
2. *Gran Enciclopedia soviética*, 2a edición (en ruso), t. 13, p. 456.
3. *Ibid.*, p. 458.
4. *Ibid.*, t. 41, p. 28.
5. *Ibid.*, t. 13, p. 456.
6. *Ibid.*, lámina incluida entre las páginas 456 y 457.
7. Stalin: *Derniers écrits (1950-1953)*, Editions sociales, 1953, p. 125126.
8. Véase el artículo de Luis Carlos Prestes, secretario general del Partido Comunista brasileño, en el número 126 del 5 de junio de 1953, del órgano del Kominform, Por una paz duradera, por una democracia popular.
9. M. Suslov: Informe a la reunión del Kominform de la segunda quincena de noviembre de 1949. Utilizamos la versión española publicada en folleto, junto con otros materiales de la reunión, por el PCE, en 1950. La cita se encuentra en la página 21.
10. *Cahiers du Communisme*, número 5, mayo de 1950, p. 49-50, 53.
11. *VII Congresso del Partito Comunista italiano (resoconto)*, Cultura sociale, Roma, 1954, p. 21, 22, 32. (El subrayado es nuestro.)
12. Véase J. Fauvet: *Histoire du PCF*, t. II, p. 242-243.
13. Informe citado (nota 9), p. 9. (El subrayado es nuestro.) Las citas que hacemos a continuación se encuentran sucesivamente en las páginas 20, 8, 15, 20, 14, 16, 17, 14.
14. Citado en la *Nouvelle Critique*, número 50, 1953, p. 131. En lo que se refiere a Togliatti tomamos la referencia de sus obras escogidas en ruso, Ediciones de literatura política, Moscú, 1965, t. I, p. 560.
15. Véase *La Pensée*, París, número 44, septiembre-octubre de 1952, p. 4.
16. "Por una paz duradera, por una democracia popular", 18 de febrero de 1955. Entrevista de Jrushev con los periodistas americanos W.R. Hearst, J. Kingsbury Smith y F. Connif, el 5 de febrero de 1955. Jrushev dice textualmente: "La Unión Soviética no ha querido actuar en detrimento de sus aliados en la lucha contra el hitlerismo. Hace cinco años el estado de movilización de los Estados Unidos era menos avanzado que actualmente. Según el punto de vista de los que consideran que debe atacarse en el momento más favorable para uno, si la Unión Soviética hubiese querido atacar al Occidente debería haberlo hecho en esa época." (El subrayado es nuestro.)
17. Obsérvese la conexión entre esta "teoría" y la formulada por Stalin, según la cual la lucha de clases se agravaba indefectiblemente en la Unión Soviética y las democracias populares mientras más progresos lograran en la construcción del socialismo. Además de su nulo valor científico ambas tienen de común su utilitarismo. La de Stalin sirvió, y sigue sirviendo, como es bien sabido, para justificar – entre otras muchas acciones reaccionarias – la represión contra los comunistas y otros ciudadanos opuestos al régimen autocrático burocrático (o acéfalo burocrático en este último periodo); sirvió y sirve para mistificar la lucha contra las tendencias progresistas y conservadoras dentro de ese régimen, bautizando las primeras de antisocialistas y las segundas de socialistas. La de Suslov (en realidad de Stalin; Suslov era un simple portavoz) sirvió al comienzo de los años

cincuenta para justificar la línea impuesta por Stalin al movimiento comunista, el abandono de la lucha por el socialismo, la campaña antititista, los procesos, etc. Y hoy la encontramos en filigrana entre las justificaciones de la invasión de Checoslovaquia, como doce años atrás del envío de los tanques a Budapest.

18. Véase André Fontaine: *Histoire de la guerre froide*, t. I, p. 420-427.

19. Véase la misma obra, t. II, p. 14, y *Chine-URSS, la fin d'une hégémonie*, de F. Fejto, p. 77.

20. Véase la obra citada de A. Fontaine, t. II, p. 14.

21. Stalin: *Derniers écrits (1950-1953)*, p. 80-81.

22. *Ibid.*, p. 124-125.

23. *Ibid.*, p. 190.

24. *Historia del movimiento obrero internacional y del movimiento de liberación nacional* (en ruso), Ediciones Misl, Moscú, 1966, t. III, p. 592. Recordamos que esta obra, a la que nos hemos referido en otros puntos del presente libro, es la que sirve de texto en la Escuela Superior de cuadros del Partido Comunista soviético, lo que le confiere especial autoridad dentro de la ortodoxia oficial.

25. Los dogmas de Stalin se condenan aquí en nombre de los dogmas del XX Congreso sobre la no inevitabilidad de las guerras, la vía pacífica al socialismo, el papel antimperialista de la burguesía nacional en los países atrasados, la unidad con la socialdemocracia, etc. Unos y otros dogmas – además de su parentesco metodológico: improvisación y pragmatismo – tenían de común el servir a la misma orientación estratégica: asentar la "coexistencia pacífica" en un compromiso sólido y duradero --la "paz sólida y duradera" de la campaña pacifista del Kominform – con el imperialismo americano. De ahí la paradoja que se encuentra en el texto de donde tomamos el juicio crítico citado: al mismo tiempo que se condena severamente la "actividad" del Kominform se califica de enteramente justa su "línea general". Lo que se criticó, en realidad, después del XX Congreso, fueron ciertas modalidades tácticas de la aplicación de esa línea general. Por otro lado, en relación con el Kominform – como en relación con otros problemas más importantes – Stalin sirvió de chivo expiatorio de algunas de las consecuencias nefastas de la política anterior, así como el "culto de la personalidad" se convirtió en la receta mágica para explicar todos los males. Con ello se escamoteaba el análisis crítico, marxista, de las causas profundas, enraizadas en la naturaleza misma del sistema estaliniano, tanto en sus formas estatales como en su forma "movimiento comunista". Lo que facilitaba la prosecución de una política, y la utilización de unos métodos, muy semejantes a los del pasado. Estos problemas los trataremos en el segundo tomo de la presente obra.

26. Algunos datos sobre la evolución de los partidos comunistas de Europa occidental en el periodo del Kominform:

Partido Comunista italiano

1947: 1 889 505 miembros 1946: 19 % de sufragios.

1952: 2 093 540 – 1953: 22,7 % –

Partido Comunista francés

1946: 1 034 000 (carnets distribuidos): 804 229 miembros.

1954: 506 250 –

(Después de 1946 la dirección del PCF sólo ha hecho públicas las cifras de carnets distribuidos por el Comité Central a las federaciones departamentales; no las de carnets efectivamente distribuidos a los militantes. Teniendo en cuenta la diferencia existente entre ambas cifras en 1946, no puede descartarse que en 1954 la cifra real de militantes quedara por debajo de 400 000.)

1946: 28,6 % de sufragios.

1956: 25,3 %

1947: la prensa del PCF tiene una tirada de 2 770 000 ejemplares sobre 11 millones el total de la prensa diaria. (El PCF disponía en ese año de más de 30 diarios o semanarios provinciales.) 1952: la

tirada de la prensa del PCF baja a 900000 ejemplares (pierde una serie de publicaciones provinciales y baja la tirada de *L'Humanité*). El conjunto de la prensa diaria francesa sigue cifrándose en 11 millones de ejemplares.

Pequeños partidos comunistas europeos legales

X	Militantes		% de sufragios
Austria	150 000 (1948)	28 000 (1951)	1945: 5,4 1953: 5,4
Bélgica	100 000 (1945)	14 000 (1954)	1946: 12,7 1954: 3,5
Dinamarca	75 000 (1945)	21 000 (1953)	1945: 12,5 1953: 4,3
Inglaterra	47 513 (1944)	34 801 (1953)	1945: 0,4 1955: 0,1
Finlandia	150 000 (1946)	50 000 (1952)	1945: 23,5 1951: 21,6
Holanda	53 000 (1946)	16 000 (1955)	1946: 10,5 1952: 6,2
Noruega	45 000 (1945)	13 000 (1953)	1945: 11,9 1953: 5,1
Suecia	48 000 (1946)	28 000 (1953)	1944: 10,3 1952: 4,3
Suiza	13 500 (1945)	8 000 (1953)	1947: 5,1 1951: 2,7
Alemania occidental (No hay datos)			1949: 5,7 1953: 2,2

(La mayor parte de los datos precedentes están tomados del libro, ya citado, de Branko Lazitch: *Les partis communistes d'Europe*. Los referentes a la prensa comunista francesa, del de Annie Kriegel: *Les communistes français*, también citado anteriormente.)

27. Según datos de historiadores soviéticos, el conjunto de los partidos comunistas latinoamericanos tenía en 1947 medio millón de militantes (véase p. 385 de la obra citada en la nota 24 de este capítulo). En 1964 no sumaban más que unos 300 000. (Ponomarev: *El movimiento revolucionario internacional de la clase obrera*, Progreso, Moscú (en español), p. 362.) Teniendo en cuenta que según la primera obra hubo un progreso importante a partir de 1956, puede medirse el drástico descenso del movimiento comunista latinoamericano en el periodo del Kominform.

Durante esos años las crisis internas se sucedieron en los partidos. En 1953 fue excluido del Partido Comunista chileno el grupo "fraccional" de Reinoso, acusado de propagar concepciones anarcosindicalistas. En 1955 el partido uruguayo expulsó a su exsecretario general Gómez Chiribao, acusado de nacionalismo. El Partido Comunista de Venezuela expulsó al grupo "fraccional" encabezado por el exsecretario general Fuenmayor. En 1952 el Partido Comunista de Colombia tomó medidas contra la tendencia acusada de desviación izquierdista.

La crisis más importante fue, probablemente, la del Partido Comunista argentino, cuya dirección, dominada por Codovilla, se distinguió siempre por la imitación de los partidos europeos. Este mimetismo le llevó a asimilar el peronismo al fascismo, y a preconizar frente a él una táctica frentepopulista. El mejor dirigente del partido, Juan José Real, criticó esa política, proponiendo una nueva táctica centrada en la alianza con las tendencias antimperialistas del peronismo, bajo cuya influencia se encontraba la aplastante mayoría de la clase obrera. Juan José Real fue expulsado junto con otros militantes, y la camarilla de Codovilla desató contra él una innoble campaña de calumnias:

Durante este periodo (en 1948) se inició la guerra civil colombiana, desencadenada por el asesinato del líder liberal Gaitán, en la que tomó parte activa el partido comunista. La guerra civil duró hasta 1958.

En el tomo 2 de esta obra abordaremos ampliamente la problemática del movimiento comunista en América latina y su trayectoria histórica.

28. Durante esos años en los partidos comunistas del sur y sudeste asiático existió una aguda lucha de tendencias en torno a los problemas de la lucha armada y de la actitud hacia la burguesía nacional. La estrategia del Partido Comunista chino había consistido, como hemos visto, en propiciar la alianza con los núcleos antimperialistas de la burguesía nacional, pero conservando en

todo momento la independencia y hegemonía de las fuerzas revolucionarias. La política de Stalin al iniciarse la guerra fría empujó a esos partidos a una posición sectaria en este problema, partiendo de la influencia que la demagogia anticolonialista de la política americana tenía en las burguesías nacionales. Por otra parte, la estrategia maoísta en la lucha armada se había distinguido siempre por su prudencia táctica, rehuyendo todo movimiento insurreccional prematuro. Las tendencias de izquierda, que bajo la influencia de la revolución china se desarrollaron en los partidos comunistas del sur y sudeste asiático, no observaron esta prudencia en la lucha armada y se lanzaron a ella sin la preparación suficiente, además de atacar en bloque a la burguesía nacional.

29. En 1946, Stalin formula por primera vez la tesis de que "el comunismo en un solo país es perfectamente concebible, particularmente en un país como la URSS". (Interviú al *Sunday Times*, 17 de septiembre de 1946.)

30. Stalin: *Derniers écrits*, p. 121. En la misma página dice: "La experiencia muestra que ningún país capitalista hubiera podido aportar a los países de democracia popular una ayuda tan eficaz y técnicamente calificada como la recibida de la Unión Soviética."

31. *Ibid.*, p. 188.

Primer epílogo

1. Véase *Les partis communistes d'Europe* de Branko Lazitch, p. 22-23.

2. *Obras de Marx y Engels*, 2ª edición rusa, t. 30, p. 401-406.